



**JOHN  
IRVING**

**La última noche  
en Twisted River**

**Lectulandia**

Los protagonistas de esta historia de amor y amistad, obsesión y tragedia son Dominic Baciagalupo, un joven viudo que trabaja como cocinero en un asentamiento maderero del norte de Estados Unidos, y su hijo Daniel, de doce años.

Una noche ocurre algo inesperado, un suceso tan terrible que Baciagalupo no tiene que pensar mucho para tomar la única decisión posible: huir, escapar de Twisted River con su hijo antes de que salga el sol y los acontecimientos se precipiten. Pero primero le contará lo sucedido a su fiel amigo Ketchum, un curtido maderero que se convertirá así en el único vínculo con el pasado...

A lo largo de cinco décadas, Dominic y su hijo se verán obligados a cambiar varias veces de nombre y de ciudad, pero las consecuencias de aquella noche en Twisted River los perseguirán durante toda una vida.

**Lectulandia**

John Irving

# **La última noche en Twisted River**

ePub r1.1

Titivillus 01.02.15

Título original: *Last Night in Twisted River*

John Irving, 2009

Traducción: Carlos Milla Soler

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Para Everett, mi pionero, mi héroe

I had a job in the great north woods  
Working as a cook for a spell  
But I never did like it all that much  
And one day the ax just fell  
Tangled Up in Blue, Bob Dylan

Tuve un empleo en los grandes bosques del norte,  
trabajando de cocinero durante una temporada,  
pero nunca me gustó del todo,  
y un día cayó el hacha, y nada.  
Tangled Up in Blue, Bob Dylan

## Agradecimientos

Vaya mi especial agradecimiento a los siguientes chefs y profesionales del mundo de la restauración por su tiempo y sus conocimientos: Bonnie Bruce del Up For Breakfast en Manchester, Vermont; Ray Chen y Christal Siewertsen del The Inn at West View Farm en Dorset, Vermont; Georges Gurnon y Steve Silvestro del Pastis Express en Toronto; Cheryl y Dana Markey del Mistrals en Winhall, Vermont.

Expreso asimismo mi gratitud a los siguientes amigos y allegados, y a varios lectores expertos de los primeros borradores del manuscrito; ellos también me ayudaron en la investigación: en New Hampshire, Bill Altenburg, Bayard Kennett, John Yount; en Vermont, David Calicchio, Rick Kelley; en Ontario, James Chatto, Dean Cooke, Don Scale, Marty Schwartz, Helga Stephenson.

Un *abbraccio* también a mi mujer, Janet, y mi hijo, Everett, a quienes leí en voz alta el primer borrador; a mis dos ayudantes a tiempo completo, Alyssa Barrett y Emily Copeland, que transcribieron y corrigieron el libro en todas sus fases; y a mi editora y correctora, Amy Edelman.

# **PRIMERA PARTE**

**Coos County,  
New Hampshire, 1954**



## 1. Bajo los troncos

El joven canadiense, que tendría a lo sumo quince años, había vacilado más de la cuenta. Suspendido en el aire por un instante, dejó de mover los pies sobre los troncos que flotaban en el remanso situado por encima del recodo del río; antes de que alguien alcanzase a sujetar su mano extendida, ya se había hundido por completo. Uno de los madereros, más veterano, tendió el brazo hacia el largo cabello del joven: buscó a tientas con los dedos en el agua gélida, densa, casi tan espesa como un caldo a causa de los fragmentos de corteza desprendidos. De repente dos troncos chocaron con fuerza, atraparon el brazo del frustrado rescatador y le partieron la muñeca. La alfombra de maderos en movimiento se había cerrado por completo sobre el joven canadiense, que ya no volvió a salir a la superficie; no asomó nada de él sobre aquella agua marrón, ni tan siquiera una mano o una bota.

En un atasco de troncos, tan pronto como se conseguía destrabar el madero clave, los gancharos tenían que moverse con rapidez y sin parar; si se detenían, aunque fuera sólo por uno o dos segundos, se veían lanzados a la impetuosa corriente. En el acarreo de una maderada, uno podía morir aplastado entre los troncos que avanzaban corriente abajo antes de ahogarse, pero ahogarse era lo más habitual.

Desde la margen del río, donde el cocinero y su hijo de doce años oyeron los juramentos del maderero que se había partido la muñeca, saltó a la vista de inmediato que alguien se hallaba en una situación más apurada que el frustrado rescatador, quien, tras liberar su brazo herido, había recuperado el equilibrio sobre los troncos en movimiento. Los otros cuadrilleros, sin prestarle la menor atención, se dirigieron con pasos cortos y ligeros hacia la orilla, voceando el nombre del muchacho perdido. Los hombres hincaban sin cesar sus bicheros en los troncos flotantes para encauzarlos. Los gancharos buscaban, en su mayoría, el camino más seguro hacia la orilla; pero, a ojos del esperanzado hijo del cocinero, daba la impresión de que quizás intentaban abrir un espacio de anchura suficiente para que el joven canadiense saliera a la superficie. Ciertamente que en ese momento sólo había huecos intermitentes entre los maderos. Así de rápido desapareció el chico que se había presentado ante ellos como «Ángel Pope, de Toronto».

—¿Es Ángel? —preguntó a su padre el niño de doce años.

Quizás alguien hubiera podido confundir a este chico, por sus ojos de color castaño oscuro y su expresión extremadamente seria, con el hermano menor de Ángel; pero en todo caso era inconfundible el parecido familiar entre el niño de doce años y su padre, un hombre siempre alerta. En el cocinero se advertía un halo de aprensión contenida, como si por norma esperase los desastres más imprevistos, y en la seriedad de su hijo se traslucía un reflejo de eso mismo; a decir verdad, el chico era el vivo retrato de su padre, tanto es así que varios de los leñadores habían manifestado su sorpresa por el hecho de que el hijo no caminase también con la acusada cojera del padre.

El cocinero sabía de sobra que el joven canadiense era quien, en efecto, había caído bajo los troncos. Él mismo había advertido a los madereros que Ángel estaba demasiado verde para trabajar con la cuadrilla delantera; el muchacho no debería haberse metido a intentar deshacer un atasco de troncos. Pero seguramente el chico tenía ganas de complacer, y tal vez en un primer momento los gancheros no habían reparado en su presencia.

En opinión del cocinero, Ángel Pope también estaba demasiado verde (y era demasiado torpe) para trabajar en las inmediaciones de la sierra principal en la serrería. Ése era estrictamente territorio del aserrador, un puesto muy cualificado en la planta. Otro puesto bastante cualificado, aunque no muy peligroso, era el de operario de la cepilladora.

Los puestos más peligrosos y menos cualificados incluían el trabajo en la cambra, donde se metían los troncos en la planta haciéndolos rodar y se subían al carro de aserrado, o la descarga de los camiones. Antes de aparecer los dispositivos de carga mecánicos, los troncos se descargaban mediante bastidores basculantes colocados en los costados de los camiones; esto permitía vaciar de golpe toda la carga de un camión. Pero los bastidores a veces no basculaban, y en ocasiones los hombres quedaban atrapados bajo una cascada de troncos mientras intentaban desatracar un bastidor.

A entender del cocinero, Ángel no debería haber ocupado ningún puesto que le exigiese estar en las proximidades de troncos en movimiento. Pero los leñadores le habían tomado tanto cariño al joven canadiense como el cocinero y su hijo, y Ángel había dicho que le aburría trabajar en la cocina. El joven quería una tarea más física y le gustaba el aire libre.

El reiterado golpeteo de los bicheros al hincarse en los troncos quedó brevemente interrumpido por los gritos de los gancheros que habían localizado el bichero de Ángel a más de cincuenta metros de donde el muchacho había desaparecido. El bichero, de cuatro metros y medio, flotaba a cierta distancia de la maderada, hacia donde lo habían arrastrado las corrientes del río.

El cocinero pudo ver que el cuadrillero de la muñeca rota había llegado a la orilla empuñando su propio bichero con la mano ilesa. Primero por lo familiares que le resultaban sus juramentos, y sólo en segundo lugar por su pelo apelmazado y su enmarañada barba, supo que el herido era Ketchum, no precisamente un neófito en cuanto al carácter traicionero de la maderada.

Corría el mes de abril —no mucho después del último deshielo y el inicio de la temporada del barro—, pero hacía poco que la superficie helada del remanso se había resquebrajado al abrirse paso a través del hielo los primeros troncos cauce arriba, desde los embalses de Dummer. El río bajaba frío como el hielo y muy crecido, y muchos de los leñadores llevaban las barbas pobladas y largas melenas, lo que a mediados de mayo les proporcionaría cierta protección contra la mosca negra.

Ketchum yacía de espaldas en la orilla como un oso embarrancado. La masa de

truncos en movimiento fluía ante él. La maderada parecía una balsa salvavidas, y los gancheros que seguían en el río semejaban náufragos en el mar, sólo que el color del mar cambiaba por momentos de marrón verdoso a negro azulado. Las aguas del Twisted River estaban densamente teñidas de taninos.

—¡Joder, Ángel! —exclamó Ketchum, tendido de espaldas—. Mira que te lo dije: «Mueve los pies, Ángel. ¡Tienes que mover los pies sin parar!». Joder.

Para Ángel, la inmensa extensión de troncos no había sido una balsa salvavidas y muy probablemente se había ahogado o había muerto aplastado en el remanso por encima del recodo; no obstante, los leñadores (Ketchum entre ellos) seguirían la maderada al menos hasta la desembocadura del Twisted River, en el pantano de Pontook, donde se alzaba la Presa de la Muerta. La presa de Pontook, en el río Androscoggin, había creado ese pantano; los troncos, una vez en el curso del Androscoggin, encontrarían primero, en las afueras de Milán, los canales de clasificación. Aguas abajo, en Berlín, el Androscoggin alcanzaba un desnivel de setenta metros en un tramo de cinco kilómetros: dos fábricas de papel parecían dividir el río a la altura de los canales de clasificación de Berlín. No era inconcebible imaginar que el joven Ángel Pope, de Toronto, fuese de camino hacia allí.

Al anoecer, el cocinero y su hijo aún intentaban rescatar las sobras, para la comida del día siguiente, entre las numerosas cenas que habían quedado intactas en el comedor del pequeño poblado, una sala en el pabellón-cocina del llamado «municipio» de Twisted River, que sólo era un poco mayor y sólo algo menos provisional que un campamento maderero. No mucho tiempo atrás el único comedor disponible durante el acarreo de la maderada ni siquiera estaba en una sala. Por aquellas fechas contaban con una cocina ambulante instalada de forma permanente en la caja de un camión; la acompañaba un segundo camión con un comedor modular que se descargaba y había que montar. Esto era en la época en que el campamento se trasladaba continuamente en camiones y se plantaba aquí y allá a orillas del Twisted River en función del lugar donde tenían previsto trabajar los madereros.

Por entonces, aparte de los fines de semana, los gancheros rara vez regresaban al municipio de Twisted River a comer o dormir. A menudo el cocinero del campamento guisaba en una tienda de campaña. Todo debía ser totalmente transportable; incluso los cubículos donde se dormía eran cajas de camión acondicionadas.

Ahora nadie sabía qué iba a ser del municipio de Twisted River, una localidad no precisamente próspera, situada a medio camino entre el remanso del río y los embalses de Dummer. Allí vivían los trabajadores de la serrería y sus familias, y la compañía maderera conservaba unos barracones para los leñadores más provisionales, entre los que se encontraban no sólo los temporeros francocanadienses, sino la mayoría de los gancheros y los demás madereros. La compañía mantenía asimismo una cocina mejor equipada, un comedor en toda regla —el antedicho pabellón-cocina—, para el cocinero y su hijo. Pero ¿hasta cuándo duraría eso? Ni siquiera el dueño de la compañía habría sabido decirlo.

La industria maderera estaba en transición; algún día todos los trabajadores del sector podrían trasladarse al puesto de trabajo desde sus casas. Los campamentos de leñadores se hallaban en trance de extinción. Incluso estaban desapareciendo los wanigans, esos curiosos refugios donde dormir, comer y guardar el material, instalados no sólo en furgonetas, o sobre ruedas u orugas, sino con frecuencia también en balsas o botes.

La lavaplatos india —empleada del cocinero— le había dicho hacía tiempo al joven hijo del cocinero que wanigan procedía de una palabra abenaki, por lo que el niño llegó a preguntarse si la propia lavaplatos no sería acaso de la tribu abenaki. Quizá la mujer conocía por pura casualidad el origen de la palabra, o sencillamente decía conocerlo para dárselas de lista. (El hijo del cocinero iba al colegio con un niño indio, y, según éste, wanigan era de origen algonquino). Durante el acarreo de la maderada se trabajaba de sol a sol. En una explotación forestal, la pauta era dar de comer a los hombres cuatro veces al día. Antiguamente, cuando no era posible acercar los wanigans a algún emplazamiento del río, las dos comidas centrales del día se las llevaban a pie a los gancheros. La primera y la última se servían en el campamento base, actualmente en el comedor. Pero esa noche, por el afecto que le tenían a Ángel, muchos madereros habían prescindido de la última comida en el pabellón-cocina. A lo largo de la tarde habían ido tras la maderada hasta que la oscuridad los obligó a retirarse, y no sólo la oscuridad, sino también la conciencia cada vez mayor de que nadie sabía si la Presa de la Muerta estaba abierta o no. Desde el remanso situado por debajo del municipio de Twisted River, los troncos —y probablemente Ángel entre ellos— tal vez ya habían pasado al pantano de Pontook, pero no si la Presa de la Muerta estaba cerrada. Y si estaban abiertas las dos presas, la de la Muerta y la de Pontook, el cuerpo del joven canadiense bajaría ya sin control por el Androscoggin. Nadie sabía mejor que Ketchum que allí difícilmente encontrarían a Ángel.

El cocinero supo en qué momento los gancheros abandonaron la búsqueda: a través de la puerta mosquitera de la cocina los oyó apoyar los bicheros en la pared exterior del pabellón. Varios de los agotados buscadores se acercaron al comedor después de oscurecer, y el cocinero no tuvo valor para negarse a atenderlos. Los empleados de la cocina ya se habían marchado, a excepción de la lavaplatos, que se quedaba allí hasta tarde casi todas las noches. El cocinero, cuyo complicado nombre era Dominic Baciagalupo —o «Coci», como tenían por costumbre llamarlo los leñadores—, preparó a los hombres una cena tardía, que su hijo de doce años sirvió.

—¿Dónde está Ketchum? —preguntó el niño a su padre.

—Imagino que ha ido a curarse el brazo —contestó el cocinero.

—Seguro que tiene hambre —dijo el niño de doce años—, pero Ketchum aguanta una barbaridad.

—Para ser bebedor, tiene un aguante impresionante, sí —convino Dominic, pensando en realidad que quizá Ketchum no aguantaría aquello. Perder a Ángel Pope

podía ser para Ketchum peor que para los demás, pensó el cocinero, porque el veterano maderero había tomado al joven canadiense bajo su égida. Había cuidado del chico, o al menos lo había intentado.

Ketchum tenía el pelo y la barba negrísimos, de un color azabache, como el carbón, más negro que el pelaje de un oso negro. Se casó joven, y más de una vez. Estaba distanciado de sus hijos, que, ya mayores, se habían ido cada uno por su lado. Ketchum vivía todo el año en uno de los barracones, o en cualquiera de los fonduchos de mala muerte, cuando no en un wanigan creado por él mismo, o sea, en la parte de atrás de su furgoneta, donde casi había muerto por congelación alguna de esas noches de invierno que, borracho como una cuba, perdía el conocimiento. Aun así, Ketchum había mantenido a Ángel lejos del alcohol, y había mantenido a no pocas mujeres ya talludas a distancia del joven canadiense en el local que llamaban salón de baile.

«Eres demasiado joven, Ángel», había oído decir el cocinero a Ketchum, en conversación con el muchacho. «Además, con esas señoras puedes pillar cosas». Ketchum bien debía de saberlo, había pensado el cocinero. Dominic sabía que, para Ketchum, una muñeca rota durante la conducción de una maderada era poca cosa en comparación con todo el daño que ya se había hecho a sí mismo.

En el pabellón-cocina, el continuo susurro e intermitente parpadeo de los pilotos del fogón de gas —un viejo Garland con dos hornos y ocho quemadores, más un gratinador encima ennegrecido por el fuego— parecían en perfecta armonía con las lamentaciones de los madereros durante su cena tardía. Todos habían sucumbido al encanto del muchacho perdido, a quien habían adoptado como quien acoge a un perro o un gato callejero. También el cocinero había sucumbido. Acaso viera en ese adolescente, de una alegría poco común, una encarnación de cómo sería su hijo de doce años en el futuro, ya que Ángel tenía una expresión afable y una sincera curiosidad, y no presentaba el talante huraño y retraído del que por lo visto adolecían los contados jóvenes de su edad establecidos en un lugar tan agreste y rudimentario como Twisted River.

Esto resultaba tanto más singular cuanto que el joven, según les había contado recientemente, se había fugado de casa.

—Eres italiano, ¿verdad? —había preguntado Dominic Baciagalupo al chico.

—No soy de Italia, no hablo italiano; viniendo de Toronto, poco italiano se puede ser —había contestado Ángel.

El cocinero se había mordido la lengua. Dominic sabía alguna que otra cosa sobre los italianos de Boston; al parecer, algunos entraban en discordia por su grado de italianidad. Y el cocinero sabía que Ángel, en la madre patria, habría podido ser un «Angelo». (Cuando Dominic era niño, su madre lo llamaba «Angelú», que, con su acento siciliano, sonaba «Angeluuu»). Pero después del accidente no se encontró ningún efecto personal con el nombre de Ángel Pope escrito en él; entre las escasas pertenencias del chico no se incluía ni un solo libro ni una sola carta que lo identificara. Si tenía algún documento de identidad, se había hundido en el remanso

con él —guardado probablemente en el bolsillo de los vaqueros—, y si no se localizaba el cadáver, sería imposible informar a la familia de Ángel, o a aquellos de quienes el chico había huido.

Legal o ilegalmente, con o sin la documentación debida, Ángel Pope había cruzado la frontera canadiense y entrado en New Hampshire. Y no por el camino más habitual: Ángel no era de Quebec. Había insistido en que procedía de Ontario: no era francocanadiense. El cocinero no había oído pronunciar a Ángel una sola palabra en francés, tampoco en italiano, y los francocanadienses del campamento no querían saber nada del chico fugado; al parecer, no les gustaban los anglocanadienses. Ángel, por su parte, se mantenía a distancia de los franceses; aparentemente, no sentía más simpatía por los quebequeses que la que ellos sentían por él.

Dominic había respetado la intimidad del chico; ahora el cocinero lamentaba no saber más sobre Ángel Pope, ni de dónde era. Ángel había sido un compañero cordial y ecuánime con el hijo de doce años del cocinero, Daniel, o Danny, como llamaban al niño los madereros y los trabajadores de la serrería.

En Twisted River, casi todos los hombres en edad laboral conocían al cocinero y a su hijo, y algunas mujeres también.

Dominic se había visto en la necesidad de conocer a unas cuantas mujeres —en general, para ayudarlo a cuidar de su hijo—, porque había perdido a su esposa, la joven madre de Danny hacía ya una década, tiempo que a él se le antojaba una eternidad.

Dominic Baciagalupo sospechaba que Ángel Pope tenía cierta experiencia en los trabajos de cocina, que el chico había realizado con cierta torpeza pero sin quejas, y con una economía de movimientos que sólo la familiaridad con el trabajo podía dar, pese a haber declarado aburrirse con toda tarea propia de la cocina, y a su propensión a cortarse en el tajador.

Además, el joven canadiense era aficionado a la lectura; había cogido prestados muchos libros que en su día pertenecieron a la difunta esposa de Dominic, y con frecuencia le leía en voz alta a Daniel. En opinión de Ketchum, Ángel había leído Robert Louis Stevenson al pequeño Dan «hasta la exageración», no sólo *Secuestrado* y *La isla del tesoro*, sino también su novela inacabada, escrita en el lecho de muerte. *St. Ivés*, las aventuras de un preso francés en Inglaterra, que, según Ketchum, debería haberse ido a la tumba con su autor. Justo antes del accidente en el río, Ángel le estaba leyendo a Danny *Los traficantes de naufragios*. (Respecto a esta novela, Ketchum no se había pronunciado aún). En fin, fuera cual fuese el origen de Ángel Pope, tenía estudios, eso sin duda, más que la mayoría de los leñadores francocanadienses que el cocinero había conocido. (Y más también que la mayoría de los trabajadores de la serrería y los leñadores autóctonos).

—¿Por qué tenía que morir Ángel? —preguntó Danny a su padre.

En ese momento, después de marcharse los madereros a dormir, o tal vez a beber, tras su tardía cena, el niño de doce años ayudaba al cocinero a limpiar las mesas del

comedor. La lavaplatos india, pese a que a menudo trajinaba en el pabellón-cocina hasta bien entrada la noche, o como mínimo hasta mucho después de acostarse Danny, había acabado ya sus quehaceres y vuelto al pueblo en su furgoneta.

—Ángel no tenía que morir, Daniel; ha sido un accidente evitable. —El cocinero, en su vocabulario, aludía con frecuencia a los accidentes evitables, y su hijo de doce años conocía de sobra las tétricas y fatalistas ideas de su padre sobre la falibilidad humana, y muy en particular sobre la temeridad de la juventud—. Estaba demasiado verde para conducir una maderada —añadió el cocinero como si ahí se acabase el problema.

Danny Baciagalupo conocía la opinión de su padre acerca de todo aquello para lo que Ángel, o cualquier chico de su edad, estaba demasiado verde. El cocinero también habría preferido mantener a Ángel alejado de un peavey. (La característica más importante del peavey, un tipo de bichero, era el gancho articulado que permitía hacer rodar a mano un tronco pesado). Según Ketchum, los «viejos tiempos» habían sido más peligrosos. Ketchum sostenía que trabajar con los caballos, sacar las narrias del bosque en invierno, era un trabajo de alto riesgo. En invierno los leñadores se adentraban en las montañas. Talaban los árboles y (no hacía mucho tiempo) empleaban caballos para retirar de allí la madera, tronco a tronco. Las narrias, o carromatos sin ruedas, eran arrastradas como trineos por la nieve helada, tan dura que ni siquiera los cascos de los caballos la perforaban, porque cada noche los surcos se helaban en los arrastraderos. Después llegaba la temporada de la nieve derretida y el barro, y entonces «por aquellas fechas», como decía Ketchum se interrumpían todos los trabajos en el bosque.

Pero incluso eso estaba cambiando. Como la nueva maquinaria maderera podía trabajar en terrenos embarrados y arrastrar los troncos recorriendo distancias mucho mayores hasta pistas forestales mejoradas, transitables en todas las estaciones del año, la temporada del barro ya no era tanto problema, y los caballos daban paso a los tractores oruga.

Los bulldozers permitían abrir una pista hasta la mismísima zona de tala, y desde allí la madera podía sacarse en camión. Los camiones transportaban la madera a sitios de recogida más céntricos, bien al aguadero de un río, a un remanso o a un embalse; de hecho, el transporte rodado sustituiría muy pronto a la conducción fluvial de maderadas. Atrás quedaron los tiempos en que se utilizaban malacates de frenado para aligerar el esfuerzo de los caballos en las pendientes más escarpadas. «La yunta podía resbalar sobre las ancas», había contado Ketchum al pequeño Dan. (Ketchum valoraba muy positivamente a los bueyes por su paso firme en nieve profunda, pero el uso de los bueyes nunca había estado muy extendido). Atrás quedó también el transporte ferroviario de madera en los bosques; en el valle del Pemigewasset tocó a su fin en el 48, el mismo año en que un primo de Ketchum resultó muerto por una locomotora Shay en la fábrica de papel de Livermore Falls. La Shay pesaba cincuenta toneladas y se había empleado para retirar los últimos raíles del bosque. El balasto de

las antiguas vías de tren permitió crear arrastraderos firmes para los camiones en la década de 1950, aunque Ketchum aún recordaba un asesinato en el ferrocarril del río Beebe, en la época en que él iba de arriero en un trineo cargado de píceas virgen de primera calidad con un tiro de cuatro caballos. Ketchum también fue arriero en uno de los primeros tractores de arrastre a vapor Lombard, uno de aquellos guiados por un caballo. El caballo hacía girar los patines delanteros y el arriero se sentaba al frente del tractor; modelos posteriores sustituyeron al caballo y al arriero por un timonel y un volante. Ketchum había sido también timonel, como Danny Baciagalupo sabía; estaba claro que Ketchum había hecho de todo.

Los caminos transitados en su día por el viejo tractor de arrastre Lombard en los alrededores de Twisted River eran ahora pistas forestales para la circulación de camiones, aunque quedaba en la zona algún que otro Lombard abandonado. (Todavía hay uno en pie en Twisted River, y otro, éste volcado, en el campamento maderero de West Dummer, o Paris, como solía llamarse al poblado por influencia de la Compañía Manufacturera Paris, de Paris, en Maine). El Phillips Brook descendía hasta Paris y aflucía al Ammonoosuc, que desembocaba a su vez en el río Connecticut. Los ganaderos conducían trozas de frondosas por el Phillips Brook hasta Paris, y también algo de madera para pasta. La serrería de Paris se dedicaba exclusivamente a la madera de frondosas —la compañía manufacturera de Maine fabricaba toboganes—, y el campamento maderero de Paris, con su serrería a vapor, había transformado el aprisco para los caballos en un taller de mecánico. También se hallaba allí la casa del gerente de la serrería, junto con un barracón para setenta y cinco hombres, una cantina y unas cuantas viviendas unifamiliares muy rudimentarias, además de un manzano, plantado por algún optimista, y una escuela. El hecho de que no hubiese escuela en el municipio de Twisted River, y de que nadie hubiese sido tan optimista en cuanto a la capacidad de permanencia del pueblo como para plantar manzanos, había dado origen a la opinión (sostenida principalmente en Paris) de que el campamento maderero constituía una comunidad más civilizada, y menos provisional, que Twisted River.

Desde lo alto del promontorio situado entre ambos reductos, ningún adivino habría sido tan necio como para presagiar éxito o longevidad a ninguno de los dos poblados. Danny Baciagalupo había oído augurar a Ketchum un final aciago para el campamento maderero de Paris y también para Twisted River, pero Ketchum «no sobrellevaba con gusto el progreso», como había advertido el cocinero a su hijo. Dominic Baciagalupo no tenía nada de trolero, y sistemáticamente ponía en duda algunas de las historias de Ketchum. «Daniel, no te apresures a tragarte la versión de Ketchum», prevenía Dominic.

¿De verdad había muerto la tía de Ketchum, una contable, al caerle una pila de viruta en la tornería de Milán? «Ni siquiera estoy muy seguro de que exista, o haya existido, una tornería en Milán, Daniel», había advertido el cocinero a su hijo. Y según Ketchum, durante una tormenta habían muerto cuatro personas en la serrería



situada junto a la represa de desagüe del embalse Dummer, el mayor y más septentrional de los embalses de Dummer. Presuntamente había caído un rayo en el carro portatrozas. «Un solo rayo mató al operario de la garra y al ajustador, y por descontado al aserrador que manejaba las palancas de la sierra de cinta y al retirador», había dicho Ketchum a Danny. Según testigos presenciales, la serrería había quedado reducida a cenizas.

«Me sorprende que no hubiese entre las víctimas ningún pariente de Ketchum, Daniel», se limitó a decir Dominic.

De hecho, otro primo de Ketchum había caído a la tronzadora múltiple en la fábrica de pasta de madera; y un tío suyo acabó con la crisma rota al salir despedido un madero de metro veinte en la planta de troceado, donde cortaban largos troncos de píceas en palos del tamaño adecuado para hacer pasta. Y en otro tiempo había en el embalse Dummer un cabestrante de vapor flotante; se utilizaba para apilar troncos a la entrada de la serrería junto a la represa de desagüe, pero el motor estalló. Entre la nieve de primavera se encontró una oreja humana congelada en la isla del embalse, donde todos los árboles quedaron chamuscados por la explosión. Después, contó Ketchum, un hombre empleó la oreja como cebo para pescar bajo el hielo del pantano de Pontook.

—¿Parientes tuyos también? —había preguntado el cocinero.

—No que yo sepa —contestó Ketchum.

Ketchum sostenía asimismo que había conocido al «capullo legendario» que había construido un aprisco para caballos río arriba, por encima del barracón y la cantina del Campamento Cinco. Cuando todos los hombres del campamento maderero enfermaron, cogieron al individuo, según la pretendida leyenda, y lo colgaron de una red de bridas sobre el pozo de estiércol del aprisco, «hasta que el capullo perdió el conocimiento por los efluvios».

«Como ves, Daniel, Ketchum añora los viejos tiempos», le había dicho el cocinero a su hijo.

Dominic Baciagalupo conocía alguna que otra anécdota, en su mayoría no aptas para contarse. Y las anécdotas que el cocinero sí podía contar a su hijo no captaban la imaginación del pequeño Dan como las de Ketchum. Estaba la del hoyo de alubias frente a la tienda de campaña del cocinero en Chickwolnepy, cerca del embalse Success. Durante el acarreo de una maderada, en los antedichos viejos tiempos, Dominic había cavado un hoyo, de más de un metro de diámetro, para guisar unas alubias bajo tierra, y al acostarse, después de cubrir el hoyo con ceniza caliente y tierra, las dejó allí a cocer. A las cinco de la madrugada, cuando aquello estuviese bien caliente, desenterraría la cazuela para el desayuno. Pero cuando aún era de noche, un francocanadiense salió del wanigan donde dormía (probablemente para echar una meada); iba descalzo y al caer en el hoyo de las alubias se quemó los pies.

—¿Y ya está? ¿Ahí se acaba la historia? —le había preguntado Danny a su padre.

—Bueno, digamos que es una historia de cocineros, supongo —había comentado

Ketchum, por amabilidad. Ketchum, en broma, mortificaba a Dominic por el hecho de que en el alto Androscoggin los espaguetis estuviesen sustituyendo a las alubias con tomate y a la crema de guisantes—. Por aquí nunca habíamos tenido muchos cocineros italianos —decía Ketchum, guiñando un ojo a Danny.

—¿Me estás diciendo que preferirías las alubias con tomate y la crema de guisantes a la pasta? —preguntaba el cocinero a su viejo amigo.

—Tu padre es de lo más picajoso, ¿verdad? —decía Ketchum a Danny, guiñándole el ojo otra vez—. ¡Por los clavos oxidados de Cristo! —había declarado Ketchum a Dominic más de una vez—. ¡Mira que eres picajoso!

Ahora había llegado otra vez la temporada del barro, la época del año en que el río bajaba crecido. Una de las compuertas había dado paso a una impetuosa avenida de agua —lo que Ketchum llamaba «fuerza de empuje», y probablemente era la compuerta del extremo oriental del embalse Little Dummer— y la corriente se había llevado a un chico de Toronto, muy verde, al que apenas conocían.

Pronto los madereros ya no aumentarían más el caudal de agua en el Twisted River. Esto lo hacían construyendo azudes en los torrentes que afluían al cauce de acarreo principal; en primavera, el agua retenida por dichos azudes se dejaba ir a fin de acrecentar el volumen y el ímpetu de la corriente para una mejor conducción de la maderada. Las trozas para pasta se apilaban en dichos torrentes (y en las márgenes) durante el invierno; luego flotaban hasta el Twisted River arrastradas por el agua de los azudes. Si esto se llevaba a cabo poco después del deshielo, el agua bajaba rauda y los troncos en movimiento excavaban las orillas.

En opinión del cocinero, el Twisted Puer, el «Río Tortuoso», no tenía recodos suficientes para justificar tal nombre. El río descendía recto desde las montañas, con sólo dos recodos. Pero para los madereros, en particular los veteranos que habían dado nombre al río, esos dos recodos, por su complicación, bastaban para causar traicioneros atascos de troncos todas las primaveras, sobre todo aguas arriba, por encima del remanso, en el tramo más próximo a los embalses de Dummer. Por lo regular era necesario destrabar a mano los maderos atrancados en los dos recodos del río; en el superior, donde la corriente era más torrencial, no se habría permitido a nadie tan verde como Ángel trabajar en un atasco.

Pero Ángel había perecido en el remanso, donde las aguas del río bajaban con relativa calma. Los propios troncos encrespaban ligeramente la superficie del remanso, pero las corrientes eran más bien moderadas. Y en ambos recodos se eliminaban los mayores atascos con dinamita, cosa que Dominic Baciagalupo deploraba. Las detonaciones provocaban gran escandalera en las ollas y las sartenes y los utensilios colgados en la cocina del pabellón; en el comedor, los azucareros y los frascos de ketchup resbalaban y se caían de las mesas. «Puede que a tu padre no se le dé muy bien contar historias, Danny, pero está claro que la dinamita no es lo suyo», como le había dicho Ketchum al niño.

Desde el remanso situado río abajo, más allá del municipio de Twisted River, las

aguas corrían hacia el Androscoggin. Aparte del Connecticut, los grandes ríos madereros del norte de New Hampshire eran el Ammonoosuc y el Androscoggin: ambos ríos eran asesinos constatados.

Pero algunos gancheros se habían ahogado, o habían muerto aplastados, en el tramo relativamente corto de rápidos entre el embalse Litde Dummer y el municipio de Twisted River, así como también en el remanso. Ángel Pope, el joven canadiense, no era el primero; tampoco sería el último.

Y en los poblados en trance de extinción de Twisted River y Paris no pocos trabajadores de la serrería habían quedado mutilados, o incluso habían perdido la vida; muchos de ellos, lamentablemente, debido a las peleas en las que se enzarzaban con los leñadores en ciertos bares. No había mujeres suficientes —ésa acostumbraba ser la causa de las peleas—, aunque, según Ketchum, el problema residía en que no había bares suficientes. Comoquiera que fuese, en Paris no había bares, y en ese campamento maderero sólo vivían mujeres casadas.

Ajuicio de Ketchum, esa combinación empujaba a los hombres de Paris a enfilear la pista forestal camino de Twisted River casi cada noche. «No tendrían que haber construido el puente del Phillips Brook», afirmaba también Ketchum.

Ante lo que el cocinero, una de las veces, comentó a su hijo:

—Como ves, Daniel, Ketchum ha demostrado una vez más que, al final, el progreso nos matará a todos.

—Las ideas católicas nos matarán mucho antes, Danny —repuso Ketchum—. Los italianos son católicos, y tu padre es italiano, y eso eres tú también, claro, aunque ni tú ni tu padre sois muy italianos, ni muy católicos, por lo que se refiere a las ideas. Cuando digo «ideas católicas», hablo sobre todo de los franco-canadienses. Ellos, por ejemplo, tienen tantos hijos que a veces les ponen número en lugar de nombre.

—Santo cielo —dijo Dominic Baciagalupo, cabeceando.

—¿Eso es verdad? —quiso saber el pequeño Dan.

—¿Qué clase de nombre es Vingt Dumas? —preguntó Ketchum al niño.

—¡Roland y Joanne Dumas no tienen veinte hijos! —exclamó el cocinero.

—Juntos no, quizá —contestó Ketchum.

—¿Y qué pasó con el pequeño Vingt, pues? ¿Fue un lapsus? —Dominic volvía a cabecear.

—¿Qué? —preguntó Ketchum.

—Prometí a la madre de Daniel que el chico recibiría una educación como es debido —contestó el cocinero.

—Ya, bueno, yo sólo hago el esfuerzo de enriquecer la educación de Danny —adujo Ketchum.

—«Enriquecer» —repitió Dominic, aún cabeceando—. Ese vocabulario, Ketchum...-empezó a decir el cocinero, pero se calló a mitad de la frase; no añadió nada más.

Ni las historias ni la dinamita eran lo suyo, pensó Danny Baciagalupo de su

padre. El niño lo quería mucho, pero ése era otro de los hábitos del cocinero, y su hijo lo había notado:

Dominic a menudo dejaba inacabados sus pensamientos. (O al menos no los expresaba en voz alta). En el pabellón, aparte de la lavaplatos india y las esposas de algunos trabajadores de la serrería que ayudaban en la cocina rara vez comían mujeres, salvo los fines de semana, cuando algunos de los hombres acudían con sus familias. Por expresa prohibición del cocinero, no se consumía alcohol. La cena (o «yanta», como la llamaban los gancheros de mayor edad acostumbrados a comer en los wanigans) se servía nada más ponerse el sol, y la mayor parte de los leñadores y trabajadores de la serrería estaban sobrios durante la colación nocturna, que engullían apresuradamente y sin mediar conversación inteligible, ni siquiera los fines de semana, o cuando los gancheros no estaban en plena conducción de la maderada.

Como normalmente los hombres llegaban al pabellón después de realizar sus respectivos trabajos, se presentaban allí con la ropa sucia y oliendo a resina de píceas y corteza mojada y serrín; pero a la mesa se sentaban con las manos y la cara limpias y recién perfumadas por el jabón de brea de pino, disponible en el amplio y oscuro lavabo del pabellón-cocina, a petición del cocinero. (Lavarse las manos antes de comer era otra de las normas de Dominic). Además, las toallas del lavabo siempre estaban limpias; las toallas limpias eran una de las razones por las que la lavaplatos india solía quedarse hasta tarde. Mientras las ayudantes de cocina fregaban los últimos platos de la cena, la lavaplatos metía las toallas en las lavadoras de la lavandería, también en el pabellón-cocina. Nunca se marchaba a casa sin dejar antes todas las toallas en las secadoras, una vez concluido el ciclo de lavado.

A la lavaplatos la llamaban Jane la Piel Roja, pero nunca en su presencia. Danny Baciagalupo le tenía aprecio y, en apariencia, ella adoraba al niño. Tenía al menos diez años más que su padre (era mayor incluso que Ketchum) y había perdido a un hijo, ahogado posiblemente en el Pemigewasset, si Danny no había oído mal. O quizá Jane y su difunto hijo fueran de la Reserva Natural de Pemigewasset —es posible que procedieran originariamente de esa zona del estado, al noroeste de los aserraderos de Conway— y el malhadado hijo se hubiera ahogado en otra parte. Existían espacios naturales aún más extensos, inconmensurables, al norte de Milán, donde se hallaba la serrería de píceas: allí había otros campamentos madereros, y muchos lugares donde podía ahogarse un joven ganchero. (Jane había explicado a Danny que Pemigewasset significaba «Paso entre pinos retorcidos», lo que indujo al impresionable niño a imaginar un lugar donde había muchas posibilidades de ahogarse). Lo único que el pequeño Dan recordaba, de hecho, era que había sido un accidente durante el acarreo de una maderada en medio de un bosque, y por el cariño con que la lavaplatos miraba al hijo del cocinero, podía ser que el hijo perdido tuviera poco más o menos doce años cuando se ahogó. Danny no lo sabía, ni lo preguntó; todo lo que sabía sobre Jane la Piel Roja eran detalles que él mismo había observado en silencio u oído de forma incorrecta a escondidas.

«Escucha sólo las conversaciones dirigidas a ti, Daniel», le había advertido su padre. El cocinero se refería a que Danny no debía cometer la indiscreción de escuchar los comentarios inconexos o incoherentes que cruzaban los hombres mientras comían.

Muchas noches, después de la cena, los leñadores y los trabajadores de la serrería bebían, pero nunca tan descaradamente como en los tiempos de los wanigans, y no, por lo general, cuando a la mañana siguiente debían madrugar para conducir una maderada. Los pocos que tenían viviendas de verdad en Twisted River bebían en casa. Los temporeros —es decir, la mayoría de los leñadores y todos los trabajadores itinerantes canadienses— bebían en sus barracones, que estaban situados en la zona más húmeda del pueblo, justo por encima del remanso del río, y disponían sólo de las instalaciones más básicas. Estos albergues se encontraban a un paso de los deprimentes bares y del mal llamado salón de baile, un sórdido establecimiento donde en realidad nadie bailaba; sólo ponían música, y allí se congregaba el exiguo puñado de mujeres.

Los leñadores y los trabajadores de la serrería que tenían familia preferían el poblado de Paris, más pequeño pero, controversias aparte, más «civilizado». Ketchum se negaba a llamar Paris al campamento maderero, y prefería lo que, según él, era su verdadero nombre: West Dummer.

—Ninguna comunidad, ni siquiera un campamento maderero, debería llevar el nombre de una compañía manufacturera —declaró Ketchum. También le ofendía que una explotación forestal de New Hampshire llevara el nombre de una compañía de Maine, y para colmo una que fabricaba toboganes.

—¡Santo cielo! —exclamó el cocinero—. Pronto toda la madera que baja por el Twisted River se destinará a pasta... para hacer papel. ¿Por qué habrían de ser peores los toboganes que el papel?

—¡Los libros se hacen con papel! —afirmó Ketchum—. ¿Qué función tienen los toboganes en la educación de tu hijo?

En Twisted River escaseaban los niños y todos iban al colegio en Paris, como era el caso de Danny Baciagalupo, las pocas veces que acudía al colegio. A fin de mejorar la educación del pequeño Dan, el cocinero dejaba con cierta frecuencia a su hijo en casa, en lugar de mandarlo al colegio, para que el niño leyera un libro o dos, práctica no necesariamente fomentada en la escuela de Paris (o como Ketchum habría dicho, de West Dummer). «¡Dónde se ha visto que los niños de un campamento maderero aprendan a leer!», despotricaba Ketchum. De pequeño, él no aprendió a leer, circunstancia que siempre lo había indignado.

Al otro lado de la frontera canadiense había —y aún hay— un buen mercado para trozas y pasta de madera. El norte de New Hampshire sigue suministrando enormes cantidades de madera a las fábricas de papel de New Hampshire y Maine, y a una fábrica de muebles de Vermont. Pero de los campamentos madereros, tal como fueron en su día, sólo quedan ruinosos vestigios.

En un pueblo como Twisted River, lo único que no cambiaba era la meteorología. Desde la represa de desagüe en el extremo inferior del embalse Little Dummer hasta el remanso situado por debajo de Twisted River flotaba hasta media mañana una persistente bruma o niebla por encima de las turbulentas aguas durante todas las épocas del año, salvo cuando el río se helaba. El penetrante zumbido de las sierras procedente de los aserraderos era tan familiar y tan esperado como los trinos de los pájaros, aunque ni los sonidos del aserrado ni el canto de los pájaros eran tan inexorables como la ausencia de tiempo primaveral en esa parte de New Hampshire, salvo por el deplorable periodo desde principios de abril hasta mediados de mayo, que se distinguía por el barro congelado en lento deshielo.

Aun así, el cocinero se había quedado, y en Twisted River eran pocos los que sabían el motivo. Y todavía eran menos los que sabían qué lo había llevado hasta allí en un principio, o cuándo había llegado y de dónde. Pero aquella cojera suya tenía su historia, y ésa sí la conocía todo el mundo. En un pueblo formado en torno a una serrería o un campamento maderero, una cojera como la de Dominic Baciagalupo era relativamente común. Cuando los troncos de cualquier tamaño se ponían en movimiento, cabía la posibilidad de que un tobillo acabase aplastado. Incluso cuando el cocinero no caminaba, saltaba a la vista que la bota del pie lisiado era dos números más grande que la que calzaba en el pie ileso, y tanto si estaba sentado como de pie, la bota más grande señalaba en una dirección anómala. Para los entendidos del poblado de Twisted River, una lesión así podía deberse a los más diversos accidentes habituales en el sector.

Por aquel entonces, Dominic se hacía pasar por adolescente; a su juicio, no estaba tan verde como Ángel Pope, pero estaba «ciertamente verde», como le contaba el cocinero a su hijo. Consiguió un empleo por las tardes, después del colegio, en las plataformas de carga de uno de los grandes aserraderos de Berlín, donde trabajaba de capataz un amigo del padre ausente de Dominic. Hasta la segunda guerra mundial el supuesto amigo del padre de Dominic constituyó allí una pieza inamovible, pero el cocinero recordaba al tipo que llamaban tío Umberto como un alcohólico que siempre echaba pestes de la madre de Dominic. (Ni siquiera después del accidente el padre fugado de Dominic Baciagalupo se dignó ponerse en contacto con él, y el tío Umberto no demostró ni una sola vez ser amigo de la familia). En la cambra había una carga de trozas de madera de frondosas, en su mayor parte de arce y abedul. El joven Dominic, provisto de un peavey, metía los troncos en el aserradero cuando de pronto varios maderos rodaron simultáneamente y él no logró apartarse a tiempo. En 1936 contaba sólo doce años; manejaba el peavey con garboso aplomo. Dominic tenía entonces la misma edad que su hijo ahora; el cocinero jamás permitiría que su querido Daniel pisara una cambra, ni aunque el niño fuese ambidiestro en el manejo del peavey. Y en el caso de Dominic, cuando lo derribaron los troncos, el gancho articulado del peavey se le hincó en el muslo izquierdo, como un anzuelo sin lengüeta, y el tobillo izquierdo le quedó retorcido: triturado, hecho picadillo, bajo el

peso de la madera. Por la herida del peavey no corría peligro de morir desangrado, pero en aquellos tiempos siempre existía la posibilidad de morir de septicemia. Por la herida del tobillo podía haber muerto de gangrena poco después, o más probablemente habrían tenido que amputarle el pie, si no la pierna entera.

En 1936 no había aparato de rayos X en Coos County. Las autoridades médicas de Berlín no eran partidarias de llevar a cabo complejas reconstrucciones de los tobillos chafados; en tales casos, se recomendaba la mínima intervención quirúrgica o ninguna. Era uno de esos accidentes que entraban en la categoría «esperamos a ver qué pasa»: o bien los vasos sanguíneos se habían cerrado a causa del aplastamiento y la sangre dejaría de circular con lo que los médicos tendrían que cercenar el pie, o bien los fragmentos rotos y desplazados del tobillo se unían y soldaban cada uno por su lado, y Dominic Baciagalupo cojearía y sufriría dolores por el resto de su vida. (Como así ocurrió). Tenía a su vez la cicatriz donde se le había clavado el peavey, que se parecía a la mordedura de un animal pequeño y extraño, uno con un único diente curvo y una boca que no abarcaría el muslo de un niño de doce años. E incluso antes de dar un paso, el ángulo del pie izquierdo de Dominic indicaba un pronunciado giro a la izquierda; los dedos apuntaban hacia un lado. La gente a menudo reparaba en la deformación del tobillo y el pie mal orientado antes de advertir la cojera.

Una cosa era segura: el joven Dominic no sería maderero. Para esa clase de trabajo se necesita tener buen equilibrio. Y además el aserradero era el lugar donde había resultado herido, por no hablar ya de que el «amigo» borracho de su padre fugado era el capataz. El aserradero, pues, tampoco formaría parte del futuro de Dominic Baciagalupo.

—¡Oye, Baciagalupo! —lo saludaba a menudo el tío Umberto—. Puede que tengas un apellido napolitano, pero rondas por aquí como un siciliano.

—Soy siciliano —se apresuraba a contestar Dominic; su madre parecía muy orgullosa de ello, pensaba el chico.

—Ya, bueno, pero tu apellido sí es napolitano —insistía Umberto.

—Por mi padre, supongo —conjeturaba el joven Dominic.

—Tu padre no se llamaba Baciagalupo —le informaba el tío Umberto—. Pregúntale a Nunzi de dónde salió tu apellido; te lo puso ella.

Al niño de doce años le molestaba cuando Umberto, quien a todas luces sentía antipatía por la madre de Dominic, la llamaba con el cariñoso apodo de «Nunzi», abreviatura de Annunziata, pero que Umberto no usaba de forma cariñosa ni mucho menos. (En una obra de teatro, o en una película, el público habría reconocido fácilmente a Umberto como personaje secundario: no obstante, el mejor actor para el papel de Umberto sería uno convencido siempre de que se le había asignado un papel importante).

—¿Y tú no eres mi verdadero tío, supongo? —inquiría Dominic en su diálogo con Umberto.

—Pregúntaselo a tu madre —contestaba Umberto—. Si quería que tú también

fueras siciliano, debería haberte dado su apellido.

El apellido de soltera de su madre era Saetta; ella se enorgullecía del «Sai-ei-ta», que era como pronunciaba el apellido siciliano, y de todos los Saetta de quienes Dominic la había oído hablar cuando ella decidía explayarse sobre su ascendencia.

Annunziata era reacia a mencionar siquiera la ascendencia de Dominic. La poca información que el niño tenía —datos sueltos, o datos erróneos— la había reunido poco a poco y era escasa, como las pruebas parciales, o las pistas incompletas, en el juego de mesa cada vez más popular en la infancia del pequeño Dan, un juego al que el cocinero y Ketchum jugaban con el niño, y al que a veces también Jane se sumaba a la partida. (¿Era el coronel Mostaza el que estaba en la cocina con la vela, o el asesinato lo había cometido la señorita Escarlata en el salón de baile con el revólver?). Lo único que sabía el joven Dominic era que su padre, un napolitano, había abandonado en Boston a Annunziata Saetta estando ella embarazada; según los rumores, se había embarcado de regreso a Nápoles. Ante la pregunta «¿Dónde está ahora?», (que el niño había formulado a su madre muchas veces), Annunziata se encogía de hombros y suspiraba, y mirando al firmamento o en dirección al respiradero situado encima del fogón de la cocina, contestaba a su hijo enigmáticamente: «Vidrio di Napoli». «En las inmediaciones de Nápoles», había conjeturado el joven Dominic. Con la ayuda de un atlas, y porque el niño había oído a su madre musitar en sueños los nombres de dos pueblos montañoses (y provincias) en las inmediaciones de Nápoles —Benevento y Avellino—, Dominic había llegado a la conclusión de que su padre había huido a esa región de Italia.

En cuanto a Umberto, con toda seguridad no era tío suyo, y definitivamente podía calificársele de «capullo legendario», como habría dicho Ketchum.

—¿Qué clase de nombre es ése, Umberto? —había preguntado Dominic al capataz.

—¡Nombre de rey! —contestó Umberto, airado.

—Me refiero a que es un nombre napolitano, ¿verdad? —insistió el chico.

—¿A qué viene tanta pregunta? ¡Con doce años y haciéndote pasar por dieciséis! —exclamó Umberto.

—Tú mismo me pediste que dijera que tengo dieciséis —recordó Dominic al capataz.

—Oye, Baciagalupo, que tienes un trabajo —replicó Umberto.

Y entonces rociaron los troncos, y Dominic se convirtió en cocinero. Su madre, una italoamericana nacida en Sicilia y desterrada a Berlin desde el North End de Boston debido a un embarazo no deseado, sabía cocinar. Había abandonado la ciudad y se había trasladado al norte cuando Gennaro Capodilupo se escabulló a los muelles próximos a Atlantic Avenue y Commercial Street, y la dejó con un hijo cuando zarpó (metafórica, si no literalmente) «de regreso a Nápoles».

Umberto (tío no, quizá, pero sí capullo) tenía razón: el padre de Dominic no era un Baciagalupo. El padre fugado era un Capodilupo; «capo di liupo», como llamaba



Annunziata a su hijo, significaba «cabeza de lobo». ¿Qué iba a hacer la madre soltera? «Por las mentiras que contó, tu padre debería haber sido un Bootfdalupo», decía a Dominic. El niño descubriría que eso significaba «boca de lobo», un nombre adecuado para el capullo de Umberto, pensaba a menudo el joven Dominic. «Pero tú, Angelú, tú eres mi beso de lobo», decía su madre.

Su madre, en un esfuerzo por legitimarlo, y porque sentía un imperioso amor por las palabras, no estaba dispuesta a llamar a Dominic cabeza (ni boca) de lobo; Annunziata Saetta sólo se conformaba con un beso de lobo. Debería haberse escrito «Baciagalupo», pero Nunzi siempre pronunciaba la segunda «c» de Baciagalupo como una «g». Con el tiempo, y debido a un error administrativo en el parvulario, se impuso el apellido mal escrito. Se había convertido en Dominic Baciagalupo antes de ser cocinero. Su madre también lo llamaba Dom, abreviado, y Dominic provenía de dominica, que significa «domingo». Y no es que Annunziata fuese una inquebrantable adepta a lo que Ketchum llamaba «las ideas católicas». Lo que tenía de católico e italiano la familia Saetta era precisamente lo que había empujado a la joven soltera a marcharse al norte de New Hampshire; en Berlín, otros italianos (también católicos, cabe suponer) cuidarían de ella.

¿Acaso esperaban que diera a su hijo en adopción y volviera al North End? Nunzi sabía que aquello no era algo insólito, pero no quiso ni oír hablar de renunciar a su niño, y —pese a la gran nostalgia que manifestaba por el North End italiano— tampoco se sintió nunca tentada de regresar a Boston. En su estado no planificado, se había visto expulsada; y comprensiblemente se sentía dolida.

Si bien Annunziata siguió siendo una siciliana leal en su cocina, los proverbiales «lazos que nos unen» quedaron irreparablemente raídos. Su familia de Boston —y, por asociación, la comunidad italiana del North End y todo aquello que allí representaba «las ideas católicas»— la había repudiado. Nunzi, a su vez, los repudió a ellos. Personalmente nunca iba a misa, ni obligaba a ir a Dominic. «Basta con que nos confesemos cuando queramos», decía a Dom, su pequeño beso de lobo.

Tampoco quiso enseñar italiano al niño —excepto cierta jerga culinaria básica—, ni Dominic tenía interés en aprender el idioma de «la madre patria», que para él era el North End de Boston, no Italia. Eran un idioma y un lugar que habían rechazado a su madre. El italiano nunca sería la lengua de Dominic Baciagalupo, y afirmaba, rotundamente, que Boston no era un sitio que deseara visitar.

En la nueva vida de Annunziata Saetta todo se caracterizaba por la sensación de volver a empezar. Era la menor de tres hermanas, sabía leer y escribir en inglés y cocinar en siciliano. Nunzi enseñaba a leer en una escuela primaria de Berlín, y después del accidente sacó a Dominic del colegio y le enseñó los rudimentos de la cocina. También insistió en que el niño leyera, y no sólo libros de cocina, sino todo lo que ella leía, que eran principalmente novelas. Su hijo había quedado lisiado en flagrante violación de las leyes sobre el trabajo infantil, por lo general poco respetadas; Annunziata lo retiró de la circulación, y su versión de escolaridad en casa

fue culinaria y literaria a la vez.

Ninguna de estas dos áreas educativas estuvo al alcance de Ketchum, que había dejado el colegio antes de cumplir los doce años. A los diecinueve, en 1936, Ketchum era analfabeto, pero cuando no trabajaba de leñador, se dedicaba a cargar madera en los vagones de plataforma desde los muelles situados en un extremo del mayor aserradero de Berlín. Apilaban los troncos piramidalmente, vigilando la altura, a fin de que los vagones pasaran sin percances por los túneles o por debajo de los puentes. «Hasta ahí llegó mi educación, antes de que tu madre me enseñara a leer», se complacía en decir Ketchum a Danny Baciagalupo; entonces el cocinero empezaba a cabecear de nuevo, si bien la historia de que la difunta esposa de Dominic enseñó a Ketchum a leer era por lo visto irrefutable.

Al menos la epopeya de la tardía alfabetización de Ketchum no parecía incluirse en la categoría de «cuento» a la que pertenecían sus otras anécdotas, por ejemplo la del barracón de techo bajo del Campamento Uno. Según Ketchum, habían asignado a «un piel roja» la tarea de retirar la nieve del tejado, pero el indio no había cumplido con su deber. Cuando el tejado se desplomó bajo el peso de la nieve, escaparon con vida del barracón todos los madereros, todos excepto uno, el indio, que murió de asfixia por lo que Ketchum describió como «el olor concentrado de los calcetines sucios». (Por supuesto, el cocinero y su hijo conocían de sobra la queja casi permanente de Ketchum, a saber, que la peste de los calcetines sucios era la pesadilla de la vida en un barracón).

—No recuerdo ningún indio en el Campamento Uno —se había limitado a decir Dominic a su viejo amigo.

—Eres demasiado joven para acordarte del Campamento Uno, Cocí —había replicado Ketchum.

Danny Baciagalupo había observado a menudo que a su padre se le erizaba el vello ante la sola mención de esos siete años que Ketchum le llevaba, mientras que Ketchum tendía a poner de relieve la diferencia de edad entre ambos. Esos siete años les habrían parecido insalvables si se hubiesen conocido en el Berlín de su juventud: cuando Ketchum era un muchacho de diecinueve años, huesudo pero fuerte, que lucía ya una barba poblada aunque greñuda, y el pequeño Dom de Annunziata no había cumplido aún los trece.

Dom era un niño fibroso y robusto de doce años —no grande pero sí macizo y nervudo—, y el cocinero conservaba el aspecto de un joven leñador esbelto y musculoso, pese a que ahora tenía treinta años y aparentaba algunos más, sobre todo a ojos de su joven hijo. Era la seriedad de su padre la razón por la que aparentaba más años, pensaba el niño. En presencia del cocinero no podía mencionarse «el pasado» ni «el futuro» sin que él arrugara el entrecejo. En cuanto al presente, incluso Daniel Baciagalupo, a sus doce años, entendía que los tiempos estaban cambiando.

Danny sabía que la vida de su padre se había visto trastornada para siempre a causa de la lesión en el tobillo; otro accidente, que sufrió la joven madre del niño,

había alterado el rumbo de su propia infancia y trastornado para siempre la vida de su padre una vez más. En el mundo de un niño de doce años, los cambios no podían ser buenos. Todo cambio desasosegaba a Danny, tal como lo desasosegaba faltar a clase.

En tiempos no tan lejanos, durante el acarreo de una maderada, cuando Danny y su padre trabajaban y dormían en wanigans, el niño no iba al colegio. El hecho de que el colegio no le gustase también lo desasosegaba, aunque cuando faltaba siempre se ponía al día en las tareas, y con extrema facilidad. Los niños de su curso eran todos mayores que él, porque faltaban a clase tan a menudo como podían y nunca se ponían al día en las tareas; todos se habían rezagado y repetido uno o dos cursos.

Cuando el cocinero advertía el desasosiego de su hijo, decía invariablemente: «Tú quédate quieto. Daniel; no vayas a matarte. Algún día nos marcharemos de aquí, te lo prometo».

Pero eso también inquietaba a Danny Baciagalupo. Él se había sentido como en casa incluso en los wanigans. Y en Twisted River el niño de doce años tenía su propia habitación en el piso de arriba del pabellón-cocina, donde estaba también el dormitorio de su padre, y donde compartían el cuarto de baño. Ésas eran las únicas habitaciones de la planta superior del pabellón-cocina, y eran amplias y cómodas. Disfrutaban de luz natural y de ventanales con vistas a las montañas y —por debajo del pabellón-cocina, al pie de las montañas— de una vista parcial del remanso del río.

Las pistas forestales delimitaban los montes; se veían grandes claros y renovales allí donde los hacheros habían talado frondosas y coníferas. Desde su habitación, Daniel Baciagalupo tenía la impresión de que la roca desnuda y el renoval nunca sustituirían a los arces y los abedules, ni a las resinosas: píceas y abetos, pinos rojos y blancos, tsugas y alerces. El niño de doce años pensaba que los claros se asilvestraban poblándose de maleza y hierbajos altos hasta la cintura. Pero en realidad los bosques de la región se gestionaban como explotaciones forestales de rendimiento sostenible; esos bosques siguen produciendo aún ahora, «en el puto siglo XXI», como diría un día Ketchum.

Y como afirmaba Ketchum con frecuencia, algunas cosas nunca cambiarían. «Al alerce le gustarán los pantanos por los siglos de los siglos; el abedul amarillo será siempre muy valorado para la fabricación de muebles, y el abedul gris nunca servirá para un carajo, salvo como leña». En cuanto a la circunstancia de que las maderadas en Coos County pronto se restringirían a las trozas para pasta de un metro veinte, Ketchum adoptaba una actitud taciturna y prefería abstenerse de profecías. (Lo único que decía el veterano maderero al respecto era que las trozas para pasta, más pequeñas, tendían a desviarse del curso y exigían cuadrillas de recogida). Lo que sí cambiaría el sector del madero, y acaso pusiera fin al trabajo del cocinero, era el inquieto espíritu de la modernidad; los tiempos en continuo cambio acabarían con un simple «poblado» como Twisted River. Pero Danny Baciagalupo se preguntaba, obsesivamente: ¿Qué trabajo quedaría en Twisted River al marcharse los leñadores? ¿Se marcharía también el cocinero?, pensaba Danny con preocupación. (¿Podría

marcharse algún día Ketchum?). En cuanto al río, seguía su curso, como es propio de los ríos..., como es propio de los ríos. Bajo los troncos, el cadáver del joven canadiense siguió el curso del río, que lo zarandeó de aquí para allá..., de aquí para allá. Si en ese momento el Twisted River parecía también inquieto, incluso impaciente, tal vez era porque el propio río quería que el cadáver del muchacho siguiera su curso, también él..., siguiera su curso, también él.

## 2. Dos-a-dos

En un armario junto a la despensa del pabellón-cocina, el cocinero guardaba un par de camastros plegables de los tiempos de los wanigans, época en la que dormía en las más diversas cocinas ambulantes. Dominic había rescatado asimismo un par de sacos de dormir. Si el cocinero había conservado los viejos camastros y los sacos de dormir mohosos no era por nostalgia de los wanigans. A veces Ketchum se quedaba a dormir en la cocina del pabellón; en ocasiones Danny, si estaba despierto, insistía machaconamente en dormir también él en la cocina hasta que su padre le daba permiso. Si Ketchum no había bebido demasiado, Danny esperaba oír otra de las anécdotas del maderero, o la misma revisada de arriba abajo.

La primera noche después de la desaparición de Ángel Pope bajo los troncos nevó un poco. En abril las noches aún eran frías, pero Dominic había encendido en la cocina los dos hornos de gas. Los hornos estaban uno a 175 y otro a 220 grados, y el cocinero, antes de acostarse, había preparado la mezcla de ingredientes secos para los bollos, las magdalenas de harina de maíz y el pan de plátano. Sus torrijas (con el pan de plátano) tenían gran aceptación, y hacía los panqueques íntegramente por la mañana; como la masa llevaba huevo crudo, Dominic prefería no guardarla en la nevera durante más de dos días. También en el último momento preparaba, casi todas las mañanas, unas galletas de suero de leche que cocía en un santiamén con el horno a 220 grados.

Por regla general, era responsabilidad de Danny asegurarse de que las patatas quedaban peladas, cortadas en dados y en remojo en agua salada toda la noche. Su padre freía las patatas en la plancha por la mañana, a la vez que freía el beicon. En el viejo Garland, la plancha estaba encima del graduador, que quedaba a la altura de los ojos del cocinero. E incluso usando una espátula de mango largo, y poniéndose de puntillas o subiéndose a un taburete bajo —ninguno de estos métodos de elevación era la cosa más fácil del mundo para un cocinero tullido—, Dominic se quemaba a menudo el antebrazo cuando intentaba llegar al fondo de la plancha. (A veces Jane la Piel Roja reemplazaba al cocinero ante la plancha, porque era más alta y llegaba más lejos). Aún era de noche cuando Dominic se levantaba para freír el beicon y meter las demás cosas en el horno, y era de noche cuando Danny se despertaba en el piso de arriba del pabellón-cocina al olor del beicon y el café, y era de noche cuando las ayudantes de cocina y la lavaplatos india subían del pueblo, anunciando su llegada con los faros de sus vehículos casi al mismo tiempo que con el ruido de los motores. Muchas mañanas el gratinador del Garland ya estaba al rojo vivo, para fundir el queso encima de las tortillas. Entre otras tareas, Dan, antes de ir al colegio, troceaba los pimientos y los tomates para las tortillas y calentaba la olla de sirope de arce en uno de los quemadores posteriores del fogón de ocho quemadores.

La puerta exterior de la cocina del pabellón no abría ni cerraba debidamente; encajaba tan mal que el viento la sacudía. La puerta mosquitera interior se abría hacia

dentro, lo que se sumaba a la lista de circunstancias que causaban desasosiego a Danny Baciagalupo. Por un sinfín de razones prácticas, uno deseaba que la mosquitera se abriese hacia fuera. En la ajetreada cocina era tal el trasiego de gente que nadie quería, para colmo, el estorbo de una puerta por medio... Y una vez, hacía mucho tiempo, entró un oso en la cocina del pabellón. Era una noche cálida —la conflictiva puerta exterior del pabellón-cocina estaba entornada—, y al oso, para entrar, le bastó con abrir de un testarazo la mosquitera, Danny era por entonces demasiado pequeño para acordarse del oso, pero le había pedido muchas veces a su padre que le contara la anécdota. Su madre lo había llevado a la cama hacía ya rato, y mientras ella y el padre de Danny tomaban un resopón, el oso se sumó a la velada. El cocinero y su mujer compartían una tortilla de champiñones y bebían vino blanco. En los tiempos en que aún bebía, había explicado Dominic Baciagalupo a su hijo, a menudo se veía en la necesidad de preparar un resopón para él y su mujer. (Ahora ya no). La madre de Danny soltó un alarido al ver el oso, motivo por el que el oso se irguió sobre las patas traseras y la miró con malas intenciones. Pero Dominic había bebido mucho vino; al principio no se dio cuenta de que era un oso. Debió de pensar que era un leñador peludo y borracho, dispuesto a agredir a su bella esposa.

En el fogón había una sartén de hierro colado de veinte centímetros de diámetro en la que el cocinero acababa de saltar los champiñones para la tortilla. Dominic empuñó la sartén, aún caliente al tacto, y atizó al oso en plena cara, sobre todo en el hocico, pero también en el ancho y plano puente del hocico entre los pequeños y malévolos ojos. El oso volvió a apoyar las patas delanteras en el suelo y huyó por la puerta de la cocina a través de la mosquitera; la malla quedó rota y los listones partidos, colgando del marco.

Cada vez que el cocinero contaba esta anécdota decía: «En fin, hubo que arreglar la mosquitera, claro, pero todavía se abre hacia donde no debe». Al referirle la anécdota a su hijo, Dominic Baciagalupo solía añadir:

—Yo nunca le pegaría a un oso con una sartén de hierro colado. ¡Pensaba que era un hombre!

—¿Y qué harías con un oso? —preguntaba Danny a su padre.

—Intentaría hacerlo entrar en razón, supongo —contestaba el cocinero—. En situaciones así, es imposible hacer entrar en razón a un hombre.

Respecto a lo de «situaciones así», Dan sólo podía extraer conjeturas. ¿Imaginaba su padre que protegía a su guapa esposa de un hombre peligroso?

Y con respecto a la sartén de hierro colado de veinte centímetros de diámetro, ésta había adquirido un lugar especial en el pabellón. Ya no estaba en la cocina con los demás cacharros.

La sartén pendía de un gancho a la altura del hombro en el piso de arriba, donde se hallaban las habitaciones: residía en el dormitorio de Dominic, justo al lado de la puerta. Esa sartén había demostrado su valía; se había convertido en el arma predilecta del cocinero en caso de que alguna vez oyese pasos en la escalera o a un

intruso (animal o humano) husmear en la cocina.

Dominic no tenía armas, ni las quería. Pese a haberse criado en New Hampshire, se había perdido las cacerías de ciervos, y no sólo por la lesión del tobillo, sino también por haber crecido sin padre. Entre los leñadores y los trabajadores de la serrería, aquellos que se dedicaban a la caza del ciervo le llevaban al cocinero las piezas cobradas; él las descuartizaba y se quedaba con carne suficiente para poder servir venado de vez en cuando en el pabellón-cocina. No es que Dominic viese la caza con malos ojos; sencillamente no le gustaban ni el venado ni las armas. Por otra parte, tenía una pesadilla recurrente; se la había contado a Daniel. El cocinero soñaba repetidamente que lo asesinaban mientras dormía —lo mataban de un tiro en su propia cama—, y cuando despertaba del sueño, el eco de la detonación reverberaba aún en sus oídos.

Por eso Dominic Baciagalupo dormía con una sartén en la habitación. En la cocina del pabellón había sartenes de hierro colado de todas las medidas, pero la de veinte centímetros era la idónea para la defensa personal. Incluso el pequeño Dan sería capaz de blandirla con cierta fuerza. Para cocinar, quizá fuera más práctica la sartén de veinticinco centímetros, o incluso la de veintiocho, pero por su excesivo peso ninguna de las dos era un arma fiable; ni siquiera Ketchum podía blandir esas sartenes más grandes con la rapidez suficiente para ahuyentar a un leñador lascivo o a un oso.

La noche después de ahogarse Ángel Pope bajo los troncos, Danny Baciagalupo yacía en su cama del piso superior del pabellón. La habitación del niño se encontraba sobre la cocina, justo encima de la mosquitera con apertura hacia dentro y la puerta exterior mal encajada, que oía traquetear con el viento.

También oía el río. En el pabellón siempre se oía el murmullo del Twisted River, salvo cuando sus aguas fluían bajo el hielo. Pero a Danny debió de vencerlo el sueño tan pronto como a su padre, porque el niño de doce años no oyó la furgoneta. La luz de los faros de la furgoneta no había iluminado el pabellón-cocina. Quienquiera que fuese al volante había sido capaz de circular por la carretera desde el pueblo en una oscuridad casi absoluta, porque esa noche apenas alumbraba la luna, o bien el conductor estaba borracho y se había olvidado de encender los faros.

A Danny le pareció oír cómo se cerraba la puerta de la furgoneta. El barro, blando durante el día, de noche podía crujir al pisarlo; por la noche las temperaturas bajaban aún lo suficiente para que se congelara el barro, y en ese momento neviscaba. Quizá no había oído en realidad cerrarse la puerta de una furgoneta, pensaba Dan; acaso aquel golpetazo había sido un ruido en el sueño que tenía en ese momento. Fuera del pabellón-cocina, los pasos en el barro helado parecían los de unos pies vacilantes: apresurados y cautos. Tal vez sea un oso, pensó Danny.

El cocinero disponía de una nevera exterior. La nevera tenía cierre hermético, pero allí guardaba el cordero picado, para el picadillo de cordero, y el beicon, y todos los productos perecederos que no cabían en el frigorífico. ¿Y si el oso había olido la

carne de la nevera?, pensaba Danny.

—¿Papá? —llamó el niño, pero su padre debía de estar profundamente dormido en la habitación al final del pasillo.

Como todo el mundo, el oso parecía encontrar dificultades con la puerta exterior de la cocina; aporreó la puerta con una zarpa. El pequeño Dan oyó también unos gruñidos.

—¡Papá! —gritó Dan; oyó que su padre descolgaba la sartén de hierro colado de la pared de la habitación. Como su padre, el niño se había metido en la cama con calzoncillos largos y calcetines. Danny sintió el frío del suelo del pasillo en el piso de arriba, incluso con los calcetines puestos. Su padre y él bajaron con sigilo a la cocina, que estaba tenuemente iluminada por los parpadeantes pilotos del viejo Garland. El cocinero empuñaba la sartén negra con las dos manos. Cuando la puerta exterior se abrió, el oso, si es que era un oso, empujó la mosquitera con el pecho. Entró erguido, aunque con andar vacilante. Los dientes eran un borroso destello alargado y blanco.

—No soy un oso, Coci —dijo Ketchum.

El resplandor blanco, que Danny había confundido con los dientes del oso, era la escayola nueva en el brazo derecho de Ketchum; le cubría desde la mitad de la palma de la mano hasta la sangradura.

—Perdón si os he asustado, muchachos —añadió Ketchum.

—Cierra la puerta de fuera, ¿quieres? Hago lo posible por mantener la casa caliente —protestó el cocinero.

Danny vio que su padre dejaba la sartén en el primer peldaño de la escalera. Ketchum, con visible esfuerzo, intentó afianzar la puerta exterior con la mano izquierda.

—Estás borracho —reprochó Dominic.

—Sólo tengo un brazo. Coci, y además soy diestro —adujo Ketchum.

—Aun así, estás borracho, Ketchum —repitió Dominic Baciagalupo a su viejo amigo.

—Tú debes de recordar lo que es eso —comentó Ketchum.

Dan ayudó a Ketchum a cerrar la puerta exterior.

—Seguro que estás muerto de hambre —dijo el niño a Ketchum. El hombretón, tambaleándose un poco, le alborotó el pelo.

—No me hace falta comer —contestó Ketchum.

—Puede que comiendo se te pase la borrachera —insistió el cocinero. Dominic abrió el frigorífico e informó a Ketchum—: Queda un poco de pastel de carne, que no está mal frío. Puedes tomarlo con puré de manzana.

—No me hace falta comer —repitió el hombretón—. Lo que necesito, Coci, es que me acompañes.

—¿A dónde vamos? —preguntó Dominic, pero hasta el pequeño Dan se daba cuenta cuando su padre fingía no saber algo que obviamente sí sabía.

—Tú ya sabes adonde —respondió Ketchum al cocinero—. Es sólo que no logro



recordar el sitio exacto.

—Eso es porque bebes demasiado, Ketchum; por eso no te acuerdas —replicó Dominic.

Cuando Ketchum agachó la cabeza, se tambaleó aún más; por un momento Danny pensó que el maderero iba a desplomarse. Y por cómo bajaron la voz los dos hombres, el niño entendió que negociaban; también se cuidaban mucho de no hablar más de la cuenta, porque Ketchum no sabía qué sabía el niño de doce años sobre la muerte de su madre, y Dominic Baciagalupo no quería que su hijo oyera detalles extraños o desagradables que tal vez recordase Ketchum.

—Tú prueba el pastel de carne, Ketchum —dijo el cocinero en un susurro.

—Está muy rico con puré de manzana —comentó Danny.

El gancharo se dejó caer sobre un taburete; apoyó la escayola nueva y blanca en la encimera. En Ketchum todo era duro y punzante como una estaca —y como había observado Danny, «aguantaba una barbaridad»—, por lo que la escayola, estéril, de aspecto frágil, resultaba tan poco acorde como un miembro ortopédico. (Si Ketchum hubiera perdido un brazo, se las habría arreglado con el muñón; puede que incluso lo hubiera utilizado a modo de garrote). Pero ahora que Ketchum estaba sentado, Danny pensó que podía tocar al gancharo sin peligro. El niño nunca había palpado una escayola. Incluso borracho, Ketchum adivinó de algún modo qué le rondaba a Dan por la cabeza.

—Vamos, tócala —instó el maderero, tendiendo la escayola hacia el niño. Había sangre seca, o brea, en la parte de los dedos doblados que Danny podía ver: éstos asomaban de la escayola, inmóviles. Con la muñeca rota, mover los dedos durante los primeros días dolía. El niño tocó la escayola de Ketchum con delicadeza.

El cocinero sirvió a Ketchum una ración de pastel de carne y puré de manzana.

—Hay leche y zumo de naranja —dijo Dominic—, o puedo prepararte un café.

—Una alternativa francamente desalentadora —comentó Ketchum, guiñándole el ojo a Danny.

—Desalentadora... —repitió el cocinero, cabeceando—. Te prepararé un café.

Danny lamentaba que los dos hombres no hablaran de todo sin tapujos; el niño conocía la historia de ambos casi de cabo a rabo, y en cambio le faltaba información sobre su madre. En cuanto a su muerte, ningún detalle podía serle extraño o desagradable: Danny quería saberlo todo con pelos y señales. Pero el cocinero era un hombre cauteloso, o había acabado siéndolo; incluso Ketchum, que había provocado el alejamiento de sus propios hijos, mantenía una actitud especialmente cuidadosa y protectora con Danny, un comportamiento muy parecido al que el veterano maderero había adoptado con Ángel.

—En todo caso, no pienso ir allí contigo si has bebido —decía el cocinero.

—Yo te llevé allí, y tú habías bebido —replicó Ketchum; para obligarse a callar, tomó un bocado de pastel de carne con puré de manzana.

—Salvo si se encuentra bajo un atasco de troncos, un cadáver no baja por el río a

la misma velocidad que un tronco —declaró Dominic Baciagalupo, como si hablara a la cafetera, y no a Ketchum, que estaba de espaldas a él—. No a menos que el cadáver haya quedado enganchado a un tronco.

Danny había oído antes esa explicación, en otro contexto. El cadáver de su madre había tardado varios días —concretamente tres— en recorrer el trecho entre el remanso del río y la angostura, donde había topado con la presa. El cuerpo de un ahogado primero se hunde, había explicado el cocinero a su hijo; luego sale a la superficie.

—Van a dejar las presas cerradas durante el fin de semana —dijo Ketchum. (No se refería sólo a la Presa de la Muerta, sino también a la de Pontook, en el Androscoggin). Ketchum comía a ritmo uniforme pero no deprisa, sosteniendo el tenedor de una manera poco natural, y con cierta torpeza, en la mano izquierda.

—Está rico con puré de manzana, ¿verdad? —preguntó el niño.

Ketchum, masticando con vigor, movió la cabeza en un gesto de asentimiento. Ya se olía el café, y el cocinero, más para sí que para su hijo o para Ketchum, dijo:

—Ya que estamos, bien puedo empezar con el beicon.

Ketchum siguió comiendo sin más.

—Calculo que los troncos han llegado ya a la primera presa —añadió Dominic, como si continuara hablando solo—. Me refiero a nuestros troncos.

—Ya sé de qué troncos hablas, y de qué presa —dijo Ketchum—. Sí, los troncos ya han llegado a la presa; llegaron mientras tú preparabas la cena.

—¿O sea que fuiste a ver a ese tarado de médico que tienen allí? —preguntó el cocinero—. No es que haga falta ser un genio para escayolar una muñeca rota, pero desde luego eres un amante del riesgo. —Dominic salió a buscar el beicon a la nevera. Fuera la oscuridad era total, y el rumor del río prorrumpió en la cálida cocina.

—¡Antes, tú bien que corrías riesgos, Coci! —exclamó Ketchum en dirección a su viejo amigo. Miró a Danny con cautela—. Y tu papá antes era más feliz... cuando bebía.

—Antes era más feliz, y punto —matizó el cocinero. Por el modo en que su padre echó la pieza de beicon sobre el tajo, Danny no pudo evitar mirarlo; Ketchum, en cambio, mantuvo la atención fija en el pastel de carne y el puré de manzana.

—Dado que los cadáveres bajan por el río más despacio que los troncos —dijo Ketchum con intencionada lentitud, arrastrando un poco las palabras—, ¿cuándo calculas que llegará Ángel al sitio cuyo nombre no acabo de recordar, exactamente?

Danny hizo cuentas para sí, pero el niño vio con toda claridad, y Ketchum también, que el cocinero ya había calculado la duración del recorrido del joven canadiense.

—La noche del sábado o la mañana del domingo —dictaminó Dominic Baciagalupo. Tuvo que levantar la voz para que pudiera oírlo por encima del chisporroteo del beicon—. De noche no pienso acompañarte, Ketchum.

Danny miró de inmediato a Ketchum, previendo la respuesta del hombretón; al

fin y al cabo era la historia que más interesaba al niño, y la más próxima a su corazón.

—Yo sí te acompañé de noche, Coci.

—El domingo por la mañana hay mis probabilidades de que estés sobrio —dijo el cocinero a Ketchum.

—El domingo por la mañana a las nueve. Daniel y yo nos reuniremos allí contigo. —(Se referían a la Presa de la Muerta, aunque el pequeño Dan sabía que ninguno de los dos pronunciaría ese nombre).

—Podemos ir los tres en mi furgoneta —propuso Ketchum.

—Daniel vendrá conmigo, por si no estás del todo sobrio —contestó Dominic.

Ketchum apartó bruscamente el plato limpio; apoyó la desgredada cabeza en la encimera y fijó la mirada en la escayola.

—Te reunirás conmigo en la laguna de la serrería, ¿eso quieres decir? —preguntó Ketchum.

—Yo no la llamo así —respondió el cocinero—. La presa estaba allí antes que la serrería. ¿Cómo pueden llamarla «laguna» si es donde se estrecha el río?

—Ya sabes cómo es esa gente de las serrerías —dijo Ketchum con desdén.

—La presa estaba allí antes que la serrería —repitió Dominic, eludiendo una vez más el nombre de la presa.

—Algún día el agua reventará esa presa, y no se molestarán en construir otra —vaticinó Ketchum. Se le cerraban los ojos.

—Algún día ya no bajarán más maderadas por el Twisted River —dijo el cocinero—. No necesitarán una presa donde el río desagua en el pantano, aunque creo que sí conservarán la presa de Pontook en el Androscoggin.

—Algún día no muy lejano, Coci —corrigió Ketchum. Ya con los ojos cerrados, tenía la cabeza, el pecho y los dos brazos sobre la encimera. El cocinero retiró calladamente el plato vacío, pero Ketchum aún no dormía. En voz más baja que antes, añadió—: Hay una especie de rebosadero a un lado de la presa. Allí el agua forma una balsa..., viene a ser como una poza..., pero hay una barrera de contención, una simple cuerda con boyas, para impedir que entren los troncos.

—Por lo que se ve, lo recuerdas con la misma precisión que yo —observó Dominic.

Era allí donde habían encontrado a su madre, Danny lo sabía. Su cadáver flotaba menos que los troncos; arrastrado por la corriente, debía de haber pasado por debajo de la barrera de contención y entrado en el rebosadero. Ketchum la había encontrado sola en la balsa, o poza, sin un solo tronco alrededor.

—No se me ocurre cómo llegar hasta allí —dijo Ketchum con cierta frustración. Con los ojos todavía cerrados, contraía lentamente los dedos de la mano derecha, acercando las yemas a la palma enyesada pero sin llegar a tocar la escayola; tanto el cocinero como su hijo sabían que estaba poniendo a prueba su tolerancia al dolor.

—Te lo voy a explicar, Ketchum —respondió Dominic con el mayor tacto posible

—. Tienes que acercarte por la presa, o cruzar por encima de los troncos, ¿te acuerdas?

El cocinero había llevado a la cocina uno de los camastros plegables. A una señal suya, su hijo lo ayudó a extender el camastro allí donde no estorbaba para acceder a los hornos, o para abrir la mosquitera.

—Yo también quiero dormir en la cocina —dijo Danny a su padre.

—Si te alejas un poco de esta conversación, tal vez puedas dormirte otra vez —contestó Dominic a su hijo.

—Quiero oír la conversación —afirmó Danny.

—La conversación casi ha terminado —le susurró el cocinero al oído, y le dio un beso.

—No cuentes con ello, Coci —terció Ketchum con los ojos todavía cerrados.

—Tengo cosas que meter en el horno, Ketchum, y ya puestos, podría empezar con las patatas.

—No será la primera vez que te oiga hablar y cocinar al mismo tiempo —repuso Ketchum; no había abierto los ojos.

Señalando la escalera, el cocinero miró a su hijo con severidad.

—Arriba hace frío —protestó Danny; el niño se detuvo en el primer escalón, donde estaba la sartén.

—De paso, Daniel, hazme el favor de llevarte la sartén y dejarla en su sitio.

El niño subió a regañadientes, deteniéndose en cada escalón; oyó a su padre trajinar con los boles de mezcla. El pequeño Dan no necesitaba ver a su padre para saber qué hacía: el cocinero empezaba siempre por el pan de plátano. Mientras iba a colgar la sartén de hierro colado de veinte centímetros de diámetro en el gancho de la habitación de su padre, Danny llevó la cuenta de los huevos cascados en el recipiente de acero inoxidable: dieciséis; después se machacaban los plátanos y se trituraban las nueces. (A veces su padre cubría el pan con manzana caliente). A continuación, el cocinero preparaba los bollos añadiendo los huevos y la mantequilla a los ingredientes secos; la fruta, si tenía, la agregaba al final. Desde el pasillo de arriba, Danny oyó a su padre untar de grasa los moldes de las magdalenas, que luego salpicó de harina, antes de echar la mezcla para las magdalenas de maíz en ellos. El pan de plátano llevaba avena, y también harina de salvado dulce, que el niño enseguida pudo oler desde su habitación.

Bajo las mantas Danny ya no tenía frío, y desde allí oyó cómo abría su padre las puertas de los hornos y el roce de los moldes del pan y las magdalenas al meterlos; luego oyó cómo cerraba las puertas de los hornos. El sonido inhabitual, que indujo al niño a abrir los ojos e incorporarse en la cama, fue el del forcejeo de su padre para levantar a Ketchum, sujetándolo por debajo de los brazos, y arrastrarlo hasta el camastro plegable. Danny ignoraba que su padre fuese tan fuerte como para levantar a Ketchum; el niño de doce años bajó sigilosamente por la escalera y vio a su padre acomodar a Ketchum en el camastro. A continuación el cocinero tapó al leñador con

uno de los sacos de dormir sin cerrar la cremallera, como si el saco abierto fuera una manta.

Dominic Baciagalupo echaba las patatas en la plancha cuando Ketchum le habló.

—No iba a permitirte que la vieras, Coci: no habría estado bien.

—Me hago cargo —respondió el cocinero.

En la escalera, Danny volvió a cerrar los ojos y se representó el episodio, que conocía de memoria: Ketchum, borracho, avanzando con pasos cortos sobre los troncos y a la vez alargando el brazo hacia la balsa creada por el rebosadero.

—¡Quédate ahí, Coci! —había gritado Ketchum en dirección a la orilla—. ¡No se te ocurra venir por encima de los troncos! ¡Ni por la presa!

Dominic había permanecido atento a Ketchum mientras éste llevaba en brazos a su esposa muerta por el contorno de la maderada, a lo largo de la barrera de contención.

—¡Aléjate, Coci! —había gritado, volviendo por encima de los troncos—. ¡Ya no puedes verla; no es la misma que era!

El cocinero, que también estaba borracho, había cogido la manta de la caja de la furgoneta de Ketchum. Pero Ketchum se negaba a volver a la orilla con el cadáver; incluso borracho, siguió desplazándose de aquí para allá por encima de los troncos con pasos cortos y rápidos.

—¡Extiende la manta en la parte de atrás de la furgoneta, Coci, y luego apártate!

Cuando Ketchum llegó a tierra, Dominic se hallaba en el vértice de un triángulo, equidistante de la orilla y de la furgoneta de Ketchum.

—Tú quédate quieto, Coci, hasta que la tape —había dicho Ketchum.

Danny se preguntó si aquello sería el origen de la frecuente advertencia de su padre: «Tú quédate quieto, Daniel; no vayas a matarte». A lo mejor procedía de Ketchum, quien, con delicadeza, había dejado en la caja de la furgoneta a la esposa muerta del cocinero y la había tapado con la manta. Dominic había permanecido a distancia.

—¿No quisiste verla? —había preguntado Danny a su padre demasiadas veces.

—Confío en Ketchum —había contestado su padre—. Si alguna vez me pasa algo, confía tú también en él.

Cuando olió el picadillo de cordero, además de todo lo que estaba en el horno, Danny cayó en la cuenta de que debía de haber vuelto a su habitación, y debía de haberse dormido; no había oído a su padre cuando éste abrió la complicada puerta exterior de la cocina del pabellón y cogió de la nevera la carne picada de cordero. El niño se quedó en la cama con los ojos aún cerrados, saboreando todos los aromas. Deseó preguntar a Ketchum si su madre estaba cara arriba en el agua cuando él la descubrió, o si la había encontrado en el rebosadero cara abajo.

Danny se vistió y bajó a la cocina; sólo entonces vio que su padre había encontrado un momento para subir y vestirse, seguramente después de quedar Ketchum inconsciente en el camastro. Dan observó a su padre mientras trajinaba ante

el fogón; cuando el cocinero se concentraba en tres o cuatro tareas, todas cercanas entre sí, su cojera era casi imperceptible.

En momentos así, Danny imaginaba a su padre a los doce años, antes del accidente en el tobillo. A los doce años, Danny Baciagalupo era un niño solitario; no tenía amigos. A menudo deseaba haber conocido a su padre cuando los dos tenían doce años.

A los doce, cuatro años parecen mucho tiempo. Annunziata Saetta sabía que el tobillo del pequeño Dom no tardaría cuatro años en sanar; su querido Beso de Lobo ya andaba sin muletas al cabo de cuatro meses, y cuando contaba sólo trece años leía tan bien como cualquier muchacho de quince. La escolaridad en casa dio resultado. En primer lugar, Annunziata era maestra de primaria; sabía cuánto tiempo se perdía en el colegio diariamente entre disciplina, recreos y meriendas. El niño hacía las tareas, y las revisaba, durante lo que para Nunzi era la jornada escolar; Dominic tenía tiempo de sobra para mucha lectura extra, y además consignaba en un diario las recetas que aprendía.

El niño adquirió sus aptitudes culinarias más despacio, y —a partir del accidente— Annunziata impuso sus propias leyes sobre el trabajo infantil. No permitió que el joven Dominic aceptara un puesto en un bar de desayunos de Berlin hasta que el chico supo manejarse realmente en una cocina, y para eso tuvo que esperar hasta cumplir los dieciséis; en esos cuatro años, Dom se convirtió en un muchacho de dieciséis muy leído y en un consumado cocinero, menos ducho en afeitarse que en caminar con su cojera.

Corría el año 1940 cuando Dominic Baciagalupo conoció a la madre de Danny. Era una joven de veintitrés años que daba clases en la misma escuela primaria que Annunziata Saetta; de hecho, la madre del cocinero presentó a su hijo de dieciséis a la nueva maestra.

Nunzi no tuvo elección. Su prima María, otra Saetta, se había casado con un Calogero, un apellido siciliano corriente. «Por un santo griego que murió allí; el apellido tiene algo que ver con los niños en general, creo, o quizá con los huérfanos en particular», le había contado Nunzi a Dominic. Lo pronuncia ba-ca-looo-ge-ro. También se empleaba como nombre de pila, explicó su madre, «con frecuencia reservado a los bastardos».

A los dieciséis años, Dominic era sensible al tema de la ilegitimidad, y no puede decirse que Annunziata no lo fuera. Su prima había enviado a su hija embarazada a las agrestes tierras de New Hampshire, lamentándose de que la hija fuese la primera mujer de la familia Calogero con título universitario. «Sólo era una facultad de magisterio, y ya ves el bien que le ha hecho: ¡va y acaba con un bombo!», se quejó la madre de la pobre chica a Nunzi, que repitió esta indelicadeza a Dom. El chico comprendió sin necesidad de explicaciones que enviaban allí a la muchacha embarazada de veintitrés años porque la metían en el mismo saco que a Annunziata y a su bastardo. Se llamaba Rosina, pero —debido a la afición de Nunzi a las

abreviaturas— la joven desterrada ya era una Rosie antes de viajar de Boston a Berlín.

Como era costumbre «por aquellas fechas» —no sólo en el North End, ni exclusivamente entre las familias italianas o siquiera entre las católicas—, los Saetta y los Calogero enviaban a un baldón de la familia a vivir con otro. Annunziata tuvo así doble razón para guardar rencor a sus parientes de Boston. «Que esto te sirva de lección, Dom», dijo al adolescente su madre. «No juzgaremos a la pobre Rosie por su infeliz estado; vamos a quererla como si no pasara nada». Si bien Annunziata era muy digna de encomio por su capacidad de perdón —y más en 1940, cuando en general las madres solteras se contaban entre las almas menos perdonadas de América—, fue imprudente y a la vez innecesario decir a su hijo de dieciséis años que debía querer a su prima segunda «como si no pasara nada».

—¿Por qué es mi prima segunda? —preguntó el muchacho a su madre.

—Quizá no sea eso; quizá se llame «prima lejana» o algo así —contestó Nunzi. Cuando Dominic la miró con cara de incompreensión, su madre añadió:

—Se diga cómo se diga, en realidad no es tu prima, o al menos no tu prima hermana.

Esta información (o desinformación) representó un peligro desconocido para un muchacho lisiado de dieciséis años. Su accidente, su rehabilitación, su escolaridad en casa, por no hablar ya de su reinvencción como cocinero —todas estas circunstancias—, lo habían privado de amigos de su edad. Y el «pequeño». Dom tenía un empleo a jornada completa; se veía ya como un hombre. Ahora Nunzi le había dicho que Rosie Calogero, de veintitrés años, «en realidad» no era su prima.

En cuanto a Rosie. todavía «no se le notaba» cuando llegó; el hecho de que pronto sí se le notaría planteaba otro problema.

Rosie era titulada en magisterio; la verdad es que en aquella época ese nivel de formación bastaba y sobraba para dar clases en una escuela primaria de Berlín. Pero cuando el embarazo de la joven empezara a verse, tendría que abandonar temporalmente su empleo. «O habrá que procurarte un marido, sea real o imaginario», sugirió Annunziata. Por su belleza, no cabía duda de que Rosie podía encontrar marido, uno real —Dominic la consideraba una absoluta preciosidad—, pero la pobre no iba a emprender las obligadas aventuras propias de la vida social para conocer a jóvenes solteros y sin compromiso, ¡no en su estado!

Durante cuatro años el chico había cocinado con su madre. En algunos aspectos, dado que anotaba todas las recetas —así como las variaciones de las recetas que preparaba, a veces sin ella—, ya empezaba a superarla, al mismo tiempo que aprendía. Así las cosas, aquella noche decisiva en sus vidas Dominic estaba preparando la cena para las dos mujeres y para él. Iba camino de hacerse famoso en el bar de desayunos de Berlín, y llegaba a casa del trabajo mucho antes de que Rosie y su madre volvieran del colegio; a excepción de los fines de semana —cuando Nunzi cocinaba por placer—, Dominic ya era casi el principal cocinero de la pequeña

familia. Removiendo su salsa marinara, dijo:

—Bueno, yo podría casarme con Rosie, o podría hacerme pasar por su marido, hasta que ella encuentre a alguien más apropiado. No tiene por qué enterarse nadie, ¿verdad?

A Annunziata se le antojó un ofrecimiento conmovedor e inocente; se echó a reír y abrazó a su hijo. Pero el joven Dom no concebía a nadie «más apropiado» para Rosie que él mismo: en lo de «hacerse pasar» no había sido sincero. Se habría casado con Rosie de verdad; la diferencia de edad o el vago parentesco no eran para él un impedimento.

En cuanto a Rosie, poco le importó que la propuesta del muchacho de dieciséis años, que era conmovedora, e inocente hasta cierto punto, fuese poco realista y probablemente ilegal incluso en el norte de New Hampshire. Lo que llegaba al alma a la pobre chica, que aún estaba en su primer trimestre de embarazo, era que el gañán que le había hecho el bombo no se hubiese ofrecido a casarse con ella, ni siquiera sometido a lo que acabó siendo una presión considerable.

Dadas las predilecciones de los miembros masculinos de ambas familias, los Saetta y los Calogero, dicha «presión» tomó la forma de múltiples amenazas de castración, que culminaría con muerte por ahogamiento. No quedó claro si el gañán zarpó con rumbo a Nápoles o a Palermo, pero no se recibió ninguna proposición matrimonial. El ofrecimiento sincero y espontáneo de Dominic era la primera propuesta que alguien hacía a Rosie; desbordada, rompió a llorar en la mesa de la cocina antes de que Dominic pudiera cocer las gambas en su salsa marinara. Sollozando, la afligida joven se fue a la cama sin cenar.

Esa noche, los desconcertantes ruidos de Rosie mientras abortaba despertaron a Annunziata: «desconcertantes» porque, en ese momento, Nunzi no sabía si la pérdida del bebé era una bendición o un castigo de Dios. Dominic Baciagalupo, tendido en su cama, escuchaba el llanto de su prima segunda o lejana. La cadena del inodoro sonaba una y otra vez; la bañera estaba llenándose —seguro que había sangre—, y por encima de todo se oía la voz arrulladora y compasiva de su madre dándole consuelo. «Rosie, tal vez sea mejor así. Ahora no tendrás que dejar el trabajo, ¡ni siquiera temporalmente! Ahora no hará falta conseguirte un marido, ¡ni real ni imaginario! Escúchame, Rosie: no era un bebé, todavía no». Pero Dominic, allí tendido, se preguntaba: ¿qué he hecho? Incluso un matrimonio imaginario con Rosie le provocaba una erección casi continua. (¡Cosa nada extraña, a sus dieciséis años!). Cuando el joven Dom oyó que Rosie había dejado de llorar, contuvo la respiración.

—¿Me habrá oído Dominic? ¿Crees que lo habré despertado? —oyó que la muchacha preguntaba a su madre.

—Bah, duerme como un bendito —contestó Nunzi—, pero menudo jaleo has armado..., cosa del todo comprensible, eso sí.

—¡Seguro que me ha oído! —exclamó la muchacha—. ¡Tengo que hablar con él! Dominic la oyó salir de la bañera. Le llegó el sonido de la vigorosa fricción de



una toalla y a continuación las pisadas de sus pies descalzos en el suelo del baño.

—Ya se lo explicaré yo a Dom por la mañana —decía su madre, pero los pies descalzos de la que en realidad no era su prima ya recorrían quedamente el pasillo hacia la habitación de invitados.

—¡No! ¡Tengo que decirle una cosa! —respondió Rosie, levantando la voz. Dominic oyó abrirse un cajón; una percha cayó en el armario de ella. Poco después la muchacha apareció en su habitación: abrió la puerta sin llamar y se tendió en la cama a su lado. Él notó el roce de su pelo mojado en la cara.

—Te he oído —dijo Dom.

—No me pasará nada —contestó Rosie—. Tendré un hijo, algún día.

—¿Té duele? —preguntó él. Mantenía la cara vuelta hacia el otro lado sobre la almohada, porque hacía mucho tiempo que no se lavaba los dientes y temía que le oliera el aliento.

—Hasta que he perdido el bebé pensaba que no lo quería —decía Rosie. A él no se le ocurrió qué contestar, pero ella prosiguió—. Eso que me has dicho, Dominic, es lo más bonito que me ha dicho alguien. Nunca lo olvidaré.

—Me casaría contigo, de verdad —afirmó el chico—. No hablaba por hablar.

Rosie lo abrazó y le besó la oreja. Estaba encima de la colcha, y él debajo; aun así, percibía la presión del cuerpo de ella en la espalda.

—Nunca me harán una proposición más bonita, lo sé —dijo la que en realidad no era su prima.

—A lo mejor podemos casarnos cuando yo sea un poco mayor —sugirió Dominic.

—¡A lo mejor! —exclamó la muchacha, y volvió a abrazarlo.

¿Lo decía en serio, se preguntó el chico de dieciséis años, o sólo por amabilidad?

Desde el cuarto de baño, donde Annunziata vaciaba y restregaba la bañera, se oían las voces de ellos pero no se distinguían sus palabras. Lo que sorprendió a Nunzi fue oír a Dominic; el chico casi nunca hablaba. Aún estaba cambiándole la voz; empezaba a tenerla más grave. Pero a partir del momento en que Annunziata oyó decir a Rosie «¡A lo mejor!»..., en fin, Dominic se lanzó a hablar y hablar, y las exclamaciones de la muchacha pasaron a ser más débiles pero más prolongadas. Lo que decían era indescifrable, pero cuchicheaban con voz entrecortada como amantes.

Mientras Annunziata seguía limpiando la bañera compulsivamente, no se preguntaba ya si el aborto había sido una bendición o un castigo de Dios; el aborto había pasado a un segundo plano. Ahora se trataba de la propia Rosie Calogero: ¿era ella una bendición o un castigo de Dios? ¿En qué había estado pensando Nunzi? Había abierto las puertas de su casa a una joven bonita, inteligente (y a todas luces emotiva) —rechazada por su amante y desterrada por su familia—, sin darse cuenta de que una muchacha de veintitrés años sería una tentación irresistible para un chico solitario en plena adolescencia.

Annunziata, de rodillas en el cuarto de baño, se levantó y recorrió el pasillo hacia

la cocina, advirtiéndole que la puerta del dormitorio de su hijo estaba entornada y el cuchicheo seguía y seguía. En la cocina, Nunzi cogió un pellizco de sal y se lo echó por encima del hombro. Resistió el impulso de irrumpir en la habitación, pero —tras salir primero al pasillo— levantó la voz.

—¡Virgen santa, Rosie! Espero que sepas perdonarme —exclamó Annunziata—. ¡Ni siquiera te he preguntado si querrías volver a Boston!

Nunzi lo había planteado como si aquello no fuese idea suya; había intentado adoptar un tono neutro o indiferente, como si hablase única y exclusivamente por consideración a lo que la propia Rosie deseaba hacer. Pero los susurros procedentes de la habitación de Dominic quedaron interrumpidos por una repentina y común inhalación.

Rosie sintió contra su pecho el grito ahogado del chico en el mismo instante en que tomaba conciencia de su propia exclamación. Era como si hubiesen ensayado la respuesta, tan al unísono reaccionaron.

—¡No! —oyó gritar Annunziata a su hijo y a Rosie; eran un coro.

Decididamente no era una bendición, pensó Nunzi mientras oía decir a Rosie:

—Quiero quedarme aquí, contigo y con Dominic. Quiero dar clases en el colegio. ¡No quiero volver a Boston nunca! —(«Eso no puedo echárselo en cara», comprendió Annunziata; conocía aquella sensación)—. ¡Quiero que Rosie se quede! —oyó Nunzi clamar a su hijo.

«¡Cómo no vas a querer!», pensó Annunziata. Pero ¿cuáles serían las repercusiones de la diferencia de edad? ¿Y qué pasaría cuando el país entrase en guerra, si es que entraba, y se marchasen todos los hombres jóvenes? (Pero su querido Beso de Lobo no, no con esa cojera, como bien sabía Nunzi). Rosie Calogero conservó su empleo y cumplió bien su cometido. El joven cocinero también conservó su empleo y cumplió bien su cometido, tanto es así que el bar de desayunos empezó a servir, además, almuerzos. En poco tiempo Dominic Baciagalupo cocinaba mucho mejor que su madre. Y de todo lo que el joven cocinero preparaba para el almuerzo se llevaba a casa lo mejor para la cena; daba de comer de fábula a su madre y a la que en realidad no era su prima. De vez en cuando madre e hijo aún cocinaban juntos, pero en la mayoría de las cuestiones culinarias Annunziata se rendía ante Dominic.

El cocinero hacía pastel de carne con salsa de Worcestershire y provolone, y lo servía caliente con su salsa marinara polivalente, o frío con puré de manzana. Preparaba supremas de pollo alla parmigiana; en Boston, le había dicho su madre, ella hacía ternera a la parmesana, pero en Berlin él no conseguía ternera de calidad. (Sustituyó la ternera por el cerdo: el resultado era casi igual de bueno). Dominic también hacía berenjenas a la parmesana; el considerable contingente de canadienses en Berlin sabía lo que era una aubergine. Y Dom preparaba pata de cordero con limón, ajo y aceite de oliva; el aceite de oliva era de una tienda que Nunzi conocía en Boston, y Dominic lo usaba para untar el pollo asado o rociar el pavo, ambos previamente rellenos con pan de maíz y salchicha y salvia. Preparaba los filetes bajo

el gratinador, o bien a la brasa, y los servía con alubias o patatas asadas. Las patatas no le gustaban mucho y detestaba el arroz. Servía casi todos los segundos con guarnición de pasta, que preparaba con la mayor sencillez: añadiendo aceite de oliva y ajo, y a veces guisantes o espárragos. Rehogaba las zanahorias en aceite de oliva, con aceitunas negras sicilianas y más ajo. Y aunque aborrecía las judías con salsa de tomate, también las servía; había leñadores y trabajadores del aserradero, en su mayor parte veteranos ya sin dientes, que apenas comían otra cosa. («Los de las judías con tomate y la crema de guisantes», los llamaba Nunzi despectivamente). De vez en cuando Annunziata conseguía hinojo, que Dom y ella empleaban para aderezar una salsa dulce de tomate con sardinas; las sardinas llegaban en lata de otra tienda que Nunzi conocía en Boston, y madre e hijo las trituraban con ajo y aceite de oliva hasta conseguir una mezcla homogénea y las servían con pasta salpicada de miga de pan y gratinada. Dominic elaboraba él mismo la masa para las *pizzas*. Servía *pizzas* sin carne todos los viernes por la noche, en lugar de pescado, ya que ni el joven cocinero ni su madre se fiaban de que éste se recibiese fresco en el norte. Las gambas, congeladas en trozos de hielo grandes como bloques de hormigón, llegaban sin descongelar en trenes procedentes de la costa; por eso Dominic sí se fiaba de las gambas. Y en las *pizzas* aprovechaba también su salsa marinara. La ricotta, el romano, el parmesano y el provolone provenían todos de Boston, al igual que las aceitunas negras sicilianas. El cocinero, que aún estaba aprendiendo el oficio, picaba mucho perejil y lo echaba a todo: incluso a la ubicua crema de guisantes. (El perejil era «clorofila pura», le había asegurado su madre; suavizaba el sabor del ajo y refrescaba el aliento). Dominic optaba por postres sencillos y que —para irritación de Nunzi— no tenían nada ni remotamente de siciliano: tarta de manzana y cobbler de arándanos o tortitas. En Coos County siempre se encontraban manzanas y arándanos, y a Dominic se le daba bien la masa.

Sus desayunos eran aún más elementales: huevos con beicon, panqueques y torrijas, magdalenas de maíz y magdalenas con arándanos y bollos. En aquella época sólo incluía el pan de plátano cuando los plátanos estaban muy maduros; era un despilfarro emplear plátanos en su punto, le había dicho su madre.

En el valle del Androscoggin, a medio camino entre Berlin y Milán, había una granja de pavos, y el cocinero preparaba picadillo de carne de pavo con pimiento y cebolla, y una cantidad mínima de patata. «La carne en conserva no sirve para el picadillo; ¡debe de ser irlandesa!», lo había aleccionado Annunziata.

El tío Umberto, capullo y alcohólico, que se mataría a fuerza de beber antes de terminar la guerra, jamás probaría una comida hecha por el que en realidad no era su sobrino. Al veterano maderero le resultaba casi intolerable ser capataz en un aserradero donde cada vez había más mano de obra femenina, y para las mujeres el tío Umberto resultaba absolutamente intolerable, cosa que no hizo más que exacerbar el problema con la bebida del atribulado capataz. (Personaje secundario o no, Umberto tendría una presencia obsesiva en los recuerdos de Dominic, donde el que

en realidad no era su tío interpretaba un papel principal. ¿Cómo era posible que el padre de Dominic fuese amigo de Umberto? ¿Y acaso se debía la antipatía de Umberto por Nunzi a que ella no se acostaba con él? Dominic a menudo se atormentaba con la idea de que Umberto hubiera imaginado equivocadamente que tal vez Nunzi, por su destierro de Boston y su situación en Berlín, se dejara seducir con facilidad). Y durante un invierno, varios años antes del fallecimiento del capullo de Umberto, Annunziata Saetta contrajo la misma gripe que aquejaba a todos los niños del colegio; Nunzi murió antes de que Estados Unidos entrara de forma oficial en guerra.

¿Qué podían hacer en esa situación Rosie Calogero y el joven Dom? Tenían veinticuatro y diecisiete años respectivamente; no podían vivir juntos en la misma casa bajo ningún concepto, no después de morir la madre de Dominic. Ni soportaban la idea de vivir separados, así que los «no del todo» primos se hallaban ante un dilema. Ni siquiera Nunzi podía decirles qué debían hacer, ya no; la joven mujer y el hombre perceptiblemente más joven se limitaron a hacer lo que, creyeron, habría deseado la pobre Annunziata, y quizás así fuera.

El joven Dom mintió sin más sobre su edad. Él y (la que en realidad no era) su prima Rosie Calogero contrajeron matrimonio en la temporada del barro de 1941, poco antes de que las primeras grandes maderadas de ese año descendieran por el Androscoggin, al norte de Berlín. Eran un joven cocinero reconocido, sin llegar a próspero, y una reconocida maestra, aunque no próspera. Pero al menos tenían trabajo fijo, ¿y qué falta les hacía a ellos la prosperidad? Jóvenes y enamorados (cada uno a su manera), sólo querían un hijo —nada más que uno— y en marzo de 1942 lo tendrían.

El pequeño Dan nació en Berlín —«poco antes de la temporada del barro», como siempre decía su padre (por ser la temporada del barro algo más rotundo que el calendario)—, y casi inmediatamente después de su nacimiento los hacendosos padres del niño se marcharon de aquel pueblo industrial. Para la sensibilidad del cocinero, el hedor de la fábrica de papel era una continua ofensa. Cabía pensar que algún día la guerra terminaría, y cuando eso ocurriese, Berlín crecería y nadie la reconocería salvo por el olor. Pero en 1942 el pueblo ya era demasiado grande y demasiado fétido para Dominic Baciagalupo, y le traía demasiados recuerdos confusos. Y la experiencia previa de Rosie en el North End le suscitaba grandes celos ante la posibilidad de regresar a Boston, si bien tanto los Saetta como los Calogero rogaron a los jóvenes primos que volvieran a «casa».

Los hijos se dan cuenta cuando no reciben un amor incondicional. Dominic sabía que su madre se había sentido rechazada. Y si bien en apariencia Rosie nunca lamentó las circunstancias que la obligaron a casarse con un simple muchacho, sentía un franco resquemor por el modo en que su familia la había desterrado inicialmente a Berlín.

Los ruegos de los Saetta y los Calogero cayeron en saco roto. ¿Quiénes eran ellos

para decir que todo quedaba perdonado? Al parecer, daban el visto bueno al matrimonio de los primos y al nacimiento de su hijo; pero lo que Dominic y Rosie no olvidaban era que ni los Saetta ni los Calogero habían dado el visto bueno a que una Saetta o una Calogero quedara embarazada estando soltera.

«Que busquen a otro a quien perdonar», fue el planteamiento de Rosie. Dominic, sabiendo lo que Nunzi pensaba en vida, se mostró conforme. Boston era un puente quemado a sus espaldas; más aún, la joven pareja podía actuar con la tranquilidad de saber que el puente no lo habían quemado ellos.

Ciertamente la condena moral no era una novedad en Nueva Inglaterra, no allá por 1942; y si bien la mayoría de la gente habría preferido Boston a Twisted River, las decisiones que toman muchos matrimonios jóvenes son circunstanciales. Para la recién constituida familia Baciagalupo, tal vez Twisted River fuera un pueblo remoto y primitivo, pero allí no había fábrica de papel. Aquella localidad formada en torno a la serrería y el campamento maderero jamás había conservado a un cocinero durante toda una temporada del barro, y no había colegio, no en un pueblo habitado principalmente por trabajadores itinerantes. Sí reunía las condiciones necesarias para un colegio, en cambio, el poblado menor pero en apariencia más estable a orillas del Phillips Brook, es decir, Paris (antes West Dummer), a sólo unos kilómetros por la pista forestal del poblado visiblemente más cochambroso de Twisted River, donde la compañía maderera se había negado hasta ese momento a invertir en un pabellón-cocina permanente. Según la compañía, la cocina ambulante improvisada y los wanigans habilitados como comedor tendrían que bastar. Por ello, Twisted River semejaba más un campamento maderero que un pueblo en toda regla, pero eso no desalentó a Dominic y Rosie Baciagalupo, quienes vieron en Twisted River una oportunidad, aunque fuese en bruto.

En el verano del 42 —tomándose tiempo suficiente para en cargar libros de texto y demás material, en preparación para el nuevo colegio de Paris—, el cocinero y la maestra, junto con su hijo recién nacido, remontaron el Androscoggin en dirección norte hasta Milán, y luego viajaron rumbo nornoroeste por la vía de saca desde el pantano de Pontook. El lugar donde el Twisted River vertía sus aguas en el pantano se conocía simplemente como la «angostura»; no había siquiera una serrería, y la rudimentaria Presa de la Muerta aún no tenía nombre. (Como decía Ketchum: «Por entonces la gente no se andaba con tantas fantasías»). La pareja y su hijo llegaron al remanso por debajo de Twisted River antes de ponerse el sol y salir los mosquitos. A los pocos que recordaban la llegada de la joven familia, el hombre de la cojera y su bella esposa, en apariencia mayor que él, con su hijo recién nacido, debieron de antojárseles personas llenas de ilusión, pese a que sólo llevaban encima algo de ropa. Los libros y el resto de la ropa, junto con los cacharros de cocina de Dominic, los habían precedido en un camión maderero vacío cubierto con una lona.

Los wanigans destinados a cocina y comedor pedían a gritos una buena limpieza: una renovación a gran escala era lo que necesitaban esos wanigans, y lo que el

cocinero exigiría si querían que se quedase. Y si la compañía maderera esperaba que el cocinero siguiese allí acabada la temporada del barro, tendrían que construir un pabellón-cocina permanente, con dormitorios en el piso de arriba, donde el cocinero y su familia pensaban vivir.

Rosie era más comedida en sus exigencias: un colegio con una sola aula bastaría en Paris, antes West Dummer, donde nunca había existido colegio; en 1942 a orillas del Phillips Brook sólo vivían unas cuantas familias con niños en edad escolar, y en Twisted River, menos aún. Pronto serían más —al terminar la guerra, cuando los hombres regresaran a casa—, pero Rosie Baciagalupo, antes Calogero, no llegaría a ver el retorno de esos hombres una vez acabada la guerra, ni educaría a sus hijos.

La joven maestra murió a finales del invierno de 1944, poco después de cumplir su hijo Dan dos años. El niño no recordaba a su madre, a quien conocía sólo por las fotografías que guardaba su padre, y por los párrafos que ella había subrayado en sus numerosos libros, que su padre también conservaba. (Al igual que la madre de Dominic Baciagalupo, Rosie era aficionada a la lectura de novelas). Quien juzgara a Dominic por su aparente pesimismo —en su manera de proceder se advertía una actitud remota, o un aire distante en el trato, e incluso cierta melancolía en sus ademanes— quizá llegara a la conclusión de que no se había recuperado de la trágica muerte de su mujer de veintisiete años. Sin embargo, además de su querido hijo, Dominic Baciagalupo tenía otra de las cosas que quería: el pabellón-cocina se había construido conforme a sus especificaciones.

Por lo visto disponía de cierto contacto en la Compañía Manufacturera Paris: la esposa de un pez gordo, a su paso por Berlin, se había deshecho en halagos por los guisos de Dominic. Había corrido la voz: la comida era incomparablemente mejor que el acostumbrado rancho de los campamentos madereros. No habría estado bien que Dominic cogiese los bártulos y se marchase. Pero el cocinero y su hijo se habían quedado diez años.

Naturalmente, uno o dos madereros veteranos —entre ellos, sobre todo Ketchum— conocían la triste razón. El cocinero, que enviudó a los veinte años, se sentía culpable de la muerte de su esposa... y él no era el único cuya vida en Twisted River parecía un acto de penitencia de inhumana duración. (Bastaba con pensar en Ketchum). En 1954, Dominic Baciagalupo sólo contaba treinta años —era joven, pues, para tener un hijo de doce—, pero Dominic ofrecía el aspecto de un hombre resignado a su destino desde hacía mucho tiempo. En su imperturbable serenidad irradiaba una especie de aceptación que podía confundirse fácilmente con pesimismo. No había nada de pesimista en el esmero con que cuidaba de su hijo Daniel, y sólo por el niño se quejaba el cocinero alguna que otra vez de las asperezas o las limitaciones de la vida en Twisted River: el pueblo aún no tenía colegio, por decir algo.

En cuanto al colegio que la Compañía Manufacturera Paris había construido a orillas del Phillips Brook, la calidad de la educación no había mejorado

perceptiblemente durante esos años con respecto a la que Rosie Baciagalupo proporcionaba. Cierto que el colegio de una sola aula se había reconstruido desde los años cuarenta, pero el ambiente pendenciero estaba dominado por los alumnos mayores, que habían repetido uno o dos cursos. Era imposible controlarlos: la sufrida maestra distaba mucho de ser una Rosie Baciagalupo. Los matones del colegio de Paris tendían a intimidar al hijo del cocinero, y no sólo porque Danny viviera en Twisted River y su padre fuera cojo. También se mofaban del niño por la corrección con la que invariablemente hablaba. La prosodia del pequeño Dan era precisa; su dicción nunca adoleció de los vicios propios de los niños de Paris, como comerse consonantes o abrir demasiado las vocales, y ellos lo maltrataban por eso. («Los niños de West Dummer», los llamaba Ketchum indefectiblemente). «Tú quédate quieto, Daniel: no vayas a matarte», le decía su padre, como era previsible. «Algún día nos marcharemos de aquí, te lo prometo». Pero al margen de sus defectos, y de la triste historia de su familia, el colegio de la Compañía Manufacturera Paris a orillas del Phillips Brook era el único colegio al que el niño había asistido; incluso la idea de abandonar ese colegio inquietaba a Danny Baciagalupo.

—Ángel estaba demasiado verde para talar árboles en el bosque, o para trabajar en el cargadero —dijo Ketchum en la cocina desde el camastro plegable. Tanto el cocinero como su hijo sabían que Ketchum hablaba en sueños, sobre todo cuando había bebido.

Un cargadero, que era un encofrado de troncos adosado al ribazo de una vía de saca, debía tener una altura ligeramente superior a la de la plataforma del camión que se arrimaba a él. Los maderos traídos del bosque podían encambrarse detrás del encofrado hasta que estaban listos para cargarse. Alternativamente podía armarse un deslizadero a base de troncos, una especie de rampa de acceso a la plataforma del camión; luego se empleaba un caballo o un torno accionado mediante un tractor (una cabria) para cargar los troncos. Ketchum no habría querido que Ángel Pope participara en modo alguno en las labores de carga y descarga de troncos.

Danny Baciagalupo había iniciado sus quehaceres en la cocina cuando Ketchum, en el estupor de la ebriedad, volvió a hablar.

—Tendría que haber estado encastillando madera, Coci.

El cocinero asintió ante el fogón, pese a que sabía de sobra, sin mirar una sola vez al veterano gancho, que Ketchum aún dormía.

Apilar tablas —o «encastillar madera», como lo llamaban— acostumbraba ser un trabajo propio de principiantes en la serrería. Ni siquiera el cocinero habría considerado a Ángel demasiado verde para eso. La madera se apilaba en capas alternas de tablas y «rastreles», que eran estrechos listones dispuestos perpendicularmente a las tablas para separarlas, permitiendo así que circulase el aire para su secado. Ésa era una tarea que tal vez Dominic Baciagalupo habría permitido realizar a Danny.

—La progresiva mecanización —masculló Ketchum. Si el hombretón hubiese

intentado siquiera darse la vuelta en el camastro plegable, se habría caído al suelo, o el camastro habría cedido. Pero Ketchum permanecía inmóvil boca arriba, con la escayola cruzada sobre el pecho, como si estuviese a punto de recibir sepultura en el mar. El saco de dormir abierto lo cubría como una bandera; la mano izquierda tocaba el suelo.

—Vaya por Dios, ya estamos otra vez —dijo el cocinero, sonriendo a su hijo.

La «progresiva mecanización» era uno de los caballos de batalla de Ketchum. En 1954 comenzaban a verse en los bosques vehículos de arrastre con neumáticos. Por regla general, los fustes de mayor tamaño se trasladaban a la cambra mediante tractores; las cuadrillas menores, provistas de caballos, cobraban «por unidad» (por una cuerda de madera o mil pies tablares), como lo llamaban, siendo su cometido cortar y arrastrar los troncos hasta un lugar establecido junto a la vía de saca. Al extenderse el uso de máquinas con neumáticos en el sector de la madera, un arriero veterano como Ketchum era muy consciente de que se aceleraría el ritmo de recolección forestal. Ketchum no era hombre de ritmos acelerados.

Danny abrió la conflictiva puerta exterior de la cocina y salió a orinar. (A pesar de que su padre desaprobaba que orinase fuera, Ketchum había enseñado al pequeño Dan a disfrutar con ello). Aún era de noche, y el niño sintió en la cara la bruma del impetuoso río, fría y húmeda.

—¡A la mierda los del cabrestante auxiliar! —exclamó Ketchum en sueños—. ¡Y a la mierda los capullos de los camioneros!

—En eso te doy la razón —dijo el cocinero a su amigo dormido.

El niño de doce años volvió a entrar y cerró la puerta exterior de la cocina. Ketchum se había incorporado en el camastro, despertado tal vez por sus propios gritos. Daba miedo verlo. La anormal negrura de su pelo y de su barba le conferían el aspecto de alguien quemado en un incendio atroz, y en ese momento, bajo la luz blanquecina de los fluorescentes, la cicatriz amoratada de la frente presentaba una coloración más cenicienta que de costumbre. Ketchum examinaba el entorno con la mirada perdida pero expresión cauta.

—Y no te olvides de mandar a la mierda al alguacil Cari —recordó el cocinero.

—Ni que decir tiene —convino de inmediato Ketchum—. Ese puto vaquero...

El alguacil Cari era el causante de la cicatriz de Ketchum. Por norma, el alguacil disolvía todas las peleas desatadas en el salón de baile y en los bares de las fondas. Había disuelto una de las peleas de Ketchum rompiéndole la cabeza al maderero con el largo cañón de su Colt 45: «La clase de arma ostentosa que en New Hampshire sólo llevaría un capullo», en opinión de Ketchum. (De ahí que se conociese al alguacil Cari como «vaquero»). No obstante, a juicio de Danny Baciagalupo, un golpe en la frente con un Colt 45 era preferible a un tiro en el pie o en la rodilla, método que por lo común elegía el alguacil Cari, el vaquero, para disolver las peleas de los temporeros canadienses.

Eso implicaba normalmente que los francocanadienses ya no podían trabajar en



los bosques; tenían que regresar a Quebec, cosa que el alguacil Cari veía con buenos ojos.

—¿He dicho algo? —preguntó Ketchum al cocinero y su hijo.

—Has hablado con gran elocuencia sobre esa gente del cabrestante auxiliar y los camioneros —respondió Dominic a su amigo.

—A la mierda —repuso de forma automática Ketchum—. Me marchó al norte, prefiero irme a cualquier sitio antes que quedarme aquí —anunció. Seguía sentado en el camastro, donde se contemplaba la escayola como si fuera un brazo recién adquirido pero absolutamente inservible; lo miraba con odio.

—Sí, ya —dijo Dominic.

Danny trabajaba en la encimera, troceando los pimientos y los tomates para las tortillas; el niño sabía que Ketchum hablaba de «irse al norte» a todas horas. Las regiones de Millsfield y de Second College Grant de New Hampshire, cuyo nombre oficial es ahora Great North Woods, y la zona montañosa de los Aziscohos, al sudeste de Wilsons Mills, Maine, eran los territorios madereros por los que Ketchum se sentía atraído. Pero el veterano ganadero y arriero sabía que la antedicha «progresiva mecanización» llegaría también al norte; de hecho, ya había llegado.

—Deberías marcharte de aquí, Coci, y tú lo sabes —dijo Ketchum cuando los primeros faros de alguna de las ayudantes de cocina iluminaron el pabellón.

—Sí, ya —repitió el cocinero. Al igual que Dominic Baciagalupo, Ketchum hablaba de marcharse pero se quedaba.

El motor de la furgoneta de la lavaplatos india se distinguía de los demás por su ruido.

—¡Por los clavos oxidados de Cristo! —exclamó Ketchum cuando por fin se levantó—. ¿Es que Jane siempre va en primera?

El cocinero, que no había mirado ni una sola vez a Ketchum mientras trabajaba ante el fogón, lo miró en ese momento.

—No la contraté por sus aptitudes al volante, Ketchum.

—Ya, ya —se limitó a decir Ketchum mientras Jane la Piel Roja abría la puerta exterior y entraba con el resto de las ayudantes de cocina. (Danny se preguntó por un momento por qué Jane era la única que, al parecer, no tenía problemas con la conflictiva puerta). Ketchum había plegado el camastro y el saco de dormir, y estaba guardándolos cuando Jane habló.

—Ajá, un leñador en la cocina —exclamó—. Eso nunca es buena señal.

—Tú y tus señales —dijo Ketchum, sin mirarla—. ¿Ya se ha muerto tu marido o tenemos que aplazar la celebración?

—Aún no me he casado con él, ni tengo planes al respecto —contestó Jane, como siempre.

La lavaplatos india vivía con el alguacil Cari, manzana de la discordia para Ketchum y el cocinero. Dominic no sentía más aprecio por el vaquero que Ketchum, y Jane no llevaba mucho tiempo con el alguacil, y (hablando de señales) dejaba caer

vagas insinuaciones de que tal vez lo abandonara. Él le pegaba. El cocinero y Ketchum habían hablado en más de una ocasión de los ojos morados y los labios partidos de Jane, e incluso Danny había advertido los moretones en forma de huellas digitales, del tamaño de pulgares, en la parte superior de sus brazos, allí donde obviamente el alguacil la había agarrado para sacudirla.

«Puedo aguantar una paliza», era la respuesta habitual de Jane a Ketchum o al cocinero, aunque a todas luces la complacía que ellos se preocuparan por su seguridad. «Pero Cari debería andarse con cuidado», añadía sólo muy de vez en cuando. «Puede que un día se la devuelva». Jane era una mujer corpulenta, y saludó al niño de doce años (como siempre hacía) estrechándolo contra sus amplísimas caderas. El niño le llegaba a la altura de los pechos, que eran monumentales; ni siquiera la holgada sudadera con la que se protegía del frío de la madrugada los ocultaba. Jane la Piel Roja tenía además un mar de pelo negro azabache, aunque siempre lo llevaba recogido en una gruesa trenza, que le caía hasta el trasero. Ni siquiera con pantalón de chándal, o un peto holgado, su ropa preferida para trabajar en la cocina, conseguía Jane esconder su trasero.

En lo alto de la cabeza, con un agujero abierto de un tijeretazo para pasar la trenza, lucía una gorra de béisbol de los Indios de Cleveland, del año 1951, regalo de Ketchum. Un verano, harto de las moscas negras y los mosquitos, Ketchum había trabajado de camionero; conducía un tráiler de largo recorrido, y la gorra de béisbol realmente la había comprado en el lejano Cleveland. (Danny no podía por menos de suponer que eso ocurrió antes de llegar Ketchum a la conclusión de que todos los camioneros eran unos capullos). «Mira, Jane, tú eres piel roja: esta gorra te viene que ni pintada», le había dicho Ketchum. El logo de la gorra era el rostro de color rojo del jefe Wahoo, un indio dentado con sonrisa de loco; la cabeza y parte de la pluma quedaban dentro de la letra C. La C, en forma de hueso de la suerte, era roja; la gorra era azul. En cuanto a quién era el jefe Wahoo, ni Ketchum ni Jane la Piel Roja lo sabían.

El niño de doce años había oído esa anécdota con frecuencia; se encontraba entre las preferidas de Jane. Una de las ocasiones más memorables en que Danny la vio quitarse la gorra de los Indios de Cleveland fue cuando contó al niño cómo se la había regalado Ketchum. «La verdad es que antes, de joven, Ketchum era tirando a guapo», le decía siempre Jane al niño. «Aunque nunca fue tan guapo como tu padre, ni tan guapo como lo serás tú», añadía después la lavaplatos india. Su gorra de béisbol con el indio sonriente tenía marcas de agua y manchas de aceite de cocinar. A Jane le gustaba ponerle al niño de doce años la gorra del jefe Wahoo, que le caía sobre la frente, justo por encima de los ojos; Danny notaba que el pelo le asomaba por el agujero en la parte de atrás de la cabeza.

Danny nunca había visto a Jane la Piel Roja sin su trenza, pese a que la india se había quedado a cuidar de él muchas veces, sobre todo cuando era más pequeño, demasiado pequeño a la sazón para acompañar a su padre durante el acarreo de

maderadas, o lo que es lo mismo, demasiado pequeño para dormir como es debido en el wanigan destinado a cocina. Por lo general, Jane acostaba al pequeño Dan en su habitación encima de la cocina del pabellón. (Danny suponía que ella dormía en la habitación de su padre las noches que su padre no estaba). A la mañana siguiente, cuando Jane preparaba el desayuno al niño, no se advertía el menor indicio de que se hubiese deshecho la larga trenza negra, y aun así costaba imaginar que resultase cómodo dormir con una trenza así de larga y espesa. Por lo que Danny sabía, Jane también habría podido dormir con la gorra de béisbol de los Indios de Cleveland. El jefe Wahoo con su sonrisa de loco era una presencia demoniaca, siempre vigilante.

—Dejo a las señoras con sus tareas —decía Ketchum en ese momento—. Bien sabe Dios que no me gustaría estorbar.

—Bien sabe Dios —repinó una de las ayudantes de cocina. Era esposa de uno de los trabajadores de la serrería, como la mayoría de las ayudantes de cocina. Estaban todas casadas y gordas; sólo Jane la Piel Roja era más gorda que ellas, y no estaba casada con el alguacil Cari.

El alguacil también estaba gordo. El vaquero era tan grande como Ketchum —aunque Ketchum no estaba gordo—, y era malvado. Danny tenía la impresión de que todo el mundo despreciaba al vaquero, pero el alguacil Cari siempre era el único candidato en las elecciones para el cargo; en Twisted River muy posiblemente nadie más sentía el menor deseo de ser alguacil. El trabajo conllevaba sobre todo disolver peleas y encontrar maneras de mandar a los temporeros francocanadienses de regreso a Quebec. La manera encontrada por el alguacil Cari —esto es, un tiro en el pie o la rodilla— era malvada pero eficaz. Pero ¿quién iba a querer partir la crisma a la gente con el cañón de un arma, o disparar a la gente en los pies y las rodillas?, se preguntaba Danny. ¿Y por qué Jane la Piel Roja, a quien el niño adoraba, querría vivir con un vaquero como ése?

«Vivir aquí puede ser arriesgado, Daniel», le decía a menudo su padre.

«Para acabar viviendo con el alguacil Cari, una mujer tiene que haber perdido la buena presencia», había intentado explicar Ketchum al pequeño Dan, «pero cuando la mujer pierde su buena presencia más de la cuenta. Cari se busca a otra». Las ayudantes de cocina, y desde luego todas las esposas de los trabajadores de la serrería de la primera a la última, habían perdido la buena presencia, en opinión de Danny Baciagalupo.

Si bien Jane la Piel Roja estaba más gorda que las demás, todavía conservaba una cara bonita y un pelo asombroso; y tenía unos pechos tan imponentes que el hijo del cocinero no soportaba pensar en ellos, razón por la que alguna vez, en los momentos más inesperados, el pensamiento se le iba detrás de los pechos de Jane.

—¿Son los pechos lo que les gusta a los hombres de las mujeres? —había preguntado Danny a su padre.

—Pregúntaselo a Ketchum —había contestado el cocinero. Pero, a ojos de Danny, Ketchum era demasiado viejo para interesarse en los pechos: Ketchum le parecía

demasiado viejo para fijarse siquiera en los pechos. Cierto que con una vida tan asendereada, Ketchum no había llevado una existencia fácil; aparentaba más edad de la que tenía. Ketchum sólo contaba treinta y siete años; sencillamente aparentaba muchos más (salvo por lo negros que conservaba el pelo y la barba).

Y Jane... ¿qué edad tendría?, se preguntaba Danny. Jane la Piel Roja tenía doce años más que el padre de Danny —cuarenta y dos, pues—, pero también aparentaba más edad. Como Ketchum, había llevado una vida muy asendereada, y no sólo por el trato que le daba el alguacil Cari. Al niño de doce años todos le parecían viejos, más viejos de lo que eran. Incluso los niños del curso de Danny en el colegio eran mayores.

—Seguro que esta noche has dormido a pierna suelta —decía Jane al cocinero. Sonrió a Danny. Cuando se llevaba las manos a la espalda para atarse los cordones del delantal en torno a su gruesa cintura, sus pechos parecían gigantescos, pensó el niño—. ¿Tú has dormido, Danny? —le preguntó la lavaplatos india.

—Sí, de sobra —contestó el niño. Lamentó que su padre y las esposas de los trabajadores de la serrería estuvieran allí, porque quería preguntarle a Jane por su madre.

Su padre podía hablarle del momento en que Ketchum rescató del rebosadero el cuerpo maltrecho de su madre; quizá por eso, por los efectos del río y los troncos en el cadáver, Ketchum había impedido al cocinero ver a su mujer. Pero el padre de Danny nunca sería capaz de hablar del accidente en sí, no a su hijo, no con detalles mínimamente concretos. Y el propio Ketchum tampoco reunía valor para contar mucho más.

—Estábamos los tres borrachos —empezaba siempre Ketchum—. Tu padre estaba borracho, yo estaba borracho; tu madre también estaba un poco borracha.

—Yo era el más borracho —afirmaba Dominic sin falta. Tal era la culpabilidad que corroía al cocinero por esa borrachera que dejó de beber, aunque no de forma inmediata.

—Es posible que yo estuviera más borracho que tú, Coci —sostenía a veces Ketchum—. Al fin y al cabo le permití salir al hielo.

—Eso fue culpa mía —solía insistir el cocinero—. Tan borracho estaba que tenías que cargar conmigo, Ketchum.

—No creas que no me acuerdo —decía Ketchum, pero ninguno de los dos podía (o quería) contar qué había ocurrido exactamente. Danny dudaba mucho que hubieran olvidado los detalles; el problema residía más bien en que los detalles eran inefables, o que para ambos resultaba inconcebible describir esos detalles en presencia de un niño.

Jane la Piel Roja, que no había bebido —nunca bebía—, contó la historia al niño de doce años. Tantas veces como el niño se lo pidió, ella le contó la historia, siempre sin faltar una coma, y por eso él sabía que probablemente era la verdad.

Esa noche Jane estaba al cuidado de Danny, que por entonces tenía unos dos años.

Los sábados por la noche había baile en el salón de baile: por aquellos tiempos había baile propiamente dicho y también baile de figuras. Dominic Baciagalupo no bailaba; con una cojera como la suya era imposible. En cambio a su mujer, unos años mayor que él —Ketchum la llamaba «Prima Rosie»—, le encantaba bailar, y al cocinero le encantaba verla bailar. Rosie era guapa y menuda, esbelta y delicada, a diferencia de la mayoría de las mujeres de Twisted River y Paris, New Hampshire. («Tu madre no tenía el cuerpo de una persona cercana a la treintena, al menos para lo que corría por aquí», como decía Jane la Piel Roja siempre que contaba la historia al pequeño Dan). Al parecer. Ketchum, por su avanzada edad o por su lamentable estado, no fue a la guerra. Si bien no hacía mucho que el alguacil Cari le había abierto la frente, Ketchum ya tenía entonces un sinfín de lisiaduras y mutilaciones, tantas que fue declarado no apto para el servicio militar, pero no tan graves como para impedirle bailar. «Tu madre enseñó a Ketchum a leer y a bailar», le había dicho el cocinero a su hijo con un tono curiosamente neutro, como si Dominic no tuviera opinión al respecto o no supiera cuál de esas aptitudes adquiridas por Ketchum era más digna de mención o más importante. En realidad, Ketchum era la única pareja de baile de Rosie Baciagalupo; él cuidaba de ella como si fuera su hija, y (en la pista de baile) la mujer del cocinero se veía tan pequeña al lado de Ketchum que casi habría podido pasar por su hija.

Salvo por la «notable coincidencia», como había oído decir Danny a Jane la Piel Roja, de que la madre del niño y Ketchum tenían ambos veintisiete años.

—A Ketchum y a tu padre les gustaba beber juntos —dijo Jane al pequeño Dan—. No sé por qué a los hombres les gusta tanto beber juntos, pero a Ketchum y a tu padre les gustaba un poco demasiado.

Quizá la bebida les permitía decirse ciertas cosas, pensaba Danny. Desde que Dominic Baciagalupo era abstemio a rajatabla —si bien Ketchum aún bebía como un gancho de veinte años—, tal vez se mostraban más reservados en sus conversaciones; incluso el niño de doce años sabía que les había quedado mucho por decirse.

Según Ketchum, los «pieles rojas» no podían o no debían beber ni una gota; consideraba, pues, de elemental sentido común que Jane la Piel Roja no bebiera. Sin embargo, vivía con el alguacil Cari, que era un borracho malvado. Después de cerrar el salón de baile y los bares de las fondas, el alguacil se emborrachaba hasta convertirse en una persona intratable. A menudo ya era muy entrada la noche cuando Jane volvía sola en su furgoneta a casa: pues sólo después de lavar las toallas y echarlas a las secadoras de la lavandería podía marcharse del pabellón-cocina y regresar a casa. Por tarde que fuera, alguna que otra vez el alguacil Cari aún estaba despierto y con ganas de guerra cuando Jane se disponía a acostarse. Al fin y al cabo, ella madrugaba y el vaquero no.

—Para que te hagas una idea —le contaba Jane la Piel Roja al pequeño Dan, a veces sin venir a cuento—: tu padre no bebía tanto como Ketchum, pero intentaba dar

la talla; tu madre era más sensata, pero también bebía demasiado.

—¿Mi padre no puede beber tanto como Ketchum porque es más pequeño? —preguntaba siempre Danny a Jane.

—El peso tiene algo que ver, sí —contestaba por lo general la lavaplatos—. No era la primera noche que Ketchum llevaba a tu padre a cuestras de vuelta al pabellón-cocina desde el salón de baile. Tu madre aún seguía bailando alrededor de ellos, haciendo sus preciosos dos-a-dos. —(¿Detectó el pequeño Dan alguna vez cierta envidia o sarcasmo en la manera en que Jane la Piel Roja aludía a los «preciosos dos-a-dos» de la Prima Rosie?). Danny sabía que un dos-a-dos era un paso de danza propio del baile de figuras; le había pedido a Ketchum que se lo enseñara, pero Ketchum había movido la cabeza en un gesto de negación y se había echado a llorar. Jane le había mostrado a Danny cómo se hacía un dos-a-dos: con los brazos cruzados ante el enorme busto, pasó al lado de su hombro derecho y lo circundó espalda con espalda.

El niño intentó imaginarse a su madre ejecutando un dos-a-dos entorno a Ketchum mientras el hombretón llevaba a su padre a cuestras.

—¿Ketchum también bailaba? —preguntaba Danny.

—Supongo —contestaba Jane—. No me reuní con ellos hasta más tarde. Yo estaba contigo, ¿recuerdas?

En el remanso helado del río, Rosie Baciagalupo dejó de ejecutar sus dos-á-dos en torno a Ketchum y empezó a dar voces en dirección a la ladera de la montaña al otro lado del río. Cuando el Twisted River se helaba, el eco era mayor; el hielo devolvía la voz antes y más fielmente que cuando viajaba por encima del agua.

—Me pregunto por qué será —solía decir Danny a Jane.

—Los oí desde el pabellón —proseguía Jane la Piel Roja sin entrar nunca en especulaciones acerca del eco—. Tu madre, a grito pelado, decía: «¡Te quiero!». Tu padre, por encima del hombro de Ketchum, igualmente a gritos, contestaba: «¡Yo también te quiero!». Ketchum se limitaba a exclamar «¡Joder!», y cosas por el estilo; luego gritó: «¡Capullos!». Poco después los tres gritaban: «¡Capullos!». Pensé que semejante vocerío te despertaría, aunque de noche no te despertaba nada, ni siquiera a los dos años.

—¿Mi madre fue la primera que pisó el hielo? —preguntaba siempre Danny.

—Era difícil hacer un dos-á-dos sobre el hielo —respondía Jane—, Ketchum salió al hielo para hacer un dos-a-dos con ella; seguía cargando con tu padre. Era hielo negro. El bosque estaba nevado, pero el remanso del río no. El remanso lo barría el viento, y no nevaba desde hacía casi una semana. —Acostumbraba añadir Jane—: Raro es el año que el hielo se quiebra de esa manera en el remanso del río.

El cocinero borracho no se tenía en pie, pero también él quería patinar por el hielo; obligó a Ketchum a soltarlo. Dominic se cayó, se quedó allí sentado, y Ketchum lo empujó como a un trineo humano deslizándolo sobre el fondillo del pantalón. La madre de Dan ejecutó sus dos-á-dos en torno a ambos. Si no hubiesen

estado exclamando «¡Capullos!», a pleno pulmón, quizás alguno de ellos habría oído los troncos.

Por aquel entonces, las cuadrillas de arrieros echaban tantos troncos como era posible en el hielo del río entre el embalse Little Dummer y el remanso del Twisted River, y también en los afluentes que desembocaban en el río. En ocasiones el hielo se rompía por el peso de los troncos, primero en el embalse Dummer; éste era el mayor de los embalses de Dummer, y retenía sus aguas un azud que no siempre podía con ellas. Comoquiera que fuese, el hielo del río siempre se rompía primero por encima del municipio de Twisted River, y a finales del invierno de 1944 los troncos descendieron como flechas por los rápidos desde el embalse Little Dummer, quebrándose el hielo al paso de los maderos, por lo que tanto las placas de hielo roto como los troncos, sin obstáculo alguno, afluyeron en aluvión al remanso del río.

Esto ocurría invariablemente a finales del invierno o principios de la primavera, sólo que por lo regular pasaba de día, porque de día las temperaturas eran más altas. En 1944, la avalancha de troncos penetró en el remanso de noche. Ketchum empujaba a Dominic por el hielo desrizándolo sobre el fondillo del pantalón; la guapa esposa del cocinero, «unos años mayor», bailaba en torno a ellos.

¿Formaba parte del relato de Jane la Piel Roja sobre lo sucedido aquella noche la expresión «unos años mayor»? (Danny Baciagalupo no se acordaba, aunque sabía con certeza que Jane nunca dejaba de intercalar —en el momento en que los troncos irrumpían en el remanso— la antedicha «notable coincidencia» de que Ketchum y la Prima Rosie tenían la misma edad). Jane la Piel Roja abrió la puerta de la cocina del pabellón; se disponía a decirles que dejaran ya de gritar «¡Capullos!», o de lo contrario despertarían al pequeño Danny. Debido a la altura a la que se hallaba por encima del remanso, oyó el ruido de la turbulenta avalancha de agua y troncos. Durante todo el invierno el hielo y la nieve habían acallado el sonido del río. Pero no así la noche de ese sábado. Jane cerró la puerta de la cocina y corrió cuesta abajo.

Ahora ya nadie gritaba «¡Capullos!». El primer madero saltó por encima del hielo en el remanso; los troncos estaban mojados y, sobre el hielo, parecieron cobrar velocidad. Algunos, al penetrar en el remanso, se sumergieron bajo el hielo; al volver a subir a la superficie, los más grandes traspasaron el hielo desde abajo. «Como torpedos», decía siempre Jane la Piel Roja.

Para cuando Jane llegó al remanso, los troncos, por su puro peso, rompían ya el hielo; en cuanto el hielo empezó a resquebrajarse y abrirse, algunas de las placas eran del tamaño de un coche. Ketchum dejó al cocinero sentado sobre el hielo en cuanto vio desaparecer a Rosie. Ella estaba ejecutando sus dos-á-dos y de pronto, en cuestión de décimas de segundo, la perdió de vista detrás de una placa de hielo grande como una pared. Al cabo de un momento los troncos cubrían por completo la zona donde ella había estado. Ketchum se abrió paso por encima de los fragmentos de hielo y los oscilantes troncos hasta donde el cocinero había caído de costado. Dominic Baciagalupo flotaba aguas abajo sobre una placa de hielo del tamaño de un púlpito.

—¡Se ha ido, Coci! ¡Se ha ido! —vociferaba Ketchum. El cocinero se incorporó, sorprendido al ver surgir de la superficie del remanso un tronco y caer estruendosamente junto a él.

—¿Rosie? —preguntó Dominic. Si hubiese gritado entonces «Yo también te quiero», no se habría producido ningún eco perceptible, no en medio de la estruendosa música creada por los troncos y el hielo roto. Ketchum se cargó sobre los hombros al cocinero y, de puntillas, saltó de tronco en tronco hasta la margen del río; a veces pisaba un témpano de hielo en lugar de un tronco y la pierna se le hundía hasta por encima de la rodilla.

—¡Capullos! —gritaba Jane la Piel Roja desde la orilla, a los dos, o a los tres—. ¡Capullos! ¡Capullos! —exclamaba una y otra vez.

El cocinero, empapado y aterido, tiritaba; le castañeteaban los dientes, pero Ketchum y Jane entendieron de sobra sus palabras.

—No puede haberse ido, Ketchum... ¡No puede haber desaparecido así sin más!

—Pero sí se fue así de rápido, Danny —decía la lavaplatos al niño—. Más rápido de lo que la luna puede esconderse detrás de una nube. Así se fue tu madre. Y cuando regresamos al pabellón, tú estabas totalmente despierto y chillabas, más que con cualquiera de las pesadillas que te vi tener. Para mí fue una señal de que sabías, de alguna manera, que tu madre se había ido. No hubo forma de que paraseis de llorar, tú y tu padre. Ketchum había cogido un cuchillo de carnicero. Estaba allí inmóvil, en la cocina, con la mano izquierda en el tajo, sosteniendo el cuchillo con la derecha. «No lo hagas», le dije, pero él seguía mirándose la mano izquierda encima de la tabla, imaginándose sin ella, supongo. Lo dejé para ir a cuidar de tu padre y de ti. Cuando volví a la cocina, Ketchum ya no estaba. Busqué su mano izquierda por todas partes, convencida de que aparecería en algún sitio. No quería que la encontrarais tu padre o tú.

—Pero ¿no se cortó la mano? —la interrumpía siempre Danny.

—Pues no, no se la cortó —respondía Jane al niño con cierta impaciencia—. Te habrás fijado en que Ketchum todavía tiene la mano izquierda, ¿no?

A veces, sobre todo cuando Ketchum se emborrachaba, Danny había notado cómo se miraba el maderero la mano izquierda; así se miró también la escayola la noche anterior. Si Jane la Piel Roja hubiese visto a Ketchum mirarse la escayola, tal vez lo hubiese interpretado como una señal de que Ketchum pensaba aún en cortarse la mano. (Pero ¿por qué la izquierda?, se preguntaba Danny Baciagalupo. Ketchum era diestro. Si uno se odiaba, si se consideraba responsable de algo y de verdad quería administrarse un correctivo, ¿no desearía cortarse la mano hábil?). Todos trajinaban en la cocina: las gordas, el esbelto cocinero y su hijo, más espigado aún. Nadie pasaba por detrás de otro sin avisar «¡Detrás de ti!», o sin apoyar la mano en su espalda. Cuando las esposas de los trabajadores de la serrería pasaban por detrás de Danny, a menudo le daban una palmada en el culo. Una o dos de ellas también le daban una palmada en el culo al cocinero, pero no en presencia de Jane la Piel Roja.



Danny había advertido cómo a menudo se interponía Jane entre su padre y las ayudantes de cocina, sobre todo en el estrecho pasadizo entre el fogón y la encimera, más estrecho aún cuando era necesario abrir las puertas de los hornos. En la cocina del pabellón había otros espacios nada anchos que complicaban la vida a quienes guisaban y a quienes servían, pero ese paso entre el fogón y la encimera era el peor.

Ketchum había salido a orinar —al parecer, una inveterada costumbre de los tiempos de los wanigans— mientras Jane la Piel Roja iba al comedor a poner las mesas. En «los buenos tiempos» de los campamentos madereros ambulantes, Ketchum se complacía en despertar a los gancharos y demás madereros orinando en el revestimiento metálico de los wanigans dormitorio. «¡Hay un wanigan en el río!», le gustaba alertar a gritos. «¡Dios bendito, se lo lleva la corriente!». Acto seguido, se oía un guirigay de juramentos en el interior de los habitáculos portátiles.

Ketchum también se complacía en aporrear el revestimiento metálico de los wanigans dormitorio con un bichero. «¡No dejéis entrar al oso!», aullaba. «¡Dios mío, ha pillado a una de las mujeres! ¡Dios mío, Virgen santa! ¡No!». Danny, valiéndose de un cucharón, llenaba las jarras de sirope de arce caliente, que estaba en la olla colocada en el quemador del fondo. Una de las esposas de los trabajadores de la serrería echaba el aliento en la nuca al niño. «¡Detrás de ti, encanto!», dijo la mujer con voz ronca. Su padre hundía el pan de plátano en el huevo batido; una de las ayudantes ponía las torrijas de pan de plátano en la plancha mientras otra revolvía el picadillo de cordero con una espátula.

Antes de salir para su meada en apariencia interminable, Ketchum había hablado con el niño de doce años.

—A las nueve, el domingo por la mañana, Danny; recuérdaselo a tu padre.

—Allí estaremos —había contestado el niño.

—¿Qué planes tienes con Ketchum? —susurró Jane la Piel Roja al oído del niño de doce años. Pese a la corpulencia de la mujer, el niño no se había dado cuenta de que la tenía detrás; en un primer momento la había confundido con la mujer del trabajador de la serrería que le había echado el aliento en la nuca, pero era Jane, que había regresado del comedor.

—Papá y yo hemos quedado con Ketchum en la Presa de la Muerta el domingo por la mañana —contestó Danny.

Jane cabeceó, y la larga trenza, más larga que una cola de caballo, osciló por encima de su enorme trasero.

—Así que Ketchum lo ha convencido —comentó ella con tono de desaprobación; el niño no le veía los ojos, ocultos por la visera de la gorra de los Indios de Cleveland. Como siempre, el jefe Wahoo miraba con su sonrisa enloquecida al niño de doce años.

En la cocina, la coreografía casi perfecta habría pasado inadvertida a una persona ajena a aquel espacio, pero Danny y la lavaplatos india ya estaban acostumbrados. Para ellos, todo seguía igual que siempre, empezando por el propio cocinero, que

sostenía con las manoplas la bandeja caliente de bollos mientras las mujeres de los trabajadores de la serrería le dejaban paso diestramente, una de ellas vaciando al mismo tiempo, con unos golpes, los moldes de las magdalenas en una gran fuente de porcelana, uno a uno. Nadie tropezaba con nadie pese al considerable volumen de todos, excepto de Danny y su padre, que eran (en comparación) muy menudos.

Por el exiguo pasadizo entre la encimera y el fogón, donde había cazos o sartenes en seis de los ocho quemadores, el cocinero y la lavaplatos india se cruzaron rozándose la espalda. Eso no era ninguna novedad —ocurría continuamente—, pero Danny advirtió un matiz en su danza, y oyó (cosa que nunca antes había sucedido) el breve pero claro diálogo entre ellos. Cuando se cruzaron, rozándose la espalda, Jane topó adrede con Dominic: apenas lo tocó con su enorme trasero a la altura de media espalda, porque el cocinero le llegaba a Jane a los hombros.

—Y ahora un dos-a-dos con tu pareja —dijo la lavaplatos.

Pese a su cojera, el cocinero no perdió el equilibrio; no se le cayó de la bandeja ni un solo bollo.

—Dos-a-dos —susurró Dominic Baciagalupo. Jane la Piel Roja ya había pasado por detrás de él. Sólo Danny había advertido el roce, aunque si Ketchum hubiese estado allí, borracho o sereno, lo habría advertido también. (Pero Ketchum, claro, seguía fuera; todavía orinando, cabía suponer).

### 3. Un mundo de accidentes

Ángel Pope había caído bajo los troncos el jueves. Después del desayuno del viernes, Jane la Piel Roja llevó a Danny en su furgoneta al colegio de la Compañía Manufacturera Paris, a orillas del Phillips Brook, y luego regresó al pabellón-cocina de Twisted River.

Los cuadrilleros encargados de conducir la maderada estarían encauzando troncos en un emplazamiento justo por encima de la Presa de la Muerta. El cocinero y sus ayudantes distribuían la comida del mediodía en cuatro partes: dos se las llevaban en mochilas a los gancheros: las otras dos las transportaban en furgoneta para los madereros que cargaban los camiones junto a la vía de saca entre el municipio de Twisted River y el pantano de Pontook.

El viernes era un día difícil de por sí aun sin tener que lamentar la pérdida de Ángel. Todo el mundo andaba con prisas ante la inminencia del fin de semana, pese a que los fines de semana en Twisted River (en opinión del cocinero) se reducían a poco más que a un exceso de bebida y a los habituales deslices sexuales, «por no hablar ya de las consiguientes situaciones de bochorno o vergüenza», como había oído decir Danny Baciagalupo a su padre (repetidas veces). Y desde el punto de vista de Dominic la cena del viernes en el pabellón-cocina era la más complicada de la semana. Para los católicos practicantes, entre los francocanadienses, el cocinero preparaba sus famosas *pizzas* sin carne; pero a los «no comehostias», como se complacía en describirse a sí mismo Ketchum, y a la mayoría de los leñadores y los trabajadores de la serrería no les bastaba con una *pizza* sin carne un viernes por la noche.

Cuando Jane la Piel Roja dejó a Danny en el colegio de Paris, le dio un ligero puñetazo en la parte superior del brazo; era donde le pegarían los chicos mayores del colegio, eso con suerte. Naturalmente, los chicos mayores le golpeaban con más fuerza que Jane, tanto si le pegaban en la parte superior del brazo como en cualquier otro sitio.

—Mantén la barbilla baja, los hombros relajados, los codos pegados al cuerpo y las manos cerca de la cara —recomendó Jane—. Tiene que dar la impresión de que te dispones a dar un puñetazo, y entonces vas y le sueltas una patada en los huevos al muy cabrón.

—Ya lo sé —contestó el niño de doce años. Nunca le había dado un puñetazo a nadie, y tampoco le había dado una patada en los huevos a nadie. Las instrucciones de Jane desconcertaron al niño. Pensó que tal vez sus indicaciones se basaban en algún consejo que le había dado a ella el alguacil Cari, pero a Jane sólo tenían que preocuparle las palizas que le propinaba el propio alguacil. En opinión del pequeño Dan, nadie más se atrevería a enfrentarse a ella, quizá ni siquiera Ketchum.

Si bien Jane se despedía de Danny con un beso en el pabellón-cocina, o prácticamente en cualquier lugar de Twisted River, nunca lo besaba al dejarlo en el

colegio de la Compañía Manufacturera Paris ni cuando lo recogía en las inmediaciones del Phillips Brook, por donde acaso rondasen aquellos chicos de West Dummer. Si los niños mayores veían a Jane la Piel Roja dar un beso a Danny, lo hostigarían más que de costumbre. Ese viernes en particular el niño de doce años se quedó sentado junto a Jane en la furgoneta, sin moverse. Quizás el pequeño Dan había olvidado por un momento dónde estaban —y si era así, esperaba que ella le diera un beso—, o tal vez se le había ocurrido algo que podía preguntarle a Jane sobre su madre.

—¿Qué pasa, Danny? —instó la lavaplatos.

—¿Haces el dos-a-dos con mi padre? —preguntó el niño.

Jane le sonrió, pero era una sonrisa más comedida que las que Danny acostumbraba ver en su bonito rostro; el hecho de que ella no le contestara lo inquietó.

—No me digas que se lo pregunte a Ketchum —prorrumpió el niño.

Ante esto, Jane la Piel Roja se echó a reír; su risa fue ahora más natural y más espontánea. (El jefe Wahoo seguía con su sonrisa de loco, como siempre). —Iba a decirte que se lo preguntaras a tu padre —aclaró la lavaplatos—. Tú quédate tranquilo —añadió, y le dio otro puñetazo en la parte superior del brazo, esta vez un poco más fuerte—. ¿Danny? —dijo Jane mientras el niño de doce años se apeaba de la cabina de la furgoneta—. Ni se te ocurra preguntárselo a Ketchum.

«Éste es un mundo de accidentes», pensaba el cocinero. Estaba en la cocina, guisando afanosamente. El picadillo de cordero, que había servido para el desayuno, también podía comerse al mediodía; prepararía asimismo una crema de garbanzos (para los católicos) y un estofado de venado con zanahorias y cebollitas. Y, por supuesto, a eso se unían la infernal olla de judías con salsa de tomate y la omnipresente crema de guisantes con perejil. Pero el menú apenas incluía algo más aparte de la comida corriente de un campamento maderero.

La esposa de un trabajador de la serrería asaba en la plancha unas salchichas dulces italianas. El cocinero le repetía una y otra vez que desmenuzara la carne de la salchicha mientras la preparaba, ante lo que la esposa de otro trabajador de la serrería rompió a cantar. Entonó «¡Azótate la carne con una espátula y verás!», al compás de la impropriedad pero popular melodía de la canción Vaya con Dios; las demás mujeres unieron sus voces a la suya.

La cantante solista, entre las esposas de los trabajadores de la serrería, era la ayudante a quien el cocinero había encargado probar si la levadura estaba activa, para usarla luego en la masa de la *pizza*, y no le quitaba el ojo de encima a esa mujer. Dominic quería mezclar la masa y dejarla subir antes de enfilar la vía de saca para repartir las comidas del mediodía. (Siendo viernes por la noche, se encontrarían allí con unos cuantos franco-canadienses de mala gaita si no había suficientes *pizzas* sin carne para todos los comehostias). El cocinero preparaba asimismo pan de maíz. Quería empezar con el relleno de los pollos asados, que también servía en el pabellón

los viernes por la noche. Mezclaba la salchicha con el pan de maíz y un poco de apio y salvia, y más tarde, cuando regresaba del emplazamiento en el río y de dondequiera que estuviesen cargando camiones, añadía los huevos y la mantequilla. En una olla grande, la misma que Danny había usado para calentar el sirope de arce, Dominic hervía la calabaza moscada; después la prensaría y mezclaría con sirope de arce, y al volver al pueblo agregaría la mantequilla. El viernes por la noche, junto con los pollos rellenos, servía patatas gratinadas acompañando al puré de calabaza. Posiblemente, éste era el plato preferido de Ketchum; casi todos los viernes Ketchum comía también un poco de *pizza* sin carne.

Dominic compadecía a Ketchum. El cocinero no sabía si Ketchum creía sinceramente que encontraría a Ángel en el rebosadero de la presa superior el domingo por la mañana, o si tenía la esperanza de no encontrar nunca el cadáver del muchacho. Sólo una cosa había decidido el cocinero: no quería que el pequeño Daniel viera el cadáver de Ángel. Dominic Baciagalupo no sabía si él mismo deseaba ver el cadáver de Ángel, o encontrarlo siquiera.

El agua del cazo —donde el cocinero había echado un par de cucharaditas de vinagre, para los huevos escalfados— rompía a hervir otra vez. Para el desayuno había servido el picadillo de cordero con huevos escalfados, pero cuando servía el picadillo al mediodía, lo acompañaba con abundante ketchup; los huevos escalfados no se transportaban bien. Cuando el agua con vinagre rompió a hervir, Dominic la vertió sobre los tajos para esterilizarlos.

La esposa de un trabajador de la serrería había preparado unos cincuenta bocadillos de beicon, lechuga y tomate con los restos de beicon del desayuno. Estaba comiéndose uno de los bocadillos a la vez que observaba al cocinero; tramaba alguna fechoría, presintió Dominic. Se llamaba Dot, aunque parecía demasiado grande para un nombre tan corto, y había traído al mundo tal cantidad de hijos que posiblemente había renunciado ya a cualquier otra facultad que acaso hubiese poseído alguna vez, excepto el apetito, cuestión en la que el cocinero prefería no pensar siquiera. (Esa mujer tenía demasiados apetitos, sospechaba Dominic). La ayudante de la espátula —aquella a la que era necesario recordar que desmenuzara la salchicha en la plancha— parecía cómplice en la fechoría, porque tampoco ella perdía de vista al cocinero. Como la mujer que estaba comiéndose el bocadillo tenía la boca llena, habló primero la de la espátula. Se llamaba May; era más voluminosa que Dot y se había casado dos veces. Los hijos que May había tenido con su segundo marido eran de la misma edad que sus nietos —es decir, los hijos de los hijos del primer matrimonio—, y este fenómeno antinatural había desquiciado por completo a May y también a su segundo marido, hasta el punto de que ya no habían podido recuperarse lo necesario para ofrecerse consuelo mutuo en lo referente a la franca anormalidad de sus vidas.

Para Dominic, lo antinatural era la incesante necesidad de May de lamentarse por tener hijos de la misma edad que sus nietos. ¿Por qué le concedía tanta importancia?, se preguntaba el cocinero.

«Pero tú mírala», había dicho Ketchum en alusión a May. «Esa mujer le da demasiada importancia a todo, joder». Podía ser, pensaba el cocinero, y en ese momento May lo señaló con la espátula. Contoneándose en actitud seductora, dijo con un ronroneo:

—¡Ay, Coci, dejaría atrás mi triste vida... si te casaras conmigo y además cocinaras para mí!

Dominic restregaba los tajos, recién sumergidos en agua hirviendo, con el cepillo lavaplatos de mango largo; le lloraban los ojos por el vinagre del agua caliente.

—Ya estás casada, May —contestó—. Si nos casáramos y tuviéramos hijos, tendrías hijos más pequeños que tus nietos. Ni me atrevo a imaginar cómo te pondrías entonces.

May pareció sinceramente horrorizada sólo de pensarlo; quizá no debería haber sacado a relucir el temido asunto, pensó el cocinero. Pero Dot, que seguía comiéndose el bocadillo, soltó una carcajada espasmódica con la boca llena... y se atragantó. Las ayudantes de cocina. May entre ellas, se quedaron inmóviles en espera de que el cocinero hiciera algo.

Para Dominic Baciagalupo, el atragantamiento no era ninguna novedad. Había visto atragantarse a muchos leñadores y trabajadores de aserradero, y sabía qué hacer. Varios años atrás había salvado a una de las mujeres del salón de baile; borracha, se atragantó con su propio vómito y, sin embargo, el cocinero supo manejarla. Era una anécdota muy conocida; Ketchum incluso le había puesto título: «De cómo el Coci salvó a Pam la Seis Jarras». La mujer era tan alta y huesuda como Ketchum, y Dominic había necesitado la ayuda de éste para obligarla a colocarse primero de rodillas y luego a cuatro patas, posición en la que el cocinero logró aplicarle una improvisada maniobra de Heimlich. (Pam la Seis Jarras se apodaba así porque ésa era, según los cálculos de Ketchum, su dosis nocturna antes de pasar al *whisky*). El doctor Heimlich nació en 1920, pero en 1954 su ahora famosa maniobra no se había introducido aún en Coos County Dominic Baciagalupo llevaba cocinando para gente que comía mucho desde hacía catorce años. Un sinnúmero de personas se habían atragantado ante él; tres de ellas habían muerto. El cocinero había observado que unas palmadas enérgicas en la espalda no siempre surtían efecto. La maniobra original de Ketchum, que consistía en sostener al atragantado cabeza abajo y sacudirlo vigorosamente, también había fallado en alguna ocasión.

Pero en una ocasión Ketchum se vio obligado a improvisar, y Dominic presencié el hecho, así como el desenlace asombrosamente feliz. Un maderero borracho resultó demasiado agresivo y demasiado grande para que Ketchum lo sacudiera cabeza abajo. Ketchum no conseguía sujetarlo bien y se le caía al suelo una y otra vez, mientras aquel individuo no sólo estaba a punto de morir asfixiado, sino que además intentaba matar a Ketchum.

Ketchum asestó a aquel loco repetidos puñetazos en el abdomen superior, todos ganchos. Tras el cuarto o quinto gancho, el atragantado expectoró un trozo enorme de

cordero sin masticar, que había inhalado inadvertidamente.

Con los años, el cocinero había introducido modificaciones en el método improvisado por Ketchum para adaptarlo a su envergadura, que era menor, y a su naturaleza menos violenta. Dominic se situaba detrás del atragantado y pasaba los brazos por debajo de los brazos en agitación de éste. Estrechaba a la víctima en torno al abdomen superior y, con las manos entrelazadas, aplicaba una presión súbita y ascendente justo por debajo de la caja torácica. Esta técnica había surtido efecto en todos los casos.

En la cocina, cuando Dot empezó a agitar los brazos, Dominic, mediante una rápida finta, se situó detrás de ella.

—¡Dios mío, Coci, sálvala! —exclamó May; la crisis de los hijos y nietos pasó momentáneamente a segundo plano en su pensamiento, eso si no la olvidó por completo.

Con la nariz hundida en la caliente y sudorosa nuca de Dot, el cocinero apenas alcanzaba a juntar las manos al rodearla con los brazos. Dot tenía los pechos demasiado grandes y caídos; Dominic debía apartarlos del medio para localizar el punto donde acababa la caja torácica y empezaba el abdomen superior. Pero cuando él, por un breve instante, le tocó los pechos, Dot le cubrió las manos con las suyas y le hincó vigorosamente el trasero en el estómago. En absoluto atragantada, Dot se puso a reír histéricamente; la loca de May y las demás ayudantes de cocina se reían con ella.

—Uy, Coci, ¿cómo sabías que me gusta así? —gimió Dot.

—Siempre había pensado que el Coci era de los que lo hacen por detrás —comentó May con toda naturalidad.

—¡Ay, cachorrillo! —exclamó Dot, restregándose contra el cocinero—. Me encanta cuando dices «Detrás de ti».

Al final Dominic consiguió retirar las manos de sus pechos y la apartó de un ligero empujón.

—Me temo que las prefiere más grandes, Dot —se lamentó May. Un tono malévolo había asomado a su voz; el cocinero lo percibió. Ahora me hará pagar el comentario de los hijos y los nietos, pensaba Dominic—. O quizá las prefiere con la piel más roja —añadió May.

El cocinero no se dignó mirarla; las otras ayudantes de cocina, incluida Dot, habían vuelto la cabeza. May aplanaba el picadillo de cordero con la espátula sobre la plancha en actitud desafiante. Dominic alargó el brazo en torno a May y apagó la plancha. Al pasar por detrás de ella, le rozó la parte baja de la espalda con los dedos.

—Pongámonos en marcha, señoras —ordenó, casi con la misma voz de siempre—. May y tú podéis llevar la comida a los gancheros en las mochilas —indicó el cocinero a Dot—. Los demás iremos en las furgonetas hasta encontrar a los leñadores en la vía de saca. —No dirigió la palabra a May ni la miró.

—¿Dot y yo tenemos que darnos la caminata, pues? —preguntó May.

—Os conviene caminar más —afirmó Dominic, aún sin mirarla—. Caminar os vendrá bien.

—En fin, como he hecho yo los puñeteros bocadillos, bien puedo llevarlos —replicó Dot.

—Coged también el picadillo —dijo el cocinero.

Alguien preguntó si había algún francocanadiense «ultra católico» entre los gancheros, pues quizá Dot y May deberían llevar también un poco de crema de garbanzos al río.

—Yo no pienso llevar crema en la mochila —protestó May.

—Los comehostias pueden sacar el beicon de los bocadillos —sugirió Dot.

—Dudo que haya algún comehostias entre los gancheros —dijo Dominic—. Llevaremos la crema de garbanzos y el estofado de venado a los madereros que están en la vía de saca. Si hay algún católico irritado entre los gancheros, diles que la culpa es mía.

—Claro que les diré que la culpa es tuya, por eso no te preocupes —respondió May. No apartaba la vista del cocinero, pero él no le dirigió la mirada ni una sola vez. Cuando se disponían a marcharse cada uno por su lado, May comentó:

—Soy demasiado grande para que hagas como si no me vieras, Coci.

—Da gracias de que haga como si no te viera —repuso él.

El cocinero no esperaba ver a Ketchum entre los madereros que cargaban los camiones en la vía de saca; incluso lesionado, Ketchum era mejor ganchero que cualquiera de los hombres que en ese momento trabajaban en el río.

—Ese tarado de médico me ha dicho que no me moje la escayola —explicó Ketchum.

—¿Y por qué ibas a mojarte la escayola? —preguntó Dominic—. Nunca te he visto caer.

—Quizás ayer me harté de ver el río, Coci.

—Hay estofado de venado —anunciaba una de las ayudantes de cocina a los madereros.

Se había producido un accidente con uno de los caballos, y otro accidente con el torno accionado mediante tractor. Ketchum dijo que además uno de los francocanadienses había perdido un dedo al desplazar los troncos desde el cargadero.

—Los viernes... ya se sabe —dijo Dominic, como si, a su juicio, los viernes fuesen especialmente propicios para los accidentes entre los tontos—. Hay crema de garbanzos para aquéllos a quienes les preocupa que sea viernes —informó el cocinero.

Ketchum percibió la impaciencia de su viejo amigo.

—¿Qué te pasa, Coci? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Ketchum.

—Dot y May han estado incordiando —respondió el cocinero. Le contó a Ketchum lo sucedido, la alusión de May a Jane la Piel Roja inclusive.

—No me lo cuentes a mí; cuéntaselo a Jane —sugirió Ketchum—. Si se lo



cuentas, Jane le hará a May un ojete nuevo en el culo.

—Lo sé, Ketchum, y por eso mismo no voy a contárselo.

—Si Jane hubiese visto a Dot agarrándote las manos contra sus tetas, ya le habría hecho un ojete nuevo, Coci.

Eso Dominic Baciagalupo también lo sabía. El mundo era un lugar precario; el cocinero no deseaba conocer los datos estadísticos de cuántos ojetes nuevos se hacían por minuto. En sus tiempos, Ketchum había hecho muchos, y haría unos cuantos más sin darle la mayor importancia.

—Esta noche hay pollo asado, con relleno y patatas gratinadas —anunció Dominic a Ketchum.

Ketchum pareció apenarse al oírlo.

—Tengo una cita —dijo el hombretón—. Mira que perderme el pollo relleno, vaya suerte la mía.

—¿Una cita? —repitió el cocinero con aversión. Nunca consideraba las relaciones de Ketchum, en general con mujeres del salón de baile, como «citas». Y desde hacía un tiempo Ketchum salía con Pam la Seis Jarras. Sabía Dios cuánto podían llegar a beber juntos, pensó Dominic Baciagalupo. Como había salvado la vida a la Seis Jarras, el cocinero sentía debilidad por ella, pero tenía la sensación de que la simpatía no era recíproca; tal vez le guardaba rencor por haberla salvado.

—¿Aún sales con Pam? —preguntó Dominic a su amigo bebedor.

Pero Ketchum no quería hablar de eso.

—Debería preocuparte que May sepa lo tuyo con Jane, Coci. ¿No crees que debería darte que pensar?

Dominic volcó su atención en el lugar donde estaban las ayudantes de cocina, y en lo que hacían; habían instalado una mesa plegable al lado de la vía de saca. Llevaban fogones de propano en el wanigan; los fogones mantenían calientes la crema y el estofado. En la mesa plegable había grandes escudillas y cucharas; los madereros entraban en el wanigan, cada uno con una escudilla y una cuchara en la mano, y las mujeres les servían allí dentro.

—No te veo muy preocupado, Coci —comentó Ketchum—. Si May sabe lo de Jane, lo sabe Dot. Si lo sabe Dot, lo saben todas las mujeres de tu cocina. Lo sé incluso yo, pero a mí me importa una mierda.

—Ya lo sé, y te lo agradezco —contestó Dominic.

—Y hablando de mierda, la duda es: ¿cuánto tiempo tardará en enterarse el alguacil Cari? —preguntó Ketchum. Apoyó la pesada escayola en el hombro del cocinero—. Mírame, Coci. —Con la mano ilesa, Ketchum se señaló la frente: la cicatriz larga y amoratada—. Tengo la cabeza más dura que tú, Coci. No te conviene que el vaquero sepa lo tuyo con Jane, créeme.

¿Con quién has quedado?, estuvo a punto de preguntar Dominic Baciagalupo a su viejo amigo, sólo por cambiar de tema. Pero en realidad el cocinero no deseaba saber a quién se tiraba Ketchum, y menos si no era Pam la Seis Jarras.

Casi todas las noches, y cada vez más, Jane volvía a casa tan tarde que para entonces el alguacil Cari ya estaba fuera de este mundo; y el vaquero no se despertaba hasta después de marcharse ella a trabajar por la mañana. Sólo surgía algún conflicto esporádico, casi siempre cuando Jane volvía a casa demasiado pronto. Pero a la postre incluso un borracho corto de alcances como el alguacil ataría cabos. O una de las ayudantes de cocina le comentaría algo a su marido; los trabajadores de la serrería no tenían por qué apreciar tanto como los gancheros y demás madereros al cocinero y a Jane la Piel Roja.

—Ya capto la idea —dijo el cocinero a Ketchum.

—Joder, Coci —exclamó Ketchum—, ¿sabe Daniel lo tuyo con Jane?

—Pensaba decírselo —contestó Dominic.

—«Pensabas» —repitió Ketchum con sorna—. ¿Eso es como decir que «pensabas» ponerte un condón, o como ponértelo?

—Ya capto la idea —repitió el cocinero.

—A las nueve, el domingo por la mañana —recordó Ketchum. Dominic dedujo, pues, que la cita de Ketchum en cuestión se alargaría dos noches; o sea, sería más bien una farra o, quizás, una parranda.

En Twisted River, si el cocinero hubiese podido ocultarle a su hijo ciertas noches, habrían sido las noches de los sábados, cuando el puterío y los abusos con la bebida eran endémicos en una comunidad que reivindicaba con escasas posibilidades permanecer tan cerca de un río violento, por no hablar ya de la gente, que se ganaba la vida de una manera a todas luces peligrosa y se planteaba la noche del sábado como una licencia merecida.

Dominic Baciagalupo, abstemio y viudo sin propensión al puterío, veía no obstante con actitud comprensiva las diversas formas de autodestrucción en curso que presenciaba una noche de sábado cualquiera. Tal vez el cocinero manifestaba mayor desaprobación por el comportamiento de Ketchum del que mostraría hacia los demás gañanes y granujas de Twisted River. Como Ketchum no era un necio, quizás el cocinero tenía menos paciencia con las necedades de Ketchum, pero para un niño listo de doce años —y Danny era listo además de observador—, la permanente decepción de su padre ante Ketchum parecía esconder algo más que simple impaciencia. Y si Jane la Piel Roja no defendía a Ketchum cuando el cocinero lo reprochaba, el pequeño Dan sí lo hacía.

La noche de ese sábado, cuando posiblemente Ángel ya había llegado a la Presa de la Muerta —donde, dado que las personas flotaban menos que los troncos, el maltrecho cuerpo del muchacho acaso hubiera pasado ya por debajo de la barrera de contención y, en tal caso, el joven canadiense estaría girando en el sentido de las agujas del reloj o en el sentido contrario a las agujas del reloj a la derecha o a la izquierda de la presa principal y el rebosadero—, Danny Baciagalupo ayudaba a su padre a limpiar las mesas una vez servida la cena en el pabellón. Las ayudantes de cocina se habían marchado y habían dejado ahí a Jane la Piel Roja, que restregaba los

últimos cacharros mientras esperaba a que concluyesen los ciclos de lavado para meter en las secadoras todos los paños y demás ropa blanca.

Familias enteras iban al pabellón-cocina a cenar los sábados por la noche; algunos hombres llegaban ya borrachos y discutían con sus mujeres, y unas cuantas mujeres (a su vez) la emprendían con sus hijos. Uno de los hombres de la serrería había vomitado en el cuarto de baño, y dos leñadores borrachos habían acudido tarde a cenar; naturalmente, habían insistido en que les sirvieran. Los espaguetis y las albóndigas, que el cocinero ofrecía todos los sábados por la noche —para los niños—, estaban amazacotados y cada vez más fríos, tan por debajo del nivel de Dominic Baciagalupo que éste optó por preparar a esos dos hombres unas plumas con un poco de ricotta y el sempiterno perejil.

—Joder, ¡esto está delicioso! —había declarado uno de los borrachos.

—¿Cómo se llama, Coci? —preguntó el otro leñador mamado.

—Prezzémolo —contestó Dominic, dándose importancia, y los leñadores borrachos saborearon el puro exotismo de la palabra como si fuera otra ronda de cerveza. El cocinero los obligó a repetirla hasta que fueron capaces de pronunciarla correctamente: pret-sé-mo-lo.

Jane estaba irritada; sabía que no había nada más exótico que la palabra italiana para «perejil».

—¡Y eso para dos borrachos que nacieron después de cuentas! —se quejó Jane.

—Si fuera Ketchum, lo dejarías pasar hambre —reprochó Danny a su padre—. Exiges a Ketchum una barbaridad.

Así y todo, los dos borrachos recibieron una cena especial y siguieron después su camino la mar de satisfechos. Danny y su padre y Jane concluían ya las tareas del sábado por la noche cuando el viento que entró por la puerta del comedor, abierta repentinamente de un puntapié, anunció la llegada tardía de alguien más al pabellón.

Desde la cocina, Jane no veía al visitante. En dirección al impetuoso viento procedente de la puerta del comedor, advirtió a voz en cuello:

—¡Llegas tarde! ¡No se sirven más cenas!

—No tengo hambre —contestó Pam la Seis Jarras.

Ciertamente no se adivinaba en el aspecto de Pam el menor amago de hambre; la poca carne que tenía colgaba nacida de sus enormes huesos, y su rostro, enjuto y demacrado, de labios tensos y expresión montaraz, inducía a pensar más en una dieta a base de cerveza que en una propensión a los excesos alimentarios. Aun así, con su estatura y anchura de hombros, podía llevar la camisa de franela de Ketchum sin perderse dentro, y su pelo rubio y lacio, salpicado de mechones grises, se veía limpio pero descuidado, como toda ella. Empuñaba una linterna del tamaño de una porra. (Twisted River no era un pueblo bien iluminado). Ni siquiera las mangas de la camisa de Ketchum le caían demasiado largas.

—Deduzco, pues, que lo has matado y te has quedado con su ropa —comentó el cocinero, observándola con cautela.

—Tampoco yo tengo un nudo en la garganta de la emoción, Coci —respondió Pam.

—Esta vez no, Seis Jarras —vociferó Jane desde la cocina. Danny supuso que las dos mujeres debían de conocerse bastante bien si Jane había reconocido a Pam por la voz.

—¿No es un poco tarde para que una empleada siga aquí? —preguntó Pam al cocinero.

Dominic identificó la peculiar borrachera de la Seis Jarras con una envidia y una nostalgia que lo sorprendieron: la enorme mujer tenía mucho aguante para la cerveza y el *whisky*, incluso más que Ketchum. Jane había salido de la cocina con una olla para pasta bajo el brazo; el extremo abierto de la olla apuntaba hacia Pam como la boca de un cañón.

El pequeño Dan, en un estado presexual de un tercio de excitación y dos tercios de premonición, recordó el comentario de Ketchum sobre la pérdida de la buena presencia en las mujeres, y sobre cómo los diversos grados de pérdida de dicha buena presencia incidían en el alguacil Cari. Para el niño de doce años, Jane no había perdido aún la buena presencia, no del todo. Conservaba todavía un rostro agraciado, su larga trenza era impresionante, y más deslumbrante resultaba imaginar todo aquel pelo negro azabache cuando se soltaba la trenza. Aparte de aquellos fabulosos pechos.

Aun así, ver a Pam la Seis Jarras perturbó a Danny de un modo distinto pero análogo: era tan bien parecida (en la categoría de persona de aspecto fuerte) como un hombre, y lo que tenía de femenino asomaba en su forma más primaria —se había puesto con total desempacho la camisa de Ketchum sin sujetador, de modo que sus pechos sueltos daban volumen a la camisa—, y de pronto miró alternativamente a Jane y a Danny, y luego fijó la vista en el cocinero con el audaz pero nervioso arrojo propio de una chiquilla.

—Necesito tu ayuda con Ketchum, Coci —dijo Pam.

Dominic temió que Ketchum hubiese sufrido un infarto o algo peor; confió en que Pam la Seis Jarras ahorrara al pequeño Daniel los detalles escabrosos.

—Ya te ayudaré yo con Ketchum —se ofreció Jane la Piel Roja—. Se habrá desmayado en algún sitio, supongo. Si es así, a mí me será más fácil que al Coci cargar con él.

—Se ha desmayado en el váter, desnudo, y sólo tengo un váter —dijo Pam a Dominic, sin mirar a Jane.

—Espero que sólo estuviera leyendo —contestó el cocinero.

Por lo visto, Ketchum seguía abriéndose paso con tenacidad en la biblioteca de Dominic Baciagalupo, formada en realidad por los libros de la madre de Dominic y las adoradas novelas de Rosie. Para haber dejado el colegio cuando no tenía siquiera la edad de Danny, Ketchum leía los libros que se llevaba prestados con una determinación rayana en el delirio. Devolvía los libros al cocinero con palabras

resaltadas mediante círculos en casi todas las páginas; no párrafos subrayados, ni siquiera frases enteras, sino únicamente palabras aisladas. (Danny se preguntaba si su madre habría enseñado a Ketchum a leer así). En una ocasión el pequeño Dan había hecho una lista con las palabras marcadas por Ketchum en el ejemplar de su madre de *La letra escarlata* de Hawthorne. En conjunto las palabras no tenían el menor sentido.

*simbolizar*  
*azotes*  
*sexo*  
*malhechoras*  
*punzada*  
*seno*  
*bordado*  
*retorcerse*  
*ignominioso*  
*matrona*  
*trémulo*  
*castigo*  
*salvación*  
*quejumbroso*  
*lamentos*  
*poseída*  
*malnacido*  
*inmaculada*  
*íntimo*  
*represalia*  
*amada*  
*mancilla*  
*pavoroso*

¡Y éstas eran sólo las palabras que Ketchum había marcado en el primer capítulo!  
—¿En qué crees que estaría pensando? —había preguntado Danny a su padre.

El cocinero se había mordido la lengua, aunque no le fue fácil resistir la tentación de contestar. Sin duda «sexo» y «seno» rondaban a Ketchum por la cabeza; en cuanto a «malhechoras», Ketchum había conocido a más de una (¡Pam la Seis Jarras entre ellas!). Por lo que se refería a «amada», el propio Dominic Baciagalupo era una autoridad en mayor medida de lo que él deseaba... ¡Qué demonios le importaba a él lo que Ketchum entendiera por eso! Y respecto a «azotes» y «retorcerse» —por no hablar ya de «lamentos», «malnacido», «mancilla» y «pavoroso»—, el cocinero no sentía el menor deseo de investigar el lascivo interés de Ketchum en tales palabras.

Los términos «matrona», «inmaculada», «íntimo» y, sobre todo, «simboliza» le

sorprendían un poco; y nunca habría imaginado que Ketchum se detuviese mucho a pensar en los significados de «bordado», «ignominioso», «trémulo» o «quejumbroso». El cocinero consideraba que «represalia» (en especial la parte correspondiente al «castigo») estaba muy en consonancia con su viejo amigo, en igual medida que el factor de la «posesión», porque sin duda Ketchum era un poseso, tanto es así que el elemento de la «salvación» parecía en extremo improbable. (Y si Ketchum sentía con frecuencia una «punzada», ¿por quién o por qué era la punzada en cuestión?, se preguntaba Dominic).

—Puede que sean sólo palabras —había argumentado el pequeño Dan.

—¿A qué te refieres, Daniel?

¿Intentaba Ketchum mejorar su vocabulario? Para un hombre sin estudios, hablaba muy bien, ¡y no paraba de pedir libros!

—Es una lista de palabras más bien raras, la mayoría —había aventurado Danny.

Sí, coincidió el cocinero, excluyendo «sexo» y «seno», y tal vez «punzada».

—Yo sólo sé —decía Pam la Seis Jarras— que yo estaba leyéndole en voz alta, y de repente ha cogido el puto libro y se ha metido en el baño. Y allí se ha desmayado. Ha quedado encajonado en el rincón, pero sigue en el váter —añadió.

Dominic prefería no saber nada en cuanto a eso de la lectura en voz alta. Su imagen de las mujeres que Ketchum sacaba del salón de baile no incluía el interés o la curiosidad literaria; la impresión del cocinero era que Ketchum rara vez hablaba con esas mujeres, ni las escuchaba. Pero Dominic había preguntado a Ketchum (no muy sinceramente) qué hacía a modo de «juego previo».

Para considerable sorpresa del cocinero, Ketchum había contestado: «Les pido que me lean. Así me voy entonando».

«Entonándote para irte con el libro al baño y perder el conocimiento», pensaba ahora Dominic con ironía. El cocinero sospechaba asimismo que el nivel de alfabetización de las mujeres que encontraba Ketchum en el salón de baile no era muy alto. ¿Cómo averiguaba Ketchum qué mujeres sabían leer? ¿Y cuál era el libro con el que se había desentonado en compañía de Pam la Seis Jarras? (Muy posiblemente Ketchum había tenido necesidad de ir al cuarto de baño, sin más). Jane la Piel Roja había entrado en la cocina y regresaba en ese momento con una linterna.

—Para que encuentres el camino de vuelta —dijo a Dominic entregándosela—. Yo me quedaré con Danny y lo mandaré a la cama.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó el niño a su padre—. Podría ayudarte con Ketchum.

—Mi casa no es muy apta para niños, Danny —terció Pam.

Esa idea requería en sí misma una aclaración, pero el cocinero se limitó a decir:

—Tú quédate aquí con Jane, Daniel. —Más para Jane que para su hijo, añadió—. Enseguida vuelvo.

Pero la lavaplatos india ya había regresado a la cocina.

Desde el piso de arriba del pabellón-cocina, donde estaban los dormitorios, se

disfrutaba de una vista parcial del remanso del río y de una vista mejor del pueblo por encima del remanso. Pero de noche reinaba tal oscuridad en el pueblo que, desde el lejano pabellón-cocina, uno tenía escasa noción de las actividades que se desarrollaban en las diversas cantinas y fondas; Danny y la Piel Roja tampoco oían la música del salón de baile, donde nadie bailaba.

El niño y la lavaplatos india se habían quedado un rato observando las dos linternas camino del pueblo. La luz oscilante del cocinero se identificaba con facilidad por la cojera, y por la menor longitud de sus pasos, ya que por cada zancada de Pam la Seis Jarras Dominic tenía que dar dos pasos para no rezagarse. (La conversación de ambos era lo que quizá Jane habría deseado oír; y a Ketchum desnudo en el váter, lo que Danny, sin lugar a dudas, habría querido ver). Pero pronto las luces de las linternas se perdieron de vista en la bruma que envolvía el remanso y entre las luces más tenues del pueblo.

—No tardará en volver —dijo el niño de doce años, porque debió de intuir que esa esperanza albergaba Jane. Como única respuesta, ella abrió la cama en la habitación de su padre; también encendió la lámpara de la mesilla de noche.

Al salir detrás de ella al pasillo del piso de arriba, Danny la vio tocar la sartén de hierro colado de veinte centímetros antes de abandonar la habitación. Colgada a la altura del hombro de su padre, la sartén quedaba a la altura del pecho de Jane la Piel Roja; Daniel la tenía al nivel de los ojos y, al pasar por su lado, la tocó también.

—¿Estás pensando en sacudirle a un oso? —preguntó Jane al niño.

—Seguro que eras tú quien lo estaba pensando —contestó el niño.

—Ve a lavarte los dientes y demás —ordenó ella.

El niño entró en el cuarto de baño que compartía con su padre. Cuando Danny se puso el pijama y estuvo listo para acostarse, Jane entró en su habitación y se sentó en la cama junto a él.

—Nunca te he visto deshacerte la trenza —comentó el niño—. Me gustaría saber cómo estás con el pelo suelto.

—Eres demasiado joven para verme con el pelo suelto —dijo Jane—. ¿Y si te matara del susto? No querría llevar ese peso sobre mi conciencia. —El niño advirtió la expresión burlona de su mirada bajo la visera de la gorra de los Indios de Cleveland.

Se oyeron voces en el pueblo y después otras voces como respuesta, o acaso fue el eco de las primeras voces procedente del cercano remanso, sin embargo, no se pudo distinguir las palabras, y si hubo alguna disputa en relación con aquello, o voces posteriores, se las llevó el viento.

—Los sábados por la noche son peligrosos en el pueblo, ¿verdad? —preguntó Danny a Jane la Piel Roja.

—Conozco a un fulano cojo y bajito..., a lo mejor sabes a quién me refiero... Ése siempre anda diciendo que éste es «un mundo de accidentes». A lo mejor eso te suena —dijo Jane. Furtivamente, había deslizado su enorme mano bajo las mantas y

encontrado la axila de Danny, donde el niño más cosquillas tenía, como bien sabía ella.

—¡Sí, sé a quién te refieres! —exclamó el niño de doce años—. ¡Cosquillas no!

—Y los sábados por la noche hay más accidentes —prosiguió Jane, sin hacerle cosquillas pero dejando la mano en la axila—. Aun así, nadie va a meterse con tu padre, no mientras esté con él la Seis Jarras.

—Pero luego volverá a casa solo —señaló el niño.

—No te preocupes por tu padre, Danny —insistió Jane; retiró la mano de su axila y le remitió las mantas.

—¿Tú podrías con la Seis Jarras? —preguntó Danny. Ésa era una de las preguntas preferidas de Danny Baciagalupo; siempre preguntaba a Jane la Piel Roja si «podría» con tal o cual persona, lo que en Ketchum habría equivalido a hacerle un ojete nuevo a un adversario real o hipotético. ¿Podría Jane con Henri Thibeault, o con La Fleur Sin Dedos, o con los hermanos Beaudette, o con los gemelos Beebe? ¿Y con Scotty Fernald, Earl Dinsmore, Charlie Clough y Frank Bemis?

Por lo regular, Jane la Piel Roja contestaba: «Supongo que sí». (Una vez que Danny le preguntó si podría con Ketchum, contestó: «Si estuviera muy borracho, a lo mejor»). Pero siendo el rival imaginario Pam la Seis Jarras, Jane vaciló. Danny no la había visto vacilar casi nunca.

—Pam la Seis Jarras es un alma en pena —respondió Jane por fin.

—Pero ¿podrías con ella? —insistió el pequeño Dan. Jane se inclinó sobre el niño después de ponerse en pie y, estrujándole los hombros con sus fuertes manos, le dio un beso en la frente.

—Supongo que sí —dijo Jane la Piel Roja.

—¿Por qué no llevaba sujetador la Seis Jarras? —preguntó Danny.

—Según parece, se ha vestido con prisas —contestó Jane; le lanzó otro beso desde la puerta de la habitación y la dejó entornada al salir. Para Danny, la luz del pasillo cumplía la función de lámpara nocturna desde sus primeros recuerdos.

Por efecto del viento, oyó sacudirse la puerta exterior de la cocina, mal encajada; cuando el viento tiraba de la molesta puerta, siempre se producía ese traqueteo. El niño de doce años sabía que no era su padre de regreso, ni otro visitante nocturno.

—¡Es sólo el viento! —aclaró a voz en grito Jane la Piel Roja, ya al final del pasillo. Sabía que el niño, desde que conocía la historia del oso, tenía miedo a los intrusos.

Jane siempre dejaba abajo los zapatos o las botas y subía descalza. Si hubiese bajado, Danny habría oído crujir la escalera bajo su peso, pero Jane debía de haberse quedado arriba, tan silenciosa, yendo descalza, como un animal nocturno. Después el pequeño Daniel oyó correr el agua en el cuarto de baño. Se preguntó si su padre habría vuelto a casa, pero el niño tenía demasiado sueño para levantarse e ir a verlo. Danny se quedó escuchando el viento y el omnipresente rumor del río. Cuando alguien volvió a darle un beso en la frente, el niño de doce años dormía tan



profundamente que no supo si era su padre o Jane la Piel Roja, o si soñaba que le daban un beso y era Pam la Seis Jarras quien lo besaba.

Mientras cruzaba el pueblo a buen paso —con el cocinero renqueando detrás de ella como un perro fiel aunque lisiado—, Pam ofrecía una imagen tan imponente y resuelta que difícilmente habría suscitado en alguien el sueño de besarla o de ser besado por ella. El cocinero desde luego no soñaba nada por el estilo, no de manera consciente.

—Más despacio, Seis Jarras —dijo Dominic, pero o el viento se llevó sus palabras, o Pam avivó el paso adrede.

Frente a la serrería, el viento abría brechas en la torre de serrín, de una altura equivalente a tres pisos, y el polvo les entraba en los ojos. El serrín era muy inflamable, cosa que Ketchum definía como un «infierno en potencia», sobre todo en esa época del año. Los camiones no se llevarían del pueblo la pila acumulada a lo largo de todo el invierno hasta que las vías de saca se endurecieran al final de la temporada del barro; sólo entonces se llevarían los camiones el serrín y lo venderían a los granjeros del valle del Androscoggin. (Dentro de la serrería había más, naturalmente). Un incendio en la serrería, y ardería todo el pueblo; ni siquiera quedaría indemne el pabellón-cocina, en lo alto del promontorio más cercano al recodo del río, porque el promontorio y el pabellón-cocina se hallaban en el punto más expuesto al viento. Las ascuas más grandes y vivas ascenderían cuesta arriba desde el pueblo hasta el pabellón-cocina.

Con todo, el edificio exigido por el cocinero era el más sólido del poblado de Twisted River. Las fondas y las cantinas —incluso la propia serrería y el llamado salón de baile— no eran más que yesca para el incendio del serrín que imaginaba Ketchum en sus agoreros sueños de calamidades inminentes.

Era muy posible que incluso en esos momentos Ketchum estuviera soñando en el váter. O eso pensaba Dominic Baciagalupo mientras se afanaba por mantener el paso de Pam la Seis Jarras. Dejaron atrás el bar junto a la fonda preferida de los temporeros francocanadienses. En la calleja embarrada contigua al salón de baile había un tractor de arrastre a vapor Lombard de 1912; llevaba tanto tiempo allí que el salón de baile había sido derribado y reconstruido alrededor de él. (Desde los años treinta se empleaban tractores con motor de gasolina para arrastrar los trineos cargados de troncos). Si el pueblo se incendiaba, pensaba Dominic, tal vez el viejo arrastrador Lombard fuera lo único que quedara intacto entre los escombros. Para sorpresa del cocinero, cuando contempló el Lombard vio a los hermanos Beaudette, dormidos o muertos, en el asiento delantero, por encima de los patines. Tal vez los habían expulsado del salón de baile y se habían desmayado (o los habían depositado) allí.

Dominic aminoró la marcha al pasar junto a los hermanos desplomados, pero Pam, que también los había visto, no pensaba detenerse.

—No se congelarán: ni siquiera nieva —dijo la Seis Jarras.

Delante de la siguiente cantina, cuatro o cinco hombres se habían congregado para presenciar una apática pelea. Earl Dinsmore y uno de los gemelos Beebe llevaban tanto rato a la brega que habían agotado ya sus mejores puñetazos, o acaso ya de entrada estuvieran demasiado ebrios para la pelea. Parecían incapaces de hacerse daño, al menos intencionadamente. El otro gemelo Beebe, por aburrimiento o por la vergüenza ajena de ver a su hermano, de pronto se enzarzó con Charlie Clough. Al pasar junto a ellos, Pam la Seis Jarras derribó a Charlie de una trompada; a continuación tumbó a Earl Dinsmore de un golpe de antebrazo en la oreja, con lo que los gemelos Beebe se quedaron mirándose sin saber qué hacer, tomando conciencia poco a poco de que no tenían a nadie con quien batirse, a menos que osaran probar suerte con Pam.

—Es el Coci, y va con la Seis Jarras —observó La Fleur Sin Dedos.

—Me asombra que aún nos distingas —comentó Pam, y lo apartó de un empujón.

Llegaron a las casas adosadas con azotea: allí estaba la fonda más nueva, donde se alojaban los camioneros y los operarios de los cabrestantes. Como decía Ketchum, cualquier contratista capaz de construir edificios de dos plantas con azotea en el norte de New Hampshire era un tarado de tal magnitud que no debía ni saber cuántos ojetes tenía en el culo un ser humano. Justo en ese momento se abrió de pronto la puerta del salón de baile a causa del viento (o de un empujón) y oyeron la patética música: Perry Como cantando *Don't Let the Stars Get in Your Eyes*.

Una escalera exterior conducía al piso superior de la casa más cercana. Pam se volvió y agarrando a Dominic de la manga, tiró de él.

—Cuidado con el penúltimo peldaño, Coci —previno, llevándolo a rastras escalera arriba.

Con su cojera, las escaleras nunca se le habían dado bien, y menos al paso que le imponía la Seis Jarras. Faltaba el penúltimo peldaño. El cocinero tropezó, cayó hacia delante y se apoyó en la ancha espalda de Pam para no perder el equilibrio. Ella se limitó a darse media vuelta, cogerlo por debajo de los brazos y auparlo hasta el último peldaño, maniobra en la que él se golpeó el puente de la nariz contra la clavícula de Pam. El cocinero percibió un aroma femenino en su cuello, aunque no de perfume precisamente; pero lo desorientaron los olores masculinos adheridos a la camisa de franela de Ketchum.

En lo alto de la escalera se oía con mayor claridad la música del salón de baile: Patti Page cantando (*How Much Is That Doggie in the Window?*). Con razón ya nadie baila, pensó Dominic Baciagalupo en el preciso instante en que la Seis Jarras agachó el hombro y abrió la puerta de un empujón.

—Joder, detesto esa canción —decía ella a la vez que arrastraba al cocinero al interior—. ¡Ketchum! —vociferó, pero no hubo respuesta. Gracias a Dios, la horrenda música cesó en cuanto Pam cerró la puerta.

El cocinero no alcanzó a entender dónde terminaba la cocina, en la que acababan de entrar, y dónde empezaba el dormitorio: cazos, sartenes y botellas dispuestos sin

ton ni son daban paso a prendas de ropa interior esparcidas y a la descomunal cama revuelta, siendo la única iluminación el resplandor procedente de un acuario verdoso. ¿Quién habría pensado que Pam la Seis Jarras era aficionada a los peces o, de hecho, a los animales de compañía de cualquier especie? (Si es que eran peces lo que había en el acuario... Dominic no vio moverse nada entre las algas. Quizá la Seis Jarras era aficionada a las algas). Se adentraron como pudieron en el dormitorio; incluso sin cojera, tenía su complicación circundar la enorme cama. Y si bien Dominic podía imaginar fácilmente la apurada situación y el bochornoso emplazamiento elegido por Ketchum para desplomarse, y por qué debido a eso Pam se había visto obligada a vestirse de prisa y corriendo, sin sujetador, el hecho es que, de camino al cuarto de baño, pasaron junto a tres sujetadores, quedando a mano cualquiera de ellos, incluso en un momento de máxima precipitación.

De pronto la Seis Jarras se rascó el pecho por debajo de la camisa de franela de Ketchum. A Dominic no le preocupó de inmediato que estuviera acariciándose de manera insinuante, o coqueteando con él de algún modo; era un gesto tan espontáneo como la trompada con que había derribado a Charlie y lo había dejado tirado en el barro, o el improvisado golpe de antebrazo en la oreja con que había tumbado a Earl Dinsmore. El cocinero sabía que si la Seis Jarras se propusiese insinuar algo, sería mucho menos ambigua al respecto y no se limitaría a tocarse el pecho como de pasada. Además, la camisa de franela de Ketchum, en contacto con la piel desnuda, debía de picarle.

Encontraron a Ketchum en el váter, más o menos como Pam debía de haberlo descubierto: con el libro en rústica que estaba leyendo abierto sobre uno de los muslos desnudos, inmovilizado por la escayola, y las dos rodillas muy separadas. Hilos de sangre de vivo color rojo se propagaban por el agua del inodoro, como si Ketchum estuviese desangrándose lentamente.

—¡Tiene que ser una hemorragia interna! —exclamó la Seis Jarras, pero el cocinero advirtió que a Ketchum se le había caído al váter una pluma con tinta roja; debía de haberla usado para trazar círculos en torno a ciertas palabras—. Ya he tirado de la cadena antes de irme —decía Pam mientras Dominic se remangaba la camisa y (alargando el brazo entre las rodillas de Ketchum) sacaba la pluma de la taza del váter. A continuación volvió a tirar de la cadena. Dominic se lavó las manos a la par que enjuagaba la pluma bajo el grifo y después se secó con una toalla.

Únicamente entonces se fijó en la erección de Ketchum. Quizá debido a una de sus más fervientes esperanzas —esto es, no ver nunca una erección de Ketchum—, el cocinero había pasado por alto en un principio algo tan obvio. Como es natural, la Seis Jarras no lo había pasado por alto.

—En fin, a mí me gustaría saber qué piensa hacer él con esto —decía a la vez que sujetaba a Ketchum por debajo de sus robustos brazos. Consiguió erguirlo un poco más en el asiento del váter y liberarlo del anterior encajonamiento—. Si lo coges por los tobillos, Coci, yo me las arreglo con el resto.

El libro, que estuvo a punto de seguir el mismo camino que la pluma y caer al váter, resbaló del muslo de Ketchum y fue a parar al suelo. Era El idiota de Dostoievski, advirtió, sorprendido, Dominic Baciagalupo, a quien sin embargo no asombraba tanto la circunstancia de que Ketchum se hubiese desmayado con la novela sentado en un váter (o en otro sitio) como imaginar a la Seis Jarras leyendo en voz alta a Ketchum desde la gigantesca cama bañada en un resplandor verde. Dominic pronunció instintivamente el título del libro, y Pam lo malinterpretó.

—Que si es idiota... ¡A mí me lo vas a contar! —exclamó.

—¿Qué te ha parecido el libro? —preguntó el cocinero mientras sacaban a Ketchum en volandas del baño; al cruzar la puerta abierta se las arreglaron, a saber cómo, para golpearle la cabeza contra el pomo. La escayola de Ketchum iba rozando el suelo.

—Va de unos rusos de mierda —contestó la Seis Jarras con desprecio—. No prestaba mucha atención a la historia, sólo se la leía a él.

Con el golpe que le habían dado de refilón en la cabeza, Ketchum no se había despertado, pero, por lo visto, sí le sirvió de invitación para empezar a hablar.

—En cuanto a esa clase de tugurios donde sólo con mirar a la cara a un pedazo de capullo hipersensible puedes meterte hasta el cuello en un buen lío, nunca ha habido en el centro de Berlin nada comparable al Hell's Half Acre de Bangor, al menos que yo sepa —dijo Ketchum, con su erección tan empinada y digna de atención como una veleta.

—¿Qué sabes tú de Maine? —le preguntó Pam, como si Ketchum estuviera consciente y la entendiera.

—Yo no maté a Pinette. ¡Eso no pudieron endosármelo! —declaró Ketchum—. Ése no era mi martillo marcador.

Habían encontrado a Pinette el Suertudo asesinado en su cama, en la vieja Boom House a orillas del Androscoggin, a unos tres kilómetros al norte de Milán. Le habían aplastado la cabeza con un martillo marcador, y según algunos gancharos, el Suertudo había discutido esa misma tarde con Ketchum en los canales de clasificación. Se supo que Ketchum, como siempre por entonces, había pasado la noche en la Umbagog House de Errol, con una mujer de pocas luces que trabajaba allí en la cocina. Jamás aparecieron el martillo marcador con el que se golpeó repetidamente a Pinette (estampándole la letra «H» en la frente) ni el martillo de Ketchum.

—¿Quién mató al Suertudo, pues? —preguntó la Seis Jarras a Ketchum mientras ella y Dominic lo dejaban en la cama, donde el pene en permanente erección del gancharo tembló ante ellos como el asta de una bandera en medio de un viento huracanado.

—Seguro que fue Bergeron —contestó Ketchum—. Él tenía un martillo marcador como el mío.

—¡Y Bergeron no estaba tirándose a una retrasada de Errol! —contestó Pam.

Con los ojos aún cerrados, Ketchum amagó una sonrisa. El cocinero aguantó el

impulso de volver al cuarto de baño y mirar qué palabras había marcado Ketchum en El idiota, cualquier cosa con tal de alejarse de la imponente erección de su viejo amigo.

—¿Estás despierto o qué? —preguntó Dominic a Ketchum, que parecía haber perdido otra vez el conocimiento por completo, o bien se imaginaba como uno de los pasajeros de un vagón de tercera en el tren de Varsovia a San Petersburgo, porque Ketchum había cogido prestado El idiota en fecha reciente, y el cocinero consideró improbable que la Seis Jarras hubiera avanzado mucho en el primer capítulo antes de que el episodio del desmayo en el váter interrumpiese lo que Ketchum presentaba como su «juego previo» preferido.

—Bueno, creo que me vuelvo a casa —anunció Dominic cuando por fin la menguante erección de Ketchum pareció señalar el final de la diversión por esa velada. Aunque tal vez no para Pam: de cara al cocinero, empezó a desabrocharse la camisa prestada.

He ahí la insinuación, pensó Dominic Baciagalupo. Quedaba sólo un exiguo espacio entre los pies de la cama y la pared del dormitorio, y la Seis Jarras le cortaba el paso; para esquivarla, el cocinero tendría que pasar por encima de la cama, y de Ketchum.

—Vamos, Coci —dijo Pam—. Enséñame qué tienes ahí. —Lanzó a la cama la camisa de franela, que cubrió el rostro de Ketchum pero no su erección caída.

—Era sólo medio retrasada —masculló Ketchum desde debajo de la camisa—, y no era de Errol; nació en Dixville Notch. —Debía de referirse a la empleada de cocina de la Umbagog House, la mujer que se estaba tirando la noche que mataron a martillazos a Pinette el Suertudo en la vieja Boom House a orillas del Androscoggin. (Quizá fuese una simple coincidencia que ni el martillo marcador de Ketchum ni el arma homicida se encontraran jamás). La Seis Jarras agarró con vehemencia al cocinero por los hombros y lo obligó a hundir la cara entre sus pechos; en eso ya no había ambigüedades. Lo que él le aplicó fue una media maniobra de Heimlich zafándose por debajo de sus brazos para situarse a sus espaldas y entrelazar las manos en torno a su caja torácica, bajo los bonitos pechos. Con la nariz dolorosamente aplastada entre los omóplatos de Pam, Dominic dijo:

—No puedo hacerlo, Seis Jarras; Ketchum es amigo mío.

Ella se desprendió de él sin mayor problema; con el codo duro y alargado le asestó un golpe en la boca y le partió el labio inferior. Luego lo inmovilizó apresándole la cabeza, medio asfixiándolo, entre la axila y la suave piel lateral del pecho.

—Tú no eres amigo suyo si le permites ir a buscar a Ángel. Está deshecho por ese condenado chico, Coci —dijo Pam—. Si le permites ver el cuerpo de ese chico, o lo que queda de él, no eres amigo de Ketchum.

Rodaban por la cama junto a la cara tapada y el cuerpo desnudo e inmóvil de Ketchum. El cocinero no podía respirar. Alargó el brazo por encima del hombro de la

Seis Jarras y le dio un puñetazo en la oreja, pero ella, impertérrita, se colocó encima oprimiéndole el pecho con todo su peso; le había inmovilizado totalmente la cabeza y el cuello, así como el brazo derecho. Lo único que el cocinero podía hacer era recurrir de nuevo a su torpe gancho de izquierda; la alcanzó con el puño en el pómulo, la nariz, la sien y otra vez la oreja.

—Joder, Coci, peleando das pena —dijo la Seis Jarras con desprecio. Se apartó de él y lo soltó. Dominic Baciagalupo se recordaría a sí mismo allí tendido, con el pecho agitado, junto a su amigo que roncaba. La espectral luz verde del acuario iluminaba al cocinero jadeante; quizás en el agua turbia de la pe cera los peces invisibles se reían de él. Pam había cogido un sujetador y se lo ponía de espaldas al cocinero.

—Lo mínimo que podrías hacer es llevarte a Danny antes de la hora a la que habéis quedado con Ketchum. Buscad el cuerpo de Ángel antes de que llegue Ketchum. ¡Pero por nada del mundo le permitas ver a ese chico! —vociferó Pam.

Ketchum se quitó la camisa de la cara y fijó la mirada en el techo, sin verlo; el cocinero se incorporó a su lado. Pam se había puesto el sujetador y forcejeaba airadamente con una camiseta. Dominic también se acordaría de eso: los vaqueros desabrochados de la Seis Jarras, caídos sobre las caderas anchas pero huesudas, y la bragueta abierta, a través de la cual alcanzó a ver un asomo de vello púbico rubio. Se había dado prisa en vestirse, eso desde luego, y seguía con prisas.

—Vete, Coci —ordenó. Él lanzó una mirada a Ketchum, que había cerrado los ojos y se cubría la cara con la escayola—. ¿Acaso Ketchum te permitió ver a tu mujer cuando la encontró? —preguntó Pam al cocinero.

Dominic Baciagalupo intentaría olvidar esa parte: cuando se levantó de la cama y la Seis Jarras le impidió el paso.

—Contéstame —exigió ella.

—No, Ketchum no me permitió verla.

—Pues Ketchum se comportó como un amigo —dijo Pam, y dejó pasar al cocinero por su lado en dirección a la puerta, en la cocina—. Cuidado con el peldaño, el segundo empezando por arriba —le recordó.

—Deberías pedirle a Ketchum que te arregle ese peldaño —sugirió Dominic.

—Fue Ketchum quien quitó el peldaño... para oír si alguien sube o baja disimuladamente por la escalera —informó la Seis Jarras al cocinero.

No había duda de que Ketchum debía tomar ciertas precauciones, pensaba Dominic mientras cruzaba la puerta. Allí lo esperaba el peldaño desaparecido: pasó por encima con cuidado. En la escalera lo asaltó la deprimente música. Teresa Brewer cantaba Tul I Waltz Again With You cuando el viento abrió de par en par la puerta que el cocinero creía haber cerrado.

—¡Mierda! —oyó exclamar a Pam.

El viento o la música del salón de baile reanimaron momentáneamente a Ketchum, lo justo para que el gancho hiciera un último comentario antes de que la Seis Jarras cerrase de un portazo.

—Se te acabó la suerte, ¿eh, puto Suertudo? —preguntó Ketchum a la ventosa noche.

«Pobre Pinette», pensaba Dominic Baciagalupo. Quizá Pinette el Suertudo no estuviese ya en situación de oír la pregunta... Es decir, la primera vez que Ketchum se la hizo, si es que realmente se la había hecho. (Ahora ya no estaba en situación de oír nada, eso por descontado). El cocinero eludió los cochambrosos bares de las fondas con sus letreros rotos e incompletos.

P OHIBIDA LA E TRADA A MENO ES, proclamaba el neón con su parpadeo.

TERCERA CERVEZA GRAT S, proclamaba otro cartel, también parpadeante.

Al dejar atrás los anuncios de neón, Dominic cayó en la cuenta de que se había olvidado la linterna. Estaba casi seguro de que la Seis Jarras no lo recibiría cordialmente si regresaba a por ella. El cocinero percibió el sabor de la sangre en el labio partido antes de llevarse la mano a la boca y verse los dedos manchados de rojo. Pero la iluminación existente en Twisted River era escasa, y escaseaba cada vez más. De pronto se cerró la puerta del salón de baile a causa del viento (o de un tirón), y obligó a callar a Teresa Brewer tan repentinamente como si la Seis Jarras hubiese agarrado con ambas manos a la cantante por el grácil cuello. Cuando volvió a abrirse la puerta del salón de baile a causa del viento (o de una patada), Tony Bennett entonaba con voz arrulladora Rags to Riches. Dominic no dudó ni por un momento que la eterna violencia de aquel pueblo era engendrada en parte por esa música irredimible.

Delante de la cantina donde los gemelos Beebe peleaban hacía un rato no se advertía ya ni rastro de reyerta; Charlie Clough y Earl Dinsmore habían conseguido levantarse del barro. Los hermanos Beaudette, asesinados o inconscientes, se habían marchado (o habían sido retirados) del viejo arrastrador Lombard instalado permanentemente en la calleja contigua al salón de baile, al que sobreviviría casi con toda certeza.

Dominic Baciagalupo ascendió por la tortuosa cuesta en la oscuridad, donde su cojera podría haberse confundido fácilmente con el andar inestable de un borracho. Frente al bar cercano a la fonda frecuentada sobre todo por temporeros francocanadienses, una reconocible silueta surgió tambaleándose de las sombras en dirección a Dominic, pero antes de que el cocinero estuviera seguro de que era el alguacil Cari, lo cegó la luz de la linterna.

—¡Alto ahí! Eso significa «Stop». Arréte, si eres un puto francés —ordenó el vaquero.

—Buenas noches, alguacil —saludó Dominic, entornando los ojos ante la luz. El haz de la linterna y el serrín arrastrado por el viento lo incomodaban.

—Se te ha hecho un poco tarde, Coci. y estás sangrando —observó el alguacil.

—He ido a ver cómo estaba un amigo mío —contestó el cocinero.

—El que te ha pegado no era amigo tuyo —dijo el vaquero, acercándose.

—Me he olvidado la linterna y he tropezado con algo, Cari.

—Por ejemplo con una rodilla... o a lo mejor con un codo —aventuró el alguacil Cari; y casi rozó el labio inferior ensangrentado de Dominic con la linterna. El cocinero percibió el olor a *whisky* con cerveza en el fétido aliento del alguacil tan claramente como el escozor que le causaba en la cara el serrín.

Quiso la suerte que alguien subiera el volumen de la música en el salón de baile, donde la virtual puerta de vaivén volvió a abrirse de par en par —Doris Day cantando *Secret Love*—, mientras los dos amantes de Jane la Piel Roja se hallaban allí cara a cara, el vaquero borracho examinando pacientemente la herida en el labio del cocinero sobrio. En ese preciso instante la fonda preferida de los temporeros francocanadienses vomitó sin contemplaciones a una de las desventuradas almas de la noche. El joven Lucien Charest, gimiendo como un cachorro de coyote, salió despedido, sin ropa, y fue a caer a cuatro patas en medio de la calle embarrada. El alguacil enfocó con la linterna al francés asustado.

En ese momento, tras cerrarse la puerta del salón de baile y acallar a Doris Day —con la misma brusquedad con que la indiscriminada puerta había lanzado *Secret Love* a la noche—, reinó un silencio sepulcral, y tanto Dominic Baciagalupo como Lucien Charest oyeron con toda nitidez el chasquido del absurdo Cok 45 del alguacil Cari al amartillarlo, semejante al crujido de un nudillo.

—Por Dios, Cari, no... —decía Dominic mientras el alguacil fijaba la mira en el joven francés.

—¡Mueve ese culo francés desnudo y entra ahí donde te corresponde! —bramó el alguacil—. ¡Antes de que te vuele los huevos y de paso el pito!

A cuatro patas, Lucien Charest se meó allí mismo, y el charco de orina se extendió en torno a sus rodillas embarradas. El francés se dio media vuelta y, todavía a cuatro patas, correteó como un perro hacia la fonda, donde los bromistas que lo habían echado lo acogieron ahora en la puerta como si su vida dependiera de ello. (Y probablemente así era). A las exclamaciones de «¡Lucien!», siguió un galimatías en francés, demasiado atropellado e histérico para que lo entendiesen el cocinero o el alguacil. Cuando Charest volvió a estar sano y salvo dentro de la fonda, el alguacil Cari apagó la linterna. El ridículo Colt 45 seguía amartillado; el cocinero observó perplejo cómo el vaquero desamartillaba lentamente el arma manteniéndola apuntada hacia la rodilla de la pierna ilesa de Dominic Baciagalupo.

—¿Quieres que te acompañe a casa, pequeño Coci? —preguntó Cari.

—No hace falta —contestó Dominic. Los dos distinguían las luces del pabellón-cocina en lo alto de la cuesta que nacía en el extremo del pueblo cercano al remanso del río.

—Veo que esta noche has hecho trabajar otra vez hasta tarde a mi querida Jane —comentó el alguacil. Sin dar tiempo al cocinero a buscar una respuesta cauta, Cari añadió:

—¿No tiene ya ese hijo tuyo edad de sobra para irse a la cama él solito?

—Daniel sí tiene edad de sobra —contestó Dominic—. Pero no me gusta dejarlo



solo de noche, y quiere a Jane una barbaridad.

—Ya somos dos —repuso el alguacil Cari, y escupió.

«¡Ya somos tres!», pensaba Dominic Baciagalupo, pero calló. También recordaba cómo le había hundido Pam la cara entre sus pechos, y lo cerca que había estado de asfixiarlo. Se sintió avergonzado, e infiel a Jane, porque además la Seis Jarras lo había excitado de un modo extrañamente amenazador.

—Buenas noches, alguacil —se despidió el cocinero. Había empezado a subir por la cuesta cuando el vaquero encendió la linterna y le alumbró el camino brevemente.

—Buenas noches, Coci —dijo Cari. Cuando se apagó la linterna, el cocinero sintió todavía en él la mirada del alguacil—. ¡Te las apañas bastante bien para ser un tullido! —añadió el vaquero levantando la voz hacia el camino oscuro. Dominic Baciagalupo también se acordaría de eso.

Únicamente le llegó un fragmento de la canción que sonaba en el salón de baile, pero Dominic ya estaba demasiado lejos del pueblo para oír la letra con claridad. Sólo la reconoció por las muchas veces que había oído antes la melodía —Eddie Fisher cantando Oh My Papa—, y mucho después de dejar de sonar la estúpida canción, advirtió irritado que él mismo estaba cantándola.

## 4. La sartén de veinte centímetros de hierro colado

El cocinero no podía quitarse de encima la sensación de que el alguacil lo había seguido hasta casa. Dominic Baciagalupo permaneció un rato inmóvil ante la ventana del comedor a oscuras, atento a una posible linterna acercándose cuesta arriba desde el pueblo. Pero si el vaquero se proponía investigar los tapujos del pabellón-cocina, ni siquiera él habría sido tan tonto de usar la linterna.

Dominic dejó encendida la luz exterior junto a la puerta de la cocina para que Jane viera el camino hasta la furgoneta: colocó las botas embarradas junto a las de Jane al pie de la escalera. El cocinero se detuvo a pensar si en realidad no sería otra la causa por la que se había entretenido en la planta baja, eludiendo el momento de subir. ¿Cómo iba a explicarle a Jane la herida en el labio? ¿Y debía hablarle de su encuentro con el alguacil? ¿No convenía acaso que Jane supiera que Dominic se había tropezado con el vaquero, y que la conducta y el talante de Cari habían sido tan imprevisibles e inescrutables como siempre?

El cocinero ni siquiera habría sabido decir si el alguacil, de algún modo, había averiguado que Jane era la «amada» de Dominic, como tal vez lo hubiera expresado Ketchum, remitiéndose a la lista de palabras que el lector de váter había sacado de otra historia de amor ilícito.

Dominic Baciagalupo subió descalzo y en silencio; a pesar de ello, la escalera crujió de una manera muy particular debido a su cojera, y no consiguió pasar sigilosamente ante la puerta abierta de su dormitorio sin que Jane se incorporara en la cama y lo viera. (Le bastó con una mirada furtiva para saber que se había soltado el pelo). Dominic quería limpiarse el labio inferior herido antes de verla, pero Jane debió de notar que le ocultaba algo; lanzó su gorra de los Indios de Cleveland hacia el pasillo y casi acertó a darle. El jefe Wahoo aterrizó cabeza abajo pero todavía sonriente; dio la impresión de que el jefe fijaba su mirada de loco en el pasillo, en dirección al cuarto de baño y la habitación del pequeño Dan.

En el espejo del cuarto de baño el cocinero vio que posiblemente necesitaría unos puntos en el labio inferior; aun sin puntos, la herida cicatrizaría con el tiempo, pero con un par de puntos el labio cicatrizaría antes y quedaría menos señal. De momento, después de lavarse los dientes no sin dolor, se echó un poco de agua oxigenada en el labio, se lo secó con cuidado usando una toalla limpia y reparó en la mancha de sangre que quedó en la toalla. Era una lástima que al día siguiente fuera domingo; habría preferido dejarse coser el labio por Ketchum o Jane antes que tratar de localizar a aquel tarado de médico en domingo, cerca de aquel lugar en cuyo malhadado nombre Dominic no quería siquiera pensar.

El cocinero salió del cuarto de baño y recorrió el resto del pasillo hasta la habitación de Daniel. Dominic Baciagalupo dio un beso de buenas noches a su hijo dormido, y sin darse cuenta dejó un poco de sangre en la frente del niño. Cuando el cocinero volvió al pasillo, allí estaba el jefe Wahoo, sonriéndole cabeza abajo, como

para recordarle que más le valía medir sus palabras al hablar con Jane la Piel Roja.

—¿Quién te ha pegado? —preguntó Jane mientras él se desvestía en el dormitorio.

—Ketchum estaba enloquecido y fuera de control..., ya sabes cómo se pone cuando está inconsciente y habla al mismo tiempo.

—Si Ketchum te hubiese pegado, Coci, ahora no estarías aquí.

—Ha sido un simple accidente —insistió el cocinero, confiando en su palabra preferida—. Ketchum no quería hacerme daño; es sólo que me ha dado con la escayola por accidente.

—Si te hubiese pegado con la escayola, estarías muerto —aseguró Jane. Permanecía sentada en la cama, envuelta en su melena, que le caía por debajo de la cintura; había cruzado los brazos por delante de los pechos, y éstos quedaban ocultos, al igual que los brazos, tras el pelo.

Siempre que se soltaba la melena, y después volvía a casa así, se arriesgaba a tener un verdadero conflicto con el alguacil Cari, si éste no había perdido antes el conocimiento. En noches como ésa Jane debía quedarse hasta muy tarde en el pabellón-cocina y marcharse de madrugada, eso si volvía a casa, pensaba Dominic.

—Esta noche he visto a Cari —informó el cocinero.

—Ese golpe tampoco te lo ha dado Cari —dijo Jane, y él se metió en la cama junto a ella—. Y no parece que te haya pegado un tiro —añadió.

—No sabría decir si sabe lo nuestro o no. Jane.

—Tampoco yo sabría decirlo —contestó ella.

—¿Mató Ketchum a Pinette el Suertudo? —preguntó el cocinero.

—Nadie lo sabe, Coci. ¡Hace años que ya ni se habla de eso! ¿Por qué te ha pegado la Seis Jarras? —preguntó Jane.

—Porque no he querido tontear con ella, por eso.

—Si te hubieses follado a la Seis Jarras, yo te habría arreado una que no habrías encontrado el labio —aseguró Jane.

Dominic sonrió, cosa que no fue del agrado de su labio. Torció el gesto por el dolor, y Jane dijo:

—Pobrecito, esta noche nada de besos.

El cocinero se tendió a su lado.

—Hay otras cosas aparte de los besos.

Ella lo obligó a ponerse boca arriba de un empujón y se colocó sobre él, hundiéndolo en el colchón y cortándole el aliento con su peso. Si el cocinero hubiese cerrado los ojos, habría vuelto a verse en la asfixiante presa de cabeza que le había practicado la Seis Jarras, así que los mantuvo muy abiertos. Cuando Jane la Piel Roja se puso a horcajadas en torno a su cadera y se asentó firmemente en su regazo, Dominic sintió que se le llenaban los pulmones de aire en una repentina inhalación. Con una premura inducida posiblemente por el acoso de la Seis Jarras, Jane montó al cocinero; le faltó tiempo para acogerlo en su interior.

—Ahora verás tú qué otras cosas hay —dijo la lavaplatos in día meciéndose hacia delante y hacia atrás; sus senos se posaban sobre el torso de Dominic, su boca le rozaba la cara, con cuidado de no tocarle el labio inferior, a la vez que su larga melena caía en cascada formando una tienda de campaña en torno a los dos.

El cocinero podía respirar, pero no podía moverse. Jane pesaba tanto que habría sido incapaz de apartarla. Además, Dominic Baciagalupo no deseaba modificar para nada la forma en que ella se mecía hacia delante y hacia atrás encima de él, ni su ritmo creciente. (Ni aunque Jane la Piel Roja hubiese sido tan ligera como la difunta esposa de Dominic, Rosie, y el cocinero tan corpulento como Ketchum). Era un poco como viajar en tren, imaginó Dominic, salvo que en realidad él no montaba en el tren sino a la inversa, y él sólo podía agarrarse con fuerza.

Ya no importaba si Danny tenía la certeza de haber oído un grifo en el cuarto de baño, o si el beso en la frente —ya fuera un beso de su padre, o un segundo beso de buenas noches de Jane— había sido real. Tampoco importaba si el niño había incorporado el beso al sueño que tenía con Pam la Seis Jarras, que lo besaba con pasión, y no forzosamente en la frente. Ni importaba si el niño de doce años conocía los peculiares crujidos que la cojera de su padre producía en los peldaños al subir, porque eso lo había oído un rato antes y ahora le llegaban unos crujidos distintos, nuevos para él. (En la escalera, su padre siempre apoyaba primero el pie ileso; lo seguía el pie lisiado, pisando con más delicadeza). Lo que importaba ahora eran esos nuevos e interminables crujidos, y de dónde procedían, según sospechaba el niño, inquieto y muy despierto. No era sólo el viento que sacudía la planta superior del pabellón-cocina; Danny había oído y sentido el viento en todas las estaciones. El niño, asustado, se levantó de la cama en silencio y, de puntillas, conteniendo la respiración, se acercó a la puerta entornada de la habitación y salió al pasillo.

Ahí estaba el jefe Wahoo con su sonrisa de loco vuelta del revés. Pero ¿qué había sido de Jane?, se preguntó el pequeño Dan. Si su gorra había acabado en el pasillo, ¿dónde estaba su cabeza? ¿Acaso el intruso (ya que sin duda un depredador andaba suelto) había decapitado a Jane de un zarpazo o (en caso de ser un depredador humano) de un golpe de machete?

Mientras avanzaba por el pasillo con cautela, Danny casi esperaba ver la cabeza rebanada en la bañera; cuando pasó ante la puerta abierta del cuarto de baño, sin ver la cabeza, el niño de doce años sólo pudo imaginar que el intruso era un oso, no un hombre, y que el oso se había comido a Jane y ahora atacaba a su padre. Pues no cabía duda acerca del lugar de procedencia de los violentos crujidos y gemidos —el dormitorio de su padre—, e innegablemente lo que el niño oía al acercarse era un gimoteo (o peor aún, un lloriqueo). Al pasar junto a la gorra de los Indios de Cleveland, cayó en la cuenta de que el jefe Wahoo estaba cabeza abajo, circunstancia que no hizo más que aumentar los temores del niño de doce años.

Lo que Danny Baciagalupo vio (o, más exactamente, lo que creyó ver) al entrar en el dormitorio de su padre, era todo lo que el niño de doce años temía, o peor si

cabe; es decir, el oso era más grande y más peludo de como el niño lo había imaginado. Bajo el oso se veían sólo las rodillas y los pies de su padre, y un detalle más aterrador aún: las piernas de su padre no se movían. ¡Acaso el niño había llegado demasiado tarde para salvarlo! Sólo se movía el oso; aquella bestia redondeada, de lomo curvo (la cabeza no se distinguía), mecía toda la cama, su lustroso pelo negro más largo y exuberante de como Danny había imaginado el pelo negro de un oso.

El oso estaba devorando a su padre, o esa impresión tuvo el niño de doce años. Sin armas a mano, cabía esperar que el niño se abalanzase sobre el animal que de manera tan brutal y desaforada se ensañaba con su padre, acaso sólo para verse arrojado contra la pared del dormitorio o morir desgarrado entre las zarpas del animal. Pero los antecedentes familiares —en particular, quizá, las anécdotas que nos cuentan de niños— impregnan nuestros instintos más básicos y dan forma a nuestros recuerdos más arraigados, sobre todo en casos de emergencia. El pequeño Dan echó mano de la sartén de hierro colado de veinte centímetros de diámetro como si fuese no el arma preferida de su padre, sino la suya. Esa sartén era legendaria, y Danny sabía exactamente dónde encontrarla.

Empuñando el mango con ambas manos, el niño se subió a la cama y apuntó allí donde, supuso, se hallaba la cabeza del oso. Había iniciado ya el mandoble —tal como Ketchum le enseñó una vez con un hacha, asegurándose de que el impulso de la cadera se sumara al golpe— cuando reparó en las plantas desnudas de dos pies inconfundiblemente humanos. Los pies se hallaban en postura de oración, justo a los lados de las rodillas desnudas de su padre, y Danny pensó que aquellos pies se parecían mucho a los de Jane. La lavaplatos india se pasaba el día de pie y —para una mujer de su peso— era lógico y natural que le doliesen a menudo los pies. Nada le gustaba tanto, había dicho a Dan, como un masaje en los pies, y Danny le había dado más de uno.

—¿Jane? —preguntó Danny con voz débil y dubitativa, pero ya nada podía frenar el impulso de la sartén de hierro colado.

Jane debía de haber oído al niño pronunciar su nombre, porque levantó la cabeza y se volvió hacia él. Por eso la sartén le alcanzó de pleno en la sien derecha. Al sonido reverberante, un «gong» apagado pero profundo, siguió una sensación lacerante que el pequeño Dan experimentó primero en las manos, un vibrante hormigueo propagado luego por las muñecas y los antebrazos. Durante el resto de su vida, o mientras pudiese acordarse de ello, Danny Baciagalupo encontraría poco consuelo en no haber visto la expresión en el bonito rostro de Jane al recibir el sartenazo. (Tenía el pelo tan largo que sencillamente lo cubría todo). El descomunal cuerpo de Jane se estremeció. Era demasiado descomunal, y su pelo tenía un lustre demasiado hermoso, para concebir la posibilidad de que fuera un oso negro, ni en este mundo ni en el otro, adonde con toda seguridad iría. Jane rodó a un lado, separándose del cocinero, y cayó al suelo.

Ahora ya no era posible confundirla con un oso. El pelo se le había abierto en

abanico, totalmente desplegado como unas alas, a ambos lados del colosal e inerte torso. Los pechos grandes y hermosos se habían desmoronado en los huecos de las axilas; los brazos inmóviles habían quedado extendidos por encima de la cabeza, como si (incluso en la muerte). Jane pretendiera mantener en alto un universo pesado, descendente. Pero por asombrosa que a un niño inocente de doce años le resultara su desnudez, Danny Baciagalupo recordaría con especial nitidez la mirada distante en los ojos muy abiertos de Jane. En los ojos muertos de Jane la Piel Roja se percibía algo más que la toma de conciencia final e instantánea de su destino. ¿Qué había visto de pronto en la inconmensurable lejanía?, se preguntaría Danny. Lo que Jane había vislumbrado del imprevisible futuro sin duda la había aterrorizado: acaso no fuera sólo su destino, sino el destino de todos ellos.

—Jane —repitió Danny; esta vez no era una pregunta, pese a que el niño tenía el corazón acelerado y un sinfín de preguntas debían de agolparse en su cabeza. Y Danny miró sólo de refilón a su padre. ¿Era la desnudez de su padre lo que indujo al niño a apartar la mirada tan deprisa? (Quizá se debía a lo que Ketchum había descrito como la apariencia de «fulano bajito» del cocinero; dicha apariencia se veía realzada ahora notablemente por lo cerca que estaban Dominic y la lavaplatos muerta.)—. ¡Jane! —exclamó Danny, como si el niño necesitara pronunciar por tercera vez el nombre de la india para tomar conciencia por fin de lo que le había hecho.

El cocinero se apresuró a cubrir las partes íntimas de Jane con una almohada. Arrodillándose en la vasta extensión de cabello disperso, acercó el oído a su corazón callado. El pequeño Dan sostenía la sartén con las dos manos, como si la vibración le hiriese aún las palmas; tal vez el continuado hormigueo en los antebrazos perdurase eternamente. Pese a que sólo contaba doce años, Danny Baciagalupo sabía con absoluta certeza que acababa de iniciarse el resto de su vida.

—Pensaba que era un oso —explicó el niño a su padre.

Dominic no habría aparentado mayor asombro si en ese momento la lavaplatos muerta se hubiese convertido en oso; aun así, el cocinero comprendió que era su querido Daniel quien necesitaba consuelo. Tembloroso, el niño permanecía allí de pie, aferrado al arma homicida como si creyese que a continuación los atacaría un oso auténtico.

—Es comprensible que hayas pensado que Jane era un oso —dijo su padre abrazándolo. El cocinero le quitó la sartén de las trémulas manos a su hijo y volvió a abrazarlo—. La culpa no es tuya, Daniel. Ha sido un accidente. No ha sido culpa de nadie.

—¿Cómo puede ser que no sea culpa de nadie? —preguntó el niño de doce años.

—La culpa es mía, pues —contestó su padre—. Nunca será tu culpa, Daniel. Soy yo el único culpable. Y ha sido un accidente.

El cocinero, lógicamente, ya pensaba en ese momento en el alguacil Cari; en el mundo del alguacil no existían los accidentes exentos de culpa. En la mente del vaquero, si podía llamársela así, las buenas intenciones no contaban. «No puedes

salvarte a ti mismo, pero puedes salvar a tu hijo», pensaba Dominic Baciagalupo. (¿Y durante cuántos años conseguiría el cocinero salvarlos a los dos?). Danny deseaba desde hacía tiempo ver a Jane deshacerse la trenza y dejarse el pelo suelto, y no hablemos ya del sinfín de veces que había soñado con ver sus enormes pechos. Y sin embargo ahora era incapaz de mirarla.

—¡Yo quería a Jane! —prorrumpió el niño.

—Claro que sí, Daniel. Lo sé.

—¿Estabas haciendo el dos-a-dos con ella? —preguntó el niño de doce años.

—Sí —contestó su padre—. Yo también quería a Jane. Pero no como quería a tu madre —añadió. ¿Por qué había tenido la necesidad de decir eso?, se preguntó el cocinero con sentimiento de culpa. Dominic había querido a Jane de verdad; debía de estar asimilando el hecho de que no tenía tiempo para llorar su pérdida.

—¿Qué te ha pasado en el labio? —preguntó el niño a su padre.

—La Seis Jarras me ha dado un codazo —contestó el cocinero.

—¿También has estado haciendo el dos-a-dos con la Seis Jarras? —preguntó el niño.

—No, Daniel. Mi novia era Jane, sólo Jane.

—¿Y qué pasará con el alguacil Cari? —preguntó el pequeño Dan.

—Tenemos muchas cosas que hacer, Daniel —se limitó a contestar su padre. Y no disponían de mucho tiempo, el cocinero lo sabía. No tardaría en clarear; debían ponerse en marcha.

En la confusión y la elemental torpeza posteriores, y en su desesperada precipitación, el cocinero y su hijo encontrarían un sinfín de razones para revivir la noche en que abandonaron Twisted River, aunque cada uno recordaría a su manera los detalles de su forzada marcha. Para el pequeño Dan, la monumental tarea de vestir a la muerta —y no digamos ya bajar el cadáver por la escalera del pabellón-cocina y acarrearla hasta la furgoneta— fue hercúlea. El niño no entendió en un primer momento por qué era tan importante para su padre que Jane estuviese correctamente vestida, es decir, tal y como se hubiese vestido ella. No podía faltar un solo detalle, no debía llevar nada mal puesto. Los tirantes de su colosal sujetador no podían quedar retorcidos; la cinturilla de sus ciclópeos calzoncillos bóxer no podía estar enrollada; los calcetines no podían estar del revés.

«¡Pero si está muerta! ¿Qué más da?», pensaba Danny. El niño no tenía en cuenta el detenido examen al que quizá pronto sería sometido el cadáver de Jane la Piel Roja; por ejemplo, cuál sería la causa de la muerte según el dictamen forense. (Un golpe en la cabeza, obviamente, pero ¿cuál era el instrumento, y dónde estaba?). También habría que tomar en consideración la hora aproximada de la muerte. Era obvio que al cocinero le preocupaba generar la impresión de que Jane, al producirse la muerte, estaba vestida de arriba abajo.

Dominic, por su parte, estaría eternamente agradecido a Ketchum, porque era él quien había adquirido la carretilla de almacén para el pabellón-cocina en una de sus

farras étlicas en Maine. La carretilla servía para descargar de los camiones los alimentos no perecederos, o las cajas de aceite de oliva y sirope de arce, o incluso las hueveras, así como cualquier cosa pesada.

El cocinero y su hijo habían amarrado a Jane a la carretilla; así consiguieron bajarla por la escalera del pabellón-cocina en una posición semierguida y trasladarla de pie (casi recta) hasta su furgoneta. Sin embargo, la carretilla no sirvió de nada a la hora de meter a Jane la Piel Roja en la cabina, lo que el cocinero recordaría más tarde como la parte «hercúlea» de la tarea, o una de las partes hercúleas.

En cuanto al instrumento homicida, Dominic Baciagalupo embalaría la sartén de hierro colado de veinte centímetros entre sus objetos culinarios más preciados, a saber, sus libros de cocina predilectos, porque el cocinero sabía que no tenía tiempo, ni mucho espacio, para cargar con sus cacharros. Las demás ollas y sartenes se quedarían allí; el resto de los libros de cocina, y todas las novelas, se los dejaría a Ketchum.

Danny apenas tuvo tiempo de coger unas cuantas fotografías de su madre, pero no los libros entre cuyas hojas guardaba sus retratos para que no se arrugaran. En cuanto a la ropa, el cocinero sólo metió en la maleta lo más imprescindible para él y para Dan, y Dominic metió más ropa para él que para su hijo, porque Daniel crecería y pronto lo que llevaba le quedaría pequeño.

El coche del cocinero era una ranchera Pontiac de 1952, la llamada Chieftain Deluxe en semimadera. El último modelo en madera auténtica se había fabricado en 1949; el modelo en semimadera tenía en el exterior paneles de madera de imitación, superpuestos sobre la carrocería granate, y madera auténtica por dentro. El interior incluía también tapicería de piel color granate. En atención al pie izquierdo lisiado de Dominic, la Pontiac Chieftain Deluxe llevaba cambio automático, cosa que la convertía con toda probabilidad en el único vehículo con cambio automático en Twisted River, y gracias a eso Danny también podía conducirla. El niño de doce años no tenía las piernas tan largas como para pisar a fondo un pedal de embrague, pero Danny había conducido la ranchera en semimadera por las vías de saca. El alguacil Cari no patrullaba por las vías de saca. Eran muchos los niños de la edad de Danny, e incluso menores, que conducían coches y furgonetas por las carreteras secundarias en los alrededores del Phillips Brook y el Twisted River, preadolescentes sin carnet con notable dominio del volante. (Los niños un poco más altos que Danny podían pisar a fondo el pedal de embrague). Habida cuenta de las contingencias de su huida de Twisted River, fue una suerte que Danny supiera conducir la Chieftain, porque el cocinero no habría querido que lo vieran atravesar el pueblo a pie, de regreso al pabellón-cocina, después de llevar a Jane (en la propia furgoneta de ella) a casa del alguacil Cari. A esa hora de la madrugada, en la claridad previa al amanecer, cualquiera que estuviese ya despierto y en danza habría reconocido la cojera de Dominic Baciagalupo, y habría resultado de lo más insólito y sospechoso ver pasear juntos al cocinero y su hijo a esa hora intempestiva.



Por supuesto, el vehículo granate en semimadera de Dominic era el único de su especie en el pueblo. Acaso la Pontiac Chieftain del 52 no pasara inadvertida, pero cruzaría más deprisa el poblado que el cocinero con su cojera, y la ranchera, una vez aparcada, no se vería desde el lugar donde Dominic tenía previsto dejar la furgoneta de Jane: en casa del alguacil Cari.

—¿Estás loco? —preguntaría Danny a su padre mientras se disponían a abandonar el pabellón-cocina, ya por última vez—. ¿Por qué llevamos el cadáver a casa del alguacil?

—Para que el vaquero borracho, cuando se despierte por la mañana, piense que lo ha hecho él —explicó el cocinero a su hijo.

—¿Y si el alguacil Cari está despierto cuando lleguemos? —preguntó el niño.

—Por eso tenemos un plan B, Daniel —respondió su padre.

Caía una tenue llovizna, casi imperceptible. El largo capó granate de la Chieftain Deluxe resplandecía. El cocinero deslizó el pulgar por el capó para humedecérselo y, a través de la ventanilla abierta del lado del conductor, limpió la mancha de sangre seca en la frente de su hijo. Al recordar su beso de buenas noches, Dominic Baciagalupo supo de quién era esa sangre; esperaba que ése no fuera el último beso que diera a Daniel, y que ninguna otra sangre (la sangre de nadie) manchara a su hijo esa noche.

—Sólo tengo que seguirte, ¿verdad? —preguntó el pequeño Dan a su padre.

—Exacto —respondió el cocinero, cuyo plan B ocupaba el primer plano de sus pensamientos mientras subía a la cabina de la furgoneta de Jane, donde estaba ésta, desplomada contra la puerta del acompañante. Jane no sangraba, pero Dominic se alegró de no ver el moretón en su sien derecha. A Jane le había caído el pelo hacia delante, cubriéndole la cara; la contusión (hinchada, del tamaño de una pelota de béisbol) quedaba contra la ventanilla del acompañante.

Avanzaron en caravana de dos hacia las casas adosadas de dos plantas con azotea donde la Seis Jarras tenía alquilado, en el piso de arriba, lo que pasaba por ser un apartamento. Por el espejo retrovisor de la furgoneta de Jane, el cocinero veía sólo parcialmente la pequeña cara de su hijo detrás del volante de la Pontiac del 52. La visera exterior de la Chieftain se parecía a la de una gorra de béisbol calada sobre los ojos-parabrisas de la ranchera de ocho cilindros con su calandra, semejante a unos dientes de tiburón, y su agresivo adorno en el capó.

—¡Mierda! —exclamó Dominic. De pronto se había acordado de la gorra de Jane, la de los Indios de Cleveland. ¿Dónde estaba? ¿Habían dejado al jefe Wahoo cabeza abajo en el pasillo del piso superior del pabellón-cocina? Pero ya estaban frente a la casa de la Seis Jarras; en la calle no se veía un alma, y la puerta del salón de baile no se había abierto ni una sola vez. Ya no podían volver al pabellón-cocina.

Danny aparcó la Pontiac al pie de la escalera exterior del apartamento de Pam. El niño se había comprimido ya en la cabina de la furgoneta de Jane, entre la pobre Jane muerta y su padre, cuando Dominic reparó en la gorra de béisbol extraviada de Jane

la Piel Roja: la llevaba puesta el pequeño Dan.

—Tendremos que dejar al jefe Wahoo con ella, ¿verdad? —preguntó el niño de doce años.

—Buen chico —respondió Dominic, su corazón henchido de orgullo y miedo. En cuanto al plan B, eran ya demasiadas cosas para que un niño de doce años las recordase.

El cocinero necesitaba la ayuda de su hijo para bajar a Jane la Piel Roja de la cabina de la furgoneta y llevarla hasta la puerta de la cocina en casa del alguacil Cari, que, según Jane, nunca se cerraba con llave. Daba igual si arrastraban los pies de Jane la Piel Roja por el barro, porque el alguacil esperaba que Jane tuviera las botas manchadas de barro, pero no podían permitir que ninguna otra parte de ella tocara el suelo. Lógicamente, la carretilla habría dejado las huellas de las ruedas en el barro, ¿y qué habría hecho Dominic después con la carretilla? ¿Abandonarla en la furgoneta de Jane o ante la puerta del alguacil Cari?

Fueron hasta la inhóspita zona del pueblo más próxima a la serrería y la fonda frecuentada por los temporeros francocanadienses. (Al alguacil Cari le gustaba vivir cerca de sus principales víctimas).

—¿Cuánto calculas que pesa Ketchum? —preguntó Danny, una vez aparcada la furgoneta de Jane en su sitio habitual. Estaban de pie en el estribo de la furgoneta; el pequeño Dan sostenía a Jane recta en el asiento del acompañante mientras su padre sacaba por la puerta abierta las piernas cada vez más rígidas. Pero ¿qué harían cuando ella tuviese los pies en el estribo?

—Ketchum debe de pesar unos cien, ciento diez kilos —contestó el cocinero.

—¿Y la Seis Jarras? —preguntó el Pequeño Dan.

Dominic Baciagalupo tendría el cuello agarrotado durante una semana por la presa de cabeza de la Seis Jarras.

—Pam pesará unos ochenta, ochenta y cinco kilos, como mucho —contestó su padre.

—¿Y tú cuánto pesas? —preguntó Danny.

El cocinero comprendió adonde quería ir a parar su hijo con esas preguntas. Dejó que los pies de Jane la Piel Roja se deslizaran hasta el barro; se quedó inmóvil en la tierra mojada junto a ella, sujetándola por la cadera mientras Daniel (todavía en el estribo) la sostenía por debajo de los brazos. «¡Acabaremos los dos en el barro con Jane encima!», pensaba Dominic, pero con la mayor naturalidad posible dijo:

—Ah, pues no sé cuánto peso, unos setenta kilos, supongo. —(Pesaba sesenta y cinco vestido con ropa de invierno, como sabía de sobra; nunca había llegado a los setenta).

—¿Y Jane? —preguntó el pequeño Dan con un gruñido, bajando del estribo de la furgoneta. El cadáver de la lavaplatos india se precipitó en los brazos de él y de su padre doblándosele las rodillas, aunque sin llegar a tocar el barro. El cocinero y su hijo se tambalearon al intentar sujetarla, pero resistieron.

Jane la Piel Roja pesaba al menos ciento treinta kilos —quizá ciento cuarenta o cuarenta y cinco—, por más que Dominic Baciagalupo fingiera no saberlo. El cocinero apenas podía respirar mientras arrastraba el cadáver de su amada muerta hasta la puerta de la cocina del malévolo novio de ésta, pero casi consiguió aparentar despreocupación cuando contestó a su hijo en un susurro:

—¿Jane? Ah, pesará más o menos lo mismo que Ketchum, puede que un poco más.

El cocinero y su hijo, para sorpresa de ambos, vieron que la puerta de la cocina del alguacil Cari no sólo no estaba cerrada con llave, sino que estaba abierta de par en par. (Por el viento, tal vez, o bien el vaquero había llegado a casa tan borracho que, en su ciego e irreflexivo estupor, se había olvidado de cerrar la puerta). La llovizna había mojado lo que veían del suelo de la cocina. Como ésta se hallaba exigüamente iluminada —había al menos una luz encendida—, no veían más allá; no podían saber nada más.

Cuando los pies separados de Jane se hallaban ya en contacto con el suelo de la cocina, Dominic se vio capaz de deslizarse el resto del camino él solo; sería una ayuda que las botas estuviesen embarradas y el suelo mojado.

—Adiós, Daniel —musitó el cocinero a su hijo. En lugar de darle un beso, el niño de doce años se quitó la gorra de béisbol de Jane y se la puso a su padre.

Cuando el cocinero dejó de oír los pasos de Danny a lo lejos en la calle embarrada, empujó a Jane hacia delante para introducir su enorme peso en la cocina. Sólo esperaba que el niño recordara sus instrucciones: «Si oyes un disparo, ve a buscar a Ketchum. Si tienes que esperarme en la Pontiac más de veinte minutos, ve a buscar a Ketchum, incluso sin disparo».

Dominic había dicho al niño de doce años que si le sucedía cualquier cosa a su padre —no sólo esa noche—, debía ir a buscar a Ketchum y contárselo todo.

—Ten cuidado con el penúltimo peldaño en la escalera de Pam —había prevenido también el cocinero a su hijo.

—¿No estará allí la Seis Jarras? —había preguntado el niño.

—Tú dile sólo que tienes que hablar con Ketchum. Ella te dejará entrar —había dicho su padre. (Al menos esa esperanza tenía: que Pam dejara entrar a Daniel).

Dominic Baciagalupo deslizó el cadáver de Jane la Piel Roja por el suelo de la cocina hasta más allá de la zona mojada y la apoyó de cara contra un armario. Sujetándola por debajo de los brazos, dejó que su inmensa mole se doblase y descendiese sobre la encimera; a continuación, con insufrible lentitud, tendió su cuerpo en el suelo. Cuando estaba inclinado sobre ella, la gorra de los Indios de Cleveland le resbaló de la cabeza y cayó, vuelta del revés, junto a Jane. El jefe Wahoo desplegab su sonrisa de loco mientras Dominic aguardaba el chasquido del percutor del Colt 45, que el cocinero sabía con toda certeza que estaba a punto de oír. Igual que Danny oiría sin duda la descarga del arma: era muy sonora. A esas horas, todo el pueblo oiría una detonación, quizás incluso Ketchum, que aún dormía la

mona. (Alguna que otra vez, pese a la distancia a la que se hallaba el pabellón-cocina, Dominic había oído la descarga de ese Colt 45). Pero no ocurrió nada. El cocinero, optando por no mirar alrededor, aguardó a que se le acompasara la respiración. Si el alguacil Cari estaba allí, Dominic no quería verlo. El cocinero prefería que el vaquero le pegara un tiro por la espalda mientras se marchaba; salió con cuidado, emborronando a su paso las huellas de barro con la puntera vuelta hacia el exterior del pie lisiado.

Fuera había un tablón cruzado sobre el albañal de la calle. Valiéndose de ese tablón, Dominic eliminó los profundos surcos abiertos en la tierra por las punteras y los tacones de las botas de Jane, que señalaban el atormentado recorrido desde su furgoneta hasta la puerta de la cocina del alguacil. El cocinero devolvió el tablón a su sitio y se limpió las manos en el guardabarros mojado de la furgoneta de Jane, que la lluvia cada vez más regular enjuagaría totalmente. (La lluvia también se ocuparía de las pisadas de él y de Dan). Nadie vio pasar al cocinero ante el silencioso salón de baile; los hermanos Beaudette, o sus fantasmas, no habían vuelto a ocupar el viejo tractor de arrastre Lombard, que se alzaba como un centinela solitario en la calleja embarrada contigua al salón.

Dominic Baciagalupo se preguntaba qué conclusiones sacaría el alguacil Cari cuando, adormilado, se tropezase con el cadáver de Jane la Piel Roja a la mañana siguiente. ¿Con qué la había golpeado?, especularía quizás el vaquero, que ya antes había pegado a Jane más de una vez. Pero ¿dónde está el arma, el objeto contundente?, se preguntaría con toda seguridad el alguacil. Tal vez no haya sido yo quien le ha pegado, quizá concluyese el vaquero al despejarse la cabeza, o como mínimo cuando descubriese que el cocinero y su hijo se habían marchado del pueblo.

«Por favor, Dios mío, dame tiempo», pensaba el cocinero viendo ya el pequeño rostro de su hijo detrás del parabrisas de la Chieftain Deluxe, salpicado de lluvia. Dan esperaba en el asiento del acompañante, como si en ningún momento hubiese perdido la fe en que su padre regresaría sano y salvo de la casa del alguacil Cari y se sentaría al volante.

Al suplicar «tiempo», ese porfiado compañero, Dominic Baciagalupo no se refería simplemente al tiempo requerido para la perentoria huida. Se refería al tiempo que necesitaba para ser un buen padre de su preciado hijo, el tiempo para ver al niño hacerse hombre; el cocinero rogó a Dios que le concediera ese tiempo, aunque ignoraba cómo administraría ese lujo tan improbable.

Ocupó el asiento del conductor en la ranchera sin recibir el balazo del 45 que esperaba. El pequeño Dan se echó a llorar.

—He oído el disparo una y otra vez —dijo el niño de doce años.

—Daniel, es posible que algún día lo oigas —previno su padre, y lo abrazó, antes de arrancar la Pontiac.

—¿No vamos a contárselo a Ketchum? —preguntó Danny.

La única respuesta posible corría el peligro de convertirse algún día en un mantra,

pero Dominic la dio igualmente:

—No tenemos tiempo.

Como un coche fúnebre largo y lento, la ranchera granate en semimadera enfiló la vía de saca a la salida del poblado. Mientras avanzaban en dirección sudsudeste, a veces con el Twisted River a la vista, el alba se les echaba encima por momentos. Primero, cuando llegaran al pantano de Pontook, tendrían que resolver el asunto de la presa; después, fuera cual fuese su destino, tomarían la Estatal 16, que discurría paralela al Androscoggin en ambos sentidos, al norte y al sur.

El tiempo exacto que les quedaba, en su futuro más inmediato, vendría determinado por lo que encontrasen en la Presa de la Muerta, y cuánto tendrían que entretenerse allí. (No demasiado, esperaba Dominic mientras conducía).

—¿Se lo contaremos alguna vez a Ketchum? —preguntó el pequeño Dan a su padre.

—Claro que sí —contestó Dominic, aunque el cocinero no tenía la menor idea de cómo haría llegar el forzoso mensaje a Ketchum: un mensaje que no entrañase riesgo y a la vez, de un modo u otro, fuese claro.

El viento y la lluvia habían amainado. Frente a ellos, la vía de saca estaba resbaladiza por el barro y las roderas, pero salía el sol; sus rayos entraban por la ventanilla del conductor, e inspiraban en Dominic Baciagalupo una visión favorable (bien que poco realista) del futuro.

Sólo unas horas antes, la mayor preocupación del cocinero estribaba en hallar el cadáver de Ángel, y más concretamente en cómo podía afectar a su querido Daniel la imagen del joven canadiense muerto. Desde entonces el niño de doce años había matado a su niñera preferida, y padre e hijo, a trancas y barrancas, habían trasladado a Jane la Piel Roja desde el piso superior del pabellón-cocina hasta su casi última morada en casa del alguacil Cari, una distancia nada despreciable.

Daba igual qué encontrasen el cocinero y su hijo del alma en la Presa de la Muerta, pensaba Dominic con optimismo; al fin y al cabo, ¿tan horrible podía ser? (Bajo la tensión a que estaba, el cocinero había recordado aquel lugar por su nombre de aciago origen, cosa rara en él). Cuando la Chieftain se acercó al pantano de Pontook, el niño y su padre vieron las gaviotas. Aunque el Pontook se hallaba a más de ciento cincuenta kilómetros del mar, siempre había gaviotas volando en las proximidades del Androscoggin, tan grande era el río.

—A mi clase va un niño que se llama Halsted —decía Danny, preocupado.

—Me parece que conozco a su padre —comentó el cocinero.

—Su padre le dio una patada en la cara con las botas de clavos; el niño tiene agujeros en la frente —contó el pequeño Dan.

—Seguro que ése es el mismo Halsted del que yo hablo —contestó Dominic.

—Dice Ketchum que alguien debería meterle a Halsted un aventador de serrín por el culo y ver si es posible hinchar a ese gordo cabrón; Ketchum se refiere al padre —le contó Danny.

—Ketchum recomienda el aventador de serrín para más de un culo —recordó el cocinero.

—Seguro que echaremos a faltar a Ketchum una barbaridad —dijo el niño obsesivamente.

—Seguro que sí —coincidió su padre—. Y se dice «echar de menos».

—Dice Ketchum que la madera de tsuga nunca se seca del todo. —Danny siguió parloteando. Saltaba a la vista que el niño de doce años estaba nervioso por el lugar hacia el que se dirigían; no sólo la Presa de la Muerte, sino allí adonde irían después.

—Las vigas de tsuga van bien para los puentes —contraatacó Dominic.

—Engancha el balancín lo más cerca posible de la carga —recitó el pequeño Dan, de memoria, y sin motivo aparente—. En el embalse Success está el puto embalse de castores más grande que existe —prosiguió Danny.

—¿Vas a pasarte todo el camino repitiendo las palabras de Ketchum? —preguntó su padre.

—Todo el camino ¿a dónde? —preguntó el niño de doce años con desasosiego.

—Aún no lo sé, Daniel.

—Las frondosas no flotan bien —contestó el niño, a cuento de nada.

«Ya, pero las resinosas flotan mucho», pensaba Dominic Baciagalupo. Era una maderada de resinosas lo que descendía por el río cuando Ángel se hundió bajo los troncos. Y con el vendaval de la noche anterior, tal vez algunos de los troncos situados por encima habían saltado la barrera de contención; esos troncos estarían ahora girando en el rebosadero a un lado u otro del azud. Con esos maderos sueltos, en su mayoría píceas y pinos, no sería fácil sacar a Ángel del agua en rotación. Tanto el caudal de crecida como la corriente de agua más lenta en la laguna de la serrería eran fruto de la presa; con suerte, encontrarían allí, en los bajíos, el cadáver de Ángel.

—¿Quién es capaz de dar una patada a su propio hijo en la cara con una bota de clavos? —preguntó a su padre el niño, angustiado.

—Un hombre que nunca volveremos a ver —aseguró Dominic a su hijo. La serrería, junto a la Presa de la Muerta, parecía abandonada, pero eso se debía sólo a que era domingo.

—Cuéntame otra vez por qué la llaman Presa de la Muerta —pidió Danny a su padre.

—Sabes de sobra por qué la llaman así, Daniel.

—Sé por qué a ti no te gusta llamarla así —replicó el niño en el acto—. La «muerta» es mamá, es por eso, ¿no?

El cocinero aparcó la Pontiac del 52 junto al muelle de carga de la serrería. Dominic rehusó contestar a su hijo, pero el niño de doce años se sabía bien toda la historia, se la sabía «de sobra», como había dicho su padre. Tanto Jane como Ketchum se lo habían contado. La Presa de la Muerta llevaba ese nombre por su madre, pero Danny siempre había querido que su padre le hablase de ello, más de lo que su padre le hablaría jamás.

—¿Por qué Ketchum tiene un dedo blanco? ¿Qué tiene que ver eso con la motosierra? —empezó otra vez el pequeño Dan; sencillamente era incapaz de callar.

—Ketchum tiene más de un dedo blanco, y ya sabes qué tiene eso que ver con la motosierra —repuso su padre—. La vibración, ¿recuerdas?

—Ah, sí —dijo el niño.

—Daniel, relájate, por favor. Intentemos dejar esto atrás y seguir nuestro camino.

—Seguir nuestro camino ¿hacia dónde? —preguntó el niño de doce años levantando la voz.

—Daniel, por favor..., estoy tan afectado como tú —dijo su padre—. Vamos a buscar a Ángel, y a ver qué encontramos, ¿de acuerdo?

—En cuanto a Jane, no podemos hacer nada, ¿verdad? —preguntó el niño.

—No, nada —respondió su padre.

—¿Qué pensará Ketchum de nosotros? —preguntó el niño. Ojalá lo supiera, se dijo Dominic.

—Basta ya de hablar de Ketchum —fue lo único que se le ocurrió decir al cocinero. Ketchum ya sabrá qué hacer, confiaba su viejo amigo.

Pero ¿cómo se las arreglarían para explicarle a Ketchum lo sucedido? No podían esperar en la Presa de la Muerta hasta las nueve de la mañana. Si no habían encontrado a Ángel en la mitad del tiempo que faltaba para las nueve, tendrían que marcharse.

Todo dependía de cuándo se despertara el alguacil Cari y descubriera el cadáver de Jane. Al principio el vaquero pensaría sin duda que él era el culpable. Y el pabellón-cocina nunca servía desayunos los domingos por la mañana; una cena temprana era la única comida que se servía en domingo. Las ayudantes de cocina no llegaban al pabellón hasta primera hora de la tarde, y cuando vieran que el cocinero y su hijo se habían marchado, no por tuerza tenían que comunicárselo al alguacil. (No en el acto). El vaquero tampoco tendría una razón inmediata para ir en busca de Ketchum.

Dominic empezaba a pensar que bien podía esperar a Ketchum en la Presa de la Muerta hasta las nueve de la mañana. Por lo que el cocinero sabía del alguacil Cari, el vaquero era muy capaz de enterrar a Jane y olvidarse de ella, o al menos hasta que se enterase de que el cocinero y su hijo habían desaparecido. ¡En Twisted River casi todos llegarían a la conclusión de que Jane la Piel Roja había abandonado el pueblo con ellos! Sólo el alguacil conocería el paradero de Jane y, dadas las circunstancias (el entierro prematuro, la apariencia de culpabilidad), difícilmente se le ocurriría desenterrar el cadáver de Jane sin más razón que demostrar lo que sabía.

¿O todo eso eran sólo vanas ilusiones por parte de Dominic Baciagalupo? El alguacil Cari no dudaría en enterrar a Jane la Piel Roja siempre y cuando creyese que la había matado él. Sí serían vanas ilusiones, en cambio, imaginar que el vaquero pudiera arrepentirse de matar a Jane, tanto como, cabría esperar, para volarse los sesos. (Eso sí serían vanas ilusiones: soñar con un alguacil Cari contrito, ¡como si el

vaquero pudiera siquiera concebir el arrepentimiento!). A la derecha del rebosadero y del alza extraíble de la presa, fuera de la barrera de contención, el agua se arremolinaba contra la presa en el sentido de las agujas del reloj, girando en ella unos cuantos troncos arrastrados hasta allí por el viento (píceas, además de algunos alerces y pinos rojos). Allí donde el caudal principal pasaba por el rebosadero, se acumulaban contra la barrera de contención troncos trabados, pero no se distinguía nada entre los diversos matices del agua oscura y la corteza mojada.

El cocinero y su hijo cruzaron con cuidado la presa hacia el agua exterior a la izquierda de la barrera; allí el agua y unos pocos troncos sueltos giraban en sentido contrario a las agujas del reloj. Un guante de piel de ciervo daba vueltas en el agua, pero los dos sabían que Ángel no llevaba guantes. El agua era profunda y negra, con trozos de corteza flotando; para decepción y alivio de Dominic, tampoco allí vieron un cadáver.

—A lo mejor Ángel salió —dijo Danny, pero su padre sabía que eso era imposible; a esa edad nadie caía bajo los troncos en movimiento y lograba salir.

Pasaba ya de las siete de la mañana, pero tenían que seguir buscando, incluso la familia de la que había huido Ángel quería saber qué había sido de su hijo. Les llevaría más tiempo rastrear las zonas más anchas de la laguna de la serrería —a cierta distancia de la presa—, aunque allí el riesgo de resbalar era menor. Cuanto más cerca de la presa y la barrera de contención, tanto más preocupados estaban el cocinero y su hijo por la seguridad de uno y otro. (Ellos no calzaban botas de clavos; ellos no eran Ketchum, no eran siquiera gancheros de los más verdes. Sencillamente no eran madereros). No encontrarían el cadáver hasta pasadas las ocho y media. El muchacho de cabello largo, con su camisa a cuadros de color verde, blanco y rojo, flotaba boca abajo en los bajíos, cerca de la orilla, sin un solo tronco cerca. Danny ni siquiera se mojó los pies al tirar del cuerpo hacia la orilla. El niño de doce años se valió de una rama caída para enganchar la camisa a cuadros escoceses; el pequeño Daniel llamó a su padre a la vez que arrastraba con la rama al joven canadiense hasta tenerlo al alcance de la mano. Juntos trasladaron a Ángel a una zona más alta en la orilla; levantar y cargar con el cadáver fue un esfuerzo leve en comparación con llevar a cuestas a Jane la Piel Roja.

Desataron los cordones de las botas de clavos del joven maderero y emplearon una de ellas a modo de balde para recoger agua de la laguna. Usaron el agua para limpiar el barro y los trozos de corteza del rostro y las manos de Ángel, que presentaba un color nacarado teñido de azul. Danny hizo lo posible por peinar al joven muerto con los dedos.

El niño de doce años fue el primero en descubrir una sanguijuela. Larga y gruesa como el índice extrañamente torcido de Ketchum, era lo que los lugareños llamaban una «chupa-sangre del norte»; se hallaba adherida al cuello de Ángel. El cocinero supo que no sería la única sanguijuela en el cuerpo de Ángel. Dominic Baciagalupo sabía asimismo que Ketchum aborrecía las sanguijuelas. Tal y como estaban



sucedándose las cosas, quizá Dominic no podría ahorrarse a su viejo amigo ver el cadáver de Ángel, pero —con la ayuda de Daniel— acaso pudiera ahorrarse a Ketchum las chupasangres.

A las nueve ya tenían a Ángel en el muelle de carga de la serrería, donde al menos la plataforma estaba seca y parcialmente soleada, y a la vista desde el aparcamiento. Habían desnudado el cuerpo y retirado casi veinte sanguijuelas; habían limpiado bien a Ángel con su camisa a cuadros mojada, y habían conseguido volver a vestir al muchacho muerto con una anónima combinación de prendas irreconocibles del cocinero y su hijo. Una camiseta que a Danny siempre le había quedado grande era de la talla exacta de Ángel; un viejo vaquero de Dominic completó el cuadro. En atención a Ketchum, si es que Ketchum aparecía, el cadáver como mínimo vestiría ropa limpia y seca. Nada podían hacer con la coloración azulada y gris perla de la piel de Ángel; era absurdo esperar que el débil sol de abril devolviera el color natural al joven muerto, pero por alguna razón al menos parecía conservar el calor.

—¿Esperamos a Ketchum? —preguntó Danny a su padre.

—Sólo un poco más —contestó el cocinero. Ahora el desasosiego lo padecía el padre, advirtió el pequeño Dan. (El problema con el tiempo era, como Dominic sabía, que era implacable). El cocinero escurría la ropa empapada y sucia de Ángel cuando palpó la cartera en el bolsillo delantero izquierdo del vaquero del canadiense: una cartera barata de piel de imitación con una foto de una mujer bonita de aspecto recio en un compartimento de plástico transparente, ahora empañado a causa de la inmersión en agua fría. Dominic frotó el plástico con la manga de su camisa; cuando vio a la mujer con más claridad, le resultó evidente su parecido con Ángel. Sin duda era la madre del muchacho muerto, una mujer algo mayor que el cocinero pero más joven que Jane la Piel Roja.

La cartera no contenía mucho dinero, sólo unos cuantos billetes pequeños, únicamente dólares americanos (Dominic esperaba encontrar también algún dólar canadiense) y lo que parecía una tarjeta de visita de un restaurante de nombre italiano. Eso confirmó la anterior impresión del cocinero: a Ángel no le era ajeno el trabajo en la cocina, aunque quizá no hubiera sido la primera elección profesional del muchacho.

Sin embargo, había un detalle que no se correspondía con las previsiones de Dominic Baciagalupo: el restaurante no estaba en Toronto, ni en ningún otro lugar de Ontario; era un restaurante italiano de Boston, Massachusetts, y el nombre del restaurante fue una sorpresa aún mayor. Era una expresión que el hijo ilegítimo de Annunziata Saetta conocía bien, porque había oído a su madre pronunciarla con una saña nacida del rechazo. «Vicino di Napoli», decía Nunzi —en relación con el lugar al que había ido el padre fugado de Dominic—, y el niño pensaba en aquellos pueblos y provincias montañoses «en las inmediaciones de Nápoles», de donde había llegado su padre (y adonde, hipotéticamente, había vuelto). Los nombres de esos pueblos y provincias que Annunziata decía en sueños —Benevento y Avellino— acudieron a la

memoria de Dominic.

Pero ¿era posible que el zángano de su padre no hubiera huido más allá de un restaurante italiano de Hanover Street, la calle que Nunzi llamaba «la calle mayor» del North End de Boston? Porque, según la tarjeta de visita en la cartera de Ángel, el restaurante se llamaba Vicino di Napoli —sin duda un establecimiento napolitano— y estaba en Hanover Street, a corta distancia de Cross Street. Los propios nombres de las calles habían estado tan presentes en la infancia de Dominic como las reiteradas recomendaciones acerca del perejil (prezzémolo) que le hacía Nunzi, o sus frecuentes alusiones al Mother Anna's y el Europeo, otros dos restaurantes de Hanover Street.

Nada de aquello se le antojó al cocinero demasiada coincidencia para darle crédito, no en un día en que Daniel Baciagalupo, su hijo de doce años, había matado a la amante de su padre con la misma sartén a la que antes el cocinero había dado tan legendario uso. (¿Quién se creería que en cierta ocasión él había salvado a su ya difunta esposa de un oso?). Así y todo, Dominic no estaba preparado para el último objeto que descubrió en la cartera de Ángel Pope. Por lo que el cocinero podía deducir, aquello era un abono de verano para el sistema de transporte público de Boston, un «pase de metro», había oído Dominic llamarlo a su madre. El pase declaraba que el portador era menor de dieciséis años en el verano de 1953, y para demostrarlo allí constaba la fecha de nacimiento de Ángel. El muchacho había nacido el 16 de febrero de 1939, lo que significaba que Ángel había cumplido los quince no hacía mucho. El joven debía de haberse escapado de casa con sólo catorce años, si es que en realidad se había escapado. (Y por supuesto era imposible saber si el muchacho muerto tenía su «casa» en Boston, aunque el pase de metro y la tarjeta de visita del Vicino di Napoli inducían claramente a pensar que así era). Lo que captó la atención de Dominic Baciagalupo de manera más convincente fue el verdadero nombre de Ángel, que no era exactamente Ángel Pope.

ÁNGELÚ DEL POPÓLO.

—¿Quién? —preguntó Danny cuando su padre leyó en voz alta el nombre del abono del sistema de transporte público.

El cocinero sabía que Del Popólo significaba «del pueblo», y que Pope era una americanización común del apellido siciliano; si bien Del Popólo era probablemente pero no por fuerza siciliano, ese Angelú era siciliano de todas todas, cosa que el cocinero también sabía. ¿Había trabajado el muchacho en un restaurante napolitano? (A los catorce años, un empleo a tiempo parcial estaba permitido). Pero ¿qué lo había inducido a huir? A juzgar por la fotografía, aún quería a su madre.

Con todo, el cocinero se limitó a contestar a su hijo:

—Parece que Ángel no era quien decía ser, Daniel.

Dominic dejó que Danny examinara el pase de metro; eso y la tarjeta de visita del Vicino di Napoli, en el North End, era lo único de que disponían, si es que se planteaban localizar a la familia de Angelú del Popólo.

Por supuesto, había un problema más acuciante. ¿Dónde demonios estaba

Ketchum?, se preguntaba Dominic Baciagalupo. ¿Cuánto tiempo podrían esperar aún? ¿Y si el alguacil Cari no se había emborrachado tanto? ¿Y si el vaquero había encontrado el cadáver de Jane la Piel Roja, pero había sabido al instante que él no le había puesto la mano encima, o al menos no la noche anterior?

Costaba imaginar el mensaje que podía dejarle escrito el cocinero a Ketchum junto al cadáver de Ángel, porque ¿y si no era Ketchum el primero en encontrar a Ángel? ¿No tendría que estar el mensaje en clave?

*¡Sorpresa! ¡Ángel no es canadiense!  
¡Y por cierto, Jane sufrió un accidente!  
¡No fue nadie, ni siquiera Cari!*

En fin, ¿cómo iba el cocinero a dejar una nota así?

—¿Esperamos todavía a Ketchum? —preguntó el pequeño Dan a su padre.

Con una convicción sensiblemente menor, su padre contestó:

—Sólo un rato más, Daniel.

La canción que sonaba en la radio de la castigada furgoneta de Ketchum les llegó al muelle de carga de la serrería antes de asomar la propia furgoneta por la vía de saca; quizá fuera Jo Stafford cantando Make Love to Me, pero Ketchum apagó la radio antes de que el cocinero supiera con certeza que ésa era la canción. (Ketchum iba camino de la sordera por motosierra. Siempre llevaba la radio de la furgoneta a un volumen demasiado alto y —ahora que estaban en lo que allí pasaba por primavera— las ventanillas abiertas). Dominic sintió alivio al ver que la Seis Jarras no lo acompañaba; eso habría complicado considerablemente las cosas.

Ketchum aparcó su ruidosa tartana a una distancia prudencial de la Pontiac; se quedó sentado en la cabina con la escayola blanca apoyada en el volante, fijando la mirada más allá de ellos, en la plataforma donde Ángel yacía reclinado bajo la vacilante luz del sol.

—Veo que lo habéis encontrado —dijo Ketchum; desvió la mirada hacia la presa, como para contar los troncos que habían atravesado la barrera de contención.

Como siempre, Ketchum transportaba objetos previsibles a la vez que otros inexplicables en la parte de atrás de su furgoneta; un refugio de construcción casera cubría la caja, convirtiendo la furgoneta entera en un wanigan. Ketchum llevaba sus motosierras a todas partes, junto con diversas hachas y otras herramientas, e incomprensiblemente, bajo una lona, media cuerda de leña, por si de pronto se apoderaba de él la necesidad perentoria de encender una hoguera.

—Daniel y yo podemos meter a Ángel en la parte de atrás de tu furgoneta, y así no tendrás que verlo —propuso Dominic.

—¿Por qué no puede ir Ángel con vosotros en la Chieftain? —preguntó Ketchum.

—Porque no volvemos a Twisted Páver —anunció el cocinero a su viejo amigo.

Ketchum suspiró, y sus ojos fueron a posarse lentamente en Ángel. El ganchoero

se apeó de la furgoneta y, con una cojera acerca de la que nada aclaró, se dirigió hacia el muelle de carga. (Dominic se preguntó si Ketchum renqueaba para burlarse de él). Ketchum levantó el cuerpo del joven muerto como si fuera un bebé dormido; el maderero llevó al muchacho de quince años a la cabina de su furgoneta, donde Danny, acercándose corriendo, había abierto ya la puerta.

—Supongo que tanto da que lo vea ahora como que espere a tener que descargarlo en el pueblo —dijo Ketchum—. La ropa que lleva puesta es tuya, imagino —preguntó al pequeño Dan.

—Mía y de mi padre —contestó el niño de doce años.

El cocinero se aproximó a la furgoneta con la ropa mojada y sucia de Ángel; la dejó en el suelo de la cabina, junto a los pies del muchacho muerto.

—No estaría de más lavar y secar la ropa de Ángel —indicó a Ketchum.

—Le pediré a Jane que lave y seque la ropa —dijo Ketchum—. Jane y yo podemos, de paso, lavar un poco a Ángel, y después le pondremos su propia ropa.

—Jane está muerta, Ketchum —le comunicó el cocinero. («Fue un accidente», estuvo a punto de añadir, pero su querido Daniel se le adelantó).

—La maté yo con la sartén, aquélla con la que papá le pegó al oso —prorrumpió Danny—. Pensé que Jane era un oso —dijo el niño a Ketchum.

A modo de confirmación del hecho, el cocinero desvió de inmediato la mirada. Ketchum rodeó con el brazo ileso los hombros de Danny y lo estrechó. El pequeño Dan hundió la cara en la pechera de la camisa de franela de Ketchum: la misma camisa azul y verde a cuadros escoceses que llevaba Pam la Seis Jarras la noche anterior. Para el niño de doce años los olores entremezclados de Ketchum y la Seis Jarras moraban en la camisa con el mismo aplomo que sus dos fuertes cuerpos.

Levantando la escayola, Ketchum señaló la Pontiac.

—Por Dios, Coci, no tendrás a la pobre Jane metida en la Chieftain, ¿no?

—La hemos llevado a casa del alguacil Cari —aclaró Danny.

—No sé si Cari estaba desmayado en otra habitación o si no había llegado, pero he dejado a Jane en la cocina, tendida en el suelo —explicó el cocinero—. Con un poco de suerte, el vaquero encontrará el cadáver y pensará que lo ha hecho él.

—¡Claro que pensará que lo ha hecho él! —exclamó Ketchum con voz atronadora—. Seguro que la ha enterrado hace ya una hora, o está cavando el puñetero hoyo en este mismo momento, mientras hablamos. Pero en cuanto Cari se entere de que tú y Danny os habéis marchado del pueblo, empezará a pensar que no ha sido él. Pensará que has sido tú, Coci, a no ser que tú y Danny mováis el culo ya mismo y volváis a Twisted River.

—O sea, me pides que vaya de farol, ¿es eso? —dijo Dominic.

—¿Qué farol? —preguntó Ketchum—. Durante el resto de su asquerosa vida, el vaquero intentará acordarse de cómo y por qué exactamente mató a Jane... O bien se la pasará buscándote, Coci.

—Das por supuesto que no recordará nada de anoche —repuso el cocinero—. Eso

es mucho suponer, ¿no te parece?

—La Seis Jarras me ha contado que anoche nos hiciste una visita —dijo Ketchum a su amigo—. ¿Crees que me acuerdo de que estuviste allí?

—Probablemente no —contestó Dominic—. Pero lo que estás proponiendo es que me lo juegue todo. —Cuando el cocinero dijo «todo», miró derecho al pequeño Daniel en un gesto inconsciente e incontrolable.

—Vuelve al pabellón-cocina, yo te ayudaré a descargar la Chieftain, y esta tarde, cuando se presenten las ayudantes de cocina, Danny y tú estaréis otra vez totalmente instalados. Y a eso de la hora de la cena —prosiguió Ketchum— mandas a Dot o a May, o a cualquiera de las mujeres de los trabajadores de la serrería, esos inútiles de mierda, a casa del alguacil Cari y le pides que diga: «¿Dónde está Jane? ¡El Coci va a volverse loco sin su lavaplatos!». ¡Eso sí es un farol! Y ese farol lo ganas de calle —dijo Ketchum—. El vaquero estará cagado de miedo. Se pasará años cagado de miedo, esperando a que un perro desentierre el cadáver de la Piel Roja.

—No sé qué decirte, Ketchum —contestó el cocinero—. Eso es mucho farol. No puedo correr semejante riesgo, no con Daniel.

—Corres un riesgo mayor marchándote —insistió su viejo amigo—. Joder, si el vaquero te vuela la cabeza, ya me haré cargo yo de Danny.

El pequeño Dan posaba la mirada alternativamente en su padre y en Ketchum.

—Creo que deberíamos volver al pabellón-cocina —dijo a su padre el niño de doce años.

Pero el cocinero conocía el desasosiego que producía en su hijo el cambio, cualquier cambio. Daniel Baciagalupo votaría por permanecer allí y marcarse el farol, eso por descontado; irse representaba un temor menos conocido.

—Míralo desde este punto de vista, Coci —decía Ketchum, apuntando a su amigo con la escayola blanca, tan pesada como el Colt 45 del vaquero—: si estoy equivocado y Cari te pega un tiro, no se atreverá a ponerle un dedo encima a Danny. Pero si estoy en lo cierto, y el vaquero va a por ti, podría mataros a los dos, porque los dos seréis fugitivos.

—Pues sí, eso somos: fugitivos —respondió Dominic—. No me gustan las apuestas. Ketchum, ya no.

—Ya estás apostando, Coci —dijo Ketchum—. En cualquier caso, es una apuesta, ¿o no?

—Dale un abrazo a Ketchum, Daniel; tenemos que irnos —ordenó su padre.

Danny Baciagalupo recordaría ese abrazo, y lo mucho que le extrañó que su padre y Ketchum no se abrazaran: eran muy buenos amigos, y desde hacía mucho tiempo.

—Se avecinan grandes cambios, Coci —intentó explicar Ketchum a su amigo—. Al acarreo de troncos por el río no le queda mucho tiempo. Las presas de los embalses de Dummer desaparecerán; esta de aquí tampoco durará mucho —dijo, y señaló la barrera de contención con la escayola, pero prefirió no pronunciar el nombre de la Presa de la Muerta.

»Los embalses Dummer y Little Dummer y el Twisted River desaguarán en el Pontook, sin más. Sospecho que los pilares de contención seguirán, pero ya no los usarán. Y al primer incendio que haya en West Dummer o Twisted River, ¿crees que alguien se molestará en reconstruir esos tristes poblados? Si uno ya está viejo y débil, ¿no preferirá trasladarse a Milán o Errol, o incluso a Berlin? —añadió Ketchum—. Coci, Danny y tú sólo tenéis que quedaros y sobrevivir a este lamentable lugar. —Pero el cocinero y su hijo se dirigían a la Chieftain—. ¡Si huis ahora, huiréis siempre! —exclamó Ketchum a sus espaldas. Renqueando, circundó su furgoneta desde el lado del acompañante hasta el del conductor.

—¿Y esa cojera? —preguntó el cocinero, levantando la voz.

—Joder —contestó Ketchum—. Falta un peldaño en la escalera de la Seis Jarras..., se me había olvidado.

—Cuídate, Ketchum —dijo su viejo amigo.

—Tú también, Coci —respondió Ketchum—. No te preguntaré por el labio, pero ya me conozco esa herida.

—Por cierto, Ángel no era canadiense —informó Dominic Baciagalupo a Ketchum.

—En realidad se llamaba Angelú del Popólo —explicó el pequeño Dan—, y era de Boston, no de Toronto.

—Imagino que es allí adonde vais, ¿no? —preguntó Ketchum—. A Boston.

—Ángel debía de tener familia; habrá alguien que necesite saber qué ha sido de él —contestó el cocinero.

Ketchum asintió con la cabeza. Por el parabrisas de su furgoneta, la exigua luz del sol iluminaba engañosamente a Angelú del Popólo, sentado (casi erguido) con la mirada fija al frente en actitud alerta. Ángel no sólo parecía vivo, sino que parecía a punto de iniciar el viaje de su joven vida, no de terminarlo.

—¿Y si le digo a Cari que Danny y tú vais a comunicarle la mala noticia a la familia de Ángel? Por como habéis dejado las cosas en el pabellón-cocina no parece que os hayáis ido para siempre, ¿no? —preguntó Ketchum.

—No hemos cogido nada que pudiera llamar la atención —dijo Dominic—. Da la impresión de que volveremos.

—¿Y si le digo al vaquero que no me extrañaría que Jane la Piel Roja se hubiese marchado con vosotros? —preguntó Ketchum—. Podría decirle que yo en lugar de Jane también me habría ido a Canadá. —Danny vio que su padre reflexionaba antes de que Ketchum añadiera—: Creo que no le diré que os habéis ido a Boston. Quizá sea mejor decir: «Yo en lugar de Jane me habría ido a Toronto». ¿Y si digo eso?

—Digas lo que digas, no hables más de la cuenta —advirtió el cocinero.

—Me parece que seguiré pensando en él como «Ángel», si no os importa —dijo Ketchum al subir a su furgoneta; por un instante miró de soslayo al muchacho muerto y enseguida apartó la vista.

—¡Yo siempre pensaré en él como «Ángel»! —exclamó Danny.

Hasta qué punto un niño de doce años es consciente o no del principio de una aventura —o de si esta desventura había empezado mucho antes de que Danny Baciagalupo confundiera a Jane la Piel Roja con un oso— era algo que ni Ketchum ni el cocinero sabían, pero Danny parecía muy «consciente» de ello. Ketchum debía de saber que quizás estaba viéndolos por última vez, y quiso proyectar una luz más positiva sobre esta etapa de la apuesta por la que optaba el cocinero.

—¡Danny! —dijo Ketchum—. Sólo quiero que sepas que más de una vez yo mismo confundí a Jane con un oso. —Pero Ketchum no era el más indicado para proyectar luces positivas durante mucho tiempo—. Jane, imagino, no debía de llevar la gorra del jefe Wahoo..., no en ese momento —añadió el maderero.

—No, no la llevaba —respondió el niño de doce años.

—Jane, maldita sea. ¡Hay que joderse, Jane! —exclamó Ketchum—. En Cleveland un fulano me dijo que esa gorra traía suerte —explicó el gancharo al niño—. Según me contó, el jefe Wahoo era un espíritu o algo así; en teoría, cuidaba de los pieles rojas.

—A lo mejor está cuidando de Jane ahora —comentó Danny.

—No te me pongas religioso, Danny. Tú recuerda a esa piel roja tal como era. Jane te quería de verdad —dijo Ketchum al niño de doce años—. Honra su recuerdo, es lo único que puedes hacer.

—¡Ya te echo de menos, Ketchum! —exclamó el niño.

—Joder, Danny... Si tenéis que marcharos, vale más que os marchéis ya —dijo el gancharo.

A continuación, Ketchum puso la furgoneta en marcha y se alejó por la vía de saca en dirección a Twisted River, dejando allí al cocinero y a su hijo a punto de emprender su viaje, más largo y más incierto..., hacia su nueva vida, nada menos.

# **SEGUNDA PARTE**

**Boston, 1967**



## 5. *Nom de plume*

Habían transcurrido casi trece años exactos, número fatídico, desde que el alguacil Cari se encontró con el cadáver de la lavaplatos india en su cocina, y ni siquiera Ketchum sabía con certeza si el vaquero sospechaba del cocinero y su hijo, que desaparecieron esa misma noche. Si había que dar crédito a los rumores más sagaces que corrían por esa zona de Coos County —es decir, a orillas del alto Androscoggin—, Jane la Piel Roja desapareció con ellos.

Según Ketchum, a Cari le molestaba más que la gente pudiera pensar que Jane había huido con el cocinero, que, de hecho, la posibilidad de haber asesinado él a su compañera con un objeto contundente desconocido. (El arma homicida nunca se encontró). Y Cari debió de creer, en efecto, que había matado a Jane, y se deshizo del cadáver, eso por descontado. Nadie la había visto. (Su cadáver tampoco había aparecido). Con todo, Ketchum siguió padeciendo los insinuantes interrogatorios del vaquero cada vez que se cruzaban.

—¿Todavía no has sabido nada del Coci? —preguntaba Cari de forma invariable a Ketchum—. Pensaba que erais amigos.

—El Coci nunca ha tenido mucho que contar —repetía Ketchum una y otra vez—. No he sabido nada de él, y no me sorprende.

—¿Y el niño? —preguntaba en ocasiones el vaquero.

—Y el niño ¿qué? Danny es sólo un crío —contestaba Ketchum indefectiblemente—. Los críos no son muy dados a escribir, ¿no?

Pero Daniel Baciagalupo sí era muy dado a escribir, y no sólo a Ketchum. Desde que comenzaran a escribirse, el niño decía a Ketchum que quería ser escritor.

«Siendo así, no te conviene estar muy expuesto a las ideas católicas», había contestado Ketchum; su letra le parecía al pequeño Dan curiosamente femenina. Danny preguntó a su padre si su madre había enseñado su propia caligrafía a Ketchum, eso además del baile, y sin olvidar que, aparte, había enseñado a leer al maderero.

—No lo creo —se limitó a contestar Dominic.

El misterio de la bonita escritura de Ketchum quedó sin resolver, y por lo visto la letra de su viejo amigo no dio mucho que pensar a Dominic, no en igual medida que al pequeño Dan. Durante trece años Danny Baciagalupo, el aspirante a escritor, se había carteadado con Ketchum más a menudo que su padre. Por lo común, las cartas entre Ketchum y el cocinero eran lacónicas e iban al grano. ¿Los buscaba el alguacil Cari?, quería saber siempre Dominic.

«Tú hazte la cuenta de que sí», era en esencia el mensaje de Ketchum al cocinero, aunque desde hacía un tiempo Ketchum tenía más cosas que decir. Había enviado a Danny y Dominic dos copias exactas de la misma carta; otra novedad era que la carta estaba mecanografiada. «Hay novedades», empezaba Ketchum. «Tenemos que hablar». Eso era más fácil de decir que de hacer: Ketchum no tenía teléfono.

Acostumbraba llamar tanto a Dominic como al joven Dan a cobro revertido desde una cabina; con frecuencia, estas llamadas se interrumpían repentinamente, cuando Ketchum anunciaba que se estaba «pelando». Ciertamente era que en el norte de New Hampshire apretaba el frío —y también en Maine, donde al parecer Ketchum pasaba cada vez más tiempo—, pero con el devenir de los años las llamadas a cobro revertido de Ketchum acabaron produciéndose casi siempre en los meses fríos. (Quizá voluntariamente: tal vez Ketchum prefería no alargarse mucho). La primera carta mecanografiada que envió Ketchum a Danny y su padre decía más adelante que el vaquero había dejado caer una «insinuación amenazadora». Lo cual no tenía en sí nada de nuevo —el alguacil Cari era amenazador y continuamente dejaba caer insinuaciones, como Dominic y Danny ya sabían— pero esta vez había mencionado Canadá de manera explícita. En opinión de Cari, la guerra de Vietnam era la razón por la que se habían agriado las relaciones entre Estados Unidos y Canadá. «No consigo una mierda en el terreno de la cooperación por parte de las autoridades canadienses», era lo único que el vaquero había dicho a Ketchum, quien interpretó el comentario en el sentido de que Cari seguía con sus indagaciones al otro lado de la frontera. Durante trece años el policía había pensado que el cocinero y su hijo estaban en Toronto. Si el vaquero los buscaba, no haría indagaciones en Boston, todavía no. Pero ahora, según la carta de Ketchum, había novedades.

El ya lejano consejo de Ketchum a Danny —a saber, que si el niño quería ser escritor, no le convenía estar demasiado expuesto a las «ideas católicas»— podía surgir de un malentendido. El colegio Michelangelo —la nueva escuela de Danny en el North End— era una escuela secundaria y pública. Los niños llamaban al colegio «Mickey», como se apodaba a los irlandeses, porque los profesores eran de esa procedencia, pero entre ellos no había ninguna monja. Ketchum debió de suponer que el Michelangelo era un colegio católico. («No dejes que esa gente te lave el cerebro», le había escrito a Danny; la alusión a «esa gente», aunque relacionada probablemente con las «ideas católicas», nunca quedó clara). Pero el pequeño Dan no se vio afectado (ni remotamente influido) por lo que tenía de católico el Mickey; lo que desde el principio le había llamado la atención del North End era lo que tenía de italiano. En el centro de enseñanza Michelangelo se habían celebrado con frecuencia reuniones multitudinarias en las que los inmigrantes italianos se congregaban como parte de su proceso de americanización. Las casas de vecindad sin agua caliente, con problemas de hacinamiento, donde vivían muchos de los compañeros de clase de Danny, se habían construido en un principio para inmigrantes irlandeses, llegados al North End antes que los italianos. Pero los irlandeses se habían marchado: a Dorchester y a Roxbury, o a los barrios del sur de Boston. No hacía mucho tiempo vivían allí unos cuantos pescadores portugueses —tal vez quedaban aún una o dos familias en las inmediaciones de Fleet Street—, pero en 1954, cuando Danny Baciagalupo y su padre llegaron, el North End era prácticamente italiano.

El cocinero y su hijo no fueron tratados como forasteros, no por mucho tiempo.

Un sinfín de parientes quisieron acogerlos. Había incontables Calogero, incesantes Saetta; primos y otros que en realidad no eran primos consideraron de la «familia» a los Baciagalupo. Pero Dominic y el pequeño Dan no estaban acostumbrados a las familias numerosas, y menos aún a las amplias. ¿Acaso mantener cierta distancia no los había ayudado a sobrevivir en Coos County? Los italianos no entendían nada de «mantener distancias»; o te daban un abbraccio (un «abrazo») o había pelea a la vista.

Los ancianos se reunían aún en las esquinas y en los parques, donde uno no sólo oía los dialectos de Nápoles y Sicilia, sino también los de Abruzos y Calabria. Cuando hacía buen tiempo, jóvenes y viejos vivían fuera de casa, en las estrechas callejas. Muchos de estos inmigrantes habían llegado a América a principios de siglo, procedentes no sólo de Nápoles y Palermo, sino también de innumerables aldeas de la Italia meridional. En el North End de Boston recrearon la vida callejera que habían dejado atrás: los puestos de fruta y verdura al aire libre, las pequeñas panaderías y pastelerías, las carnicerías, los carretones con pescado fresco todos los viernes en las calles Cross y Salem, las barberías y los limpiabotas, los festejos y celebraciones, y aquellas peculiares cofradías religiosas con imágenes de los santos patronos pintadas en las ventanas a ras de calle de sus locales. O al menos esos santos les resultaban «peculiares» a Dominic y Daniel Baciagalupo, quienes (en trece años) todavía no habían descubierto qué tenían ellos exactamente de católicos e italianos.

Mejor dicho, y en honor a la verdad, quizá Danny sí había descubierto algo de su parte italiana: aún intentaba desprenderse de la frialdad del norte de New Hampshire. Dominic, por lo visto, no se desprendería nunca; podía cocinar a la italiana, pero otra cosa muy distinta era ser italiano.

Pese al probable malentendido de Ketchum respecto al catolicismo del Michelangelo, Danny siempre había considerado injusto que su padre acusase a Ketchum de inculcar en el pequeño Dan la idea de «largarse» a un internado. Lo único que Ketchum había dicho, en una de sus primeras cartas a Danny —con aquella letra decididamente femenina—, era que el «fulano» más listo que él conocía había estudiado en un colegio privado cerca de la costa de New Hampshire. Ketchum se refería a Exeter, no muy lejos de Boston por carretera en dirección norte, y en esa época se podía ir en tren, cogiendo lo que Ketchum llamaba «la línea de Boston y Maine, la de toda la vida». Desde North Station, en Boston, la Boston & Maine llegaba también hasta el norte de New Hampshire. «Diantres, seguro que un fulano como tú puede ir a pie desde el North End hasta North Station», escribió Ketchum al joven Dan. «Incluso un cojo podría ir a pie hasta allí, imagino». (La palabra «fulano» se había incorporado de manera gradual al vocabulario de Ketchum, quizá por influencia de la Seis Jarras, aunque Jane también la usaba. Formaba parte asimismo del vocabulario de Danny y su padre). El cocinero no había visto con buenos ojos lo que consideraba una «intromisión» de Ketchum en los estudios medios de Daniel, a pesar de que el joven Dan había disentido de su padre a ese respecto; contra toda lógica, Dominic no culpaba al profesor de lengua de séptimo y octavo en el Mickey,

el señor Leary, que había incidido mucho más que Ketchum en la marcha de Danny a Exeter.

Si a eso vamos, el cocinero debería haberse culpado a sí mismo, ya que cuando Dominic se enteró de que a Exeter sólo iban niños (por aquel entonces), consintió de pronto que su querido Daniel abandonase la casa paterna en otoño de 1957, con sólo quince años. A Dominic se le partiría el corazón de añoranza, pero dormiría tranquilo por las noches, sabiendo (o «haciéndose la ilusión», como diría Ketchum) que su hijo estaba a salvo de las chicas. Dominic permitió a Daniel estudiar en Exeter porque deseaba mantenerlo alejado de las chicas «el mayor tiempo posible», como escribió a Ketchum.

«Pues ése es tu problema, Coci», contestó su viejo amigo.

Y ciertamente lo era. El problema aún no se había puesto tan de manifiesto a su llegada al North End —cuando el pequeño Dan contaba sólo doce años y no parecía fijarse en las chicas—, pero el cocinero ya veía entonces cómo se fijaban las chicas en su hijo. Entre las primas y aquellas que en realidad no eran primas de los clanes Saetta y Calogero pronto habría primas carnales, imaginaba sin grandes esfuerzos el cocinero, y eso sin contar a todas las demás chicas que su hijo conocería, ya que el North End era un barrio donde uno conocía gente a patadas. Hasta entonces el cocinero y su hijo de doce años nunca habían vivido en un barrio.

Aquel domingo de abril de 1954 padre e hijo tuvieron ciertas dificultades para encontrar el North End, por donde —ya en esas fechas— era más fácil desplazarse a pie que en coche. (Conducir y aparcar la Pontiac Chieftain en aquel barrio había sido una odisea, que no podía compararse a transportar el cadáver de Jane la Piel Roja desde el pabellón hasta la cocina del alguacil Cari, por supuesto, pero una odisea al fin y al cabo). Mientras recorrían el tortuoso camino a pie hasta Hanover Street —viendo en algún momento la cúpula dorada de la Corporación del Túnel Sumner, que parecía iluminarlos como un sol nuevo en un planeta distinto—, repararon en otros dos restaurantes (el Europeo y el Mother Anna's) cerca de Cross Street antes de llegar al Vicino di Napoli.

Ya era media tarde —había sido un largo viaje desde el norte de New Hampshire—, pero hacía un día cálido y soleado en comparación con la fría luz matutina en la Presa de la Muerta, donde habían dejado el cadáver azulado de Ángel en compañía de Ketchum.

Aquí las aceras eran un hervidero de familias; los viandantes incluso se hablaban, algunos se gritaban. (Allí —en la Presa de la Muerta y Twisted River, la mañana que se marcharon— sólo habían visto a la lavaplatos india sin vida, al chico ahogado y a Ketchum). Aquí, desde el momento en que aparcaron la Pontiac y empezaron a caminar, Danny se hallaba en tal estado de agitación que no podía despegar los labios; nunca había visto un sitio así salvo en las películas. (En Twisted River no era posible ver películas; de vez en cuando Jane la Piel Roja llevaba al pequeño Dan a Berlín a ver una. El cocinero había dicho que jamás regresaría a Berlín, «como no

fuera esposado»). Aquel domingo de abril en Hanover Street, cuando se detuvieron frente al Vicino di Napoli, Danny miró de reojo a su padre, quien parecía haber llegado al North End a rastras y esposado, o eso o el cocinero veía con malos auspicios su visita a aquel restaurante para transmitir una noticia tan infausta. ¿Recaería una maldición en el portador de tristes nuevas?, se preguntaba Dominic. ¿Cuál es el destino del hombre que comunica una mala noticia? ¿Le ocurrirá un día algo peor a él?

El pequeño Dan percibió que su padre vacilaba, pero ni el padre ni el hijo habían tenido ocasión aún de abrir la puerta cuando un viejo la abrió desde dentro del restaurante.

—¡Pasen, pasen! —les dijo; agarró a Danny por la muñeca y tiró de él hacia el hospitalario aroma del establecimiento. Dominic los siguió sin chistar. Nada más ver al viejo, el cocinero supo que no era su aborrecido padre; el anciano caballero no se parecía en nada a Dominic, y era demasiado mayor para ser Gennaro Capodilupo.

Era, como saltaba a la vista, el maitre y el dueño del Vicino di Napoli, y no guardaba recuerdo alguno de Annunziata Saetta, pese a que sí había conocido a Nunzi (sin saberlo) y conocía a muchos Saetta; tampoco cayó en la cuenta, ese domingo en concreto, de que era al padre de Dominic, Gennaro Capodilupo, a quien él había despedido tiempo atrás; Gennaro, el muy cerdo, había sido mozo de comedor en el Vicino di Napoh, y de lo más proclive al coqueteo. (¡Era allí, en el restaurante, donde Nunzi y el mujeriego padre de Dominic se habían conocido!). Pero el anciano dueño y maitre sí había oído hablar de Annunziata Saetta, como había oído hablar asimismo de Rosina o «Rosie» Calogero. Los escándalos son la comidilla de los barrios, como pronto descubrirían el pequeño Dan y su padre.

En cuanto al Vicino di Napoli, el comedor no era grande, y las mesas eran pequeñas, cubiertas con manteles a cuadros rojos y blancos; dos mujeres jóvenes y un muchacho (de la edad de Ángel poco más o menos) estaban preparándolas para la cena. Había una barra de acero inoxidable y, más allá, Dominic vio un horno para pizzas revestido de ladrillo y una cocina abierta, donde trabajaban dos cocineros. Dominic comprobó con alivio que ninguno de los cocineros tenía edad para ser su padre.

—Aún no estamos listos para servirles, pero pueden sentarse y, quizá, tomar algo —propuso el viejo, sonriendo a Danny.

Dominic se llevó la mano al bolsillo interno de la chaqueta, donde palpó la cartera de Angelú del Popólo: seguía húmeda. Pero apenas había sacado la cartera cuando el maitre retrocedió.

—¿Es usted policía? —preguntó el viejo.

La palabra «policía» captó la atención de los dos cocineros que Dominic había visto en el interior; salieron con cautela de detrás de la barra. El muchacho y las dos mujeres que ponían las mesas interrumpieron su labor y también fijaron la mirada en Dominic.

—Los policías no van a trabajar con sus hijos —observó uno de los cocineros dirigiéndose al viejo. Dicho cocinero estaba rebozado en harina: un polvillo blanco le cubría no sólo el delantal, sino también las manos y los antebrazos. (El pizzero, probablemente, pensó Dominic).

—No soy policía, soy cocinero —informó Dominic. Los dos hombres de menor edad y el viejo soltaron carcajadas de alivio; las dos mujeres y el muchacho reanudaron su tarea—. Pero tengo que enseñarles una cosa —añadió Dominic. El cocinero hurgaba dentro de la cartera de Ángel. No sabía qué enseñar primero: si el pase de metro de Boston con el nombre y la fecha de nacimiento de Angelú del Popólo o la fotografía de la mujer hermosa pero metida en carnes. Optó por el abono del sistema de transporte público con el nombre verdadero del muerto, pero antes de que Dominic decidiera a quién de ellos enseñar el pase, el anciano vio la foto en la cartera abierta y se la arrancó de las manos a Dominic.

—¡Carmella! —exclamó el maitre.

—Conocimos a un muchacho —empezó a explicar Dominic mientras los dos cocineros se inclinaban sobre el retrato en el compartimento de plástico de la cartera—. Puede que ésta sea su madre.

Dominic no pasó de ahí. El pizzero hundió la cara entre las manos, enharinándose por completo las dos mejillas.

—¡Angeluuu! —gimió.

—¡No! ¡No! ¡No! —entonó el viejo, agarró a Dominic por los hombros y lo sacudió.

El otro cocinero (a todas luces el chef o jefe de cocina) se llevó la mano al corazón, como si acabara de recibir una puñalada.

El pizzero, con el rostro tan blanco como un payaso, acarició la mano del pequeño Dan con sus dedos manchados de harina.

—¿Qué le ha pasado a Angelú? —preguntó al niño con tal ternura que Dominic supo que aquel hombre debía de tener un hijo de la edad de Daniel, o que lo había tenido. Los dos cocineros eran unos diez años mayores que Dominic.

—Ángel se ahogó —les dijo Danny.

—Fue un accidente —declaró su padre.

—¡Angelú no era pescador! —exclamó el maitre con un lamento.

—Fue un accidente de leñador —aclaró Dominic—. Conducían madera por el río, y el chico resbaló y se hundió bajo los troncos.

Las jóvenes y el muchacho de poco más o menos la edad de Ángel se habían esfumado; Danny no los había visto salir. (Resultó que no habían huido más allá de la cocina).

—Angelú trabajaba aquí después de clase —decía el viejo a Danny—. Su *mamma*, Carmella, ahora trabaja aquí.

El otro cocinero se había acercado y tendió la mano a Dominic.

—Antonio Molinari —se presentó el jefe de cocina mientras estrechaba la mano

con semblante lúgubre a Dominic.

—Dominic Baciagalupo —respondió el cocinero—. Yo era el cocinero del campamento maderero. Éste es mi hijo, Daniel.

—Giusé Polcari —dijo el viejo al pequeño Dan con la mirada gacha—. Nadie me llama Giuseppe. También me gusta que me llamen Joe a secas. —Señalando al pizzero, el viejo Polcari añadió—: Éste es mi hijo Paul.

—A mí pueden llamarme Dan o Danny —dijo el niño—. Sólo mi padre me llama Daniel.

Tony Molinari se había acercado a la puerta del restaurante; observaba a los transeúntes de Hanover Street.

—¡Ya viene! —anunció—. ¡Veo a Carmella!

Los dos cocineros se escaparon a su cocina y dejaron a los Baciagalupo perplejos, en compañía del viejo Polcari.

—Tiene que decírselo usted; yo no me veo con ánimos —decía Giusé (o Joe a secas)—. Se la presentaré —añadió el maitre empujando a Dominic hacia la puerta del restaurante; Danny había cogido a su padre de la mano—. Su marido también se ahogó. ¡Fue una verdadera historia de amor, la de esa pareja! —explicaba el viejo Polcari—. Pero él era pescador... Esa gente se ahoga mucho.

—¿Tiene Carmella más hijos? —preguntó Dominic. Ahora los tres la veían: una mujer de figura rotunda, rostro hermoso y cabello negro azabache. No habría cumplido aún los cuarenta; quizás era de la edad de Ketchum, o un poco mayor. Pechos amplios, cadera amplia, sonrisa amplia; sólo la sonrisa era más amplia que la de Jane la Piel Roja, advertiría el pequeño Dan.

—Angelú era su único hijo —contestó Giusé a Dominic.

Danny soltó la mano a su padre, porque el viejo Polcari intentaba entregarle algo. Era la cartera de Ángel, húmeda y fría al tacto; el pase de metro asomaba ladeado. Danny abrió la cartera y volvió a guardar el pase en su sitio en el preciso instante en que Carmella del Popólo cruzaba la puerta.

—Hola, Joe. ¿Llego tarde? —preguntó de forma animada al viejo.

—¡Tú no, Carmella, tú siempre llegas a tiempo!

Quizá fuera éste uno de los momentos que hicieron de Danny Baciagalupo un escritor: su primer intento, inevitablemente torpe, de prefiguración. El niño vio de pronto el futuro de su padre, y también el suyo propio, aunque no con la misma claridad. Sí, Carmella era un poco mayor y desde luego estaba más metida en carnes que la mujer de la foto que Ángel llevaba en la cartera, pero no había perdido su buena presencia a ojos de nadie. Puede que Danny, a sus doce años, fuese demasiado joven para fijarse en las chicas —o las propias chicas fuesen demasiado jóvenes para atraer su atención—, pero el niño ya sentía interés por las mujeres. (Por Jane la Piel Roja, sin duda; por Pam la Seis Jarras, ni que decir tiene). Carmella del Popólo le recordó a Jane, como no podía ser de otro modo. Su piel aceitunada no se diferenciaba mucho de la tez morena y rojiza de Jane; la nariz un tanto chata y sus

anchos pómulos eran idénticos, así como sus ojos oscuros; al igual que Jane, Carmella tenía los ojos casi tan negros como el pelo. ¿Y acaso Carmella no llevaría pronto dentro de sí una tristeza como la de Jane? Jane también había perdido a un hijo, y Carmella —como Dominic Baciagalupo— ya había perdido a su adorado cónyuge.

No es que Danny viera, en ese momento, el menor indicio de que su padre se sintiese atraído por Carmella, o ella por él; puede decirse más bien que el niño supo una cosa con absoluta certeza: la madre de Ángel sería la siguiente mujer de quien su padre se encariñaría, siempre y cuando el North End los mantuviera a salvo del alguacil Cari.

—Es mejor que te sientes, Carmella —dijo el viejo Polcari mientras se retiraba hacia la cocina, donde estaban escondidos los demás—. Éstos son aquel cocinero y su hijo, los del norte. Ya sabes, los compañeros de Angelú.

La mujer, ya radiante, se alborozó aún más.

—¿Usted es Dominic? —exclamó, y le apretó las sienes al cocinero con las palmas de las manos. Para cuando se volvió hacia Danny, cosa que hizo de inmediato, Giusé Polcari había desaparecido ya con los otros cobardes—. ¡Y tú debes de ser Danny! —dijo Carmella, encantada. Lo abrazó con fuerza, no con tanta fuerza como cuando Jane a veces lo abrazaba, pero sí con fuerza suficiente para despertar de nuevo en el pequeño Dan el recuerdo de Jane.

Sólo entonces comprendió Dominic por qué Ángel llevaba tan poco dinero en la cartera, y por qué no habían encontrado casi nada entre las escasas pertenencias del chico muerto. Ángel mandaba los jornales a su madre. El chico pedía a veces a Jane la Piel Roja que lo llevara en coche a la estafeta de correos; decía a Jane que el franqueo para Canadá era complicado, pero en realidad iba a poner giros postales para su madre. También era obvio que escribía a su madre con regularidad, ya que ella estaba al corriente de que el cocinero y su hijo habían entablado amistad con el chico. De buenas a primeras Carmella preguntó por Ketchum.

—¿Ha venido el señor Ketchum con vosotros? —le dijo a Danny cogiendo la cara del niño afectuosamente entre sus manos. (Acaso este momento de mutismo ayudara a Danny Baciagalupo a hacerse escritor. Todos esos momentos en que uno sabe que debería hablar pero no se le ocurre qué decir; uno, como escritor, nunca presta la debida atención a esos momentos). Pero fue entonces cuando Carmella pareció advertir que no había nadie más en el comedor, ni se veía a nadie en la cocina; la pobre mujer lo interpretó como señal de que tenían planeada una sorpresa para ella. ¿Acaso se había presentado ahí su Angelú sin previo aviso para verla? ¿Tenían los demás escondido en la cocina a su ser más querido, arreglándoselas todos para mantener un silencio sepulcral?

—¡Angeluuu! —llamó Carmella—. ¿Estáis ahí el señor Ketchum y tú? ¡Angeluuu!

Años después, ya acostumbrado a ser escritor, Daniel Baciagalupo pensaría que



en realidad lo ocurrido ahí, en la cocina, era lo más natural del mundo. Aquella gente no era cobarde; sólo eran personas que querían a Carmella del Popólo y no soportaban la idea de verla sufrir. Pero, por entonces, el pequeño Dan se quedó atónito. Fue Paul Polcari, el pizzero, quien empezó.

—¡Angeluuu! —gimió.

—¡No! ¡No! ¡No! —entonó su anciano padre.

—Angelú, Angelú —clamó Tony Molinari, sin levantar tanto la voz.

Las jóvenes y el muchacho de poco más o menos la edad de Ángel pronunciaban también el nombre del muerto en arrullos. Este coro procedente de la cocina no era lo que Carmella esperaba oír; aullaba con tanta tristeza que la pobre mujer miró a Dominic en busca de una explicación y en su cara sólo vio congoja y pánico. Danny fue incapaz de mirar a la madre de Ángel; habría sido como mirar a Jane la Piel Roja medio segundo antes del sartenazo.

Habían acercado una silla de la mesa más próxima —el gesto de despedida del viejo Polcari, incluso antes de ofrecer asiento a Carmella—, y Carmella, más que sentarse, se desplomó en la silla y el color aceitunado abandonó su rostro. De pronto había visto la cartera de su hijo en las pequeñas manos de Danny, pero cuando alargó el brazo y percibió lo mojada y fría que estaba, se echó atrás, tambaleante, y se medio desmoronó en la silla. El cocinero se apresuró a sujetarla arrodillándose junto a ella con el brazo en torno a sus hombros, y Danny, instintivamente, se arrodilló a sus pies.

Carmella vestía una falda de seda negra y una bonita blusa blanca —la blusa pronto quedaría moteada de lágrimas—, y cuando fijó la mirada en los oscuros ojos de Danny, debió de ver a su hijo tal como en otro tiempo la miraba a ella, porque atrajo la cabeza del niño hacia su regazo y se la estrechó como si él fuera su Angelú perdido.

—¡Angelú no! —exclamó.

En la cocina, uno de los cocineros empezó a repicar rítmicamente en una olla de pasta con una cuchara de madera; al igual que un eco, declamó:

—¡Angelú no!

—Lo siento mucho —oyó decir a su padre el pequeño Dan.

—Se ahogó —explicó el niño desde el regazo de Carmella; notó que ella le apretaba aún más la cabeza, y de nuevo se apareció ante él el futuro inmediato. Mientras viviese con su padre y Carmella del Popólo, Danny Baciagalupo sería para ella el sustituto de Angelú. («No culpes al chico de querer marcharse al colegio», escribiría más adelante Ketchum a su viejo amigo, «cúlpame a mí, pero no culpes a Danny»).

—¡Ahogado no! —vociferó Carmella por encima del clamor que llegaba de la cocina.

Danny no oía qué susurraba su padre al oído de la afligida mujer, pero notó los estremecimientos de ella a causa de los sollozos y consiguió volver ligeramente la cabeza en su regazo, lo justo para ver salir de la cocina a los dolientes. Sin cazos, sin

sartenes, sin cucharas de madera: sólo ellos, con regueros de lágrimas en el rostro. (La cara de Paul, el pizzero, también con regueros de harina). Pero Daniel Baciagalupo ya tenía imaginación; no necesitó oír lo que su padre le decía a Carmella al oído. Sin duda incluía la palabra «accidente»: éste era un mundo de constantes accidentes, el niño y su padre ya lo sabían.

—Son buena gente —decía el viejo Polcari a modo de oración.

Más tarde Danny comprendió que Joe Polcari no rezaba; le hablaba a Carmella del cocinero y su hijo «llegados del norte». De hecho, fueron el niño y su padre quienes acompañaron a Carmella a casa. (En el camino había tenido que recostarse en ellos, a veces al borde del desmayo, pero sostenerla resultaba fácil; debía de pesar, como mínimo, cincuenta kilos menos que Jane, y Carmella estaba viva). Pero incluso antes de salir del Vicino di Napoli esa tarde —mientras la afligida madre mantenía la cabeza de Danny firmemente sujeta contra su regazo— Daniel Baciagalupo identificó otro truco que conocen los escritores. Era algo que ya sabía hacer, aunque no lo aplicaría a su método narrativo hasta transcurridos unos años. Todos los escritores deben saber alejarse, distanciarse de tal o cual momento emotivo, y Danny era capaz de hacerlo, ya a sus doce años. Con la cara inmovilizada entre las cálidas manos de Carmella, el niño se limitó a apartarse de ese cuadro vivo; desde la posición elevada del horno para *pizzas*, quizás, o al menos tan apartado de los dolientes como si estuviera, sin que lo vieran, en la cocina al otro lado de la barra, Danny vio al personal del Vicino di Napoli arracimarse en torno a Carmella, sentada en la silla, y a su padre, arrodillado a su lado.

El viejo Polcari se situó detrás de Carmella, con una mano en la nuca de ella y la otra en su propio corazón. Su hijo Paul, el pizzero, permaneció de pie, en su aura de harina, con la cabeza gacha, pero se colocó simétricamente respecto a Dominic, junto a la cadera opuesta de Carmella. Las dos jóvenes —camareras, aprendiendo aún el oficio de Carmella— se arrodillaron en el suelo inmediatamente detrás del pequeño Dan, quien, mientras observaba la escena con distancia desde la cocina, se vio de rodillas con la cabeza en el regazo de Carmella. El otro cocinero —el jefe de cocina o chef, Tony Molinari— se mantenía algo alejado del resto, con el brazo en torno a los estrechos hombros del muchacho de la edad de Ángel poco más o menos. (Era el mozo de comedor, descubriría Danny enseguida; el de mozo de comedor sería el primer empleo de Danny en el Vicino di Napoli). Pero en ese preciso y luctuoso momento, Daniel Baciagalupo asimiló a distancia todo el cuadro vivo. Empezaría a escribir en primera persona, como tantos escritores jóvenes, y la atormentada primera frase de una de sus novelas iniciales remitiría (en parte) a esta escena, prácticamente una Pietá, de aquel domingo de abril en el Vicino di Napoli. En palabras del propio autor novel: «Pasé a ser miembro de una familia con la que no tenía lazos de parentesco mucho antes de saber apenas algo de mi propia familia, o del dilema al que mi padre se había enfrentado en mi tierna infancia».

«Deshaceos del Baciagalupo», había escrito Ketchum a ambos. «Por si acaso Cari

va a buscaros, vale más que cambiéis de apellido, para mayor seguridad». Pero Danny se negó. Daniel Baciagalupo se enorgullecía de su apellido; incluso experimentaba cierto orgullo rebelde por la historia del apellido, que su padre le había contado. Después de tantos años oyendo cómo le llamaban «espagueti» y «macarroni» los niños de West Dummer, el pequeño Dan tenía la sensación de que se había ganado el apellido a pulso. Ahora, en el North End (un barrio italiano), ¿por qué iba a querer deshacerse del Baciagalupo? Además, el vaquero —si es que aparecía— andaría buscando a un Dominic Baciagalupo, no a un Daniel.

Dominic no sentía lo mismo con respecto a su apellido. Para él, Baciagalupo siempre había sido un nombre inventado. Al fin y al cabo, se lo había puesto Nunzi: él había sido su Beso de Lobo, cuando en realidad habría sido más lógico ser un Saetta, cosa que medio era, o que su madre lo hubiera llamado Capodilupo, aunque sólo fuese para avergonzar al irresponsable de su padre. («Gennaro, ese inútil de mierda», como aludiría más adelante el viejo Joe Polcari al mozo de comedor proclive al coqueteo, despachado por él y desaparecido, a saber dónde). Y Dominic habría podido elegir entre muchos apellidos. Todos los miembros de la enorme familia de Annunziata querían que fuese un Saetta, en tanto que los innumerables sobrinos y sobrinas de Rosie —por no hablar ya de la familia más inmediata de su difunta esposa— querían que fuese un Calogero. Dominic no cayó en esa trampa; enseguida vio lo insultados que se sentirían los Saetta si adoptaba el apellido Calogero, y viceversa. El apodo de Dominic en el Vicino di Napoli, donde enseguida entraría como aprendiz del jefe de cocina, Tony Molinari, y del pizzero, Paul Polcari, sería Gambacorta —«Pierna Corta», una alusión cariñosa a su cojera—, que pronto quedaría abreviado en Gamba («Pierna» a secas). Pero Dominic decidió que, fuera de su vida en el restaurante, ni Gambacorta ni Gamba eran apellidos apropiados, no para un cocinero.

—¿Y qué tal Bonvino? —propondría el viejo Giusé Polcari. (Significaba «Buen Vino», pero Dominic no bebía). Buonopane («Buen Pan») sería la recomendación de Tony Molinari, en tanto que Paul Polcari, el pizzero, se pronunció por Capobianco («Cabeza Blanca»), habida cuenta de que, normalmente, Paul estaba todo cubierto de blanco debido a la harina. Pero tales apellidos eran demasiado cómicos para un hombre de la seriedad de Dominic.

Durante su primera noche en el North End, Danny podría haber vaticinado el nuevo apellido que escogería su padre. Cuando padre e hijo acompañaron a la viuda Del Popólo a la casa de vecinos de Charter Street —Carmella vivía en un apartamento de dos habitaciones y cocina en un edificio de obra vista sin ascensor cerca de los baños viejos y del cementerio de Copps Hill; no había más agua caliente que la que ella calentaba en su fogón de gas—, el pequeño Dan previó el futuro de su padre lo suficiente para adivinar que Dominic Baciagalupo no tardaría en ocupar el lugar del pescador ahogado, tanto es así que, como Carmella descubriría con satisfacción, Dominic podía ponerse la ropa del desventurado pescador, por ser

ambos hombres de complexión menuda, como también lo era Danny, quien pronto heredaría la ropa de Ángel. Como es natural, padre e hijo necesitaban un atuendo más urbano; en Boston la gente no vestía como en Coos County. Así pues, no supuso una sorpresa para Danny Baciagalupo, quien contra el consejo de Ketchum no cambió (en un principio) de apellido, que su padre acabase siendo Dominic del Popólo (al fin y al cabo, era un cocinero «del pueblo»), aunque no aquella primera noche en el North End.

En la cocina. Carmella tenía una bañera más grande que la mesa, provista ya de las tres sillas necesarias. En el fogón de gas había dos enormes ollas de pasta con agua, siempre caliente pero sin llegar a hervir. Carmella casi nunca guisaba en su cocina; mantenía el agua caliente para sus baños. Pese a ser una mujer que vivía en una casa de vecinos sin agua caliente, era muy limpia y olía de maravilla; con la ayuda de Ángel, había conseguido pagar los recibos del gas. Por aquel entonces, en el North End, la oferta de empleo a jornada completa para jóvenes de la edad de Ángel era escasa. Para jóvenes fuertes había más empleo a jornada completa en el norte, en Maine y New Hampshire, pero allí el trabajo podía ser peligroso, como el pobre Ángel había descubierto.

Danny y su padre se sentaron con Carmella a la pequeña mesa de la cocina mientras ella se deshacía en llanto. El niño y su padre le contaron a la llorosa madre anécdotas sobre su hijo ahogado; como es natural, algunas de las anécdotas los llevaron a hablar de Ketchum. Cuando Carmella agotó temporalmente las lágrimas, los tres, ahora famélicos, regresaron al Vicino di Napoli, que los domingos por la noche sólo servía *pizzas* y platos de pasta rápidos. (Los domingos, en aquellos tiempos, la comida del mediodía era la principal para la mayoría de los italianos). Y el domingo el restaurante cerraba temprano; los cocineros preparaban una cena para el personal después de marcharse los clientes vespertinos. Casi todas las demás noches el restaurante abría hasta una hora bastante avanzada, y los cocineros comían y daban de comer al personal a primera hora de la tarde, antes de preparar la cena.

El anciano propietario y maître preveía el regreso de los tres; habían juntado cuatro de las pequeñas mesas y puesto ya cubiertos para ellos. Comieron y bebieron como en un velatorio, parando de vez en cuando sólo para llorar —todos lloraron menos el pequeño Dan— y brindar por el chico muerto a quien todos querían, aunque ni Danny ni su padre probaron una sola gota de vino. Se oyeron los reiterados avemarías, muchos al unísono, pero no había a la vista ningún ataúd abierto, ni se quedó nadie en vela rezando. Dominic aseguró a los dolientes que Ketchum sabía que Ángel era italiano; el gancho ya habría organizado «algo católico» con los francocanadienses. (Danny lanzó una mirada a su padre, porque los dos sabían que el leñador no habría hecho nada semejante; Ketchum habría mantenido todo lo católico y a los francocanadienses lo más lejos posible de Ángel). Ya era tarde cuando Tony Molinari preguntó a Dominic dónde iban a pasar la noche Danny y él; sin duda, a esas horas no querían volver en coche hasta el norte de New Hampshire. Como

Dominic le había dicho a Ketchum, no le gustaban las apuestas —ya no—, pero confiaba en quienes lo acompañaban en ese momento y (para sorpresa suya y de Danny) les contó la verdad.

—No podemos volver; somos fugitivos —declaró Dominic. Ahora le tocaba llorar a Danny: las dos jóvenes camareras se apresuraron a ofrecer consuelo al niño.

—No sigas, Dominic: no necesitamos saber por qué huis ni de quién —exclamó el viejo Polcari—. Con nosotros estáis a salvo.

—No me sorprende, Dominic. A la vista está que te has peleado con alguien —dijo Paul, el pizzero, dándole una palmada en el hombro al cocinero con la mano enharinada y actitud comprensiva—. Ese labio tiene mala pinta; aún sangra, ¿sabes?

—Puede que necesite unos puntos —dijo Carmella al cocinero con sincera preocupación.

Pero Dominic desechó la sugerencia con un cabeceo; no dijo nada, pero todos los presentes vieron gratitud en la tímida sonrisa del cocinero. (Danny lanzó otra mirada a su padre, pero el niño no cuestionó las razones de su padre para abstenerse de explicar las circunstancias de su herida en el labio; el hecho de que padre e hijo fuesen fugitivos no guardaba relación alguna con la dudosa personalidad y el comportamiento aberrante de Pam la Seis Jarras).

—Podéis venir a mi casa —propuso Tony Molinari a Dominic.

—Vendrán a la mía —dijo Carmella a Molinari—. Tengo una habitación disponible.

Su ofrecimiento era incontestable, porque se refería a la habitación de Ángel; sólo de mencionar la habitación, Carmella rompió a llorar otra vez. Cuando Danny y su padre la acompañaron de nuevo al apartamento sin agua caliente de Charter Street, les dijo que ocuparan la cama grande, en su propia habitación. Ella dormiría en la cama individual de la habitación de su difunto Angelú.

La oirían llorar hasta dormirse o, mejor dicho, mientras intentaba dormirse. Ya duraba el llanto largo rato cuando el pequeño Dan susurró a su padre:

—Tal vez deberías ir con ella.

—No estaría bien, Daniel. Es a su hijo a quien echa de menos; creo que deberías ir tú.

Danny Baciagalupo fue a la habitación de Ángel, donde Carmella tendió los brazos al niño, y él se metió en la estrecha cama a su lado. «Angeluuu», le susurró al oído hasta que por fin la venció el sueño. Danny no se atrevió a levantarse de la cama por temor a despertarla. Permaneció allí tumbado, entre sus brazos cálidos, percibiendo aquel agradable olor a limpio, hasta que también él concilio el sueño. Había sido un día largo y violento para el niño de doce años —contando los dramáticos sucesos de la noche anterior, por supuesto—, y el pequeño Dan debía de estar cansado.

¿No contribuiría incluso esa manera de conciliar el sueño al hecho de que Danny llegase a ser escritor? La noche del mismo día que había matado a la lavaplatos india

de casi ciento cincuenta kilos, que casualmente era amante de su padre, Daniel Baciagalupo se encontraría en el cálido abrazo de la viuda Del Popólo, la voluptuosa mujer que pronto sustituiría a Jane la Piel Roja en la nueva vida de su padre, la vida triste pero (de momento) en curso de su padre. Aunque con el tiempo el escritor reconocería la casi simultaneidad de esos trascendentales sucesos, relacionados pero dispares —gracias a esta clase de incidentes avanza una narración—, cuando dejó de estar consciente entre el dulce aroma de los brazos de Carmella, el niño extenuado sólo pensaba: ¿hasta qué punto esto es una coincidencia? (Era demasiado joven para saber que en cualquier novela con una razonable dosis de prefiguración no había coincidencias). Quizá las fotografías de su madre muerta bastaban para hacer del pequeño Dan un escritor; del pabellón-cocina de Twisted River sólo había podido llevarse unas cuantas, y echaría de menos los libros entre cuyas páginas conservaba sus fotos para que no se arrugasen, en especial aquellas novelas que contenían párrafos subrayados por Rosie. Los propios párrafos, junto con las fotos, permitían al niño imaginarse mejor a su madre. El intento de recordar esos retratos abandonados era también una forma de imaginársela.

Sólo unas pocas de las fotografías que Danny se había llevado a Boston eran en color, y su padre le había dicho que las fotos en blanco y negro eran en cierto modo «más fieles» a lo que Dominic llamaba «el azul letal de sus ojos». (¿Por qué «letal»? se preguntaba el aspirante a escritor. ¿Y cómo era posible que esos retratos en blanco y negro fuesen más fieles a los ojos azules de su madre que las habituales fotografías en color de Kodak?). Rosie tenía el pelo castaño oscuro, casi negro, pero la piel sorprendentemente clara, y unas facciones muy angulosas, de aspecto frágil, por lo que parecía aún más chiquita de lo que en realidad era. Cuando el pequeño Dan conociese a todos los Calogero —entre ellos a las hermanas menores de su madre—, vería que dos de las tías eran menudas y bonitas, como su madre en las fotografías, y que la menor (Filomena) también tenía los ojos azules. Pero Danny advertiría que si bien él no podía evitar quedarse embobado mirando a Filomena —debía de tener más o menos la misma edad que la madre del niño cuando murió (entre veinticinco y treinta años, según los cálculos de Danny)—, su padre se apresuró a afirmar que los ojos de Filomena no eran del mismo azul que los de su madre. (No tan «letal», quizá, podía suponer sólo el niño). El pequeño Dan también advertiría que su padre rara vez le dirigía la palabra a Filomena; Dominic casi parecía descortés con ella, porque ponía todo su empeño en no mirarla y nunca hacía comentario alguno acerca de su vestimenta.

En tanto que escritor, ¿empezó a fijarse Daniel Baciagalupo en esos detalles definitorios? ¿Había percibido ya lo que podía describirse como una pauta de comportamiento cuando su padre se había sentido atraído primero por Jane la Piel Roja y después por Carmella del Popólo, ambas corpulentas, de ojos oscuros, tan distintas de Rosie Calogero como podía imaginar el niño de doce años? Porque si Rosie había sido para su padre verdaderamente el amor de su vida, ¿acaso no se

privaría Dominic ex profeso de todo contacto con cualquier mujer mínimamente parecida a ella?

De hecho, un día Ketchum acusaría al cocinero de mantener una fidelidad antinatural a Rosie eligiendo a mujeres que eran en extremo distintas de ella. Danny debía de haber escrito a Ketchum hablándole de Carmella, y probablemente el niño comentó que era grande, ya que el cocinero se había cuidado muy mucho —en sus cartas a su viejo amigo— de hacer referencias a las dimensiones de su nueva novia, o al color de sus ojos. Dominic apenas contaría nada a Ketchum acerca de la madre de Ángel y su incipiente relación con ella. Dominic ni siquiera contestaría a la carta acusadora de Ketchum, pero el cocinero estaba indignado por las críticas del maderero acerca de su aparente gusto en cuestión de mujeres. En aquella época, Ketchum seguía con Pam la Seis Jarras, ¡hablando de mujeres distintas a la Prima Rosie!

Para recordar a Pam, Dominic sólo tenía que mirarse en el espejo, donde la cicatriz en el labio inferior se le veía claramente todavía mucho tiempo después de la noche que lo agredió la Seis Jarras. A Dominic del Popólo, nacido Baciagalupo, le sorprendería que Ketchum y la Seis Jarras durasen mucho tiempo como pareja. Sin embargo, iban a aguantar juntos unos cuantos años más de los que Dominic había estado con Jane la Piel Roja, e incluso un poco más de lo que el cocinero conseguiría quedarse con Carmella del Popólo, la corpulenta pero adorable madre de Ángel.

La primera mañana que padre e hijo amanecieron en Boston, ambos se despertaron con los cautivadores sonidos de Carmella mientras se bañaba en su pequeña cocina. Por respetar la intimidad de la mujer, Dominic y el pequeño Dan se quedaron en sus camas mientras Carmella realizaba sus abluciones, muy tentadoras al oído; sin ellos saberlo, había añadido al fogón una tercera y una cuarta ollas llenas de agua, y pronto éstas llegarían casi al punto de ebullición.

—¡Hay agua caliente de sobra! —anunció a voz en grito—, ¿quién quiere darse el siguiente baño?

Como el cocinero ya se había planteado la duda de si cabría, aunque fuese con apreturas, en la enorme bañera junto a Carmella del Popólo, Dominic, un tanto insensible, propuso que Daniel y él compartieran el baño —se refería al agua de la bañera—, idea que al niño de doce años se le antojó repulsiva.

—¡No, papá! —replicó el niño a voz en cuello desde la estrecha cama de la habitación de Ángel.

Oyeron a Carmella mientras la pesada mujer se erguía, goteante, en la bañera.

—Conozco a los chicos de la edad de Danny: ¡necesitan cierta intimidad! —dijo ella.

Sí, pensó el pequeño Dan, sin comprender en toda su magnitud que pronto necesitaría más intimidad respecto a su padre y Carmella. A fin de cuentas, Danny se acercaba ya a la adolescencia. Si bien no vivieron juntos por mucho tiempo en el piso sin agua caliente de Charter Street, con la gran bañera en la cocina y el retrete

absurdamente pequeño (con una cortina en lugar de puerta) —el llamado WC contenía sólo un inodoro y un diminuto lavabo con un espejo encima—, el apartamento al que se mudaron no era mucho mayor, ni proporcionaba la mitad de la intimidad que necesitaba Daniel Baciagalupo ya en la adolescencia, pese a disponer de agua caliente. Era otro edificio sin ascensor en lo que un día se conocería como Wesley Place —un callejón junto al Cafre Vittoria—, y además de dos habitaciones tenía un baño completo con bañera y ducha (y una puerta de verdad), y en la cocina cabía una mesa con seis sillas.

Así y todo, los dormitorios eran contiguos; en el North End no podían permitirse nada comparable a la amplitud de la planta superior del pabellón-cocina de Twisted River. Y Danny era ya demasiado mayor para no identificar los esfuerzos de su padre y Carmella por hacer el amor en silencio, y más después de haber oído y visto el niño, con su excitable imaginación, a su padre y Jane la Piel Roja mientras lo hacían.

El cocinero y Carmella, con el pequeño Dan cada vez más consciente de su papel como sustituto de Ángel, consiguieron una organización doméstica aceptable, aunque no duraría. Pronto llegaría la hora de que el adolescente pusiera cierta distancia entre él y su padre, y Danny, conforme crecía, se sentía más incómodo por otro problema.

Si antes había padecido de un estado de excitación presexual, inspirado primero por Jane y luego por Pam la Seis Jarras, el adolescente no podía encontrar alivio a su deseo cada vez más profundo por Carmella del Popólo, el «reemplazo de la Piel Roja» para su padre, como la definió Ketchum. La atracción de Danny por Carmella era una cuestión más perturbadora que los problemas de intimidad.

«Tienes que largarte», escribiría Ketchum al joven Dan, aunque al niño en realidad le gustaba su vida en el North End. De hecho, le encantaba, sobre todo en comparación con la vida que había llevado en Twisted River, concretamente en el colegio de la Compañía Manufacturera Paris.

El colegio Michelangelo apenas tuvo en cuenta la formación que Danny Baciagalupo había recibido entre aquellos holgazanes a orillas del Phillips Brook, los tarados de West Dummer, como los llamaba Ketchum. La dirección del Mickey obligó a Danny a repetir curso; les llevaba un año a la mayoría de sus compañeros de clase. En séptimo, cuando el aspirante a escritor le mencionó por primera vez a su profesor de lengua, el señor Leary, la idea de Exeter que Ketchum le había inspirado, el irlandés ya consideraba a Danny Baciagalupo entre sus mejores alumnos. Cuando el chico cursaba octavo, era de lejos el predilecto del señor Leary.

Varios antiguos alumnos del señor Leary habían proseguido su formación en el Boston Latin. Unos cuantos habían estudiado en el Roxbury Latin, que en opinión del viejo irlandés era un colegio anglosajón un tanto pretencioso. Dos discípulos del señor Leary habían ido a Milton, y uno a Andover, pero nadie de los cursos de lengua del señor Leary había llegado a Exeter; estaba más alejado de Boston que esos otros buenos colegios, y el señor Leary sabía que era una excelente escuela. ¿Podría ser un blasón para el señor Leary si aceptaban a Danny Baciagalupo en Exeter?



El señor Leary vivía mortificado por la mayoría de los de más chicos de séptimo y octavo del Mickey Cabe destacar que Danny no se sumaba a las burlas de que era blanco su profesor, porque las burlas —y otras formas más ásperas de acoso— le recordaban su experiencia escolar en París.

El señor Leary presentaba la rubicundez propia de la bebida; tenía la nariz en forma de patata, viva imagen del supuesto alimento base en la dieta de sus paisanos. Por encima de las orejas le asomaban alborotados mechones de cabello cano, como el pelaje de un animal, pero por lo demás el señor Leary estaba calvo y tenía una pronunciada hendidura en lo alto de la cabeza. Semejaba una lechuza parcialmente desplumada. «De niño», contaba el señor Leary a todos sus alumnos, «recibí un golpe en la cabeza con un diccionario no abreviado, lo que sin duda inculcó en mí un desbordante amor por las palabras». Los niños de séptimo y octavo lo llamaban «O», porque el señor Leary se había quitado la «O'» antepuesta al apellido. Estas buenas piezas escribían interminables «O» en la pizarra cada vez que el señor Leary salía del aula. Lo llamaban «¡O!», pero sólo a sus espaldas.

Danny no alcanzaba a entender por qué eso atormentaba tanto al antiguo señor O'Leary, y tampoco concedía la menor importancia a que su profesor se hubiese quitado la «O» del apellido. (Allí estaba, sin ir más lejos, Ángel Pope y todo lo que se había quitado. ¿Acaso pensaban los niños italianos que sólo los irlandeses intentaban de vez en cuando desfigurar su origen étnico?). Pero la principal razón del señor Leary para considerar a Daniel Baciagalupo tan excelente alumno era que al chico le encantaba escribir, y escribía y escribía. En las clases de séptimo y octavo en el Mickey, el señor Leary no había visto jamás cosa semejante. El chico parecía poseído, o como mínimo obsesionado.

Cierto que, con relativa frecuencia, el señor Leary encontraba perturbadora la lectura de lo que el joven Dan escribía, pero sus relatos —muchos de ellos traídos por los pelos, la mayoría violentos, y todos con una cantidad indebida de contenido sexual, por completo inapropiado para un adolescente— estaban siempre bien escritos y eran de una gran claridad. El muchacho sencillamente tenía un don para la narración; el señor Leary sólo deseaba ayudarlo a dominar la gramática, así como el resto de la mecánica de la redacción. En Exeter, según había oído el señor Leary, eran muy puntillosos con la gramática. Para ellos, la redacción era una cuestión práctica: uno tenía que escribir a diario, sobre cualquier cosa.

Cuando el señor Leary escribió a la secretaría de ingresos de Exeter, se abstuvo de mencionar el tema central de la escritura creativa del joven Dan. En todo caso Exeter no tenía gran interés en la llamada escritura creativa; allí, suponía el señor Leary, el ensayo se llevaba la palma. Y el colegio Michelangelo, donde Daniel Baciagalupo era un alumno tan excepcional, se hallaba en un barrio de italoamericanos. (El señor Leary se cuidó muy mucho de usar la palabra «inmigrante», pese a que eso era en esencia lo que quería decir). Esa gente era proclive a la pereza y la exageración, deseaba que supiesen en Exeter el señor Leary.

El joven Baciagalupo era «distinto a los demás».

Si uno juzgaba por lo que contaban la mayoría de esos italianos, sostenía el señor Leary, sacaba la impresión de que todos habían convivido con las ratas (y otras horrendas circunstancias) en la bodega de los barcos que los traían a América, y que todos eran huérfanos al llegar, o como mínimo habían desembarcado solos en los muelles, sin nada más que unas miserables liras en los bolsillos. Y si bien muchas de las adolescentes eran hermosas, se convertirían sin remedio en mujeres gordas; eso se debía a la pasta y a su desaforado apetito. Este último, sospechaba el señor Leary, no se reducía a los abusos con la comida. En honor a la verdad, debía decirse que esos italianos no eran tan trabajadores como los inmigrantes anteriores, los hacendosos irlandeses. Y si bien el señor Leary no se expresó en estos términos exactamente al ponerse en contacto con la secretaría de ingresos de Exeter, sí transmitió no pocos de sus prejuicios a la par que entonaba su loa a las aptitudes y la personalidad de Daniel Baciagalupo, amén de hacer referencia a las «dificultades» que había arrostrado y vencido el muchacho «en su casa».

Tenía un único progenitor, «un cocinero poco comunicativo», como lo describió el señor Leary. Dicho cocinero vivía con una mujer a quien el señor Leary presentó como «una viuda que ha padecido múltiples tragedias». En suma, si alguna vez había existido un candidato merecedor de la envidiable posición de becario en Exeter, ése era Daniel Baciagalupo. Muy sagazmente, el señor Leary no sólo era consciente de sus prejuicios; deseaba asimismo hacer partícipe de esos prejuicios a Exeter. Pretendía crear la impresión de que el North End de Boston era un lugar del que debía rescatarse a Danny. El señor Leary quería que alguien de Exeter visitase el colegio Michelangelo, aunque ello implicara presenciar la falta de respeto con que se trataba allí al señor Leary. Sin duda, si el responsable de becas conocía a Daniel Baciagalupo en compañía de aquellas buenas piezas del Mickey —y, no menos vital, si veía al aspirante a escritor en el contexto de aquel bullicioso restaurante de barrio donde trabajaban tanto el padre del chico como la trágica viuda—..., en fin, saltaría a la vista lo mucho que destacaba Danny Baciagalupo. Y el chico destacaba, en efecto, pero el joven Dan habría destacado en cualquier sitio —no sólo en el North End—, aunque eso el señor Leary se lo calló. Aun así, como pudo comprobarse, había dicho más que suficiente.

Su carta surtió el efecto deseado. «¡Anda que éste!», debió de decir (refiriéndose al señor Leary con su cúmulo de prejuicios) el primero que la leyó en la secretaría de ingresos de Exeter. La carta pasó a manos de otro lector, y otro más; probablemente muchas personas en Exeter leyeron la carta, entre ellas el mismísimo «responsable de las becas» a quien el señor Leary tenía en mente desde el principio.

Y sin duda esa persona dijo: «Esto tengo que verlo», refiriéndose no sólo al Mickey y al señor Leary, sino también a las desfavorecidas circunstancias de la vida italoamericana de Daniel Baciagalupo.

Eran muchas las cosas que el señor Leary se callaba. ¿Qué necesidad tenían en

Exeter de conocer la desmedida imaginación del muchacho? ¿Qué era lo que le ocurría al padre en aquel relato? Lo había dejado cojo (tullido para siempre) un oso —el oso se le había comido un pie a su padre—, pero el hombre, aún mutilado, había conseguido, a saber cómo, ahuyentar al oso a sartenazos. Este mismo hombre mutilado perdió a su esposa en un accidente durante un baile de figuras. El baile de figuras tenía lugar al aire libre, en un muelle, y el muelle se hundió, y se ahogaron cuantos bailaban en él. ¡El hombre que había perdido el pie en el ataque del oso se libró porque no podía bailar! (Se conformaba con mirar de lejos, si el señor Leary recordaba bien el relato. Eran historias descabelladas, pero bien escritas, muy bien escritas). Para colmo, esa misma familia ficticia tenía un amigo que había sufrido lesiones cerebrales a manos de un policía corrupto. La víctima era un leñador inverosímil; «inverosímil» a juicio del señor Leary, porque se describía a dicho leñador como un gran lector. Más improbable aún, ¡a causa de la monumental paliza había perdido la capacidad de leer! ¡Y qué decir de las mujeres de los relatos de Daniel Baciagalupo!... Alabado sea Dios, pensaba el señor Leary.

Salía una nativa de una tribu india local; el relato sobre el hombre mutilado estaba ambientado en los confines mis septentrionales de New Hampshire e incluía un salón de baile donde no se bailaba. («Vamos, hombre», había pensado el señor Leary al leer el relato, ¿qué sentido tenía eso?). Pero el relato estaba bien escrito, como siempre, y la india pesaba ciento cincuenta o doscientos kilos, y el pelo le llegaba hasta la cintura; como consecuencia de esto, ¡un niño retrasado (el hijo del hombre atacado por el oso) confundía a la india con otro oso! El infeliz retrasado pensó, de hecho, que justo el mismo oso había regresado para comerse el resto de su padre, cuando en realidad era la mujer india, que mantenía relaciones sexuales con el tullido, en lo que, sólo pudo imaginar el señor Leary, debía de ser la posición «superior».

Pero cuando el profesor comentó a Danny esta circunstancia («Deduzco que la mujer india estaba en la..., esto, bueno..., la posición “superior”»), el chico lo miró con cara de incompreensión. El joven escritor no lo había entendido bien.

«No, sólo estaba encima», había contestado Danny al señor Leary. El profesor desplegó una sonrisa de adoración. A ojos del señor Leary, Daniel Baciagalupo era un genio en formación; el niño prodigio no podía hacer nada mal.

No obstante, lo sucedido a la india obesa era horrendo. ¡Había muerto a manos del niño retrasado, que la había golpeado precisamente con la misma sartén utilizada por su padre como arma contra el oso! Las dotes descriptivas del joven Baciagalupo llegaron quizás al sùmmum cuando plasmó la postura en reposo de la india muerta y desnuda. El considerado padre se apresuró a tapar la entrepierna descubierta de la mujer con una almohada, tal vez para ahorrar a su trastornado hijo más malentendidos. Pero el niño retrasado ya había visto más de lo que su limitada inteligencia podía abarcar. Durante años viviría obsesionado por la visión de los enormes pechos de la víctima: cómo se habían desmoronado sin vida en los huecos de las axilas. ¿Cómo se le ocurrían continuamente al muchacho detalles así?, se

preguntaba el señor Leary. (El señor Leary también se obsesionaría con la india muerta y desnuda). Pero ¿por qué mencionar a Exeter esos elementos cuestionables de la imaginación del chico que habían inquietado incluso al señor Leary? Esos detalles extremos eran simples caprichos que algún día el escritor más maduro dejaría atrás. Sin ir más lejos, la mujer que vestía una camisa de franela de hombre, sin sujetador... ¡Ésta había violado al niño retrasado, y lo había hecho después de consumir seis jarras de cerveza una tras otra! ¿Qué necesidad tenían en Exeter de saber algo de esa mujer? (Ojalá el señor Leary pudiera olvidarla). O la mujer de una de las casas de vecinos sin agua caliente de Charter Street, cerca de los baños y del cementerio de Copps Hill: por lo que el señor Leary recordaba, también tenía los pechos bastante grandes. Eso era en otro relato de Baciagalupo, y la mujer de Charter Street aparecía como la madrastra del niño retrasado, el mismo niño de aquel relato anterior, pero ya no lo definía como «retrasado». (En el nuevo relato, se describía al niño como «trastornado a secas»). El padre del pie devorado tenía confusas pesadillas, protagonizadas tanto por el oso como por la india muerta. Dada la voluptuosidad de la madrastra del niño trastornado, el señor Leary sospechaba que el padre sentía una anómala atracción por las mujeres obesas; aunque, lógicamente, era muy posible que el joven escritor encontrara él mismo fascinantes a las mujeres grandes. (El propio señor Leary empezaba a sentir esa inoportuna fascinación por dichas mujeres). Y la madrastra era italiana, lo que sirvió de acicate a los prejuicios del señor Leary; buscó indicios de pereza y exageración en la mujer, y encontró (para enorme satisfacción suya) un ejemplo perfecto de los «desaforados apetitos», mencionados ya antes, que el señor Leary atribuía desde hacía tiempo a las italianas. La mujer se bañaba en exceso.

Tal era su excéntrica devoción por esos baños que una descomunal bañera se erigía en el centro de la minúscula cocina del piso sin agua caliente, donde cuatro ollas para pasta hervían a fuego lento a todas horas: el agua para sus baños se calentaba en el fogón de gas. La ubicación de la bañera creaba todo un problema de intimidad al hijastro trastornado de la caprichosa mujer, induciéndolo a abrir un orificio en la puerta de su dormitorio, que daba a la cocina.

¿Qué otros trastornos engendraría en el niño ese hábito de espiar a su madrastra desnuda?... En fin, el señor Leary no podía por menos de imaginarlo. Y puestos a hablar de la inventiva del joven Baciagalupo para los detalles, cuando la voluptuosa mujer se afeitaba los sobacos, dejaba sin afeitar expresamente una porción triangular de vello (en un sobaco), «como la perilla meticulosamente recortada de un elfo», había escrito el joven Dan.

—¿En qué axila? —había preguntado el señor Leary al escritor principiante.

—La izquierda —contestó Danny sin el menor titubeo.

—¿Por qué la izquierda y no la derecha? —quiso saber el profesor de lengua.

El joven Baciagalupo se quedó pensativo, como si tratase de recordar una secuencia de sucesos un tanto complicada.

—Ella es diestra —respondió Danny—. Maneja peor la cuchilla con la mano izquierda. Se afeita la axila derecha con la mano izquierda —explicó a su profesor.

—También éstos son buenos detalles —comentó el señor Leary—. Opino que deberías incluir esos detalles en el relato.

—De acuerdo, lo haré —convino el joven Dan; el señor Leary le inspiraba simpatía, y hacía cuanto estaba en sus manos por proteger a su profesor de lengua de los tormentos de los otros chicos.

Los otros chicos no importunaban a Danny. En el Mickey había abusones, claro está, pero no eran tan bragados como los matones de la Compañía Manufacturera Paris. Si un abusón del North End causaba el menor problema a Danny Baciagalupo, el joven Dan se lo decía a sus primos mayores, y sanseacabó. El abusón recibía una buena tunda de un Calogero o un Saetta; los primos mayores también habrían podido dar una buena tunda a los tarados de West Dummer.

Danny sólo enseñaba sus textos al señor Leary. El chico escribía a Ketchum cartas tirando a largas, sí, pero estas cartas no eran ficción; nadie en su sano juicio inventaría una historia e intentaría endosársela a Ketchum. Además, el joven Dan necesitaba a Ketchum para dar rienda suelta a sus sentimientos. Muchas de las cartas a Ketchum empezaban: «Ya sabes lo mucho que quiero a mi padre, lo digo de todo corazón, pero...», y así sucesivamente.

De tal palo tal astilla: el cocinero había ocultado cosas a su hijo, y Danny (sobre todo en séptimo y octavo) tenía una edad en la que suelen ocultarse ciertas cosas. Tenía trece cuando empezó séptimo y conoció al señor Leary; el joven Baciagalupo tenía quince al acabar octavo. Tenía catorce y quince años cuando enseñó a su profesor de lengua los relatos que se inventaba de manera cada vez más compulsiva.

Pese a los celos del señor Leary en cuanto al tema central —refiriéndose, más que nada, al contenido sexual—, aquel viejo irlandés, un verdadero pozo de ciencia, sólo dirigía palabras de encomio a su alumno predilecto. El joven Baciagalupo sería escritor; en la cabeza del señor Leary no cabía la menor duda al respecto.

El profesor de lengua cruzó los dedos ante la posibilidad de Exeter; si aceptaban al chico, el señor Leary esperaba que el colegio, estricto como era, consiguiese rescatar al joven Baciagalupo de los aspectos más objetables de su imaginación. En Exeter tal vez la mecánica de la redacción requeriría tal atención y tal cantidad de tiempo que Danny se convertiría en un escritor más intelectual. (¿Refiriéndose a qué exactamente? ¿A un escritor no tan creativo?). El propio señor Leary no tenía del todo claro a qué se refería con la nebulosa idea de que quizá Danny, al convertirse en un escritor más intelectual, pasara a ser menos creativo —si es que era eso lo que el señor Leary pensaba—, pero el profesor tenía buenas intenciones. El señor Leary sólo quería lo mejor para el joven Baciagalupo, y si bien jamás criticaría una palabra escrita por el joven Dan, el viejo profesor de lengua se aventuró a hacerle una recomendación audaz. (En fin, tampoco era una recomendación tan audaz; es sólo que al señor Leary le parecía audaz). Esto sucedió en octavo, poco antes de la

temporada del barro —en marzo de 1957—, cuando Danny acababa de cumplir quince años, y el chico y su profesor esperaban noticias de Exeter. La antedicha «recomendación audaz» del señor Leary induciría a Daniel Baciagalupo (años después) a escribir su propia versión de la periódica afirmación de Ketchum.

«¡Las putas siempre llegan en la temporada del barro!», se quejaba Ketchum con regularidad, refutando en apariencia el hecho de que el cocinero y su querida prima Rosie se casaran en la temporada del barro, y el joven Dan naciera poco antes. (En Boston, claro está, no había una auténtica temporada del barro).

—¿Danny? —preguntó el señor Leary, titubeante, casi como si no supiera si ése era el nombre del chico—. Con el tiempo, como escritor, es posible que quieras plantearte la posibilidad de usar un nom de plume.

—¿Un qué? —preguntó el chico de quince años.

—Un seudónimo. Algunos escritores eligen otro nombre en lugar de publicar con el suyo propio. En francés se llama a eso nom de plume —explicó el profesor al chico. El señor Leary sintió que el corazón le subía a la garganta, porque el joven Baciagalupo reaccionó de pronto como si lo hubiera abofeteado.

—Quiere decir que me deshaga del Baciagalupo —repuso Danny.

—Es sólo que hay nombres más fáciles de pronunciar y de recordar —explicó el señor Leary a su alumno predilecto—. He pensado que, como tu padre cambió de apellido, y la viuda Del Popólo no ha pasado a llamarse Baciagalupo, ¿verdad que no?... En fin, simplemente he imaginado que quizá tú tampoco sintieras mucho apego por el apellido Baciagalupo.

—Siento mucho apego por mi apellido —replicó el joven Dan.

—Sí, ya veo; siendo así, ¡debes aferrarte a ese apellido a toda costa! —contestó el señor Leary con sincero entusiasmo. (Se sentía fatal; no había sido su intención ofender al chico).

—Creo que Daniel Baciagalupo es un buen nombre para un escritor —dijo a su profesor el resuelto chico de quince años—. Si escribo buenos libros, ¿no se tomarán los lectores la molestia de acordarse de mi nombre?

—¡Claro que sí, Danny! —exclamó el señor Leary—. Perdóname eso del nom de plume. Ha sido una falta de consideración por mi parte.

—No se preocupe; sé que sólo quiere ayudarme —dijo el chico.

—Un día de éstos deberían llegarnos noticias de Exeter —recordó el señor Leary, nervioso; después del tropiezo del seudónimo, deseaba cambiar de tema como fuera.

—Eso espero —afirmó Danny Baciagalupo muy serio. Una expresión más pensativa había vuelto a asomar al rostro del joven Dan; ya no fruncía el entrecejo.

El señor Leary, intranquilo aún por si se había extralimitado, sabía que el chico iba a trabajar todas las tardes al Vicino di Napoli después de clase; el profesor de lengua, siempre bien intencionado, dejó marchar a Danny.

Como tantas veces después de clase, el señor Leary fue a hacer unos recados por el barrio. Aún vivía en la zona de la Universidad del Nordeste, donde se había

licenciado y había conocido a su mujer; iba en metro hasta la estación de Haymarket cada mañana, y lo cogía de nuevo para regresar a casa, pero hacía las compras (las cuatro cosas que necesitaba) en el North End. Llevaba tantos años dando clases en el Michelangelo que en el barrio lo conocían casi todos; había sido profesor de ellos o de sus hijos. Quizá se burlaran de él —al fin y al cabo era irlandés—, pero no por eso dejaban de apreciarlo, y se divertían con sus rarezas.

La tarde de su «recomendación audaz», tan poco acertada, el señor Leary se detuvo en el jardín de la iglesia San Leonardo, reconcomiéndose una vez más por la ausencia de la preposición «de»; obviamente, para el viejo profesor de lengua, la iglesia debería haberse llamado iglesia de San Leonardo. El señor Leary iba a confesarse a la iglesia de San Esteban, con «de», como Dios manda. Sencillamente le gustaba más San Esteban; se parecía más a las iglesias católicas de todas partes. San Leonardo era en cierto modo más italiana; incluso la habitual plegaria en el jardín de la iglesia estaba traducida al italiano. «Ora sonó qui. Preghiamo insieme. Dio ti ahita». («Ahora estoy aquí. Recemos juntos. Dios te ayuda»). En sus oraciones, el señor Leary rogó a Dios que ayudara a Daniel Baciagalupo a conseguir una beca integral en Exeter. Y otra cosa le disgustaba de San Leonardo desde siempre, pensó el señor Leary mientras salía del jardín. No había entrado en la iglesia; dentro había un santo de escayola, san Peregrino, con la pierna derecha vendada. El señor Leary consideraba vulgar esa escultura.

Y también prefería otra cosa de San Esteban, reflexionó el viejo irlandés: la iglesia estaba enfrente del Prado, donde se reunían los viejos para jugar a las damas cuando el tiempo lo permitía. De vez en cuando el señor Leary se quedaba un rato a jugar a las damas con ellos. Algunos de esos viejos jugaban muy bien, pero los que no habían aprendido inglés irritaban al señor Leary; para su gusto, no aprender inglés no era lo bastante americano, o era demasiado italiano.

Un antiguo alumno (ahora bombero) llamó al viejo profesor delante del cuartel de bomberos en la esquina de las calles Hanover y Charter, y el señor Leary se paró a charlar con el robusto individuo. Después, sin un orden determinado, el señor Leary pasó por la farmacia Barones a recoger un medicamento ya encargado; en la misma zona, se detuvo en Tosti's, la tienda de discos, donde de vez en cuando compraba un álbum nuevo. El único «exceso» italiano que complacía al señor Leary era la ópera; bueno, en honor a la verdad, también le complacían el café exprés servido en el Cafre Vittoria y el pastel de carne siciliano que preparaba el padre de Danny Baciagalupo en el Vicino di Napoli.

El señor Leary hizo una pequeña compra en Modern, una pastelería de Hanover. Se llevó unos cannoli para sus desayunos en casa: los cilindros de masa estaban rellenos de queso ricotta endulzado, frutos secos y fruta confitada. El señor Leary debía admitir que también esos excesos italianos le encantaban.

En Hanover Street no le gustaba mirar en dirección a Scollay Square, pese a que todos los días lectivos iba en esa dirección para coger en la estación de Haymarket el

metro de vuelta a casa. Al sur de Haymarket se hallaba el Casino Theatre, y muy cerca de la parada de metro de Scollay Square estaba el Oíd Howard. En ambos establecimientos, el señor Leary intentaba ver los nuevos espectáculos de striptease la noche del estreno, antes de que la censura viese los espectáculos e inevitablemente «metiese la tijera». Su regular asistencia a esos antros del striptease avergonzaba al señor Leary, pese a que su esposa había muerto hacía mucho tiempo. Probablemente a su esposa no le habría importado que él fuera a ver a las *strippers*, o le habría molestado menos este exceso que si hubiera vuelto a casarse, cosa que no había hecho. Aunque el señor Leary había visto actuar a algunas de estas *strippers* tantas veces que en cierto modo tenía la sensación de estar casado con ellas. Había memorizado el lunar (si es que era un lunar) de la Melones, también llamada Reina del Meneo. Lois Dufee —cuyo apellido, creía el señor Leary, estaba mal escrito— medía un metro noventa y tenía el pelo rubio oxigenado. Sally Rand bailaba con globos, y había otra bailarina que usaba plumas. Precisamente lo que veía hacer a dichas *strippers* era el tema habitual de sus confesiones en la iglesia de San Esteban, eso y la reiterada admisión de que no añoraba a su esposa, ya no. Antiguamente sí la había añorado, pero ahora la añoranza —al igual que su esposa— también lo había abandonado.

Conforme a una costumbre contraída en fecha relativamente cercana —desde que había escrito a Exeter—, cada día lectivo, antes de marcharse del North End, volvía a pasar por el Michelangelo para ver si había algo en el buzón. Mientras revisaba el correo, que había llegado a última hora del día, se decía para sus adentros que tenía otra cosa que confesar en San Esteban, ya que le pesaba como un pecado haber planteado al joven Baciagalupo por la conveniencia de utilizar un nom de plume. Aun así, ¡qué buen nombre habría sido Daniel Leary para un escritor!, pensaba el viejo irlandés. En ese momento vio el sobre gris perla con el membrete carmesí, ¡y qué elegancia la de aquel membrete!

#### ACADEMIA PHILLIPS EXETER

«Para que veas que Dios existe», pensó el señor Leary. Jamás una plegaria dicha en un camposanto caía en saco roto, ni siquiera en el jardín ultraitaliano de San Leonardo. «Dios te ayuda: Dio ti ahita», dijo en voz alta el viejo zorro irlandés, en inglés y también en italiano (por si acaso) antes de abrir el sobre y leer la carta del responsable de becas de Exeter.

El señor Carlisle visitaría Boston. Quería ver el colegio Michelangelo y conocer al señor Leary. El señor Carlisle tenía mucho interés en conocer a Daniel Baciagalupo, así como al padre del chico, el cocinero, y también a la madrastra del chico. El señor Leary comprendió que acaso se había extralimitado, una vez más, al referirse a la viuda Del Popólo como «madrastra» de Danny; que el profesor de lengua supiera, el cocinero y la curvilínea camarera no estaban casados.



El señor Leary también se había extralimitado en otras áreas, cómo no. Si bien el joven Dan había contado a su profesor de lengua que su padre se resistía a permitirle marcharse de casa para estudiar —y Carmella del Popólo se había echado a llorar ante la sola idea—, el señor Leary ya había remitido el expediente académico de su alumno predilecto a la venerable academia. Incluso había convencido a otros dos profesores del Mickey de que escribieran cartas de recomendación para el joven Baciagalupo. El señor Leary prácticamente había solicitado el ingreso en representación de Daniel Baciagalupo, ¡y todo sin decirle al padre del chico lo que se traía entre manos! Ahora, la carta del señor Carlisle aludía a la necesidad de que la familia presentase una declaración de ingresos, algo a lo que ese cocinero un tanto retraído quizá se opusiera, se le ocurrió al señor Leary, que esperaba no haberse extralimitado (otra vez) tanto como con el plan del seudónimo, un absoluto fracaso. El nom de plume había sido un error embarazoso.

«¡Cielos», pensó el señor Leary, «habrá que seguir con las plegarias!». Pero cogió valerosamente la carta de Exeter, junto con su paquetito de pastas de Modern, y de nuevo emprendió el camino por Hanover Street, esta vez no para ir al jardín del camposanto de San Leonardo, sino al Vicino di Napoli, donde sabía que encontraría al joven Baciagalupo en compañía del cocinero «un tanto retraído», tal como el señor Leary veía al padre de Danny, y aquella mujer obesa, la viuda Del Popólo.

La voluptuosa camarera había asistido una vez a una reunión en el colegio con el señor Leary; su difunto hijo, Angelú, había sido una presencia sociable y cordial en la clase de lengua de séptimo del señor Leary. Angelú nunca se había contado entre las buenas piezas que mortificaban al señor Leary por haberse quitado la «O» del apellido. Además, el chico Del Popólo había sido un lector más que aceptable, si bien se distraía con facilidad, como el señor Leary había comentado a su madre. Luego Angelú había colgado los libros y se había ido a trabajar al norte, una región dejada de la mano de Dios, donde el muchacho se había ahogado, como su padre antes que él. (Un argumento convincente donde los hubiera para seguir estudiando, pensaba el señor Leary). Pero desde aquella reunión en el colegio con la viuda Del Popólo, el señor Leary había soñado alguna que otra vez con ella; probablemente todos los hombres que habían conocido a esa mujer padecían los mismos sueños, se figuraba el viejo profesor de lengua. Comoquiera que fuese, el nombre de la viuda había salido en más de una ocasión durante sus confesiones en San Esteban. (¡Si Carmella del Popólo hubiera sido *stripper* en el Casino Theatre o el Oíd Howard, habrían tenido llenazo cada noche!). Tras meter la carta de Exeter de nuevo en su sobre, y con las prisas por llegar cuanto antes al pequeño restaurante italiano —que se había convertido (como el señor Leary sabía) en una de las casas de comidas más concurridas del North End—, el solemne irlandés no reparó en la enorme «O» blanca que una de las buenas piezas del Mickey había escrito con tiza en la espalda de la gabardina azul marino del profesor. El señor Leary no se había puesto la gabardina para sus anteriores recados por el barrio, pero ahora sí la llevaba, ajeno a esa «O»;

así, ilusionado pero intranquilo, recorrió el camino, marcado por detrás con una «O» en tiza blanca tan identificable (a una manzana de distancia) como una diana.

En 1967, cuando era la temporada del barro en Coos County, Daniel Baciagalupo, el escritor, vivía en Iowa City. Iowa; en Iowa disfrutaban de una auténtica primavera, sin temporada del barro. Pero Danny, que contaba veinticinco años y tenía un hijo de dos —su mujer acababa de abandonarlo—, andaba con el ánimo propio de la temporada del barro. Además, estaba escribiendo, en ese momento, e intentaba recordar de qué hablaban exactamente en el Vicino di Napoli cuando el señor Leary, con la carta de Exeter en la chaqueta, había llamado con vehemencia a la puerta, que estaba cerrada. (El personal concluía entonces su comida de primera hora de la tarde).

—¡Es el irlandés! ¡Qué pase! —exclamó el viejo Polcari.

Al señor Leary le abrió la puerta una de las jóvenes camareras, Elena Calogero, prima de Danny. Tenía cerca de veinte años o poco más, al igual que la otra joven camarera que ayudaba a Carmella. Teresa Dimitía. El apellido de soltera de Carmella había sido Dimitía. Como se complacía en decir la viuda Del Popólo, era «una napolitana desplazada dos veces»: la primera vez porque había llegado con su familia al North End desde Sicilia siendo niña (sus abuelos se habían marchado mucho antes de las inmediaciones de Nápoles), y la segunda vez porque se había casado con un siciliano.

Según esa extraña lógica suya, Carmella había seguido desplazándose, pensaba el escritor Daniel Baciagalupo, porque Angelú era un nombre siciliano (equivalente a «Angelo») y Carmella se había vinculado sentimentalmente a Dominic. Pero en el capítulo que Danny estaba escribiendo, que había titulado «La marcha al colegio», iba a la deriva y había perdido el norte.

Demasiados aspectos del momento crucial de aquel capítulo —cuando el padre contiene las lágrimas a la par que da permiso a su hijo para irse al internado— se presentaban desde el punto de vista del bienintencionado pero entrometido profesor de lengua del chico.

—¡Hola, Mike! —había exclamado Tony Molinari esa tarde en el restaurante. ¿O había sido Paul Polcari, el pizzero, el primero en saludar al señor Leary? (El viejo Joe Polcari, que solía jugar a las damas con el señor Leary en el Prado, siempre llamaba «Michael» al profesor de lengua, por su origen irlandés, como hacía mi padre, recordó Danny Baciagalupo). Esa noche Danny no estaba en su mejor momento para escribir, o quizás era esa escena en particular. La esposa (desde hacía tres años) que acababa de abandonarlo siempre había dicho que no se quedaría mucho tiempo, pero él no se lo había creído; o no había querido creérselo, como señaló Ketchum. El joven Dan había conocido a Katie Callahan cuando aún estudiaba en la Universidad de New Hampshire; él estaba en tercero cuando ella hacía cuarto, pero los dos habían trabajado de modelos para las clases de dibujo al natural.

Cuando Katie le comunicó que se marchaba, dijo:

—Todavía creo en ti, como escritor, pero lo único que hemos tenido alguna vez

en común no da mucho de sí.

—¿Qué hemos tenido en común? —preguntó él.

—Los dos podemos quedarnos desnudos, como si nada, delante de desconocidos y mamonzos —contestó ella.

Tal vez eso forme parte de lo que conlleva ser escritor, no pudo por menos de pensar Danny Baciagalupo esa lluviosa noche de primavera en Iowa City. Escribía sobre todo por las noches, cuando el pequeño Joe dormía. Absolutamente todo el mundo, excepto Katie, llamaba Joe al niño de dos años. (Como el maitre cuyo nombre llevaba, el niño nunca fue Joseph; al viejo Polcari le gustaba Giusé, o Joe a secas). En cuanto a lo de estar desnudos delante de desconocidos y mamonzos, Katie lo dijo en el sentido más literal... por lo que a ella se refería. Durante el último curso de Danny en Durham, cuando Katie estaba embarazada de Joe, ella seguía posando para las clases de dibujo al natural y se había acostado con uno de los alumnos de arte. Ahora, en Iowa City —cuando Danny estaba a punto de titularse en el Taller Literario de la Universidad de Iowa, con un máster en escritura creativa—, Katie seguía posando para las clases de dibujo al natural, pero esta vez se acostaba con uno de los profesores.

Sin embargo no era por eso por lo que cambiaba de tercio, dijo a su marido. Ella había propuesto a Danny casarse, y tener un hijo, antes de licenciarse él en la universidad. «Tú no quieres ir a Vietnam, ¿verdad?», le había preguntado.

De hecho, Danny pensaba (en aquel momento) que sí quería ir; no porque no se opusiera a la guerra desde un punto de vista político, aunque nunca se politizaría tanto como Katie. (Ketchum la definía como una «puta anarquista»). Era por su condición de escritor por lo que Danny Baciagalupo pensaba que debía ir a Vietnam; consideraba que debía ver una guerra y saber cómo era. Tanto su padre como Ketchum habían coincidido en que a ese respecto tenía una verdadera empanada mental.

«¡No te permití separarte de mí, ir al puñetero Exeter, para permitirte ahora morir en una guerra ridícula!», había exclamado Dominic.

Ketchum había amenazado con ir a buscar a Danny y cortarle unos cuantos dedos de la mano derecha. «¡O la puta mano entera!», había añadido Ketchum atronadoramente, pelándose de frío en una cabina a saber dónde.

Los dos habían prometido a la madre del joven Dan que nunca permitirían a su hijo ir a la guerra. Ketchum aseguró que emplearía su cuchillo Browning en la mano derecha de Danny, o sólo en los dedos; el cuchillo tenía una hoja de treinta centímetros, y Ketchum la mantenía bien afilada. «¡O meteré un cartucho de cazar ciervos en mi calibre doce y te pegaré un tiro a quemarropa en la rodilla!». Danny Baciagalupo prefirió aceptar la proposición de Katie Callahan.

«Venga, hazme un bombo», había dicho Katie. «Me casaré contigo y te daré un hijo. Pero no esperes que me quede mucho tiempo; no soy mujer de nadie y no sirvo para madre, aunque sé cómo se hace un hijo. Es por una buena causa: mantener a uno

más al margen de esta puta guerra. ¡Y tú dices que quieres ser escritor! Pues para eso tienes que vivir, ¿eh, mamonazo?». No puede decirse que Katie lo engañara; él había sabido desde el principio cómo era ella. Se conocieron mientras se desvestían juntos para una clase de dibujo al natural.

—¿Cómo te llamas? —había preguntado Katie—. ¿Y qué quieres ser cuando seas mayor?

—Voy a ser escritor —afirmó Danny incluso antes de dar su nombre.

—Si te crees capaz de vivir sin escribir, no escribas —dijo Katie Callahan.

—¿Cómo dices? —preguntó él.

—Son palabras de Rilke, mamonazo. Si quieres ser un puto escritor, te convendría leerlo —añadió.

Ahora Katie lo abandonaba porque había conocido (según decía ella misma) «a otro idiota que piensa que debería ir a Vietnam... “¡Joder, y sólo por verlo!”». Katie iba a proponerle a ese otro que le hiciera un bombo. Después, algún día, volvería a cambiar de tercio, «hasta que acabe esta puta guerra».

Al final se le agotaría el tiempo; matemáticamente, existía un número limitado de aspirantes a soldado a quienes salvar por ese método. A los padres jóvenes como Danny Baciagalupo los llamaban «padres Kennedy»; en marzo de 1963, el presidente Kennedy había promulgado un decreto de ampliación de la prórroga por paternidad. Sólo estuvo vigente durante un breve periodo de tiempo —el derecho a aplazar la incorporación a filas por tener un hijo—, pero a Danny Baciagalupo, el escritor, le había servido. Había pasado de la 2-S (prórroga de estudios) a la 3-A: a los hombres que mantenían un vínculo paterno-filial genuino se les concedía una prórroga. Tener un hijo podía librarlo a uno de la guerra; con el tiempo, los muy cabrones cerrarían también esa puerta, pero Danny ya la había cruzado. En cuanto a si le daría resultado o no a ese otro «idiota» que ella había conocido..., bueno, en ese momento ni siquiera Katie lo sabía. En cualquier caso ella se iba, tanto si le daba un hijo como si no al nuevo aspirante a soldado, y al margen de cuántos bebés más fuese a traer al mundo por una causa tan noble.

«A ver si lo he entendido bien», fueron algunas de las últimas palabras de Danny a su esposa a punto de marcharse, que en realidad nunca había sido una esposa, y que no tenía mayor interés en ser madre.

—Si me quedo más tiempo, mamonazo, ese niño de dos años se acordará de mí —había dicho Katie. (Es cierto que llamó a su propio hijo «ese niño de dos años»).

—Se llama Joe —le había recordado Danny. Fue entonces cuando dijo—: A ver si lo he entendido bien. No sólo eres una pacifista y una anarquista sexual, sino que eres, además, una radical especializada en la fabricación de bebés en serie para insumisos, ¿lo he entendido bien?

—Ponlo por escrito, mamonazo —había propuesto Katie, y éstas fueron sus últimas palabras a su marido—: Tal vez por escrito suene mejor.

Tanto Ketchum como su padre se lo habían advertido. «Sería más fácil, creo yo,

que me dejaras cortarte unos cuantos dedos de la mano derecha, y menos doloroso a largo plazo», había dicho Ketchum. «¿Y si lo dejamos en un solo dedo, el puto dedo del gatillo? No te reclutarán, me juego lo que sea, si eres incapaz de apretar un gatillo». Dominic sintió antipatía por Katie Callahan nada más ver la primera fotografía que Daniel le enseñó.

—Se la ve muy delgada —comentó el cocinero mirando la foto con expresión ceñuda—. ¿Es que no come nunca? —(«¡Mira quién fue a hablar!», había pensado Danny; tanto Danny como su padre eran delgados, y los dos comían mucho.)—. ¿De verdad tiene los ojos así de azules? —preguntó su padre.

—De hecho, los tiene aún más azules —contestó Danny a su padre.

«¿Qué tienen esas mujeres excepcionalmente pequeñas?», no pudo por menos de pensar Dominic recordando a Rosie, la que en realidad no era su prima. ¿Había sucumbido su querido Daniel a una de esas mujeres-niña cuyo aspecto menudo resultaba engañoso? Ya en esa primera fotografía de Katie intuyó el cocinero que era el tipo de mujer infantil que ciertos hombres se sentían impulsados a proteger. Pero Katie no necesitaba protección; tampoco la quería.

Cuando se conocieron, el cocinero fue incapaz de mirarla; así había tratado también (trataba aún) a Filomena, la tía de Danny. «No debería haberte enseñado las fotografías de tu madre», dijo Dominic cuando Danny anunció que iba a casarse con Katie.

«¡Supongo que debería haberme casado con una gorda simpática!», pensó Daniel Baciagalupo sin poder evitarlo, en lugar de continuar trabajando en el capítulo que estaba escribiendo.

Pero la guerra de Vietnam seguiría y seguiría; Nixon ganaría las elecciones del 68 con la promesa a los votantes de poner fin a la guerra, pero la guerra se prolongaría hasta 1975. El 23 de abril de 1970, promulgando su propio decreto, el presidente Nixon anuló la prórroga por paternidad 3-A para padres recientes: si el niño había sido concebido en esa fecha o después. Durante los últimos cinco años de la guerra, morirían otros 23.763 soldados estadounidenses, y Daniel Baciagalupo comprendería por fin que debería haber dado las gracias a Katie Callahan por salvarle la vida.

«¡Y qué si era una fabricante de bebés en serie para insumisos!», escribiría Ketchum a Danny. «Te salvó el pellejo, joder, las cosas como son. Y lo dije en serio: si ella no te hubiera salvado, te habría cortado la mano derecha para evitar que te volasen los huevos. O al menos un dedo o dos». Pero esa noche de abril de 1967, mientras intentaba una y otra vez escribir bajo la lluvia en Iowa City, Daniel Baciagalupo prefería pensar que era su hijo de dos años, el pequeño Joe, quien lo había salvado.

Probablemente nadie habría podido salvar a Katie. Muchos años después, Daniel Baciagalupo leería *Prime Green: Remembering the Sixties*, unas memorias del autor literario Robert Stone. «La vida, había dado tanto a los norteamericanos a mediados de los sesenta que estábamos todos un poco ebrios de posibilidades», escribiría Stone.

«Las cosas escapaban a nuestro control antes de que fuéramos capaces de definir las. Aquellos de nosotros que nos interesamos más por el cambio, aquellos que consagramos nuestra vida a él, fuimos, a mi juicio, los más engañados». En fin, sin duda eso parecía aplicable a Katie Callahan, pensaría Danny al leer el párrafo. Pero ese libro de Robert Stone no se escribiría a tiempo para salvar a Katie. Así que ella no buscaba protección, y no podía ser salvada, pero —aparte de su aspecto físico, que aunaba el descarro y cierto aire de menor edad— no poca parte de su encanto, y lo que más deseable se la hizo a Danny, residía en que Katie era una renegada. (Adolecía además de la crispación de una desertora sexual; nunca sabías cuál sería su siguiente paso, porque tampoco la propia Katie lo sabía).

—¡Siéntese, Michael, siéntese! ¡Coma algo! —insistía el viejo Polcari al señor Leary, pero el alterado irlandés, en su estado de agitación, era incapaz de comer. Tomó una cerveza, y luego uno o dos vasos de vino tinto. El pobre señor Leary no podía mirar a Carmella del Popólo, como Danny sabía, sin imaginar esa perilla triangular de elfo que posiblemente se había dejado sin afeitarse en la axila izquierda. Y cuando Dominic, renqueante, fue a la cocina a buscar al señor Leary una ración del pastel de carne siciliano preferido del profesor de lengua, Danny Baciagalupo, el escritor en ciernes, vio que el viejo sabio observaba la cojera de su padre con una nueva expresión de sobresalto. ¡Quizá sí que un oso le hizo eso en el pie al cocinero!, puede que pensara el señor Leary. ¡Quizá realmente existió una india de ciento cincuenta o doscientos kilos a quien le caía el pelo por debajo de la cintura!

Había otra cosa sobre la que el señor Leary había mentado a Exeter: en lo referente a la tendencia de aquellos inmigrantes a la exageración. ¿Acaso el señor Leary no había dicho que el joven Baciagalupo era «distinto del resto»? En el campo de la exageración literaria, Daniel Baciagalupo era un exagerador nato. Y Danny seguía en la brecha esa noche lluviosa en Iowa City, pese a estar muy distraído; también seguía un poco enamorado de Katie Callahan. (Danny sólo empezaba a comprender lo que había querido decir su padre al definir como azul «letal» el color de unos ojos). ¿Cómo era aquella canción de Johnny Cash? La había oído por primera vez hacía seis o siete años, creía recordar Danny.

*Oh, I never got over those bine eyes,  
I see them everywhere.  
[Nunca me he recuperado de esos ojos azules,  
los veo por todas partes.]*

Más distracciones, pensó el escritor; era como si estuviese resuelto a apartarse físicamente (distanciarse) de aquella noche en el Vicino di Napoli en que apareció su querido señor Leary.

El señor Leary necesitó un tercer o cuarto vaso de vino tinto y la mayor parte del pastel de carne para atreverse a sacar el sobre gris perla del bolsillo interior de la

chaqueta. Desde el otro lado de la mesa, Danny vio el membrete carmesí. El chico de quince años conocía los colores de Exeter.

—Y sólo van chicos, Dominic —oía aún decir el escritor al señor Leary. El viejo profesor de lengua había señalado, con un movimiento de cabeza, a la atractiva muchacha de la familia Calogero (Elena, la prima mayor de Danny) y a su amiga, ya más que madura, Teresa DiMattia. Ambas muchachas revoloteaban en torno a Danny siempre que el mozo de comedor, después de clase, intentaba ponerse en la cocina el pantalón negro de mozo.

—Dejad un poco de intimidad a Danny, chicas —les decía Tony Molinari, pero ellas no desistían en su incesante vampireo. Quizá Danny debía dar las gracias a esas muchachas, además de dárselas a su querido señor Leary, por la autorización de su padre para ir a Exeter.

La parte que le costaba escribir eran las lágrimas en los ojos de su padre cuando dijo; «De acuerdo, Daniel, si es un buen colegio, como dice Michael, y si de verdad quieres ir... En fin, supongo que Carmella y yo podremos visitarte alguna que otra vez, y tú podrías volver a Boston algún que otro fin de semana». A su padre se le quebró la voz al decir «alguna que otra» y «algún que otro», recordaría Daniel Baciagalupo aquella lluviosa noche en Iowa City, incapaz de escribir pero empeñado en seguir intentándolo.

Danny recordaba asimismo que él se marchó al fondo de la cocina del Vicino di Napoli para que su padre no lo viera echarse a llorar —a esas alturas Carmella también lloraba, pero ella lloraba por cualquier cosa—, y Danny se entretuvo un momento en la cocina para humedecer un paño. Sin que le viera el señor Leary, que exhibía una ostensible afición por el vino tinto, Danny limpió la gabardina del profesor por la parte de la espalda. La «O» en tiza blanca fue fácil de borrar, más fácil de borrar que el resto de esa velada.

Danny nunca olvidaría esa noche, allí tumbado en su habitación del apartamento de Wesley Place, oyendo llorar y llorar a su padre, mientras Carmella, que trataba de consolarlo, lloraba también.

Al final, el joven Dan dio unos golpes contra el tabique que separaba las dos habitaciones.

—¡Os quiero! ¡Y vendré mucho a casa, todos los fines de semana que me sea posible!

—¡Y yo te quiero a ti! —había prorrumpido su padre en respuesta.

—¡Yo también te quiero! —exclamó Carmella.

Era incapaz de escribir esa escena; nunca le quedaba redonda, pensaba Daniel Baciagalupo.

El capítulo titulado «La marcha al colegio» pertenecía a la segunda novela del escritor de veinticinco años. Había terminado su primera novela al final del primer curso en el Taller Literario de Iowa, y había dedicado buena parte del segundo y último curso a revisarla. En su último año en la Universidad de New Hampshire había

tenido la suerte de que uno de los escritores residentes del departamento de lengua le presentara a un agente literario. Y la primera novela la compró el primer editor a quien se mandó el libro. Daniel Baciagalupo tardaría varios años en tomar conciencia de lo afortunado que había sido. Posiblemente ningún otro alumno de posgrado en el Taller Literario de ese año tenía ya una novela aceptada para su publicación. Eso había convertido a Danny en la envidia de otros estudiantes. Pero él no había hecho muchos amigos entre esos estudiantes. Era uno de los pocos que estaban casados y con un hijo, así que no frecuentaba las fiestas.

Danny había escrito a Ketchum sobre el libro, y esperaba que el maderero se contase entre los primeros en leerlo. La novela no se publicaría hasta diciembre de 1967, o quizás hasta Año Nuevo, y si bien estaba ambientada en el norte de New Hampshire, Daniel Baciagalupo aseguró a Ketchum y a su padre que no los había incluido a ellos.

—No trata de ninguno de vosotros, ni de mí; no estoy listo para eso —les había dicho.

—¿Ni de Ángel ni de Jane? —preguntó Ketchum; parecía sorprendido, o quizá defraudado.

—No es autobiográfica —contestó Danny, y no lo era.

Tal vez el señor Leary habría observado «cierto retraimiento» en la novela si el buen hombre hubiese vivido para leerla, pero el señor Leary había fallecido. Rememorando esa tarde de la carta de Exeter en el Vicino di Napoli, como hacía Daniel Baciagalupo en ese momento, recordó que el viejo Giusé Polcari también había muerto. El propio restaurante se había trasladado dos veces —primero a Fleet Street, luego a North Square (donde ahora estaba)—, y Tony Molinari y Paul Polcari se turnaban en el puesto de maitre, descansando así de la cocina. Dominic (con su cojera) no servía para maitre, si bien hacía las veces de jefe de cocina o chef, y el padre de Danny también ocupaba por turno el puesto de pizzero, siempre que Paul Polcari era el maitre. Carmella, como antes, era la camarera más solicitada del establecimiento; siempre había un par de mujeres más jóvenes bajo su supervisión.

Aquellos veranos en que volvía a casa desde Exeter y la Universidad de New Hampshire —es decir, hasta que se casó con Katie—, Danny trabajaba de camarero en el Vicino di Napoli. Hacía de pizzero cuando Paul necesitaba librar una noche, o cuando lo necesitaba su padre. Si Daniel Baciagalupo no hubiese sido escritor, acaso habría sido cocinero. Aquella lluviosa noche en Iowa, cuando la segunda novela no avanzaba demasiado bien, y la primera novela aún no estaba publicada, Danny se sentía muy bajo de ánimo, hasta el punto de imaginar que quizás al final acabaría siendo cocinero. (Si la literatura no salía bien, al menos sabía cocinar). En cuanto al siguiente año académico, Danny ya tenía un empleo como profesor de escritura creativa, y de algunas otras asignaturas de lengua y literatura, en una pequeña universidad de humanidades de Vermont. Nunca había oído hablar de ese centro antes de solicitar el empleo, pero con una primera novela a punto de publicarse en Random



House y un máster en un prestigioso posgrado literario como el de Iowa... En fin, Danny iba a ser profesor universitario. El joven escritor se alegraba de regresar a Nueva Inglaterra. Había echado de menos a su padre y a Carmella, y, quién sabe, tal vez incluso pudiera ver más a menudo a Ketchum. Danny sólo había visto a Ketchum una vez desde aquél horrendo domingo de abril en que el niño y su padre huyeron de Twisted River.

Ketchum se había presentado en Durham cuando Danny era estudiante de primero en la Universidad de New Hampshire. Para entonces, el veterano maderero contaba alrededor de cuarenta y cinco años, y había acudido a la residencia universitaria de Danny con un áspero anuncio:

—Me ha dicho tu padre que no has aprendido a conducir en una carretera de verdad.

—Ketchum, en Boston no teníamos coche... Vendimos la Chieftain la misma semana que llegamos... y en un sitio como Exeter no hay tiempo para prácticas de conducción.

—¡Por los clavos oxidados de Cristo! —exclamó Ketchum—. ¡No quiero saber nada de un universitario incapaz de sacarse el permiso de conducir!

Ketchum enseñó entonces a Danny a conducir su vieja furgoneta; aquéllas fueron unas clases difíciles para un joven cuya experiencia al volante, hasta la fecha, se había reducido al cambio automático por las vías de saca en los alrededores de Twisted River. Durante la semana o poco más que Ketchum pasó en Durham, éste vivió en su furgoneta; «como en los tiempos del wanigan», dijo el leñador. Los guardias de tráfico de la Universidad de New Hampshire pusieron dos multas de aparcamiento a Ketchum mientras el maderero dormía en la parte de atrás de su furgoneta. Ketchum entregó las multas a Danny. «Págalas tú», dijo Ketchum al joven. «Las clases de conducir son gratis». A Danny le disgustaba haber visto al leñador sólo una vez en siete años. Ahora habían pasado ya otros seis.

¿Cómo es posible que no veas a alguien tan importante para ti como lo es Ketchum?, se decía Daniel Baciagalupo mientras en Iowa caía aquella lluvia primaveral. Más desconcertante aún era el hecho de que su padre no había visto a Ketchum ni una sola vez en trece años. ¿Qué les pasaba? Pero la mitad de la mente de Danny seguía descentrada, perdida en el escurridizo capítulo en el que avanzaba a trancas y barrancas.

El joven escritor había saltado en el tiempo a la primera reunión de su familia con el señor Carlisle, el responsable de becas de Exeter, una vez más en el Vicino di Napoli. Acaso Danny también tuviese que dar las gracias a Carmella por ayudarlo a entrar en la academia, ya que el señor Carlisle nunca había puesto los ojos en nadie como Carmella —no en Exeter, New Hampshire, eso desde luego—, y el hombre, vivamente impresionado, debió de pensar: si este chico, Baciagalupo, no ingresa en Exeter, puede que no vuelva a ver a esta mujer.

Para el señor Carlisle, fue una gran desilusión que Carmella no acompañase a

Danny cuando el chico visitó por primera vez el colegio. Dominic tampoco realizó el viaje. ¿Cómo iban a ir? En Boston, el 17 de marzo no sólo era el día de San Patricio. (Los jóvenes irlandeses vomitando cerveza verde en las calles eran una causa anual de bochorno para el señor Leary). Era también el día de la Evacuación, fecha muy señalada en el North End porque en 1774 o 1775 —Danny nunca se acordaba del año exacto; en realidad fue en 1776— se apostó la artillería en el cementerio de Copps Hill para escoltar a los barcos ingleses en su salida del puerto de Boston. Si uno vivía en Boston, el día de la Evacuación tenía fiesta en el colegio, y también el día de Bunker Hill.

Ese año, 1957, el día de la Evacuación caía en domingo. El lunes era el día festivo para los colegios, y el señor Leary llevó a Danny a Exeter en tren. (A Dominic y a Carmella les resultaba imposible ausentarse del restaurante durante la fiesta del día de la Evacuación). La mente desconcentrada del escritor había saltado una vez más en el tiempo hasta ese viaje en tren a Exeter en compañía del señor Leary, y lo que sería la primera mirada que dirigieran ambos a la venerable academia. El señor Carlisle fue un anfitrión muy hospitalario, pero no ver a Carmella debió de suponer un golpe para él.

Y pese a la promesa de volver mucho a casa —todos los fines de semana que le fuera posible—, Danny no cumpliría su palabra. Durante su estancia en Exeter volvía a Boston los fines de semana en contadas ocasiones, quizás un par de veces al trimestre como mucho, y entonces quedaba con sus amigos de Exeter la noche del sábado en Scollay Square, normalmente para ir a ver a las *strippers* del Oíd Howard. Había que mentir en cuanto a la edad, pero eso era fácil: permitían la entrada a los chicos casi todas las noches. Bastaba con tratar respetuosamente a las damas. Una de esas noches en el Oíd Howard, Danny se encontró con su antiguo profesor de lengua. Ésa fue una noche triste. Para el señor Leary, que adoraba el latín, fue una noche de *errare humanum est*: una noche de «errar es humano», tanto para el venerado profesor como para su destacado alumno. ¡Eso hablando de saltos en el tiempo! Algún día tendría que escribir sobre esa aciaga noche (o una versión de ella), suponía Danny Baciagalupo.

Dedicó su primera novela al señor Leary. Dado el amor del irlandés por el latín, Danny escribió:

MICHAEL LEARY,  
IN MEMORIAM

Fue al señor Leary a quien oyó por primera vez la expresión *in medias res*. El señor Leary había elogiado los relatos del joven Dan diciendo que, «en cuanto lector», le gustaba la manera en que Danny iniciaba a menudo una narración en medio de la historia y no en el principio cronológico.

—¿Cómo se llama eso? ¿Tiene un nombre? —había preguntado el chico

inocentemente.

—Yo lo llamo in medias res, que en latín significa «en medio de las cosas».

Pues allí era donde se hallaba él más o menos en ese momento de su vida, pensaba Daniel Baciagalupo. Tenía un hijo de dos años, a quien inexplicablemente no le había puesto el nombre de su padre; había perdido a su mujer, y aún no había conocido a otra. Se las veía y se las deseaba para dar comienzo a una segunda novela, en tanto que la primera aún no se había publicado, y se disponía a regresar a Nueva Inglaterra para su primer empleo no culinario, fuera de una cocina. Si eso no era in medias res, pensó Daniel Baciagalupo, ¿qué lo era?

Y por seguir en latín, la primera vez que Danny visitó Exeter fue con el señor Leary que lo acompañaba in loco parentis; es decir, «en lugar de un progenitor».

Quizá por eso dedicó su primera novela al señor Leary. «¿No a tu padre?», preguntaría Ketchum a Danny. (Carmella haría esa misma pregunta al joven escritor). «Tal vez la próxima», contestaría él a los dos. Su padre nunca hizo el menor comentario acerca de la dedicatoria al señor Leary.

Danny se levantó de su mesa para contemplar los hilos que formaba la lluvia en las ventanas de Iowa City. A continuación fue a contemplar a Joe, que dormía. Para lo poco que avanzaba con el capítulo, el escritor pensó que bien podía irse a la cama, pero en general trasnochaba. Al igual que su padre, Daniel Baciagalupo ya no bebía; Katie lo había curado de ese hábito, cosa en la que no quería pensar durante una noche en que el trabajo no salía adelante. No pudo por menos de desear que Ketchum telefonara. (¿Acaso no había dicho Ketchum que debían hablar?). Siempre que Ketchum llamaba desde esas cabinas lejanas, el tiempo parecía detenerse; siempre que tenía noticias de Ketchum, Daniel Baciagalupo, que contaba veinticinco años, tendía a sentirse como si tuviera otra vez doce y abandonara de nuevo Twisted River.

Algún día el escritor comprendería lo siguiente: no fue una coincidencia que el maderero llamase aquella lluviosa noche de abril. Como de costumbre, Ketchum llamó a cobro revertido, y Danny aceptó la llamada.

—Esta puta temporada del barro... —protestó Ketchum—. ¿Cómo diantres estás?

—Conque ahora eres mecanógrafo —comentó Danny—. Voy a echar de menos tu preciosa letra.

—Ésa no era mi letra —aclaró Ketchum—. Era la de Pam. La Seis Jarras me escribía las cartas.

—¿Por qué? —preguntó Danny.

—¡No sé escribir! —reconoció Ketchum—. Tampoco sé leer; la Seis Jarras me leía todas tus cartas, las tuyas y las de tu padre.

Éste fue un momento devastador para Daniel Baciagalupo; tal como lo vería en el futuro, era equiparable al abandono de su mujer, pero tendría consecuencias más graves. Danny pensó en cómo había dado rienda suelta a sus sentimientos, en todo lo que había escrito a ese hombre, por no hablar de lo que Ketchum debía de haber contado a Pam, porque obviamente era la Seis Jarras, y no Ketchum, quien había

contestado. ¡Eso significaba que la Seis Jarras lo sabía todo!

—Pensaba que mi madre te enseñó a leer —dijo Danny.

—En realidad no —respondió Ketchum—. Lo siento, Danny.

—¿Así que ahora Pam escribe a máquina? —preguntó Danny. (Eso era realmente difícil de imaginar; en las cartas escritas a máquina de Ketchum que habían recibido tanto Danny como su padre no había un solo error mecanográfico).

—Conocí a una señora en la biblioteca; resultó que era maestra, Danny. Ella escribió las cartas a máquina por mí.

—¿Dónde está la Seis Jarras? —preguntó Danny.

—Bueno, digamos que ése es el problema —contestó Ketchum—. La Seis Jarras ha cambiado de tercio. Ya sabes cómo son estas cosas —añadió. Ketchum lo sabía todo sobre los cambios de tercio de Katie: no había más que decir al respecto.

—¿La Seis Jarras te ha abandonado? —preguntó Danny.

—El problema no es ése —respondió Ketchum—. No me extraña que me haya abandonado; lo raro es que se haya quedado tanto tiempo. Pero sí me extraña que se haya ido a vivir con el vaquero —agregó Ketchum—. Ése es el problema.

Tanto Danny como su padre sabían que Cari ya no era alguacil. (También sabían que ya no existía el municipio de Twisted River; había quedado reducido a cenizas, y antes de incendiarse ya era un pueblo fantasma). Ahora Cari era ayudante del sheriff de Coos County.

—¿Estás diciendo que la Seis Jarras contará al vaquero lo que sabe? —preguntó Danny a Ketchum.

—No de inmediato —respondió Ketchum—. No tiene ninguna razón para gastarme una mala pasada, ni que yo sepa, para haceros daño a tu padre y a ti. Hemos quedado como amigos.

La cuestión es qué sucederá cuando Cari le dé una paliza, porque se la dará. O cuando la eche, porque no durará mucho a su lado. Hace tiempo que no ves a la Seis Jarras, Danny; está perdiendo la buena presencia pero una barbaridad.

Daniel Baciagalupo hacía cuentas en silencio. Sabía que Ketchum y la Seis Jarras eran de la misma edad, y que los dos eran a su vez exactamente de la misma edad que Cari. Cuando Danny llegó a cincuenta, anotó el número; ésos eran los años que tenían. Podía imaginar que la buena presencia de Pam la Seis Jarras empezaba a decaer, y que algún día el vaquero la dejaría en la calle. Cari le daría una paliza, eso por descontado, pese a que el ayudante del sheriff había dejado la bebida.

—Explícate —instó Danny a Ketchum.

—Será cuando Cari se la juegue a Pam: entonces ella se lo dirá. ¿Es que no lo entiendes, Danny? —preguntó Ketchum—. No tendrá otra manera de devolvérsela. Durante todos estos años él ha estado preguntándose qué fue de tu padre y de ti; durante todos estos años se ha pensado que él mató a Jane. ¡Sólo que no se acuerda! Creo que realmente eso lo ha enloquecido, el hecho de no recordar que la mató pero creer que sí lo hizo.

En caso de ser mejor persona, tal vez habría sido un alivio para el vaquero descubrir que no había matado a Jane la Piel Roja. Y si la Seis Jarras hubiese llevado una vida más plácida, quizá no se sentiría tentada de esgrimir como arma su conocimiento de las circunstancias. (En el peor de los casos, Pam podía soltarle la verdad a Cari, bien por accidente, o bien mientras recibía una paliza). Pero Ketchum no contaba con la posibilidad de que el vaquero descubriera dentro de sí alguna forma de bondad sustancial, y el gancharo sabía qué clase de vida había llevado la Seis Jarras. (También él había llevado esa vida; no tenía nada de plácida). Y el vaquero sí que había enloquecido, no porque creyera que había matado a Jane; por eso ni siquiera se sentía culpable, y menos aún habría enloquecido. Ketchum tenía razón: lo que enloquecía a Cari era no recordar que la había matado; Ketchum sabía que el vaquero habría disfrutado con el recuerdo.

Precisamente por no recordarlo había abandonado al final la bebida. Años antes, cuando Ketchum habló a Danny y su padre por primera vez sobre el «nuevo abstemio de Coos County», tanto el cocinero como su hijo se echaron a reír: se desternillaron de la risa.

—El Coci tiene que marcharse de Boston, eso para empezar —dijo Ketchum ahora—. También debe deshacerse del apellido Del Popólo. Voy a decírselo a él, pero tú también tienes que decírselo, Danny. A mí tu padre no siempre me hace caso.

—Ketchum, ¿estás diciéndome que es inevitable que Pam se lo cuente todo a Cari?

—Tan inevitable, Danny. como el hecho de que algún día el vaquero le dará una paliza.

—¡Dios santo! —exclamó de pronto Danny—. ¿Qué hacíais mi madre y tú mientras ella supuestamente te enseñaba a leer?

—Habla con tu padre. Danny; no soy yo quien debe contártelo.

—¿Te acostabas con ella? —preguntó Danny.

—Habla con tu padre, por favor —insistió Ketchum. Si Danny no recordaba mal, Ketchum nunca había pronunciado antes las palabras «por favor».

—¿Sabe mi padre que te acostabas con ella? —preguntó Danny.

—¡Por los clavos oxidados de Cristo! —exclamó Ketchum por teléfono—, ¿por qué te crees que tu padre me partió la crisma con la puñetera sartén?

—¿Cómo has dicho? —preguntó Danny.

—Estoy borracho —admitió Ketchum—. No me hagas caso.

—Pensaba que fue Cari quien te partió la cabeza con su Colt 45 —dijo Danny.

—¡Si el vaquero me hubiera partido la cabeza lo habría matado, joder! —repuso Ketchum atronadoramente. Tan pronto como el maderero dijo aquello, Danny supo que era cierto; Ketchum nunca habría tolerado que alguien le partiera la cabeza, a menos que fuera Dominic.

—Vi luces en el pabellón-cocina —empezó a contar Ketchum, con un repentino tono de hastío—. Era tarde y tus padres aún estaban levantados, hablando y, en

aquellos tiempos, bebiendo. Yo abrí la mosquitera y entré en la cocina. No sabía que tu madre elegiría esa noche para contarle a tu padre lo suyo conmigo.

—Entiendo —dijo Danny.

—No todo; todo no lo entiendes. Habla con tu padre —repitió Ketchum.

—¿Lo sabía Jane? —preguntó Danny.

—Joder, la Piel Roja lo sabía todo —contestó Ketchum.

—¿Ketchum? —dijo Danny—. ¿Sabe mi padre que no aprendiste a leer?

—Me propongo aprender ahora —respondió Ketchum a la defensiva—. Creo que esa señora, la maestra, va a enseñarme. Eso dijo.

—¿Está enterado mi padre de que no sabes leer? —preguntó el joven al viejo amigo del cocinero.

—Supongo que uno de nosotros tendrá que decírselo —respondió Ketchum—. Posiblemente el Coci piensa que algo debió de enseñarme Rosie.

—Entonces has llamado por eso. Cuando en tu carta decías «Ha pasado algo», te referías a eso, ¿no? —preguntó Danny.

—Cuesta creer que te tragaras la trola del puto oso —dijo Ketchum. La historia del oso había llegado, con cierto «retramiento», a la primera novela de Daniel Baciagalupo. Pero naturalmente no había sido un oso el que había entrado en la cocina; había sido Ketchum. Y si el joven Dan no hubiese llevado grabada en el corazón y el cerebro la historia del oso, tal vez no habría echado mano de la sartén de hierro colado de veinte centímetros; tal vez no habría imaginado que los ruidos de su padre y Jane al hacer el amor eran los ruidos del ataque en curso de una fiera contra su presa. Tal vez entonces no habría matado a Jane.

—O sea que no hubo tal oso —concluyó Danny.

—Diantres, en el norte de New Hampshire probablemente hubo unos tres mil osos en un momento dado; yo mismo he visto un montón de osos. He cazado algunos —añadió Ketchum—. Pero si hubiera entrado un oso en la cocina del pabellón por la puerta mosquitera, la mejor opción para salvarse que tenía tu padre, y también Rosie, era salir de la cocina a través del comedor, sin correr, sin volverle siquiera la espalda al oso, sino manteniendo el contacto visual y retrocediendo muy despacio. No, pedazo de bobo, no fue un oso. ¡Fui yo! ¿En qué cabeza cabría pegarle a un oso en la cara con una puta sartén?

—Ojalá nunca hubiese escrito sobre eso —fue lo único que Danny pudo decir.

—Hay otro problema —añadió Ketchum—. Digamos que también tiene que ver con eso de escribir.

—¡Dios santo! —repitió Danny—. ¿Cuánto has bebido?

—Empiezas a hablar como tu padre —dijo Ketchum—. Me refiero sólo a que estás a punto de publicar un libro, ¿no? ¿Y te has parado a pensar qué pasaría si ese libro llegara a ser un éxito? ¿Y si de pronto te conviertes en un escritor famoso, con tu nombre y tu foto en los periódicos y las revistas? ¡Incluso podrías salir por televisión!

—Es una primera novela —respondió Danny, quitándole importancia—. Tendrá una tirada muy pequeña, y no se hará apenas publicidad. Es una novela literaria, o eso espero. Es muy poco probable que se venda mucho.

—Piénsalo bien —insistió Ketchum—. Todo es posible, ¿o no? ¿Es que los escritores, por jóvenes que sean, no pueden tener suerte como cualquier persona? ¿O mala suerte, como podría ser el caso?

Esta vez Danny lo vio venir: lo vio venir antes de lo que lo había visto venir en el aula del Mickey con el señor Leary, cuando el viejo profesor de lengua le planteó su «recomendación audaz» acerca de la posibilidad de deshacerse del Baciagalupo. La propuesta del seudónimo: hela ahí una vez más. Al principio Ketchum les había propuesto una versión de ésta tanto a Danny como a su padre; ahora Ketchum pedía a Dominic que se deshiciera del apellido Del Popólo.

—¿Danny? —preguntó Ketchum—. ¿Sigues ahí? ¿Cómo se dice cuando un escritor elige un nombre que no es el suyo de nacimiento? Esa tal George Eliot lo hizo, ¿verdad?

—Seudónimo —respondió Danny—. ¿Cómo coño has conocido en la biblioteca a esa señora, la maestra, si ni siquiera sabes leer?

—Bueno, sé leer algunos nombres de autores y títulos —replicó Ketchum, airado—. ¡Puedo sacar libros prestados y buscar a alguien que me los lea!

—Ah —dijo Danny. Supuso que eso era lo que Ketchum había hecho con su madre, eso en lugar de aprender a leer. ¿Cómo había llamado Ketchum a la parte de la lectura en voz alta durante sus conversaciones con Dominic? «Juego previo», ¿no era eso? (En realidad, así era como lo había llamado Dominic. ¡Era el padre de Danny quien había contado a su hijo esa graciosa anécdota!).

—Seudónimo —repitió Ketchum pensativamente—. Creo que hay otra manera de decirlo. Algo en francés.

—Nom de plume —precisó Danny.

—¡Eso! —exclamó Ketchum—. Nom de plume. Pues eso necesitas, para más seguridad.

—¿No tendrás alguna sugerencia, quizá? —preguntó Daniel Baciagalupo.

—El escritor eres tú, ése es tu trabajo —contestó Ketchum—. Aunque «Ketchum» suena bien con Daniel, ¿no crees? Y es uno de los apellidos tradicionales de Coos County.

—Me lo pensaré —respondió Danny.

—Seguro que se te ocurre algo mejor —afirmó Ketchum.

—Dime una cosa. Si mi madre no hubiera muerto aquella noche en el río, ¿a quién de vosotros dos habría abandonado? ¿A ti o a mi padre? Con él no puedo hablar de eso, Ketchum.

—¡Joder! —exclamó Ketchum—. Recuerdo que decías de esa mujer tuya que era un «espíritu libre». Katie era una incontrolada, una radical, una puta anarquista, y una mujer de corazón frío. Deberías haberte dado cuenta, Danny. ¡Rosie, en cambio, sí

era un espíritu libre! No nos habría abandonado a ninguno de los dos, jamás. ¡Tu madre era un espíritu libre, Danny, como vosotros los jóvenes no habéis visto nunca! ¡Joder! —exclamó Ketchum de nuevo—. Haces cada pregunta... A veces llego a pensar que todavía eres un universitario incapaz de conducir un coche como es debido, o que eres un niño de doce años, una criatura a la que tu padre, Jane y yo podríamos engañar aún sobre las cosas de este mundo si quisiéramos. Habla con tu padre, Danny; habla con él.

Se oyó un chasquido, seguido del tono de marcar, porque Ketchum había cortado la comunicación dejando al joven escritor a solas con sus pensamientos.



## 6. *In medias res*

En su piso del edificio sin ascensor en Wesley Place, el teléfono, por razones que desafiaban a toda lógica, estaba en el lado de la cama correspondiente a Carmella. Durante los años que pasó Danny primero en el internado y luego en la universidad, cuando el teléfono sonaba, el joven Dan era la razón por la que el cocinero deseaba contestar: con la esperanza de que fuera Daniel y no una noticia atroz sobre él. (La mayoría de las veces, cuando sonaba el teléfono, era Ketchum). Carmella había dicho a Danny que debería llamar a casa más a menudo. «¡Eres la única razón por la que tenemos teléfono, como no se cansa de repetirme tu padre!». A partir de ese momento el chico mostró mayor disposición a llamar con cierta frecuencia.

—¿No debería estar el teléfono en mi lado de la cama? —había preguntado Dominic a Carmella—. Me refiero a que tú no quieres tener que hablar con Ketchum. Y si es Daniel o, peor aún, si es una mala noticia sobre Daniel...

Carmella no lo dejó acabar.

—Si es una mala noticia sobre Danny, quiero enterarme yo primero, para ser yo quien te la dé a ti y rodearte los hombros con el brazo, igual que tú me lo dijiste a mí y me abrazaste —explicó ella.

—Eso es un disparate, Carmella —repuso el cocinero.

Pero así quedaron las cosas: el teléfono permaneció en el lado de la cama correspondiente a Carmella. Siempre que Ketchum telefoneaba a cobro revertido, ella aceptaba la llamada y solía decir: «Hola, señor Ketchum. ¿Cuándo voy a conocerlo? Estaría encantada de conocerlo algún día». (Ketchum no era muy locuaz, al menos con ella. Carmella enseguida entregaba el auricular a Dominic; «Gamba», lo llamaba cariñosamente). Pero la primavera de 1967, cuando llegó la noticia sobre el desdichado matrimonio de Danny —aquella espantosa mujer suya; el bueno de él se merecía algo mejor— y se recibieron más llamadas a cobro revertido desde el norte de lo habitual (la mayoría acerca de aquel policía amenazador), Ketchum acabó asustando a Carmella. Más tarde Dominic pensaría que posiblemente Ketchum había obrado así aposta. En una ocasión, después de saludar ella como de costumbre al viejo leñador —Carmella se disponía ya a entregar el auricular a Dominic, al otro lado de la cama—, Ketchum añadió: «No sé si querrá usted conocerme alguna vez, porque quizá no sea en las mejores circunstancias».

Eso puso los pelos de punta a Carmella; esa primavera ya estaba bastante alterada por cómo iban las cosas, y encima el señor Ketchum le metía miedo. Y Carmella deseaba que Danny sintiera tanto alivio como ella por la marcha de Katie. Una cosa era abandonar al hombre con quien una estaba —eso Carmella lo entendía—, pero que una madre se separara de su propio hijo era pecado. Carmella sintió alivio cuando Katie se marchó, porque ésta, en opinión de Carmella, habría sido una madre de pega si se hubiera quedado. Como es lógico, Katie Callahan nunca les había caído bien ni a Carmella ni a Dominic; los dos habían visto a no pocas clientas como ella en el

Vicino di Napoli. «Se huele el dinero que lleva encima», había dicho Carmella al cocinero.

«No es que lo lleve encima exactamente, sino más bien debajo», había comentado el cocinero. Se refería a que el dinero de la familia de Katie era una red de seguridad para esa muchacha alocada; podía comportarse como le viniera en gana porque allí estaba el dinero de la familia para salvarla si se caía. Dominic tenía la certeza, igual que Ketchum, de que el supuesto espíritu libre de Katie Callahan era pura pantomima. Danny había interpretado mal a su padre: el chico pensaba que Katie no caía bien al cocinero única y exclusivamente porque la joven se parecía a Rosie, la madre infiel de Danny. Pero el físico de Katie poco tenía que ver con lo que desagradaba de ella a Dominic y Ketchum; lo que los molestaba a ambos, ya desde el principio, era precisamente que no se pareciera a Rosie Calogero.

Katie era sólo una joven renegada con un colchón de dinero debajo; «una simple malhechora sexual», la había llamado Ketchum. Rosie, en cambio, quería a un muchacho y a un hombre. Había quedado atrapada por querer sinceramente a los dos, y de allí que también ellos quedasen atrapados. La fulana de la Callahan, por el contrario, no había hecho más que follar con éste y aquél; peor aún, en su arrogancia política, Katie se consideraba por encima de trivialidades tales como el matrimonio y la maternidad.

Como Carmella sabía, Dominic se apenaba al ver que Daniel consideraba a su madre una incontrolada de la misma índole que Katie. Si bien Dominic puso todo su empeño en explicar el trío con Rosie y Ketchum a Carmella, ésta tuvo que admitir que no lo entendía mucho mejor que Danny. Carmella entendía la razón por la que sucedió, pero no que se prolongara tanto. Danny tampoco había comprendido esa parte. Carmella también se había enfadado con su querido Gamba por no haberle contado antes al chico lo de su madre. Hacía tiempo que Danny tenía edad para conocer la historia, y habría sido preferible que se la contase su padre antes de descubrirse el pastel en esa conversación entre Danny y el señor Ketchum.

Fue Carmella quien atendió el teléfono aquella mañana que Danny llamó a primera hora para hablar del tema.

—¡Secondo! —dijo al oír su voz por el aparato. Ése había sido el apodo de Danny durante los años que había trabajado en el Vicino di Napoli.

«Secondo Angelo», lo había llamado el viejo Polcari por primera vez; literalmente, el «Segundo Ángel».

Todos habían tenido la cautela de llamarlo «Angelo», nunca «Angelú», y en presencia de Carmella abreviaban el apodo reduciéndolo a «Secondo» a secas, si bien la propia Carmella sentía tal afecto por Danny que a menudo hablaba de él como su secondo figlio (su «segundo hijo»).

En la jerga de un restaurante, secondo significa también «segundo plato», y por eso le había quedado ese sobrenombre.

Pero ahora el Secondo Angelo de Carmella no estaba de humor para charlar con

ella.

—Tengo que hablar con mi padre, Carmella —dijo.

(Ketchum había prevenido al cocinero de que Danny llamaría. «Lo siento, Coci», había empezado esa llamada de Ketchum. «La he cagado»). Esa mañana de abril en que telefoneó Danny, Carmella sabía que el joven estaría indignado con su padre por no habérselo contado todo. Naturalmente, oyó principalmente la conversación por la parte de Dominic; aun así, dedujo cómo se desarrollaba la llamada telefónica: mal.

—Lo siento, tenía la intención de contártelo —empezó el cocinero.

Carmella oyó la respuesta de Danny, porque le hablaba a gritos a su padre por el teléfono. —¿Y a qué esperabas?

—Quizás a que te pasara algo como esto para que entendieras lo difícil que es el trato con las mujeres —contestó Dominic. Allí en la cama, Carmella le dio un puñetazo. Con «esto», el cocinero se refería a la marcha de Katie, por supuesto, como si esa relación, que había sido un error desde el principio, pudiese compararse siquiera a lo ocurrido entre Rosie y Ketchum. ¿Y por qué había mentido al chico acerca del oso durante tanto tiempo? Carmella no alcanzaba a entenderlo; desde luego, no esperaba que Danny lo entendiera.

Se quedó allí tendida, escuchando al cocinero mientras le hablaba a su hijo de aquella noche en la cocina del pabellón, cuando Rosie confesó que se acostaba con Ketchum y de pronto Ketchum cruzó la puerta mosquitera, estando todos borrachos, y Dominic golpeó a su viejo amigo con la sartén. Por suerte, Ketchum se había visto envuelto en peleas de sobra; nunca acababa de creerse que existiera algún ser vivo cuya intención no fuera propinarle un golpe. Era un hombretón de reacciones muy arraigadas. Debió de desviar la sartén con el antebrazo, ladeando ligeramente el arma que Dominic sujetaba con la mano, de modo que sólo lo alcanzó el borde de hierro colado de la sartén, y lo alcanzó en pleno centro de la frente, no en la sien, donde, incluso tras haber frenado la agresión, un golpe con un utensilio de semejante peso podría haberle causado la muerte.

Entonces no había médico en Twisted River, ni había siquiera una serrería o una supuesta laguna en lo que sería la Presa de la Muerta, donde con el tiempo se instalaría un médico que era un tarado absoluto. Rosie le dio unos puntos en la frente a Ketchum sobre una de las mesas del comedor; usó el alambre de acero inoxidable ultrafino que el cocinero tenía siempre a mano para coser los pollos y los pavos. El cocinero había esterilizado previamente el alambre hirviéndolo, y Ketchum bramó como un alce durante todo el proceso. Dominic, renqueante, dio vueltas y más vueltas en torno a la mesa mientras Rosie les hablaba a los dos. Airada como estaba, no se anduvo con muchas delicadezas a la hora de dar los puntos.

«Ojalá estuviera cosiéndoos a los dos», dijo, mirando a Dominic, antes de anunciarles cómo iban a ser las cosas en adelante. «Como haya un solo acto violento más entre vosotros os abandonaré a los dos, ¿queda claro?», preguntó. «Si prometéis no haceros daño mutuamente jamás... Más aún, si prometéis cuidar el uno del otro,

como buenos hermanos..., nunca abandonaré a ninguno de los dos, hasta la muerte. O sea, podéis tenerme a medias, o podéis quedaros los dos sin mí, y en este caso, me llevo a Danny. ¿Entendido?». Los dos se dieron cuenta de que ella hablaba muy en serio.

—Supongo que tu madre, orgullosa como era, no quiso volver a Boston después del aborto, y consideró que yo era demasiado joven para dejarme solo al morir mi madre —oyó Carmella que le decía Dominic a Danny—. Rosie debió de pensar que tenía que cuidar de mí, y sabía que yo la quería, claro. No me cabe duda de que también Rosie me quería a mí, pero para ella yo no era más que un buen chico, y cuando conoció a Ketchum..., en fin, él tenía su misma edad. Ketchum era un hombre. No nos quedó más remedio que conformarnos, Daniel... Tanto Ketchum como yo la adorábamos, y ella, creo, a su manera, nos quería a los dos.

—¿Qué pensaba Jane de todo eso? —preguntó Danny a su padre, porque Ketchum le había dicho que la Piel Roja lo sabía todo.

—Pues exactamente lo que cabía esperar de Jane —respondió su padre—. Decía que los dos éramos unos capullos. Jane pensaba que los tres corríamos un gran riesgo; según la india, era una apuesta peligrosa que difícilmente saldría bien. Yo también lo pensaba, pero tu madre no nos dejó otra opción, y Ketchum siempre fue más aficionado al riesgo que yo.

—Tendrías que habérmelo contado antes —insistió su hijo.

—Ya lo sé, Daniel; perdona —oyó decir Carmella al cocinero.

Más adelante, Dominic contaría a Carmella qué le había dicho Danny en ese momento.

—Lo del oso no me importa tanto: era una buena historia —dijo Danny a su padre—. Pero hay otra cosa en la que te equivocaste. Según me has dicho tú mismo, sospechas que Ketchum mató a Pinette el Suertudo. Tú y Jane, y la mitad de aquellos niños de West Dummer..., es lo que me contasteis todos.

—Creo que es posible que Ketchum lo matara, Daniel.

—Y yo creo que te equivocas. Pinette el Suertudo fue asesinado en su cama, en la vieja Boom House a orillas del Androscoggin. Cuando lo encontraron, tenía la cabeza aplastada con un martillo marcador, ¿no es eso lo que cuentan? —preguntó Daniel Baciagalupo, el escritor, a su padre.

—Así es, exactamente —contestó su padre—. Pinette el Suertudo tenía la letra «H» marcada en la frente.

—Un asesinato a sangre fría, ¿no, papá?

—Desde luego eso pareció, Daniel.

—Pues en ese caso no fue Ketchum —dijo Danny—. Si a Ketchum le resultó tan fácil asesinar a Pinette el Suertudo en la cama, ¿por qué no mata ahora a Cari y sanseacabó? Ketchum tendría un sinfín de maneras de matar al vaquero..., siempre y cuando Ketchum fuera un asesino.

Dominic sabía que Daniel tenía razón. («¡A lo mejor el chico sí es un escritor!»,

diría el cocinero al contárselo a Carmella). Porque si Ketchum fuese un asesino, el vaquero ya estaría muerto. Ketchum había prometido a Rosie que cuidaría de Dominic —los dos habían prometido cuidarse mutuamente—, y, dadas las circunstancias, ¿qué mejor manera que ésa para cuidar de Dominic? Simplemente matando al vaquero, en la cama o allí donde el leñador sorprendiera a Cari traspuesto.

—¿Es que no lo entiendes, papá? —había preguntado Danny—. Si Pam se lo cuenta todo a Cari, y el vaquero no nos encuentra ni a ti ni a mí, ¿por qué no iba a ir a por Ketchum? Sabrá que Ketchum siempre lo ha sabido todo... ¡Se lo dirá la Seis Jarras!

Pero padre e hijo conocían la respuesta. Si el vaquero iba a por Ketchum, Ketchum sí lo mataría, eso lo sabían los dos, Ketchum y Cari. Como la mayoría de los hombres que pegan a las mujeres, el vaquero era un cobarde; probablemente Cari no se atrevería a ir a por Ketchum, ni siquiera armado de un rifle con mira telescópica. El vaquero sabía que no resultaría fácil matar al maderero, a diferencia del cocinero.

—¿Papá? —preguntó Danny—. ¿Cuándo demonios vas a largarte de Boston?

Por la cara de culpabilidad y temor con que Dominic se volvió en la cama para mirar a Carmella, ésta debió de saber cuál era el nuevo tema de conversación. Habían hablado de la posibilidad de que Dominic se marchara de Boston, pero el cocinero no pudo o no quiso decirle a Carmella cuándo se iría.

Cuando Dominic se lo contó todo a Carmella al principio, dejó especialmente claro un asunto; si alguna vez Cari iba a por él, y el cocinero tenía que huir, Carmella no podría acompañarlo. Había perdido a su marido y a su único hijo. Sólo se había librado de una cosa: no los había visto morir. Si Carmella huía con Dominic, tal vez el vaquero no la matara a ella, pero ella tendría que presenciar la muerte del cocinero.

—Eso no lo permitiré —había añadido Dominic—. Si ese capullo viene a por mí, me marcho solo.

—¿Por qué Danny y tú no se lo contáis a la policía, sin más? —había preguntado Carmella—. ¡Lo que le pasó a Jane fue un accidente! ¿Acaso no puede comprender la policía que Cari está loco y que es peligroso?

Para alguien que no fuera de Coos County resultaba difícil de entender. De entrada, el vaquero era la policía, o lo que allí en el norte pasaba por policía. En segundo lugar, no era delito estar loco y ser peligroso; no lo era en ningún sitio, y menos en el norte de New Hampshire. Tampoco era un gran delito que Cari hubiera enterrado el cadáver de Jane o de algún modo se hubiera deshecho de él sin decírselo a nadie. La cuestión era que no la había matado el vaquero, sino Danny. Desde un principio, el cocinero tenía edad más que suficiente para saber que no debía huir, y si se hubiese quedado y sencillamente hubiese contado la verdad a alguien... En fin, en ese caso tal vez todo se hubiese resuelto de la mejor manera posible. (O Dominic podría haber vuelto a Twisted River con Daniel. El cocinero podría haber salido del paso con un farol, como pretendía Ketchum, como quería también el pequeño Dan).

Naturalmente ya era demasiado tarde para cambiar las cosas. El cocinero contó a Carmella todo esto muy al comienzo de la relación; ella aceptó las condiciones. Ahora que lo amaba, y no poco, lamentaba ese pacto. No irse con él si Dominic tenía que irse le resultaría muy difícil. Como es lógico, Dominic sabía que echaría de menos a Carmella, más de lo que había echado de menos a Jane la Piel Roja. Quizá no tanto como los dos, Ketchum y él, echaban aún de menos a Rosie, pero el cocinero sabía que Carmella era especial. Así y todo, cuanto más quería a Carmella, tanto más reacio era a llevarla consigo.

Tendida en la cama, Carmella pensaba en los sitios del North End a los que ya no podía ir: unos porque había ido allí con el pescador; otros —más dolorosamente— porque relacionaba zonas concretas del barrio con determinadas actividades en las que había participado con Angelú. Y ahora, cuando Dominic (su querido Gamba) se fuera, ¿a qué lugares no podría ir ya más?, se preguntaba la viuda del Popólo.

Después de ahogarse Angelú, Carmella dejó de pasear por Parmenter Street, concretamente por las inmediaciones de lo que en su día fue el colegio Cushman. Este centro de enseñanza primaria, al que asistió Angelú en su etapa escolar inicial, estaba ahora derruido. (Lo habían demolido en el 55, o acaso el 56, Carmella no lo recordaba). En su lugar se alzaría con el tiempo una biblioteca, pero Carmella nunca pasaría frente a esa biblioteca.

Como siempre había sido camarera en el Vicino di Napoli —fue su primer empleo y acabó siendo el único—, tenía libres casi todas las mañanas. Cuando los alumnos más pequeños del Cushman salían de excursión por el barrio, Carmella siempre era de las madres que se ofrecían voluntarias para acompañarlos, sólo por ayudar a las maestras en la salida. Por esa razón, ya no se acercaba nunca a la Vieja Iglesia del Norte, donde ella y la clase de Angelú habían ido a ver el campanario, restaurado en 1922 por los descendientes de Paul Reveré. Era una iglesia episcopaliana —a la que Carmella no habría asistido porque ella era católica—, pero era famosa (sobre todo por el papel que había desempeñado cuando Paul Reveré ejerció de mensajero en la guerra). Allí se conservaban, bajo cristal, los ladrillos de la celda donde habían estado presos los Padres Peregrinos en Inglaterra.

Por dos motivos, Carmella no podía pasar frente al Mariners House de North Square, lo cual no dejaba de ser una molestia por lo cerca que estaba del Vicino di Napoli. Pero era el punto de referencia de la Sociedad de los Marineros y del Puerto de Boston, «dedicada a servir a los navegantes». Los niños de la clase de Angelú habían visitado el Mariners House, pero Carmella se había saltado esa excursión: al fin y al cabo, ella había perdido a un pescador en el mar.

Era absurdo lo mucho que la atormentaba todo aquello que tenía algún lazo, por inocuo que fuese, con el pescador y Angelú, pero así era. Le encantaba el Caffè Vittoria, pero esquivaba la sala con fotografías de Rocky Marciano, porque tanto el pescador como Angelú admiraban al campeón de los pesos pesados. Y Carmella había comido con su marido y su hijo en el Grotta Azzura de Hanover Street, donde

también acostumbraba comer Enrico Caruso. Ahora ya nunca iba allí.

El pescador le había contado que ningún marinero había sido asaltado nunca en Hanover Street, ni lo sería jamás; era un paseo seguro incluso para los marineros más borrachos, desde los muelles hasta el Oíd Howard ida y vuelta. Además de los locales de striptease, en Scollay Square había bares baratos frecuentados por marineros y salones de juego. (Naturalmente todo esto cambiaría; la propia Scollay Square desaparecería). Pero para Carmella el mundo donde había vivido con su marido ahogado y su hijo ahogado era sagrado y a la vez fantasmagórico: ¡Hanover Street de punta a punta!

Incluso las gaviotas carroñeras por encima del Haymarket le traían a la memoria los sábados que había pasado allí observando a la gente, con Angelú cogido de la mano. Ahora miraba con cautela el restaurante de Fleet Street donde antes se hallaba el Stella's; de vez en cuando cenaba allí con Dominic, las noches que el Vicino di Napoli cerraba. También comían en el Europeo; Dominic solía pedir los calamares fritos, pero nunca al estilo neoyorquino. («Guárdese la salsa roja; a mí me gustan sólo con limón», decía el cocinero). ¿Sería capaz de volver a comer en esos sitios cuando Gamba se fuese?, se preguntaba Carmella.

Sin duda tendría que mudarse a un piso más pequeño. ¿Haría tanto calor en el piso durante el verano que acabaría como esas ancianas de la casa de vecindad de Charter Street? Sacaban las sillas de sus pisos a la acera, donde se estaba más fresco. Aquellas casas de vecindad sin agua caliente se engalanaban con banderines para las fiestas de los santos patronos en verano. Carmella se acordó entonces de Angelú de niño, sobre los hombros del pescador; en Hanover Street habían cortado el tráfico para una procesión. Era la festividad de San Rocco, recordaba Carmella. Ahora ya no le gustaba ver las procesiones.

En 1919, Giusé Polcari era joven. Se acordaba de la Explosión de la Melaza, que mató a veintiuna personas en el North End, incluido el padre de un niño que Joe Polcari conocía. «¡Murió cocido en un maremoto de melaza caliente!», había explicado el viejo Joe a Danny. Aunque se había acabado la guerra, quienes oyeron la explosión creyeron que llegaban los alemanes, que estaban bombardeando el puerto de Boston o algo así. «¡Vi un piano entero flotar en la melaza!», contó el viejo Polcari al joven Dan.

En la cocina del Vicino di Napoli había una fotografía en blanco y negro de Nicola Sacco y Bartolomeo Vanzetti; los dos inmigrantes anarquistas estaban esposados el uno al otro. Sacco y Vanzetti fueron condenados a la silla eléctrica por el asesinato del encargado de pagos y el del vigilante de una fábrica de zapatos de South Braintree. El viejo Polcari —en sus últimos días de confusión senil— no recordaba todos los detalles, pero sí recordaba las marchas de protesta. «¡A Sacco y Vanzetti los empapelaron! Un soplón de la cárcel de Charlestown Street los denunció, y el estado de Massachusetts premió al soplón con el viaje de regreso a Italia gratis», le había contado el viejo Joe a Danny. Hubo una manifestación por Sacco y Vanzetti que

partió de Hanover Street, en el North End, y llegó hasta Tremont Street, donde la policía montada disolvió la multitud; participaron miles de manifestantes, entre ellos Joe Polcari.

«Si tú o tu hijo tenéis algún problema, Gamba, házmelo saber», dijo Giusé Polcari a Dominic. «Conozco a cierta gente: ellos te resolverán el problema». El viejo Polcari se refería a la Camorra, la versión napolitana de la Mafia, aunque Dominic en el fondo no entendía la diferencia. De pequeño, cuando se portaba mal, Nunzi lo llamaba «su camorrista». Pero a Dominic le daba la impresión de que era la Mafia la que tenía más o menos bajo control el North End, donde tanto a la Mafia como a la Camorra se las conocía como la «Mano Negra».

Cuando Dominic contó a Paul Polcari que quizás el vaquero iría a por él, Paul dijo:

—Si mi padre viviera, llamaría a sus compinches de la Camorra, pero yo no sé qué decirte de esa gente.

—Yo tampoco sé qué decirte de la Mafia —dijo Tony Molinari a Dominic—. Si hacen algo por ti, quedas en deuda con ellos.

—No quiero involucraros en mis problemas —les contestó Dominic—. No pienso pedir ayuda a la Mafia, ni a la Camorra.

—El poli loco no irá a por Carmella, ¿verdad? —preguntó Paul Polcari al cocinero.

—No lo sé; no estaría de más tener a Carmella bajo vigilancia —respondió Dominic.

—La vigilarémos, dalo por hecho —aseguró Molinari—. Si ese vaquero se presenta aquí, en el restaurante... En fin, tenemos toda clase de cuchillos, grandes y pequeños...

—Y botellas de vino —sugirió Paul Polcari.

—Eso ni pensarlo —advirtió Dominic—. Si Cari viene a buscarme, vendrá armado; no irá a ningún sitio sin su Colt cuarenta y cinco.

—Sé qué diría mi padre —comentó Paul Polcari—. Diría: «Un cuarenta y cinco no es nada, no si alguna vez has intentado entrar en materia con una de esas costureras de la fábrica de camisas. ¡Hasta desnudas llevan agujas encima!». —(Joe Polcari se refería a la fábrica Leopold Morse del viejo edificio de Prince Macaroni; según su hijo Paul, Giusé debía de haberse tirado a alguna nena de armas tomar que trabajaba allí, o como mínimo haberlo intentado). Los tres cocineros se echaron a reír, e hicieron el esfuerzo por olvidarse del ayudante del sheriff de Coos County ¿Qué podían hacer aparte de intentar olvidarlo?

El viejo Polcari tenía un centenar de chistes como ese sobre las costureras de camisas.

—¿Os acordáis de aquel sobre la mujer que tenía el turno de noche en la Compañía de Embutidos y Víveres de Boston? —preguntó Dominic a Paul y Tony.

Los dos chefs prorrumpieron en carcajadas.



—Sí, trabajaba en el departamento de carne despellejada —dijo Paul Polcari.

—Tenía un cuchillito escondido, para pelar las salchichas —recordó Molinari.

—¡Era capaz de pelarte el pene como si fuera una uva! —exclamaron los tres cocineros, casi al unísono. En ese momento entró Carmella en el restaurante y dejaron de reír.

—¿Más chistes verdes? —preguntó ella.

Estaban calentando el horno para las *pizzas* y esperando a que subiera la masa; era media mañana, pero la salsa marinara ya hervía a fuego lento. Carmella advirtió lo preocupados que parecían de pronto, y que eludían su mirada.

—Hablabais de Cari, ¿verdad? —preguntó; parecían chicos a quienes hubiesen sorprendido meneándosela—. Tal vez deberías hacer lo que dice Ketchum; tal vez, Gamba, deberías hacer caso a tu viejo amigo —dijo a Dominic. Habían pasado dos meses desde el aviso de Ketchum, pero el cocinero aún no podía o no quería decir a Carmella cuándo se iría.

Ahora ninguno de ellos se sentía capaz de mirar a su querido Gambacorta, el cocinero que cojeaba.

—Tal vez deberías irte, si es que piensas irte —dijo Carmella a Dominic—. Ya casi es verano —anunció de pronto—. ¿Los policías tienen vacaciones en verano? —preguntó.

Era junio, casi el último día de colegio. Para Carmella ése era un momento del año difícil. De repente no le quedaba ningún sitio adonde ir en el North End. Los niños liberados de las aulas andaban por todas partes; Carmella se acordaba de su Angelú primú, su primer Ángel.

Habían transcurrido ya dos lentos meses desde que el ayudante del sheriff vivía con la Seis Jarras. Sí, aún era una relación relativamente nueva, pero —como Ketchum había señalado— dos meses eran mucho tiempo para que Cari se abstuviera de sacudir a una mujer. Por lo que el cocinero recordaba, el vaquero rara vez se pasaba una semana sin pegar a Jane la Piel Roja.

Había cosas que Carmella nunca contó a su amado Gamba sobre su querido hijo Daniel. Por ejemplo, que el chico se las arregló para que se lo cepillaran antes de marcharse a Exeter. Carmella había sorprendido a Danny con una de sus sobrinas, una de las DiMattia: Josie, la hermana menor de Teresa. Carmella se había ido a trabajar al restaurante, pero cayó en la cuenta de que se había olvidado algo y tuvo que regresar al piso de Wesley Place. (Ahora ya ni siquiera recordaba qué se había olvidado). Ese día Danny libraba en su empleo de mozo de comedor. Ya sabía que le habían concedido la beca integral en Exeter; quizás estaba celebrándolo. Carmella sabía, por supuesto, que Josie DiMattia era mayor que Danny; casi con toda seguridad había sido Josie la incitadora. Y eso que desde el principio Dominic sospechaba que sería Teresa DiMattia —o su amiga Elena Calogero, una prima camal sin lugar a dudas— quien iniciaría sexualmente a Danny.

¿Por qué preocupaba eso tanto a Gamba?, se preguntaba Carmella. Si el chico

hubiese tenido más sexo —se refería a sus años de estudiante en Exeter—, quizá no se habría encaprichado con aquella Callahan en la universidad. Y si se hubiese follado a unas cuantas primas carnales más —de los Calogero y los Saetta, o, ya puestos, a todas las mujeres de la familia DiMattia—, ¡posiblemente habría dejado preñada a una chica mucho más agradable que Katie!

Pero como Dominic se había obsesionado con Elena Calogero y Teresa DiMattia, cuando Carmella entró en el piso y vio a Danny follándose a alguien en su cama, primero supuso que era Teresa quien estaba iniciando al chico de quince años, visiblemente asustado. ¡El joven Dan estaba asustado, como es lógico, porque Carmella los había pillado con las manos en la masa!

—¡Teresa, menuda puta estás tú hecha! —exclamó Carmella. (En realidad la había llamado trota —por aquella troyana de triste fama—, pero la palabra significaba, claro está, «puta»).

—Soy Josie, la hermana de Teresa —replicó la chica, indignada. Debió de ofenderla que su tía no la reconociese.

—Ah, sí, eres tú —contestó Carmella—. ¿Y cómo se te ocurre usar nuestra cama, Danny? Ya tienes la tuya, disgraziato...

—Jo, tía, la vuestra es más grande —respondió Josie.

—¡Espero que te hayas puesto un condón! —exclamó Carmella.

Dominic usaba condones; no le importaba, y Carmella lo prefería. Tal vez el chico había encontrado los condones de su padre. Por lo que se refería a los condones, éste era un mundo absurdo, como Carmella bien sabía. En la farmacia Barones, tenían los condones escondidos donde nadie los viera. Si un chico los pedía, el farmacéutico lo ponía de vuelta y media. Y sin embargo, cualquier padre responsable con un hijo de esa edad aconsejaría al chico que usase condón. ¿De dónde exactamente se suponía que debían sacarlos?

—¿Era uno de los condones de tu padre? —preguntó Carmella a Danny, que permanecía allí inmóvil, tapado con la sábana; se moría de vergüenza por verse sorprendido de aquel modo. La DiMattia, en cambio, no se había molestado siquiera en cubrirse los pechos. Se limitó a quedarse allí sentada, desnuda, con un mohín, mirando a su tía con actitud desafiante.

—¿Vas a confesarte de esto, Josie? —preguntó Carmella a la muchacha—. ¿Cómo vas a confesarte de esto?

—Los condones los he traído yo; me los dio Teresa —repuso Josie, haciendo caso omiso a la pregunta más amplia sobre la confesión.

En ese punto, Carmella sí se enfadó. ¿Qué se había pensado esa tonta de Teresa? ¿Cómo se le ocurría darle condones a la cría de su hermana?

—¿Cuántos te dio? —preguntó Carmella. Pero antes de que la muchacha tuviera ocasión de contestar, Carmella preguntó a Danny:

—¿Es que no tienes deberes? —En ese momento Carmella pareció tomar conciencia de que pecaba de cierta hipocresía al juzgar con tal precipitación a Teresa.

(¿No debería estar agradecida a Teresa por dar condones a la cría de su hermana? Ahora bien, ¿acaso había seducido Josie a Secondo gracias a los condones que le habían facilitado?).

—Jo, tía, ¿querías que los contase o qué? —preguntó Josie, refiriéndose a los condones. El pobre Danny parecía desear que se lo tragara la tierra, Carmella siempre se acordaría.

—Bueno, chicos, mucho cuidado; tengo que irme a trabajar —dijo Carmella—. ¡Josie! —vociferó cuando salía del piso, justo antes de cerrar de un portazo—. ¡Lava las sábanas y haz la cama... o se lo diré a tu madre!

Carmella se preguntó si habrían follado toda la tarde y parte de la noche, y si habrían tenido condones suficientes. (Tan alterada estaba que se olvidó de que había vuelto al piso porque se le había olvidado una cosa). El deseo de su amado Gamba había sido que su hijo permaneciera a salvo de las chicas, ¡y cómo había llorado el cocinero cuando Danny se marchó a Exeter! Sin embargo, Carmella nunca fue capaz de decirle que en realidad enviar al chico al internado no había servido de nada. (No para lo que Dominic pretendía). Dominic también se había dejado impresionar en exceso por la lista de universidades a las que asistían muchos graduados de Exeter; el cocinero no entendía por qué en sus estudios en la academia Danny no había alcanzado el nivel para acceder a alguno de los centros de élite de la Ivy League. La Universidad de New Hampshire lo había decepcionado, al igual que las notas de su hijo en Exeter. Pero la academia era un colegio muy difícil para alguien salido del Mickey, y Danny había demostrado escasas aptitudes para las matemáticas y las ciencias.

Las notas del muchacho no eran gran cosa, principalmente porque escribía a todas horas. El señor Leary estaba en lo cierto: en Exeter no se valoraba la llamada escritura creativa, pero sí la mecánica de la buena redacción. Y hubo allí algún que otro profesor de lengua que desempeñó con Danny el papel del señor Leary: leyeron los relatos que les enseñaba el joven Baciagalupo. (Y además ni una sola vez le sugirieron el uso de un nom de plume). Otra cosa que hizo Danny en Exeter fue correr como un demente. En otoño corría campo a través, y en invierno y primavera con los equipos de atletismo. Detestaba la educación física obligatoria del colegio, pero le gustaba correr. Era más que nada corredor de fondo; sencillamente esa clase de esfuerzo se adaptaba bien a su cuerpo, a su escaso peso. Nunca fue muy aficionado a la competición; le gustaba dejarse la piel, correr lo más rápido posible, pero no le interesaba vencer a nadie. Antes de ir a Exeter nunca había podido correr, y allí uno tenía la posibilidad de correr todo el año.

En el North End no había donde correr, no si a uno le gustaba correr cierta distancia. Y en Great North Woods no había ningún sitio donde correr exento de peligro; si uno intentaba correr en aquellos bosques, sin duda tropezaría con algo, y si corría por una vía de saca, un camión maderero lo arrollaría o lo echaría a la cuneta. Las compañías madereras eran las dueñas de esas pistas forestales, y los capullos de

los camioneros —como Ketchum los llamaba— conducían como si los dueños fuesen ellos. (Por otro lado, estaba la caza del ciervo, naturalmente, tanto la temporada del arco como la temporada de las armas de fuego. Si uno intentaba correr por el bosque o en una vía de saca durante la temporada del ciervo, se exponía a que algún capullo, un cazador, le pegara un tiro o lo traspasara con una flecha de caza). Cuando Danny contó a Ketchum en una carta que corría en Exeter, Ketchum contestó lo siguiente: «Diantres, Danny, menos mal que no te dio por correr en Twisted River. En la mayoría de los sitios de Coos County que yo conozco, si veo correr a un fulano doy por hecho que anda huyendo por alguna fechoría. Aquí, para ir sobre seguro, habría que pegarle un tiro a todo aquel que ves correr».

A Daniel le encantaba el pabellón de atletismo de Exeter: el Thompson Cage disponía de una pista de madera inclinada por encima de otra de tierra batida. Era un buen lugar para pensar en los relatos que concebía; tenía la mente muy clara cuando corría, descubrió Danny, sobre todo al empezar a cansarse.

Cuando terminó en Exeter con notable en lengua e historia y aprobado en prácticamente todo lo demás, el señor Carlisle dijo a Dominic y Carmella que tal vez era un chico de «maduración tardía». Pero, como escritor, publicar una primera novela menos de un año después de acabar el Taller de Iowa era un logro más bien propio de un chico de maduración temprana; el señor Carlisle hablaba en términos estrictamente académicos, claro está. Y, en la Universidad de New Hampshire, Danny sacó unas notas excelentes; en comparación con Exeter, la Universidad de New Hampshire era fácil. En Durham, la experiencia más difícil fue conocer a Katie Callahan, y todo lo que ocurrió con ella, en Durham y en Iowa City. Ni Carmella ni su amado Gamba eran aún capaces de hablar de esa joven sin sentir náuseas, casi como si estuvieran intoxicados.

—Y ya ves tú, Gamba, preocupándote por unas cuantas italianas calenturientas en el North End —había estallado una vez Carmella ante él—. ¡Ese iceberg de la Universidad de New Hampshire, eso es lo que tendrías que haber visto venir!

«Un chocho frío», era como Ketchum había descrito a Katie.

—También fue por tanto escribir —había contestado Dominic a Carmella—. Horas y horas imaginando cosas: eso no podía hacerle ningún bien a Daniel.

—Tú deliras. Gamba —repuso Carmella—. Danny no se inventó a Katie. ¿Y de verdad hubieras preferido que se fuera a Vietnam en lugar de eso?

—Ketchum no lo habría permitido —contestó Dominic—. Ketchum no hablaba en broma, Carmella. Daniel habría sido un escritor con unos cuantos dedos menos en la diestra.

Después de todo, tal vez prefería no conocer al señor Ketchum, no pudo por menos de pensar Carmella.

El escritor Daniel Baciagalupo obtuvo el máster en el Taller Literario de Iowa en junio de 1967. Casi inmediatamente después de titularse, el escritor, junto con su hijo de dos años, Joe, se trasladó a Vermont. Pese a sus tribulaciones con Katie, a Danny

le gustaba Iowa City y el Taller Literario, pero en Iowa el verano era caluroso, y deseaba buscar con calma una vivienda en Putney, Vermont, donde estaba el Windham College. También era preciso organizar debidamente los cuidados que precisaría el pequeño Joe durante el día, y contratar a una niñera para el niño, aunque tal vez un par de alumnas de Danny en la universidad estuvieran dispuestas a echarle una mano.

En Iowa sólo contó a uno de sus profesores (y a nadie más) la idea del nom de plume: el escritor Kurt Vonnegut, que era un hombre considerado y un buen profesor. Vonnegut también estaba al corriente de las dificultades de Danny con Katie. Danny no explicó al señor Vonnegut la razón por la que contemplaba la posibilidad de adoptar un seudónimo, sino sólo que no le complacía la idea.

«Da igual cómo te llames», contestó Vonnegut. También dijo al joven escritor que Vida de familia en Coos County, el primer libro de Danny, era una de las mejores novelas que había leído. «Eso es lo que cuenta, no cómo te llames», afirmó el señor Vonnegut.

La única crítica que dejaría caer el autor de Matadero cinco era lo que describía como un problema de puntuación. El señor Vonnegut no veía bien el abuso del punto y coma. («La gente ya supondrá que fuiste a la universidad; no hace falta que se lo demuestres», dijo a Danny). Pero el punto y coma procedía de esas anticuadas novelas decimonónicas que inicialmente habían infundido en Daniel Baciagalupo el deseo de ser escritor. Había visto los títulos y los nombres de los autores en las novelas dejadas por su madre, los libros que su padre había legado a Ketchum en Twisted River. Danny llegaría a Exeter sin haber leído aún esos libros, pero una vez allí prestó especial atención a dichos autores: Nathaniel Hawthorne y Hermán Melville, por ejemplo. Escribían frases largas y complicadas; a Hawthorne y Melville les gustaba el punto y coma. Además eran escritores de Nueva Inglaterra, los dos: los favoritos de Daniel. Y el novelista inglés Thomas Hardy ejercía una atracción natural en Daniel Baciagalupo, quien —a sus veinticinco años— había visto ya su parte de lo que parecía obra del destino.

Entre sus compañeros del Taller en Iowa se había sentido un tanto solo, en el sentido de que admiraba a esos escritores antiguos más que a la mayoría de los contemporáneos. Pero a Danny sí le interesaban los libros de Kurt Vonnegut, y también le interesaba él personalmente. En cuanto a su formación como escritor, Danny tuvo suerte con los profesores, empezando por Michael Leary.

«Ya encontrarás a alguien», dijo Vonnegut a Danny cuando se despidieron en Iowa City. (Seguramente su profesor se refería a que, con el tiempo, Danny encontraría a la mujer adecuada). «Y», añadió Kurt Vonnegut, «quizás el capitalismo sea benévolo contigo». Ese último pensamiento fue el que acompañó a Danny mientras volvía al este en coche. «Quizás el capitalismo sea benévolo con nosotros», repitió varias veces al pequeño Joe de camino a Vermont.

—Más vale que encuentres una casa con una habitación disponible para tu padre

—había aconsejado Ketchum en su última conversación—. Aunque Vermont no está lo bastante lejos de New Hampshire, no en mi opinión. ¿No podrías conseguir trabajo de profesor en algún sitio del oeste?

—Por Dios —había contestado Danny—. El sur de Vermont se encuentra más o menos a la misma distancia de Coos County que Boston, ¿no? ¡Y en Boston estuvimos lo bastante lejos durante trece años!

—Vermont está demasiado cerca, lo sé, así de sencillo —insistió Ketchum—, pero para tu padre, ahora mismo, es un lugar mucho más seguro que Boston.

—Se lo he dicho una y otra vez —aseguró Danny.

—Yo también se lo he dicho una y otra vez, pero se lo pasa por el forro —respondió el leñador.

—Es por Carmella —dijo Danny a Ketchum—, está muy unido a ella. Debería llevársela; sé que ella lo acompañaría si él se lo pidiera; pero no se lo pedirá. Creo que Carmella es lo mejor que le ha pasado en la vida.

—No digas eso —atajó Ketchum—. No conociste a tu madre.

Danny prefirió no discutirsele a Ketchum; no quería que el viejo maderero le colgara.

—En fin, me parece que por las buenas o por las malas tendré que sacar al Coci de Boston a rastras —declaró Ketchum después de permanecer en silencio durante un rato.

—¿Cómo vas a hacerlo? —preguntó Danny.

—Lo meteré en una jaula si hace falta. Tú encuentra una casa en Vermont con espacio suficiente, Danny. Yo ya llevaré allí a tu padre.

—Ketchum, tú no mataste a Pinette el Suertudo, ¿verdad?

—¡Claro que no! —vociferó Ketchum por teléfono—. Asesinar al Suertudo no valía la pena.

—A veces pienso que sí valdría la pena asesinar a Cari —se aventuró a decir el escritor Daniel Baciagalupo; simplemente lanzó la idea al aire.

—Eso es algo a lo que le doy muchas vueltas —reconoció Ketchum.

—No querría que te detuviesen —dijo Danny.

—Ése no es el problema que se me plantea —contestó el leñador—. Y seguramente a Cari le traería sin cuidado que lo detuvieran... por matar a tu padre, quiero decir.

—¿Cuál es el problema, pues? —preguntó Danny.

—Me gustaría que él intentara matarme a mí primero —respondió Ketchum—. Así yo ya no tendría ningún problema.

Era lo que el escritor Daniel Baciagalupo había supuesto; la clave del enigma residía en que si bien el vaquero era sobremanera estúpido, a la vez poseía la astucia necesaria para seguir vivo. Y había dejado la bebida, con lo que ya no podía perder el dominio de sí mismo por completo. Quizá por eso no había dado una paliza a la Seis Jarras en dos meses largos, o al menos no una paliza tan grande como para que ella lo

abandonara y le contara todo lo que sabía.

La Seis Jarras aún bebía. Ketchum sabía que era perfectamente capaz de perder el dominio de sí misma por completo: eso también era un problema.

—Me preocupa una cosa —dijo Danny a Ketchum—. Tú no has dejado la bebida. ¿No te da miedo desmayarte en una borrachera y que Cari aproveche ese momento para ir a por ti?

—No conoces a mi perro, Danny; es un animal excelente.

—No sabía que tuvieras perro —dijo Danny.

—Diantres, cuando la Seis Jarras me dejó, necesitaba alguien con quien hablar.

—¿Y esa señora que conociste en la biblioteca? ¿La maestra que iba a enseñarte a leer? —preguntó Danny al maderero.

—Está enseñándome, pero en esa experiencia la conversación no tiene un papel dominante —respondió Ketchum.

—¿De verdad estás aprendiendo a leer? —preguntó Danny al maderero.

—Sí, sólo que es un poco más lento que contar cagarrutas de mapache —contestó Ketchum—. Pero mi objetivo es estar en condiciones de leer ese libro tuyo cuando se publique. —Se produjo un silencio en la línea antes de que Ketchum preguntara—: ¿Qué tal va aquello del nom de plume? ¿Se te ha ocurrido algo?

—Mi seudónimo es Danny Ángel —contestó con aspereza el escritor Daniel Baciagalupo a Ketchum.

—¿Y no «Daniel»? Tu padre le tiene mucho apego al «Daniel». A mí me gusta eso de Ángel —comentó Ketchum.

—Mi padre puede seguir llamándome Daniel —dijo Danny—. Danny Ángel es lo mejor que he encontrado, Ketchum.

—¿Cómo le va al pequeño Joe? —preguntó Ketchum; se dio cuenta de que para el joven escritor el nom de plume era un tema espinoso.

Durante el viaje de vuelta al este, Danny condujo sobre todo por la noche, mientras el pequeño Joe dormía. Paraba en un motel con piscina y jugaba con Joe durante gran parte del día. Danny se echaba una siesta en el motel al mismo tiempo que su hijo de dos años; luego volvía a conducir toda la noche. El escritor Danny Ángel tenía mucho tiempo para pensar mientras conducía. Podía pensar toda la noche. Pero Danny ni aun con su imaginación, acababa de representarse a un leñador como Ketchum en Boston. Ni siquiera Danny Ángel, nacido Daniel Baciagalupo, habría sido capaz de imaginar cómo se comportaría allí el formidable leñador.

Que el Windham College resultara ser un lugar extraño no importó mucho a Danny Ángel, cuya primera novela, Vida de familia en Coos County, obtendría críticas bastante favorables tras publicarse y unas ventas discretas en tapa dura. El joven autor vendería los derechos para la edición en rústica, y vendió también los derechos cinematográficos, pese a que el libro nunca se llevó a la gran pantalla, y las dos novelas que siguieron a la primera serían objeto de críticas poco entusiastas, y venderían menos ejemplares. (La segunda y tercera novela ni siquiera se publicarían

en rústica, y nadie mostró interés para llevarlas al cine en ninguno de los dos casos). Pero nada de eso importaría mucho a Danny, absorto como estaba en la misión de mantener a salvo a su padre, a la vez que intentaba ser él un buen padre para Joe. Danny sencillamente escribía y escribía. Tendría que seguir dando clases para vivir él y mantener a su hijo, a la vez que decía al pequeño Joe: «Quizás el capitalismo sea benévolo con nosotros algún día».

No resultó muy difícil encontrar una casa de alquiler en Putney, una con espacio suficiente para incluir a su padre... y a Carmella, si ella iba algún día a Vermont. Era una antigua granja junto a un camino de tierra que a Danny le gustó porque a un lado corría un arroyo: además, el camino cruzaba el arroyo por un par de sitios. El agua en movimiento le recordaba a Daniel Baciagalupo su procedencia. En cuanto a la casa, estaba a unos pocos kilómetros del pueblo, Putney, que era poco más que una tienda de suministros, un pequeño supermercado —llamado Cooperativa de Alimentación de Putney— y una gasolinera con su tienda abierta las veinticuatro horas, al pie de la carretera que iba a la universidad, al otro lado y casi a la misma altura que la antigua fábrica de papel. Cuando Danny vio la papelera por primera vez, supo que a su padre no le gustaría vivir en Putney. (El cocinero era de Berlín; aborrecía las fábricas de papel). El Windham College era una atrocidad arquitectónica en medio de unos terrenos francamente hermosos. El claustro lo constituía una mezcla de profesores con cierta distinción y no tan distinguidos; Windham carecía de virtudes académicas dignas de mención, pero algunos de los docentes eran en realidad buenos profesionales que podrían haber encontrado empleo en centros universitarios mejores pero deseaban vivir en Vermont. Muchos de los estudiantes de sexo masculino quizá no habrían cursado siquiera estudios de no ser por la guerra de Vietnam; cuatro años de carrera eran la vía más fácil para obtener una prórroga en el servicio militar si uno era un joven varón en edad de alistamiento. Windham era esa clase de lugar —no muy duradero para lo que es este mundo, pero sí continuaría existiendo mientras perdurase la guerra—, y para Danny, como fuente de su primer empleo fuera de un restaurante, no estaba mal.

Danny no tendría muchos alumnos interesados de verdad en escribir, y los pocos que sí lo estaban no tenían talento ni se aplicaban lo suficiente para su gusto. En Windham, uno podía considerarse afortunado si la mitad de los alumnos de su clase estaban interesados en leer. Pero como autor novel que se había librado de la guerra de Vietnam, como era el caso de Daniel Baciagalupo, y él bien lo sabía, era un profesor indulgente. Danny quería que todos —en especial sus estudiantes varones— siguieran en la universidad.

Si, como decían algunos cínicos, la única justificación de la existencia de Windham era que impedía que unos cuantos jóvenes fueran a Vietnam, a Danny Ángel ya le parecía bien; desde el punto de vista político había madurado ya lo suficiente para aborrecer la guerra, y él era antes escritor que profesor. A Danny le traía sin cuidado si el Windham College era más o menos responsable en un sentido



académico. Para él, dar clases era sólo un trabajo que le proporcionaba tiempo para escribir y para ser un buen padre.

Danny se lo comunicó a Ketchum en cuanto Joe y él se instalaron en la vieja granja de Hickory Pvidge Road. A Danny le traía sin cuidado quién le leía ahora las cartas al maderero; el joven escritor suponía que era la señora de la biblioteca, la maestra cuya obra en curso consistía en enseñar a Ketchum a leer.

«Hay espacio de sobra para mi padre», escribió Danny al leñador; el escritor incluyó su nuevo número de teléfono e indicaciones para llegar a la casa de Putney, tanto desde Coos County como desde Boston. (Era finales de junio de 1967). «Quizá te presentes aquí el Cuatro de Julio», escribió Danny a Ketchum. «Si es así, confío en que traigas los fuegos artificiales». Ketchum era muy aficionado a los fuegos artificiales. En cierta ocasión se encontró con que le resultaba imposible atrapar a cierto pez. «Es la puñetera trucha más grande del Phillips Brook, te lo juro», había declarado, «y la más lista». Hizo volar por los aires al pez, y a no pocas truchas del río en las cercanías, con dinamita.

«No traigas dinamita», había añadido Danny a modo de posdata. «Sólo fuegos artificiales». No fueron «fuegos artificiales» lo que Ketchum, sobre todo, llevó a Boston en la primera etapa de su viaje. North Station se hallaba en la zona del West End colindante con el North End. Ketchum se apeó del tren con una escopeta al hombro y un talego de lona en la otra mano; el talego parecía pesar mucho, pero no para Ketchum. El arma la llevaba en una funda de piel, pero para cualquiera que viese al leñador era evidente cuál era su contenido; no podía ser más que un rifle o una escopeta. A juzgar por cómo se ensanchaba la funda hacia el extremo, era obvio que Ketchum empuñaba el cañón del arma, quedando la culata por encima del hombro.

El chico que por entonces trabajaba de mozo de comedor en el Vicino di Napoli acababa de dejar a su abuela en el tren. Vio a Ketchum y se le adelantó a todo correr para volver al restaurante. Según dijo el mozo, daba la impresión de que Ketchum había tomado «el camino más largo», refiriéndose a que el leñador debía de haber consultado un mapa y elegido el itinerario más obvio, que no era forzosamente el más rápido. Ketchum debió de recorrer Causeway Street hasta Prince Street, y luego cruzar Hanover, una especie de rodeo para llegar a North Square, donde estaba el restaurante, pero el mozo avisó a todos de que el hombretón armado se dirigía hacia allí.

—¿Qué hombretón? —preguntó Dominic al mozo.

—Sólo sé que lleva un arma, ¡y apoyada al hombro! —contestó el mozo. Todos los empleados del Vicino di Napoli habían sido prevenidos de que podía aparecer el vaquero—. Y seguro que es del norte. ¡Da un miedo de cagarse!

Dominic sabía que Cari llevaría el Colt 45 oculto. Si bien era grande para ser un arma de mano, nadie llevaba un revólver al hombro.

—Por lo que se ve, te refieres a un rifle o una escopeta —dijo el cocinero al mozo.

—¡Jesús, María y José! —exclamó Tony Molinari.

—¡Tiene una cicatriz en la frente como si le hubiesen rajado la cara con un cuchillo de carnicero! —añadió el mozo.

—¿Es el señor Ketchum? —preguntó Carmella a Dominic.

—Debe de serlo —contestó el cocinero—. No puede ser el vaquero. Cari es corpulento y gordo, pero no da mucho miedo, y no tiene pinta de rústico del norte. Sólo parece un policía, con o sin uniforme.

El mozo continuaba parloteando.

—Lleva una camisa de franela con las mangas cortadas, y un cuchillo de caza enorme colgado del cinturón. ¡Le cuelga casi hasta la rodilla!

—Debe de ser el Browning —comentó Dominic—. Seguro que es Ketchum. En verano corta las mangas de sus camisas viejas de franela, pues, de todas maneras, ya se le han roto.

—¿Y para qué es el arma? —preguntó Carmella a su amado Gamba.

—Quizá para pegarme un tiro antes de que Cari tenga ocasión de hacerlo —contestó Dominic, pero Carmella no le vio la gracia; ninguno de los presentes se la vio. Se acercaron a la puerta y las vidrieras en busca de Ketchum. Era esa hora de la tarde que tenían para sí; teóricamente deberían haber estado disfrutando de su gran comida del día antes del turno de la cena.

—Voy a poner un cubierto para el señor Ketchum —anunció Carmella, y eso hizo. Las dos camareras más jóvenes se miraban en un espejo. Paul Polcari sostenía una pala para las *pizzas* con ambas manos; era del tamaño de una raqueta de tenis gigante.

—Deja la pala, Paul —ordenó Molinari—. Estás ridículo.

—Lleva muchas cosas en el talego..., munición, quizás —informó el mozo.

—Dinamita, posiblemente —apuntó el cocinero.

—¡Con la pinta que tiene, puede que lo detenga la policía antes de llegar aquí! —dijo el mozo a todos.

—¿Para qué ha venido? ¿Por qué no ha llamado antes? —preguntó Carmella a su Gamba.

El cocinero cabeceó; todos tendrían que esperar para ver qué quería Ketchum.

—Viene para llevarte con él, Gamba, ¿verdad? —preguntó Carmella al cocinero.

—Probablemente —contestó Dominic.

Aun así, Carmella se alisó el pequeño delantal blanco encima de la falda negra; abrió la puerta y esperó allí. Alguien debía recibir al señor Ketchum, pensaba.

«¿Qué voy a hacer en Vermont?», se decía el cocinero. «¿A quién le interesa allí la comida italiana?». Ketchum no se entendería mucho con ellos.

—Sé quién es usted —dijo a Carmella con tono afable—. Su hijo me enseñó una foto suya, y no ha cambiado mucho. —Sí que había cambiado en los más de trece años que tenía esa foto de carnet (pesaba al menos diez kilos más, todos lo sabían), pero Carmella agradeció el cumplido—. ¿Están todos ustedes aquí presentes? —

preguntó Ketchum—. ¿O hay alguien en la cocina?

—Estamos todos aquí, Ketchum —contestó el cocinero a su viejo amigo.

—Bueno, Coci, ya veo que tú sí estás —dijo Ketchum—. Y a juzgar por tu cara de desaprobación, no te alegras mucho de verme. —Ketchum, sin aguardar la respuesta, se dirigió al fondo de la cocina hasta que ya no lo veían y, levantando la voz, preguntó—: ¿Me ven?

—¡No! —contestaron todos a gritos, todos menos el cocinero.

—Pues yo sí los veo a ustedes, esto es perfecto —dictaminó Ketchum.

Al salir de la cocina, ya había sacado la escopeta de la funda; todos, incluido el cocinero, retrocedieron como un solo hombre. El arma despedía un olor extraño —por el aceite, tal vez, y la funda manchada de aceite—, pero se percibía otro olor, algo verdaderamente extraño (incluso para los cocineros, incluso en el comedor y la cocina de un restaurante). Tal vez era el olor de la muerte, porque las armas están concebidas sólo para una cosa: matar.

—Esto es una Ithaca de calibre veinte, monotiro, sin seguro. En escopetas, es lo más cómodo y sencillo que hay —afirmó Ketchum—. Hasta un niño puede usarla. —Abrió la escopeta y dejó caer el cañón hasta formar un ángulo de casi cuarenta y cinco grados—. No lleva seguro porque hay que amartillarla con el pulgar antes de disparar; el percutor tampoco tiene posición intermedia —decía el maderero. Lo observaban fascinados, todos excepto Dominic.

Para ellos, las explicaciones de Ketchum sobre el arma carecían de sentido, pero Ketchum las repetía pacientemente. Les mostró cómo cargarla y cómo extraer el cartucho vacío; se lo mostró una y otra vez, hasta que incluso el mozo de comedor y las jóvenes camareras habrían podido hacerlo. Al cocinero se le partió el corazón al ver la arrobada concentración con que Carmella escuchaba al viejo maderero; incluso Carmella habría podido cargar y disparar la condenada escopeta para cuando Ketchum terminó.

No comprendieron la gravedad de la demostración hasta que Ketchum llegó a la parte sobre las dos clases de munición.

—Esto es un cartucho de perdigones. Deben tener la Ithaca cargada siempre con perdigones. —Ketchum mantuvo su enorme mano en alto frente a la cara enharinada de Paul Polcari—. Desde ahí atrás, donde yo estaba al fondo de la cocina, los perdigones alcanzarían un blanco situado aquí, abarcando un círculo de este tamaño.

Empezaban a captar la idea.

—Todo dependerá de cómo vaya la cosa. Si Cari se cree la historia que le cuenten, y todos tienen que contarle al vaquero la misma historia, quizá se marche sin incidentes. No será necesario disparar —decía Ketchum.

—¿Y cuál es esa historia? —preguntó el cocinero a su viejo amigo.

—Pues trata de cómo abandonaste a esta señora —contestó Ketchum señalando a Carmella—. Cosa que no haría ni siquiera un tonto, que conste, pero eso hiciste, y aquí todos te odian por ello. A ellos mismos les gustaría matarte si te encontraran.

—¿Hay alguien que tenga algún problema para recordar esa historia? —preguntó Ketchum.

Todos negaron con la cabeza, incluso el cocinero, pero por una razón distinta.

—En cualquier caso, uno de ustedes estará en la cocina —prosiguió Ketchum—. Da igual que el vaquero sepa que hay alguien allí al fondo, siempre y cuando no lo vea. Puede hacer todo el ruido que le venga en gana con los cacharros. Si Cari dice que quiere ver quién hay ahí, y lo dirá, díganle que está ocupado cocinando.

—¿Quién de nosotros debe estar en la cocina con el arma? —preguntó Paul Polcari al leñador.

—Da igual quién esté ahí al fondo, siempre y cuando todos sepan manejar la Ithaca —contestó Ketchum.

—Das por hecho que Cari vendrá, supongo —dijo Dominic.

—Es inevitable, Coci. Querrá hablar especialmente con Carmella, pero vendrá a hablar con todos. Si no se cree su historia y hay problemas, es entonces cuando uno de ustedes debe pegarle un tiro —dijo Ketchum a todos.

—¿Cómo sabremos que va a haber problemas? —preguntó Tony Molinari—. ¿Cómo sabremos si se cree nuestra historia?

—Bueno, ustedes no verán el Colt cuarenta y cinco —contestó Ketchum—. Pero, créanme, lo llevará encima, y no sabrán que hay problemas hasta que vean el arma. Si Cari les permite ver el Colt, es porque tiene intención de usarlo.

—¿Y entonces le pegamos un tiro? —preguntó Paul Polcari.

—Primero la persona que esté en la cocina debe llamarlo —indicó Ketchum—. Basta con que diga algo así como «¡Eh, vaquero!», sólo para que él se vuelva en esa dirección.

—Yo había pensado que tendríamos más posibilidades disparando sin más —comentó Molinari—; o sea, antes de que él mire hacia quien le dispara.

—No, en realidad no —respondió Ketchum con paciencia—. Si el vaquero lo mira, y suponiendo que apunte usted a la garganta, lo alcanzará en la cara y el pecho, en un sitio y en otro, y probablemente lo cegará.

El cocinero miró a Carmella, temiendo que se desmayara. El mozo parecía mareado.

—Cuando el vaquero esté ciego, ya no tendrán que andarse con tantas prisas... una vez hayan sacado el cartucho vacío y metido la bala para ciervos: los perdigones lo ciegan, la bala lo mata —explicó Ketchum—. Primero lo ciegan, luego lo matan.

El mozo de comedor huyó despavorido a la cocina: lo oyeron vomitar en el enorme fregadero donde el lavaplatos restregaba los cazos y las sartenes.

—Quizá no convenga que sea él quien se quede al fondo de la cocina —advirtió Ketchum en voz baja a los demás—. Diantres, así cazábamos antes con linterna los ciervos en Coos County. Iluminabas al ciervo hasta que te miraba. Primero los perdigones, luego la bala. —Pero, en ese punto, el leñador se detuvo antes de continuar—. Bueno, con un ciervo, estando así de cerca, basta con los perdigones.

Con el vaquero, no nos conviene correr riesgos innecesarios.

—No creo que seamos capaces de matar a nadie, señor Ketchum —dijo Carmella—. Sencillamente no sabemos hacerlo.

—¡Yo acabo de enseñarles a hacerlo! —exclamó Ketchum—. Esta pequeña Ithaca es el arma más sencilla que tengo. La gané en un pulso en Milán, ¿te acuerdas, Coci?

—Me acuerdo —contestó el cocinero a su viejo amigo. En realidad, la situación había ido mucho más allá de un simple pulso, según recordaba Dominic, pero el caso es que Ketchum se había marchado de allí con la Ithaca monotiro, de eso no cabía duda.

—Diantres, pues trabájense bien la historia —continuó Ketchum—. Si la historia es convincente, puede que no haga falta matar a ese cabrón.

—¿Has venido hasta aquí sólo para traernos esta arma? —preguntó el cocinero a su viejo amigo.

—He traído la Ithaca para ellos, Coci, para tus amigos, no para ti. He venido para ayudarte a hacer las maletas. Tenemos por delante un pequeño viaje.

Dominic echó el brazo hacia atrás, hacia la mano de Carmella —sabía que ella se encontraba a sus espaldas—, pero Carmella se le adelantó. Rodeó la cintura de su Gamba con los brazos y hundió la cara en su nuca.

—Te quiero, pero prefiero que te vayas con el señor Ketchum —dijo al cocinero.

—Lo sé —respondió Dominic, consciente de que no servía de nada resistirse a ella o a Ketchum.

—¿Qué más lleva en el talego? —preguntó el mozo al leñador; el chico había salido de la cocina y ya tenía mejor cara.

—Fuegos artificiales, para el Cuatro de Julio —contestó Ketchum—. Me los pidió Danny —aclaró a Dominic.

Carmella los acompañó al piso del edificio sin ascensor en Wesley Place. El cocinero no se llevó muchas cosas, pero sí cogió la sartén de hierro colado de veinte centímetros, colgada en su dormitorio; Carmella supuso que la sartén tenía sobre todo un valor simbólico. Fue con ellos a la agencia de alquiler de coches. Viajarían hasta Vermont en un coche alquilado, y Ketchum volvería con el coche a Boston; luego regresaría en tren a New Hampshire desde North Station. Ketchum había preferido que no se notara la ausencia de la furgoneta durante muchos días; no convenía que el ayudante del sheriff se enterase de su ausencia. Además, necesitaba una furgoneta nueva, explicó Ketchum; con tantos kilómetros como tenían que recorrer Dominic y él, quizá la furgoneta de Ketchum no hubiera aguantado.

Durante trece años Carmella había deseado conocer al señor Ketchum. Ahora lo había conocido, a él y su violencia. Al instante comprendió qué había admirado de aquel hombre su Angelú, y no le costó imaginar que Rosie Calogero (o cualquier mujer de su edad) se enamorase de él cuando Ketchum era más joven. Pero ahora odiaba a Ketchum por presentarse en el North End y llevarse a Gamba; echaría de

menos incluso la cojera del cocinero, se dijo.

A continuación Ketchum dirigió unas palabras a Carmella, y con ello la cautivó por completo.

—Si algún día quiere usted ver el lugar donde falleció su hijo, sería un honor para mí enseñárselo —dijo Ketchum.

Carmella tuvo que contener las lágrimas. Había sido su mayor deseo ver el remanso del río donde se produjo el accidente, pero no los troncos; sabía que los troncos serían más de lo que era capaz de soportar. Sólo la orilla del río, desde donde el cocinero y el joven Dan lo habían presenciado —y quizás el sitio exacto en el agua —; sí, acaso algún día deseara verlo.

—Gracias, señor Ketchum —dijo Carmella. Los observó mientras subían al coche. Naturalmente, Ketchum iba al volante.

—Si alguna vez quieres verme... —empezó a decir Carmella a Dominic.

—Lo sé —atajó el cocinero, sin mirarla.

En comparación con el día en que se marchó su Gamba, el día que se presentó Cari en el Vicino di Napoli a Carmella casi le resultó fácil. De nuevo sucedió a primera hora de la tarde, durante la comida en común, y era casi a finales de verano, en algún momento de agosto de 1967, cuando todos ya empezaban a concebir la posibilidad (o la esperanza) de que el vaquero no apareciese nunca.

Carmella fue la primera en ver al policía. Era tal como Gamba lo había descrito: Cari parecía ir de uniforme incluso cuando no lo llevaba. Como es lógico, Ketchum había mencionado los carrillos colgantes y los pliegues del cuello. («Tal vez todos los policías llevan el pelo mal cortado», dijo Ketchum a Carmella).

—Que alguien vaya al fondo de la cocina —indicó Carmella levantándose de la mesa; habían echado la llave a la puerta, y ella se acercó para abrirla. Paul Polcari fue quien se escondió en la cocina. Nada más entrar el vaquero, Carmella lamentó que no fuese Molinari quien se hubiera retirado a la cocina.

—¿Usted debe de ser la tal Del Popólo? —preguntó el ayudante del sheriff. Enseñó a todos su placa al tiempo que decía:

—Massachusetts queda fuera de mi jurisdicción... De hecho, todo lo que no es Coos County queda fuera de mi jurisdicción..., pero busco a un fulano y creo que todos ustedes lo conocen. Tiene que rendir cuentas por algo... Se llama Dominic, es cojo y bajito.

Carmella se echó a llorar; le costaba poco llorar, pero en esa ocasión tuvo que esforzarse.

—Ese gilipollas... —dijo Molinari—. Si supiera dónde está, lo mataba.

—¡Yo también! —añadió Paul Polcari desde la cocina.

—¿Puede salir de ahí? —exigió el ayudante del sheriff a Paul levantando la voz —. Me gustaría tenerlos a todos a la vista.

—¡Ahora no puedo! ¡Estoy cocinando! —respondió Paul en voz alta entre el ruido de cacharros de cocina.

El vaquero suspiró. Todos recordaban la descripción de Cari que Ketchum y el cocinero habían esbozado; según ellos, el policía siempre tenía la sonrisa en los labios, pero la suya era la sonrisa más falsa del mundo.

—Oigan —dijo el vaquero—, no sé qué les habrá hecho a ustedes el cocinero, pero a mí tiene que darme alguna que otra explicación...

—¡Abandonó a esta mujer! —exclamó Molinari, señalando a Carmella.

—¡Le robó las joyas! —añadió el mozo de comedor.

«¡Este chaval es idiota!», pensaron los demás. (Quizás hasta el policía tuviera inteligencia suficiente para deducir que Carmella no era la clase de mujer que tiene joyas).

—Me cuesta imaginar al Coci como ladrón de joyas —comentó Cari—. ¿Eso que me dicen es verdad? ¿Seguro que no saben dónde está?

—¡No! —exclamó una de las jóvenes camareras, como si su compañera la hubiese apuñalado.

—Ese gilipollas —repitió Molinari.

—¿Y usted? —vociferó el vaquero, hacia la cocina.

Paul parecía haberse quedado sin habla. Cuando empezó a oírse otra vez el ruido de los cacharos, los demás lo interpretaron como la señal para apartarse un poco del policía. Ketchum les había advertido que no se dispersaran como una bandada de gallinas, pero que dejaran el espacio necesario entre el vaquero y ellos para dar a quien disparase una oportunidad razonable de acertarle al muy cabrón.

—Si supiera dónde está, ¡lo cocería! —contestó a voz en cuello Paul Polcari. Sostenía la Ithaca en sus manos completamente enharinadas y temblorosas. Fijó la mira en la garganta del vaquero, o lo que veía de ella bajo los múltiples pliegues de la papada de Cari.

—¿Le importaría salir y venir aquí donde pueda verlo? —pi dio el policía a Paul, mirando hacia la cocina con los ojos entornados—. Estos macarro ni... —masculló el vaquero.

Fue entonces cuando Toni Molinari alcanzó a ver el Colt. Cari se había llevado la mano bajo la chaqueta, y Molinari vio la enorme funda colocada en un incómodo ángulo bajo la axila del ayudante del sheriff; el obeso policía apenas rozó con los dedos la culata de aquella arma de cañón largo. La empuñadura del Colt 45 tenía incrustaciones de lo que parecía hueso; probablemente era cornamenta de ciervo.

«¡Por el amor de Dios, Paul!», pensaba Molinari. «El vaquero ya está mirándote, ¡dispara de una vez!». Para su sorpresa, Carmella pensaba eso mismo: «¡Dispara de una vez!». A duras penas podía contener el impulso de taparse los oídos con las manos.

Sencillamente, Paul Polcari no era el indicado para ese cometido. El pizzero era un hombre tierno y afable; en ese momento se sentía como si se le hubiera espesado en la garganta una taza de harina. Intentaba decir «¡Eh, vaquero!». No le salían las palabras. Y el vaquero seguía mirando hacia la cocina con los ojos entornados. Paul

Polcari supo que no era necesario decir nada. Bastaba con apretar el gatillo y Cari quedaría cegado. Pero Paul era incapaz de hacerlo, es más: no lo hizo.

—En fin, vaya mierda —dijo el ayudante del sheriff. Se desplazaba de lado, en dirección a la puerta del restaurante. Molinari empezó a preocuparse, porque allí el vaquero no estaba a tiro desde la posición que ocupaba Paul al fondo de la cocina. De pronto Cari volvió a llevarse la mano bajo la chaqueta, y todos quedaron paralizados. («¡Ahora saca el Colt!», pensaba Molinari). Pero enseguida vieron que lo que el vaquero había extraído del bolsillo era sólo una pequeña tarjeta; se la entregó a Carmella—. Avíseme si aparece por aquí el tullido ese —dijo Cari; seguía sonriendo.

Por el ruido de los cacharros en la cocina, Molinari sospechó que Paul Polcari se había desmayado allí dentro.

—Deberías haber ido tú a la cocina, Tony —dijo Carmella a Molinari después—, pero el pobre Paul no tiene la culpa.

Aun así, Paul Polcari sí se sentía culpable; ya nunca hablaría de otra cosa. Además, Tony Molinari tardó casi una hora en limpiar de harina la Ithaca. Pero el vaquero ya no volvería. Tal vez el mero hecho de tener el arma en la cocina había servido de algo. En cuanto a la historia a la que, según indicaciones de Ketchum, debían aferrarse, Cari debió de creérsela.

Una vez superado el mal trago, Carmella lloró y lloró; todos creyeron que lloraba por la terrible tensión del momento. Pero la marcha de su Gamba le había dolido más; Carmella lloraba porque sabía que para su Gamba el mal trago no había concluido. Contrariamente a lo que le había dicho a Ketchum, ella misma habría disparado la Ithaca si hubiese estado al fondo de la cocina. Sólo de ver al vaquero —y, como Ketchum le había advertido, la manera en que la miró— se había convencido de que era capaz de apretar el gatillo. Pero esa oportunidad no volvería a presentarse a Carmella, ni a ninguno de ellos.

A decir verdad, Carmella del Popólo echaría de menos a Dominic más de lo que había echado de menos al pescador, y también echaría de menos a Secondo. Estaba al tanto de que el chico había abierto un agujero en la puerta de su habitación en el piso sin agua caliente de Charter Street. Quizás ella se bañó más pudorosamente después de conocer la existencia del agujero, pero Carmella se había dejado ver por el joven Dan de todos modos. Con el pescador muerto, y sin Angelú a su lado, llevaba demasiado tiempo sin nadie que la mirase. Cuando Dominic y Daniel entraron en su vida, a Carmella en realidad no le importó que el niño de doce años la contemplara en la bañera de la cocina; sólo le preocupaba la influencia que en el futuro pudiese tener en el chico verla así. (Carmella no se refería a la obra narrativa de Danny). De todas las personas que quedaron sorprendidas, perplejas, defraudadas o indiferentes ante el nom de plume elegido por el escritor Daniel Baciagalupo, Carmella del Popólo fue sin duda la más complacida. Porque cuando se publicó Vida de familia en Coos County, de Danny Ángel, Carmella supo que Secondo siempre había sabido que era su hijo sustituto, con la misma certeza con que todos en el Vicino di Napoli sabían (y



Carmella muy en particular) que absolutamente nadie podría reemplazar a su adorado pero fallecido Angelú.

# **TERCERA PARTE**

**Windham County,  
Vermont, 1983**

## 7. Benevento y Avellino

El edificio era viejo y estaba muy deteriorado por la cercanía del río Connecticut. Algunos de los apartamentos también habían sufrido considerables deterioros, pero no exclusivamente a causa del río; en los años sesenta, un par de chicos del Windham College habían destrozado uno de ellos. En su día baratos, los apartamentos eran ahora un poco más caros. Habían depurado las aguas del Connecticut, y el pueblo de Brattleboro había ganado con el cambio. El apartamento del cocinero en el piso de arriba se hallaba en la parte de atrás del viejo edificio de Main Street y daba al río. Casi todas las mañanas, Dominic bajaba al restaurante vacío y la cocina desierta para prepararse un expreso; la cocina, también en la parte de atrás, ofrecía una buena vista del río.

En el lado de Main Street, los bajos del deslucido edificio siempre habían alojado un comercio o un restaurante de un tipo u otro, y en la otra acera, junto a una tienda de excedentes de ropa militar, estaba el cine del pueblo, conocido como el Latchis.

Si uno bajaba por Main Street y dejaba atrás el Latchis, llegaba a Canal Street y el mercado donde el cocinero hacía casi todas sus compras. Desde allí, saliendo del pueblo, se accedía al hospital y a unas galerías comerciales, y si continuabas por la Interestatal 91, te encontrabas con unas cuantas gasolineras y los habituales establecimientos de comida rápida.

Si uno se dirigía hacia el norte por Main Street, cuesta arriba, llegaba a The Book Cellar, una librería más que aceptable, donde el ya famoso autor Danny Ángel había llevado a cabo una lectura o dos y no pocas firmas de libros. El cocinero había conocido a un par de sus amigas de Vermont en The Book Cellar, donde Dominic del Popólo, nacido Baciagalupo, era para todos el señor Ángel, padre del célebre novelista y dueño y cocinero del mejor restaurante italiano de los alrededores.

Después de decidirse Daniel por ese nom de plume, Dominic también tuvo que cambiarse el apellido.

—Joder. los dos debéis llamaros Ángel, digo yo... Espero que al menos eso esté claro —había dicho Ketchum—. De tal palo, tal astilla, y todo lo que eso conlleva. —Pero Ketchum había insistido en que el cocinero se deshiciera también del «Dominic».

—¿Y qué tal Tony? —había sugerido Danny a su padre. Era el Cuatro de Julio de 1967, y Ketchum casi había incendiado la granja de Putney con su espectáculo de fuegos artificiales; el pequeño Joe siguió chillando durante cinco minutos después de estallar los últimos petardos.

El nombre «Tony» seguía sonando a italiano pero tenía un agradable aire anónimo, pensaba Danny, en tanto que a Dominic le gustaba el nombre por el afecto que le inspiraba Tony Molinari; cuando hacía sólo unas noches que se había marchado de Boston, el cocinero ya sabía lo mucho que echaría de menos a Molinari. Tony Ángel, previamente Dominic del Popólo, previamente Baciagalupo, también

echaría de menos a Paul Polcari, y no tendría peor opinión de Paul cuando se enterase de lo ocurrido en agosto de ese mismo verano.

Tony Ángel echaría la culpa a Ketchum, no a Paul Polcari, por la desafortunada circunstancia de que el vaquero saliera vivo del Vicino di Napoli. El pobre Paul jamás habría sido capaz de apretar el gatillo. La culpa la tenía Ketchum, a juicio del cocinero. Porque Ketchum había dicho a todos que daba igual quién de ellos estuviera al fondo de la cocina con la escopeta. ¡Por favor! ¡Un entendido en armas como Ketchum debería haber sabido que sí importaba quién apuntara el arma y apretara (o no) el gatillo! Tony nunca se lo echaría en cara a Paul, hombre tierno y afable.

—Siempre echas la culpa a Ketchum, por todo —reprocharía Danny a su padre más de una vez, pero así eran las cosas.

Si se hubiese apostado Molinari al fondo de la cocina, Dominic del Popólo habría recuperado el nombre de Dominic Baciagalupo y habría regresado a Boston, con Carmella. El cocinero nunca se habría convertido en Tony Ángel. Y el escritor Danny Ángel, cuya cuarta novela fue su primer gran éxito —ahora, en 1983, su quinta novela se había traducido ya a más de treinta lenguas extranjeras—, habría vuelto a llamarse, como era su más profundo deseo, Daniel Baciagalupo.

—¡Maldita sea, Ketchum! —había dicho el cocinero a su viejo amigo—. Si hubiese estado Carmella al fondo de la cocina con tu bendita Ithaca, habría disparado a Cari dos veces mientras él la miraba todavía con los ojos entornados. Si el idiota del mozo hubiese estado allí al fondo, te juro que habría apretado el gatillo.

—Lo siento, Coci. Eran amigos tuyos, yo no los conocía. Tenías que haberme avisado de que había uno no apto para disparar, un puto pacifista.

—Dejaos ya de reproches —decía Danny una y otra vez.

A fin de cuentas, hacía ya dieciséis años —o los haría ese mes de agosto— que Paul Polcari había sido incapaz de apretar el gatillo de la escopeta monotiro, calibre veinte, de Ketchum. Todo había salido bien, ¿o no?, pensaba el cocinero mientras, de pie ante la ventana de su cocina, tomaba el expreso y veía correr las aguas del río Connecticut.

En su día se habían conducido troncos por el Connecticut. En el comedor del restaurante, que daba a Main Street y a la marquesina con el nombre de la película que en ese momento estuviese en cartel en el cine Latchis, el cocinero tenía colgada, en un marco, una enorme fotografía en blanco y negro de un atasco de troncos en Brattleboro. Era una foto de hacía muchos años, claro está: ni en Vermont ni en New Hampshire existía ya el transporte fluvial de madera.

El acarreo de maderadas había durado más en Maine, y por eso Ketchum había trabajado tanto en Maine en las décadas de los sesenta y los setenta. Pero la última maderada de Maine databa de 1976, conducida desde el lago Moosehead por el río Kennebec. Ketchum había estado metido de lleno, por supuesto. Había telefoneado al cocinero a cobro revertido desde un bar de Bath, en Maine, no lejos de la

desembocadura del Kennebec.

—Hago lo que puedo por apartarme de un capullo que trabaja en unos astilleros; viene tentándome la paciencia y a este paso acabaré ocasionándole algún daño físico —empezó a contarle Ketchum.

—Tú recuerda que no eres de ese estado, Ketchum. Las autoridades locales se pondrán del lado del trabajador de los astilleros.

—Dios mío, Coci, ¿tú sabes cuál es el coste de trasladar troncos por el agua? Llevarlos desde el punto de tala hasta el aserradero, quiero decir. ¡Pues unos quince centavos la cuerda! Eso cuesta una maderada.

El cocinero ya había oído ese razonamiento demasiadas veces. Podría colgar, pensó Tony Ángel, pero siguió al aparato, tal vez porque le daba lástima el trabajador de los astilleros.

—¡Cuesta seis o siete dólares la cuerda transportar por tierra los troncos hasta el aserradero! —vociferó Ketchum—. ¡Para empezar, en el norte de Nueva Inglaterra la mayoría de las carreteras son una mierda, y ahora sólo circularán camioneros, los capullos ésos! Y tú dices que éste es un mundo de accidentes, Coci... ¡Pues imagínate un camión de troncos sobrecargado volcando y aplastando un coche lleno de esquiadores!

Ketchum tenía razón; se habían producido accidentes atroces en los cuales habían estado implicados camiones madereros. En el norte de Nueva Inglaterra, antes se podía conducir por cualquier sitio; según Ketchum, sólo podía matarte un alce o un conductor borracho. Ahora los camiones circulaban por las carreteras grandes y pequeñas; había camioneros por todas partes, los muy capullos.

—¡Vaya país de capullos, éste! —había bramado Ketchum por teléfono—. ¡Siempre encuentran la manera de encarecer lo que es barato, y eliminar de paso un montón de puestos de trabajo!

La conversación se interrumpió de repente. En aquel bar de Bath se elevó el confuso barullo de la discordia; siguió un violento altercado. Sin duda, alguien en el bar, muy probablemente el antedicho capullo, el empleado de unos astilleros, había protestado al oír las difamaciones de Ketchum contra todo el país. («Un capullo de patriota», como describiría Ketchum más tarde a aquel tipo). Al cocinero le gustaba escuchar la radio cuando empezaba a preparar la masa de la *pizza* por la mañana. Nunzi le había enseñado a dejar que la masa de la *pizza* subiera dos veces; quizá fuera una costumbre tonta, pero él la había conservado. Paul Polcari, un magnífico pizzero, había dicho a Tony Ángel que era mejor dejarla subir dos veces, pero la segunda no era absolutamente imprescindible. En la cocina del pabellón de Twisted River, la masa de la *pizza* del cocinero no incluía un ingrediente que ahora consideraba esencial.

Tiempo atrás había comentado a las gordas esposas de los trabajadores de la serrería —Dot y May, aquellas dos comadres viejas y malas— que a sus bases de *pizza* no les vendría mal un sabor un poco más dulce. Dot (aquella que mediante

ardides lo había inducido a toquetearla) dijo:

—Tú desvarías, Coci. Haces la mejor base de *pizza* que he comido en la vida.

—Puede que necesite miel —había contestado el entonces Dominic Baciagalupo. Pero resultó que se le había acabado la miel; optó por agregar, pues, un poco de sirope de arce. No fue buena idea: sabía demasiado a sirope. Luego se olvidó de la idea de la miel hasta que un día May se la recordó. Embistiéndolo aposta con su enorme cadera, le entregó el tarro de miel.

El cocinero nunca había perdonado a May el comentario sobre Jane la Piel Roja: cuando dijo que él prefería a las mujeres con «la piel más roja» que Dot y ella.

—Toma, Coci —había dicho May—: miel para la masa de la *pizza*.

—He cambiado de idea —contestó él, pero si no probó entonces a echar miel a la masa fue únicamente por no darle la satisfacción a May.

Fue en la cocina del Vicino di Napoli donde Paul Polcari enseñó a Tony Ángel su receta para la masa de la *pizza*. Además de harina y agua, y levadura, Nunzi siempre añadía a la masa un poco de aceite de oliva, no más de una o dos cucharadas soperas por *pizza*. Paul había enseñado al cocinero a agregar una cantidad de miel casi equivalente a la de aceite. El aceite daba a la masa una textura sedosa; podía cocerse la base muy fina, sin que quedara reseca y quebradiza. La miel —como el propio cocinero casi había descubierto allá en Twisted River— confería cierto dulzor a la base, pero el sabor de la miel no llegaba a notarse.

Tony Ángel rara vez empezaba a preparar la masa de la *pizza* sin acordarse de que había estado a punto de inventar la incorporación de la miel a su receta. El cocinero no pensaba en la enorme Dot, ni en May, aún más enorme, desde hacía años. La mañana que pensó en ellas en su cocina de Brattleboro él ya había cumplido los cincuenta y nueve. ¿Qué edad tendrían ahora esas dos viejas brujas?, se preguntó Tony Ángel. Sin duda pasaban ya de los sesenta. Recordó que May tenía un regimiento de nietos, algunos de la misma edad que los hijos de su segundo matrimonio.

De pronto la radio distrajo a Tony de sus pensamientos; echaba de menos lo que consideraba el «Dominic» que llevaba dentro, y la radio le recordó todo lo que echaba de menos. En Boston tanto la emisora que escuchaban en el Vicino di Napoli como la propia música eran mejores. La música de los cincuenta era espantosa, pensaba el cocinero, y de pronto pasó a ser buenísima en los sesenta y los setenta; ahora rayaba otra vez en lo horrendo. Le gustaba George Strait —Amarillo by Morning y Yon Look So Good in Love—, pero ese día en concreto habían puesto dos canciones seguidas de Michael Jackson (Billie Jean y Beat It). Tony Ángel detestaba a Michael Jackson. En opinión del cocinero, Paul McCartney se había rebajado al colaborar con Jackson en The Girl Is Mine, que también habían puesto esa misma mañana. En ese momento sonaba por la radio Duran Duran: Hungry Like the Wolf.

Ciertamente la música era mejor durante su época en Boston, allá por los años sesenta. Hasta el viejo Joe Polcari tarareaba las canciones de Bob Dylan. Paul Polcari

tamborileaba en la olla de pasta al son de (I Can't Get No). Satisfaction, y además de los Rolling Stones y todo Dylan, estaban Simón y Garfunkel y los Beatles. Tony se imaginó que aún oía cantar a Carmella The Sound of Silence; habían bailado los dos en la cocina del Vicino di Napoli al ritmo de Eight Days a Week y Ticket to Ride y We Can Work it Out. Y no olvidemos Penny Lañe y Strawberry Fields Forever. Los Beatles lo habían cambiado todo.

El cocinero apagó la radio en su cocina de Brattleboro. Intentó cantar All You Need Is Love para sí en lugar de escuchar la radio, pero ni Dominic del Popólo, nacido Baciagalupo, ni Tony Ángel habían sido nunca capaces de cantar, y al poco rato esa canción de los Beatles empezó a parecerse a una canción de The Doors (Light My Fire), con lo que al cocinero le vino a la memoria el muy ingrato recuerdo de su exnuera, Katie. Ella era gran admiradora de The Doors y Grateful Dead y Jefferson Airplane. Al cocinero no le desagradaban The Doors y los Dead, pero una vez Katie hizo una imitación de Grace Slick, y a partir de ese momento a Tony Ángel dejó de gustarle Jefferson Airplane, sobre todo Somebody to Love y White Rabbit.

Se acordó de aquella ocasión en que Daniel, justo antes de que él y su mujer y el bebé se mudaran a Iowa, llevó a Joe a Boston para dejarlo con el cocinero y Carmella. Daniel y Katie se iban a un concierto de los Beatles en el Shea Stadium de Nueva York; alguien de la pija familia de Katie le había conseguido entradas. Era agosto; más de cincuenta mil personas asistieron a ese concierto. A Carmella le encantaba cuidar del pequeño Joe —había nacido en marzo, como su padre, así que el niño tenía sólo cinco meses por aquel entonces—, pero tanto Katie como Daniel estaban borrachos cuando llegaron al North End para recoger al bebé.

Debían de llevar ya una buena curda al salir de Nueva York, y habían conducido borrachos todo el camino a Boston. Dominic no les permitió llevarse a Joe.

—No vas a volver en coche a New Hampshire con el bebé, no en tu estado —dijo el cocinero a su hijo.

Fue entonces cuando Katie, con un contoneo de puta, se lanzó a cantar una improvisación de Somebody to Love y White Rabbit. Después de esa interpretación provocadora y obscena, Carmella y el cocinero ya ni siquiera podían ver a Grace Slick.

—Venga, papá —dijo Dan a su padre—. No estamos tan mal como para no conducir. Deja que el pequeño Joe venga con nosotros; no podemos dormir todos en este piso.

—Pues tendréis que apañaros, Daniel —respondió su padre—. Joe puede dormir en nuestra habitación, con Carmella y conmigo, y Katie y tú tendréis que arreglaros con la cama individual de tu habitación. Ni tú ni ella sois muy corpulentos —recordó el cocinero a los jóvenes.

Danny, aunque furioso, se contuvo. Fue Katie quien exhibió un comportamiento lamentable. Entró en el cuarto de baño y orinó con la puerta abierta; todos la oyeron. Daniel dirigió una mirada a su padre como diciendo: ¿y qué esperabas? Carmella

entró en su habitación y cerró la puerta. (El pequeño Joe ya estaba dormido allí dentro). Cuando Katie salió del cuarto de baño, iba desnuda.

Katie habló a Danny como si su suegro no estuviera presente.

—En marcha. Si tenemos que hacerlo en una cama individual, empecemos ya.

El cocinero sabía, claro está, que su hijo y Katie en realidad no hicieron allí el amor ruidosamente, pero eso era lo que Katie quería que el padre de Danny y Carmella creyesen; actuó como si tuviese un orgasmo por minuto. Tanto Danny como su mujer estaban tan borrachos que ni siquiera los despertó la pesadilla del pequeño Joe esa misma noche horas más tarde.

El cocinero y su hijo no cruzaron una sola palabra cuando, al día siguiente, Daniel se marchó con su mujer y su hijo; Carmella no se dignó siquiera mirar a Katie. Pero poco después de trasladarse a Iowa el aspirante a escritor Daniel Baciagalupo con su familia, el cocinero telefoneó a su hijo.

—Si sigues bebiendo así, no escribirás nada que merezca la pena leerse. Al día siguiente ni siquiera te acordarás de lo que escribiste el día anterior —dijo su padre al joven escritor—. Yo dejé de beber porque no podía controlarlo, Daniel. Bueno, puede que sea genético; quizá tú tampoco puedes controlar la bebida.

Tony Ángel no sabía qué le había ocurrido a su hijo en Iowa City, pero algo indujo a Danny a abandonar la bebida. En realidad Tony prefería no saber qué le había ocurrido a su querido hijo en Iowa, porque el cocinero estaba convencido de que Katie había tenido algo que ver.

Cuando terminó con la masa de la *pizza* —la masa estaba subiendo la primera de las dos veces en las grandes artesas que el cocinero cubría con paños húmedos—, Tony Ángel anduvo Main Street arriba hasta The Book Cellar. Sentía aprecio por la joven encargada de la librería; siempre lo trataba con amabilidad y comía a menudo en el restaurante. Tony le regalaba de vez en cuando una botella de vino. Siempre que entraba en The Book Cellar dejaba caer la misma broma.

«¿Tiene hoy alguna mujer que presentarme?», preguntaba Tony invariablemente. «Alguien más o menos de mi edad, o quizás un poco más joven». El cocinero se sentía muy a gusto en Brattleboro, y contento de tener su propio restaurante. Durante los primeros años no soportaba Vermont, o mejor dicho, era Putney lo que aborrecía. Putney tenía algo de estilo alternativo. («Putney es una alternativa a un pueblo», se complacía en decir ahora el cocinero a la gente). Por entonces Tony añoraba el North End —lo añoraba «una barbaridad», como diría Ketchum—, y Putney estaba plagado de *hippies* autopropagandísticos y otros grupos marginales. Incluso había una comuna a unos kilómetros del pueblo; su nombre incluía la palabra «trébol», pero Tony no recordaba el resto. Según creía, era una comuna sólo para mujeres, lo que inducía al cocinero a sospechar que eran todas lesbianas.

Y el carnicero, o carnicera, de la Cooperativa de Alimentación de Putney se cortaba una y otra vez; en principio, cortarse no era lo que debía hacer un carnicero, y Tony pensaba que el sexo del carnicero era «indeterminable».



—Por Dios, papá, está claro que el carnicero es una mujer —dijo Danny a su padre con exasperación.

—Eso dices tú, pero ¿le has quitado toda la ropa para comprobarlo? —preguntó su padre.

Aun así. Tony Ángel había abierto su propia pizzería en Putney, y pese a las continuas quejas del cocinero respecto al Windham College —a él no le parecía una universidad «de verdad» (a pesar de que él nunca había ido a la universidad), y todos los universitarios eran «unos capullos»—, la pizzería fue todo un éxito, gracias en gran medida a los alumnos de Windham.

«Por los clavos oxidados de Cristo, no lo llames Ángel's Pizza, ni nada que incluya el nombre Ángel», había prevenido Ketchum al cocinero. En retrospectiva, Ketchum veía con creciente desazón que Danny y su padre hubiesen elegido el apellido Ángel, por si Cari llegaba a recordar que la muerte del Ángel original había coincidido en el tiempo con la fecha en que el cocinero y su hijo se marcharon del pueblo. En cuanto al nombre del pequeño Joe, era elección de Danny, si bien él habría preferido llamar a su hijo igual que su padre, Dominic Júnior. (A Katie no le gustaba ni el Dominic ni el Júnior). Pero Danny se había negado a poner al pequeño Joe el nom de plume del escritor. Joe seguía siendo un Baciagalupo; el niño no se convirtió en un Ángel. Tanto Danny como el cocinero recordaban que Cari era incapaz de pronunciar Baciagalupo; dijeron a Ketchum que era improbable que el vaquero supiese deletrearlo, ni aunque le fuera el pellejo en ello. ¿Qué más daba, pues, si Joe era aún un Baciagalupo? Ketchum tendría que aguantarse. ¡Y ahora Ketchum se quejaba del apellido Ángel!

El cocinero soñaba a menudo con el capullo de Gennaro Capodilupo, su padre fugado. Tony Ángel aún oía los nombres de aquellos dos pueblos montañeses que a su vez eran provincias en las inmediaciones de Nápoles, aquellas palabras que su madre, Nunzi, musitaba en sueños: Benevento y Avellino. Tony creía que su padre realmente había regresado a las inmediaciones de Nápoles, el lugar donde había nacido. Pero lo cierto era que eso al cocinero le traía sin cuidado. Cuando alguien te abandona, ¿qué más da si va a un sitio o a otro?

«Y ahora no vayas a pasarte de listo y le pongas a la pizzería “Inmediaciones de Napóles”», había advertido Ketchum al cocinero. «Ya sé que el vaquero no habla italiano, pero cualquier imbécil podría llegar algún día a la conclusión de que Vicino de Napoli, o como coño se diga, significa “en las inmediaciones de Nápoles”». Así que el cocinero había llamado Benevento a su pizzería en Putney; siempre era el primero de los dos pueblos o provincias que Annunziata susurraba en sueños, y nadie a excepción de Tony Ángel había oído a su madre pronunciarlo. Era de todo punto imposible que el condenado vaquero encontrase relación alguna entre Benevento y él.

«Desde luego suena italiano, joder, eso hay que reconocerlo, Coci», había dicho Ketchum.

La pizzería de Putney estaba a pie de carretera, en la Federal 5, poco antes de la

bifurcación en el centro del pueblo, donde la Carretera Federal 5 continuaba hacia el norte pasando ante la fábrica de papel y un señuelo para el turismo llamado Basketville. El Windham College estaba un poco más al norte, en la misma Federal 5. El ramal izquierdo de la bifurcación, donde se encontraba la tienda de suministros de Putney —y la Cooperativa de Alimentación de Putney, con aquel carnicero de sexo «indeterminable» que se autolaceraba—, se desviaba en dirección a Westminster West. Por ese camino se hallaba la Escuela de Putney, un centro de enseñanza secundaria que Danny desdeñaba por considerar que no estaba a la altura de Exeter, y en Hickory Ridge Road, donde aún vivía el escritor Danny Ángel, había una escuela media independiente llamada «la Academia», que cumplía en gran medida el nivel de exigencia de Danny.

Había mandado allí a Joe, y el niño había rendido lo suficiente para acceder al Northfield Mount Hermon, un centro de secundaria que Danny sí aprobaba. El NMH, como se llamaba al colegio, se encontraba a una media hora al sur de Brattleboro, en Massachusetts, y a una hora en coche de la casa de Danny en Putney. Joe, que en la primavera de 1983 estudiaba allí el último curso, veía mucho a su padre y a su abuelo.

En su apartamento de Brattleboro, el cocinero disponía de una habitación de invitados siempre a punto para su nieto. Tony había echado abajo la cocina de ese apartamento, pero había conservado la instalación de agua: había construido un baño bastante espacioso, con vistas al Connecticut. La bañera era grande, y al cocinero le recordaba la que Carmella tenía en su cocina del piso sin agua caliente de Charter Street. Tony aún no sabía con total certeza si Daniel había espiado o no a Carmella en esa bañera, pero había leído las cinco novelas de su hijo y en una de ellas aparecía una cautivadora italiana que se solazaba con prolongados baños. El hijastro de la mujer tiene la edad a la que uno empieza a masturbarse, y el chico se la menea mientras contempla a su madrastra en la bañera. (El sagaz muchacho abre un agujero en la pared del cuarto de baño; su dormitorio, conforme a la disposición convencional, se halla contiguo al cuarto de baño). Si bien las novelas de Ángel incluían estos pequeños detalles muy reconocibles, el cocinero habitualmente se fijaba más en cosas que su hijo con toda seguridad debía de haber inventado. Mientras que Carmella había aportado un aspecto físico identificable en la bañera, el personaje de la madrastra en esa novela no estaba basado desde luego en Carmella; tampoco encontró el cocinero en las novelas de Daniel ningún elemento de sí mismo, salvo algún que otro rasgo muy superficial, ni gran cosa de Ketchum. (En una novela se menciona de pasada la fractura de muñeca de un personaje secundario; en otra, se observa la propensión de otro personaje a decir «Por los clavos oxidados de Cristo»). Tanto Ketchum como Tony Ángel habían comentado que no había nadie en las novelas que les revelara algo sobre su amado Daniel y su esencia más pura.

«¿Dónde se esconde ese chico?», había preguntado Ketchum al cocinero, porque incluso en la cuarta (y más famosa) novela de Danny Ángel, que se titulaba *Los*

*padres Kennedy*, el personaje central —que se libra de la guerra de Vietnam con la misma prórroga por paternidad gracias a la que Danny quedó exento de la guerra— presenta poco parecido esencial con el Daniel que Ketchum y el cocinero conocían y amaban.

En *Los padres Kennedy* salía un personaje basado en Katie —Caitlin, la llamó Danny Ángel—, una menudencia de mujer con una desmedida capacidad para la infidelidad en serie. Salva de la guerra de Vietnam a muchos padres Kennedy, una cantidad difícil de creer. El personaje de Caitlin salta atropelladamente de un marido a otro con el mismo desenfado con que, suponían el cocinero y Ketchum, Katie hacía una mamada, y sin embargo Caitlin no era Katie.

—Es demasiado simpática —comentó Tony Ángel a su viejo amigo.

—¡Y que lo digas! —coincidió Ketchum—. ¡Al final le coges cariño!

Al final todos sus maridos le toman también cariño, o no son capaces de superar la separación, si es que se reduce a lo mismo. Y todos esos bebés que nacen y son abandonados por su madre... En fin, nunca llegamos a saber qué piensan de la madre. La novela concluye cuando el presidente Nixon anula la prórroga 3-A, en tanto que la guerra se alarga aún otros cinco años, y el personaje de Caitlin más o menos desaparece; en el último capítulo de *Los padres Kennedy* es un alma en pena. Tiene algo de mal augurio cuando telefonea a todos sus maridos y les pide que la dejen hablar con sus hijos, que no guardan el menor recuerdo de ella. Eso es lo último que sabemos de Caitlin: es un momento conmovedor.

Ketchum y el cocinero sabían muy bien que Katie no había llamado ni una sola vez a Daniel para pedirle que la dejara hablar con Joe; daba la impresión de que, sencillamente, le importaban tan poco que ni siquiera había mostrado el menor interés en saber cómo les iba, aunque Ketchum siempre decía que Danny sabría de Katie si llegaba a ser famoso.

Cuando salió a la luz *Los padres Kennedy*, y Danny en efecto se hizo famoso, siguió sin recibir noticias de Katie. Sí recibió noticias, en cambio, de otros padres Kennedy. La mayoría de las cartas expresaban una opinión favorable acerca de la novela. A juicio de Danny, esos padres compartían cierta culpabilidad, porque en algún momento de sus vidas todos habían tenido la sensación de que probablemente deberían haber ido a la guerra de Vietnam, o (como Danny) en realidad habían deseado ir. Ahora, por supuesto, todos eran conscientes de que habían tenido la suerte de no ir a la guerra.

La novela recibió elogios por presentar otra dimensión de los daños permanentes causados por la guerra de Vietnam a Estados Unidos, y por ver cómo el país quedaría dividido durante mucho tiempo a causa de la contienda. Los jóvenes padres de la novela quizás acabarían siendo (o no) buenos padres, y aún era pronto para saber si esos niños —esa «dispensa de Vietnam», como los llamaba Danny— quedarían trastornados. Para la mayoría de los críticos, Caitlin era el personaje más memorable, y la auténtica heroína de la historia. Se sacrifica por salvar las vidas de esos jóvenes,

pese a abandonarlos —a ellos y posiblemente a sus propios hijos—, sintiéndose atormentada.

Pero en realidad Ketchum y el cocinero estaban que rabiaban con esa novela. Habían previsto que en ella Danny despotricara sobre Katie, y él, en lugar de eso, ¡había convertido a su horrible exesposa en una jodida heroína!

Un carta que recibió Danny de un padre Kennedy en concreto era digna de guardarse, y se la enseñaría a su hijo; llegó varios años después de la publicación de *Los padres Kennedy*, en la primavera del primer curso de Joe en el Northfield Mount Hermon, cuando el chico conducía desde hacía sólo un año y acababa de cumplir los diecisiete. A sugerencia del joven Joe, Danny también enseñó la carta a su padre y a Ketchum. Mientras que Danny y Joe hablaron de la carta —tanto acerca de lo que significaba, como de lo que no decía—, Ketchum y su padre se mostraron muy cautos en sus respuestas a Danny. Los dos sabían que los sentimientos de Danny por Katie no coincidían exactamente con los suyos.

La carta era de un «padre soltero», como él mismo se presentaba, residente en Pordand, Oregón, un tal Jeff Reese. La carta empezaba así: «Como tú, soy un padre Kennedy, uno de los cretinos a quienes Katie Callahan salvó. No sé bien cuántos somos. Conozco al menos a otro —es decir, además de tú y yo—, y también a él le he escrito. Lamento informaros a los dos de que Katie no pudo salvarse a sí misma, sino sólo a unos cuantos cretinos como nosotros. No puedo decirte nada más, pero me consta que fue una sobredosis accidental». No decía de qué. Tal vez Jeff Reese supuso que Danny ya sabía qué sustancia consumía Katie, pero ellos nunca habían tomado drogas en serio, sólo un poco de marihuana de vez en cuando. En su caso, el alcohol y algún que otro canuto habían sido más que suficiente. (No incluía la menor mención a *Los padres Kennedy*, aunque cabía suponer que Jeff Reese la había leído un tanto tardíamente. Tal vez había leído lo suficiente para darse cuenta de que el personaje de Caitlin en realidad no era Katie. Y si Katie había leído *Los padres Kennedy*, o cualquier otra novela de Danny Ángel, Jeff Reese no lo decía; al menos Katie sí debía de saber que Danny Baciagalupo se había convertido en Danny Ángel, ¿cómo si no iba a establecer la conexión Jeff Reese?). Danny había ido en coche al Northfield Mount Hermon, el colegio de su hijo, para hacer una visita improvisada a Joe. El viejo Gimnasio James estaba vacío —no era temporada de lucha—, y sentados en la pista de madera inclinada leyeron y releieron la carta sobre la madre de Joe. Tal vez el chico pensaba que algún día tendría noticias de su madre; Danny nunca esperó saber de Katie, pero el escritor que había en él creía que tal vez ella intentaría ponerse en contacto con su hijo.

A los diecisiete años, Joe Baciagalupo a menudo parecía necesitar un afeitado y tenía los rasgos faciales bien definidos propios de un joven de veintitantos; pero su expresión traslucía cierta expectación, cierta franqueza, que a su padre le traía a la memoria a un Joe más infantil, al «pequeño». Joe que el chico había sido. Quizá fuera eso lo que indujo a Danny a decir:

—Siento que no hayas tenido una madre, o que yo no haya encontrado a alguien capaz de desempeñar bien ese papel para ti.

—Pero no es sólo un papel, ¿verdad? —preguntó Joe a su padre; aún sostenía la carta con la noticia de la muerte de su madre por sobredosis, y Danny pensaría más tarde que por la manera en que el chico de diecisiete años miraba la carta, parecía moneda extranjera: una curiosidad, de aspecto exótico, pero sin ninguna utilidad concreta por el momento—. O sea, te he tenido a ti, tú siempre has estado presente —prosiguió Joe—. Y tu padre... En fin, ya lo sabes, es como un segundo padre para mí. Y además está Ketchum.

—Sí —fue lo único que pudo decir el escritor; cuando Danny hablaba con el joven Joe, a veces no sabía si hablaba con un niño o con un hombre. ¿Era parte de aquel mismo desasosiego que Danny había sentido a los doce años por lo que ahora sospechaba que Joe le ocultaba cosas, o se debía a lo que Ketchum y el cocinero habían ocultado a Danny por lo que ahora éste se preguntaba en qué medida era (o no) comunicativo Joe?

—Sólo quiero asegurarme de que todo va bien —dijo Danny a Joe, pero el chico de diecisiete años (niño u hombre, o las dos cosas) sin duda sabía que con la palabra «bien» su padre daba a entender mucho más que «bien». El escritor quería decir «viento en popa»; Danny también quería decir «sin peligro», como si las conversaciones habituales entre padre e hijo pudieran realmente garantizar la seguridad de Joe. (Del niño o el hombre). Aun así, como Danny se plantearía algún día, quizás ésa era la carga específica de un escritor; a saber, que el desasosiego que sentía como padre se combinase con el análisis que aplicaba a los personajes de sus narraciones.

El día que Danny Ángel enseñó a Joe la carta sobre Katie experimentó la sensación de que la noticia de la muerte de Katie poseía un carácter irreal, de suceso ocurrido entre bastidores; ese remoto anuncio, a cargo de un desconocido, tuvo el efecto de convertir a Katie en un personaje ficticio secundario. Y si Danny hubiese seguido bebiendo con ella, habría acabado igual: ya fuera un accidente o un suicidio, el gran final se habría desarrollado, para decepción de todos, entre bastidores. Su padre había tenido razón en cuanto a la bebida; quizá su incapacidad para controlarla, como su padre había dado a entender, era «genética».

«Al menos no ha escrito sobre Rosie... todavía», escribió Ketchum a su viejo amigo.

A Tony Ángel le gustaban más las cartas que Ketchum le escribía antes, las de aquellos tiempos en que el viejo maderero, que ahora contaba sesenta y seis años, no sabía leer. La señora que había conocido en la biblioteca —«la maestra», la llamaba siempre Ketchum—..., en fin, había cumplido su misión, pero Ketchum estaba aún más cargado de manías ahora que sabía leer y escribir, y el cocinero tenía la certeza de que Ketchum ya no escuchaba con la misma atención de antes. Cuando no sabes leer, no te queda más remedio que escuchar; quizás esos libros que el leñador había

oído eran los libros que mejor había comprendido. Ahora Ketchum se quejaba de casi todo lo que leía. También es posible que Tony Ángel echara de menos la caligrafía de la Seis Jarras. (En opinión de Ketchum, dicho sea de paso, también el cocinero se había vuelto más maniático). Danny echaba en falta sin duda la influencia de Pam la Seis Jarras en Ketchum; posiblemente su dependencia de Pam había hecho de Ketchum un hombre menos solitario de lo que ahora le parecía a Danny, y Danny había aceptado hacía mucho tiempo el papel de la Seis Jarras como intermediaria en la correspondencia de Ketchum con el joven escritor y su padre.

Danny contaba cuarenta y un años en 1983. Cuando los hombres pasan de los cuarenta, en su mayoría ya no se sienten jóvenes, pero Joe —a los dieciocho— sabía que tenía un padre relativamente joven. Incluso las chicas de la edad de Joe (y aún más jóvenes) del Northfield Mount Hermon habían comentado al muchacho que su famoso padre era muy apuesto. Tal vez Danny fuera apuesto, pero no era ni la mitad de apuesto que Joe. El joven medía casi veinte centímetros más que su padre y su abuelo. Katie, la madre del muchacho, había sido una mujer llamativamente pequeña, pero los hombres de la familia Callahan eran altos, de manera uniforme, no gruesos, pero sí muy altos. Su estatura armonizaba con «su aire aristocrático», había afirmado el cocinero.

A Carmella y a él la boda les había parecido abominable; se habían sentido tratados con soberbia en todo momento. El banquete había sido un dispendio extremo, en un club privado de Manhattan, un sitio muy caro —Katie ya estaba embarazada de dos meses—, y pese al dinero que costó la fiesta, la cena era incomible. Los Callahan no eran de buen comer: eran esa clase de gente que chupa cubitos de hielo, toma demasiados cócteles y se harta de aperitivos. Daba la impresión de que tenían tanto dinero que no necesitaban la comida; eso fue lo que Tony Ángel contó a Ketchum, quien por entonces aún conducía maderadas en el Kennebec. Le había dicho a Danny que estaba muy ocupado en Maine y no podía asistir a la boda. Pero en realidad Ketchum no había ido a la boda porque el cocinero se lo había pedido.

—Te conozco, Ketchum: te traerás el cuchillo Browning y una escopeta de calibre doce. Matarás a todos los Callahan que identifiques, incluida Katie, y luego cogerás el Browning y la emprenderás con los dedos de Danny.

—Sé que tú piensas lo mismo que yo, Coci.

—Sí, es verdad —admitió el cocinero ante su mejor amigo—, e incluso Carmella está de acuerdo con nosotros. Pero debemos permitir a Daniel hacer su vida. Esa puta, la Callahan, va a tener un niño de alguien, y ese hijo mantendrá al mío fuera de esta desastrosa guerra.

Así que Ketchum se había quedado en Maine. Menos mal que el Coci había ido a la boda, diría más tarde el maderero. Con la estatura que Joe tenía, quizás el cocinero habría tendido a pensar que su querido Daniel no era el verdadero padre del chico. Al fin y al cabo, Katie follaba con quien le venía en gana, y fácilmente podría haberse

quedado preñada de otro y casarse luego con Daniel. Pero la boda proporcionó la prueba de que en la familia Callahan había un gen de hombres altos, y Joe resultó ser el vivo retrato de Danny, sólo que su padre apenas le llegaba al pecho.

Joe poseía el cuerpo de un remero, pero no remaba. Se había criado principalmente en Vermont; el chico era un experto en esquí alpino. A su padre no le entusiasmaba ese deporte; como corredor que era, prefería el esquí de fondo, y eso cuando esquiaba. Danny había seguido corriendo; aún le ayudaba a pensar y a imaginar cosas.

Joe practicaba la lucha en el Northfield Mount Hermon pese a que no tenía cuerpo de luchador. Fue probablemente por influencia de Ketchum por lo que Joe se decantó por la lucha, pensaba el cocinero. (Ketchum no era más que un buscabroncas de bar, pero la lucha se acercaba más que el boxeo a su clase de pelea preferida. Normalmente, Ketchum no pegaba al otro hasta que lo tenía tumbado en el suelo). La primera vez que Ketchum asistió a uno de los combates de lucha de Joe en el NMH, el buscabroncas de bar no acababa de entender bien aquel deporte. Joe había conseguido anotar un tanto por derribo, y su adversario yacía de lado cuando Ketchum gritó:

—¡Ahora! ¡Pégale ahora!

—Ketchum —dijo Danny—, está prohibido pegar; es un combate de lucha.

—Dios mío, es el momento ideal para sacudirle a un fulano —protestó Ketchum—, cuando lo tienes así, tendido.

Después, en ese mismo combate, Joe tuvo a su adversario casi inmovilizado; Joe había practicado un medio nelson alrededor del cuello del otro luchador y presionaba para obligarlo a yacer de espaldas.

—Joe le ha pasado el brazo por el lado del cuello que no debe —se quejó Ketchum al cocinero—. Con el brazo por detrás del cuello no puedes asfixiar a un fulano; hay que tenerlo agarrado por la puta garganta.

—Joe intenta inmovilizar al otro con la espalda contra el tapiz, Ketchum; no pretende asfixiarlo —explicó Tony Ángel a su viejo amigo.

—Asfixiar es antirreglamentario —añadió Danny.

Joe ganó el combate, y cuando se acabaron todos los combates, Ketchum se acercó a estrecharle la mano al chico. Fue entonces cuando pisó un tapiz de lucha por primera vez. Cuando el leñador notó que el tapiz cedía bajo su pie, se apresuró a retroceder al suelo de madera del gimnasio; era como si hubiese pisado algo vivo.

—Joder, ése es el primer problema —dijo Ketchum—: el tapiz es demasiado blando; ahí es imposible hacerle daño en serio a alguien.

—Ketchum, no se trata de hacer daño al adversario; sólo hay que inmovilizarlo, o derrotarlo por puntos —intentó explicar Danny. Pero acto seguido Ketchum trataba de enseñar a Joe una manera mejor de obligar a alguien a caer sobre la espalda.

—Echas boca abajo al fulano y le coges un brazo por detrás de la espalda —dijo Ketchum con entusiasmo—. Luego haces un poco de palanca por debajo del

antebrazo y le empujas el codo derecho hasta tocarle la oreja izquierda. Se dará la vuelta, créeme, si no quiere perder el hombro.

—No se le puede doblar el brazo a alguien más allá de un ángulo de cuarenta y cinco grados —contestó Joe al viejo maderero—. Antes las presas de sometimiento y de asfixia estaban permitidas, pero hoy día no se puede obligar a alguien a sucumbir al dolor: eso se llama presa de sometimiento, y no se puede asfixiar a nadie. Esas cosas no son reglamentarias, ya no.

—¡Por los clavos oxidados de Cristo! ¡Aquí pasa como con todo lo demás! —protestó Ketchum—. Toman lo que antes estaba bien y lo joden con sus reglas.

Pero cuando Ketchum vio unos cuantos combates más, empezó a tomarle gusto a la lucha escolar.

—Diantres, Coci, si he de serte sincero, la primera vez que lo vi pensé que esa manera de luchar era una mariconada. Pero una vez le coges el tranquillo, puedes llegar a saber quién ganaría el combate si se hiciera en un aparcamiento y sin árbitro.

A Joe le sorprendió que Ketchum asistiera a tantos combates. El viejo leñador cruzaba toda Nueva Inglaterra en coche para ver a Joe y al equipo de lucha del NMH. En el último curso de Joe en aquel centro, el colegio tenía un equipo aceptable. Durante los cuatro años que estudió Joe en el Northfield Mount Hermon, Ketchum vio sin duda más combates de lucha del chico que su padre o su abuelo.

Los combates se celebraban los miércoles y los sábados. El restaurante de Tony Ángel en Brattleboro cerraba los miércoles, y Tony podía presenciar algunos de los combates de lucha de su nieto. Pero el cocinero nunca encontraba tiempo para ver luchar a Joe los sábados, y por lo visto los combates más importantes, los torneos de final de temporada, por ejemplo tenían lugar los fines de semana. Danny Ángel llegó a ver más de la mitad de los combates de su hijo, pero el escritor viajaba mucho por la promoción de sus libros. Era Ketchum quien iba a casi todas las «peleas» de Joe, como tendía a llamarlas el maderero.

«Te has perdido una buena pelea», decía Ketchum cuando telefoneaba al cocinero o a Danny para contarles el resultado de los combates de lucha de Joe.

Danny no supo que las editoriales tenían departamento de publicidad hasta que consiguió un éxito de ventas con *Los padres Kennedy*. Ahora que los editores promocionaban su novela, Danny se sentía en la obligación de hacer algún que otro viaje en interés de sus libros. Y las traducciones salían a la luz en fechas distintas, casi nunca al mismo tiempo que las ediciones en lengua inglesa. Esto implicaba que raro era el año que Danny no iba a algún sitio de gira por los libros.

Cuando no era temporada de lucha y su padre estaba de viaje, Joe acostumbraba pasar los fines de semana en el apartamento de su abuelo en Brattleboro. A veces sus amigos del Northfield Mount Hermon pedían a sus padres que los llevarsen a cenar al restaurante italiano de Tony Ángel. Esporádicamente, Joe ayudaba en la cocina. Era como en los viejos tiempos, y a la vez no lo era, pensaba el cocinero, viendo trabajar en la cocina, o limpiar mesas, a su nieto en lugar de su hijo. Eso le recordaba a Tony,



nacido Dominic, que en aquellos años de secundaria no había visto tanto a Danny como ahora veía a Joe. Debido a esto, la relación del cocinero con su nieto tenía algo de agrisulce; como por arte de magia, había momentos en que Tony Ángel llegaba a relajarse con Joe, sin juzgar ni una sola vez al chico como se había sentido obligado a juzgar (y criticar) a Daniel.

Los otros miembros del equipo de lucha de Joe habían cogido cariño a Ketchum.

—¿Es tu tío, ese hombre con la cicatriz y pinta de duro? —preguntaban los luchadores a Joe.

—No, Ketchum es un amigo de la familia; era ganchero —contestaba Joe.

Un día el entrenador preguntó a Joe:

—¿Ha practicado alguna vez la lucha, ese hombre grande que aprieta tanto al dar la mano? Por su aspecto, diría que es muy posible, incluso probable.

—Oficialmente, no —respondió Joe.

—¿Y esa cicatriz? —preguntó el entrenador a Joe—. Es de padre y muy señor mío... O al menos peor que el típico testarazo normal y corriente.

—No fue un testarazo; fue un oso —contó Joe al entrenador.

—¡Un oso!

—Pero no se lo pregunte nunca a Ketchum —dijo Joe—. Es una historia horrible. Ketchum tuvo que matar al oso, pero no quería. Los osos, en general, le gustan.

Joe Baciagalupo llevaba dentro algo del escritor Danny Ángel, eso desde luego, un elemento más profundo que el mero parecido físico. Pero Danny advertía con preocupación cierto asomo de temeridad en su hijo, y no era esa temeridad de la imaginación propia de un Baciagalupo. Tampoco se trataba de la lucha, que era algo que Danny nunca había deseado hacer, y que el cocinero no habría concebido siquiera la posibilidad de hacerlo, no con su cojera. En realidad, la lucha no parecía entrañar demasiados peligros, una vez que Joe empezó a dominarla. Había otro aspecto en el joven Joe que Danny no reconocía como algo heredado de él o su padre.

Si en el chico existía un gen activo de Katie Callahan, tal vez fuera su propensión al riesgo. Esquiaba a una velocidad excesiva, conducía también a una velocidad excesiva, y en cuanto a las chicas, decir que iba a una velocidad excesiva sería quedarse corto: en opinión de su padre escritor, Joe se arriesgaba demasiado.

—Quizá sea eso lo que hay de Katie en él —había comentado Danny a su padre.

—Quizá —contestó el cocinero; Tony Ángel aborrecía la sola idea de que algo de aquella mujer se hubiese transmitido a su nieto—. Por otro lado, también puede ser que haya salido a tu madre, Daniel. Al fin y al cabo, a Rosie le gustaba el riesgo; pregúntale a Ketchum, si no.

Durante todo el tiempo que Danny había pasado mirando aquellas fotografías de su madre, podría haber escrito una novela, si bien dejó de mirarlas, por un tiempo, cuando se enteró de la verdad sobre su madre, Ketchum y su padre. En una ocasión intentó entregar las fotos a su padre, pero Tony Ángel las rechazó.

—No, son tuyas; yo sigo viéndola con toda claridad, Daniel. —Su padre se tocó

la sien con un dedo—. Aquí arriba.

—A lo mejor a Ketchum le gustaría tener estas fotos —dijo Danny.

—Ketchum tiene sus propios retratos de tu madre, Daniel —respondió el cocinero.

Con el tiempo, Ketchum fue enviando a Danny algunas de las fotos que él mismo había colocado, para que no se arrugasen, entre las hojas de los libros abandonados en Twisted River. «Ten, he encontrado este retrato en uno de sus libros», rezaba la carta adjunta de Ketchum. «He pensado que debes quedártelo tú, Danny». A su pesar, Danny había conservado las fotos. A Joe le gustaba mirarlas. Quizás el cocinero tenía razón: era posible que Joe hubiese heredado algo de la temeridad o la propensión al riesgo de su abuela, no de Katie. Cuando Danny miraba los retratos de su madre, veía a una mujer guapa, con los ojos de un intenso color azul, pero no a la rebelde borracha que había ejecutado el dos-á-dos en torno a los dos hombres borrachos sobre el hielo negro del Twisted River... En fin, ese elemento de Rosie Baciagalupo, de soltera Calogero, no se ponía de manifiesto en las fotos que su hijo guardaba.

—Tú estate atento a lo que bebe —había aconsejado el cocinero a su hijo; se refería a lo que bebía el joven Joe. (Era su manera de indagar si su nieto de dieciocho años ya bebía).

—Supongo que va a alguna que otra fiesta —dijo Danny a su padre—, pero Joe no bebe delante de mí.

—Lo que Joe podría beber delante de ti no es lo que debe preocuparnos —aseguró el cocinero.

No estaría de más vigilar si Joe bebía, imaginó Danny Ángel. Y en cuanto a la dotación genética de su hijo, Danny sabía más de lo que deseaba recordar acerca de la madre del chico, Katie Callahan; ella sí había tenido un señor problema con el alcohol. Y en el caso de Katie, no sólo le había dado a la marihuana «de vez en cuando», en los tiempos en que Danny y ella eran pareja; no había fumado únicamente «algún que otro» canuto, como Danny sabía.

Podría discutirse que el Windham College estaba en trance de extinción ya antes de terminar la guerra de Vietnam. El número decreciente de matriculados y la incapacidad de poder satisfacer la devolución de un crédito obligarían al centro a cerrar sus puertas en 1978, pero Danny Ángel intuyó futuras dificultades para Windham mucho antes. El escritor renunciaría a su plaza en 1972, fecha en que aceptó un puesto de profesor en el Taller Literario de Iowa. Aún no había escrito *Los padres Kennedy*; Danny todavía tenía que dar clases para ganarse la vida, y en cuanto a empleos orientados a la formación de escritores, Iowa es tan buen sitio como el que más. (Uno tiene alumnos que se lo toman en serio y andan ocupados con sus propios textos, con lo que dispone de mucho tiempo para escribir). Danny Ángel publicaría su segunda novela y escribiría la tercera durante su estancia en Iowa City. En aquellos años, antes de llegar Joe a la adolescencia, Iowa City era una localidad magnífica también para el hijo de Danny: colegios más que aceptables, como cabría esperar en

una ciudad universitaria, y cierta apariencia de vida de barrio. Iowa City no era el North End, eso por descontado —no por lo que se refería a restaurantes, sobre todo—, pero a Danny aquello le gustaba.

El escritor planteó a su padre una alternativa: Tony Ángel podía marcharse a Iowa City o podía quedarse en Putney. Danny deseaba conservar la granja de Vermont. Había comprado la finca en alquiler de Hickory Ridge Road poco antes de aceptar la oferta de Iowa y presentar la renuncia en Windham, porque quería que su padre tuviese la opción de quedarse en Windham County... si ése era el deseo del cocinero.

Lo que le rondaba por la cabeza al cocinero era Carmella. Durante los cinco años que Tony Ángel tuvo la pizzería en Putney iba a comprar muchas veces a Boston. En coche era un viaje de más de dos horas, un tanto lejos para «hacer la compra». El padre de Danny sostenía que necesitaba comprar sus embutidos para la *pizza* en la carnicería abruza del North End, y ya que estaba en su antiguo barrio, bien podía hacer acopio de quesos, aceitunas y aceite de oliva. Pero Danny sabía que su padre procuraba «hacer el mayor acopio» de Carmella posible. En realidad no habían podido dar por concluida la relación limpiamente.

El cocinero había invertido poco esfuerzo en el Benevento; en comparación con los otros lugares donde había trabajado antes, tanto Coos County como Boston, una pizzería en una ciudad universitaria de poca monta había resultado una empresa relativamente fácil. Había comprado el local a un *hippy* entrado en años que se hacía llamar «rotulista»; a Tony Ángel le había parecido un pequeño negocio de capa caída, y en la ciudad corría el rumor de que el rotulista era el responsable de la falta de ortografía en la palabra «cine» del Cine Latchis de Brattleboro. (En la marquesina de la sala de Main Street aparecía escrita la palabra «Zine», no «Cine»; durante años, el Latchis había buscado fondos para enmendar el error). No era un simple rumor que la mujer del rotulista, alfarera, y un tanto estrafalaria según contaban, lo había abandonado en fecha reciente. Lo único que le había dejado al desconsolado rotulista era su horno, que le sugirió la idea al cocinero para el horno de ladrillo donde cocer las *pizzas*.

En la época en que Danny lo invitó a ir a Iowa City, Tony empezaba a cansarse de estar al frente de su propio restaurante —además, una pizzería no era la clase de restaurante que el cocinero quería—, y con Carmella las cosas habían completado ya su curso natural. Verse sólo de vez en cuando, había dicho Carmella al cocinero, la había llevado a sentirse como si aquélla fuese una relación ilícita, no legítima. La palabra «ilícita» sonó a Tony como un término que quizás había salido a relucir mientras Carmella confesaba sus pecados, ya fuese en San Leonardo o en San Esteban, dondequiera que Carmella hiciese sus confesiones. (Confesar los pecados era una costumbre católica que el cocinero nunca había entendido). «¿Por qué no ir a conocer el Medio Oeste?», pensó Tony Ángel. Si el cocinero vendía entonces el Benevento, quizá sacara un poco de dinero; en cambio, si esperaba, y si el Lindan College se iba a pique, como Danny preveía, ¿para qué iba a querer alguien una

pizzería en Putney?

—¿Por qué no dejas que el fuego del horno se te descontrole y luego cobras el seguro? —había preguntado Ketchum a su viejo amigo.

—¿Incendiaste tú Twisted River? —preguntó el cocinero a Ketchum.

—Diantres, era un pueblo fantasma cuando ardió. ¡Hacía daño a la vista, Coci!

—Así que aquellos edificios, mi pabellón-cocina entre ellos, no tenían ningún valor para ti, Ketchum.

—Joder, si te pones así por un incendio de nada, quizá sea mejor que vendas la pizzería y listos —dijo al cocinero su viejo amigo.

No fue precisamente un incendio «de nada» lo que arrasó el pueblo conocido en su día como municipio de Twisted River. Ketchum lo había planeado a la perfección. Eligió una noche de marzo sin viento, antes de la temporada del barro; además, Cari por entonces aún no había dejado la bebida y, gracias a eso, Ketchum se salió con la suya. Nadie encontró al ayudante del sheriff, y con toda probabilidad habría sido imposible despertar al vaquero si lo hubiesen encontrado.

Si hubiese soplado el viento, a Ketchum le habría bastado con encender una sola hoguera para quemar el pueblo y el pabellón-cocina. Pero tal vez habría provocado simultáneamente un incendio forestal, aun tratándose de un mes de marzo tan lluvioso como de costumbre, todavía con mucha nieve acumulada. Ketchum no estaba dispuesto a correr riesgos. Le gustaba el bosque; era el municipio de Twisted River y el pabellón-cocina lo que aborrecía. (La noche que Rosie murió, Ketchum estuvo en un tris de cercenarse la mano izquierda en la cocina del pabellón; había oído al Coci llorar hasta dormirse, mientras Jane se quedaba arriba haciendo compañía al cocinero y al pequeño Danny). La noche que ardió Twisted River Ketchum debía de llevar tres cuartos de cuerda de leña en la furgoneta. Repartió la leña entre las dos hogueras que preparó: una en la serrería abandonada del pueblo; la otra en lo que había sido el pabellón-cocina. Encendió las dos con apenas unos minutos de diferencia y las vio arder hasta consumirse antes del amanecer. Para prender las hogueras se vahó de un selecto aceite de candil con aroma a pino; el queroseno o la gasolina quizás hubieran dejado algún residuo, y sin duda habrían dejado un tufo en el aire. En cambio, nada quedó del aceite de candil, con su inocente aroma a pino, y menos aún de la leña seca que utilizó en las hogueras.

—¿Sabes algo del incendio de anoche en Twisted River, Ketchum? —Le preguntó al otro día el resacoso ayudante del sheriff, después de visitar en su vehículo el devastado paraje—. Diría que esas huellas de neumáticos eran de tu furgoneta.

—Ah, sí, estuve allí —respondió Ketchum al policía—. Fue un incendio del copón, vaquero. ¡Tendrías que haberlo visto! Ardió casi toda la noche. Me fui a tomar un par de cervezas y luego volví y me quedé mirando. —(Era una lástima que el ayudante hubiese dejado la bebida, diría Ketchum años después). Hoy día no tenían relaciones más cordiales —el vaquero y Ketchum—, ahora que Cari sabía que Baciagalupo hijo había matado a Jane la Piel Roja con una sartén, y todo lo demás.

La muerte de Jane había sido un accidente, de eso el ayudante del sheriff se hacía cargo; según Ketchum, probablemente su muerte no le importaba demasiado a Cari, pero el policía estaba que rabiaba contra Ketchum por no haberle dicho nunca la verdad. Lo que en realidad importaba al vaquero era que el Coci hubiera estado tirándose a Jane... en una época en que Cari era el «dueño» de Jane. Por eso quería Cari matar al cocinero; a ese respecto, el ayudante había dejado las cosas muy claras a Ketchum.

—Sé que no me dirás dónde está el Coci, Ketchum, pero dile a ese tullido de mi parte que lo encontraré —advirtió el vaquero—. Y a ti, si sabes lo que te conviene, más te vale guardarte las espaldas.

—Siempre me guardo las espaldas, Cari —respondió Ketchum. El viejo leñador no dijo ni media palabra sobre su perro, aquel «animal excelente».

Si el vaquero iba a por Ketchum, el veterano maderero quería que el perro fuese una sorpresa. Como es lógico, cuantos vivían todo el año en el alto Androscoggin debían de saber que Ketchum tenía un perro, Cari inclusive. El animal iba de un lado a otro con Ketchum en la furgoneta. Era la ferocidad del perro lo que Ketchum había conseguido mantener en secreto. (Por supuesto, no podía ser el mismo animal excelente que protegía a Ketchum desde hacía dieciséis años; el perro guardián actual tenía que ser hijo o nieto del primer animal excelente, el perro que había sustituido a Pam la Seis Jarras). «Yo ya os lo dije», repetiría Ketchum, tanto a Danny como a su padre. «New Hampshire está tocando a Vermont, eso, en mi opinión, es peligrosamente cerca. Me parece una idea genial que os vayáis los dos a Iowa. Seguro que a Joe también le gustará aquello. Iowa es otro nombre piel roja, ¿verdad? Chico, antes esos pieles rojas andaban por todas partes, ¿eh? ¡Y ya veis cómo los trató este país! Esas cosas lo llevan a uno a preguntarse sobre las intenciones de este país, ¿no? Vietnam no ha sido lo primero que nos ha hecho quedar mal. Y adonde va a ir a parar este país de capullos... En fin, esos pieles rojas enterrados en Iowa, y por todas partes, quizá dijeran que algún día vamos a recibir lo que nos merecemos». «¿Cómo podrían definirse las ideas políticas de Ketchum?», pensaba el cocinero mientras bajaba lentamente por Main Street, en Brattleboro, de regreso a su restaurante desde The Book Cellar.

VIVE EN LIBERTAD O MUERE Eso se leía en las matrículas de New Hampshire; Ketchum era a todas luces un exponente de ese lema, vive en libertad o muere, y siempre había pensado que el país se iba al garete, pero Tony Ángel se preguntaba si su viejo amigo había votado alguna vez. El leñador tendía a desconfiar de cualquier gobierno y de todo aquel que participase en él. En opinión de Ketchum, la única justificación para tener leyes —para acatar cualquier norma, en realidad— era que los capullos superaban en número a los fulanos sensatos. (Y las leyes no eran aplicables a Ketchum, claro está; él había vivido siempre sin más normas que las suyas propias). El cocinero se detuvo y contempló con admiración, calle abajo, su restaurante, el que siempre había querido.

## AVELLINO COCINA ITALIANA

Avellino era el otro pueblo montañoso (también provincia) en las inmediaciones de Nápoles; siempre había sido la segunda palabra que Nunzi susurraba en sueños. Y en el letrero rezaba COCINA, no CUISINE, por la misma razón que Tony Ángel se consideraba un cocinero, y así se hacía llamar, no un chef. Siempre sería un simple cocinero, pensaba Tony; opinaba que no era tan bueno como para ser chef. En el fondo, el antiguo Dominic Baciagalupo —¡cuánto echaba de menos el Dominic!— no era más que el cocinero de un campamento maderero, un pueblo creado en torno a una serrería.

Tony Molinari sí era un chef, pensaba el cocinero, y Paul Polcari también. Tony Ángel había aprendido mucho de los dos —más de lo que Nunzi habría podido enseñarle jamás—, pero el cocinero también había descubierto que nunca estaría al nivel de Molinari o Paul.

«No sabes apreciar el pescado, Gamba», le había dicho Molinari con la mayor consideración posible. Era cierto. La carta del Avellino incluía sólo un plato de pescado, y a veces era un plato de pasta, si el cocinero conseguía calamares. (Los cocía lentamente durante mucho rato, en una salsa marinara picante con aceitunas y piñones). Pero en Brattleboro los calamares que llegaban eran por lo general congelados, que ya estaba bien, y el pescado fresco más fiable era el pez espada, que Tony Molinari le había enseñado a preparar con limón y ajo y aceite de oliva —gratinado o a la parrilla—, y con romero fresco, si el cocinero encontraba, o con orégano seco.

No preparaba dulce. Fue Paul Polcari quien, con delicadeza, señaló que el cocinero no sabía apreciar tampoco los postres, y menos todavía los postres italianos, pensaba Tony Ángel. Lo que sí hacía bien era el rancho habitual del campamento maderero y del pueblo en torno a la serrería; tartas y cobblers. (En Vermont era imposible equivocarse con los arándanos y las manzanas). En el Avellino, el cocinero servía también un plato de fruta y queso; muchos de sus clientes habituales preferían eso a otros postres.

Mientras admiraba su propio restaurante. Tony Ángel había dejado de pensar en las ideas políticas de Ketchum, pero volvió sobre el asunto cuando reanudó la marcha cuesta abajo hacia el Avellino. Con respecto a lo que otros llamaban progreso —la mayoría de los motores y la maquinaria de toda índole—, Ketchum tenía algo de erudita. No sólo añoraba las maderadas por el río; sostenía también que le gustaba más el oficio de leñador antes de incorporarse la motosierra. (Sin embargo Ketchum era en extremo aficionado a las armas, pensó el cocinero; las armas entraban en una categoría de maquinaria que el viejo maderero aprobaba). Ni liberal ni conservador, Ketchum podía definirse más bien como libertario... Bueno, el leñador era también un libertino, se dijo Tony Ángel, y (en su juventud) un tanto tronera y crápula. ¿Por

qué cuando el cocinero pensaba en Ketchum veía inevitablemente al leñador desde una óptica sexual? (El antiguo Dominic Baciagalupo sabía de sobra el porqué; era sólo que se deprimía cuando sus reflexiones en torno a Ketchum tomaban ese derrotero). Ketchum se había puesto como un basilisco cuando padre, hijo y abuelo regresaron a Vermont desde Iowa, pero el Taller Literario ya había mostrado gran generosidad al permitir a Danny dar clases durante tanto tiempo. Le habían ofrecido un contrato de dos años; Danny había solicitado un tercero y se lo habían concedido, pero en el verano de 1975, cuando Joe tenía diez años, la familia volvió a Windham County. Danny adoraba su vieja granja de Putney. Su padre no quería saber nada de vivir allí. La guerra de Vietnam había terminado; la inminente extinción del Windham College saltaba ya a la vista. Además, Tony Ángel nunca se había sentido a gusto en Putney.

Mientras que ni la segunda ni la tercera novela de Danny le habían dado dinero, el cocinero sí había visto incrementados sus ahorros en Iowa, hasta el punto de permitirle comprar un local, más el apartamento situado encima, en Main Street de Brattleboro. Ése fue el año que nació el Avellino, y coincidió con la época en que Danny se desplazaba diariamente al Mount Holyoke College de South Hadley, Massachusetts. Fue el empleo más cercano que el escritor encontró como docente, pero el distinguido y un tanto estancado centro universitario femenino se hallaba a bastante más de una hora en coche (casi dos) de Putney, un largo desplazamiento en los meses invernales si nevaba. Aun así, para Danny era importante vivir en Putney. Ello se debía en buena parte al elevado concepto que tenía de la Academia —a un paso de casa—, donde Joe terminaría octavo antes de ir al Northfield Mount Hermon.

Al entrar en su restaurante, el cocinero meneaba la cabeza pensando que Danny debía de sentirse muy a gusto viviendo en el campo. No era el caso de Tony Ángel; el North End lo había transformado en un hombre urbano, o al menos ahora le gustaba la vida de barrio. Pero a Daniel no. Antes de la publicación de *Los padres Kennedy* en 1978, llevaba tres años desplazándose diariamente a aquel centro universitario femenino; ahora el éxito de la novela lo había liberado para siempre de la necesidad de dar clases.

De pronto disponían de más dinero, como es lógico, y al cocinero empezó a preocuparle —todavía le preocupaba— el posible efecto de eso en el joven Joe. Cuando fue descubierto por la industria de los superventas, Daniel ya tenía una edad (treinta y seis), y era poco probable que la fama o la buena fortuna lo afectasen. Pero Joe, con sólo trece años, despertó una mañana siendo hijo de un padre famoso. ¿No podía ser eso un estigma perjudicial para un chico de su edad? Y, por otro lado, estaban las mujeres con las que Daniel se liaba, tanto antes de ser famoso como después.

El escritor vivía con una exalumna del Windham College cuando él, Tony, y Joe se mudaron a Iowa City. La chica con nombre de chico —«Franky, con y», se complacía en decir ella con un mohín— no se había trasladado con ellos.

Gracias a Dios, pensó en su día el cocinero. Franky era una criatura de apariencia montaraz, casi un animal salvaje.

—No era alumna mía cuando empecé a acostarme con ella —había argumentado Danny en una discusión con su padre. No, pero Franky había sido una de sus alumnas de composición hacía sólo uno o dos años; era una de los muchos estudiantes del Windham College que parecían no marcharse nunca de Putney. Iban al Windham, se licenciaban, o colgaban los libros, pero seguían rondando por allí; se negaban a irse.

La chica se dejó caer un día por casa de su antiguo profesor, y sencillamente se quedó.

—¿Qué hace Franky durante todo el día? —había preguntado a Danny su padre.

—Pretende llegar a escritora —respondió Danny—. A Franky le gusta rondar por aquí, y trata bien a Joe; a él le cae bien.

Franky limpiaba un poco la casa y cocinaba alguna que otra vez, si es que podía llamársele así, pensaba el cocinero. La chica salvaje iba descalza casi todo el tiempo, incluso durante los meses invernales, cuando las corrientes de aire frío se filtraban por todas partes en aquella vieja casa, que Daniel calentaba con un par de estufas de leña. (Putney era la clase de pueblo que veneraba las estufas de leña, había observado Tony Ángel. ¡En aquel pueblo incluso tenían una alternativa a la calefacción! El cocinero sencillamente aborrecía aquel sitio). Franky tenía el pelo lacio, de un rubio sucio, y una postura desgachada. Lucía estrafalarios vestidos anticuados de los que el cocinero recordaba haber visto a Nunzi, salvo que Franky nunca se ponía sujetador y llevaba las axilas —lo que el cocinero veía de ellas— sin afeitar. Y Franky no podía pasar de los veintidós o veintitrés años cuando vivía con Daniel y el joven Joe. Daniel acababa de cumplir los treinta cuando se fueron a Iowa.

Otras jóvenes pasaron por la vida del escritor en Iowa City, entre ellas una alumna del taller, y si bien ahora no había nadie especial —ni había tenido ninguna relación duradera desde que Danny Ángel alcanzó la fama—, Joe, para cuando llegó a la adolescencia, había visto a su padre con numerosas jóvenes. (Y con tres o cuatro mujeres considerablemente mayores, recordaba el cocinero; dos de dichas damas se contaban entre las editoras extranjeras de Daniel). En la actualidad la finca de Putney era prácticamente un complejo residencial. El escritor había convertido la antigua casa de labranza en su pabellón de invitados; había hecho construir una casa nueva para él y para Joe, y tenía una dependencia aparte donde Danny escribía. Su «choza de escriba», la llamaba Daniel. «¡Menuda choza!», pensaba Tony Ángel. El edificio era pequeño, pero incluía un aseo; también tenía teléfono, televisor y una pequeña nevera.

Puede que a Danny le gustase vivir en el campo, pero no llevaba lo que se dice una existencia recluida, y de ahí el pabellón de invitados. En su vida como escritor había conocido a numerosas personas de la ciudad, que iban allí a visitarlo, incluida alguna que otra mujer. ¿Acaso verse expuesto a la promiscuidad de su padre había convertido al adolescente Joe en una especie de playboy en la escuela secundaria?, se



preguntaba Tony Ángel. Se preocupaba por su nieto, al menos tanto como el padre del chico, si no más. Sí, convenía vigilar lo que el chico de dieciocho años bebía, el cocinero era muy consciente de ello. Joe poseía la díscola despreocupación de un chico aficionado a las fiestas.

Con la guerra de Vietnam, muchos estados habían reducido a dieciocho años la edad mínima para el consumo de alcohol, y la lógica en que se apoyaba dicha medida era que si mandaban a los chicos, casi niños, a morir a esa edad, ¿no debían permitirles al menos beber? Una vez finalizada la guerra, la edad mínima para el consumo de alcohol volvería a incrementarse a veintiuno —pero no hasta 1984—, aunque hoy día muchos chicos de la edad de Joe falsificaban sus documentos de identidad. El cocinero los veía continuamente en el Avellino; sabía que su nieto tenía uno.

La aceleración de Joe con las chicas era lo que de verdad preocupaba a Tony Ángel. Acelerarse, precipitarse, con las chicas podía acarrearle a uno tantas complicaciones como la bebida, como bien sabía Dominic del Popólo, nacido Baciagalupo. Había acarreado complicaciones al cocinero, en su opinión, y también a Daniel.

Pese a los esfuerzos de Carmella, Tony estaba al corriente de que ella había pillado infraganti a su sobrina Josie con Daniel; el cocinero tenía la certeza de que su hijo se había cepillado a más de una de aquellas chicas DiMattia, e incluso a una Saetta y a una Calogero o dos. Pero al menos el joven Joe había visto, o tal vez incluso oído a escondidas, a su padre en algunas relaciones más adultas que los devaneos de Daniel, fueran como fuesen, con aquellas primas carnales. Y su abuelo sabía que Joe había pasado no pocas noches en la residencia de las chicas en el NMH. (Era asombroso que el muchacho no hubiese sido descubierto y expulsado ya del centro; ahora, en el trimestre de primavera de su último año, quizás acabara así la cosa). Había asuntos que el padre de Joe no conocía, pero su abuelo sí.

En su desesperada última noche en Twisted River, el cocinero había rezado, por primera y única vez hasta la fecha. «Por favor. Señor, dame tiempo», había implorado Tony Ángel en su plegaria hacía mucho, al ver la pequeña cara de su hijo de doce años detrás del parabrisas salpicado de lluvia de la Chieftain Deluxe. (Daniel aguardaba en el asiento del acompañante, como si en ningún momento hubiese perdido la fe en que su padre regresaría sano y salvo después de dejar el cadáver de Jane la Piel Roja en casa de Cari). Pese a las muchas conversaciones que el cocinero y Ketchum mantenían sobre las novelas de Danny Ángel —no sólo sobre lo que contenían, sino, más importante aún, sobre lo que el escritor omitía adrede—, ambos señalaban indefectiblemente hasta qué punto los libros trataban sobre los temores de Danny. Quizás eso sea efecto de la imaginación, pensó Tony mientras echaba una ojeada bajo los paños húmedos que cubrían la masa de las *pizzas*; la masa no había subido aún lo suficiente para aplanarla. Las novelas de Danny Ángel tenían mucho que ver con lo que el escritor temía que ocurriese. En sus argumentos se dejaba llevar

demasiado por las pesadillas, a saber, lo que todo padre más teme: perder a un hijo. En las novelas de Danny Ángel siempre aparecía algo o alguien que representaba una inquietante amenaza para los niños, o para un niño. Los jóvenes se hallaban en peligro... ¡en parte porque eran jóvenes!

Tony Ángel ya apenas leía, pese a que compraba incontables novelas (por recomendación de su hijo y de Ketchum) en The Book Cellar. Había leído muchos primeros capítulos y abandonado los libros. Algo en la relación entre Ketchum y Rosie había apartado al cocinero de la lectura. Las únicas novelas que terminaba realmente —y leía de principio a fin— eran las de su hijo. Tony no era como Ketchum, que lo había leído (u oído) todo.

El cocinero conocía los peores temores de su hijo: Danny sentía un profundo terror ante la posibilidad de que les ocurriese algo a sus seres queridos; eso lo obsesionaba, así de sencillo. De ahí surgía la tremenda imaginación del escritor: de los terrores de la infancia. El escritor Danny Ángel parecía impulsado a imaginar los peores hechos que podían llegar a producirse en cualquier situación dada. En cierto modo, como escritor —es decir, en su imaginación—, el hijo del cocinero (a los cuarenta y un años) era todavía un niño.

En la silenciosa cocina de su preciado Avellino, el cocinero rezó para que se le permitiese vivir un poco más; deseaba ayudar a su nieto a sobrevivir a la adolescencia. Acaso los chicos no estuviesen fuera de peligro hasta bien pasados los veinticinco, caviló Tony; al fin y al cabo. Daniel tenía veintidós cuando se casó con Katie. (¡Eso sí había sido un riesgo!). ¿Y si Joe tenía que cumplir los treinta para estar a salvo? El cocinero, en su plegaria, imploró seguir con vida para cuidar de Daniel si algo le ocurría a Joe; sabía la mucha ayuda que necesitaría su hijo en ese caso.

Tony Ángel contempló la radio callada; estuvo a punto de encenderla, sólo para apartar de su mente esos pensamientos morbosos. Se planteó escribir una carta a Ketchum en vez de encender la radio, pero no hizo ni lo uno ni lo otro; se limitó a seguir con su plegaria. Era como si la plegaria se hubiese desencadenado por sí sola, así sin más, y lamentó no saber cómo detenerla.

Allí en su cocina, al lado de sus libros culinarios, guardaba varias ediciones de las novelas de Danny Ángel, que el cocinero tenía por orden cronológico. No había sitio más reverenciado para esas novelas que entre los libros de cocina de su padre, Danny lo sabía. Pero contemplar los libros de su famoso hijo no ayudó al cocinero a apaciguarse.

Después de Vida de familia en Coos County, Daniel había publicado El Mickey, como el cocinero bien sabía, pero ¿fue en 1972 o en 1973? La primera novela estaba dedicada al señor Leary, y la segunda debería haberlo estado, teniendo en cuenta el tema. No obstante, como más o menos había prometido, Danny dedicó a su padre la segunda novela. «Para mi padre, Dominic Baciagalupo», rezaba la dedicatoria, lo cual se prestaba a cierta confusión, porque el autor era conocido como Danny Ángel, y Dominic se llamaba ya Tony o señor Ángel.

«¿Eso no es como quitarse la careta, o el nom de plume, y dejar a la vista lo que esconde el nom de plume?», había protestado Ketchum, pero al final todo fue para bien. Cuando Danny saltó a la fama con su cuarta novela, la cuestión de escribir con un nom de plume ya no era tema de conflicto desde hacía tiempo. En el mundillo literario casi todos sabían que Danny Ángel era un nom de plume, pero muy pocos recordaban su verdadero nombre, o les traía sin cuidado. (El señor Leary tenía razón al afirmar que había nombres más fáciles de recordar que Baciagalupo, y ¿cuánta gente—incluso en el mundillo literario— sabe cuál es el verdadero nombre de John le Carré?). Danny, como no era de extrañar, había defendido su decisión ante Ketchum aduciendo que dudaba que el ayudante del sheriff participara mucho en el mundillo literario; incluso el leñador debía reconocer que el vaquero no leía nada. Además, casi nadie leyó *El Mickey* tras publicarse inicialmente. Cuando su cuarta novela trajo la fama a Danny, y los lectores se remontaron a los libros anteriores, entonces sí que hubo mucha gente que leyó *El Mickey*.

Un personaje secundario pero importante de *El Mickey* es un irlandés reprimido que da clases de lengua en el colegio Michelangelo; la novela se centra en el último encuentro del personaje principal con su antiguo profesor de lengua durante un espectáculo de striptease en el Oíd Howard. Al cocinero se le antojó una coincidencia muy nimia para construir todo un libro alrededor: el bochorno y la vergüenza mutua del exalumno (con una pandilla de amigos de Exeter, donde está por entonces) y el personaje claramente inspirado en el señor Leary. Era muy posible que el episodio en el Oíd Howard hubiese ocurrido de verdad, o eso sospechaba el padre del novelista.

La tercera novela salió a la luz en 1975, poco después de regresar todos a Vermont tras su paso por Iowa. El cocinero se preguntaría si la suya era la única familia en la que se había dado por sentado, erróneamente, que «primos carnales» hacía referencia a esos primos y primas que sentían un recíproco interés sexual, o mantenían una relación. La tercera novela de Danny se tituló *Parientes carnales*. (En principio, la expresión «pariente carnal» aludía a todo familiar con un lazo de consanguinidad cercano; no se refería a lo que el padre de Danny siempre había pensado). Para el cocinero fue un alivio que su hijo no dedicase ese tercer libro a las primas de las familias Saetta y Calogero, porque acaso los miembros varones de esas familias no habrían sabido apreciar la ironía de la dedicatoria. La historia trata de la iniciación sexual de un joven en el North End: es seducido por una prima mayor que trabaja de camarera en el mismo restaurante donde el chico limpia mesas en un empleo a media jornada. La prima mayor de la novela estaba claramente inspirada, como el cocinero sabía, en aquella putilla, Elena Calogero; o mejor dicho, la descripción física del personaje era un retrato fiel de Elena. Así y todo, Carmella y el cocinero tenían casi la total certeza de que la primera experiencia sexual de Daniel había sido con Josie DiMattia, la sobrina de Carmella.

Quizá la novela era pura fantasía, o vanas ilusiones, suponía el cocinero. Pero contenía detalles que habían molestado especialmente al padre del escritor: por

ejemplo, cómo rompe la prima mayor su relación con el chico cuando éste se marcha al internado. La camarera le dice al muchacho que desde el principio quería follarse al padre del chico, no al chico. (Poco se dice sobre el personaje del padre; aparece descrito muy vagamente como «el nuevo cocinero» en el restaurante donde su hijo limpia mesas). El chico rechazado se va al colegio odiando al padre, porque imagina que al final la prima mayor seducirá al padre.

Eso no podía ser verdad de ninguna de las maneras... ¡Era indignante!, pensaba Tony Ángel mientras buscaba en el libro el párrafo donde el tren sale de North Station y el chico mira por la ventanilla a su padre, de pie en el andén. De pronto el chico ya no soporta seguir mirando a su padre; dirige la atención a su madrastra. «Sabía que cuando volviese a verla seguramente habría engordado unos kilos», escribió Danny Ángel.

—¿Cómo has sido capaz de escribir una cosa así sobre Carmella? —había reprochado el cocinero a voz en grito a su hijo escritor al leer por primera vez la hiriente frase.

—No es Carmella, papá —respondió Daniel. (Bueno, quizás el personaje de la madrastra en *Parientes carnales* no fuese Carmella, pero Danny Ángel le dedicó la novela). «Supongo que es mala suerte tener a un escritor en la familia», había dicho Ketchum al cocinero. «O sea, nos ponemos como fieras si Danny escribe sobre nosotros, o sobre algún conocido nuestro, pero también nos ponemos como fieras con él por no escribir sobre nosotros, o por no escribir realmente sobre sí mismo, sobre su verdadera identidad, quiero decir. ¡Para colmo, va y presenta a esa puñetera exmujer suya como una persona mejor de lo que era!». Todo eso era verdad, pensó el cocinero. En cierto modo lo que lo sorprendía de las narraciones de Daniel era lo que tenían de autobiográficas y, a la vez, de no autobiográficas. (Danny discrepaba, naturalmente. Tras sus tentativas literarias en el colegio, que sólo mostró al señor Leary —y esos relatos no eran más que una confusa mezcla de reminiscencias y fantasías, ambas exageradas, y casi tan «confusas» para Danny como lo eran para el difunto Michael Leary—, el joven novelista no había escrito en realidad textos autobiográficos ni mucho menos, no en su opinión). El cocinero no encontró el párrafo que buscaba en *Parientes carnales*. Volvió a dejar la tercera novela de su hijo en el estante, deslizando la mirada rápidamente por encima de la cuarta; «El salto a la fama», la llamaba Ketchum. A Tony Ángel ni siquiera le gustaba ver *Los padres Kennedy*, la novela en la que salía la falsa Katie, que era lo que él pensaba de aquel libro. La novela no sólo había dado la fama a su hijo; era un éxito de ventas internacional y el primer libro de Daniel adaptado al cine.

Casi todos decían que no era una mala película, pese a que no había arrasado como la novela ni de lejos. A Danny no le gustaba la versión cinematográfica, pero tampoco la detestaba; sencillamente prefería no saber nada del proceso de elaboración del filme. Dijo que no quería escribir un guión en la vida, y que no vendería los derechos cinematográficos de ninguna de sus otras novelas a menos que

alguien escribiese antes una adaptación medio aceptable, y Danny leyese el guión antes de vender los derechos de la novela para el cine.

El escritor había explicado a su padre que no era así como operaba el mundo del cine; generalmente, los derechos para hacer una película a partir de una novela se vendían incluso antes de asignarse un guionista al proyecto. Con la exigencia de ver un guión acabado antes de contemplar la posible venta de los derechos sobre la novela. Danny Ángel se aseguraba en gran medida de que nunca se hiciese una película a partir de otro de sus libros, o no al menos mientras él viviese.

«Sospecho que en realidad Danny si detestó la película de *Los padres Kennedy*», había dicho Ketchum al cocinero.

Pero el maderero y el padre del autor debían andarse con cuidado al hablar de *Los padres Kennedy* en presencia del joven Joe. Danny había dedicado la novela a su hijo. A Ketchum y al cocinero les complació que como mínimo no dedicase el libro a Katie. Como es natural, Danny era consciente de que los dos viejos amigos no eran admiradores ni mucho menos de su famosa cuarta novela.

Era natural, había dicho al cocinero una de las editoras de Daniel —una de las extranjeras, una de las mujeres mayores con quienes se había acostado el escritor—, que cualquier novela de Danny Ángel posterior a *Los padres Kennedy* fuese criticada por no estar a la altura del innovador libro y clamoroso éxito que había sido la famosa cuarta novela. Con todo, Danny no se hizo un gran favor a sí mismo escribiendo una quinta novela densa y a la vez sexualmente perturbadora. Y como más de un crítico escribió, el autor sentía debilidad por el punto y coma; ¡incluso había usado este signo en el título!

El título —*La tía soltera; o, Quedarse para vestir santos*, como Daniel le había puesto— era una estupidez, simple y llanamente. «¡Por los clavos oxidados de Cristo!», había exclamado Ketchum en su conversación con el autor de superventas. «¿No podrías haberle puesto lo uno o lo otro?». En las entrevistas, Danny declaraba siempre que el título reflejaba la clase de narración decimonónica y anticuada que era la novela.

—Chorradas —había dicho el cocinero a su hijo—. Con ese título, da la impresión de que no has sido capaz de decidirte.

—Ese signo, comoquiera que se llame, parece una coma con una mosca aplastada encima —dijo Ketchum a Danny, refiriéndose a la ingente cantidad de puntos y coma—. Yo sólo escribo las cartas que os mando a tu padre y a ti, pero he escrito muchas, y dudo que en todas esas cartas haya usado esa mierda tanto como la usas tú en una puta página de esta novela.

—Se llama punto y coma, Ketchum —precisó el escritor.

—Me da igual cómo se llame —repuso el maderero—. ¡Sólo digo que lo usas demasiado!

Pero lo que de verdad sulfuró a Ketchum y al cocinero de la quinta novela de Danny Ángel fue, claro está, la puta dedicatoria: «A Katie, in memoriam».

Lo único que Tony Ángel pudo decir a Ketchum al respecto fue: «La cabrona de la Callahan partió el corazón a mi hijo y abandonó a mi nieto». (No era buen momento, comprendió Ketchum, para recordar a su viejo amigo que esa mujer también había librado a su hijo de la guerra y le había dado un nieto). Y para colmo estaba el tema de *La tía soltera; o, Quedarse para vestir santos*, pensó el cocinero, mirando con recelo la novela en el estante de la cocina. Aunque ambientada también en el North End, esta vez el chico que llega a la adolescencia es iniciado sexualmente por una tía suya —no por una prima mayor—, y la tía soltera, la que se queda para vestir santos, es un retrato de la hermana menor de Rosie, la desventurada Filomena Calogero.

«¡Esto no pudo ocurrir de ninguna de las maneras!», esperaba el cocinero, pero ¿acaso había deseado Daniel en su día que sí ocurriese, o es que casi había ocurrido? Una vez más (como en cualquier novela de Danny Ángel) los vividos detalles eran de lo más convincentes, y las descripciones sexuales de la tía del chico —¡aquella mujer menuda, tan digna de lástima y propensa a la autocompasión!— al cocinero le resultaron muy dolorosas, aunque no por ello dejó de leer una sola palabra.

Los críticos comentaron asimismo que «el quizá sobrevalorado autor... se repetía»; Daniel tenía treinta y nueve años cuando se publicó su quinta novela, en 1981, y todas esas críticas debieron de escocerle, pero se lo calló. Si la prima de Parientes camales anuncia al chico la ruptura admitiendo que siempre ha deseado acostarse con su padre, en la novela sobre la tía neurótica, ésta le dice al chico que imagina que tiene relaciones sexuales con el padre siempre que tiene relaciones sexuales con el hijo. («¿Qué manifestación de autotortura es ésta?», se había preguntado el cocinero al leer por primera vez *La tía soltera; o, Quedarse para vestir santos*). Quizá sí ocurrió en realidad, imaginaba ahora el hombre que añoraba el Dominic que llevaba dentro. Siempre había pensado que la hermana de Rosie, Filomena, estaba mal de la cabeza. Era incapaz de mirarla sin verse asaltado por la sensación de que era la máscara grotesca de Rosie; «una suplantadora de Rosie», tal como se la había descrito una vez a Ketchum. Pero al parecer Daniel, contra todo pronóstico, se había encaprichado con Filomena; el chico no podía quitarle el ojo de encima, y por lo visto no la miraba como a una tía. ¿Acaso la inconstante Filomena, que seguía sumida en la amargura y sin casarse (o eso suponía el cocinero), había aceptado realmente o incluso incitado a su afligido sobrino?

«¿Por qué no vas y, sin más rodeos, le preguntas a Danny si lo “estrenó” su tía la chiflada?», había preguntado Ketchum al cocinero. Ésa era una expresión vulgar de Coos County, y el cocinero la detestaba. (Si hubiese estado más atento a las conversaciones que se desarrollaban en torno a él en Boston, el cocinero se habría dado cuenta, quizá, de que «estrenar» era una expresión vulgar usada también en el North End). Había una parte de *La tía soltera; o, Quedarse para vestir santos* que les había encantado tanto a Ketchum como a Tony Ángel: la boda, ya al final. El chico ha crecido y se casa con el gran amor de su juventud, la chica que conoció en sus

años de universidad, una novia indiferente donde las haya, y mucho más cercana al personaje de Katie en la vida real que la Caitlin de *Los padres Kennedy*. Danny también había puesto de vuelta y media a los hombres de la familia Callahan, aquellos chupadores de cubitos de hielo, unos republicanos aristocráticos y reprimidos que, en opinión de Danny, habían convertido a Katie en la transgresora anarquista que era. Era una cría que vivía de sus rentas familiares y se había reinventado a sí misma como radical, pero era una revolucionaria de pega. Katie sólo había hecho una pequeña revolución, una revolución sexual.

En el estante de la cocina del Avellino faltaba uno de los libros escritos por Danny Ángel. Era su sexta novela, todavía inédita. Pero el cocinero casi había acabado de leerla. Tony Ángel tenía unas galeradas arriba en su dormitorio. Ketchum disponía de otra copia. La novela les había causado a los dos una impresión ambivalente, y ninguno tenía prisa por terminarla.

*Al este de Bangor* estaba ambientada en un orfanato de Maine, allá por los años sesenta, cuando el aborto aún no se había legalizado. Prácticamente el mismo chico de las anteriores novelas de Danny Ángel —el puñetero chico de Boston que al final se marcha al internado— deja preñadas a dos de sus primas del North End, a una cuando todavía es alumno de Exeter (antes de aprender a conducir) y a la segunda ya en la facultad. Va a la Universidad de New Hampshire, naturalmente.

En el orfanato de Maine hay una vieja comadrona que practica abortos, una mujer de profunda benevolencia, inspirada, pensó el cocinero, en una inverosímil fusión entre el tierno y afable Paul Polcari (el «puto pacifista», como Ketchum insistía en llamarlo) y Jane la Piel Roja.

La primera prima que va a Maine tiene un hijo y lo deja allí; tan grande es su desconsuelo por haber tenido un niño y no saber qué ha sido de él que aconseja a la otra prima embarazada que no haga lo que ella hizo. La segunda prima embarazada va también a Maine, al mismo orfanato, pero para someterse a un aborto. El problema es que acaso la vieja comadrona no viva lo suficiente para realizar la intervención. Si al final es la joven comadrona en prácticas quien lleva a cabo la dilatación y legrado, es posible que la prima pague las consecuencias. La joven comadrona no sabe bien lo que se trae entre manos.

Ketchum y el cocinero tenían la esperanza de que la novela acabase bien, y a la segunda prima no le ocurriese ninguna gran desgracia. Pero, conociendo las novelas de Danny Ángel, los dos viejos lectores albergaban sus temores... Y había algo más que los preocupaba.

Hacía alrededor de un año Joe había dejado encinta a una chica en el Northfield Mount Hermon. Como su padre era famoso —para ser escritor, a Danny Ángel lo reconocía mucha gente—, y como Joe ya sabía algo sobre el tema de la novela que su padre estaba escribiendo, el chico no le había pedido ayuda. Los grupos antiabortistas formaban piquetes ante la mayoría de las clínicas y las consultas de los médicos donde era posible abortar; Joe no quería que su padre los llevase a la desventurada

chica y a él a uno de esos sitios donde se apostaban los manifestantes. ¿Y si alguno de los llamados «provida» reconocía a su famoso padre?

«Un chico listo», dijo Ketchum a Joe cuando el hijo de Danny le escribió. El joven Joe había preferido no decírselo tampoco a su abuelo, pero Ketchum insistió en que el cocinero los acompañase.

Habían ido juntos a una clínica de abortos en Vermont. Ketchum y el cocinero ocuparon los asientos delanteros del coche del cocinero; Joe y la triste y asustada chica se sentaron detrás. Había sido una situación incómoda, porque los chicos ya no eran pareja. Habían roto casi un mes antes de que ella descubriese que estaba embarazada, pero los dos sabían que Joe era el padre de la criatura; estaban actuando como debían (en opinión del cocinero y Ketchum), pero para ellos era un trago difícil.

Ketchum intentó darles consuelo, pero —siendo Ketchum quien era— estuvo poco acertado. El maderero se fue de la lengua.

—Una cosa sí es de agradecer —dijo a la pareja visiblemente abatida del asiento de atrás—. Cuando esto mismo le pasó a tu padre y a una chica que él conocía, Joe, el aborto no era legal... ni era necesariamente seguro.

¿Se había olvidado el leñador de que el cocinero viajaba también en el coche?

—¡Así que por eso llevaste a Danny y a aquella DiMattia a Maine! —Exclamó Tony Ángel—. ¡Lo sabía! Dijiste que querías enseñarles el Kennebec. Lo llamaste «El último gran río en el acarreo de maderadas», o alguna chorrada por el estilo. Pero esa DiMattia, una boba de remate, le contó a Carmella que los habías llevado a Danny y a ella a algún sitio al este de Bangor. Yo sabía perfectamente que Bangor no estaba cerca del Kennebec ni mucho menos.

Ketchum y el cocinero habían discutido durante todo el camino hasta la clínica de abortos, donde había piquetes; Joe hizo bien en mantener a su famoso padre alejado de los manifestantes. Y en el camino de regreso —la exnovia y Joe pasarían el fin de semana en Brattleboro con el abuelo del muchacho— Joe tuvo abrazada a la chica en el asiento trasero, donde ella lloró y lloró. No podía tener más de dieciséis años, diecisiete como mucho. «No te pasará nada», decía una y otra vez Joe, que aún no había cumplido los diecisiete. Ketchum y el cocinero esperaban que así fuera.

Y ahora los dos hombres de mayor edad habían interrumpido la lectura en el último capítulo de *Al este de Bangor*, la novela de Danny Ángel sobre el aborto, como la llamarían. El cocinero veía algo de Ketchum en el personaje que llevaba al chico (y a su primera prima embarazada) a Maine. Por la descripción, el hombre campechano de cierta edad le recordaba también a Tony Molinari; Danny Ángel lo presentaba como jefe de cocina del restaurante del North End donde las dos primas embarazadas trabajan de camareras. Fue la manera de conducir la furgoneta que los lleva a Maine: eso fue lo que indujo a Tony Ángel a concebir al supuesto jefe de cocina como «el personaje de Ketchum». El parecido con Molinari fue un disfraz del que Danny revistió al personaje, porque naturalmente el escritor no sabía, cuando



estaba terminando el último borrador de su novela sobre el aborto, que Ketchum ya había contado a su padre lo del embarazo de la DiMattia, y que el leñador los llevó a los dos a un orfanato en algún lugar al este de Bangor, en Maine.

El libro iba dedicado a esos dos cocineros a quienes Danny Ángel y su padre tanto apreciaban, Tony Molinari y Paul Polcari: «Un abbraccio para Tony M. y Paul R», había escrito el autor, respetando en cierta medida la privacidad de los dos hombres. («Un abrazo» para ellos del antiguo mozo de comedor/camarero/segundo jefe de cocina y pizzero suplente en el Vicino di Napoli). Los dos, como sabía el cocinero, estaban retirados; el Vicino di Napoli ya no existía, y otro restaurante con otro nombre ocupaba su lugar en North Square.

Tony Ángel viajaba aún periódicamente al North End para comprar algunas cosas. Quedaba con Molinari y Paul en el Caffè Vittoria para tomar un espresso. Ellos siempre le aseguraban que a Carmella le iban bien las cosas; se la veía razonablemente a gusto con cierto fulano. Para el cocinero no fue ninguna sorpresa que Carmella acabase con otro hombre; era hermosa y encantadora a la vez.

Quizás *Al este de Bangor* fuese una novela difícil de leer para el joven Joe, cuandoquiera que el texto cayese en sus manos: Joe no tenía tiempo para leer las novelas de su padre cuando estudiaba en el Northfield Mount Hermon. Por lo que el cocinero sabía, su nieto apenas había leído uno de los libros de su padre: *Los padres Kennedy*, por supuesto, aunque fuese sólo con la esperanza de saber algo más sobre su madre. (Dada la opinión de Ketchum acerca del personaje de Katie, lo que el joven averiguase acerca de su madre en esa novela «no valía ni una cagarruta de mapache», según el maderero). «En fin, ya estamos otra vez, preocupándome por Joe y todo lo que eso conlleva», pensaba el cocinero. Miró bajo los paños húmedos que tapaban la masa para la *pizza*; estaba lista para aplanarla, cosa que el cocinero hizo. Tony Ángel humedeció de nuevo los paños; los escurrió sólo parcialmente antes de volver a tapar las artesas para que la masa de la *pizza* subiera por segunda vez.

Pensó que podía empezar así su siguiente carta a Ketchum: «Son tantas las cosas de que preocuparse que no puedo dejar de hacerlo. Y te reirías de mí, Ketchum, porque he estado rezando». Pero el cocinero no empezó esa carta. Se sentía anormalmente agotado, y había dejado pasar la mañana sin hacer casi nada, aparte de la preparación de la masa y el paseo de ida y vuelta hasta la librería. Ya era hora de ocuparse de la compra. El Avellino no abría para el almuerzo, sino sólo para la cena. Tony Ángel compraba al mediodía; su personal se presentaba a media tarde.

En cuanto a preocupaciones, el cocinero no estaba solo; Danny también tendía a preocuparse mucho. Y ninguno de los dos se preocupaba tanto como Ketchum, pese a que era casi junio, ya habían superado ampliamente la temporada del barro en el sur de Vermont y en el norte de New Hampshire llevaban varias semanas sin barro. Era sabido que Ketchum se sentía casi eufórico en esas primeras semanas posteriores a la temporada del barro. Pero no ahora, y en realidad no desde que el cocinero había regresado a Vermont desde Iowa con su hijo y su nieto. A Ketchum no le gustaba que

anduviesen cerca de New Hampshire, en particular su viejo amigo, ahora con ese nombre nuevo al que tan difícil le resultaba acostumbrarse.

Lo curioso era que el cocinero, pese a todas sus preocupaciones, no le daba la menor importancia a eso. Pues había pasado mucho tiempo; habían transcurrido dieciséis años desde su marcha de Boston, y veintinueve desde su última y accidentada noche en Twisted River. Dominic del Popólo, nacido Baciagalupo, que era ahora Tony Ángel, no sentía la menor preocupación por un vaquero viejo e irascible de Coos County, no cuando tenía otras cosas entre manos.

El cocinero debería haberse preocupado más por Cari, porque Ketchum tenía razón. Vermont estaba tocando a New Hampshire, peligrosamente cerca. Y el ayudante del sheriff, que contaba sesenta y seis años, se había jubilado; disponía de mucho tiempo libre, y el vaquero aún buscaba al pequeño tullido que le había arrebatado a su Jane la Piel Roja.

## 8. El perro muerto; recuerdos del Mao's

Desde el «complejo» del famoso escritor —como tendían a llamar a la finca los vecinos de Putney (y el padre del propio escritor)—, Hickory Ridge Road ascendía unos dos kilómetros, paralela al arroyo y cruzando alguna vez el cauce. La llamada carretera secundaria de Putney a Westminster West era de tierra, y en cierto punto, a menos de medio camino entre la finca de Danny Ángel en Putney y la casa de su mejor amigo en Westminster West, había una granja nada fea, con caballos, al final de un camino de acceso largo y empinado. Durante el buen tiempo —después de abrir su piscina en mayo y antes de darla por clausurada para el invierno cada octubre—, Danny telefoneaba a su amigo de Westminster West y le anunciaba cuándo iba a salir a correr. Eran seis u ocho kilómetros, quizá diez o doce; Danny era tan propenso al fantaseo que ya no llevaba la cuenta de la distancia que recorría.

La granja nada fea al final del largo camino de acceso, cuesta arriba, parecía focalizar las ensoñaciones del escritor, porque allí vivía una mujer mayor que él, de cabello blanco como la nieve (y el cuerpo de una bailarina de veinte años). Danny había tenido una aventura con ella hacía unos años; se llamaba Barrett. No estaba casada, ni ahora ni por aquel entonces; no había sido, pues, una relación acompañada de escándalo. Aun así, en la imaginación del escritor —una vez recorridos cuatro kilómetros más o menos—, Danny siempre prefiguraba su propio asesinato allí donde el empinado camino de acceso a la casa de la mujer confluía con la carretera. Él iría corriendo por la carretera, medio segundo después de dejar atrás el camino de acceso, y Barrett rodaría pendiente abajo en su coche, en punto muerto, con el motor apagado, de forma que cuando él oyese dispersarse la grava suelta de la carretera bajo los neumáticos, ya sería demasiado tarde para apartarse de la trayectoria del vehículo casi silencioso.

Una manera de morir espectacular para un narrador, eso había imaginado Danny: un homicidio por atropello, con el antiguo amor del famoso novelista al volante del arma del crimen.

Poco importaba que Barrett no hubiese concebido plan alguno para poner fin a la vida del escritor; habría sido una buena historia. De hecho, Barrett había tenido muchas aventuras, y (a juicio de Danny) no albergaba sentimientos homicidas hacia sus examantes; el escritor dudaba que Barrett fuera a tomarse muchas molestias por atropellar a uno solo de ellos. Vivía consagrada al cuidado de sus caballos y a mantener un físico juvenil.

Cuando en el Latchis de Brattleboro pasaban una película en apariencia interesante, Danny le proponía a menudo que fuese a verla con él, y después cenaban en el Avellino. El hecho de que Barrett, por edad, estuviese mucho más cerca del padre de Danny que de Danny le había proporcionado al cocinero un motivo para quejarse a su hijo escritor. Actualmente, Danny se veía en la necesidad de recordar con frecuencia a su padre que Barrett y él eran «sólo amigos».

Danny podía correr ocho o diez kilómetros a un ritmo de algo más de cuatro minutos por kilómetro y el último par de kilómetros lo reducía a cerca de tres minutos y medio. A sus cuarenta y un años, no había sufrido lesiones y conservaba una complexión ligera; con un metro setenta de estatura, pesaba sesenta y cinco kilos. (Su padre medía un poco menos y quizá con la cojera parecía un poco más bajo de lo que era). Como en la carretera secundaria a Westminster West se encontraba a veces con algún que otro perro agresivo, Danny corría con raquetas de squash recortadas: sólo los mangos. Si un perro lo atacaba mientras corría, Danny blandía el mango recortado ante la cara del perro hasta que el perro lo mordía. Acto seguido, con el otro mango golpeaba al perro, por lo general en el puente del hocico.

Danny no jugaba al squash. El jugador de squash era su amigo de Westminster West. Cuando Armando DeSimone rompía una raqueta, se la daba a Danny, que recortaba la pala de la raqueta y conservaba el mango. Armando se había criado en el North End más o menos una década antes de que Danny y su padre se trasladasen allí; al igual que el cocinero, Armando aún iba de forma periódica a hacer la compra en coche a su querida ciudad de Boston. Armando y Danny disfrutaban cocinándose mutuamente. Habían sido compañeros en el departamento de lengua inglesa de Windham, y cuando la universidad cerró, Armando empezó a dar clases en la Escuela de Putney. Su mujer, Mary, había sido la profesora de historia y lengua de Joe en la Academia.

Cuando Danny Ángel se hizo rico y famoso, perdió a varios de los viejos amigos que tenía, pero no a los DeSimone. Armando había leído todas las novelas de Danny Ángel en manuscrito, excepto la primera. En cinco de las seis novelas, había sido el primer lector de Danny. Uno no pierde a un amigo así.

Armando había hecho construir una pista de squash en un antiguo granero de su finca de Westminster West; había hablado de construir una piscina al lado, pero entretanto Mary y él nadaban en la piscina de Danny. Casi todas las tardes, cuando no llovía, el escritor corría hasta la casa de los DeSimone en Westminster West; luego Armando y Mary llevaban a Danny en coche a Putney, y todos nadaban en la piscina. Después de la natación, Danny les preparaba unas copas y las servía junto a la piscina.

Danny había dejado de beber hacía dieciséis años, tiempo de sobra para que no le representase ya el menor problema tener alcohol en casa o preparar copas para los amigos. Y no se le ocurriría siquiera organizar una cena y no servir vino, si bien recordaba que al principio, justo después de dejar de beber, era incapaz de acercarse a gente que estuviera consumiendo bebidas alcohólicas. En su día, en Iowa City, eso supuso un problema.

En cuanto a la segunda estancia del escritor en Iowa City, con su padre y el pequeño Joe..., en fin, fue un plácido interludio, en su mayor parte, salvo por las inoportunas reminiscencias de su etapa anterior en esa ciudad con Katie. En retrospectiva, pensaba Danny, esos últimos tres años en Iowa —a principios de los

setenta, cuando Joe cursaba segundo, tercero y cuarto, y el mayor peligro al que se enfrentaba el chico era lo que pudiera ocurrirle yendo en bicicleta— se le antojaban casi felices. Por aquel entonces Iowa City era un lugar seguro.

Joe contaba siete años cuando regresó a Iowa con su padre y su abuelo, y aún tenía sólo diez cuando regresó a Vermont. Quizás esas edades eran las más seguras, imaginó el escritor mientras corría; acaso Iowa City no tuviera nada que ver.

La infancia, y cómo te moldea —más aún, cómo se revive la infancia en la vida adulta—, ése era su tema (o su obsesión), meditaba Danny Ángel fantaseando mientras corría. Desde los doce años temía por la vida de su padre; el cocinero seguía siendo un hombre perseguido. Como su padre, pero por motivos distintos, Danny se había iniciado joven en la paternidad; en realidad también había sido un padre soltero (incluso antes de abandonarlo Katie). Ahora, a los cuarenta y uno, Danny temía más por la vida del joven Joe que por la de su padre.

Tal vez no fuera sólo el gen de Katie Callahan lo que empujaba a Joe al riesgo; tampoco creía Danny que el origen del desenfreno en su hijo fuese necesariamente el espíritu libre de su abuela, aquella mujer audaz que había tentado a la suerte sobre el hielo del Twisted River a finales de un invierno. No, cuando Danny miraba al joven Joe de dieciocho años, era a sí mismo, a esa peligrosa edad, a quien veía. A partir de todo lo que habían leído (y habían malinterpretado) en las novelas de Danny Ángel, ni el cocinero ni Ketchum habrían podido entender la peligrosa configuración de las diversas balas que Danny había esquivado, no sólo en su vida con Katie, sino mucho antes de ella.

No había sido Josie DiMattia quien inició sexualmente a Danny a los quince años, antes de marcharse a Exeter; además, puede que Carmella los sorprendiera con las manos en la masa, pero no fue Josie quien se quedó embarazada. Ketchum, en efecto, había llevado a Danny a aquel orfanato de Maine con una servicial comadrona, pero fue con la DiMattia mayor, Teresa.

(Quizá Teresa había repartido tantos condones entre sus hermanas menores que había olvidado guardarse uno para sí misma). Y no fueron ni Teresa, ni Elena Calogero, la prima de Danny igualmente mayor, quienes proporcionaron a Danny su primera experiencia sexual, pese a que el chico se sentía mucho más atraído por esas muchachas mayores que por cualquier chica de su edad, incluida Josie, que era sólo un poco mayor. También una prima mayor de la familia Saetta, Giuseppina, había seducido al joven Dan, pero Giuseppina no fue la primera en seducirlo.

No señor, nada de eso: la instructiva y aleccionadora experiencia había sido a manos de la tía Filomena, la hermana menor de su madre, teniendo Danny sólo catorce años. Cuando empezaron las citas entre Filomena y su joven sobrino, ¿contaba ella veintitantos años o había cumplido ya los treinta?, se preguntaba Danny mientras se aproximaba a los tres últimos kilómetros de su recorrido.

Aún era mayo; las moscas negras eran un tormento, pero no al paso al que él corría, y que empezó a avivar. Mientras corría oía su propio corazón y el ruido que

hacía al respirar, pero estas funciones aceleradas no le parecían a Danny tan sonoras o apremiantes como los latidos de su corazón o su respiración anhelante siempre que, en la adolescencia, estaba con la loca de su tía Filomena. ¿En qué estaría pensando esa mujer? Era al padre de Danny a quien adoraba, y el cocinero ni se dignaba mirarla. ¿Había supuesto acaso para Filomena premio de consolación suficiente la veneración de su sobrino (Danny no podía quitarle el ojo de encima)?

Filomena había sido la segunda mujer de los clanes Saetta y Calogero en asistir a la universidad, pero también había compartido otro honor con su hermana mayor, Rosie; a saber, cierto extravío con los hombres. Puede que Filomena estuviera en la preadolescencia —a lo sumo habría cumplido trece o catorce años— cuando mandaron a Rosie al norte. Quería a Rosie y siempre había sentido por ella una gran admiración, y al final tuvo que verla desacreditada y presentada como un mal ejemplo para las chicas más jóvenes de la familia. A Filomena la enviaron al Sagrado Corazón, un colegio católico sólo para niñas cerca de la Casa de Paul Réveré, en North Square. La habían mantenido a salvo de los chicos lo más humana y espiritualmente posible.

A medida que Ángel apretaba el paso en su largo recorrido, iba pensando que tal vez fuera ésa la causa de que su tía Filomena se interesase más en él, un chico, de lo que se interesaba aparentemente por los hombres. (Excluido el viudo de su sagrada hermana..., pero Filomena debía de saber que para ella el cocinero era una puerta cerrada, una fantasía irrealizada, mientras que Danny, que aún no se afeitaba, tenía las pestañas largas de su padre y la tez clara, casi frágil, de su madre). Y debió de causar gran impacto en Filomena que el chico, con catorce años, venerase a su tía, una mujer menuda y bonita. Según el padre de Danny, Filomena no tenía los ojos de un azul tan letal como los de Rosie, pero los ojos de su tía, y el resto de ella, eran sobradamente peligrosos para ocasionar en Danny algún daño permanente. Para empezar, gracias a Filomena, Danny perdió el interés en todas las demás chicas, es decir, hasta que conoció a Katie.

El cocinero y Ketchum, precipitadamente, habían llegado a la conclusión de que el joven Daniel vio algo de su madre en Katie. Lo que el chico quizá viese fue esa combinación de feminidad reprimida en una joven airada con una gratuita actitud autodestructiva: Katie era una versión más joven y más politizada de su tía Filomena. La diferencia entre ellas residía en que Filomena sentía mucho cariño por el chico, y sus esfuerzos sexuales para aventajar a las simples jovencitas presentes en la vida de Danny fueron un éxito absoluto. Privada de toda expresión demostrable de su sexualidad en la primera juventud, Filomena (con casi treinta años, o treinta y tantos largos) era una mujer poseída. Katie Callahan, cuando Danny la conoció, casi sentía indiferencia por el sexo; que el sexo tuviera una gran presencia en su vida no quería decir que le gustase de verdad. Para cuando Danny la conoció, Katie pensaba ya en el sexo como un medio de negociación.

Durante los años que Danny estuvo estudiando secundaria, su tía Filomena

reservaba una habitación en el Exeter Inn casi todos los fines de semana. Las citas del chico en ese húmedo edificio de obra vista eran los incomparables placeres de su vida en Exeter, y una de las razones que contribuían a explicar que pasase en el North End tan pocos fines de semana. Los viernes y los sábados por la noche era cuando más trabajaban Carmella y el cocinero en el Vicino di Napoli, mientras el chico se tiraba a su juvenil tía, a menudo en una cama colonial con dosel, bajo una vaporosa gasa blanca. (Él corría, y los corredores poseen una gran resistencia). Con la considerable y licenciosa ayuda de Filomena, Danny había alcanzado una independencia adulta respecto a sus dos familias, la real y la de Exeter.

¿Cómo iba a interesarse el chico por las fiestas de Exeter, organizadas junto con diversos colegios de chicas? ¿Cómo iba a competir un abrazo casto y bajo estrecha vigilancia en la pista de baile con el contacto fogoso, en un baño de sudor, que mantenía casi semanalmente con Filomena, no sólo durante sus años en Exeter sino también durante sus dos primeros cursos universitarios en Durham?

Y todo ese tiempo las Calogero y las Saetta se compadecían de la «pobre» Filomena; por bonita que fuese, la veían como la pobre desdichada que nadie saca a bailar, la tía soltera y camino de quedarse para vestir santos. Poco sabían que durante siete ávidos años aquella mujer venía entregándose a los incesantes apetitos sexuales de un adolescente a un paso de la primera juventud. Durante esos siete años que la tía Filomena dominó la vida sexual de Danny, recuperó de sobra el tiempo perdido. La circunstancia de ser profesora del Sagrado Corazón —el mismo entorno católico y exclusivamente femenino donde Filomena había sido refrenada cuando era más joven— le proporcionaba una tapadera perfecta.

Todas esas otras Calogero, así como las Saetta, consideraban a Filomena «digna de lástima», la expresión con que su mismísimo padre la había descrito, recordó Danny mientras corría y corría. En apariencia, Filomena era la viva imagen del decoro y la represión católica, pero..., ¡ay!..., no cuando se despojaba de sus vestiduras.

«Digamos que los mantengo entretenidos durante la confesión», dijo ella a su cautivado sobrino, para quien Filomena había colocado el listón muy alto, ya que las jóvenes que vinieron detrás fueron incapaces de igualar el rendimiento erótico de su tía.

Filomena contaba entre treinta y cinco y cuarenta años —demasiado mayor para tener un hijo, en opinión de ella— cuando se planteó la cuestión de si Danny iría (o no) a Vietnam. Tal vez Filomena habría sido más feliz con la solución de Ketchum; si Danny hubiese perdido uno o dos dedos, quizás habría podido quedarse un poco más con su tía. Filomena estaba loca, pero no era tonta; sabía que no podría retener eternamente a su joven y amado Dan. Le gustó la idea de Katie Callahan más de lo que había llegado a convencerla el plan de Ketchum; al fin y al cabo, a su extraña manera, Filomena quería a su sobrino, y no conocía a Katie.

De haber conocido a aquella joven tan vulgar, acaso se hubiese decantado por el

cuchillo Browning de Ketchum, pero en último extremo esa decisión no le correspondía a ella. Filomena se sentía afortunada por haber captado casi exclusivamente la atención de un joven tan vital durante los siete años que lo había tenido subyugado. Los escarceos de Danny con aquellas chicas de la familia DiMattia, o con varias de sus primas carnales, no la molestaban. Filomena sabía que Danny siempre volvería a ella, con renovado vigor. Esas torpes putillas no le llegaban a ella ni a la suela del zapato, o no al menos para el chico, que la juzgaba desde el afecto. Tampoco Katie se convertiría en una Filomena de menor edad, como quizá Danny habría deseado o como, de hecho, en su día deseó.

Filomena contaría ahora entre cincuenta y cinco y sesenta años, como el escritor sabía (apretando el paso mientras corría). Filomena no se había casado; no trabajaba ya en el Sagrado Corazón, pero aún daba clases. Aquella novela suya con el punto y coma en el título —la que todo el mundo había menospreciado (*La tía soltera; o, Quedarse para vestir santos*)— había recibido una sola crítica favorable, que el escritor Danny Ángel agradeció.

En su carta, Filomena escribió: «Disfruté sinceramente con tu novela, como era sin duda tu intención: una generosa dosis de homenaje con una justificada proporción de condena. Sí, me aproveché de ti, aunque sólo friese al principio. Por el hecho de que te quedases conmigo tanto tiempo me sentí orgullosa de mí misma, como ahora estoy orgullosa de ti. Y lo lamento si, por un tiempo, te impedí valorar debidamente a esas chicas inexpertas. Pero tendrías que aprender a elegir con más sensatez, querido mío, ahora que eres un poco mayor de lo que era yo cuando nos separamos».

Le había escrito esa carta hacía dos años (*La tía soltera; o, Quedarse para vestir santos* se había publicado en 1981). Muchas veces se había planteado volver a verla, pero ¿cómo podía visitar Danny de nuevo a Filomena sin albergar expectativas poco realistas? Un hombre de cuarenta años cumplidos, su tía soltera de entre cincuenta y cinco y sesenta años... En fin, ¿qué clase de relación podía existir entre ellos ahora?

Tampoco había aprendido a elegir con más sensatez, como Filomena le había recomendado; quizás había decidido voluntariamente no elegir a nadie en quien se adivinase el menor atisbo de permanencia. Y el escritor sabía que era demasiado mayor para considerar aún a su tía responsable de iniciarlo en el sexo cuando él era demasiado joven. Por reacio que Danny fuera a entablar una relación duradera, no podía culpar de ello a Filomena, ya no, eso desde luego.

Danny avanzaba ahora por el tramo del perro agresivo; si surgía algún problema, sería allí. Danny permanecía atento a la posible aparición del perro, que tenía un ojo distinto del otro, por el llano y estrecho camino de acceso flanqueado de vehículos abandonados —coches muertos, algunos sin neumáticos, furgonetas sin motor, una moto volcada sin manillar— cuando el enorme macho saltó de una camioneta Volkswagen sin puertas. Cruce de husky y pastor alemán, salió a la carretera a todo correr: no ladraba, no gruñía, iba a lo suyo. El sonido de las patas al golpear la tierra era el único ruido procedente del perro; ni siquiera tenía aún la respiración agitada.



Danny ya se había visto obligado antes a repeler su ataque con los mangos de las raquetas de squash, y había tenido unas palabras con el dueño, no menos agresivo, un joven de veintitantos años, posiblemente uno de esos antiguos estudiantes del Windham College que se resistían a marcharse. El individuo tenía aspecto de *hippy*, pero no era pacifista; tal vez fuese uno de los innumerables jóvenes instalados en Putney y alrededores que se hacían llamar «carpinteros». (En tal caso, era un carpintero que no trabajaba o estaba siempre en casa).

—¡Vigila a tu perro! —había protestado Danny en dirección al camino aquella primera vez.

—¡Vete a la mierda! ¡Corre por otro sitio! —había replicado a gritos el *hippy* carpintero.

Ahora estaba allí de nuevo, el perro suelto, dispuesto a morder al corredor. Danny se desvió hacia el lado derecho de la carretera e intentó dejarlo atrás, pero el husky-pastor alemán enseguida acertó distancias. Danny se detuvo más allá del camino de acceso a la casa del *hippy* carpintero, al otro lado de la carretera, y el perro se detuvo también y empezó a circundarlo, con la cabeza cerca del suelo, enseñando los dientes. Cuando el perro le lanzó una dentellada al muslo, Danny le hincó una de las raquetas de squash recortadas en la oreja; cuando el husky-pastor alemán agarró el mango de la raqueta con los dientes, Danny golpeó al animal con todas sus fuerzas en el puente de la nariz y entre los ojos. (Tenía un ojo del color azul claro típico del husky siberiano y el otro era un ojo marrón oscuro, más penetrante, propio de un pastor alemán). El perro dejó escapar un gañido y soltó el mango de la primera raqueta. Danny le pegó en una oreja, luego en la otra, mientras el animal retrocedía momentáneamente.

—¡Deja en paz a mi perro, hijo de puta! —exclamó el *hippy* carpintero. Se acercaba por el camino de acceso a su casa entre los vehículos para desguace.

—Vigila a tu perro —se limitó a responder Danny. Se había echado a correr de nuevo antes de ver al segundo perro, tan parecido al primero que Danny pensó por un momento que era el mismo. Y de pronto eran dos los perros que intentaban morderle; el segundo permanecía siempre a su espalda—. ¡Llama a tus perros! —vociferó Danny al *hippy* carpintero.

—Vete a la mierda. Corre por otra parte —dijo el tipo. Volvía a alejarse por el camino de acceso; le traía sin cuidado si los perros mordían a Danny o no.

Los perros pusieron todo su empeño en morderle, pero Danny consiguió hundir uno de los mangos de raqueta en la garganta del primer perro y, con un revés afortunado, alcanzó al segundo perro en la cara, justo en un ojo, cuando el perro estaba a punto de hincarle el diente en la pantorrilla. Al perro que tenía el mango de la raqueta de squash hundido en la garganta le dio un puntapié. Cuando el perro se volvió para huir, Danny le asestó un golpe detrás de una oreja; el perro se cayó pero se levantó enseguida. El segundo perro ya se escabullía. El *hippy* carpintero se había perdido de vista ahora que los perros retrocedían hacia su territorio en el camino de

acceso.

Cuando Danny acababa de trasladarse a Windham County, había un perro agresivo en la carretera secundaria entre Dummerston y la Escuela de Putney. Avisó a la policía del estado; era una situación similar, con un perro y un dueño hostiles. Un agente de la policía del estado se presentó allí, sólo para hablar con el dueño del perro, y cuando el perro atacó al agente, éste lo mató de un tiro allí mismo, en el camino de acceso.

—¿Qué le ha dicho al dueño del perro? —preguntó Danny al agente. (Se llamaba Jimmy; a partir de ese momento se hicieron amigos).

—Le he dicho que vigilara a su perro —contestó Jimmy.

Desde entonces, Danny decía lo mismo, pero con menos autoridad que un agente de la policía del estado, obviamente. Ahora, sin más percances, siguió corriendo hasta la casa de los DeSimone, pero durante los dos o tres últimos kilómetros ya no fue lo mismo después de haber tenido que romper el ritmo alcanzado. Comentó a Armando el episodio de los dos perros y el *hippy* carpintero.

—Llama a tu amigo Jimmy —sugirió Armando, pero Danny explicó que con toda probabilidad el agente se vería obligado a disparar contra los dos perros.

—¿Por qué no matar sólo a uno de ellos? —propuso Armando—. Así quizás el *hippy* carpintero capte la idea.

—Eso suena un poco drástico —contestó Danny. Había comprendido lo que implicaba el método propuesto por Armando para matar a uno de los perros cruce de husky y pastor alemán. El perro de los DeSimone era un pastor alemán de pura raza, un macho llamado Gallo. Incluso de cachorro, Gallo sacaba el pecho y se pavoneaba, con las patas rígidas y actitud amenazadora, en presencia de otros machos, y de ahí su nombre. Pero Gallo no faroleaba. De adulto se convirtió en asesino de perros: Gallo odiaba a los demás perros machos. Al menos uno de los perros que habían atacado a Danny era macho; el escritor no estaba del todo seguro respecto al segundo, porque lo había atacado por atrás.

Armando DeSimone no era sólo lo que para Danny equivalía al único amigo «literario» en Putney; Armando era un auténtico lector, y Danny y él conversaban sobre lo que leían de un modo razonablemente constructivo. Pero había en Armando cierta tendencia innata a la confrontación, en la que Danny veía una especie de Ketchum en versión más civilizada.

Danny procuraba eludir las confrontaciones, cosa que a menudo lamentaba. La gente que buscaba discutir o pelear con el escritor tenía la impresión de que Danny nunca se defendía; luego se llevaban una sorpresa, o se sentían dolidos, cuando Danny por fin devolvía la embestida, aunque nunca hasta la tercera o cuarta provocación. Danny había observado que esa gente que adquiría la costumbre de acosarlo y hostigarlo siempre se indignaba al descubrir que el escritor se la tenía guardada.

Armando no se guardaba nada. Cuando lo atacaban, él contraatacaba, a la primera

de cambio. Danny consideraba que eso era más saludable —sobre todo para un escritor—, pero él no era como Armando, ese rasgo no formaba parte de su personalidad. En el alarmante caso de los perros indisciplinados, Danny Ángel se dejó convencer sólo porque creía que el método de Armando era mejor. («Así quizás el *hippy* carpintero capte la idea», había argumentado Armando). Eso sólo sucedería, como debería haber sabido el escritor, si Gallo mordía al *hippy* carpintero. Pero Gallo no estaba orientado en esa dirección; Gallo nunca mordía a las personas.

—Sólo un perro, Armando, promételo —dijo Mary su mujer, cuando estaban todos en el coche con Gallo, de regreso a casa de Danny.

—Eso díselo a Gallo, que te lo prometa él —contestó Armando; había sido boxeador allá por los tiempos en que los centros universitarios tenían equipo de boxeo. Armando iba al volante, con Danny junto a él en el asiento delantero del Volkswagen Escarabajo. Mary, sufrida en apariencia, viajaba detrás con el pastor alemán jadeante. A menudo daba la impresión de que Mary estaba disconforme, o molesta, con la agresividad de su marido, pero Danny sabía que Armando y Mary formaban una pareja temible; en el fondo se apoyaban incondicionalmente. Quizá Mary se parecía más a Armando que el propio Armando. Danny recordó su comentario cuando despidieron a otro profesor compañero suyo, un antiguo colega de Mary en la Academia, y después de Armando en la Escuela de Putney.

«La justicia da tanto placer por lo infrecuente que es», había comentado Mary. (Ahora Danny se preguntaba si Mary sólo simulaba que desaprobaba el hecho de que su marido hubiese nombrado verdugo a Gallo). Al final, Danny Ángel (en su propio descargo) sólo podría haber aducido que él no dio su consentimiento al asesinato del perro —pese a tratarse de un perro que lo había atacado— a la ligera. Aun así, de algún modo, siempre que intervenía Armando —sobre todo en cuestiones de autoridad moral—, Danny daba su consentimiento.

—Ah, te referías a este capullo —dijo Armando cuando Danny señaló el camino de acceso lleno de coches muertos.

—¿Lo conoces? —preguntó Danny.

—¡Tú lo conoces! —contestó Armando—. Seguro que fue alumno tuyo.

—¿En Windham?

—En Windham, claro —respondió Armando.

—No lo he reconocido. Dudo mucho que haya sido alumno mío —dijo Danny a su amigo.

—¿Te acuerdas de todos tus alumnos mediocres, Danny? —preguntó Mary.

—No es más que otro *hippy* carpintero, o no carpintero, como quizá sea el caso —comentó Danny, pero no parecía (ni siquiera en su fuero interno) muy convencido al respecto.

—Quizá sea un escritor carpintero —aventuró Armando.

Danny no se había planteado que quizás aquel joven supiese quién era Danny Ángel. En Putney casi había tantos aspirantes a escritor como *hippies* que se hacían

llamar carpinteros. (La animadversión, o la envidia, que uno, como escritor, encontraba en Vermont era con frecuencia propia de una mentalidad de carretera comarcal). Por lo general un perro cruce de husky y pastor alemán no es rival para un pastor alemán de pura raza, pero ellos eran dos. Aunque, claro está, quizá dos perros no eran rivales para Gallo. Danny se apeó del Volkswagen y abatió el respaldo para dejar salir a Gallo del asiento trasero. Nada más poner las patas delanteras en el suelo lo atacaron los dos perros mestizos. Danny se limitó a volver a subir al Volkswagen y observar. Gallo mató a un perro tan deprisa que ni Danny ni los DeSimone habrían podido decir con seguridad si el segundo perro era macho o hembra; se había metido a rastras debajo del Volkswagen Escarabajo, donde Gallo no podía alcanzarlo. (El pastor alemán había agarrado al primer perro por la garganta y le había roto el cuello con un par de sacudidas). Armando llamó a Gallo, y Danny dejó entrar al pastor alemán en el Escarabajo. El *hippy* o escritor carpintero había salido de la casa y contemplaba atónito a su perro muerto; aún no había deducido que su otro perro estaba encogido bajo el minúsculo coche.

—Vigila a tu perro —dijo Danny mientras Armando retrocedía lentamente, por encima del otro husky-pastor alemán. Se oyó sólo un golpetazo, cuando una de las ruedas delanteras pasó sobre el perro, y el correspondiente gruñido del animal. El husky-pastor alemán se levantó con movimientos rígidos y se sacudió. Era otro macho, advirtió Danny. Vio al perro acercarse a su compañero muerto y olfatear el cuerpo mientras el capullo del *hippy* observaba cómo salía el Escarabajo marcha atrás del camino de acceso. Pero ¿era eso a lo que se refería Mary (o Armando) al hablar de «justicia»? Tal vez habría sido preferible llamar a Jimmy pensó Danny, aun cuando al final el agente de la policía del estado hubiera matado a los dos perros. Era el dueño de los perros a quien alguien debería haber pegado un tiro, pensaba el escritor; eso habría sido mejor, como historia.

«Hay cosas de Vermont que echaré de menos si algún día tengo que marcharme», pensaba Danny Ángel; «pero sobre todo echaré de menos a Armando y Mary DeSimone». Admiraba su certidumbre.

Mientras los tres amigos nadaban en la piscina de la finca de Danny en Putney, el pastor alemán asesino de perros velaba por ellos. Gallo no nadaba, pero bebió de un gran cuenco de agua fría que le había puesto Danny mientras preparaba *gin tónicos* para Armando y Mary. Volviendo la vista atrás, ése sería el recuerdo más nítido que guardaría Danny de Gallo: el perro jadeaba con aparente satisfacción cerca del extremo más hondo de la piscina. El gran pastor alemán adoraba a los niños pero odiaba a otros perros machos; debía de ser por algo en la historia pasada del animal, algo que ni Danny ni los DeSimone sabrían jamás.

Gallo resultaría muerto un día en una carretera secundaria, arrollado por un coche mientras perseguía ciegamente un autobús escolar. La violencia engendra violencia, como Ketchum y el cocinero sabían, como un *hippy* carpintero casi olvidado, con un perro muerto y otro vivo provisionalmente, quizá descubriese algún día.

Danny no lo sabía, pero había corrido por última vez siguiendo la carretera secundaria entre Putney y Westminster West. Éste era un mundo de accidentes, ¿o no? Tal vez en un mundo así lo sensato fuese no buscar demasiado la confrontación.

Sus dos maridos se habían jubilado de la serrería de Milán. Ante ellos se extendía un futuro de pequeñas reparaciones de motores y otras chapuzas. Las obesas mujeres de los trabajadores de la serrería —Dot y May, esas comadres viejas y malas— aprovechaban la menor ocasión que se les presentaba, por muchos kilómetros que tuvieran que recorrer, para abandonar el pueblo y a sus inaguantables maridos. Los hombres jubilados eran un incordio, habían descubierto las dos ancianas; Dot y May preferían su mutua compañía a la de nadie más. Ahora que los hijos menores de May (y sus nietos mayores) producían más hijos, se acogía a la excusa de que la necesitaban siempre que una u otra madre (y el nuevo niño de quien fuera) volvía a casa del hospital. Estuviera donde estuviese la casa en cuestión, ésa era una manera de marcharse de Milán. Siempre conducía Dot.

Las dos tenían sesenta y ocho años, un par más que Ketchum, a quien veían de vez en cuando; Ketchum vivía en Errol, Androscoggin arriba. El viejo maderero nunca reconocía a Dot y May, ni les habría prestado la menor atención en caso de reconocerlas, pero todo el mundo se fijaba en Ketchum; el leñador había quedado marcado por su fama de salvaje, en igual medida que la cicatriz de la frente pregonaba a las claras su violento pasado. Pero Dot había engordado otros treinta kilos, o algo así, y May otros cuarenta; tenían el pelo blanco, y esas caras ajadas por la intemperie que uno ve en el norte, y se pasaban el día comiendo, cosa habitual en los climas fríos, como si estuvieran siempre famélicas.

Habían recorrido el norte de New Hampshire por la carretera de Groveton, pasando por Stark —gran parte del camino siguieron el cauce del Ammonoosuc—, y en Lancaster atravesaron el Connecticut y entraron en Vermont. Llegaron a la 1-91 justo por debajo de St. Johnsbury y continuaron por la interestatal en dirección sur. Les quedaba un largo camino por delante, pero no tenían prisa por llegar. La hija o nieta de May había dado a luz en Springfield, Massachusetts. Si Dot y May llegaban a la hora de la cena, forzosamente tendrían que ayudar a dar de comer a un puñado de críos pequeños y recogerlo todo después. Las dos ancianas no eran tan tontas como para eso; habían decidido parar a cenar en el camino. Así disfrutarían de una buena comida a solas y llegarían a Springfield mucho después de la hora de la cena; con suerte, alguien habría fregado ya los platos y acostado a los más pequeños.

Más o menos cuando las dos comadres viejas y malas dejaban atrás McIndoe Falls en la 1-91, el cocinero y su personal terminaban su comida de primera hora de la tarde en el Avellino. Después de haber ofrecido a su personal una buena comida, y mientras los veía recoger y prepararse para servir la cena, Tony Ángel siempre sentía nostalgia. Rememoraba los años en Iowa City, en los setenta, aquel interludio de su vida en Vermont, como lo recordaban el cocinero y su hijo.

En Iowa City, Tony Ángel había trabajado como segundo jefe de cocina en el

restaurante chino de los hermanos Cheng en la Primera Avenida, que el cocinero llamaba el bulevar de las afueras de Coralville. Quizá los hermanos Cheng habrían tenido más clientela si el local se hubiese hallado más cerca del centro; era un restaurante con demasiada categoría para Coralville, y fácilmente pasaba inadvertido entre los baruchos de comida rápida y los moteles baratos de la zona, pero a los hermanos les gustaba estar cerca de la interestatal, y durante la liga de fútbol universitario del Medio Oeste, los fines de semana que un equipo de Iowa jugaba en casa, el restaurante atraía a mucha gente de fuera. Además, era demasiado caro para los estudiantes —a menos que pagaran sus padres—, y los profesores universitarios, a quienes los Cheng consideraban su clientela preferente, tenían coche y no se veían limitados a los bares y restaurantes más cercanos al núcleo del campus, en el centro.

En opinión de Tony Ángel, el nombre del restaurante de los Cheng era otra decisión comercial discutible —Mao's habría estado más acertado entre los estudiantes víctimas del desencanto político que de cara a sus padres, o a los hinchas deportivos llegados de fuera—, pero los hermanos Cheng se hallaban totalmente inmersos en las protestas antibelicistas de la época. La opinión pública, sobre todo en una ciudad universitaria, se había vuelto contra la guerra; desde 1972 hasta 1975 hubo muchas manifestaciones delante del Viejo Capitolio, en el campus de Iowa. Debe admitirse que Mao's habría sido más acertado en Madison o Ann Arbor. En el bulevar de las afueras de Coralville, los patriotas que pasaban por allí —a bordo de un coche o una furgoneta que se daba rápidamente a la fuga— arrojaban a veces un ladrillo o una piedra contra la ventana del restaurante.

«Un granjero guerrero», decía Ah Gou Cheng con desdén; era el hermano mayor. Ah Gou significaba, en el dialecto de Shanghai, «Hermano Grande».

Era un cocinero excelente; había estudiado cocina en el Instituto Culinario de América y se había criado trabajando en restaurantes chinos. Nacido en Queens, se había trasladado primero a Long Island y luego a Manhattan. A Iowa lo había atraído una mujer que conoció en una clase de karate, pero una vez allí lo había abandonado. Para entonces, Ah Gou estaba convencido de que el Mao's saldría adelante en Iowa City.

Ah Gou tenía la edad justa para eludir la guerra de Vietnam pero no el ejército de Estados Unidos; había sido cocinero del ejército en Alaska. («Allí no había ningún ingrediente auténtico, aparte del pescado», explicó a Tony Ángel). Ah Gou lucía un bigote y una coleta negra a lo Fu Manchú, con un mechón teñido de naranja.

Ah Gou había aleccionado a su hermano menor sobre cómo librarse de la guerra de Vietnam. Para empezar, el hermano menor no esperó a que lo llamaran a filas; se ofreció voluntario. «Sólo di que no matarás a otros asiáticos», le había aconsejado Ah Gou. «Por lo demás, pon mucho ardor». El hermano menor había dicho que conduciría cualquier vehículo en cualquier sitio y que cocinaría para cualquiera. («¡Llévenme al frente! ¡Estoy dispuesto a conducir hasta una emboscada! ¡A cocinar bajo fuego de mortero! Lo único que no haré será matar a otros asiáticos»). Entrañaba

sus riesgos, claro está; el ejército podría haberlo aceptado igualmente. Al margen de ese buen aleccionamiento, pensaba Tony Ángel, el hermano menor no necesitaba hacerse el loco: era un loco declarado. El hecho de haber librado a su hermano pequeño de la guerra de Vietnam —y de matar a otros asiáticos, o acabar muerto a manos de ellos— dejó en Ah Gou cierto resquemor.

El Mao's servía cocina francesa clásica o una mezcla de estilos asiáticos, pero Ah Gou mantenía separados los platos asiáticos y los franceses, con unas pocas excepciones. La versión del Mao's de las ostras Rockefeller llevaba una capa de pankó, pan rallado japonés, y Ah Gou empleaba aceite de pepitas de uva y chalote al preparar la mayonesa para sus tortitas de cangrejo. (Mezclaba el cangrejo con el pan rallado japonés y estragón picado; el pankó no se reblandecía en la nevera, como sucedía con otras clases de pan rallado). El problema era que estaban en Iowa. ¿De dónde iba a sacar pankó Ah Gou, por no hablar ya de las ostras, el aceite de pepita de uva y los cangrejos? Ahí era donde intervenía el chiflado del hermano menor. Era un conductor nato. Xiao Dee significaba «Hermano Pequeño» en el dialecto de Shanghai; el Xiao se pronunciaba sho. Xiao Dee conducía el furgón frigorífico de los hermanos Cheng, equipado con dos unidades de congelación, hasta el Lower Manhattan, ida y vuelta, una vez por semana. Tony Ángel lo acompañaba en sus ambiciosos desplazamientos por carretera. Era un viaje de dieciséis horas desde Iowa City hasta Chinatown, a los mercados de las calles Pell y Mott, donde compraban el cocinero y Xiao Dee.

Si una mujer de una clase de karate había atraído a Ah Gou hasta Iowa, Xiao Dee tenía a dos mujeres que lo traían de cabeza, una en Regó Park, la otra en Bethpage. Al cocinero no le importaba en absoluto con qué mujer se veía el Hermano Pequeño. Tony Ángel echaba de menos el North End, y apreciaba por igual a las pequeñas comunidades chinas de Queens y Long Island; la gente era amable con él, y tenían entre sí un trato afectuoso. (El cocinero, personalmente, habría preferido la chica de Regó Park, que se llamaba Spicy, a la de Bethpage, cuyo nombre no era capaz de recordar ni de pronunciar). Y a Tony le encantaba hacer la compra en Chinatown, pese al largo viaje de regreso a Iowa por la 1-80. En la interestatal, el cocinero sustituía a ratos al volante al Hermano Pequeño, pero en la ciudad de Nueva York dejaba el furgón en manos de Xiao Dee.

Partían de Iowa los martes por la tarde y viajaban toda la noche hasta el amanecer; salían del túnel de Holland a las calles Hudson y Canal antes de la hora punta de la mañana del miércoles. Cuando abrían los mercados, ya habían aparcado en los alrededores de las calles Pell o Mott de Chinatown. El miércoles pernoctaban en Queens, o en Long Island, y se marchaban antes de la hora punta de la mañana del jueves. Viajaban todo el día hasta llegar a Iowa City, y descargaban el género en el Mao's pasada la hora de la cena del jueves. Los fines de semana el Mao's estaba muy concurrido. Incluso las ostras y los mejillones y el pescado fresco de Chinatown seguían frescos la noche del viernes; con suerte, también la noche del sábado.

El cocinero nunca se había sentido más fuerte; en la época de Iowa tenía cuarenta y ocho, cuarenta y nueve y cincuenta años, pero con la carga y descarga del furgón frigorífico de Xiao Dee había desarrollado los músculos de un transportista profesional. Llevaban mucho material pesado: las cajas de cerveza Tsingtao, la cuba de agua salada con los bloques humeantes de hielo seco para los mejillones, las tinas de hielo picado para las ostras. En el camino de vuelta solían parar a cargar más hielo en una licorería de Indiana o Illinois. También llevaban en hielo las platijas, el rape, las lubinas, el salmón escocés, las vieiras, las gambas, las salchichas lap xuong y todos los cangrejos. En el camino hacia el oeste, el hielo se fundía y se oía el chapoteo dentro de las cámaras. Una de ellas olía siempre a calamares, que llevaban congelados. Era necesario envolver con papel de periódico los grandes tarros marrones de arcilla con encurtidos de Tianjin (China) o, al chocar entre sí, se agrietaban y se rompían. Colocar las anchoas secas japonesas cerca de los huevos de pato chinos en conserva equivalía a «llamar al mal tiempo», sostenía Xiao Dee.

Una vez, cuando cruzaban el puente del Mississippi, a la altura de East Moline, giraron bruscamente para esquivar un autocar que había sufrido un reventón, y todos los aromas de Asia los acompañaron hasta casa: los tarros rotos de salsa de pescado Golden Boy para el curry verde tailandés; los restos desperdigados de salsa de soja china (tofu fermentado) y el rousong de Formosa; los contornos serrados de los fragmentos de los frascos de salsa dulce de chile Thai Mae Ploy, y la pasta de curry rojo y verde. El furgón estaba inundado de aceite de sésamo y salsa de soja, pero fue sobre todo la salsa de chile con ajo de Hong Kong lo que había persistido. Los efluvios del ajo quedaron impregnados de algún modo por la duradera esencia del atún desmigado japonés y las gambas chinas secas. Las setas negras shiitake aparecieron por todas partes durante semanas.

El cocinero y Xiao Dee abandonaron la 1-80 inmediatamente al oeste de Davenport, sólo con la idea de abrir el portón trasero de la furgoneta y examinar el desparrame causado por el viraje para evitar la colisión sobre el Mississippi, pero un olor indescriptible desaconsejaba abrir el furgón hasta que llegasen al Mao's. Algo indefinido goteaba por debajo del portón trasero.

—¿A qué huele? —preguntó Xiao Dee al cocinero. Era un líquido parduzco con espuma de cerveza: eso los dos lo veían.

—A todo —contestó Tony Ángel, se arrodilló en la acera y olfateó la ranura inferior del portón.

Se acercó un policía motorizado y les preguntó si necesitaban ayuda. El Hermano Pequeño guardaba en la guantera todos los recibos de las compras por si alguna vez la policía los paraba con la sospecha de que transportaban mercancías robadas. El cocinero explicó al policía el brusco viraje en el puente para esquivar el autocar accidentado.

—Quizá deberíamos seguir adelante e inspeccionar los daños cuando lleguemos a Iowa City —propuso Tony. Xiao Dee, recién afeitado y con cara de niño, asentía con



la cabeza, sujetaba su coleta negra y brillante con una cinta rosa, obsequio de Spicy o de la otra chica en prenda de afecto.

—Huele a restaurante chino —comentó el policía motorizado al cocinero.

—Eso es precisamente —dijo Tony.

Tanto el Hermano Pequeño como el cocinero se dieron cuenta de que el agente deseaba ver el estropicio interior; ahora que se habían detenido, no les quedaba más remedio que abrir el portón trasero. Allí estaba Asia, o al menos los aromas culinarios de todo el continente: el perol de licliis en gelatina de leche de almendras, el penetrante impacto del jengibre fresco esparcido y las hojas de miso de la marca Mitoku Trading Company, que daban a las paredes y al techo del furgón un aspecto de hongo. Para colmo, un rape macabro los miraba fijamente desde un mar hediondo de salsa de soja y hielo de color marrón oscuro: un aspirante al título de Pescado Más Feo del Mundo, en el mejor de los casos.

—Santo cielo, ¿y eso qué es? —preguntó el policía motorizado.

—Un rape, la langosta de los pobres —aclaró Xiao Dee.

—¿Cómo se llama su restaurante en Iowa City? —preguntó el agente.

—Mao's —contestó Xiao Dee con orgullo.

—¡Ah, es ése! —exclamó el agente motorizado—. Padecen ustedes el vandalismo de los conductores de paso, ¿no?

—A veces —admitió el cocinero.

—Es por la guerra —dijo Xiao Dee a la defensiva—. Los granjeros son unos fachas.

—¡Es por el nombre! —corrigió el policía—. Mao's... ¡Cómo no van a padecer vandalismo! Estamos en el Medio Oeste, ¿es que no se dan cuenta? ¡Iowa City no es Berkeley!

De nuevo en el furgón, que olería para siempre como las calles Pell y Mott en un mal día (como cuando había huelga de recogida de basuras en el Lower Manhattan), el cocinero dijo al Hermano Pequeño:

—Al poli no le falta razón, ¿sabes? Con lo del nombre, quiero decir.

Xiao Dee estaba hiperexcitado a fuerza de caramelos de café, que llevaba en la guantera junto con los recibos y comía sin cesar mientras conducía, sólo para mantenerse en un estado de vigilia rayano en fanatismo. Si el cocinero tomaba más de dos o tres durante el viaje de dieciséis horas, tenía el corazón acelerado hasta el día siguiente —y sus tripas le iban dando señales de un inminente acceso de diarrea explosiva—, como si se hubiese tomado dos docenas de tazas de café exprés largo.

—¿Qué le pasa a este país? ¡Mao no es más que un nombre! —exclamó Xiao Dee—. ¡Hace diez años que están cortándole los huevos a este país en Vietnam! ¿Qué tiene que ver Mao con eso? ¡No es más que un nombre! —La provocativa cinta rosa prendida por Spicy (o la otra chica) en torno a su coleta se había desatado; Xiao Dee parecía una levantadora de pesas histórica al volante de todo un restaurante chino, uno en el que con toda seguridad cualquiera moriría intoxicado.

—Volvamos a casa y descarguemos el camión —propuso el cocinero con la esperanza de apaciguar al Hermano Pequeño. Tony Ángel intentaba olvidar la imagen del rape nadando en el aceite de sésamo y todo lo demás que flotaba en la parte de atrás del furgón.

Se había derramado el agua marina de la cuba; habían perdido todos los mejillones. Ese fin de semana no servirían mejillones al vapor de sake en salsa de judías negras. Tampoco habría ostras Rockefeller. (Por si eso fuera poco, cuando Xiao Dee y el cocinero llegaron a Iowa City, Ah Gou ya había troceado las espinacas y cortado el beicon para las ostras Rockefeller). La lubina se había pasado durante el camino, pero el rape podía rescatarse: aunque, de todos modos, la cola era la única parte utilizable, y Ah Gou la sirvió cortada en medallones.

El cocinero había aprendido a comprobar la frescura del salmón escocés quitándole la espina; si costaba extraerla, Ah Gou decía que el pescado era aún bastante fresco. Las salchichas lap xuong, las platijas frescas y los calamares congelados habían sobrevivido al viraje por evitar la colisión con el autocar, pero no las gambas ni las vieiras ni los cangrejos. El mascarpone preferido de Ah Gou y el parmesano estaban a salvo, pero tuvieron que tirar los demás quesos. Las esterillas de bambú, o los rollos nori —para enrollar los sushi—, habían absorbido mucho aceite de sésamo y cerveza Tsingtao. Xiao Dee daría a diario un manguerazo al furgón durante meses, pero siempre olería al amago de accidente sobre el Mississippi.

Aquella época en Iowa City le había encantado, incluidos los viajes por carretera con Xiao Dee Cheng, pensaba Tony Ángel. Todas las noches, en el menú del Avellino, había un plato o dos que el cocinero había aprendido trabajando con Ah Gou en el Mao's. En el Avellino, el cocinero indicaba las incorporaciones francesas y asiáticas a su carta escribiendo simplemente «Algo de Asia» o «Algo de Francia», como hacía Ah Gou en el Mao's. En los casos de emergencia, cuando todo el pescado (y las ostras y los mejillones) se había echado a perder antes de la noche del sábado, Ah Gou pedía al cocinero que preparara una pasta especial o una *pizza*.

«Algo de Italia», se leía entonces en la carta del Mao's.

Los camioneros de largo recorrido que se detenían en la interestatal se quejaban invariablemente.

—¿Cómo que «Algo de Italia»? ¿Qué coño es esto? Pensaba que era un restaurante chino.

—Somos un poco de todo —les decía Xiao Dee: el Hermano Pequeño acostumbraba actuar de maitre los fines de semana, mientras el cocinero y Ah Gou trabajaban como esclavos en la cocina.

El resto del personal del Mao's lo constituía un conjunto multicultural y muy inteligente de universitarios asiáticos, muchos de ellos originarios no de Asia, sino de Seattle y San Francisco, o de Boston, o de Nueva York. Tzu-Min, la novia relativamente nueva de Ah Gou, era una estudiante de derecho china que había empezado la carrera hacía dos o tres años en Iowa; había decidido quedarse en Iowa

City (y no volver a Taiwán) por el Mao's y Ah Gou y la facultad de derecho. Las noches de los jueves, cuando Xiao Dee aún padecía la hiperexcitación posterior a los caramelos de café, Tzu-Min lo sustituía en la función de maitre.

En el Mao's no había radio, recordaba Tony Ángel mientras supervisaba la disposición de los cubiertos en las mesas del Avellino, que esa noche de finales de la primavera de 1983 aún no había abierto sus puertas, pero no tardaría en hacerlo. En el Mao's, Ah Gou tenía un televisor en la cocina, causa de muchos cortes en los dedos y otros accidentes con cuchillos, ajuicio del cocinero. Pero a Ah Gou le gustaban los deportes y las noticias; a veces se televisaban los partidos de fútbol o de baloncesto de los equipos de Iowa, y así la cocina sabía por adelantado si después del partido debía esperar desanimado a la clientela o en actitud de celebración.

En esos años el equipo de lucha de Iowa rara vez perdía —y menos aún en casa—, y esos encuentros arrastraban al Mao's a una multitud especialmente enardecida y famélica. Daniel había llevado al joven Joe a la mayoría de los enfrentamientos en casa, recordó de pronto el cocinero. Tal vez fuera el éxito del equipo de lucha de Iowa lo que despertó en Joe el deseo de luchar cuando fue al Northfield Mount Hermon; muy posiblemente la fama de Ketchum como buscabroncas de bar no había tenido nada que ver.

En su cocina del Avellino, Tony Ángel tenía un fogón Garland de ocho quemadores, con dos hornos y un gratinador; también tenía calentaplatos de vapor para sus caldos de pollo. En el Víaos, en los momentos de máxima concurrencia, podían acomodar a ochenta o noventa personas durante una noche, pero el Avellino era más pequeño. Tony rara vez daba de comer a más de treinta o cuarenta personas, cincuenta a lo sumo.

Esa noche el cocinero preparaba una reducción de vino tinto para las costillas de ternera guisadas, y tenía un caldo de pollo oscuro y otro claro en el calentaplatos de vapor. En la categoría de «Algo de Asia», servía el satay de ternera de Ah Gou con salsa de cacahuete y surtido de *tempura*: sólo de gambas, judías verdes y espárragos. Estaban los platos de pasta habituales —entre ellos, plumas cubiertas con calamares, aceitunas negras y piñones— y las dos *pizzas* que gozaban de mayor aceptación, la de pepperoni con salsa marinara y una *pizza* de setas a los cuatro quesos. Tenía pollo asado con romero, que se servía sobre un lecho de rácula e hinojo a la brasa, y una pierna de cordero lechal con ajo, y también un risotto de setas.

Greg, el joven segundo jefe de cocina, había asistido a una escuela culinaria de la calle Noventa y dos en Manhattan y aprendía deprisa. Tony había permitido a Greg preparar una salsa grenobloise, con mantequilla de avellana y alcaparras, para él paulará de pollo: ése era el discreto «Algo de Francia» para esa noche. Y las dos camareras preferidas de Tony estaban a mano, una madre soltera y su hija universitaria. Celeste, la madre, trabajaba para el cocinero desde 1976, y la hija, Loretta, era más madura que los habituales estudiantes de instituto de Brattleboro que contrataba como mozos de comedor, lavaplatos y camareras.

Loretta era mayor que gran parte de los alumnos de su curso; había tenido un hijo en el último año de instituto. Loretta no estaba casada y había cuidado de su hijo en la casa de su madre hasta que el niño alcanzó la edad suficiente (cuatro o cinco años) para no enloquecer a Celeste. Entonces Loretta se había matriculado en una universidad local cercana, no muy accesible, pero había conseguido agrupar todas sus clases en un horario de martes a jueves. Pasaba en su casa de Brattleboro donde seguía viviendo con su madre y su hijo, desde el jueves por la noche hasta el siguiente martes por la mañana.

Como el cocinero se acostaba con Celeste —sólo desde el año anterior, iba ya para dieciocho meses—, ese arreglo le había venido bien a Tony Ángel. Se quedaba a dormir en casa de Celeste, con Celeste y su nieto de primero de primaria, sólo dos noches por semana, una de las cuales, los miércoles, el restaurante cerraba. El cocinero regresaba a su apartamento siempre que Loretta volvía a Brattleboro. Había sido más incómodo el verano anterior, cuando Celeste se instalaba en el pequeño apartamento de Tony encima del Avellino para estancias de tres o cuatro noches sucesivas. Pelirroja, con unas pecas muy favorecedoras en el pecho, era una mujer corpulenta, aunque no tanto, ni remotamente, como Jane la Piel Roja o Carmella. Celeste había cumplido ya los cincuenta, y el cocinero le llevaba tantos años como ella le llevaba al hijo del cocinero.

En la cocina del Avellino no había entre ellos el menor asomo de jugueteo —por decisión mutua—, aunque todo el personal (incluida Loretta, por supuesto) sabía que Tony Ángel y Celeste eran pareja. Las mujeres que el cocinero había conocido en The Book Cellar se habían marchado ya, o ahora estaban casadas. Tony había dejado de hacerle a la librería la vieja broma; aquella broma inocente en que el cocinero preguntaba a la librería si conocía a alguna mujer a quien presentarle. (Ella no conocía a ninguna o no estaba dispuesta a presentársela, no con Celeste de por medio. Brattleboro era un pueblo pequeño, y allí Celeste gozaba de gran predicamento). En Iowa había sido más fácil conocer a mujeres, recordaba Tony Ángel. Debía reconocer que ahora tenía más años, y Brattleboro era un pueblo muy pequeño en comparación con Iowa City, donde Danny invitaba a su padre a todas las fiestas del Taller Literario; esas escritoras sabían pasárselo bien.

Muchas veces Danny llevaba a sus alumnos del taller a pasar la velada en el Mao's, en especial para celebrar el Año Nuevo chino, cada enero o febrero, cuando Ah Gou ofrecía un menú de diez platos a precio fijo durante tres noches consecutivas. Poco antes del Año Nuevo chino de 1973 —era el Año del Buey, recordó el cocinero— el furgón de Xiao Dee se había averiado en Pennsylvania, y Tony Ángel y el Hermano Pequeño estuvieron a punto de no regresar a Iowa City a tiempo con la mercancía.

En 1974 —el Año del Tigre, pensó Tony—, Xiao Dee había convencido a Spicy para que los acompañara a Iowa City desde el mismísimo Queens. Por suerte Spicy era menuda; aun así, iban muy apretados en la cabina del furgón y, en algún lugar de

Indiana o Illinois, Spicy dedujo que Xiao Dee se había estado viendo con una mujer en Bethpage: «Ese putón de Nassau County», la llamaba. El cocinero los había oído discutir durante el resto del camino.

Por alguna razón, pensar en Iowa City y el Mao's había llevado a Tony Ángel a plantearse que al Avellino le faltaba ambición, pero una de las cosas que más le gustaban al cocinero de su restaurante de Brattleboro era que resultaba relativamente fácil de dirigir; los verdaderos chefs, como Ah Gou Cheng y Tony Molinari y Paul Polcari, podían considerar el Avellino poco ambicioso, pero el cocinero (a sus cincuenta y nueve años) no pretendía competir con ellos.

Un motivo de tristeza para Tony Ángel era que no estaba dispuesto a invitar a sus viejos amigos y mentores a que lo visitaran en Vermont y comiesen en el Avellino. El cocinero tenía la sensación de que su restaurante de Brattleboro no era digno de esos chefs superiores que tanto le habían enseñado, pese a que seguramente ellos se habrían sentido conmovidos y halagados al advertir sus manifiestas buenas influencias en la carta del Avellino, y con toda certeza habrían afianzado el orgullo del cocinero por tener su propio restaurante, que —aunque fuera sólo en Brattleboro— era todo un éxito local. Dado que Molinari y Polcari estaban jubilados, podían haber viajado a Vermont cuando les hubiera venido en gana: más difícil habría sido encontrar el momento para los hermanos Cheng.

Ah Gou y Xiao Dee habían regresado al este siguiendo los buenos consejos de Tzu-Min, la joven abogada china que había contraído matrimonio con el Hermano Grande: le había brindado una sólida asesoría empresarial, y nunca había vuelto a Taiwán. Connecticut estaba más cerca del Lower Manhattan, donde el Hermano Pequeño iba a comprar; no tenía sentido que los Cheng se mataran en sus esfuerzos por la autenticidad en Iowa. El primer nombre de su nuevo restaurante, Baozi, en chino significaba «envuelto». (El cocinero recordaba los dorados rollos de primavera con carne de cerdo y los baozi de cerdo guisados que Ah Gou preparaba siempre para el Año Nuevo chino. Las bolas de masa al vapor se partían en dos, como un bocadillo, y se rellenaban de paletilla de cerdo estofada, desmenuzada y mezclada con polvo de cinco especias). Pero Tzu-Min era quien tenía la visión de negocio en la familia Cheng; cambió el nombre del restaurante y le puso Lemongrass, «limoncillo», que era más comercial y comprensible en Connecticut.

«Algún día», pensó Tony Ángel, «quizá Daniel y yo podamos ir en coche a Connecticut y comer en el Lemongrass; podríamos pasar la noche en algún sitio cercano». El cocinero añoraba a Ah Gou y Xiao Dee, y les deseaba lo mejor.

—¿Qué te pasa, Tony? —preguntó Celeste. (El cocinero estaba llorando, aunque no se había dado cuenta).

—No me pasa nada. Celeste. De hecho, soy muy feliz —afirmó Tony. Le sonrió y se inclinó sobre su reducción de vino tinto, degustando el aroma. Había escaldado una ramita de romero fresco en agua hirviendo, sólo para extraer el aceite antes de echar el romero al vino tinto.

—Ya, pero es que estás llorando —dijo Celeste.

—Los recuerdos, supongo —contestó el cocinero. Greg, el segundo jefe de cocina, también lo observaba. Loretta entró en la cocina procedente del comedor.

—¿Vamos a abrir las puertas esta noche o tendrán que echarlas abajo los clientes? —preguntó al cocinero.

—Ah, ¿ya es la hora? —dijo Tony Ángel. Debía de haberse dejado el reloj en el dormitorio, donde no había terminado de leer aún las galeradas de *Al este de Bangor*.

—¿Por qué llora? —preguntó Loretta a su madre.

—Eso mismo querría saber yo —respondió Celeste—. Los recuerdos, supongo.

—Serán buenos, ¿no? —dijo Loretta al cocinero: alcanzó un paño limpio del estante y le enjugó la mejilla. Incluso el lavaplatos y el mozo de comedor, dos chicos del instituto de Brattleboro, observaban a Tony Ángel con preocupación.

El cocinero y su segundo jefe de cocina no eran muy rígidos a la hora de repartirse sus respectivas tareas, aunque normalmente Greg se ocupaba de la parrilla, la plancha y el gratinador, en tanto que Tony se ocupaba de las salsas.

—¿Quieres que esta noche sea yo el salsero, jefe? —preguntó Greg al cocinero.

—Estoy bien —contestó Tony a todos ellos, negando con la cabeza—. ¿Vosotros nunca tenéis recuerdos?

—Ah, me olvidaba: ha llamado Danny —informó Loretta al cocinero—. Vendrá esta noche.

—Sí, parece que Danny ha tenido un día de lo más emocionante... para un escritor —dijo Celeste a Tony—. Lo han atacado dos perros. Gallo ha matado a uno. Quería una mesa a la hora de siempre, pero sólo para uno. Ha dicho que a Barrett no le haría ninguna gracia la historia del perro. Ha dicho: «Dile a pa que lo veré dentro de un rato».

Eso de «pa» tenía su origen en Iowa City: al cocinero le gustaba.

Barrett era oriunda de Inglaterra; pese a que vivía en Estados Unidos desde hacía muchos años, a Tony Ángel su acento británico se le antojaba más marcado cada vez que lo oía. En Estados Unidos el acento británico impresionaba más de la cuenta, pensaba el cocinero. Quizás ante el acento británico muchos norteamericanos se sentían incultos.

Tony sabía qué había querido decir su hijo con eso de que a Barrett no le haría ninguna gracia la historia del perro. Aunque a Danny ya le habían mordido varios perros cuando salía a correr, Barrett era una de esas amantes de los animales que siempre se ponía del lado del perro. (No había perros «malos», sino sólo malos dueños de perros; la Policía del Estado de Vermont no debería disparar contra el perro de nadie bajo ninguna circunstancia; si Danny no corriera con los mangos de las raquetas de squash, quizá los perros no intentarían morderlo, y así de forma sucesiva). Pero el cocinero sabía que su hijo corría con los mangos de las raquetas precisamente porque lo habían mordido cuando corría sin ellos; había necesitado puntos de sutura dos veces, pero la vacuna antirrábica sólo una.

Tony Ángel se alegraba de que su lujo no fuese a cenar con Barrett. Al cocinero le molestaba que Daniel se hubiese acostado con una mujer casi tan mayor como su propio padre. Pero a Tony le molestaba aún más la pose inglesa de Barrett y su convicción de que no existían los perros malos. En fin, ¿acaso no debía esperarse un amor indiscriminado a los perros de una persona aficionada a los caballos?, se preguntó el cocinero.

Tony Ángel empleaba una antigua estufa de leña Stanley traída de Irlanda para sus *pizzas*; sabía cómo mantener el horno a trescientos grados sin que hiciera demasiado calor en el resto de la cocina, pero había tardado dos años en descubrirlo. Estaba rellenando la Stanley de leña cuando oyó a Loretta abrir la puerta de la entrada e invitar a los primeros clientes a pasar al comedor.

—Ha habido otra llamada —dijo Greg al cocinero.

Tony esperaba que Daniel no hubiera cambiado de idea en cuanto a ir a cenar, o que su hijo no hubiese decidido llevar a Barrett, pero el otro mensaje era de Ketchum.

El viejo maderero le había hablado largo y tendido a Greg sobre el milagroso invento del fax. A saber cuánto tiempo hacía que se había inventado el fax, pensó el cocinero, pero no era la primera vez que oía decir a Ketchum que quería uno. Danny había estado en Nueva York y había visto funcionar un fax rudimentario en el departamento de producción de su editorial; en opinión de Daniel, recordó su padre, era un aparato voluminoso que producía papeles untuosos con el texto casi ilegible, pero eso no disuadió a Ketchum. El leñador antes analfabeto quería que Danny y su padre tuviesen faxes. Entonces Ketchum conseguiría uno, y así podrían ponerse todos en contacto al instante.

«Dios santo», pensaba el cocinero, «no pararían de llegar faxes; tendré que comprar toneladas de papel. Y se acabarán las mañanas plácidas». Le encantaba el café de la mañana y su vista preferida del Connecticut. (Al igual que el cocinero, Ketchum era madrugador). Tony Ángel nunca había visto dónde vivía Ketchum en Errol, pero se imaginaba algo propio de los tiempos de los wanigans, una caravana tal vez, o varias. Antes casas rodantes, pero ya no, o una camioneta Volkswagen con una estufa de leña dentro, y sin ruedas. La circunstancia de que Ketchum (a sus sesenta y seis años) hubiese aprendido a leer en fecha reciente pero quisiera ahora un fax se le antojaba inconcebible. Hacía poco Ketchum no tenía siquiera teléfono.

El cocinero sabía por qué había llorado, y no tenía nada que ver con sus «recuerdos». En cuanto se le ocurrió la idea de viajar con su hijo para ver a los Cheng en su restaurante de Connecticut, Tony Ángel supo que Daniel nunca encontraría el momento. El escritor era un adicto al trabajo; en opinión del cocinero, una especie de logorrea se había adueñado de su hijo. A Tony, el hecho de que Daniel fuese a cenar solo al Avellino le parecía bien, pero el hecho de que su hijo estuviese solo (y probablemente siguiese siempre así) provocaba el llanto del cocinero. Si su nieto, Joe, le preocupaba —debido a todos los peligros obvios a los que un muchacho de dieciocho años sólo con suerte podía escapar—, por su hijo, Daniel, sentía lástima, ya

que lo veía como un espíritu melancólico, víctima de una soledad terminal. «Es incluso más melancólico y solitario que yo», pensaba Tony Ángel.

—Mesa para cuatro —decía Loretta a Greg, el segundo jefe de cocina—. Una pizza de setas, una pepperoni —pidió al cocinero.

Celeste entró en la cocina desde el comedor.

—Danny ha llegado, solo —dijo a Tony.

—Una de plumas con calamares —prosiguió Loretta, recitando.

Cuando el restaurante no daba abasto, dejaba las comandas a los dos cocineros por escrito, pero cuando no había casi nadie en el Avellino, Loretta parecía deleitarse en la teatralidad de una presentación a viva voz.

—¿En la mesa para cuatro no quieren primeros platos? —preguntó Greg.

—Quieren todos la ensalada de rácula con virutas de parmesano —añadió Loretta—. Y esto te va a encantar. —Hizo una pausa para causar mayor efecto—. Un paulará de pollo, pero sin alcaparras.

—Por Dios —dijo Greg—. En una salsa grenobloise las alcaparras lo son todo.

—Dale a ese fulano la reducción de vino tinto con romero: sirve tanto para el pollo como para la ternera guisada —sugirió Tony Ángel.

—El pollo quedará morado, Tony —protestó el segundo jefe de cocina.

—Vaya un purista estás tú hecho, Greg —reprochó el cocinero—. Pues dale a ese individuo el paulará con un poco de aceite de oliva y limón.

—Danny dice que lo sorprenda —comunicó Celeste a Tony. Observaba detenidamente al cocinero. También lo había visto llorar dormido.

—Bien, será divertido —dijo el cocinero. («Por fin una sonrisa, aunque sea pequeña», pensó Celeste).

May era una pasajera locuaz. Mientras Dot conducía —meneando la cabeza, pero por lo general no al ritmo de la basura que sonase por la radio en ese momento—, May leía casi todos los indicadores de carretera en voz alta, como a veces hacen los niños que han aprendido a leer recientemente.

—Beilows Falls —había anunciado May al dejar atrás esa salida de la 1-91, hacía quizás un cuarto de hora o más—. ¿A quién se le ocurre vivir en Beilows Falls?

—¿Tú has estado? —preguntó Dot a su vieja amiga.

—No. Es sólo que el nombre en sí no atrae —explicó May.

—Parece que va acercándose la hora de la cena, ¿no crees? —preguntó Dot.

—Yo podría comer alguna cosilla —admitió May.

—¿Como qué? —preguntó Dot.

—Ah, sólo medio oso o una vaca entera, supongo —dijo May, y soltó una carcajada. Dot se carcajeó con ella.

—Yo incluso me conformaría con media vaca, supongo —propuso Dot, ya más seriamente.

—Putney —leyó May en voz alta al pasar junto al indicador de la salida.

—¿Qué clase de nombre será ése? ¿Tú qué crees? No suena indio —comentó



Dot.

—No. Indio no —convino May. Se acercaban las tres salidas de Brattleboro.

—¿Qué tal una *pizza*? —sugirió Dot.

—Brat-el-ba-rrou —enunció May, rayando la perfección.

—Ése, desde luego, no es un nombre indio —declaró Dot, y las dos ancianas se carcajearon un poco más.

—En Brattleboro tiene que haber una pizzería, ¿no te parece? —preguntó May a su amiga.

—Echemos un vistazo —dijo Dot. Se desvió por la segunda salida a Brattleboro, que la llevó a Main Street.

—The Book Cellar —leyó May en voz alta mientras circulaban despacio frente a la librería, a su derecha.

Cuando llegaron al siguiente semáforo, y el tramo empinado de la cuesta, vieron la marquesina del cine Latchis. Ponían una par de películas del año anterior: una sesión doble con Sylvester Stallone como protagonista, Rocky III y Rambo.

—Yo las he visto —anunció Dot con orgullo.

—Las viste conmigo —le recordó May.

Las dos se distrajeron fácilmente con la marquesina del Latchis, y Dot iba conduciendo; Dot no podía conducir y mirar a ambos lados de la calle al mismo tiempo. De no haber sido por May, su famélica acompañante y lectora compulsiva de letreros, acaso hubieran pasado de largo ante el Avellino. La palabra «Avellino» tenía su miga para May; se trabucó con ella pero logró decir: «Cocina italiana».

—¿Dónde? —preguntó Dot; ya se habían pasado.

—Ahí atrás. Aparca donde puedas —indicó May a su amiga—. Decía «italiana», lo sé.

Para cuando Dot consiguió desplegar sus aptitudes para la conducción, ya estaban en el aparcamiento del supermercado.

—Ahora tendremos que ir a pata —anunció a May.

A Dot no le apetecía «ir a pata»; tenía un juanete que la estaba matando y, por culpa de eso, renqueaba, cosa que a May le recordaba la cojera del Coci, de modo que últimamente el Coci les rondaba a las dos comadres viejas y malas por la cabeza. (Además, la conversación acerca de los nombres indios en el coche podría haberlas inducido a rememorar sus tiempos ya lejanos en Twisted River).

—Yo andaré un kilómetro por una *pizza*, o dos —dijo May a su vieja amiga.

—Al menos por una de las *pizzas* del Coci —añadió Dot, y eso las decidió.

—¡No me dirás que no estaban ricas! —exclamó May. Con su balanceo, ya habían llegado hasta el Latchis, en la acera contraria, y casi perdieron la vida al cruzar Main Street a tontas y a locas. (Tal vez en Milán fueran más tolerantes con los peatones que en Brattleboro). Tanto Dot como May hicieron un corte de mangas al conductor que había estado a punto de arrollarlas.

—¿Qué era aquello que quería echarle el Coci a la masa de la *pizza*? —preguntó

Dot a May.

—¡Miel! —contestó May, y las dos soltaron una carcajada—. Pero al final cambió de idea —recordó May.

—Me pregunto cuál sería su ingrediente secreto —dijo Dot.

—Quizá no lo tenía —contestó May con un gesto de indiferencia. Se habían detenido delante de la vidriera del Avellino, donde May, con Dios y ayuda, articuló en voz alta el nombre del restaurante.

—Desde luego suena a italiano auténtico —decidió Dot. Las dos leyeron la carta colgada del cristal de la vidriera—. Dos clases de *pizza* —observó.

—Yo sigo fiel a la de pepperoni —declaró May a su amiga—. Puedes morirte si comes setas.

—Lo bueno del Coci era que hacía las bases muy finas y podías comer mucha más *pizza* sin llenarte —recordaba Dot.

Dentro, una familia de cuatro acababa de cenar; Dot y May vieron que los dos niños habían pedido *pizza*. Había un hombre atractivo, cuarentón, solo en una mesa cercana a las puertas de vaivén de la cocina. Escribía en un cuaderno, la clase de cuaderno de papel pautado que usan los estudiantes. Las ancianas no reconocieron a Danny, lógicamente. Contaba doce años cuando lo vieron por última vez, y ahora tenía dos lustros más que su padre cuando Dot y May vieron al cocinero por última vez.

Danny había alzado la vista al entrar las ancianas, pero había vuelto a concentrar la atención de inmediato en lo que estaba escribiendo. Posiblemente ni siquiera se habría acordado de cómo eran Dot y May en 1954; veintinueve años después, Danny no tenía la más remota idea de quiénes eran aquellas dos comadres viejas y malas.

—¿Mesa para dos, señoras? —les preguntó Celeste. (A Dot y May siempre les hacía gracia cuando alguien las consideraba «señoras»). Les asignaron una mesa junto a la vidriera, bajo la vieja fotografía en blanco y negro del ya lejano atasco de troncos en Brattleboro.

—Antes conducían troncos por el Connecticut —explicó Dot a May.

—Esto, en su día, debió de ser un pueblo maderero —comentó May—. Serrerías, papel, quizá; también industria textil, supongo.

—Aquí hay un manicomio, según tengo entendido —dijo Dot a su amiga. Cuando se acercó la camarera para servirles agua, Dot se lo preguntó a Celeste—. ¿Todavía hay aquí una loquería?

—Se llama «retiro» —explicó Celeste.

—¡Una puta palabreja para no llamar a las cosas por su nombre! —exclamó May.

Dot y ella se carcajaban de nuevo cuando Celeste fue a buscarles la carta. (Al llevar el agua a las viejecitas se había olvidado de las cartas. Celeste seguía distraída por el llanto del cocinero). Entró una pareja joven, y Dot y May observaron a una camarera más joven —la hija de Celeste, Loretta— mientras los acompañaba a su mesa. Cuando Celeste volvió con las cartas, Dot dijo:

—*Pizza pepperoni* para las dos. —(May y ella ya habían echado un vistazo a la carta en la vidriera).

—¿Una para cada una o una para compartir? —preguntó Celeste. (A Celeste le bastaba con mirar a aquellas dos para conocer la respuesta).

—Una para cada una —contestó May.

—¿Les apetece una ensalada, o un primer plato? —preguntó Celeste a las ancianas.

—No. Me reservo para la tarta de manzana —respondió May.

—Creo que yo tomaré el cobrar de arándanos —dijo Dot.

Las dos pidieron Coca-Cola, «la auténtica», hizo hincapié May al dirigirse a Celeste. Para el trecho de camino que aún tenían por delante, por no hablar ya de la patulea de niños y nietos, Dot y May necesitaban tanta cafeína y azúcar como pudieran echarse al cuerpo.

—Como mis hijos y nietos sigan teniendo hijos —comentó May a Dot—, tendrás que ingresarme en el retiro ese, puedes creerme.

—Ya vendré a verte —dijo su amiga Dot. Y añadió:

—Si la *pizza* vale la pena.

En la cocina del Avellino, el cocinero quizás había oído las carcajadas de las ancianas.

—Dos *pizzas* pepperoni —informó Celeste—. Dos probables clientas para la tarta y el cobrar.

—¿Quiénes son? —preguntó el cocinero; normalmente no mostraba tanta curiosidad—. ¿Son de por aquí?

—Son un par de comadres viejas y malas, si quieres que te diga la verdad... De aquí o de donde sea —contestó Celeste.

Estaba a punto de empezar el partido de los Red Sox por la radio. El equipo de Boston jugaba en casa, en el Fenda Park, pero Greg estaba escuchando en otra emisora un programa de música sentimental titulado Melodías de ayer. El cocinero en realidad no había prestado atención, pero el disco elegido ese día era la grabación de 1967 de Surrealista Pulo, el viejo álbum de Jefferson Aeroplano.

Cuando Tony Ángel reconoció la voz de Grace Slick cantando Somebody to Love, se dirigió con una brusquedad impropia de él al segundo jefe de cocina.

—Es la hora del partido, Greg —dijo el cocinero.

—Déjame oír sólo... —empezó a decir el segundo jefe de cocina, pero Tony cambió en el acto de emisora. (Todos habían percibido la impaciencia en el tono de su voz y visto el ademán iracundo con que había alargado el brazo hacia la radio). Lo único que pudo decir el cocinero en su defensa fue:

—Esa canción no me gusta.

Encogiéndose de hombros, Celeste dijo a todos:

—Los recuerdos, imagino.

A sólo un fino tabique y una puerta doble de vaivén de distancia había otros dos

viejos recuerdos. Por desgracia, el cocinero no se quitaría de encima a Dot y May con la misma facilidad con que había interrumpido la canción en la radio.

## 9. La fragilidad e imprevisibilidad de las cosas

En el bulevar de las afueras de Coralville, a la vista del Mao's, había una pizzería llamada El Griego; los ingredientes preferidos para la *pizza* eran las aceitunas kalamata y el queso feta. (Como había dicho el padre de Danny en su día, «no está mal, pero no es *pizza*»). En el centro de Iowa City había una taberna irlandesa de imitación llamada O'Rourke's: mesas de billar, cerveza verde el día de San Patricio, bocadillos de bratwurst o albóndigas. Para Danny, el O'Rourke's era un establecimiento estrictamente para estudiantes, un remedo poco convincente de las tabernas de Boston al sur del Haymarket, en las inmediaciones de Hanover Street. La más antigua era la Union Oyster House, un restaurante y marisquería que con el tiempo se hallaría frente a un edificio conmemorativo del Holocausto, pero también estaba la Bell in Hand Tavern, en la esquina de las calles Union y Marshall: donde Daniel Baciagalupo, siendo aún menor de edad, se había emborrachado con cerveza en compañía de sus primos mayores de las familias Saetta y Calogero.

Esas tabernas no se hallaban tan lejos del North End como para escapar a la atención del cocinero, que un día siguió a Danny y sus primos a la Bell in Hand. Cuando el cocinero vio a su joven hijo beber cerveza, se llevó al chico de la taberna a tirones de oreja.

Mientras el escritor Danny Ángel trabajaba en el Avellino, abstraído en su cuaderno —aguardando a que su padre, el cocinero, lo sorprendiese—, lamentó que esa humillación en la Bell in Hand, delante de sus primos mayores, no hubiese bastado para inducirlo a dejar de beber antes de empezar en serio. Pero, para dejarlo, Danny había necesitado un susto mayor —y la posterior humillación— que ese primer tropiezo en un bar de Boston. El momento llegaría, pero no antes de ser padre. («Si cuando seas padre no te conviertes en una persona responsable», había dicho una vez el cocinero a su hijo, «nunca lo serás»). ¿Estaba pensando Danny como un padre cuando le escribió a máquina al *hippy* carpintero un mensaje de una página y recorrió en coche la carretera secundaria de Westminster West a fin de dejárselo en el buzón a aquel capullo, el dueño de los perros, antes de ir a Brattleboro para su cena sorpresa en el Avellino? ¿Era eso lo que el escritor habría deseado que hiciese el joven Joe si su hijo llegara a encontrarse en una situación análogamente hostil?

«Lamento mucho la muerte de tu perro», había escrito Danny. «Yo me he salido de mis casillas. No te haces responsable de tus perros y te niegas a entender que una vía pública no es territorio de ellos. Pero yo debería haber contenido mi mal genio. Iré a correr a otra parte. Tú has perdido a un perro. Yo renuncio a mi circuito preferido para correr. Y en paz, ¿te parece?». No era más que una simple hoja mecanografiada. El escritor no añadió su nombre. Si Armando estaba en lo cierto —si el capullo era un escritor carpintero, y/o antiguo alumno de Danny en Windham—, el exasperante dueño del perro sabía sin duda que el hombre que corría con mangos de raqueta de squash era el escritor Danny Ángel. Pero Danny no vio motivos para

pregonarlo. Tampoco metió la hoja en un sobre: sencillamente la dobló por la mitad y la dejó en el buzón del dueño de los perros, allí donde el camino de acceso flanqueado de vehículos muertos confluía en la carretera.

Ahora, allí sentado en el Avellino, escribiendo, Danny supo qué diría Armando: «No pretendas hacer las paces con un capullo», o algo por el estilo. Pero Armando no tenía hijos. ¿Acaso era Armando menos timorato por eso? La idea misma de que un altercado entrase en una espiral ascendente de violencia hasta escapar a todo control... En fin, ¿no era ésa una de las prioridades en la lista de circunstancias de las que uno debía proteger a sus hijos? (En el cuaderno, donde Danny escribía para sí a vuela pluma, las palabras «un miedo indescriptible» destacaban con demitorio malestar en varias frases inacabadas). De niño, y de joven, Danny siempre había dado por supuesto que su padre y Ketchum eran distintos, básicamente porque su padre era cocinero y Ketchum ganchero, un leñador, más correoso que sus mismísimas botas de clavos, un maderero intemperante que jamás se arredraba ante una pelea.

Pero Ketchum estaba distanciado de sus hijos; él ya los había perdido. No era necesariamente cierto que Ketchum fuese más valiente, o más audaz, que el cocinero. Ketchum no era padre, ya no; no tenía tanto que perder. Sólo ahora comprendía Danny que su padre había hecho cuanto pudo para cuidar de él. Abandonar Twisted River fue una decisión de padre. Y el cocinero y su hijo intentaban ambos cuidar del joven Joe; su común temor por el chico había unido aún más a Danny y su padre.

También se había sentido unido a su padre en Iowa City, recordó el escritor. (Su interludio asiático, como Danny veía su segunda etapa en Iowa). La novia más estable de su padre durante esos años en Iowa City había sido una enfermera del servicio de urgencias del Mercy Hospital; Yi-Yiing era china. Tenía la edad de Danny —poco más de treinta años, casi veinte menos que el cocinero— y una hija, de la edad de Joe, en Hong Kong. Su marido la había abandonado al nacer la hija —él quería un hijo—, y Yi-Yiing había confiado el cuidado de su hija a sus padres mientras ella se establecía en el Medio Oeste. La profesión de enfermera había sido una buena elección, y también Iowa City. Los médicos del Mercy Hospital habían declarado que Yi-Yiing era indispensable. Tenía permiso de residencia y estaba tramitando la nacionalidad estadounidense.

Naturalmente Yi-Yiing oía de vez en cuando la palabra «amarilla», el insulto más habitual de un paciente prejuicioso en el servicio de urgencias, y de un conductor o pasajero invisibles en un coche en marcha. Pero ella ni se inmutaba cuando la confundían con la novia de guerra de algún veterano de Vietnam. La esperaba una tarea más dura, más cuesta arriba —a saber, llevar a su hija y sus padres a Estados Unidos—, pero el papeleo exigido para eso ya estaba muy avanzado. Yi-Yiing tenía sus propias razones para no permitir que nada la distrajera de su objetivo. (Le habían asegurado que sería más fácil llevar a su familia a Estados Unidos en cuanto acabase la guerra de Vietnam; era «sólo cuestión de tiempo», le había dicho una autoridad digna de crédito). Yi-Yiing le dijo a Tony Ángel que, por lo que a ella se refería, ése

no era el momento oportuno para una «relación sentimental». Acaso eso fue música para los oídos de su padre, había pensado Danny en su día. Muy posiblemente, dada la irrisión heroica de Yi-Yiing, el cocinero representaba para ella una pareja reconfortante y poco exigente; después de dejar en el pasado una parte tan grande de su vida, Tony Ángel tampoco buscaba precisamente una relación sentimental, por así llamarla. Además, como el nieto del cocinero tenía la misma edad que la hija de Yi-Yiing, la enfermera desarrolló un afecto maternal por el joven Joe.

Danny y su padre siempre pensaban en Joe antes de aceptar a mujeres nuevas en sus vidas. Danny había sentido simpatía por Yi-Yiing —siendo buena parte del motivo la sincera atención que prestaba a Joe—, si bien resultaba incómodo que Yi-Yiing tuviera la misma edad que Danny, y que el escritor se sintiera atraído por ella.

Durante aquellos tres años, Danny y su padre habían alquilado tres casas distintas en la Court Street de Iowa City, todas ellas de profesores titulares de la universidad en año sabático. Court Street era una calle arbolada con casas amplias de tres plantas, una especie de zona residencial para profesores. La calle también se hallaba a una distancia razonable a pie del centro de enseñanza primaria Longfellow, donde Joe cursaría segundo, tercero y cuarto. Court Street estaba un tanto alejada del centro de Iowa City, y Danny nunca tenía que pasar en coche por Iowa Avenue, donde en otro tiempo había vivido con Katie; nunca, en cualquier caso, en el camino de ida y vuelta al Edificio de Filosofía y Letras a orillas del río Iowa. (El EFL, como se lo conocía, era donde Danny tenía su despacho del Taller Literario). Pese a lo espaciosas que eran esas viviendas de alquiler de Court Street, Danny no escribía en casa, sobre todo por la irregularidad de los horarios de Yi-Yiing en el servicio de urgencias del Mercy Hospital. A menudo dormía en la habitación del cocinero hasta mediodía, y entonces bajaba a la cocina y se preparaba algo de comer vestida con su pijama de seda. Cuando no trabajaba en el hospital, Yi-Yiing se pasaba el día en pijama, aquel provocativo pijama de Hong Kong.

A Danny le gustaba acompañar a Joe al colegio e irse luego a escribir al Edificio de Filosofía y Letras. Cuando dejaba la puerta del despacho cerrada, sus alumnos y los demás profesores sabían que no debían molestarlo. (Yi-Yiing era de corta estatura, baja pero asombrosamente robusta, de rostro agraciado y cabello largo de color azabache. Tenía muchos pijamas de seda, de los más diversos colores, en tonos vibrantes; como recordaba Danny, incluso sus pijamas negros parecían vibrar). Este *non sequitur* en forma de paréntesis, mucho después de haber empezado a escribir por la mañana —la tentadora imagen de Yi-Yiing con su vibrante pijama, dormida en la cama de su padre—, era una distracción permanente. Yi-Yiing y su pijama, o su seductora presencia, viajaban hasta el Edificio de Filosofía y Letras con Danny.

—No entiendo cómo puedes escribir en un edificio tan aséptico —dijo el escritor Raymond Carver refiriéndose al EFL. Ray fue compañero de Danny Ángel en el taller durante esos años.

—No es tan... aséptico como tú crees —contestó Danny a Ray.

Otro colega escritor, John Cheever, comparó el EFL con un hotel —«un hotel para congresos»—, pero a Danny le gustaba su despacho en la cuarta planta. La mayoría de las mañanas, los despachos y las aulas del Taller Literario estaban vacíos. Allí no había nadie aparte de la auxiliar administrativa, y a ésta se le daba bien tomar nota de los mensajes y no pasarle llamadas, a menos que fueran del joven Joe o del padre de Danny.

Al margen de la estética de un lugar de trabajo determinado, los escritores tienden a sentir apego por el sitio donde trabajan a gusto. Como gran parte del día Joe estaba a salvo en la escuela, Danny desarrolló gran apego por el EFL. La cuarta planta era silenciosa, prácticamente un santuario, siempre y cuando se marchase a primera hora de la tarde.

«Por lo común, los escritores no restringen su obra a las cosas buenas, ¿verdad que no?», pensaba Danny Ángel mientras escribía a vuela pluma en su cuaderno en el Avellino, donde Iowa City ocupaba el primer plano de su pensamiento. «El bebé en la calle», había escrito: el título de un capítulo, posiblemente, pero la cosa no se reducía sólo a eso. Había tachado «Él» y escrito «Un bebé en la calle», pero no le convencía ninguno de los dos artículos; se apresuró a tachar también «Un». Más arriba, en la misma hoja del cuaderno, se advertían otras muestras de la reticencia del escritor al uso del artículo: «El Mustang azul», corregido, quedaba «Mustang azul». (¿Era quizá «Bebé en la calle» simplemente la mejor opción?). Para cualquiera que viese la expresión del escritor de cuarenta y un años, saltaba a la vista que este ejercicio era algo más significativo y más doloroso a la vez que la simple búsqueda de un título. A Dot y May, el joven autor de aspecto atribulado les resultaba extrañamente atractivo y familiar; mientras esperaban su comida, ambas lo observaron con atención. A falta de rótulos que leer en voz alta, May había enmudecido por un momento; Dot, en cambio, susurró a su amiga:

—No sé qué escribe, pero no se lo está pasando bien.

—¡Yo sí se lo haría pasar bien! —respondió May, también en susurros, y las dos empezaron a carcajearse a su inimitable manera.

En esos momentos no cualquier cosa habría distraído a Danny de su texto. El Mustang azul y el bebé en la calle habían capturado la atención del escritor casi por completo; el hecho de que uno u otro pudieran servir como título era intrascendente. Tanto el Mustang azul como el bebé en la calle eran catalizadores para la imaginación de Danny, y para él representaban mucho más que simples títulos. Aun así, las peculiares carcajadas de las dos ancianas indujeron a Danny a apartar la vista del cuaderno, ante lo cual Dot y May desviaron rápidamente la mirada. Estaban observándolo, eso Danny lo vio claro, y habría jurado que ya había oído antes las risas burlonas e indelebles de esas gordas. Pero ¿dónde y cuándo?

Había pasado demasiado tiempo para que Danny se acordase, obviamente, absorto como estaba en esos detalles más cercanos y memorables, el Mustang azul a toda velocidad y ese bebé indefenso en la calle. Danny se hallaba muy lejos del niño



de doce años que él era en el pabellón-cocina, donde (y cuando) las carcajadas de Dot y May habían sido tan asiduas como signos de puntuación. El escritor volvió a concentrarse en el cuaderno. Tenía Iowa City en la imaginación, pero estaba más cerca de aquella época en Twisted River de lo que él podía saber.

Durante el primer año en Court Street, Danny y su padre y Joe se acostumbraron poco a poco a compartir la casa con Yi-Yiing y sus vibrantes pijamas. Había organizado sus horarios en el hospital de modo que solía estar en casa cuando Joe volvía de la escuela. Eso sucedió antes de que Joe empezara a ir mucho en bicicleta, y por entonces las novias de Danny eran todas asuntos pasajeros; las fugaces parejas del escritor rara vez pasaban la noche en la casa de Court Street. El cocinero salía camino de la cocina del Mao's a primera hora de la tarde, eso cuando no coincidía con uno de sus viajes de ida y vuelta al Lower Manhattan en compañía de Xiao Dee Cheng.

Esas dos noches por semana que Tony Ángel pasaba en la carretera, Yi-Yiing no se quedaba en la casa de Court Street. Había conservado su apartamento, cerca del Mercy Hospital; tal vez supo desde el principio que Danny se sentía atraído por ella (Yi-Yiing nunca hizo nada para alentarle). Eran el cocinero y el pequeño Joe quienes recibían toda su atención, aunque fue ella la primera en hablar con Danny cuando Joe empezó a ir en bicicleta al colegio. Para entonces se habían trasladado todos a la segunda casa de Court Street; estaba más cerca de Muscatine Avenue, que absorbía el tráfico procedente de la periferia, pero entre Court Street y el centro de enseñanza primaria Longfellow sólo había pequeñas calles secundarias. Aun así, Yi-Yiing aconsejó a Danny que obligase a Joe a circular en bicicleta por la acera, y a que en las travesías se bajara de la bicicleta y cruzara a pie.

—En esta ciudad atropellan a niños en bicicleta continuamente —dijo Yi-Yiing a Danny. Él intentó no fijarse en el pijama que ella llevaba puesto en ese momento; era consciente de que debía concentrar toda su atención en la experiencia de ella como enfermera en el servicio de urgencias—. Lo veo una y otra vez; anoche había un niño en urgencias.

—¿Un niño iba en bicicleta por la noche? —preguntó Danny.

—Lo atropellaron en Dodge Street cuando aún era de día, pero pasó toda la noche en urgencias —aclaró Yi-Yiing.

—¿Se pondrá bien? —preguntó Danny.

Yi-Yiing negó con la cabeza; estaba preparándose un té en la cocina de la segunda casa de Court Street y un fino trozo de tostada pendía de su labio inferior como un cigarrillo. Joe no había ido a la escuela porque estaba enfermo, y Danny se había quedado escribiendo en la mesa de la cocina.

—Tú dile a Joe que vaya en bicicleta por la acera —repuso Yi-Yiing—, y si le apetece ir al centro, o a la piscina o al zoo del City Park, oblígalo a ir a pie o a coger el autobús, por lo que más quieras.

—De acuerdo —accedió Danny. Ella se sentó a la mesa con él, con su té y el resto

de la tostada.

—¿Qué haces en casa? —preguntó Yi-Yiing—. Estoy yo, ¿no? Estoy despierta. Deberías irte a tu despacho a escribir. Soy enfermera, Danny; puedo cuidar de Joe.

—De acuerdo —repitió Danny.

¿Acaso podía estar Joe más seguro?, se preguntó el escritor. El niño tenía a una enfermera de urgencias para cuidar de él, además de dos canguros japonesas.

Casi todas las noches, el cocinero y la enfermera de urgencias trabajaban; Danny se quedaba en casa con Joe o, si no, cuidaba del niño una de las gemelas japonesas. Los padres de Sao y Kaori eran de Yokohama, pero las gemelas habían nacido en San Francisco y se habían criado allí. Una noche el cocinero había vuelto del Mao's con ellas; había despertado a Danny para presentarle a las gemelas y había llevado a Sao y Kaori a la habitación de Joe para dejarles ver al niño dormido. «¿Lo veis?», susurró Tony a las gemelas mientras Danny se quedaba en su cama, desconcertado y apenas despierto. «Este niño es un ángel; es fácil cuidar de él». El cocinero no veía con buenos ojos que Danny recurriese a sus alumnas del taller como canguros para Joe. Las alumnas de Danny eran escritoras, y por tanto se distraían o preocupaban fácilmente, en opinión de Tony Ángel. Los escritores jóvenes vivían en la imaginación, ¿o no?, había preguntado el cocinero a su hijo. (Danny sabía que su padre siempre había desconfiado de la imaginación). Por otra parte, esas jóvenes escritoras eran alumnas de posgrado; muchas de ellas mayores, además, que el alumno de posgrado medio. «¡Son demasiado mayores para ser canguros competentes!», había dicho el cocinero. Para Danny, la teoría de su padre era nueva, pero Sao y Kaori, las gemelas idénticas, le cayeron bien pese a que nunca consiguió distinguirlas. (Con el tiempo, Joe sí las distinguiría, ¿y acaso no era eso lo importante?). «Las Yokohama», como Danny llamaba a las gemelas —como si Yokohama fuese su apellido—, eran universitarias y camareras a tiempo parcial en el Mao's. Por lo tanto, Iowa City tenía un marcado sabor asiático no sólo para el cocinero, sino también para Danny y el joven Joe. Las gemelas hablaban en japonés entre sí, cosa que a Joe le encantaba pero a Danny lo distraía. La mayoría de las noches, cuando Sao trabajaba en el Mao's, Kaori era la canguro de Joe, o viceversa. (En cuyo caso, no se hablaba japonés). Las Yokohama al principio mantuvieron una distancia respetuosa con respecto a Yi-Yiing, cuyo horario en urgencias rara vez le permitía coincidir en la casa con Sao o Kaori. Era más probable que se encontraran en el Mao's, adonde de vez en cuando Yi-Yiing, ya tarde (y sola), iba a cenar, aunque prefería el turno de noche en urgencias a trabajar durante el día.

Una noche, cuando Xiao Dee hacía de maitre, confundió a Yi-Yiing con una de las camareras que trabajaban en el Mao's.

—¡Llegas tarde! —le dijo.

—Soy una cliente; tengo mesa reservada —contestó Yi-Yiing al Hermano Pequeño.

—Ah. ¡Mierda, eres la enfermera de Tony! —exclamó Xiao Dee.

—Tony aún es joven para necesitar a una enfermera —respondió Yi-Yiing.

Más tarde el cocinero intentó salir en defensa de Xiao Dee. («Es buen conductor, y un maitre de mierda»). Pero Yi-Yiing era muy susceptible.

«Los americanos creen que soy vietnamita, ¡y un payaso de Shanghai nacido en Queens cree que soy camarera!», dijo a Tony.

Por desgracia, una de las gemelas japonesas, que sí trabajaba como camarera — en ese momento era, además, la canguro del joven Joe—, oyó decir aquello a Yi-Yiing. «¿Qué tiene de malo ser camarera?», preguntó Sao o Kaori a la enfermera.

En Iowa City, las gemelas japonesas también habían sido confundidas con novias de guerra vietnamitas. Pero en su San Francisco natal, la mayoría de la gente, había explicado Sao, o Kaori, a Danny, sabía distinguir entre un japonés y un vietnamita; por lo visto, en el Medio Oeste no ocurría lo mismo. Ante tan vergonzosa tendencia a meterlos a todos en el mismo saco, ¿qué podía decir Danny sin faltar a la verdad? ¡A fin de cuentas, tampoco él distinguía aún a Sao y Kaori! (Y después de emplear Yi-Yiing la palabra «camarera» como epíteto, la ya respetuosa distancia de las Yokohama con respecto a la enfermera de Hong Kong se hizo aún mayor). «Formamos todos una familia feliz», intentaría explicar después Danny a una de sus alumnas de mayor edad en el taller. Youn era una escritora de Seúl; se incorporó al taller de narrativa de Danny el segundo año tras el regreso de éste a Iowa City. Por entonces había unos cuantos veteranos de Vietnam entre los alumnos del taller, también ellos de mayor edad. Y había unas cuantas mujeres escritoras que habían interrumpido su vida literaria para casarse y tener hijos, y divorciarse. Estos estudiantes de posgrado de mayor edad contaban con una ventaja sobre los escritores más jóvenes que habían llegado al Taller Literario recién salidos de la facultad; los mayores tenían algo de que escribir.

Youn lo tenía, eso desde luego. Había sido víctima de un matrimonio concertado en Seúl: «prácticamente concertado», fue como describió en un principio su matrimonio en la novela que escribía.

Danny había criticado el uso de ese «prácticamente». «O bien fue un matrimonio concertado o no lo fue, ¿de acuerdo?», había preguntado a Youn.

La mujer tenía la piel tan clara como la leche. El pelo, muy negro, lo llevaba corto, con flequillo, bajo el cual sus grandes ojos de color castaño oscuro le daban cierto aspecto de niña desvalida, pese a que Youn tenía más de treinta años —era exactamente de la edad de Danny—, y sus esfuerzos por conseguir que su marido en la vida real le pidiera el divorcio, en lugar de verse arrastrada al «galimatías coreano» de intentar solicitar ella el divorcio, conferían a su novela en curso una trama laberíntica.

Eso si podía darse crédito a su historia real o a su novela, había pensado el escritor Danny Ángel. Cuando la conoció y hubo leído los primeros capítulos, Danny no supo si era de fiar, como mujer y como escritora. Pero le cayó bien desde el principio, y la creciente atracción de Danny por Youn mitigó al menos sus

indecorosas fantasías con la novia de su padre en sus incontables pijamas.

—Bien —había dicho el cocinero a su hijo después de presentarle éste a Youn—, si hay en la casa una enfermera china y dos chicas japonesas, ¿por qué no una escritora coreana?

Pero todos ellos escondían algo, ¿o no? Sin ir más lejos, el cocinero y su hijo estaban escondiéndose: eran fugitivos. Danny tenía el pálpito de que la enfermera china de su padre se callaba algo. En cuanto a la escritora coreana de Danny, a él le constaba que exhibía una falta de claridad aparentemente voluntaria, y no se refería sólo a su prosa.

No había reparo que hacer, en cambio, a las canguros japonesas, cuyo afecto por el pequeño Joe era sincero, y cuyo cariño por el cocinero surgía del compañerismo nacido del trabajo común en el ambicioso caos de la cocina asiática y francesa del Mao's.

No es que la arrobada atención que Yi-Yiing le dedicaba a Joe fuese falsa: la enfermera de urgencias era ciertamente un trozo de pan. Era su relación con el cocinero la que tenía algo de componenda, quizá para ambos. Pero hacía tiempo que Tony Ángel recelaba de las mujeres, y ya no solía poner toda la carne en el asador; era Yi-Yiing quien no debería haber tolerado los escarceos de Tony con aquellas viajeras que conocía en las fiestas del Taller Literario, pero incluso eso le consentía la enfermera al cocinero. A Yi-Yiing le gustaba vivir con un niño de la misma edad que su hija ausente; le gustaba ser la madre de alguien. Por otro lado, formar parte de la familia íntegramente masculina del cocinero quizá se le antojaba a Yi-Yiing una aventura bohemia, una en la que no le sería tan fácil adentrarse una vez que su hija y sus padres se reunieran por fin con ella en Estados Unidos.

A aquellos audaces y jóvenes médicos del Mercy Hospital que se interesaban por sus circunstancias —¿está casada o tiene novio?, deseaban saber—, Yi-Yiing siempre les contestaba, para sorpresa de ellos: «Vivo con el escritor Danny Ángel». Debía de gustarle decirlo, y no sólo como recurso para atajar la conversación, ya que sólo con sus amigos y allegados se molestaba Yi-Yiing en añadir: «Bueno, en realidad salgo con el padre de Danny. Es cocinero del Mao's. aunque no el chino». Sin embargo, el cocinero entendía que Yi-Yiing tenía unas circunstancias complicadas: una mujer de más de treinta años con una vida inestable, tan lejos de su tierra natal, y con una hija que sólo conocía por las fotografías.

Una vez, en una fiesta, alguien que trabajaba en el Mercy Hospital dijo a Danny:

—Ah, conozco a tu novia.

—¿Qué novia? —había preguntado Danny; eso ocurrió antes de que Youn se incorporase al taller de narrativa y (no mucho después) se instalase en la segunda casa de Court Street.

—Yi-Yiing... Es china, una enfermera del...

—Ésa es la novia de mi padre —se apresuró a aclarar el escritor.

—Ah...

Más tarde Danny preguntó a su padre:

—¿Qué pasa con Yi-Yiing? Hay quien piensa que vive conmigo.

—Yo no interrogo a Yi-Yiing, Daniel. Y ella no me interroga a mí —señaló el cocinero—. ¿Y no se porta de maravilla con Joe? —preguntó su padre. Los dos sabían de sobra que era el mismo argumento que Danny había esgrimido respecto a Franky, su exalumna del Windham College, allá en Vermont, y aun así resultaba extraño, pensó Danny. ¿Era el cocinero, a punto de cumplir los cincuenta, más bohemio que su hijo escritor (al menos hasta que Youn se instaló en la segunda casa de Court Street)?

¿Y cuál era el problema de esa casa? Había espacio de sobra para todos; eso no era. Disponía de habitaciones suficientes para que cada uno tuviese su propio dormitorio; Youn usaba una de las habitaciones sobrantes como espacio donde escribir, y para guardar todas sus cosas. Para ser una mujer de más de treinta años, sin hijos, metida en un incomprensible divorcio coreano —«incomprensible» al menos en su novela en curso, o eso opinaba Danny—, Youn tenía muy pocas cosas, curiosamente. ¿Lo había dejado todo en Seúl, y no sólo a su exmarido, un individuo, al parecer, francamente aterrador?

—Soy una estudiante —dijo a Danny—. Por eso resulta tan liberador volver a ser una estudiante: no tengo nada.

Fue una respuesta inteligente, pensó el escritor, pero Danny no sabía si creerla.

En el otoño del 73, cuando Joe empezaba tercero, el cocinero tenía siempre una caja de manzanas en el porche trasero de su casa de Iowa City. El porche daba a un estrecho callejón pavimentado; éste discurría por detrás de la larga hilera de casas con entrada por Court Street. En apariencia, el callejón no se usaba para nada, excepto para la recogida de basuras. Sólo circulaban por allí algún que otro coche, muy despacio, y —con mayor frecuencia, incluso a todas horas— niños en bicicleta. Algo de grava o arenilla cubría aquel pavimento poco transitado, con lo que los niños podían practicar derrapadas en sus bicicletas. Joe se había caído de la bicicleta en ese callejón trasero. Yi-Yiing había limpiado al niño la rodilla raspada.

Un porche, adosado a la cocina, daba al callejón, y algo se comía las manzanas que el cocinero dejaba en el porche; un mapache, sospechó Danny al principio, pero en realidad era una zarigüeya, y un día, a última hora de la tarde, cuando el pequeño Joe salió al porche a coger una manzana, metió la mano en la caja y la zarigüeya lo asustó. Gruñó o bufó o enseñó los dientes; el niño se asustó tanto que ni siquiera supo decir si aquel animal de aspecto primitivo lo había mordido.

—¿Te ha mordido? —preguntaba Danny una y otra vez. (Examinaba sin cesar los brazos y las manos de Joe en busca de una mordedura).

—¡No lo sé! —gimoteaba el niño—. ¡Era blanco y rosa..., feísimo! ¿Qué era?

—Una zarigüeya —repetía Danny una y otra vez; la había visto escabullirse. Las zarigüeyas eran criaturas monstruosas.

Esa noche, cuando Joe se durmió, Danny entró en la habitación del niño y volvió

a examinarlo de arriba abajo. Lamentó que Yi-Yiing no estuviese en casa, pero se había ido al servicio de urgencias. Ella sabía si las zarigüeyas podían tener la rabia —cosa que en Vermont ocurría a menudo con los mapaches—, y la buena enfermera sabía qué hacer si el animal había mordido a Joe, pero Danny no encontró ninguna mordedura en el cuerpo perfecto de su hijo.

Youn se había quedado en el umbral de la puerta abierta del dormitorio del niño; había observado a Danny mientras buscaba alguna señal de mordedura animal.

—¿No crees que Joe lo sabría si le hubiese mordido? —preguntó.

—Estaba demasiado sobresaltado y asustado para saberlo —contestó Danny. Youn contemplaba al niño dormido como si para ella fuese un animal salvaje o desconocido, y Danny cayó en la cuenta de que a menudo la coreana miraba a Joe con esa fascinación atónita, como de otro mundo. Si Yi-Yiing adoraba a Joe porque ansiaba estar con su hija de la misma edad, Youn miraba a Joe con algo parecido a incompreensión; era como si nunca hubiese tenido cerca a niños de ninguna edad.

Aunque, claro, si uno daba crédito a su historia (o su novela), había obtenido el divorcio de su marido —más importante aún, lo había inducido a él a iniciar el procedimiento tan supuestamente complicado— gracias a su propia incapacidad para quedarse embarazada y tener un hijo. Ésa era la tortuosa trama de su novela: su marido suponía que ella intentaba quedarse embarazada cuando en realidad, desde el principio, tomaba la píldora anticonceptiva y además usaba un diafragma, o sea, hacía todo lo posible para no quedarse embarazada y no tener nunca un hijo.

Youn escribía su novela en inglés, no en coreano, y su inglés era excelente, pensaba Danny; su redacción era buena, aunque no por eso ciertos elementos coreanos resultaban menos desconcertantes. (¿Qué era en todo caso la ley coreana del divorcio? ¿Por qué era necesaria la farsa de fingir que intentaba quedarse embarazada? Y según Youn, ella aborrecía tomar la píldora anticonceptiva). El marido —a la larga exmarido, suponía Danny—, en la novela de Youn, era una especie de gánster-hombre de negocios. Quizás era un asesino a sueldo bien pagado, o quizá contrataba a sicarios de segunda para hacerle el trabajo sucio; en la novela en curso de Youn, por lo que Danny había leído, eso no quedaba claro. Se deducía que el marido era peligroso, eso sí, tanto en la vida real como en la novela. Danny no podía evitar sentir cierta curiosidad por los detalles sexuales. Se advertía una actitud comprensiva en el marido, pese a los esfuerzos de Youn por demonizarlo; el pobre hombre imaginaba que él tenía la culpa de que su maquinadora mujer no se quedase embarazada.

Youn, para colmo, le contaba por la noche a Danny en la cama los peores detalles de su desdichado matrimonio, incluida la inagotable necesidad de sexo de su marido. (Pero su propósito era dejarte embarazada, ¿verdad?, quería preguntar Danny, aunque nunca llegó a hacerlo. Tal vez tanto el desventurado marido de Youn como la propia Youn vivían el sexo como una obligación. Todo aquello que ella contaba a Danny en la oscuridad y los detalles de sus novelas empezaban a confundirse, ¿o eran acaso

intercambiables?). ¿No debería el marido ficticio, el cruel ejecutivo asesino de su novela, llevar un nombre distinto del de su exmarido real?, había preguntado Danny a Youn. ¿Y si su antiguo marido leía la novela? (En el supuesto de que llegara a publicarse). ¿No se enteraría entonces de que ella lo había engañado, procurando adrede no quedarse embarazada durante su matrimonio?

«Mi vida anterior se ha acabado», contestó Youn misteriosamente. Ahora ya no parecía asociar el sexo a una obligación, aunque Danny no podía por menos de tener sus dudas también acerca de eso.

Youn era en extremo ordenada con sus escasas posesiones. Incluso guardaba sus artículos de tocador en el pequeño aseo contiguo al dormitorio no utilizado donde escribía. Tenía la ropa en el armario de ese dormitorio, o en la solitaria cómoda que allí había. En una ocasión, cuando Youn no estaba en casa, Danny miró en el botiquín del aseo que ella usaba. Vio sus anticonceptivos; según el rótulo, recetados en una consulta de Iowa City.

Danny siempre se ponía condón. Era una vieja costumbre, y no una mala costumbre, teniendo en cuenta su propensión a mantener de vez en cuando relaciones sexuales con más de una pareja al mismo tiempo. Pero Youn le había dicho en una ocasión, casi con indiferencia: «Gracias por usar condón. Me he pasado la vida tomando anticonceptivos. No quiero volver a tomarlos».

Y sin embargo los tomaba, ¿o no? En fin, si el padre de Danny no interrogaba a Yi-Yiing, ¿por qué debía esperar Danny que Youn le respondiera a todo? ¿Acaso su vida no había sido también complicada?

Fue en este mundo despreocupado de preguntas no formuladas o no respondidas—no sólo en cuanto a asuntos asiáticos, sino incluidos también algunos secretos muy arraigados entre el cocinero y su hijo escritor— donde el Mustang azul los obligó a poner los pies en el suelo (aunque momentáneamente) por lo que a la fragilidad e imprevisibilidad de las cosas se refería.

En otoño, los sábados por la mañana, cuando el equipo de fútbol de Iowa jugaba en casa, Danny oía la banda de música de Iowa; nunca sabía de dónde llegaba el sonido. Si la banda ensayaba en el estadio de Kinnick, al otro lado del río Iowa, en lo alto de la colina, ¿era posible que oyese la música desde tan lejos, en Court Street, en el extremo oriental de la ciudad?

Aquel sábado hacía buen tiempo y lucía el sol, y Danny tenía entradas para llevar a Joe al partido. Había madrugado y preparado al niño unos panqueques. La noche del viernes el cocinero había tenido que quedarse hasta tarde en el Mao's, y la noche del sábado después de un partido en casa tendría que quedarse hasta más tarde aún. Esa mañana el padre de Danny seguía en la cama; también Yi-Yiing, que había terminado su habitual turno de noche en el Mercy Hospital. Danny no preveía la aparición de la Mujer del Pijama antes de las doce del mediodía. El primero en llamar a Yi-Yiing la «Mujer del Pijama» fue Max, amigo y vecino de Joe, hijo de un profesor de Iowa y, como Joe, también alumno de tercero en el centro de enseñanza

primaria Longfellow. (El niño de ocho años era incapaz de recordar el nombre de Yi-Yiing). Danny fregaba los platos del desayuno, el suyo y el de Joe, mientras Joe jugaba fuera con Max. Estaban otra vez con las bicicletas en el callejón trasero; habían cogido unas manzanas de la caja del porche, pero no para comérselas. Los niños usaban las manzanas a modo de conos de slalom, comprendería después Danny. Max le caía bien, pero el niño iba en bicicleta por toda la ciudad; el hecho de que Joe no estuviese autorizado a hacer eso mismo era motivo de cierta tirantez entre Danny y Joe.

Max era un fanático del coleccionismo de pósters, adhesivos e insignias para la ropa, todo ello publicidad de marcas de cerveza. El niño había regalado docenas a Joe, quien había pedido a Yi-Yiing que le cosiera varias insignias en la cazadora vaquera; los adhesivos estaban pegados a la nevera, y los pósters colgaban de la habitación de Joe. Tenía su gracia, pensaba Danny, y era de una inocencia absoluta; al fin y al cabo, los niños de ocho años no bebían cerveza.

Lo que más recordaría Danny del coche fue el repentino chirrido de los neumáticos; sólo vio pasar un borrón azul por la ventana de la cocina. El escritor salió corriendo al porche trasero, donde antes pensaba que la única amenaza para su hijo era una zarigüeya.

—¡Joe! —llamó Danny pero no hubo respuesta; sólo oyó, en el otro extremo del callejón, el estrépito de unos cubos de basura embestidos por el coche azul.

—¡Señor Ángel! —exclamó Max; el niño casi nunca se bajaba de la bicicleta, pero esta vez Danny lo vio aparecer corriendo.

Varias de las manzanas, colocadas como conos de slalom, habían quedado aplastadas en el callejón. Danny vio las dos bicicletas tumbadas junto a la calzada; Joe yacía hecho un ovillo, en posición fetal, al lado de su bicicleta. Danny advirtió que Joe estaba consciente, y parecía más asustado que herido.

—¿Te ha atropellado? ¿Te ha atropellado el coche? —preguntó a su hijo. El niño negó de inmediato con la cabeza, pero no se movió; se quedó allí, encogido.

—Hemos chocado al apartarnos; el Mustang venía derecho hacia nosotros —explicó Max—. Era el Mustang azul; siempre va muy deprisa —dijo Max a Danny—. Tiene que ser una pintura personalizada. Es un azul raro.

—¿Ya habías visto antes ese coche? —preguntó Danny. (Era obvio que Max entendía de coches).

—Sí, pero no aquí, no en el callejón —contestó el niño.

—Ve a buscar a la Mujer del Pijama, Max —dijo Danny al niño—. Ya sabes dónde encontrarla. Está arriba, con pa. —Danny nunca había llamado «pa» a su padre; era difícil saber de dónde salía la palabra, pero sin duda tenía algo que ver con el susto del momento. Se arrodilló junto a Joe, casi con miedo a tocarlo; el niño temblaba. Parecía un feto anhelando volver al útero a toda costa, o intentándolo, pensó el escritor.

—¿Joe? ¿Te duele algo? ¿Te has roto algo? ¿Puedes moverte?



—No he visto al conductor. El coche iba solo —dijo el niño, todavía sin moverse, salvo por el temblor. Probablemente el sol se reflejaba en el parabrisas, pensó Danny.

—Algún adolescente, seguro —comentó Danny.

—No había conductor —insistió Joe. Después Max afirmaría que nunca había visto al conductor, pese a haber visto ya antes al Mustang azul pasar a toda velocidad por el barrio.

—¡Mujer del Pijama! —oyó Danny gritar a Max—. ¡Pa!

El cocinero se había incorporado en la cama junto a Yi-Yiing, soñolienta.

—¿Quién crees tú que será ese «pa»? —preguntó a Yi-Yiing.

—Supongo que la Mujer del Pijama soy yo —contestó Yi-Yiing, adormilada—. Pa debes de ser tú.

Siguió un revuelo cuando Yi-Yiing y el cocinero se enteraron de que Joe se había caído de la bicicleta y de que había un coche implicado. Seguramente Max recordaría aquella imagen mientras viviera: la rapidez con que la Mujer del Pijama corrió descalza hasta el lugar del accidente, donde en aquel momento Joe, ya sentado, se mecía entre los brazos de su padre. El cocinero, con su cojera, tardó más en llegar; para entonces, Youn había interrumpido su novela en curso para ver qué ocurría.

Desde el otro extremo del callejón, una señora elegantemente vestida —el Mustang azul, desaparecido ya como por arte de magia, había volcado sus cubos de basura— se acercó temerosa. Era una mujer muy mayor y frágil, pero quería ver si los niños de las bicicletas estaban bien. Al igual que Max, la regia anciana ya había visto antes el Mustang azul en el barrio, pero nunca al conductor.

—¿Qué clase de azul? —preguntó Danny.

—No es un azul corriente —contestó la anciana dama—. Es demasiado azul.

—Es una pintura personalizada, señor Ángel, ya se lo he dicho —repitió Max.

—Estás bien, estás bien —decía Yi-Yiing una y otra vez a Joe mientras palpaba su cuerpo—. No te has dado un golpe en la cabeza, ¿verdad? —preguntó. El niño negó con un gesto. A continuación ella empezó a hacerle cosquillas, quizá para que ambos se distendieran. Esa mañana su pijama de Hong Kong era de un verde escama de pez iridiscente.

—Todo en orden, ¿no? —preguntó Youn a Danny. Probablemente la coreana divorciada quería volver a su novela.

«No, no está todo “en orden”», pensó el escritor Danny Ángel —no con el Mustang azul sin conductor suelto por ahí—, pero le sonrió (Youn también iba descalza, en camiseta y vaqueros) y sonrió también a su padre, visiblemente preocupado. El cocinero debía de haber salido desnudo al pasillo del piso de arriba sin darse cuenta de que no se había vestido, porque llevaba sólo un pantalón corto de deporte que Danny usaba para hacer footing; Danny lo había dejado colgado de la barandilla en lo alto de la escalera.

—¿Te vas a correr, pa? —preguntó Danny a su padre, y esa nueva palabra se les antojó a ambos extrañamente natural, como si una bala esquivada marcara un punto

de inflexión, o un nuevo inicio, en la vida de ambos y del pequeño Joe. Y quizás así fuera.

El policía se llamaba Colby. «Agente Colby», lo llamaba el cocinero una y otra vez, en la cocina de la casa de Court Street, quizá con afectado respeto, acordándose de aquel otro policía con quien se había cruzado mucho tiempo atrás. Salvo por el mal corte de pelo, el joven policía de Iowa City no se parecía en nada a Cari. Colby tenía la tez clara, los ojos de un azul escandinavo y un bigote rubio bien recortado; se disculpó por no haber acudido antes a la llamada de Danny acerca del conductor temerario, pero esos fines de semana en que el equipo de fútbol de Iowa jugaba en casa daban mucho trabajo a la policía local. La actitud del agente era a la vez amistosa y formal: Danny sintió de inmediato simpatía por él. (El escritor no pudo dejar de observar lo observador que era el policía; Colby tenía buen ojo para los detalles más nimios, tales como los adhesivos de marcas de cerveza pegados en la nevera). El agente Colby informó a Danny y a su padre de que se habían recibido ya denuncias sobre un Mustang azul; como había dicho Max, el coche probablemente tenía una pintura personalizada, pero se advertían varias incoherencias en los distintos testimonios.

El adorno del capó era el mustang original o —según un ama de casa histórica en el aparcamiento de un supermercado cerca del cruce de Fairchild y Dodge— una versión obscena de un centauro. Otros testigos identificaron una matrícula indeterminada pero sin duda de otro estado, en tanto que un universitario motorista, a quien había sacado de la calzada en Dubuque Street, declaró que con toda seguridad el Mustang llevaba matrícula de Iowa. Como el agente Colby dijo al cocinero y a su hijo escritor, no se disponía de ninguna descripción del conductor.

—Los niños llegarán de la escuela de un momento a otro —dijo Danny al policía, que había echado una discreta ojeada a su reloj—. Puede hablar con ellos. Yo no vi nada aparte de un color azul poco común.

—¿Me permite ver la habitación de su hijo? —preguntó el agente.

Una petición curiosa, pensó Danny, pero no había motivo para oponerse. Fue sólo un momento, y Colby no hizo el menor comentario acerca de los pósters de cerveza; los tres hombres regresaron a la cocina para esperar allí a los niños. En cuanto al callejón trasero, donde el Mustang azul casi había arrollado a los pequeños en sus bicicletas, el agente Colby lo declaró seguro para la circulación en bicicleta «en circunstancias normales». Aun así, por lo visto el agente compartía la impresión general de Yi-Yiing en cuanto a los desplazamientos de niños en bicicleta por Iowa City. Era preferible que los niños fueran a pie o cogieran el autobús, y por supuesto en ningún caso debían ir en bicicleta al centro. Cada vez eran más los estudiantes al volante de vehículos, muchos de ellos recién llegados a la ciudad universitaria, por no hablar ya de los forasteros que visitaban Iowa los fines de semana cuando había grandes acontecimientos deportivos.

—Joe no va al centro en bicicleta, sólo se mueve por este barrio, y siempre se

baja de la bicicleta para cruzar la calle —explicó Danny al policía, que pareció poner en duda sus palabras—. No, en serio —afirmó el escritor—. En cuanto a Max, nuestro vecino de ocho años, no estoy ya tan seguro. Creo que los padres de Max son más permisivos... en lo que se refiere a los sitios por donde Max puede ir en bicicleta.

—Aquí están —anunció el cocinero; había permanecido atento al callejón trasero para cuando apareciesen Joe y Max en sus bicicletas.

Dio la impresión de que los niños de ocho años se sorprendieron al ver en la cocina al agente Colby; como alumnos de tercero que eran, y casi como si se transmitiesen un mensaje secreto en clase, cruzaron una rápida mirada y a continuación fijaron la vista en el suelo de la cocina.

—Los niños de los camiones de cerveza —comentó Colby—. Quizá, niños, deberíais tener en cuenta que ese Mustang azul ha sido visto por toda la ciudad. —El agente centró su atención en Danny y su padre—. Son buenos chicos, pero les gusta pedir a los repartidores de cerveza adhesivos o pósters, y esas insignias que se cosen en la ropa. He visto a estos niños en los bares del centro. Yo sólo les recuerdo que no pueden entrar en los bares, y de vez en cuando debo decirles que no sigan a los camiones de cerveza de bar en bar, no en bicicleta. Las calles Clinton y Burlington son especialmente peligrosas para las bicicletas.

Joe era incapaz de mirar a su padre o a su abuelo.

—Los niños de los camiones de cerveza —repitió el cocinero.

—Tengo que irme a casa —anunció Max, y tan pronto como lo dijo, desapareció.

—Cuando veo a estos niños en el City Park —prosiguió Colby—, les digo que espero que no vayan en bicicleta por Dubuque Street. Es más seguro ir por el puente peatonal situado detrás de la asociación estudiantil, y seguir en bicicleta por el otro lado del río, donde está el Hancher Auditorium. Pero por ese camino, supongo, se tarda más en llegar al parque o al zoo, ¿no es así? —preguntó el agente Colby a Joe. El niño se limitó a asentir; sabía que lo habían pillado.

A la mañana siguiente, muy temprano, cuando Youn dormía profundamente y Yi-Yiing aún no había vuelto de su turno de noche en el Mercy Hospital, Danny entró en la habitación de Joe y observó al niño de ocho años dormido en lo que venía a ser un santuario a varias marcas de cerveza.

—Despierta —dijo a su hijo, sacudiéndolo con delicadeza.

—¿No es demasiado pronto para el colegio? —preguntó Joe.

—Puede que esta mañana faltes al colegio —contestó su padre—. Diremos que estás enfermo.

—Pero estoy bien —dijo el niño.

—Levántate y vístete, Joe. No estás bien —aseguró su padre—. Estás muerto; ya te has muerto.

Salieron de casa sin desayunar y recorrieron Muscatine Avenue. A primera hora de la mañana siempre había tráfico en Muscatine, que desembocaba en Iowa Avenue,

una vía rápida dividida por una mediana cubierta de césped que separaba los dos sentidos de la marcha.

Durante los primeros años de vida de Joe, cuando Danny vivía con Katie en una casa de dos plantas de Iowa Avenue, la joven pareja se quejaba del ruido del tránsito en la calle; las residencias de la zona (en concreto, un colegio mayor femenino especialmente bullicioso, más cerca del campus y el centro) eran entonces alojamientos de nivel medio alto, fuera del campus, para alumnos de posgrado y estudiantes universitarios de clase acomodada. Pero en el otoño del 73, cuando Danny iba por Iowa Avenue con su hijo de tercero, las casas a lo largo de la calle dividida en dos y arbolada eran aún más caras; allí vivían profesores no numerarios y probablemente algún que otro titular.

—¿No vivías en esta calle con mamá? —preguntó Joe a su padre mientras caminaban en dirección al campus y el centro de la ciudad.

—Vivíamos los dos con mamá, querrás decir; sí, es aquí —contestó Danny.

En algún sitio entre las calles Johnson y Gilbert, el escritor reconoció la casa revestida de tablones grises cuya planta baja constituía el apartamento que en su día había compartido con Katie y su hijo pequeño. Desde entonces habían pintado la casa —a finales de los años sesenta los tablones eran de color amarillo claro— y quizás ahora fuese una vivienda unifamiliar.

—¿La gris? —preguntó Joe, porque su padre se había detenido en la acera delante de la casa que se alzaba más próxima al carril con dirección al centro. En ese momento el número de vehículos que giraban por Iowa procedentes de Muscatine era mayor.

—Sí, la gris —contestó Danny; estaba de espaldas a la casa y miraba hacia la avenida. Reparó en que habían embellecido los parterres de la mediana en los últimos seis años, desde que él no vivía en Iowa Avenue.

—Dice el abuelo que no te gustaba Iowa Avenue, que ni siquiera quieres pasar por delante en coche —dijo Joe a su padre.

—Es verdad, Joe —respondió Danny. Se quedaron inmóviles allí de pie, juntos, viendo pasar los coches.

—¿Qué pasa? —preguntó el niño a su padre—. ¿Estoy castigado?

—No, no estás castigado; ya estás muerto —respondió su padre. Danny señaló hacia la avenida—. Te moriste ahí, en medio de la calle. Fue en la primavera de 1967. Todavía ibas en pañales; sólo tenías dos años.

—¿Me atropello un coche? —preguntó Joe a su padre.

—Es lo que tenía que haber sucedido —contestó su padre—. Pero si de verdad te hubiese atropellado un coche, yo también habría muerto.

Desde el carril del lado opuesto de la avenida, en dirección hacia la periferia, una conductora los vería allí parados: era Yi-Yiing, de camino a Court Street procedente del Mercy Hospital. En el carril hacia el centro, un colega de Danny del Taller Literario, el poeta Marvin Bell, pasó por delante de ellos en coche y tocó la bocina.

Pero ni el padre ni el hijo lo reconocieron.

Quizá Danny y Joe en realidad no estaban en la acera, de cara al tráfico; tal vez se habían retrotraído a la primavera de 1967. Al menos el escritor Daniel Baciagalupo, que por entonces no había elegido aún un nom de plume, sí se había retrotraído. A menudo, Danny tenía la sensación de que en realidad nunca había abandonado ese momento en el tiempo.

En el Avellino, Loretta llevó al escritor su primer plato sorpresa. En la categoría de «algo de Asia», el cocinero había preparado a su hijo el satay de ternera con salsa de cacahuets de Ah Gou; la ternera se asaba ensartada en pinchos de madera. Incluía asimismo un surtido de *tempura*: gambas, judías verdes y espárragos. Loretta también le llevó unos palillos a Danny, pero vaciló antes de entregárselos.

—¿Los usas? Ya no me acuerdo —preguntó. (El escritor supo que mentía).

—Claro que los uso —contestó.

Loretta siguió con los palillos en la mano.

—¿Quieres saber una cosa? Pasas demasiado tiempo solo —dijo ella.

—Sí, paso demasiado tiempo solo —confirmó Danny. Los dos coqueteaban, pero nunca pasaban de ahí; sencillamente a ambos les resultaba horrible la sola idea de acostarse cuando la madre de Loretta y el padre de Danny también se acostaban juntos.

Cada vez que Danny contemplaba la posibilidad, imaginaba a Loretta diciendo: «¡Eso se parecería demasiado a ser hermanos, o algo así!».

—¿Qué escribes? —preguntó ella: mientras sostuviera los palillos, él seguiría mirándola, pensó Loretta.

—Sólo un diálogo —contestó Danny.

—¿Como el nuestro de ahora? —preguntó Loretta.

—No, es... distinto —respondió él. Loretta sabía cuándo dejaba de prestarle atención; le entregó los palillos. Por la manera en que estaba abierto el cuaderno sobre la mesa, Loretta habría podido leer el diálogo que Danny escribía, pero él parecía incómodo, y ella decidió no insistir.

—Bueno, espero que te guste la sorpresa —dijo Loretta.

El cocinero sabía que eso era lo que había pedido Danny en el Mao's tal vez un centenar de veces.

—Dile a mi padre que ha sido la elección perfecta —comentó Danny mientras Loretta se marchaba.

Echó una mirada al dialogo que había escrito en el cuaderno. Danny quería que la frase fuese muy literal, tal y como un niño de ocho años formularía la pregunta a su padre, con mucha atención. («¿Por qué te habrías muerto tú también... si a mí me hubiera atropellado un coche de verdad?», había escrito el escritor). Dot y May, que aún esperaban sus *pizzas*, habían observado la escena entre Danny y Loretta. Les repateó no oír el diálogo.

—La camarera quiere tirárselo, pero hay algún problema —conjeturó Dot.

—Sí, él está más interesado en lo que escribe —dijo May.

—¿Qué está comiendo? —preguntó Dot a su vieja amiga.

—Algo pinchado en un palo —respondió May—. No parece muy apetecible.

—Tengo el presentimiento de que nos decepcionarán las *pizzas* —comentó Dot.

—Sí, no me extrañaría —dijo May.

—¡Míralo! —susurró Dot—. Tiene la comida delante y no puede dejar de escribir.

Pero la comida era buena; en general Danny conservaba buenos recuerdos del Mao's, y de todos los platos que preparaban allí. El diálogo que había escrito también era bueno; quedaría bien, había decidido Danny. Sólo que ése no era el momento oportuno en la narración, y como no quería olvidar el momento exacto en que debía emplear esa frase, antes de dirigir la atención hacia el satay de ternera, el escritor se limitó a trazar un círculo en torno al diálogo e incluyó una nota al margen en el cuaderno a modo de recordatorio.

«Ahora no», escribió Danny. «Cuenta antes lo del asado de cerdo».

## 10. La Señora del Cielo

En Iowa la primavera era el no va más; los campos se revestían de un verde especial. Los asados de cerdo causaban furor entre los típicos sujetos del departamento de arte y los alumnos de técnica narrativa. Como estudiante, Danny había evitado la mayoría de las fiestas del Taller Literario, pero Katie lo arrastraba a las fiestas de artistas, las cuales, en opinión de Danny, eran peores que cualquiera de los desaguisados en que se metían los escritores. Katie conocía a todo el mundo en el departamento de arte de Iowa, porque posaba para las clases de dibujo al natural; si bien Danny había posado para el dibujo al natural en New Hampshire, por entonces no estaba casado. En Iowa lo incomodaba saber que muchos de los estudiantes de posgrado en el departamento de arte —amén de algunos profesores— habían visto desnuda a su mujer. Danny no sabía ni cómo se llamaba la mayoría de ellos.

El lugar donde en aquella ocasión se iba a asar el cerdo les fue difícil de encontrar. El pequeño Joe estuvo llorando durante todo el camino hasta Tiffin por la Interestatal 6, pero Danny al volante, no permitió a Katie sacar al niño de dos años de su sillita. Abandonaron la autovía en Tiffin, pero cuando se perdieron estaban más cerca de North Liberty; o bien la carretera de Buffalo Creek no existía, o no estaba indicada, y para cuando encontraron la ruinosa granja, Danny había dejado caer algún comentario sarcástico sobre los estudiantes de arte. (En su opinión, eran tan poco verbales o tan abstractos que no sabían dar indicaciones).

—¿Y qué más te da si no encontramos esa granja de mierda? —había preguntado Katie—. En cualquier caso, nunca quieres ir a las fiestas a las que me invitan.

—Tampoco quiero ir a las fiestas a las que me invitan a mí —señaló él.

—Vamos, que eres la alegría de la huerta, ¿eh, mamonazo? —repuso Katie.

El granjero atendía a sus cerdos una vez a primera hora de la mañana y otra a media tarde; él vivía en Iowa City, concretamente en los bungalows de Rochester Avenue, que eran caros pese a su aspecto de motel, y alquilaba la decrepita casa de labranza que había en la granja a cuatro jóvenes roñosos inscritos en el posgrado de arte. Katie los llamaba artistas, como si ya hubiesen llegado a algo.

El escritor tenía una visión más cínica; en opinión de Danny, esos estudiantes de posgrado de la granja porcina eran tres pintores de medio pelo y un fotógrafo con ínfulas. Si bien Danny sabía que los tres pintores de medio pelo habían dibujado a Katie en una u otra clase de dibujo al natural, ignoraba que el fotógrafo con ínfulas la había fotografiado al desnudo —la ingrata noticia salió a la luz en el coche, cuando se perdieron de camino al asado de cerdo—, y Danny no estaba preparado para ver los dibujos y las fotos de su mujer desnuda en medio del caos reinante en la casa de aquellos alumnos de posgrado.

Joe no pareció reconocer a su madre en el primero de los esbozos que vio; en la cocina y el salón de la casa de labranza, pegados con celo a las paredes, había unos cuantos dibujos al carbón de Katie, emborronados.

—Una bonita decoración —comentó Danny a su mujer. Katie se encogió de hombros. Danny advirtió que alguien ya le había dado a ella una copa de vino. Esperaba que tuviesen cerveza; siempre conducía él, y conducía un poco mejor con cerveza.

En el coche había dicho a su mujer:

—No sabía que admitiesen a fotógrafos en las clases de dibujo al natural.

—Y no los admiten —contestó Katie—. Se organizó fuera de clase.

—Se organizó —repitió él.

—Dios, ahora te da por repetirlo todo —dijo ella—, como tu puto padre.

Mientras Danny buscaba en vano una cerveza en la nevera, Joe le dijo que necesitaba ir al baño. Danny sabía que Joe aún se lo hacía todo encima. Cuando el niño anunciaba la necesidad de ir al baño, quería decir que alguien debía cambiarle el pañal.

A Katie le molestaba llevar pañales en el bolso, pero deseaba tanto ir a aquel asado de cerdo que no se había quejado... hasta ese momento.

—Ya va siendo hora de que este crío de dos años aprenda a hacer sus cosas en el baño, ¿no te parece? —dijo a Danny mientras le entregaba un pañal limpio. Katie llamaba a Joe «crío de dos años», como si la edad del niño lo condenara al menosprecio.

En el cuarto de baño de la planta baja de la casa la ducha no tenía cortina y el suelo estaba mojado. Padre e hijo se lavaron las manos en el lavabo mugriento, pero la búsqueda de una toalla no dio mejor resultado que los anteriores esfuerzos de Danny para encontrar una cerveza.

—Podemos secarnos las manos moviéndolas —dijo Danny al niño, y éste movió una mano ante su padre como si se despidiera de él: el clásico adiós con la mano.

—Procura mover las dos manos, Joe.

—Mira: ¡es mami! —dijo el niño. Señalaba la fotografía en la pared detrás de su padre. Había unos contactos en blanco y negro y media docena de ampliaciones clavados con chinchetas a la pared por encima del toallero vacío. Desnuda, Katie se cubría los pequeños pechos con las manos, pero el pubis quedaba totalmente a la vista; era como si alguien, adrede, hubiese manipulado o desplazado su sentido del pudor al lugar que no correspondía. Una idea consciente, sin duda, una declaración intencionada, pero ¿de qué?, se preguntó Danny. ¿Y había sido idea de Katie o del fotógrafo? (Se llamaba Rolf, recordó entonces Danny; era uno de los barbudos).

—Sí, esa señora se parece mucho a mami —admitió Danny, pero le salió el tiro por la culata. Joe, arrugando la frente, observó las fotografías con más detenimiento.

—Sí, es mami —afirmó el niño.

—¿Tú crees? —preguntó su padre. Había tomado a su hijo de la mano y tiraba de él para sacarlo del inmundo cuarto de baño.

—Sí, seguro que es mami —contestó Joe con expresión seria.

Danny se sirvió un vaso de vino tinto; no quedaban copas, así que usó un vaso



grande de cristal; también los había de plástico. En un armario de la cocina encontró una taza alta de café que parecía bastante robusta —aunque no del todo a prueba de niños— y sirvió a Joe un poco de ginger ale. Aun cuando hubiese encontrado leche en la nevera, no se habría fiado, y el ginger ale era allí el único refresco que podía atraer a un niño.

La fiesta se desarrollaba al aire libre, en la hierba, cerca de la porqueriza. Como era última hora de la tarde, Danny supuso que el granjero ya había dado de comer a los cerdos ese día y se había marchado. O al menos los cerdos parecían satisfechos, aunque observaban a los asistentes a la fiesta con una curiosidad casi humana; seguramente no todos los días tenían ocasión de observar a una docena de artistas o más.

Danny advirtió que en la fiesta no había otros niños, ni muchas parejas casadas.

—¿Ha venido algún profesor? —preguntó a Katie, que ya se había llenado por segunda vez la copa de vino, o se la había llenado alguien. Danny sabía que Katie albergaba la esperanza de que Roger estuviese presente. Roger daba clases a los estudiantes de posgrado de dibujo al natural; era el profesor de dibujo al natural con quien Katie se acostaba por esa época. Katie se acostaba todavía con Roger cuando le anunció a Danny que lo dejaba, pero para eso faltaba aún un par de días.

—Pensaba que Roger estaría aquí, pero no ha venido —comentó Katie, desilusionada, de pie junto a Rolf, el fotógrafo barbudo. Danny cayó en la cuenta de que en realidad hablaba con Rolf, no con él. Roger también llevaba barba, recordó Danny. Sabía que Katie se acostaba con Roger, pero sólo entonces se le ocurrió pensar que tal vez también se acostaba con Rolf. Quizá Katie atravesaba una fase «barbas», imaginó el escritor. Mirando a Rolf, Danny se preguntó cómo y dónde habían «organizado» lo de las fotografías.

—Unas fotos muy bonitas —le comentó Danny.

—Ah, las has visto —contestó Rolf con naturalidad.

—Estás por todas partes —dijo Danny a Katie, y ella respondió con un gesto de indiferencia.

—¿Has visto a tu mamá? —preguntó Rolf a Joe inclinándose sobre el niño, como si pensara que el pequeño era duro de oído.

—Apenas sabe hablar —dijo Katie, cosa que era una falsedad absoluta; Joe se expresaba excepcionalmente bien para un niño de dos años, como suele ocurrir con los hijos únicos. (Danny, quizá por ser escritor, no paraba de hablarle).

—Mami está aquí —dijo el niño señalándola.

—No, me refiero a las fotos —explicó Rolf—. Están en el baño.

—Mami es ésa —insistió Joe, y señaló otra vez a su madre.

—¿Ves a qué me refiero? —preguntó Katie al fotógrafo.

Danny no estaba aún al corriente de que Katie planeaba salvar a otro joven cretino de la guerra de Vietnam; para esa revelación faltaba también un par de días. Pero cuando Danny descubriese los propósitos de Katie, recordaría el intento de Rolf

de entablar conversación con el pequeño Joe ese día en la granja porcina. Si bien el fotógrafo parecía realmente lo bastante cretino para necesitar que lo salvaran, la barba no encajaba con la imagen que tenía Danny de un «joven». Danny nunca conocería al joven que se convirtió en el siguiente padre Kennedy de Katie, pero por alguna razón el escritor no se lo imaginaba con barba.

Los tres pintores, estudiantes de posgrado, daban vueltas en torno a la fogata, encendida en un hoyo, donde se asaba el cerdo. Danny y Joe estaban cerca.

—Hemos encendido la puta fogata antes del amanecer —dijo uno de los pintores a Danny.

—El cerdo aún no está listo —comentó otro pintor; también él llevaba barba, por lo que Danny lo observó atentamente.

Habían preparado un fuego de leña —según el pintor barbudo, «uno enorme, espectacular»—, y cuando quedó reducido a brasas, colocaron sobre el hoyo el somier de una cama de matrimonio. (Habían encontrado el somier en el granero, y según el dueño de la granja, en el granero todo eran trastos inservibles). Colocaron el cerdo sobre el somier al rojo vivo, pero ahora les resultaba imposible añadir leña bajo el somier y el cerdo. Cuando intentaron levantar el somier, el cerdo empezó a deshacerse. Por el lamentable estado que presentaba el cerdo, Danny pensó que no convenía que el pequeño Joe le prestase mucha atención, y menos teniendo en cuenta la presencia de otros cerdos vivos. (Por más que aquella asquerosidad extendida sobre el somier humeante no se pareciese ni de lejos a un cerdo real, ya no. Joe no sabía qué era).

—Tendremos que esperar a que se haga el cerdo —dijo el tercer pintor a Danny filosóficamente.

Joe se agarraba con fuerza a la mano de su padre. El niño no se atrevía a acercarse a la fogata; ver un hoyo en la tierra del que salía humo ya lo intimidaba más que suficiente.

—¿Quieres ir a ver los cerdos? —preguntó Joe, tirando de la mano de su padre.

—Vale —contestó Danny.

En la porqueriza los cerdos no eran conscientes, al parecer, de que uno de los suyos estaba asándose; no hacían más que mirar a toda aquella gente a través de los tablones de la cerca. Por lo que Danny había oído decir a sus conocidos de Iowa, convenía andarse con cuidado cerca de los cerdos. En teoría, los cerdos eran muy listos, pero los más viejos podían ser peligrosos.

El escritor se preguntó cómo era posible diferenciar a los más viejos de los más jóvenes; sólo por el tamaño, quizá. Pero todos los cerdos en la porqueriza parecían enormes. El que estaba en el hoyo debía de ser un lechal, pensó Danny, uno relativamente pequeño, no una de aquellas criaturas descomunales.

—¿Qué te parecen? —preguntó Danny al pequeño Joe.

—¡Cerdos grandes! —contestó el niño.

—Exacto —dijo el padre—. Cerdos grandes. No los toques, porque muerden. No

metas las manos entre los tablones de la cerca, ¿de acuerdo?

—Muerden —repitió el niño con tono solemne.

—No te acercarás a ellos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió Joe.

Danny se volvió para mirar a los tres pintores que estaban de pie en torno al hoyo de brasas. No prestaban atención al cerdo asado; contemplaban el cielo. Danny también echó una mirada al cielo. Al norte de la granja porcina, en el horizonte, asomaba un pequeño avión. Todavía ganaba altitud; probablemente el ruido aún tardaría un rato en llegarles. La granja porcina debía de estar al sur de Cedar Rapids, donde había un aeropuerto; quizás el avión había despegado de allí.

—Un avión. No un pájaro —oyó Danny que decía Joe; el niño también miraba el cielo.

—Un avión, sí. No un pájaro —repitió su padre.

Rolf pasó a su lado y volvió a llenar de vino tinto el vaso grande de Danny.

—Hay cerveza, eh; por ahí he visto unas cuantas botellas en una cuba de hielo —informó el fotógrafo—. Tú bebes cerveza, ¿verdad?

Danny se preguntó cómo sabía Rolf una cosa así; Katie debía de habérselo dicho. Vio que el fotógrafo acercaba la botella de vino a Katie. Sin mirar el avión, Rolf señaló hacia el cielo con la botella, y Katie observó el pequeño avión. Ahora sí se oía pese a que volaba a gran altura, demasiada para ser una avioneta fumigadora, dedujo Danny.

Rolf susurraba a Katie algo al oído mientras ésta observaba el avión. «Aquí pasa algo», pensó el escritor, pero Danny estaba pensando que pasaba algo entre Katie y Rolf; no pensaba en el avión. En ese momento Danny vio cuchichear a los tres pintores junto al hoyo: también observaban el avión.

Joe quería que lo tomara en brazos; tal vez el tamaño de los cerdos lo había intimidado. Dos de los cerdos eran de un rosa sucio, pero los demás tenían manchas negras.

—Parecen vacas rosas y negras —dijo Danny a Joe.

—No, son cerdos; no vacas —corrió el niño.

—De acuerdo —convino Danny. Katie se acercaba a ellos.

—Mira los cerdos, mami —dijo Joe.

—Uf —exclamó ella—. No pierdas de vista el avión —dijo Katie a su marido. Volvió a alejarse, pero no antes de que Danny percibiera un aroma a marihuana; el olor debía de habersele impregnado en el pelo. No la había visto fumar hierba, ni siquiera una calada; debía de haber sido mientras él cambiaba el pañal a Joe—. Dile al crío que siga atento al avión —añadió Katie mientras se alejaba. A Danny no le parecía bien que Katie llamara «crío» a Joe. Era como si el niño fuera hijo de otros, eso parecía.

La avioneta ya no ascendía; avanzaba a la misma altura y en ese momento se hallaba justo encima de la granja, pero seguía a una gran altitud. Daba la impresión

de que había reducido la velocidad, quedando perfectamente suspendida sobre ellos, casi sin moverse.

—Tenemos que mirar el avión —dijo Danny a su hijo y le dio un beso en el cuello al niño, pero Danny miró a su mujer, que se había reunido con los pintores junto al hoyo humeante; Rolf estaba con ellos. Observaban la avioneta con expectación, pero Danny, como los miraba a ellos, se perdió el momento.

—No es un pájaro —oyó decir al pequeño Joe—. No vuela. ¡Cae!

Para cuando Danny alzó la vista, no supo con certeza —a semejante altitud— qué caía exactamente de la avioneta, pero se precipitaba a toda velocidad derecho hacia ellos. Cuando el paracaídas se abrió, los pintores y Rolf vitorearon. (Aquellos capullos de artistas habían contratado a un paracaidista para su diversión, pensaba Danny).

—¿Qué está cayendo? —preguntó Joe a su padre.

—Un paracaidista —contestó Danny al niño.

—¿Un para qué? —preguntó el niño de dos años.

—Una persona con un paracaídas —dijo Danny, pero para Joe eso no significó nada.

—¿Con un qué?

—Con un paracaídas, así la persona no cae demasiado deprisa y no le pasa nada —contestó Danny, pero Joe se aferró con fuerza al cuello de su padre. Danny olió la marihuana antes de darse cuenta de que Katie estaba a su lado.

—Esperad y seguid atentos —dijo ella y se alejó otra vez.

—¿Un para qué? —decía Joe.

—Un paracaídas —repitió Danny. Joe, boquiabierto, miraba fijamente el paracaídas que descendía hacia ellos. Era un paracaídas grande, con los colores de la bandera de Estados Unidos.

Los pechos de la paracaidista fueron el primer indicio.

—Es una señora —dijo el pequeño Joe.

—Sí, lo es —confirmó su padre.

—¿Dónde está su ropa? —preguntó Joe.

Ahora todo el mundo miraba, incluso los cerdos. Danny no había visto en qué momento los cerdos empezaron a observar a la paracaidista, pero ahora no le quitaban el ojo. No debían de estar acostumbrados a ver caer sobre ellos a personas voladoras, ni al paracaídas gigante en descenso, que ahora proyectaba su sombra sobre la porqueriza.

—¡Señora del Cielo! —exclamó Joe señalando a la paracaidista desnuda.

Cuando el primer cerdo chilló y se echó a correr, los otros gruñeron y corrieron. Quizá fue entonces cuando la Señora del Cielo vio dónde iba a aterrizar: en la porqueriza. La paracaidista, furiosa, empezó a lanzar juramentos.

Para entonces incluso los borrachos y los que iban colocados veían que estaba desnuda. «¡Putos estudiantes de arte!», pensaba Danny. No podían conformarse con

contratar a una paracaidista, claro; tenía que estar desnuda, cómo no. Katie se comportaba como si aquello no fuese con ella, por celos, muy posiblemente. Tan pronto como reparó en la desnudez de la paracaidista, quizá deseó estar en su lugar. Puede que a Katie le molestara la presencia de otra modelo desnuda en el asado de cerdo que los estudiantes de arte habían organizado.

—¡Dios, acabará en la puta porqueriza! —anunciaba Rolf. ¿No se había dado cuenta hasta entonces? Debía de ser él quien fumaba con Katie. (Sin duda Rolf era lo bastante cretino para necesitar que lo salvaran, aunque no de la guerra de Vietnam, pensaría Danny con el tiempo).

—Toma —dijo Danny a su mujer, y dejó al pequeño Joe en brazos de Katie.

La mujer desnuda, colérica, los sobrevoló. Danny saltó e intentó sujetarla por los pies, pero ella pasó por encima, fuera de su alcance, lanzando un juramento tras otro. Para cuantos se hallaban en tierra, humanos y cerdos, acababa de cernerse sobre ellos una vagina voladora, y en descenso.

—Alguien debería decirle que es un ángulo poco favorecedor, si eres mujer y estás desnuda —decía Katie. Probablemente se dirigía a Rolf; para Joe el comentario carecía de sentido. (En todo caso, Katie nunca tenía gran cosa que decir al «crío»). La porqueriza era un verdadero lodazal, pero Danny ya había corrido antes por el lodo: sabía que era necesario mantener los pies en movimiento. No se paró a mirar dónde estaban los cerdos; por lo revuelto que estaba el suelo, supo que también ellos corrían. Danny no hizo más que seguir a aquella mujer a la deriva. Cuando ésta tocó tierra con los talones, resbaló por el lodo mezclado con excrementos y el paracaídas se abatió detrás de ella. Cayó sobre la cadera y el paracaídas la arrastró hacia un lado, boca abajo, antes de que Danny la alcanzara. La sorpresa de la mujer al verlo fue casi tan grande como el asombro de ambos por la fetidez de la pocilga y el enorme tamaño de los cerdos vistos de cerca. Aparte de los continuos gruñidos. Uno de los cerdos pisoteó el paracaídas, pero, por lo visto, al sentir la tela bajo las pezuñas le entró pánico: entre chillidos, cambió de dirección y se alejó de ellos.

Era una paracaidista corpulenta, de dimensiones amazónicas, casi una gigante. Danny no habría podido sacarla en brazos de la porqueriza, pero vio cómo intentaba desprenderse del arnés que la mantenía sujeta al paracaídas, difícil de arrastrar a través del estiércol, y Danny sí pudo ayudarla en eso. La paracaidista desnuda estaba embadurnada de mierda de cerdo y lodo. Danny le rozó un pezón sucio con el dorso de la mano mientras trataba de desabrochar la correa del arnés que separaba sus pechos. Sólo entonces Danny tomó conciencia de que él mismo se había caído varias veces; también tenía salpicones de mierda de cerdo y lodo por todas partes.

—¡Nadie me avisó de que esto era una puta granja de cerdos! —protestó la paracaidista. Llevaba el pelo a cepillo, y se había afeitado el vello púbico dejándose sólo una línea vertical; pero era rubia tirando a pelirroja, de arriba abajo.

—Son una panda de capullos artistas —dijo Danny—; yo no tengo nada que ver con esto.

Por la cicatriz, Danny dedujo que le habían practicado una cesárea. Aparentaba unos diez años más que él, quizá pasaba ya de los treinta. A todas luces, había hecho culturismo. No se le distinguían los tatuajes bajo la mugre, pero, sin lugar a dudas, no era el desnudo que los estudiantes de arte imaginaban; quizás era más de lo que habían negociado, esperaba el escritor.

—Me llamo Danny —se presentó.

—Amy —dijo ella—. Gracias.

Cuando se liberó del paracaídas, Danny apoyó la mano en la parte baja de su espalda y la empujó para que lo precediese.

—Corre hacia la cerca, corre sin parar —le indicó. No separó la mano de su piel húmeda ni un solo instante. Un cerdo los adelantó a trompicones, más como si les echara una carrera que como si los persiguiese. Muy posiblemente huía de ellos. Estuvieron a punto de chocar contra otro cerdo que corría en dirección contraria. Tal vez era el paracaídas, y no la mujer desnuda, lo que había alborotado a los cerdos.

—¡Señora del Cielo! —oyó Danny exclamar a Joe.

Alguien más gritó también:

—¡Señora del Cielo!

—Ante todo dime quiénes son los capullos artistas —instó Amy cuando llegaron al límite de la porqueriza. No necesitó ayuda para saltar la cerca. Danny miró alrededor en busca de Joe, pero el niño no estaba con Katie; vio a su mujer con Rolf y los tres pintores.

—Aquéllos son los cuatro que buscas —indicó Danny a Amy, señalándolos—. Los que están con esa mujer más bien baja, pero ella no; la mujer no sabía nada de esto. Han sido sólo los dos que llevan barba y los dos que no.

—Este cerdo no muerde —creyó oír Danny que decía su hijo en voz baja y contemplativa.

—¡Joe! —llamó el escritor.

—Estoy aquí, papá.

En ese momento Danny cayó en la cuenta de que el pequeño Joe estaba en la porqueriza con él. El niño se hallaba junto a uno de los cerdos de color rosa y negro; el animal debía de haber estado corriendo, pues era obvio que se había quedado sin aliento, pese a que permanecía muy quieto. El único indicio de movimiento era la respiración ronca, eso y la manera en que inclinaba la cabeza hacia el niño, que lo tenía sujeto de la oreja. Tal vez a un cerdo le resultase agradable que le frotaran o le tiraran suavemente de la oreja. En todo caso, cuanto más le acariciaba la oreja el niño de dos años, tanto más ladeaba el cerdo la cabeza y agachaba la larga oreja en dirección a Joe.

—Los cerdos tienen unas orejas raras —dijo el niño.

—Joe, sal de la porqueriza... ahora mismo —ordenó su padre.

Debió de levantar la voz más de lo que pretendía; de pronto el cerdo volvió la cabeza hacia Danny, como si le molestara profundamente que interrumpiera el masaje

en la oreja. Sólo los separaba un comedero a ras de suelo, y el cerdo arqueó los hombros a ambos lados de la enorme cabeza y lo miró con los ojos entornados. Danny se quedó inmóvil hasta que vio salir a Joe por entre los tablones de la cerca y ponerse a salvo.

El drama, primero con la paracaidista y después con Joe, impidió a Danny ver cómo viraba la avioneta en el cielo a escasa altitud. Probablemente el piloto y el copiloto querían asegurarse de que Amy había tomado tierra sin percances, pero Amy le hizo un gesto obsceno al avión con un dedo —con dos dedos, de hecho—, y el avión escoró un ala hacia ella, como en señal de saludo, y puso rumbo a Cedar Rapids.

—Bienvenida a la granja de Búrlalo Creek —había dicho Rolf a la paracaidista. Lamentablemente, Danny también se perdió eso: cuando Amy agarró al fotógrafo por los hombros, lo atrajo hacia sí con un violento tirón y le asestó un testarazo en el entrecejo y el puente de la nariz. Rolf, tambaleante, retrocedió y se desplomó a unos pasos del lugar en que Amy había establecido contacto con él.

Derribó al pintor de la barba con un corto izquierdazo seguido de un gancho con la derecha.

—¡Yo no salto entre cerdos! —dijo, vociferando, a los dos pintores que quedaban en pie.

Tanto Danny como Joe fueron testigos de lo que vino a continuación.

—A ver, artistas, ¿cuál de vosotros va a ir a recoger mi paracaídas? —preguntó señalando hacia la porqueriza. Para entonces, los cerdos ya se habían apaciguado; de nuevo junto a la cerca, con los hocicos entre los tablones, observaban a la panda artística. El cerdo cuya oreja había recibido las caricias de Joe, para aparente satisfacción del animal, ahora era indistinguible de los otros. Más allá, en medio del estiércol, el paracaídas rojo, blanco y azul pisoteado se extendía como una bandera caída en combate.

—El granjero nos dijo que no debíamos entrar nunca en la porqueriza —adujo uno de los pintores estudiantes de posgrado.

Danny llevó a Joe junto a Katie.

—Se suponía que ibas a quedarte con él —le reprochó.

—Se me ha meado encima en cuanto tú has entrado en la porqueriza —pretextó Katie.

—Lleva pañal —dijo Danny.

—Aun así, notaba la humedad —contestó ella.

—Ni siquiera estabas cuidando de él —dijo Danny.

Amy tenía sujeto mediante una presa de cabeza al pintor que acababa de hablar.

—Ya iré yo a por el puto paracaídas —se ofreció de pronto Katie.

—No puedes entrar ahí —le advirtió Danny.

—No me digas lo que puedo y no puedo hacer, héroe —repuso ella.

Katie siempre había competido de esa manera. Primero la paracaidista desnuda

había acaparado toda la atención de los estudiantes de arte; luego la proeza de su marido la había eclipsado a ella. Pero en realidad lo que Katie quería era desvestirse, por supuesto.

—Aunque, si no tienes inconveniente, prefiero no mancharme la ropa con mierda de cerdo —dijo a Danny; empezó a entregarle su ropa al único pintor al que la paracaidista embadurnada de mierda no había tocado—. Te la daría a ti —añadió, dirigiéndose a Danny—, pero estás lleno de mierda... Tendrías que verte.

—No estaría bien que te pasara algo delante de Joe...-empezó a decir Danny.

—¿Por qué? —preguntó ella—. Un niño de dos años no se acordará. Sólo tú te acordarás, mamonazo de escritor.

Al verla desnuda y desafiante, Danny comprendió que aquello que en otro tiempo lo atraía de Katie ahora lo repelía. Había confundido lo que en ella era simple desfachatez con una especie de valentía sexual; se le había antojado a la vez *sexy* y progresista, pero Katie sólo era vulgar e insegura. Lo que Danny había deseado en su mujer ahora lo llenaba de repulsión, y eso había ocurrido únicamente en dos años. (Lo relativo a quererla duraría un poco más; ni Danny ni ningún otro escritor podría explicar eso jamás). Había vuelto con Joe al cuarto de baño de la planta baja para lavarse ambos, o intentarlo. (Danny no quería que Joe viese a su madre desnuda devorada por un cerdo; sin duda, el niño de dos años se acordaría de eso, aunque sólo fuera por un tiempo).

—¿Mami va a darle su ropa a la Señora del Cielo? —preguntó Joe.

—A la Señora del Cielo no le vendría bien la ropa de mami, cariño —contestó Danny a su hijo.

Amy no quería ropa; a aquellos capullos, los artistas, les dijo que lo único que quería era darse un baño. El piloto y el copiloto le llevarían su ropa; «o más les vale», añadió la paracaidista.

—Espero que tu cuarto de baño esté más limpio que el nuestro —dijo Danny a Amy mientras ella seguía escalera arriba al pintor no agredido.

—No cuento con ello —respondió Amy—. ¿Ésa era tu mujer, esa menudencia que ha ido a buscar el paracaídas? —preguntó la paracaidista a Danny en voz alta tras subir la escalera.

—Sí —le contestó.

—Tiene huevos, ¿eh? —dijo Amy.

—Sí, así es Katie —confirmó Danny.

No recordaba que no había toalla en el baño de la planta baja, pero lo importante era limpiar de mierda de cerdo al pequeño Joe y a sí mismo. ¿Qué más daba si se quedaban mojados? Además, el niño había conseguido de algún modo no mancharse la ropa; Joe tenía el pantalón un poco húmedo porque, en efecto, se había meado a más no poder en el pañal.

—Por lo que se ve te ha gustado el ginger ale, ¿eh? —preguntó Danny al niño.

También había olvidado pedir a Katie un pañal seco, pero eso no importaba tanto



como limpiarle la mierda de cerdo de las manos al pequeño Joe. Danny tenía mierda por todas partes, también en la ropa; las zapatillas de deporte estaban para tirarlas. Si su mujer podía quitarse la ropa, Danny supuso que a nadie le importaría si él se quedaba en calzoncillos durante el resto de la fiesta de los artistas. Hacía un día soleado de primavera —abril en Iowa—, y la agradable temperatura permitía ir en calzoncillos.

—¿Para ti esto es una toalla limpia? —vociferaba la paracaidista.

Danny se desvistió y desnudó también al pequeño Joe, y se metieron los dos en la ducha. No había jabón, pero en su lugar usaron abundante champú. Estaban aún en la ducha cuando entró Katie en el cuarto de baño, con su ropa y una toalla. No estaba tan salpicada de mierda como Danny preveía.

—Si no corres por el estiércol, no te caes, mamonazo.

—¿Has ido hasta el paracaídas y has vuelto, así sin más? —preguntó Danny—. ¿Los cerdos no te han hecho nada?

—Los cerdos estaban muertos de miedo por el paracaídas —explicó Katie—. Apartaos, los dos. —Se metió en la ducha con ellos, y Danny le echó champú en el pelo.

—¿Mami también se ha manchado de caca de cerdo? —preguntó Joe.

—Todos tenemos caca de cerdo en algún sitio —respondió Katie.

Se turnaron con la toalla, y Danny colocó un pañal seco a Joe. Vistió al niño antes de ponerse el calzoncillo.

—¿Vas a salir así? —preguntó Katie.

—El resto de la ropa se la dejo a la granja en donación —contestó Danny—. De hecho, no pienso tocarla: va a quedarse ahí mismo —agregó señalando la pila de ropa en el suelo mojado. Katie lanzó el sujetador y las bragas a la pila. Se enfundó los vaqueros; a través de la blusa blanca se le transparentaban los pechos, en especial los pezones.

—¿Y tú vas a salir así? —preguntó Danny.

Katie se encogió de hombros.

—Supongo que también yo puedo donar mi ropa interior a la granja si quiero —respondió.

—¿Es que todo tiene que ser una competición, Katie?

Pero ella no contestó. Abrió la puerta del baño y los dejó allí, con la pila de ropa y las zapatillas de deporte que Danny había desechado.

—He perdido las sandalias en algún sitio —les dijo.

Fuera, la paracaidista, llevando sólo una toalla ceñida a la cintura, bebía cerveza.

—¿Dónde has encontrado la cerveza? —preguntó Danny. Ya había bebido demasiado vino con el estómago vacío.

Amy le enseñó el cubo de hielo. Rolf, sentado en el suelo al lado del cubo, hundía la cara una y otra vez en el agua helada. Le sangraba la nariz y había dejado rastro por todas partes. Además, tenía una brecha considerable en una ceja, todo por el

testarazo. Danny sacó dos cervezas y enjugó el cuello de las botellas en el calzoncillo.

—Ha sido una idea excelente —dijo Danny al fotógrafo—. Lástima que no haya aterrizado en el hoyo de la fogata.

—Joder —dijo Rolf, y se levantó. De pie, se lo veía un poco vacilante—. Distráidos por tanta heroicidad, nadie se ha quedado vigilando el cerdo en el hoyo.

—¿Tenéis un abridor? —preguntó Danny.

—Hay uno en la cocina, no sé dónde —contestó Rolf. El pintor barbudo que había recibido el izquierdazo y el gancho de Amy sostenía una camiseta húmeda contra su cara. Sumergía una y otra vez la camiseta en el agua helada y volvía a aplicársela.

—¿Qué tal va el asado? —preguntó Danny.

—¡Dios mío, es verdad! —exclamó el pintor, y salió apresuradamente detrás de Rolf en dirección al hoyo humeante.

En la mesa del comedor había ensalada de patata y ensalada verde y una especie de pasta fría, junto con el vino y el resto de la bebida.

—¿Hay entre toda esta comida algo que te parezca interesante? —preguntó Danny a Joe. El escritor no había encontrado el abridor en la cocina y había usado el tirador de un cajón para abrir las dos cervezas. Bebió la primera muy deprisa; la segunda estaba por la mitad.

—¿Dónde hay carne? —preguntó Joe.

—Supongo que todavía estará haciéndose —respondió su padre—. Vamos a verla.

Alguien había encendido la radio de un coche para escuchar música fuera. Sonaba Mellow Yellow de Donovan. Rolf y el pintor de la barba habían conseguido retirar el somier del hoyo; el pintor de la barba se había quemado las manos, pero Rolf, tras quitarse los vaqueros, los usó como manoplas. A Rolf aún le sangraban la nariz y el corte en la ceja cuando volvió a ponerse los vaqueros. Parte del cerdo asado había caído del somier al fuego, pero quedaba de sobra para comer, y desde luego estaba más que asado; a decir verdad, se lo veía muy hecho.

—¿Qué es? —preguntó Joe a su padre.

—Lechal asado; a ti te gusta el lechal —respondió Danny al niño.

—En su día fue un cerdo —explicó Rolf al niño de dos años.

—Uno muy pequeño. Joe —dijo Danny a su hijo—. No uno de tus amigos grandotes del corral.

—¿Quién lo ha matado? —preguntó Joe. Nadie le contestó, pero Joe no se dio cuenta: estaba distraído. La Señora del Cielo se hallaba junto al somier con el cerdo ennegrecido; el pequeño Joe la miraba visiblemente impresionado, como si esperara que de un momento a otro volviese a alzar el vuelo y alejarse.

—¡Señora del Cielo! —exclamó el niño. Amy le sonrió—. ¿Eres un ángel? —preguntó Joe. (A Danny empezaba a parecerle que sí lo era).

—Bueno, a veces —contestó ella, también distraída. Un coche acababa de aparecer por el largo camino de acceso a la granja de cerdos; probablemente eran el piloto y el copiloto de la avioneta, pensó Danny. Amy echó otro vistazo al asado de cerdo sobre el somier—. Pero hay otros momentos en que sólo soy vegetariana —dijo a Joe—. Como, por ejemplo, hoy.

En la radio del coche Merle Haggard cantaba *I'm a Lonesome Fugitive*; alguien debía de haber cambiado la emisora. Hacía poco Katie bailaba sola en la hierba —o con su copa de vino—, pero ya había parado. Todo el mundo sentía curiosidad por el piloto y el copiloto, aunque sólo fuera para ver qué pasaba cuando llegasen. Amy se acercó al coche sin darles tiempo a salir.

—Vete a la mierda, Georgie; vete a la mierda. Pete —los saludó la paracaidista.

—Volábamos demasiado alto para ver los cerdos, Amy. No podíamos verlos cuando has saltado —argumentó uno de los hombres; le entregó la ropa.

—Vete a la mierda, Pete —repitió Amy. Se quitó la toalla y se la lanzó.

—Tranquila, Amy —dijo el otro hombre—. La gente de la granja debería habernos avisado de que había cerdos.

—Sí, bueno..., eso ya se lo he dejado claro, Georgie —respondió la paracaidista.

Georgie y Pete observaban a los artistas en el grupo reunido en torno al asado de cerdo. Debieron de advertir que Rolf sangraba y que el pintor de la barba aún sostenía una camiseta húmeda contra su cara; el piloto y el copiloto dedujeron que seguramente eso era obra de Amy.

—¿Quién es el que se ha metido en la porqueriza corriendo para ayudarte? —preguntó Pete.

—¿Ves a ese hombre bajito en calzoncillos? El padre del niño..., ha sido ése —respondió Amy—. Mi rescatador.

—Gracias —dijo Pete a Danny.

—Te estamos muy agradecidos —dijo Georgie al escritor.

Vestida, la Señora del Cielo sólo era un poco menos imponente, en parte porque vestía como un hombre, excepto por la ropa interior, que era negra y exigua. Amy llevaba una camisa vaquera azul, remetida, y unos vaqueros con un cinturón provisto de una hebilla enorme; sus botas camperas parecían de piel de serpiente de cascabel. Se acercó a donde estaba Danny con el pequeño Joe en brazos.

—Si alguna vez estás en apuros, volveré —dijo la Señora del Cielo al niño. Inclínándose hacia él, le besó la frente—. Entretanto, cuida de tu padre.

Katie bailaba otra vez sola, pero observaba las alharacas de la paracaidista a su marido y su hijo pequeño; Katie no quitaba ojo a la mujer corpulenta. Se oía por la radio una canción del álbum de los Rolling Stones *Between the Buttons*, pero Danny nunca recordaba el título. Para entonces había tomado ya su tercera cerveza e iba camino de la cuarta: eso encima del vino tinto, y aún no había comido. Alguien había cambiado de nuevo la emisora en la radio del coche, advirtió el escritor. Había observado a la Señora del Cielo mientras besaba a su hijo, intuyendo que el beso iba

dirigido a él; Amy debía de saber que no hay mejor manera de causar buena impresión a un padre que tratar bien a su hijo querido. Pero ¿quién era esa mujer?, deseó saber Danny. La cicatriz de la cesárea debía de haberla convertido en madre de alguien, pero Danny se preguntó si alguno de los bufones que la acompañaban sería su marido o su novio.

—¿Podemos comer algo aquí? —preguntaba Georgie.

—Créeme, Georgie, no tenemos ningún interés en comer aquí —aseguró Amy—, ni siquiera Pete —añadió, sin mirarlo, como si las decisiones en materia de comida de Pete no fuesen dignas de confianza. Danny dudó mucho de que la mujer se acostase con alguno de ellos.

El piloto y el copiloto pusieron especial cuidado al guardar el paracaídas y el arnés en el maletero del coche, pero inevitablemente se mancharon de mierda de cerdo. Amy se sentó en el asiento del conductor.

—¿Conduces tú, Amy? —preguntó Georgie.

—Eso parece —contestó ella.

—Yo iré detrás —propuso Pete.

—Los dos iréis detrás —ordenó Amy—. Ya he olido a mierda de cerdo más que suficiente por hoy. —Pero antes de que los dos hombres se subieran al coche, la paracaidista añadió—: ¿Veis a esa monada de ahí, la bailarina? Ésa a la que se le ven las tetas a través de la blusa..., pues ésa es.

Danny sabía que Georgie y Pete se habían fijado ya en Katie; como ocurría con la mayoría de los hombres.

—Sí, la veo —contestó Georgie.

—¿Qué pasa con ella, Amy? —preguntó Pete.

—Si alguna vez me perdéis... Si no se me abre el paracaídas o algo así..., podéis pedirle a ella que haga cualquier cosa. Me juego lo que sea a que lo haría —dijo la paracaidista.

El piloto y el copiloto, incómodos, cruzaron una mirada.

—¿A qué te refieres, Amy? —preguntó Pete.

—¿Te refieres a que ella saltaría de un avión sin ropa? ¿A eso te refieres? —preguntó Georgie a la paracaidista.

—Me refiero a que saltaría de un avión sin paracaídas —contestó Amy—. ¿Verdad, encanto? —preguntó a Katie.

Danny se acordaría de eso: lo mucho que disfrutaba Katie cuando era el foco de atención, por la razón que fuese. Vio que su mujer había encontrado las sandalias, aunque no las llevara puestas. Las sostenía en una mano, la copa de vino en la otra, y movía los pies sin cesar, seguía bailando.

—Bueno, depende de las circunstancias —respondió Katie, balanceando la cabeza y el cuello al ritmo de la música—, pero no lo descartaría, no categóricamente.

—¿Lo veis? —preguntó Amy a Georgie y Pete mientras los dos subían al asiento

trasero. A continuación, la paracaidista arrancó e hizo un gesto obsceno con el dedo en dirección a los artistas a través de la ventanilla del coche. Por la radio cantaba Patsy Cline, y Katie había dejado de bailar; alguien debía de haber cambiado otra vez la emisora.

—No quiero comer cerdo —dijo Joe a su padre.

—Vale —contestó Danny—. Intentaremos comer otra cosa.

Llevó al niño a donde estaba su madre, que había dejado de bailar; Katie sólo se mecía, como si esperase a que cambiara la música. Estaba borracha, Danny lo veía, pero ya no olía a marihuana: con el champú había desaparecido de su pelo todo rastro de hierba.

—¿En qué circunstancias saltarías de un avión sin paracaídas? —preguntó Danny a su mujer.

—Para escapar de un matrimonio aburrido, quizá —contestó Katie.

—Como conduzco yo, me gustaría marcharme antes de que oscurezca —dijo él.

—La Señora del Cielo es un ángel, mami —afirmó Joe.

—Lo dudo —respondió Katie al niño.

—Nos ha dicho que a veces es un ángel —insistió Danny.

—Esa mujer nunca ha sido un ángel —les aseguró Katie.

De regreso a Iowa City, Joe se mareó en su sillita. Un coche patrulla de la oficina del sheriff de Johnson County los había seguido todo el camino por la Interestatal 6. Danny temía llevar una luz de posición fundida, o haber estado conduciendo de manera vacilante; se planteaba ya cuánto admitiría haber bebido si la policía le daba el alto cuando el sheriff dobló hacia el norte en el bulevar de las afueras de Coralville, y Danny siguió hacia el centro de Iowa City. No recordaba cuánto había bebido en realidad. Danny sabía que, en calzoncillos, sus afirmaciones no le habrían resultado muy convincentes al sheriff.

Danny pensaba que ya estaba libre de peligro cuando Joe vomitó.

—Seguramente ha sido la ensalada de patata —dijo al niño—. No te preocupes. Llegaremos a casa dentro de un par de minutos.

—Déjame bajar de este puto coche —exigió Katie.

—¿Aquí? —preguntó Danny—. ¿Quieres ir a pie a casa desde aquí? —Vio que ella ya se había puesto las sandalias. Todavía estaban en el centro.

—¿Quién ha dicho que voy a casa?

—Ah —dijo Danny.

Poco antes de anochecer la había visto hablar con alguien por teléfono en la cocina de la granja; probablemente con Roger, concluyó Danny. Se detuvo junto a la acera en el siguiente semáforo en rojo y dejó salir a Katie del coche.

—La Señora del Cielo sí es un ángel, mami —afirmó Joe.

—Si tú lo dices —respondió Katie, y cerró la puerta.

Danny sabía que ella no llevaba ropa interior, pero si iba a ver a Roger, ¿qué más daba?

Seis años después, el tráfico de primera hora de la mañana había disminuido en Iowa Avenue. Yi-Yiing había regresado hacía rato a Court Street, de vuelta a casa tras su turno en el hospital. (Posiblemente le contó al cocinero que había visto a Danny y el pequeño Joe en Iowa Avenue a esa hora tan temprana).

—¿Por qué te habrías muerto tú también... si a mí me hubiera atropellado un coche de verdad? —preguntó a su padre el niño de ocho años.

—Porque en principio tú tienes que vivir más que yo. Si mueres antes que yo, será mi muerte también, Joe —dijo Danny a su hijo.

—¿Por qué no me acuerdo de ella? —preguntó el niño a su padre.

—¿Te refieres a mamá?

—A mamá, a los cerdos... ¿Qué pasó después? No me acuerdo de nada —respondió Joe.

—¿Y te acuerdas de la Señora del Cielo? —quiso saber su padre.

—Me acuerdo de alguien que bajó del cielo, como un ángel —dijo el niño.

—¿En serio?

—Creo que sí. No me habías hablado antes de ella, ¿verdad? —preguntó Joe.

—No.

—¿Y entonces qué pasó? —preguntó Joe a su padre—. Cuando mamá salió del coche en el centro, quiero decir.

Naturalmente, el escritor había ofrecido al pequeño Joe una versión corregida del asado de cerdo. Después de llevar al niño de dos años a casa desde la granja, ya era menos lo que el narrador debía censurar en el relato. (Sin duda porque Katie no había vuelto a casa con ellos). A última hora del día —acababa de oscurecer— sólo algún que otro transeúnte, y ningún vecino de Danny, vio entrar al escritor en calzoncillos en la planta baja de la casa de dos pisos de Iowa Avenue con el niño de dos años en brazos.

—¿Aún hueles los cerdos? —había preguntado el pequeño Joe a su padre cuando entraron.

—Sólo en mi cabeza —contestó el escritor.

—Yo sí los huelo, pero no sé dónde están —dijo el niño.

—Quizás es el vómito lo que hueles, cielo —sugirió Danny. Bañó al niño y le lavó otra vez el pelo.

En el apartamento hacía calor pese a que las ventanas estaban abiertas. Danny acostó al pequeño Joe sólo con el pañal. Si refrescaba durante la noche, le pondría el pijama. Pero cuando Joe se quedó dormido, Danny imaginó que aún olía los cerdos o la vomitera. Se puso unos vaqueros y fue al coche; llevó la sillita a la cocina y la limpió. (Probablemente al pequeño Joe le habría sentado mejor el cerdo que la ensalada de patata, pensaba su padre). Más tarde, Danny se duchó y volvió a enjabonarse el pelo. Debía de haberse tomado cinco cervezas, además del vino. A Danny no le apetecía otra cerveza, pero tampoco quería irse a la cama, y había bebido demasiado para plantearse escribir. Katie no volvería en toda la noche, de eso estaba

seguro.

Había vodka —era lo que bebía Katie cuando no quería que le oliera el aliento como si hubiera bebido— y ron de Barbados. Danny encontró una lima en la nevera; cortó un trozo, lo echó en un vaso alto con hielo y llenó el vaso de ron. Llevaba unos calzoncillos limpios cuando se sentó para quedarse un rato en el salón a oscuras junto a una ventana abierta, observando el tráfico decreciente en Iowa Avenue. Era esa época de la primavera en que las ranas y los sapos parecen especialmente ruidosos («Quizá porque los hemos echado de menos en invierno», pensaba el escritor).

Se preguntaba cómo habría sido su vida si hubiese conocido a alguien como la Señora del Cielo en lugar de Katie. Posiblemente la paracaidista no le llevaba a Danny tantos años como le había parecido en un principio. Tal vez le habían ocurrido desgracias, cosas debido a las cuales aparentaba más edad, imaginó el escritor. (Danny no pensaba en la cicatriz de la cesárea; pensaba en cosas peores). Danny se despertó en el retrete, donde se había quedado dormido con una revista en el regazo; el vaso vacío con el trozo de lima lo miraba desde el suelo del cuarto de baño. Había refrescado. Danny apagó la luz de la cocina, donde vio que se había tomado más de un vaso de ron —la botella estaba casi vacía—, aunque no recordaba haberse servido el segundo (ni el tercero). Tampoco recordaría lo que hizo con la botella casi vacía.

Pensó que debía echar una ojeada a Joe antes de marcharse, tambaleante, a la cama, y quizá convenía ponerle un pijama al niño, pero Danny tenía la sensación de que carecía de la destreza necesaria para vestir al niño dormido. Optó, pues, por cerrar las ventanas de la habitación del niño y se aseguró de que las barandas de la cuna estuvieran fijadas.

Joe no podía caerse de la cuna con las barandas bajadas, y el niño tenía edad para saltar de la cuna tanto si las barandas estaban bajadas como subidas. A veces las barandas no tenían puesto el seguro en ninguna de las dos posiciones y entonces podían deslizarse y atraparle los dedos al niño. Danny comprobó que las barandas estaban trabadas en la posición más alta. Joe dormía profundamente boca arriba, y Danny se agachó para besarlo. Lo cual no resultaba fácil cuando las barandas estaban subidas, y Danny había bebido tanto que no pudo besar a su hijo sin perder el equilibrio.

Dejó abierta la puerta de la habitación de Joe para cerciorarse de que oiría al niño si se despertaba y lloraba. Además, Danny dejó abierta la puerta del dormitorio principal. Pasaban de las tres de la madrugada. Danny vio la hora en el despertador de la mesilla de noche al acostarse. Katie no había vuelto de su visita a Roger, si era a él a quien había acudido.

En cuanto Danny cerraba los ojos, la habitación empezaba a dar vueltas. Se quedó dormido con los ojos abiertos, o eso se imaginó, porque tenía los ojos abiertos, y se los notaba muy secos, cuando por la mañana lo despertaron los gritos de un hombre.

—¡Hay un bebé en la calle! —vociferaba un idiota.

Danny olió la marihuana; debía de estar medio dormido, o sólo medio despierto,

porque imaginó que el hombre que gritaba estaba colocado. Pero el olor a hierba le llegaba de más cerca, de la almohada contigua. Katie dormía allí desnuda, destapada, y su pelo despedía un tufo a marihuana. (Danny tenía la impresión de que Roger fumaba a todas horas).

—¿De quién es este bebé? —gritaba el hombre—. ¡Este bebé tiene que ser de alguien!

En ocasiones les llegaba el enloquecido vocerío del bullicioso colegio mayor femenino situado más al oeste en Iowa Avenue, o del centro, pero no durante lo que venía a ser la hora punta de la mañana.

—¡Un bebé en la calle! —repetía una y otra vez el demente. Además hacía frío en la habitación, notó entonces Danny; se había quedado traspuesto con las ventanas abiertas, y Katie, al llegar, no se había molestado en cerrarlas.

—Ese puto bebé no es el nuestro —dijo Katie: tenía la voz empañada, o hablaba con la cara hundida en la almohada—. ¡Nuestro bebé está en la cama con nosotros, mamonazo!

—¿Ah, sí? —preguntó Danny, y se incorporó. Le palpitaba la cabeza. El pequeño Joe no estaba con ellos en la cama revuelta.

—Pues estaba —aseguró Katie; también ella se incorporó. Tenía las mejillas un poco irritadas, o enrojecidas, tal como queda la cara después de besar a alguien con una barba rasposa, imaginó el escritor—. El crío estaba alborotando por no sé qué y lo he traído a la cama con nosotros —explicaba Katie.

Danny ya había enfilado el pasillo. Vio la cuna de Joe vacía y las barandas bajadas; Katie, por su corta estatura, no podía sacar al niño de la cuna sin bajar antes las barandas.

El tráfico se había detenido en Iowa Avenue —y en dirección este la cola llegaba hasta la curva de Muscatine—, como si se hubiese producido un accidente en la avenida, justo enfrente del apartamento de la planta baja de Danny. Danny salió corriendo en calzoncillos por la puerta de la casa de dos pisos. Dada su desnudez, el conductor de una camioneta de un color blanco sucio —el vehículo que obstruía el tráfico de entrada al centro— debió de considerarlo un candidato probable a padre negligente.

—¿Este bebé es suyo? —preguntó a Danny el conductor de la camioneta levantando la voz. Es posible que el bigote de guías curvas y las pobladas patillas hubieran asustado al pequeño Joe tanto como el incesante griterío del hombre, eso y el hecho de que el conductor de la camioneta había conseguido acorralar a Joe en la mediana cubierta de hierba de Iowa Avenue, sin cogerlo en brazos ni tocarlo siquiera. Joe, inmóvil e indeciso, permanecía en la hierba con su pañal; había salido de la casa y cruzado la acera, y una vez en el carril del tráfico entrante, la camioneta de color blanco sucio había sido el primer vehículo que estuvo a punto de atropellarlo.

En ese momento, una mujer que viajaba en el coche que se había detenido detrás de la camioneta blanca corrió a la mediana y cogió al niño en brazos.



—¿Es ése tu papá? —preguntó a Joe, señalando a Danny en calzoncillos. Joe empezó a llorar.

—Es mi hijo; me he quedado dormido —dijo Danny.

Cruzó la calle hasta la mediana, pero la mujer —cuarentona, con gafas, collar de perlas (Danny no recordaría nada más específico sobre ella)— pareció reacia a entregarle el bebé.

—Este bebé estaba en la calle, amigo; casi lo atropello —dijo a Danny el conductor de la camioneta—. Ha sido el puto pañal, tan blanco, lo que me ha llamado la atención.

—No parece que estuviera usted buscando al bebé, ni que supiese que el bebé había desaparecido —recriminó la mujer a Danny.

—Papá —dijo Joe tendiendo los brazos.

—¿Tiene madre este niño? —quiso saber la mujer.

—Está dormida; los dos estábamos dormidos —contestó Danny. Cogió al pequeño Joe de los brazos de la mujer, medio extendidos, en actitud vacilante—. Gracias —dijo Danny al conductor de la camioneta.

—Aún estás borracho, tío —señaló el conductor—. ¿Tu mujer también está borracha?

—Gracias —repitió Danny.

—Tendríamos que denunciarlo —dijo la mujer.

—Sí, es verdad —admitió Danny—, pero no lo hagan, por favor.

Los coches daban bocinazos, y Joe volvía a llorar.

—Desde casa no veía el cielo —decía el niño entre sollozos.

—¿No veías el cielo? —preguntó su padre. Cruzaron el carril hasta la acera y entraron en la casa en medio de los continuos bocinazos.

—No veía si bajaba la Señora del Cielo —explicó Joe.

—¿Buscabas a la Señora del Cielo? —preguntó su padre.

—No la veía. A lo mejor me buscaba —dijo el niño.

La avenida de doble carril era ancha; desde el centro de la calzada, o desde la mediana, comprendió Danny, su hijo de dos años podía ver el cielo. El niño tenía la esperanza de que la Señora del Cielo descendiese otra vez, a eso se reducía todo.

—Mami está en casa —dijo Joe a su padre cuando entraron en el apartamento, que el niño de dos años llamaba «apartamento»; desde que empezó a hablar, un apartamento era un «apartamento».

—Sí, ya sé que mami está en casa —respondió Danny. Vio que Katie había vuelto a dormirse. En la mesa de la cocina, el escritor advirtió también que la botella de ron estaba vacía. ¿La había apurado antes de acostarse o se había terminado Katie lo que quedaba de la botella al llegar a casa? («Probablemente he sido yo», pensó Danny; sabía que a Katie no le gustaba el ron). Llevó a Joe a la habitación del niño y le cambió el pañal. Le costaba mirar a su hijo a los ojos, imaginándolos abiertos y fijos, sin vida, mientras el pequeño de dos años, con su pañal de un blanco intenso, yacía

muerto en la calle.

—Y entonces dejaste de beber, ¿verdad? —preguntó el pequeño Joe a su padre. Durante la larga historia, habían permanecido de espaldas a la casa donde vivieron con Katie.

—Aquel poco de ron que quedaba fue lo último que bebí —contestó Danny al niño de ocho años.

—Pero mamá no dejó de beber, ¿verdad? —preguntó Joe a su padre.

—Tu madre no podía dejarlo, cariño; probablemente aún no lo ha dejado —respondió Danny.

—Y estoy castigado, ¿no? —preguntó el joven Joe.

—No, tú no estás castigado; puedes ir a donde quieras, a pie o en autobús. Es tu bicicleta la que está castigada —respondió Danny al niño—. A lo mejor le regalamos tu bicicleta a Max. Seguro que él puede usarla de reserva, o para piezas de repuesto.

Joe alzó la vista hacia el azul luminoso del cielo otoñal. Ningún ángel descendente iba a sacarlo de aquel aprieto.

—Nunca pensaste que la Señora del Cielo era un ángel, ¿verdad? —preguntó el niño a su padre.

—Sí la creí cuando dijo que a veces era un ángel —contestó Danny.

El escritor deambularía en coche por toda Iowa City buscando el Mustang azul, pero no daría con él. La policía tampoco localizaría nunca al vehículo infractor. Pero, de nuevo allí en Iowa Avenue, Danny se limitó a rodear los hombros del niño de ocho años con el brazo.

—Piénsalo así —aconsejó a su hijo—: ese Mustang azul todavía te busca. Hace seis años, cuando te plantaste en medio de esta calle, sin nada más que un pañal, quizás el Mustang azul quedó atrapado en el atasco. Había unos cuantos coches detrás de la camioneta blanca; puede que ya entonces ese Mustang azul fuera a por ti.

—No es verdad que me busca, ¿verdad que no? —preguntó Joe.

—Te conviene creer que sí te busca —dijo su padre—. El Mustang azul anda detrás de ti; por eso debes tener cuidado.

—De acuerdo —respondió el niño de ocho años a su padre.

—¿Conoces a algún niño de dos años? —preguntó Danny a su hijo.

—No —contestó el niño—, o no que yo recuerde.

—Pues te iría bien conocer a alguno —dijo su padre—, sólo para que veas el aspecto que tenías en medio de la calle.

Fue entonces cuando por el carril entrante de Iowa Avenue apareció el cocinero en coche y se detuvo junto al bordillo, donde se hallaban padre e hijo.

—Subid los dos —ordenó Tony Ángel—. Dejaré a Joe en el colegio y luego te llevaré a ti a casa.

—Joe no ha desayunado —dijo Danny a su padre.

—Le he preparado una comilona para el mediodía; puede tomarse la mitad de camino al colegio, Daniel. Subid —repitió—. Nos encontramos ante... una situación

delicada.

—¿Qué pasa, pa? —preguntó Daniel.

—Por lo visto, Youn sigue casada —contestó el cocinero mientras Danny y Joe subían al coche—. Por lo visto, Youn tiene una hija de dos años, y su marido y su hija están aquí de visita, para ver cómo le va eso de escribir.

—¿Están en casa? —preguntó Danny.

—Menos mal que, cuando han llegado, Youn ya estaba levantada y en su habitación, escribiendo —contestó el cocinero.

Danny imaginó cómo había salido del dormitorio: meticulosamente, sin dejar el menor rastro, excepto el camisón gris perla escondido bajo la almohada, o quizá fuera el beige.

—¿Youn tiene una hija de dos años? —preguntó Danny a su padre—. Quiero que Joe vea a la niña.

—¿Estás loco? —dijo el cocinero a su hijo—. Joe tiene que ir al colegio.

—¿Youn está casada? —preguntó Joe—. ¿Tiene una niña?

—Eso parece —contestó Danny; pensaba en la novela de Youn, en cómo estaba escrita de manera exquisita pero no todas las piezas encajaban. Pese a la general nitidez de la prosa, el libro siempre había adolecido de cierta falta de claridad—. Creo que debes ir al colegio, cariño —dijo Danny—. Ya conocerás a un niño de dos años en otro momento.

—Pero tú quieres que conozca a uno, ¿verdad? —preguntó Joe.

—¿Y eso a qué viene? —quiso saber el cocinero; iba hacia el colegio de Joe sin esperar indicaciones en otro sentido.

—Es una larga historia —contestó Danny—. ¿Cómo es el marido? ¿Es un gánster?

—Es cirujano en Corea, según me ha contado —respondió Tony Ángel—. Ha venido para un congreso de cirugía en Chicago, pero ha traído a su hija, y se les ocurrió dar una sorpresa a la mami y dejar que Youn cuide de la niña un par de días mientras Kyung asiste a las sesiones. Menuda sorpresa, ¿eh? —preguntó el cocinero.

—¿Se llama Kyung? —dijo Danny. En el libro de Youn, el marido gánster se llama Jinwoo; Danny supuso que ése no era el único elemento inventado del argumento. ¡Y él que pensaba desde el principio que la novela era demasiado autobiográfica!

—El marido parece buena persona —comentó Tony Ángel.

—¿Voy a conocer entonces a la hija de dos años de Youn? —preguntó Joe cuando salía del coche.

—Come algo —sugirió el cocinero a su nieto—. Ya he llamado al colegio para avisar de que llegabas tarde.

—Según parece, es posible que conozcas a la niña, sí —contestó Danny a su hijo—. Pero, dime, ¿a qué debes estar siempre atento? —preguntó a Joe mientras el niño abría la fiambarrera y escrutaba el contenido.

—Al Mustang azul —contestó Joe sin titubeos.

—Chico listo —dijo su padre.

Cuando casi habían llegado a la casa de Court Street, el cocinero le contó a su hijo:

—Yi-Yiing y yo hemos decidido que lo más conveniente es simular que Yi-Yiing y tú sois pareja.

—¿Por qué habríamos de ser pareja Yi-Yiing y yo? —preguntó Danny.

—Porque sois de la misma edad. Mientras ande por aquí el marido coreano, debéis fingir que estáis juntos. Ni siquiera un cirujano de Corea sospechará que yo me acuesto con su mujer —aclaró el cocinero—. Ya soy muy viejo.

—¿Cómo vamos a fingirlo? —preguntó Danny a su padre.

—Eso déjalo en manos de Yi-Yiing —instó su padre.

En retrospectiva, pensaba el escritor, la simulación no había sido la parte más difícil de ese engaño improvisado. Yi-Yiing interpretó bien el papel de novia de Danny; es decir, mientras el marido de Youn estuvo en la casa de Court Street. A Danny el cirujano de Seúl le pareció un buen hombre, orgulloso y abochornado a la vez por haber «dado una sorpresa» a su esposa escritora. Youn, por su parte, no pudo ocultar la felicidad que sentía por ver a su hija, Soo. La escritora coreana había escrutado los ojos de Danny en busca de alguna señal tranquilizadora, y Danny esperaba habérsela transmitido; a decir verdad, tenía la sensación de haberse quitado un peso de encima, porque había estado contemplando ya la inevitable separación con más culpabilidad que de costumbre.

Sí, con toda seguridad permanecería en Iowa City todo ese curso académico —ya había solicitado al Taller Literario otro año de permanencia—, pero Danny sabía que probablemente no se quedaría en la ciudad hasta que Youn terminara la novela. (Y desde el principio Danny había dado por supuesto que, cuando él regresara a Vermont, Youn volvería a Seúl). El cirujano, que sólo iba a pasar unos días en Chicago, dio un beso de despedida a su mujer y a su hija. Todas las presentaciones y los adioses tuvieron lugar en la cocina de Court Street, donde el cocinero ofició de supuesto dueño de la casa, y Yi-Yiing, colocándose dos o tres veces detrás de Danny, lo había rodeado con los brazos y atraído hacia sí, y en una ocasión le había dado un beso en la nuca. Como era un cálido día de otoño, el escritor llevaba sólo camiseta y vaqueros, y sintió en la espalda el roce del sedoso pijama de Yi-Yiing. En esos abrazos se traslucía familiaridad entre ellos, supuso el escritor, sin saber cómo interpretaría Youn ese contacto íntimo, ni si Yi-Yiing y el cocinero habían informado a la adúltera coreana del plan de que Danny y la enfermera de Hong Kong «fingieran» que eran pareja.

La hija, Soo, era una joya.

—¿No lleva pañal? —preguntó Danny al cirujano, acordándose de Joe a esa edad.

—Las niñas aprenden antes que los niños a hacer sus cosas en el baño, cielo —le explicó Yi-Yiing, con un énfasis exagerado en la palabra «cielo», o esa impresión

tuvo el escritor, pero el cocinero se echó a reír, y Youn también. Daniel se preguntaría más tarde si acaso Youn también se había quitado un peso de encima porque se había puesto punto final tan eficazmente a su relación con el profesor de técnica narrativa. (¿Qué necesidad había de explicaciones?). Los días que el médico coreano estuvo en Chicago no acarrearón complicaciones, y Joe vio con sus propios ojos lo inocente que era en realidad una niña de dos años... en cuanto a los peligros de la calle, obviamente, pero también en cuanto a los ángeles que caían del cielo. El niño de ocho años pudo observar por sí mismo que la pequeña Soo era capaz de creerse cualquier cosa.

El fragante camisón bajo la almohada en el lado de la cama de Youn resultó ser el beige, y Danny encontró un momento discreto para devolvérselo. Ahora no quedaba de ella prueba alguna en su dormitorio. Youn durmió con su hija pequeña en el cuarto donde trabajaba; las dos eran muy menudas, y les bastó con la cama de esa habitación de más, pese a que Danny había propuesto a Youn instalar a Soo en otra habitación aparte. (Había advertido que el marido de Youn dormía, él solo, en esa habitación). «Una niña de dos años no debe dormir desatendida», había contestado Youn a Danny, que comprendió que había interpretado mal la curiosidad con que Youn observaba a Joe; simplemente se preguntaba qué cambios debía esperar en su hija entre los dos y ocho años. (En cuanto a lo que había escrito, y el porqué, nunca encontraría una explicación satisfactoria, supuso Danny). Cuando Kyung regresó de Chicago y partió poco después con su hija pequeña —volvieron juntos a su casa de Seúl—, Youn buscó sin pérdida de tiempo otro sitio donde vivir y, para el siguiente semestre, solicitó el traslado al taller de técnica narrativa de otro profesor. Para el escritor Danny Ángel carecía de la menor trascendencia si Youn alguna vez terminaba su novela en curso. Si un día Youn llegaba a convertirse en una novelista publicada, tampoco tenía gran importancia para Danny, quien sabía de primera mano que —durante la etapa de Youn en Iowa City— su ficción había sido de un éxito casi absoluto.

Fue el éxito de Yi-Yiing, haciéndose pasar por novia de Danny, lo que perduraría un poco más. La enfermera de urgencias no era coqueta por naturaleza, pero meses después de darse la necesidad de fingir que Danny y ella eran pareja, Yi-Yiing rozaba aún de vez en cuando al escritor, o le acariciaba la mejilla con los dedos o el dorso de la mano. Daba la impresión de que eran sinceros descuidos, ya que se detenía instintivamente tan pronto como empezaba. Danny creía que el cocinero nunca le había visto hacerlo; si Joe la vio, el niño de ocho años no se dio por enterado.

—¿Preferirías que me vistiera con normalidad estando en casa? —preguntó un día Yi-Yiing al escritor—. O sea, que «ya está bien de pijamas», como si dijéramos.

—Pero si tú eres la Señora del Pijama..., ésa eres tú —contestó Danny de manera evasiva.

—Ya sabes a qué me refiero —insistió Yi-Yiing.

Dejó de llevarlos, o quizá sólo se los ponía para dormir. Su ropa normal era una

barrera más segura entre ellos, y lo que no había pasado de ser algún que otro contacto esporádico —un roce en la espalda al cruzarse con él, la caricia con las yemas de los dedos o los nudillos de sus pequeñas manos— también cesó no mucho después.

—Echo de menos los pijamas de Yi-Yiing —dijo Joe a su padre una mañana cuando iban al colegio.

—Yo también —respondió Danny, pero para entonces ya salía con otra mujer.

Cuando Youn desapareció de sus vidas —y sobre todo más adelante, durante su último año en Iowa City, instalados ya en la tercera casa de Court Street—, reanudaron sus costumbres de siempre como si nunca se hubiesen visto interrumpidas. La tercera casa estaba en la otra acera de Court Street, cerca de Summit, donde Danny mantuvo una discreta aventura diurna con la infeliz esposa de un profesor que a su vez la engañaba a ella. El callejón trasero, donde Joe había sentido la tentación de autocompadecerse —mientras veía a Max practicar las derrapadas con su bicicleta «de reserva»—, también había desaparecido de sus vidas, al igual que la zarigüeya. Las Yokohama, Sao y Kaori, seguían turnándose para cuidar a Joe, y todos —todos ellos— se reunían en el Mao's con una necesidad (o desesperación) en apariencia cada vez mayor.

El cocinero sabía de antemano lo mucho que añoraría a los hermanos Cheng, casi tanto como añoraría a Yi-Yiing. Lo que añoraría Danny era no saber nunca cómo habría sido estar con la enfermera de Hong Kong, aunque su regreso a Vermont se vio precedido por otra clase de final.

Al mismo tiempo que concluía su aventura en Iowa, terminaba también —y ya iba siendo hora— la guerra de Vietnam. En el Mao's no se respiraba un ambiente muy propicio para los finales felices. La «Operación Viento Frecuente», como se llamó a la evacuación de Saigón en helicóptero —«Operación Más Chorradas», la había llamado Ketchum—, resultó ser una distracción devastadora mientras se preparaba la cena en el restaurante asiático-francés. El televisor en la pequeña cocina del bulevar a las afueras de Coralville se convirtió en un imán para el descontento.

Abril del año 1975 había sido un mal mes para el Mao's. Se produjeron cuatro ataques con lanzamiento de ladrillo por parte de conductores anónimos (de hecho, una de las veces fue un trozo de cemento del tamaño de un bloque de hormigón lo que rompió el cristal, y otra una piedra). «¡Putos granjeros patriotas!», había gritado Xiao Dee a los vándalos. El cocinero y él habían suspendido un viaje a Chinatown para hacer sus compras porque Xiao Dee estaba convencido de que el Mao's era víctima de un ataque, o de que, al caer Saigón, el restaurante se vería sometido a un asedio mayor. Ah Gou empezaba a andar escaso de sus ingredientes preferidos. (Con la ayuda de Tony Ángel, la carta incluyó unos cuantos platos italianos más que de costumbre). A lo largo de ese año, los soldados survietnamitas estaban desertando en tropel. Los soldados fugitivos habían reunido a sus familias y confluído en Saigón, donde debían de creer que los estadounidenses los ayudarían a escapar del país.

Durante las dos últimas semanas de abril, Estados Unidos había transportado por aire a sesenta mil extranjeros y survietnamitas; pronto cientos de miles más tendrían que buscar una manera de salir del país por su cuenta. «Será un caos absoluto», había vaticinado Ketchum. («¿Qué esperábamos?», diría más tarde el leñador). «¿Acaso nos importaba cómo acabara aquello?», pensaba Danny. Joe y él tenían una mesa en el Mao's, y esa noche Yi-Yiing cenaba con ellos. Se había saltado el turno en urgencias por un resfriado; no quería que por su culpa empeoraran muchas personas enfermas o heridas, explicó a Danny y a Joe.

—Por mi culpa ya vais a enfermar vosotros dos... Vosotros dos y pa —les dijo con una sonrisa.

—Muchas gracias —contestó Danny. Joe se reía; adoraba a Yi-Yiing. El niño echaría de menos tener a su propia enfermera cuando volviese a Vermont. («Y yo echaré de menos tener una enfermera para él», pensaba el escritor). Dos parejas ocupaban una mesa, y tres hombres con aspecto de ejecutivos otra. Era una noche tranquila para el Mao's, pero aún quedaba mucho tiempo por delante. La ventana tapiada no mejoraba precisamente la imagen de la entrada, estaba pensando Danny cuando una de las Yokohama salió de la cocina. Estaba tan blanca como su delantal y le temblaba el labio inferior.

—Dice tu padre que deberías ver lo que están dando por televisión —comunicó la chica japonesa al escritor—. La tele está en la cocina.

Danny se levantó de la mesa, y cuando Joe hizo ademán de acompañarlo, Yi-Yiing intervino:

—Quizá sea mejor que te quedes conmigo, Joe.

—Sí, tú quédate —dijo Sao, o Kaori, al niño—. ¡Mejor que no lo veas!

—Pero yo quiero ver qué es —afirmó Joe.

—Obedece a Sao, Joe —dijo su padre—. Enseguida vuelvo.

—Soy Kaori —aclaró la gemela japonesa a Danny. Entonces rompió a llorar—. ¿Por qué tengo la sensación de que todos los «amarillos» somos iguales para vosotros los americanos?

—¿Qué dan por televisión? —le preguntó Yi-Yiing.

Las dos parejas se reían de algo, y no habían oído el exabrupto de Kaori. Pero los hombres con aspecto de ejecutivos se habían quedado inmóviles, paralizados sobre sus cervezas al oír la palabra «amarillos».

Esa noche hacía de maitre la novia lista de Ah Gou, Tzu-Min. A Xiao Dee, exaltado por los granjeros patriotas y el lanzamiento de ladrillos, no le permitían salir de la cocina, por miedo a que perdiera el control.

—Vuelve a la cocina, Kaori —ordenó Tzu-Min a la chica llorosa—. Aquí no se puede llorar.

—¿Qué están dando por televisión? —preguntó Yi-Yiing a la maitre.

—Joe no debe verlo —contestó Tzu-Min. Danny ya había entrado en la cocina.

Aquello era una casa de locos. Xiao Dee hablaba a gritos al televisor. Sao, la otra

gemela japonesa, vomitaba en el fregadero grande, el que usaba el lavaplatos para restregar cazos y sartenes.

Ed, el lavaplatos, permanecía a un lado; alcohólico en fase de recuperación, era un veterano de la segunda guerra mundial con varios tatuajes desvaídos. Los hermanos Cheng le habían dado un empleo en una época en que nadie más se lo daba, y Ed sentía lealtad hacia ellos, aunque a veces la pequeña cocina de Coralville le producía cierta claustrofobia, y para él las conversaciones políticas del Mao's eran territorio extranjero. Ed no sentía el menor interés en el extranjero; a él le parecía bien que saliésemos de Vietnam. Había servido en la armada, en el Pacífico. En ese momento una de las gemelas japonesas vomitaba en su fregadero y la otra estaba hecha un mar de lágrimas. (Quizás Ed pensaba que había matado a algún pariente suyo; si era así, no lo lamentaba).

—¿Cómo va eso, Ed? —preguntó Danny al lavaplatos.

—Ahora mismo no muy bien —contestó Ed.

—¡Kissinger es un criminal de guerra! —exclamaba Xiao Dee. (En la televisión había aparecido, aunque brevemente, Henry Kissinger). Ah Gou, que en ese momento troceaba chalotes, blandió el cuchillo ante la sola mención del aborrecido Kissinger, pero ahora la televisión volvía a mostrar la imagen de los tanques enemigos por las calles de Saigón; los tanques estrechaban el cerco en torno a la embajada de Estados Unidos, o de eso informó una voz anónima. Era casi finales de abril; aquéllos eran los últimos rescates aéreos, el día anterior a la rendición de Saigón. Unos setenta helicópteros americanos habían estado yendo y viniendo entre el patio tapiado de la embajada y los buques de guerra estadounidenses anclados a cierta distancia de la costa; ese día se rescató a seis mil doscientas personas. Los dos últimos helicópteros que abandonaron Saigón trasladaron al embajador de Estados Unidos y a los soldados de la infantería de marina que custodiaban la embajada. Horas más tarde Vietnam del Sur se rindió.

Pero no era eso lo que dolía ver en el pequeño televisor de la cocina del Mao's. Había más gente que deseaba abandonar Saigón que helicópteros. Varios centenares se quedarían en el patio de la embajada. Docenas de vietnamitas se colgaron de los patines de los dos últimos helicópteros; murieron al caer mientras los helicópteros se elevaban. La televisión ofrecía esas imágenes una y otra vez.

—Esas pobres personas... —había comentado el cocinero segundos antes de que Sao vomitase en el fregadero de Ed.

—No son personas, no para la mayoría de los americanos. ¡Son amarillos! —vociferaba Xiao Dee.

Ah Gou permanecía atento al televisor en lugar de mirar los chalotes; se cortó la primera falange del dedo índice de la mano izquierda. Kaori, todavía llorosa, se desmayó; el cocinero la apartó a rastras del fogón. Danny cogió un paño de cocina y empezó a hacerle a Ah Gou un torniquete en la parte superior del brazo. La punta del dedo del Hermano Grande quedó en medio de un charco de sangre, entre los trozos



de chalote.

—Ve a buscar a Yi-Yiing —ordenó el cocinero a Sao. Ed cogió un paño húmedo y enjugó la cara a la chica. Sao tenía un aspecto tan etéreo como su gemela desmayada, pero ya no vomitaba y, como un fantasma, flotó en dirección al comedor.

Cuando se abrió la puerta de vaivén que daba al comedor, Danny oyó decir a uno de los ejecutivos:

—¿Qué clase de manicomio de mierda es éste?

—Ah Gou se ha cortado el dedo —oyó Danny que le decía Sao a Yi-Yiing.

A continuación se cerró la puerta, y a Danny no le llegó qué le contestaba Sao o Tzu-Min o Yi-Yiing al ejecutivo, ni si alguna de ellas había intentado contestar. (Con la caída de Saigón, esa noche el Mao's era realmente un manicomio de mierda). La puerta que daba al comedor volvió a abrirse, y todos entraron en la cocina: Yi-Yiing con el pequeño Joe, Tzu-Min y Sao. Danny se sorprendió un poco de que los tres hombres con aspecto de ejecutivo y las dos parejas no estuviesen con ellos, pese a que no había nadie más en la caótica cocina.

—Gracias a Dios todos han pedido pintada —decía el cocinero.

Kaori se había incorporado en el suelo.

—Las dos parejas quieren pintada —corrigió ella—. Los ejecutivos han pedido raviolis.

—Sólo me refería a las parejas —afirmó Tony Ángel—. Voy a preparar lo suyo primero.

—Los ejecutivos están a punto de marcharse, os lo advierto —dijo Tzu-Min.

Yi-Yiing encontró la punta del dedo de Ah Gou entre los chalotes. Xiao Dee rodeó a Ah Gou con los brazos para sujetarlo mientras el cocinero vertía vodka en el muñón del dedo índice de la mano izquierda. El Hermano Grande gritaba aún cuando Yi-Yiing tendió la falange del dedo y Tony Ángel vertió más vodka sobre ella; luego Yi-Yiing volvió a colocar la punta del dedo en su sitio.

—Tú sujétalo ahí —indicó al Hermano Grande— y deja de gritar.

Danny lamentó que Joe estuviera viendo la televisión; el niño de diez años parecía absorto en las imágenes de la gente que se aferraba a los patines de los helicópteros y después caía.

—¿Qué les pasa? —preguntó el niño a su padre.

—Están muriendo —respondió Danny—. No hay sitio para ellos en los helicópteros.

Ed tosía; salió a la calle por la puerta de la cocina. Detrás había un callejón —utilizado para el reparto y la recogida de basuras—, y todos pensaron que Ed salía a fumar un cigarrillo. Pero el lavaplatos nunca volvió.

Acompañado por Yi-Yiing, Ah Gou salió por la puerta de vaivén y atravesó el comedor; se sujetaba la falange seccionada en su sitio, pero ahora que Danny no mantenía ya la presión del torniquete en torno a la parte superior del brazo, el Hermano Grande sangraba profusamente. Tzu-Min se fue con ellos.

—Me temo que al final contagiareé mi resfriado a todo el mundo en urgencias —decía Yi-Yiing.

—¿Qué coño está pasando? —vociferó uno de los ejecutivos—. ¿Aquí trabaja alguien o qué?

—¡Racistas! ¡Criminales de guerra! ¡Cerdos fascistas! —les gritó Ah Gou, todavía sangrando.

En la cocina, el cocinero anunció a su hijo y a su nieto:

—Ahora sois ayudantes del chef, y más vale que nos pongamos manos a la obra.

—Sólo hay que atender dos mesas, pa; creo que nos las arreglaremos —contestó Danny.

—Si no hacemos caso a esos ejecutivos, se marcharán, creo —comentó Kaori.

—¡De aquí no se va nadie! —clamó Xiao Dee—. Yo voy a enseñarles qué clase de manicomio de mierda es éste... y más vale que les guste.

Salió al comedor por la puerta de vaivén —la coleta atada con aquella absurda cinta rosa que posiblemente pertenecía a Spicy—, e incluso después de cerrarse la puerta oían al Hermano Pequeño desde la cocina:

—¿Quieren la mejor comida que han probado en la vida, o quieren morir? —preguntaba Xiao Dee a voz en cuello—. ¡Están muriendo asiáticos, pero ustedes pueden comer bien! —gritó a los ejecutivos.

—La pintada lleva una guarnición de espárragos, y un risotto con gírgolas y salsa de salvia —explicaba el cocinero a Danny y el pequeño Joe—. No desparraméis el risotto en los platos, por favor.

—¿De dónde son las pintadas, pa? —preguntó Danny.

—De Iowa, claro; se nos ha acabado casi todo lo de fuera de Iowa —dijo el cocinero.

—¿Quieren ver cómo se hacen los raviolis al mascarpone y setas? —preguntaba Xiao Dee a los hombres con aspecto de ejecutivos—. ¡Se preparan con parmesano y aceite de trufa blanca! ¡Son los mejores raviolis de mierda que comerán en su vida! ¿Creen que el aceite de trufa blanca es de Iowa? —les preguntó—. ¿Quieren entrar en la cocina y ver morir a un puñado de asiáticos? Ahora mismo, si quieren verlos, están muriendo en la televisión —vociferaba el Hermano Pequeño.

Tony Ángel se volvió hacia las gemelas japonesas.

—Id a rescatar a esos ejecutivos de las garras de Xiao Dee —les ordenó—, las dos.

El cocinero acompañó a las Yokohama al comedor, donde sirvieron las pintadas a las parejas.

—Enseguida les traeremos la pasta —anunció Tony a los ejecutivos; poco antes se preguntaba por qué los ejecutivos habían escuchado tan callados la diatriba de Xiao Dee. En ese momento vio que el Hermano Pequeño se había llevado al comedor el cuchillo ensangrentado.

—¡Te necesitamos en la cocina! ¡Te queremos desesperadamente ahí dentro! ¡Nos

morimos por tenerte ahí! —decían las gemelas japonesas a Xiao Dee mientras lo rodeaban con los brazos procurando no tocar el cuchillo ensangrentado. Los hombres con aspecto de ejecutivos se quedaron allí sentados, esperando, incluso cuando el cocinero (y Xiao Dee, con Kaori y Sao) había vuelto a la cocina.

—¿Qué beben los cerdos fascistas? —preguntaba Xiao Dee a las Yokohama.

—Tsingtao —respondió Kaori o Sao.

—Llevadles más —ordenó el Hermano Pequeño—. ¡Que corra la cerveza!

—¿Qué llevan los raviolis, pa? —preguntó Danny a su padre.

—Guisantes —contestó el cocinero—. Usa la espumadera o quedarán chorreando aceite.

A Joe no acababa de interesarle el puesto de ayudante de chef, no con los helicópteros todavía en la televisión. Cuando sonó el teléfono, Joe era el único que no tenía las manos ocupadas en algo; contestó él. Todos sabían que no había maitre en el comedor, y pensaron que quizá fuera Yi-Yiing o Tzu-Min desde el Mercy Hospital para informar si era posible o no salvar el dedo de Ah Gou.

—Es a cobro revertido, de Ketchum —anunció Joe.

—Acéptala —indicó su abuelo.

—Acepto —contestó el niño.

—Habla tú con él, Daniel; yo estoy ocupado —dijo el cocinero.

Pero mientras el teléfono cambiaba de manos todos oyeron lo que Ketchum tenía que decir desde New Hampshire.

—Este país de capullos...

—Hola, soy yo, Danny —dijo el escritor al viejo leñador.

—Muchacho, ¿aún lamentas no haber ido a Vietnam? —bramó Ketchum.

—No, no lo lamento —contestó Danny, pero tardó demasiado en decirlo; Ketchum ya había colgado.

En la cocina había sangre por todas partes. En la televisión, los desesperados vietnamitas quedaban suspendidos y luego caían de los patines de los helicópteros. Las imágenes del desastre se repetirían durante días, en todo el mundo, supuso el escritor mientras veía a su hijo de diez años contemplar el final de la guerra a la que no había ido su padre.

Las gemelas japonesas apaciguaban a los ejecutivos con más cerveza. Xiao Dee estaba dentro de la cámara frigorífica con la puerta abierta.

—Casi se ha acabado la Tsingtao, Tony —decía el Hermano Pequeño. Salió de la cámara y cerró la puerta; entonces advirtió que la puerta del callejón seguía abierta—. ¿Qué ha sido de Ed? —preguntó Xiao Dee. Salió al callejón con cautela—. ¡Igual uno de esos putos granjeros patriotas lo ha confundido con un «amarillo» y lo ha matado!

—Me parece que el pobre Ed simplemente se ha marchado a casa —observó el cocinero.

—He vomitado en su fregadero, a lo mejor ha sido por eso —dijo Sao. Kaori y

ella habían vuelto a la cocina para llevar los platos de pasta a los ejecutivos.

—¿Puedo apagar el televisor? —preguntó Danny a todos los presentes.

—¡Sí! ¡Apágalo, por favor! —respondió una de las Yokohama.

—¡Ed se ha ido! —proclamaba Xiao Dee desde el callejón—. ¡Los putos patriotas lo han secuestrado!

—Puedo llevar a Joe a casa y acostarlo —sugirió la otra gemela a Danny.

—Antes el niño debe cenar —recordó el cocinero—. Puedes hacer de maitre un rato, ¿verdad, Daniel?

—Claro que sí —contestó el escritor. Se lavó las manos y la cara y se puso un delantal limpio. Cuando salió al comedor, los hombres con aspecto de ejecutivos se sorprendieron al ver que no era asiático, o no parecía especialmente indignado.

—¿Qué pasa en la cocina? —preguntó uno de ellos con tono vacilante; no quería que Xiao Dee lo oyese, eso era obvio.

—Ha acabado la guerra, por televisión —explicó Danny.

—La pasta está estupenda, a pesar de todo —comentó otro de los hombres con aspecto de ejecutivos—. Felicite al chef.

—Se lo diré —aseguró Danny.

Más tarde aparecieron unos cuantos hombres con aspecto de profesores y varios padres orgullosos que invitaban a cenar a sus queridos estudiantes universitarios, pero si uno no estaba en la cocina del Mao's con los asiáticos iracundos, quizá no se enteraba de que la guerra había terminado, ni de cómo. (No retransmitieron esas imágenes en todas partes, ni durante mucho tiempo, al menos no en la mayor parte de Estados Unidos). Ah Gou conservaría la falange del dedo. Esa noche Kaori o Sao llevaron al joven Joe a su casa y lo acostaron, y Danny regresó a casa en coche con Yi-Yiing. Cuando cerrase el Mao's, el cocinero volvería a casa en su coche solo.

Se produjo un momento incómodo —después de irse la canguro japonesa y antes de llegar a casa el cocinero— cuando Joe dormía arriba y Danny estaba solo en la cocina de la tercera casa de Court Street con la enfermera de Hong Kong. Al igual que Danny y su padre, Yi-Yiing no bebía. Se estaba preparando un té, algo en teoría bueno para su resfriado.

—Aquí estamos, pues, solos por fin —dijo Yi-Yiing—. O al menos casi solos, supongo —añadió—. Solos tú, yo y este maldito resfriado.

El agua aún no hervía, y Yi-Yiing cruzó los brazos sobre los pechos y lo miró.

—¿Qué? —preguntó Danny.

—Ya sabes qué —contestó ella. Fue la primera en bajar la vista.

—¿Cómo va ese complicado asunto de traer a tu hija y tus padres aquí? —preguntó él. Al final ella se volvió de espaldas.

—Poco a poco estoy cambiando de idea a ese respecto —respondió Yi-Yiing.

Mucho más adelante el cocinero se enteraría de que había regresado a Hong Kong; trabajaba allí de enfermera. (Ninguno de los dos supo qué había sido de las Yokohama, Kaori y Sao). La noche que acabó la guerra, Yi-Yiing se llevó el té al piso

de arriba, dejando a Danny solo en la cocina. La tentación de encender el televisor fue grande, pero Danny salió a la acera de Court Street. No era muy tarde —ni siquiera habían dado las doce—, pero la mayoría de las viviendas de la calle estaban a oscuras, o las únicas luces encendidas eran las de los pisos de arriba de las casas. Gente que leía en la cama o veía la televisión, imaginó Danny. En varias de las casas vecinas, Danny reconoció la luz mortecina del televisor: un azul verdoso antinatural, un resplandor azul grisáceo. Ese color tenía algo de desagradable.

En Iowa, a finales de abril las temperaturas permitían ya abrir algunas ventanas, y si bien no alcanzó a distinguir el idioma exacto proveniente del televisor, Danny reconoció por la monotonía de aquel sonsonete la voz incorpórea de un noticiario, o eso creyó imaginar el escritor. (Si alguien hubiese estado viendo una historia de amor o una película de otra clase, ¿cómo iba a saberlo Danny?). Si había estrellas en el cielo, Danny no las vio. Vivía en Court Street desde hacía tres años; durante su estancia allí no había experimentado ninguna sensación de amenaza, excepto por el Mustang azul sin conductor, y ahora el escritor y su familia se disponían a regresar a Vermont. «Este país de capullos...», había empezado a decir Ketchum; estaba demasiado enfadado o demasiado borracho, o las dos cosas, para completar siquiera su pensamiento. En todo caso, ¿no era un juicio demasiado severo? Eso esperaba Danny.

—Por favor, cuida de mi padre y de mi niño —dijo el escritor en voz alta, pero ¿a qué le hablaba, o a quién? ¿A la noche sin estrellas por encima de Iowa City? ¿A la única alma inquieta y alerta de Court Street que habría podido oírlo? (Quizás a Yi-Yiing, si seguía despierta). Danny bajó el bordillo y se plantó en medio de la calle vacía, como si desafiara al Mustang azul a fijarse en él.

—Por favor, no le hagas daño ni a mi padre ni a mi hijo —rogó Danny—. Si tienes que hacer daño a alguien, házmelo a mí.

Pero ¿quién había allí, bajo el firmamento invisible, para cuidar de ellos o hacerles daño? «¿La Señora del Cielo?», preguntó el escritor en voz alta, pero Amy nunca había dicho que fuese un ángel a jornada completa, y hacía ocho años que no la veía. No hubo respuesta.

## 11. Miel

«¿Qué ha sido de mi memoria?», pensaba el cocinero: tenía casi sesenta años y la cojera más acusada. Tony Ángel intentaba recordar los mercados a los que el Hermano Pequeño lo llevaba en Chinatown. Kan Cuyo estaba en Mott Street, Kan Mano en el Boers, ¿o era al revés? Daba igual, concluyó el cocinero; aún recordaba las cosas más importantes.

El abrazo de Xiao Dee cuando se despidieron, la manera en que Ah Gou se había retorcido la falange reimplantada del dedo índice de la mano izquierda para obligarse a llorar. «¡Shé bu dé!», había dicho a voz en cuello Xiao Dee. (Los hermanos Cheng lo pronunciaban «sei bu dei»).

—¡Shé bu dé! —exclamó Ah Gou, doblando aquel primer dedo marcado con una cicatriz y ligeramente torcido.

Los inmigrantes chinos se decían unos a otros shé bu dé, había explicado Xiao Dee al cocinero a la ida o a la vuelta de una de sus maratones de dieciséis horas a Chinatown, en algún punto de la 1-80. Uno decía shé bu dé cuando se marchaba de su patria China, con destino a Nueva York o San Francisco, o a cualquier lugar lejano, donde posiblemente no volviese a ver nunca más a los amigos de la infancia o a los familiares. (Xiao Dee le había dicho a Tony Ángel que shé bu dé significaba algo así como «No soporto desprenderme». Esta expresión se suele utilizar cuando uno no quiere renunciar a algo que tiene).

—Shé bu dé —susurró el cocinero para sí en su querida cocina del Avellino.

—¿Cómo dices, jefe? —preguntó Greg, el segundo jefe de cocina.

—Hablaba con mis calamares —respondió Tony—. El truco con los calamares, Greg, es guisarlos sólo un poco o guisarlos hasta la eternidad; cualquier cosa intermedia, y parecen de goma.

Sin duda Greg había oído antes este soliloquio sobre los calamares.

—Ajá —dijo el segundo jefe de cocina.

Los calamares que el cocinero preparaba para su hijo Daniel eran de los que se guisaban hasta la eternidad. Tony Ángel los coció lentamente con tomate en lata y pasta de tomate, y con ajo, albahaca, pimentón rojo picante y aceitunas negras. El cocinero añadió los piñones y perejil picado muy al final, y sirvió los calamares sobre unas plumas, con más perejil picado a un lado. (Jamás con parmesano, los calamares no). Después del plato de pasta serviría a Danny sólo una pequeña ensalada de rácula, quizá con un poco de queso de cabra; tenía uno de Vermont bastante bueno.

Pero las pizzas pepperoni ya estaban listas, y el cocinero las sacó del horno de su estufa de leña Stanley. («She bit dé», susurró a la vieja estufa irlandesa, y Greg volvió a lanzar una mirada en dirección a él).

—Ya estás llorando otra vez, lo sabes, ¿no? —dijo Celeste a Tony—. ¿Quieres hablar de ello?

—Deben de ser las cebollas —adujo el cocinero.

—Tonterías, Tony —dijo ella—. ¿Son ésas mis dos pepperoni para las viejas comadres de ahí fuera? —Sin esperar respuesta, Celeste añadió—: Más vale que sean mis *pizzas*. Esas viejas parecen tan hambrientas que serían capaces de comerse a Danny de primer plato.

—Tuyas son —contestó Tony Ángel a Celeste. Ya había echado las plumas en el agua hirviendo, y cogió una con la espumadera y la probó mientras observaba la teatral salida de Celeste de la cocina, paso a paso. Loretta lo miraba como si intentara descifrar una clave—. ¿Qué? —le preguntó el cocinero.

—Un hombre misterioso —dijo Loretta—. Danny también es un hombre misterioso, ¿o no?

—Eres tan teatrera como tu madre —comentó el cocinero, sonriente.

—¿Están listos esos calamares, o les estás contando tu vida? —preguntó Loretta.

En el comedor, Dot exclamó: —¡Vaya, qué base tan fina!

—Finísima, y que lo digas —convino May con tono de aprobación.

—Nuestro cocinero prepara unas *pizzas* excelentes —informó Celeste—. Sus bases siempre son finas.

—¿Qué pone en la masa? —preguntó Dot a la camarera.

—Sí, ¿cuál es su ingrediente secreto? —preguntó May a Celeste.

—No sé si lo hay —respondió Celeste—. Se lo preguntaré. —Las dos viejas comadres atacaban ya sus *pizzas* y se desentendieron de ella—. Espero que tengan buen apetito —añadió Celeste mientras se volvía para regresar a la cocina. Dot y May siguieron comiendo; ése no era momento de charla.

Danny observó con creciente asombro cómo engullían las dos mujeres. ¿Dónde había visto a gente comer así?, pensaba. Desde luego no en Exeter, donde no se daba la menor importancia a los modales a la mesa, pero la comida era pésima. En Exeter, uno escarbaba entre la comida con el mayor recelo y hablaba sin cesar, aunque sólo fuera para distraerse de lo que estaba comiendo.

Las viejas habían estado charlando y cuchicheando (y carcajeándose) las dos (como un par de cuervos); ahora, en cambio, no decían ni pío, no se miraban siquiera. Permanecían inclinadas sobre los platos, con los antebrazos apoyados en la mesa y la cabeza gacha. Mantenían los hombros encorvados, como para protegerse de un ataque por la retaguardia, y Danny imaginó que si estuviera más cerca de ellas, tal vez las oiría emitir algún que otro gemido o gruñido inconsciente, sonidos tan asociados por naturaleza al acto de comer que las mujeres habían dejado de oírlo hacía tiempo y ya ni siquiera se daban cuenta de que salía de ellas.

Nadie en el North End comía así, recordaba el escritor. En el Vicino di Napoli la comida era una celebración, un acontecimiento que inspiraba la conversación; la gente, mientras comía, se relacionaba. En el Mao's también: durante la comida, uno no sólo hablaba, vociferaba. Y compartía la comida. Mientras que las dos viejas comadres parecían proteger sus respectivas *pizzas* la una de la otra. Devoraban la cena como perros. Danny sabía que no dejarían ni una migaja.

—Los Red Sox no inspiran confianza, así de sencillo —decía Greg, pero el cocinero estaba concentrado en el plato de calamares sorpresa para su hijo; no había seguido la marcha del partido por la radio.

—A Daniel le gusta un poco cargado de perejil —explicaba a Loretta, justo cuando Celeste volvía a la cocina.

—Tony, las dos comadres quieren saber si la masa de tu *pizza* lleva un ingrediente secreto —dijo Celeste al cocinero.

—Claro que sí: miel —contestó Tony Ángel.

—Jamás lo habría adivinado —dijo Celeste—. Hay que ver, eso sí es todo un secreto.

En el comedor, de pronto el escritor Danny Ángel cayó en la cuenta de dónde había visto a la gente engullir como animales, exactamente igual que esas dos viejas al comer sus *pizzas*. Los madereros y los trabajadores de la serrería comían así, no sólo en el pabellón-cocina de Twisted River, sino también en aquellos wanigans improvisados, donde en otro tiempo él y su padre daban de comer a los gancheros durante el acarreo de maderadas por el río. Aquellos hombres comían sin hablar; a veces ni siquiera Ketchum pronunciaba una sola palabra. Pero esas dos comadres de cuidado no podían ser gancheras, pensaba Danny cuando Loretta interrumpió sus pensamientos.

—¡Sorpresa! —dijo la camarera al poner el plato de calamares delante de él.

—Tenía la esperanza de que fueran calamares —comentó Danny.

—¡Ja! —exclamó Loretta—. Se lo diré a tu padre.

May había acabado antes su *pizza* pepperoni, y cualquiera que viese con qué cara miraba el último trozo en el plato de Dot habría tenido motivo suficiente para advertir a Dot que no confiara nunca plenamente en su vieja amiga.

—Sospecho que a mí me ha gustado la mía un poco más que a ti la tuya —dijo May.

—A mí la mía me parece estupenda —contestó Dot con la boca llena mientras se apresuraba a coger entre el pulgar y el índice la base de ese preciado último trozo.

May desvió la mirada.

—Por fin ese escritor está comiendo algo, y tiene una pinta de lo más apetitosa —observó. Dot se limitó a gruñir mientras se terminaba la *pizza*—. ¿Dirías que es casi tan buena como la del Coci?

—No —contestó Dot, limpiándose la boca—. No hay *pizza* igual que la del Coci.

—He dicho «casi», Dot.

—Quizá le ande cerca —contestó Dot.

—Espero que las señoras hayan dejado un hueco para el postre —dijo Celeste—. Por lo que se ve, las *pizzas* han sido todo un éxito.

—¿Cuál es el ingrediente secreto? —preguntó May a la camarera.

—Nunca lo adivinarían —respondió Celeste.

—Seguro que es miel —dijo Dot; May y ella se carcajearon, pero dejaron de



carcajearse al ver la mirada de estupefacción de la camarera. (No ocurría a menudo que Celeste se quedara sin habla).

—Alto ahí —dijo May—. Es miel, ¿no?

—Eso ha dicho el cocinero: añade miel a la masa —admitió Celeste.

—Ya, y ahora va a decirnos que el cocinero es cojo —agregó Dot.

En ese punto las dos viejas comadres sí empezaron a desternillarse de lo lindo; Dot y May no podían parar de carcajearse por la ocurrencia, y aun así captaron el mensaje implícito en la expresión de asombro de Celeste. (La camarera habría podido decir a las claras: pues sí, el cocinero es cojo, ¡y no veas lo cojo que es!). Pero Danny había oído fragmentos de la conversación antes de que las mujeres empezaran a carcajearse de forma descontrolada. Había oído decir a Celeste que su padre añadía miel a la masa de la *pizza*, y entonces una de las viejas comadres había bromeado acerca de la cojera de su padre. Danny era un tanto susceptible respecto a la cojera de su padre; había oído comentarios jocosos sobre el tema más que suficientes para toda una vida, la mayoría entre los tarados de West Dummer, en aquel colegio de mala muerte de la Compañía Manufacturera Paris. ¿Y por qué repentinamente Celeste se había quedado de una pieza?, se preguntaba el escritor.

—¿No estaban interesadas las señoras en la tarta y el cobbler? —preguntó la camarera.

—Alto ahí —repitió May—. ¿Está diciendo que el cocinero es cojo?

—Cojea un poco, sí —dijo Celeste, y si bien titubeó, ya lo había dicho.

—¿Nos toma el pelo? —preguntó Dot a la camarera.

Celeste pareció ofenderse, pero a la vez se la veía asustada; sabía que algo no andaba bien, pero no sabía qué era ni por qué. Tampoco lo sabía Danny, aunque cualquiera que lo viese habría dicho que el escritor también estaba asustado.

—Oigan, ¿y qué si el cocinero es cojo y echa miel a la masa de la *pizza*? No tiene mayor importancia —replicó Celeste.

—A lo mejor para nosotras sí la tiene —dijo May a la camarera.

—¿Es un hombre bajito? —preguntó Dot.

—Sí... ¿y cómo se llama? —preguntó May.

—Yo diría que nuestro cocinero es... de complexión menuda —contestó Celeste con cautela—. Se llama Tony.

—Ah —dijo Dot decepcionada.

—Tony —repitió May cabeceando.

—Puede traernos una tarta de manzana y un cobbler de arándanos —pidió Dot a la camarera.

—Los compartiremos —añadió May.

La cosa podría haber quedado ahí... si Danny no hubiese intervenido; fue su voz lo que indujo a Dot y a May a observarlo con mayor detenimiento. En un primer momento debieron de pasar por alto el parecido físico del escritor con su padre de joven, pero fue la corrección con la que Danny habló lo que a Dot y a May les

recordó al cocinero. En un pueblo como Twisted River, la prosodia del cocinero —y su dicción perfecta— destacaban.

—¿Son de por aquí las señoras, si no es indiscreción? —preguntó Danny a las dos comadres viejas y malas.

—Virgen santa, May —dijo Dot a su amiga—, ¿no te lleva esa voz a otros tiempos?

—A otros tiempos muy lejanos —convino May, mirando atentamente a Danny—. ¿Y no se parece al Coci?

La palabra «Coci» bastó para indicar a Danny de dónde eran aquellas dos ancianas, y por qué habían estado importunando a Celeste acerca de la miel en la masa de la *pizza* y el cocinero bajito, que además cojeaba.

—Tú te llamabas Danny —dijo Dot—. ¿También te has cambiado el nombre?

—No —contestó Danny con manifiesta precipitación.

—Tengo que ver a ese cocinero —declaró May.

—¿Por qué no le dices a tu padre que venga a saludarnos, quieres? —pidió Dot a Danny—. Hace mucho que no nos vemos. Tenemos que ponernos al día sobre muchas cosas.

Celeste volvió con los postres de las señoras, que, como Danny sabía, sólo serían una distracción pasajera.

—Celeste —dijo Danny—. ¿Tendrías la amabilidad de decirle a pa que aquí hay dos viejas amigas que desean verlo? Dile que son de Twisted River.

—Nuestro cocinero se llama Tony —insistió Celeste con cierta desesperación, dirigiéndose a las comadres viejas y malas. Sabía lo suficiente sobre Twisted River para no querer saber más. (El cocinero le había anunciado que todo se acabaría el día en que Twisted River diera con él).

—El cocinero se llama «Coci» —corrigió Dot.

—Usted dígame que nos hemos atragantado —indicó May a Celeste—, y entonces vendrá corriendo.

—Cojeando, querrás decir —rectificó Dot, pero esta vez contuvieron las carcajadas.

Puestos a adivinar, el escritor habría dicho que su padre tenía una deuda pendiente con esas mujeres.

—Hablas con el mismo tono de superioridad que tu padre —dijo May a Danny.

—¿Ronda por aquí la Piel Roja? —le preguntó Dot.

—No, Jane se... se fue hace tiempo —contestó Danny.

En la cocina, Celeste aún no había empezado a llorar cuando pasó por delante de su hija.

—No me habría venido mal un poco de ayuda con el grupo de ocho —le reprochaba Loretta—, y luego han llegado las tres parejas, pero tú tenías que quedarte de palique con esas dos viejecitas.

—Esas dos viejecitas son de Twisted River —anunció Celeste al cocinero—. Me

han pedido que te diga que se han atragantado..., Coci.-Celeste nunca había visto tal expresión en el semblante de Tony Ángel, ni ella ni ninguno de los presentes, aunque, claro, tampoco lo había llamado nunca «Coci».

—¿Algún problema, jefe? —preguntó el segundo jefe de cocina.

—Ha sido por la miel en la *pizza*, ¿no? —decía Celeste—. La miel te ha delatado, supongo.

—Dot y May. Se ha acabado, cariño —dijo Tony Ángel a Celeste; ella empezó a llorar.

—¿Mamá? —dijo Loretta.

—No me conocéis —advirtió el cocinero a todos los presentes—. Nunca sabréis adonde he ido cuando me marche de aquí. —Se quitó el delantal y lo dejó caer al suelo—. Tú te quedarás al frente, Greg —indicó al segundo jefe de cocina.

—No saben tu apellido, no a menos que se lo diga Danny —consiguió decir Celeste; Loretta la sostenía entre los brazos mientras sollozaba.

El cocinero salió al comedor. Danny se hallaba de pie entre él y las dos comadres de cuidado.

—No conocen el apellido Ángel, pa —le susurró su hijo.

—Bueno, algo es algo —comentó su padre.

—Yo no diría que eso es cojear «un poco», ¿eh, May? —preguntó Dot a su vieja amiga.

—Hola, señoras —saludó el cocinero, pero no se acercó más.

—Yo lo veo más cojo que antes, si quieres saber mi opinión —contestó May a Dot.

—¿Estáis de paso? —preguntó el cocinero.

—¿Cómo es que te has cambiado el nombre, Coci? —preguntó Dot.

—Tony era más fácil de pronunciar que Dominic —contestó él—, y también suena italiano.

—Tienes mala cara, Coci. ¡Estás blanco como la harina! —observó May.

—No me da mucho el sol en la cocina —respondió el cocinero.

—Se diría que has estado escondido bajo una roca —dijo Dot.

—¿Cómo es que Danny y tú os asustáis tanto de vernos? —preguntó May.

—Siempre fueron superiores a nosotras —recordó Dot a su amiga—. Incluso de niño eras un mocoso muy superior —dijo a Danny.

—¿Dónde vivís ahora? —preguntó el cocinero. Concibió la esperanza de que vivieran cerca, en algún lugar de Vermont, o en el estado de Nueva York, pero supo por su acento, y sólo con mirarlas, que seguían viviendo en Coos County.

—Milán —respondió May—. Vemos a tu amigo Ketchum de vez en cuando.

—Tampoco es que Ketchum se digne saludarnos ni nada —añadió Dot—. Eráis todos muy superiores, ¡vosotros tres y la Piel Roja!

—En fin... —empezó a decir el cocinero; su voz se apagó gradualmente—. Tengo mucho que hacer en la cocina.

—Un buen día querías añadir miel a la masa; luego decidiste que no. Después volviste a cambiar de idea, supongo —dijo May.

—Exacto —corroboró el cocinero.

—Voy a echar un vistazo a la cocina —saltó de pronto Dot—. No me trago una puta palabra de lo que dicen estos dos. Voy a ver con mis propios ojos si Jane sigue con él. —Ni Danny ni su padre hicieron nada por impedirselo. May esperó con ellos mientras Dot entraba en la cocina.

—Hay dos camareras, las dos llorando, y un cocinero joven y lo que parece un mozo de comedor, y un chaval lavando platos; ni rastro de la Piel Roja —anunció Dot al regresar.

—¡Coci, tienes toda la pinta de andar metiendo el pájaro donde no debes! —dijo May—. Y tú también —añadió, dirigiéndose a Danny—. ¿Tienes mujer e hijos, o algo así?

—No tengo mujer ni hijos —contestó Danny, otra vez con precipitación.

—¡Y una mierda! —dijo Dot—. ¡No me trago una puta palabra!

—¿Y supongo que tú tampoco estás tirándote a nadie? —preguntó May al cocinero. Él no contestó; mantuvo la mirada fija en su hijo, Daniel. Los dos tenían el pensamiento muy por delante de lo que estaban viviendo en ese momento en el Avellino. ¿Cuánto tardarían en poder marcharse? ¿A dónde irían esta vez? ¿Cuánto pasaría hasta que esas comadres viejas y malas se cruzaran con Cari?, ¿y qué le dirían al vaquero cuando se tropezaran con él? (Cari vivía en Berlín; Ketchum vivía en Errol. Milán estaba a medio camino).

—Si quieres saber mi opinión, el Coci está tirándose a nuestra camarera, la mayor —dijo Dot a May—. Es la que más llora.

El cocinero se dio media vuelta y regresó a la cocina.

—Diles que la cena corre de mi cuenta, Daniel: *pizza gratis*, *postre gratis* —dijo al marcharse.

—No hace falta; ya lo hemos oído —dijo May a Danny.

—Podrías haber sido un poco más amable con nosotras... Alegrarte de vernos, o algo así —gritó Dot en dirección al cocinero, pero éste ya se había ido—. ¡No tienes por qué invitarnos a cenar, Coci! —bramó Dot hacia la cocina, pero no fue tras él.

May estaba dejando dinero en la mesa de Danny, demasiado dinero para su cena, pero Danny no hizo ademán de impedirselo.

—¡Y ni siquiera nos hemos comido la tarta y el cobbler! —dijo al escritor. May señaló el cuaderno en la mesa—. ¿Y tú qué eres? ¿El puñetero contable o algo así? Llevas las cuentas, ¿eh?

—Exacto —respondió él.

—Pues ya os podéis ir a la mierda, tu padre y tú —dijo Dot.

—El Coci siempre se daba muchas ínfulas y tú de niño también te las dabas —reprochó May.

—Lo siento —dijo Danny. Su único deseo era que se marchasen para poder

concentrarse en todo lo que su padre y él tenían que hacer, y en el tiempo, el poco tiempo, del que disponían para hacerlo, empezando por avisar a Ketchum.

Entretanto había un grupo de ocho sin servir y otra mesa con tres parejas atónitas. Todos habían seguido atentamente el enfrentamiento, pero eso ya se había acabado. Dot y May se marchaban. Las dos mujeres hicieron un corte de mangas a Danny al salir por la puerta. Por un desconcertante momento fue como si las dos esposas de trabajadores de la serrería no fuesen reales, o como si nunca hubiesen llegado al Avellino; dio la impresión de que las ancianas, una vez en Main Street, no sabían en qué dirección ir. Por fin debieron de recordar que habían aparcado cuesta abajo, más allá del cine Latchis.

Cuando las comadres viejas y malas se fueron, Danny se dirigió a los inquietos y desatendidos clientes del restaurante.

—Enseguida vendrá alguien a ocuparse de ustedes —les aseguró, sin saber ni remotamente si eso era cierto; le constaba que no sería cierto si Loretta y Celeste seguían llorando.

En la cocina, las cosas iban peor de lo que Danny preveía. Lloraban incluso el chico que fregaba los platos y el mozo de comedor. Celeste se había desplomado en el suelo y Loretta estaba de rodillas junto a ella.

—¡No me grites! —decía el cocinero a voz en cuello por el teléfono—. No debería haberte llamado, así ahora no tendría que escucharte. —(Su padre debía de haber telefoneado a Ketchum, comprendió Danny).

—Dime qué debo decir, Greg, y lo diré —preguntó Danny al segundo jefe de cocina—. Tenéis una mesa de ocho y otra de seis. ¿Qué les digo?

Greg lloraba ante la reducción de vino tinto y romero.

—Tu padre ha dicho que el Avellino se ha acabado —contestó Greg—. Dice que ésta es su última noche. Va a poner el restaurante en venta, pero podemos llevarlo nosotros hasta que salga un comprador... si, como sea, nos las apañamos solos.

—Pero ¿cómo coño vamos a apañarnoslas, Greg? —exclamó Celeste.

—Yo no he dicho que sea posible —farfulló Greg.

—Para empezar, quitad a los Red Sox —recomendó Danny, y cambió de emisora—. Si vais a dejaros llevar por la histeria, poned un poco de música aquí dentro; os oye todo el mundo en el restaurante.

—¡Sí, Ketchum, ya sé que siempre has sido de la opinión de que el puto Vermont estaba demasiado cerca de New Hampshire! —vociferaba el cocinero por el teléfono—. ¿Por qué no me dices algo útil?

—Dime qué les digo a los clientes, Greg —insistió Danny al balbuceante segundo jefe de cocina.

—Diles que es mejor que no pidan nada complicado —indicó Greg.

—¡Diles que se vayan a casa, por Dios! —exclamó Loretta.

—¡No, maldita sea! ¡Diles que se queden! —corrigió el segundo jefe de cocina airadamente—. Nos las apañaremos.

—No seas gilipollas, Greg —advirtió Celeste, aún sollozando.

Danny volvió al comedor, donde el grupo de ocho discutía: sobre si se iban o se quedaban, sin duda. Las tres parejas de la mesa de seis parecían más resignadas a su destino, o al menos más dispuestas a esperar.

—Oigan —dijo Danny, dirigiéndose a todos—, se ha producido una crisis en la cocina, y no hablo en broma. Les recomiendo que se marchen ya o que pidan algo sencillo. Las *pizzas*, quizás, o un plato de pasta. Por cierto, el satay de ternera es excelente, y también los calamares.

Se acercó al botellero y cogió un par de buenos tintos; por más que Danny Ángel hubiese dejado de beber hacía dieciséis años, cuando todavía era Daniel Baciagalupo, el escritor conocía los nombres de las mejores botellas.

—El vino corre de mi cuenta —anunció, y les llevó también las copas. Tenía que volver a la cocina a por el sacacorchos de Loretta o Celeste, y uno de los miembros del grupo de ocho pidió tímidamente una cerveza—. Cómo no —contestó Danny—. Ningún problema con la cerveza. Le aconsejo que pruebe una Moretti.

Al menos Celeste ya estaba en pie, aunque Loretta parecía hallarse en mejores condiciones.

—Una Moretti para el grupo de ocho. He servido vino para todos los demás, corre de mi cuenta —informó Danny a Loretta—. ¿Puedes descorchar las botellas?

—Sí, estoy bien, creo —respondió Loretta.

—Puedo trabajar —aseguró Celeste en tono poco convincente.

—Más vale que apartes a tu padre del teléfono antes de que le dé un infarto —advirtió Greg a Danny.

—¡No pienso volver a cambiarme de nombre! —vociferaba el cocinero por el teléfono—. ¡No pienso marcharme de mi país. Ketchum! ¿Por qué tengo que marcharme del país?

—Déjame hablar con él, pa —pidió Danny; dio un beso a su padre en la frente a la vez que le quitaba el auricular de la mano—. Soy yo, Ketchum —se presentó el escritor.

—¡Dot y May! —bramó Ketchum—. ¡Por Dios, Danny, esas dos son capaces de darle palique a una cagarruta de mapache! En cuanto esas arpías se encuentren con Cari, el vaquero sabrá dónde buscaros.

—¿Cuánto tiempo tenemos, Ketchum? —preguntó Danny—. A ojo de buen cubero.

—Deberíais haberos marchado ayer —contestó Ketchum—. Tenéis que salir del país lo antes posible.

—¿Del país? —repitió Danny.

—¡Eres un escritor famoso! ¿Por qué tienes que vivir en este país de capullos? —preguntó Ketchum—. Puedes escribir en cualquier sitio, ¿o no? ¿Y cuánto falta para que se retire el Coci? Además, puede cocinar en cualquier sitio, ¿o no? ¡Pero no permitas que sea un restaurante italiano! Es lo que buscará el vaquero. Y el Coci

necesita otro nombre.

—Dot y May no han oído el apellido «Ángel» —informó Danny al viejo maderero.

—Cari podría llegar a enterarse cuando vaya a buscaros, Danny. Por mucho tiempo que pase después de marcharos, alguien podría revelarles el apellido «Ángel» al vaquero.

—¿Y se supone que yo también tengo que cambiarme el nombre? ¡Por Dios, Ketchum, soy escritor!

—Consérvalo, pues —concedió Ketchum con tono lúgubre—. El vaquero no lee nada, eso te lo aseguro. Pero el Coci no puede conservar el nombre de Tony Ángel. ¡Para eso lo mismo daría que se llamase otra vez Dominic Baciagalupo! No le consientas cocinar en ningún restaurante con nombre italiano, ni siquiera fuera del país.

—Tengo un hijo, Ketchum. Es americano, ¿te has olvidado? —dijo Danny al viejo leñador.

—Joe estudiará en Colorado —le recordó Ketchum. Para Danny eso era un asunto espinoso: que Joe fuera a la Universidad de Colorado, en Boulder, fue en cierto modo una decepción para su padre. A juicio de Danny, su hijo habría sido admitido en centros mejores. Danny opinaba que Joe iba a Colorado por el esquí, no por la calidad de la enseñanza; el escritor también había leído que Boulder era una ciudad muy fiestera.

—Cari ni siquiera sabe que tienes un hijo —le recordó también Ketchum—. Si os vais del país, yo cuidaré de Joe.

—¿En Colorado? —preguntó Danny.

—Todo a su debido tiempo, Danny —dijo Ketchum—. Marchaos de Vermont por piernas. ¡Los dos, tú y tu padre! Entretanto, yo puedo cuidar del chico; al menos hasta que se vaya a Colorado.

—Pa y yo podríamos ir también a Colorado —planteó Danny—. No es muy distinto de Vermont, imagino: hay montañas, sólo que más grandes. Boulder es una ciudad universitaria, y a todos nos gustaba Iowa City. Los escritores encajan bien en una ciudad universitaria. Un cocinero también podría encajar en Boulder, ¿o no? No tendría por qué ser un italiano...

Ketchum lo interrumpió.

—¡Debes de tener menos luces que una cagarruta de mapache, Danny! Huisteis la primera vez y ahora tenéis que seguir huyendo. ¿Te crees que a Cari le importa mucho que seáis una familia? ¡El vaquero no tiene familia; es un puto asesino, Danny, y tiene una misión!

—Ya te comunicaré nuestros planes, Ketchum —dijo el escritor al viejo amigo de su padre.

—Cari no sabe una mierda de países extranjeros —declaró Ketchum—. Diantres, Boston no era lo bastante extranjero para él. ¿Te crees que Colorado está lo bastante

lejos para que el vaquero os encuentre? Colorado se parece mucho a New Hampshire, Danny. Allí hay armas, ¿no? En Colorado podrías llevar un arma y nadie te miraría dos veces, ¿es verdad o no?

—Supongo —respondió Danny—. Sé que nos quieres, Ketchum.

—¡Prometí a tu madre que cuidaría de vosotros! —exclamó Ketchum, y se le quebró la voz.

—En fin, eso haces, creo yo —dijo Danny, pero Ketchum había colgado. El escritor recordaría la canción que se oía por la radio; era *After the Gold Rush* de Neil Young, una canción de los años setenta. (Al cambiar de emisora para quitar el partido de los Red Sox, Danny, sin querer, había sintonizado la música de Greg en *Melodías de ayer*).

*I was thinking about what a  
Friend liad said.*

*I was hoping it was a lie.*

*[Estaba pensando en lo que  
había dicho un amigo.*

*Esperaba que fuese mentira.]*

Danny vio que su padre revolvió las salsas una vez más; a continuación, el cocinero empezó a extender la masa para lo que parecían tres o cuatro *pizzas* más. Greg asaba algo, pero el segundo jefe de cocina interrumpió lo que estaba haciendo para sacar un plato del horno. No había en la cocina ninguna camarera, pero el mozo de comedor llenaba un par de paneras.

El lavaplatos esperaba más vajilla sucia; era un muchacho de aspecto formal, y leía un libro de bolsillo. Probablemente para una tarea del colegio, pensó Danny; hoy día, los chicos rara vez leían por iniciativa propia. Danny preguntó al muchacho qué estaba leyendo. El joven lavaplatos esbozó una tímida sonrisa y enseñó al autor un ejemplar muy manoseado de una novela de Danny Ángel, en una edición para el gran mercado. Pero ésa fue una noche tan difícil, ésa en la que Dot y May hicieron su perturbadora aparición en el Avellino, que el escritor no recordaría qué libro leía el chico.

Y la mala noche no había acabado ni mucho menos; para Danny, no había hecho más que empezar.

«Ya encontrarás a alguien», había dicho Kurt Vonnegut a Danny cuando el joven escritor se iba de Iowa City por primera vez; Katie lo había abandonado recientemente. Pero aquello no había ocurrido, todavía no. Danny suponía que aún le quedaba tiempo para encontrar a alguien; tenía cuarenta y un años, y no se habría atrevido a afirmar que lo había intentado de corazón. ¿Creía acaso que la Señora del Cielo iba a caer otra vez en su vida, sólo porque él fuese incapaz de olvidarla?

En cuanto a lo otro que le dijo Vonnegut al escritor por entonces inédito —



aquello de que «quizás el capitalismo sea benévolo contigo»—... En fin, Danny se preguntaba (mientras volvía en coche a Putney desde Brattleboro) cómo lo había adivinado Kurt.

La noche en que Dot y May visitaron el Avellino, cuando Danny y su padre no tardarían en ponerse otra vez en marcha, el complejo donde vivía el famoso escritor en Putney resplandecía de luz. Para cualquiera que circulase por Hickory Ridge Road, las luces encendidas —en todas las habitaciones, en cada uno de los edificios— parecían pregonar lo benévolo que había sido el capitalismo con el autor superventas Danny Ángel.

¿Se celebraba en el complejo una fiesta multitudinaria? ¿Estaban ocupadas todas las habitaciones de la vieja casa de labranza (ahora de invitados) tal como lo estaba, obviamente, la nueva casa que Danny había hecho construir para Joe y él? También se veían encendidas las luces de la «choza de escribir» del famoso escritor, como si los asistentes a la fiesta hubiesen llevado su celebración incluso hasta allí.

Pero Danny sólo había dejado encendida la luz de la cocina, en el edificio nuevo; había dejado a oscuras las demás habitaciones (y los otros edificios). La música sonaba a todo volumen y en conflicto: procedía tanto del nuevo edificio como de la casa de invitados, y todas las ventanas debían de estar abiertas. Era raro que nadie hubiese avisado a la policía para quejarse del ruido; aunque el complejo del escritor no tenía vecinos cercanos, cualquiera que pasara por delante oíría las distintas músicas en pugna. Danny las oyó y vio todas las luces encendidas incluso antes de entrar por el camino de acceso, donde paró el coche y apagó el motor y los faros. No había en las inmediaciones ningún otro coche excepto el de Joe. (Estaba aparcado en el garaje abierto, donde Joe lo había dejado cuando visitó por última vez la casa, durante unos días de asueto en el colegio). Desde el extremo opuesto del camino de acceso, Danny observó que estaban encendidas incluso las luces del garaje. Si alguna vez Amy renunciaba a llegar en paracaídas, pensó el escritor, quizá fuese así como se anunciaría.

¿O era una broma pesada? Las bromas pesadas no eran propias de Armando DeSimone. Aparte de Armando, Danny no tenía amigos íntimos en la zona de Putney, y desde luego ninguno que se hubiera sentido tan a sus anchas entrando en la finca del escritor sin ser invitado. ¿Habían avisado ya Dot y May a Cari? Pero las dos comadres viejas y malas no sabían dónde vivía Danny, y si de algún modo el vaquero había conseguido localizar a Danny Ángel, ¿no habría preferido la oscuridad? Era obvio que el antiguo alguacil y ahora ayudante de sheriff no habría encendido todas las luces y puesto la música. ¿Por qué iba a querer anunciarse así Cari?

Además, no había motivo para una fiesta sorpresa, o al menos al escritor no se le ocurría ninguno. O quizá sí fuera idea de Armando, reconsideró Danny, pero la elección de la música no podía ser de Armando o de Mary. A los DeSimone les gustaba bailar; lo suyo eran los Beatles. Aquello sonaba a música de los ochenta, las cosas que Joe ponía cuando estaba en casa. (Danny no reconocía la música, pero eran

dos sonidos distintos, los dos atroces, en guerra entre sí). El golpeteo de la linterna en la ventanilla del conductor sobresaltó a Danny. Vio que era su amigo Jimmy, el agente de la policía del estado. Jimmy debía de haber apagado las luces de su coche patrulla al entrar en el camino de acceso y aparcar detrás de Danny; también había apagado el motor del coche de policía, aunque Danny, con la música, en ningún caso habría oído la llegada del agente.

—¿Qué pasa con la música, Danny? —preguntó Jimmy—. Está un poco alta, ¿no? Creo que deberías bajarla.

—Yo no la he puesto, Jimmy —contestó el escritor—. No he encendido las luces ni los aparatos de música.

—¿Quién hay en tu casa? —preguntó el agente.

—No lo sé —respondió Danny—. No he invitado a nadie.

—Quizás han venido y se han ido ya. ¿Echo un vistazo? —preguntó Jimmy.

—Te acompaño —dijo Danny al agente.

—¿Has recibido últimamente cartas de algún admirador desquiciado? —preguntó Jimmy al escritor—. ¿O algún tipo de amenaza por correo, tal vez?

—No desde hace tiempo —respondió Danny. Había llegado la habitual correspondencia de los fanáticos religiosos y de los capullos que se quejaban continuamente del vocabulario «indecoroso» del escritor o del sexo «demasiado explícito».

«Hoy día todo el mundo es un puto censor», había dicho Ketchum.

En cuanto publicara *Al este de Bangor* —su supuesta novela sobre el aborto—, tal vez las amenazas por correo aumentasen por un tiempo, Danny lo sabía. Pero últimamente no había recibido nada intimidatorio.

—No hay nadie que te la tenga jurada, o nadie que tú sepas, ¿verdad? —preguntó Jimmy.

—Cierta persona cree que tiene un ajuste de cuentas pendiente con mi padre, una persona peligrosa —dijo Danny—, pero esto no puede estar relacionado con eso.

Danny siguió al agente primero a la cocina de la casa nueva. Se advertían irregularidades nimias: la puerta del horno abierta; una botella de aceite de oliva volcada pero con el tapón bien enroscado, por lo que el aceite no se había derramado. Danny entró en el salón, donde pudo apagar la más ensordecedora de las estridentes músicas, y reparó en que la lamparilla de la mesa de centro estaba sobre el sofá, pero no se apreciaban daños. Aquellas alteraciones menores pero intencionadas se habían llevado a cabo a modo de travesura, no por vandalismo; la televisión estaba encendida, pero sin sonido.

Pese a que Danny había cruzado el comedor de camino al salón, de donde salía la mitad de la música, sólo se dio cuenta de que una de las sillas del comedor estaba del revés. Pero Jimmy se había quedado allí, junto a la mesa. Cuando Danny apagó la música, Jimmy preguntó:

—¿Sabes de quién es este perro, Danny? Si no me equivoco, es uno de los dos

perros que conozco de la carretera secundaria de Westminster West. El dueño de los perros es Roland Drake. Puede que lo conozcas: estudió en Windham.

El perro muerto se había quedado rígido desde la última vez que Danny lo vio: era el husky-pastor alemán, el que Gallo había matado. Completamente extendido sobre la mesa del comedor, conservaba un gruñido fijo en las fauces. Una de las patas del perro, contraída por el rigor mortis, pisaba la nota que Danny había escrito al *hippy* carpintero. Donde Danny había mecanografiado «Y en paz, ¿te parece?», el *hippy* había contestado algo a mano.

—No me lo digas, déjame adivinarlo —dijo el escritor al agente de la policía del estado—. Seguro que ese capullo ha escrito «¡Vete a la mierda!», o algo por el estilo.

—Eso ha escrito, Danny —confirmó Jimmy—. Deduzco que lo conoces.

«¡El muy capullo de Roland Drake!», pensaba Danny. Armando DeSimone tenía razón. Roland Drake había estudiado técnica narrativa en el Windham College, aunque por muy poco tiempo. Drake abandonó el curso después de la primera reunión con su profesor, cuando Danny dijo a aquel gilipollas arrogante que rara vez se conseguía un buen texto sin corrección. Roland Drake escribía desatinos en versión borrador: tenía una imaginación medio aceptable pero era muy descuidado. No prestaba atención a los detalles concretos, ni al lenguaje.

—Yo me dedico a escribir, no a reescribir —había dicho Drake a Danny—. Sólo me gusta la parte creativa.

—Pero reescribir es escribir —explicó Danny al joven—. A veces reescribir es la parte más creativa.

Roland Drake, esbozando una sonrisa sarcástica, se había marchado del despacho de Danny. Ésa fue su única conversación. Por entonces el chico no tenía el pelo tan largo; quizá Drake no se sentía tan atraído por las tendencias *hippies* cuando era más joven. Y Danny era mal fisonomista. Ése era un verdadero problema para alguien famoso: uno se encontraba continuamente con personas que creía ver por primera vez, y en cambio ellas sí recordaban que ya lo conocían. Con toda seguridad Drake se sintió doblemente insultado al ver que Danny no se acordaba de él, amén de que le hubiera dicho que cuidase de su perro (o perros).

—Sí, conozco a Roland Drake —contestó Danny a Jimmy. Se lo contó todo al agente de la policía del estado, incluso cómo había matado Gallo al perro que ahora yacía rígido en la mesa del comedor. Por la nota mecanografiada de Danny, Jimmy vio con sus propios ojos que el escritor había intentado hacer las paces con aquel capullo de *hippy*. El escritor carpintero, como lo había llamado Armando, no sabía cuándo convenía dejar las cosas en paz, como tampoco sabía que reescribir era escribir, y que ésa podía ser la parte más creativa del proceso.

Danny y Jimmy recorrieron el resto de la casa principal apagando las luces y poniendo las cosas en orden. En el cuarto de baño de Joe encontraron la bañera llena. El agua estaba fría, pero por lo demás todo seguía en orden; no había charcos en el suelo. En el dormitorio de Joe, una de las fotos del equipo de lucha del chico había

sido descolgada de la pared y se hallaba apoyada contra el cabezal de la cama (junto a una almohada). En el cuarto de baño de Danny, una de sus americanas (en una percha) colgaba de la barra de la cortina de la ducha; su maquinilla de afeitarse eléctrica y un par de zapatos de vestir estaban en la bañera, por lo demás vacía. Todas las toallas del baño habían sido apiladas al pie de la cama del dormitorio principal.

—Drake no es más que un gamberro de tres al cuarto, Danny —dijo el agente—. Es uno de esos gilipollas que viven de las rentas de su familia; nunca se atreven a causar verdaderos daños, porque saben que tendrían que pagarlo los padres.

Pequeñas impertinencias del mismo estilo se observaban en todas partes, en toda la casa. Cuando fueron a apagar las luces del garaje, Danny descubrió un tubo de dentífrico en el asiento del conductor del coche de Joe; bajo la visera del lado del conductor asomaba un cepillo de dientes.

Encontraron más travesuras pueriles en la casa de invitados —la casa de labranza original—, donde la música sonaba tan alto como permitía el volumen del aparato y el televisor estaba en marcha, sin sonido. Se veían lámparas tumbadas, y sus pantallas, dispuestas en pirámide, decoraban la mesa de la cocina; habían descolgado y vuelto a colgar varios cuadros (del revés), y las camas estaban deshechas, como si alguien hubiese dormido en ellas.

—Es irritante, pero no pasa de ser una chiquillada —dijo Danny al agente.

—Coincido contigo —declaró Jimmy.

—En todo caso voy a vender la finca —le contó Danny.

—No por esto, espero —dijo el agente de la policía del estado.

—No, pero esto simplifica las cosas —contestó el escritor. Como Danny sabía que se marchaba, y que tendría que vender la finca de Putney, tal vez no sintiera que la profanación de los efectos personales por parte de Roland Drake fuera una violación de su intimidad en tan gran medida como en realidad lo era; es decir, hasta que Danny y Jimmy llegaron a la «choza de escribir» del autor. Sí, estaban todas las luces encendidas, y algunos papeles fuera de sitio, pero allí Drake se había pasado de la raya: había ocasionado un daño real.

Danny había estado corrigiendo las galeradas de *Al este de Bangor*. Como testimonio de la constante necesidad del novelista de reescribir —de modificar, de revisar incesantemente—, Daniel había escrito más notas y dudas en los márgenes de las galeradas que de costumbre. Esta demostración —de que Danny Ángel era escritor y reescritor— debió de ser superior a las fuerzas de un escritor fracasado (un escritor carpintero) como Roland Drake. La prueba de la reescritura en las galeradas de la siguiente novela a punto de publicarse hizo que Drake traspasara el límite de lo soportable.

Con un rotulador de tinta permanente, de color negro muy oscuro, Roland Drake había garabateado en la portadilla de las pruebas de imprenta de *Al este de Bangor*; y dentro de las galeradas, en cada página, Drake había escrito sus comentarios con rotulador rojo de punta fina. Los comentarios del escritor carpintero no eran

precisamente perspicaces ni elaborados, pero Drake sí se había tomado la molestia de ensuciar cada página; las galeradas de *Al este de Bangor* tenían más de cuatrocientas páginas. Danny había corregido tres cuartas partes de la novela y —pese a lo reescritor que era—, sólo había introducido notas y dudas en unas quince o veinte páginas. Roland Drake había tachado las notas y dudas de Danny; había dejado ilegibles las correcciones del autor. Drake había estropeado intencionadamente las galeradas, pero aquello no tenía por qué representarle a Danny más de dos semanas de trabajo extra, ni siquiera eso, en circunstancias normales, a pesar de que la destrucción de las pruebas de imprenta del escritor por parte de Drake parecía algo más que una agresión simplemente simbólica.

Pero en un momento en que el cocinero y su hijo se enfrentaban al caos de volver a huir, el ataque de Roland Drake a la sexta novela de Daniel podía retrasar varios meses la publicación de *Al este de Bangor*, hasta medio año cabía suponer. La publicación de la novela estaba programada para otoño de 1983. (Ahora quizás ya no; posiblemente el libro no se publicaría hasta el invierno de 1984. Con todas las novedades que estaban surgiendo en la vida de Danny, el autor tardaría un tiempo en recordar las correcciones que ya había introducido en las galeradas, y en encontrar tiempo para revisar la cuarta y última parte de la novela). «¡Replántate esta cagada de título!», había anotado Drake en la portadilla de *Al este de Bangor* con el rotulador negro muy oscuro. «¡Cambia el nombre falso del autor!». Y en rojo, a lo largo de toda la novela, aunque las críticas del escritor carpintero no revelaban gran alcance ni profundidad de percepción, Drake había subrayado frases o trazado círculos en torno a palabras —en más de cuatrocientas páginas— y añadido crípticos comentarios, aunque sólo uno por página. «¡Esto da pena!» y «¡Reescribir!», eran los que más se repetían, junto con «¡Eliminar!» y «¡Mataperros!». Menos frecuentes eran «¡Pobre!» y «¡Flojo!». Más de una vez «¡Demasiado largo!», aparecía garabateado de punta a punta de la página. Sólo dos veces, pero de manera memorable, Drake había escrito: «¡Yo también me tiré a Franky!». (Tal vez Drake sí se había acostado con Franky, pensó Danny en ese momento por primera vez; eso quizás hubiera contribuido a la animadversión del otrora estudiante de técnica narrativa hacia el autor de éxito).

—Echa un vistazo, Jimmy —dijo Danny al agente entregándole la copia profanada de las galeradas.

—Caray..., esto va a darte más trabajo, supongo —comentó Jimmy pasando las hojas—. «¡El año del perro no publicaría esta mierda!» —leyó en voz alta el agente de la policía del estado con una perplejidad absoluta. Jimmy parecía dolido por lo que no entendía, afligido y desconcertado a la vez. Para ser un policía que había liquidado a tiros a no pocos perros, Jimmy tenía los ojos tristes y los párpados caídos de un labrador retriever; alto y delgado, con la cara alargada, el agente miraba a Danny con expresión interrogativa en busca de una explicación a los delirios de Roland Drake.

—El año del perro era una revista literaria —aclaró Danny—. La publicaba el Windham College, o puede que la publicase de manera independiente un grupo de

alumnos del Windham College, ya no me acuerdo.

—¿Franky es una chica? —preguntó Jimmy mientras seguía leyendo.

—Sí —contestó el escritor.

—Esa que vivió aquí un tiempo, ¿verdad? —quiso saber el agente.

—La misma, Jimmy.

—«¡Escribes a la pata coja!» —leyó entonces Jimmy en voz alta—. Caray...

—Drake debería enterrar a su perro, ¿no crees, Jimmy? —preguntó Danny al agente.

—Le llevaré el perro a Roland. Mantendremos una charla —dijo Jimmy—. Podrías pedir una orden de alejamiento...

—No la necesito, Jimmy. Me marchó, ¿recuerdas? —respondió Danny.

—Sé cómo hablar a Roland —afirmó el agente.

—Cuidado con el otro perro, Jimmy. Ataca por la espalda —lo previno Danny.

—No dispararé si no es necesario, Danny; sólo disparo cuando es necesario —aseguró el agente.

—Lo sé —dijo Danny.

—Cuesta imaginar que alguien se la tenga jurada a tu padre —aventuró a decir Jimmy—. No concibo que alguien quiera ajustar cuentas con el cocinero. ¿Quieres contármelo, Danny? —preguntó el policía.

«He aquí otra encrucijada en el camino», pensó el escritor. ¿Qué eran esas bifurcaciones, donde dar un giro brusco hacia la izquierda o hacia la derecha respecto al camino elegido previamente podía suponer una posibilidad tentadora? ¿Acaso no habían tenido Danny y su padre la oportunidad de regresar a Twisted River como si nada le hubiera ocurrido a Jane la Piel Roja? Y estaba asimismo la ocasión en que mandaron a Paul Polcari al fondo de la cocina en el Vicino di Napoli con la monotiro calibre veinte de Ketchum, en vez de mandar a alguien capaz de apretar el puto gatillo.

¿Y acaso no era ésta otra oportunidad para librarse del dilema? ¿Cuéntaselo todo a Jimmy, y listos! Lo de Jane la Piel Roja, lo de Cari y Pam la Seis Jarras; lo del ayudante del sheriff retirado con su Colt 45 de cañón largo, ¡el puto vaquero! Como no fuera pedirle a Ketchum que matase al muy cabrón, ¿qué otra escapatoria había? Y Danny sabía que si su padre o él se lo pedían a Ketchum a las claras, Ketchum mataría al vaquero. El viejo leñador no había asesinado a Pinette el Suertudo en su cama con un martillo marcador; el Suertudo debía de estar dormido en ese momento, pero el asesino no pudo ser Ketchum, porque de haberlo sido, nada le habría impedido matar a Cari.

Pero Danny se limitó a decir a su amigo el agente de la policía del estado:

—Fue por una mujer. Hace mucho tiempo mi padre se acostó con la novia del alguacil de un campamento maderero. Después, el alguacil del campamento pasó a ser ayudante del sheriff del condado, y cuando se enteró de lo que le había ocurrido a su novia, fue en busca de mi padre. Ahora el ayudante del sheriff está retirado, pero

tenemos motivos para pensar que quizá siga buscando... Está loco.

—Un expolicía loco..., mala cosa —comentó Jimmy.

—El exayudante del sheriff se hace viejo... Ése es el lado bueno. No puede seguir buscando durante mucho más tiempo —explicó Danny al agente, que parecía pensativo; también se lo veía receloso.

Ésa no era toda la historia, claro está, y tal vez el agente de la policía del estado lo adivinó por la manera anormalmente vaga con que el escritor la contó. (¿Y qué podía pasarle a Danny por matar a una mujer a la que confundió con un oso cuando tenía doce años?). Pero Danny no contó nada más, y Jimmy se dio cuenta de que su amigo se conformaba con mantener el asunto entre él y su padre. Además, tenía que resolver el problema del perro muerto; la tarea pendiente, la charla con Roland Drake, debió de parecerle más apremiante.

—¿Tienes una de esas bolsas grandes de basura, esas de color verde? —preguntó Jimmy—. Ya me ocuparé yo del perro. ¿Por qué no te vas a dormir un rato, Danny? Ya seguiremos hablando del viejo expolicía loco cuando quieras.

—Gracias, Jimmy —dijo Danny a su amigo. Así sin más, pensaba el escritor, había dejado atrás la encrucijada en el camino. Ni siquiera entraba en la categoría de decisión, pero ahora al cocinero y a su hijo no les quedaba más remedio que seguir adelante. Y, por cierto, ¿cuántos años tenía el vaquero ya? Cari era de la misma edad que Ketchum, que era de la misma edad que Pam la Seis Jarras. El ayudante del sheriff retirado tenía sesenta y seis años, no demasiados para apretar un gatillo, todavía no.

Desde el camino de acceso, Danny observó cómo se alejaban por Hickory Ridge Road las luces de posición del coche patrulla de la policía del estado. El agente no tardaría en llegar al camino de acceso a la casa de Roland Drake, con sus vehículos abandonados y el husky-pastor alemán superviviente. De pronto adquirió suma importancia para Danny saber qué ocurriría cuando Jimmy devolviese el perro muerto a aquel capullo de *hippy*. ¿De verdad acabaría ahí la historia? ¿Quedaban alguna vez las cosas en paz? ¿O acaso la violencia se perpetuaba? Es decir, cuando algo empezaba de manera violenta.

Danny tenía que saberlo. Subió a su coche y avanzó por Hickory Ridge Road hasta que vio titilar ante sí las luces de posición del agente; en ese momento Danny aminoró la marcha. Perdió de vista las luces de posición del coche patrulla, pero lo siguió de lejos. Jimmy debió de ver los faros de Danny, aunque fuese por un instante. Sin duda el policía del estado se había dado cuenta de que lo seguían; conociéndole, habría adivinado que era Danny. Pero éste sabía que no necesitaba ver qué ocurría cuando el agente se detuviera en aquella especie de desguace que Roland tenía por camino de acceso. El escritor sabía que le bastaba con acercarse lo suficiente para oír el disparo, si había un disparo.

Resultó que Danny y su padre disponían de más tiempo del que creían, pero tuvieron la sensatez de no contar con ello. En esta ocasión no desoyeron las

advertencias de Ketchum, porque ¿acaso no había tenido razón Ketchum la última vez? Vermont no estaba lo bastante lejos de New Hampshire, como les había prevenido el viejo leñador. ¿Habrían aparecido Dot y May en el Mao's, en Iowa City? Probablemente no. Por eso mismo, Danny se preguntó si alguien de Coos County llegaría a encontrar algún día al cocinero y a su lujo en Boulder, Colorado, donde pronto empezaría a estudiar Joe. También eso era poco probable, pero el escritor estaba convencido de que no debían correr el riesgo, aunque abandonar el país no resultaría fácil, no al menos como proponía Ketchum, ya que el maderero se refería a algo permanente. (Ketchum también tenía cierta idea de dónde). Ketchum telefoneó al cocinero y a su hijo durante la resaca o la precaria sobriedad del leñador a la mañana siguiente de la calamitosa visita de Dot y May al Avellino. Naturalmente, Ketchum los llamó por separado, pero resultó irritante que el maderero les hablase a cada uno como si los dos, Danny y su padre, estuvieran presentes.

«Durante trece años el vaquero creyó que estabais en Toronto, porque Cari pensaba que Ángel era de allí, ¿me equivoco? ¡Podéis estar bien seguros de que es así!», bramó Ketchum.

«Dios bendito», pensaba el cocinero en su adorada cocina del Avellino, donde se había preparado un espresso muy cargado y se preguntaba por qué Ketchum levantaba siempre la voz para hacerse oír. Según Ketchum, Dot y May tenían considerablemente menos imaginación que una cagarruta de mapache; aunque con toda seguridad «las dos brujas chismosas» le contarían al vaquero lo que sabían, serían incapaces de ponerse de acuerdo en cómo contárselo, o cuándo. Dot sería partidaria de esperar a que el ayudante del sheriff retirado hiciese algo especialmente deplorable, o las tratase con una actitud de superioridad, en tanto que May preferiría insinuar que sabía algo, hasta que Cari se muriese por saber qué era. En resumidas cuentas, el hábito de la manipulación malévola de las viejas comadres quizá proporcionase a Danny y a su padre un poco de tiempo.

Al hablar con Danny por teléfono, Ketchum fue más preciso: «He aquí la cuestión: vosotros dos. Ahora que Cari sabe que os fuisteis a Boston, no a Toronto, y que muy pronto sabrá que luego os fuisteis a Vermont, al vaquero ni se le pasara por la cabeza la posibilidad de que estéis en Toronto. Ése es el último sitio donde buscaría, y es ahí adonde debéis ir. En Toronto hablan inglés. Tienes editor allí, ¿verdad, Danny? E imagino que hay empleos de sobra para un cocinero... ¡Nada italiano, Coci, o te juro que iré a pegarte un tiro yo mismo!».

No soy el Coci, estuvo a punto de decir Danny, pero se limitó a apretar el auricular con la mano.

Toronto no era tan mala idea, pensaba el escritor Danny Ángel mientras esperaba a que se extinguiese la creciente histeria de la llamada telefónica de Ketchum. Danny había viajado allí para la promoción de un par de libros. Era una buena ciudad, pensaba, en la medida en que Danny se molestaba en pensar en ciudades. (El cocinero era más urbano que su hijo). Canadá era un país extranjero, con lo que



satisfacía el criterio de Ketchum, pero Toronto, por su proximidad a Estados Unidos, le permitiría mantener el contacto con Joe; sería fácil llegar a Toronto desde Colorado. Lógicamente Danny deseaba saber qué pensaba Joe de aquella idea, y también, cómo no, qué pensaba el cocinero sobre la sugerencia de Ketchum.

Cuando Ketchum puso fin a su llamada a Danny, el teléfono del escritor sonó casi de inmediato. Por supuesto, era el padre de Danny.

—No tendremos paz mientras ese loco tenga su propio teléfono, Daniel —dijo el cocinero a su hijo—. Y si llega a tener fax algún día, estaremos condenados a las letras mayúsculas y los signos de exclamación por el resto de nuestras vidas.

—Pero ¿qué opinas de la idea de Ketchum? ¿Qué te parece Toronto? —preguntó Danny.

—Me da igual adonde vayamos... Siento mucho haberte metido en esto. ¡Sólo buscaba tu seguridad! —dijo su padre; a continuación, el cocinero se echó a llorar—. No quiero ir a ningún sitio —declaró Tony Ángel—. ¡A mí me gusta esto!

—Ya lo sé..., lo siento, pa. Pero en Toronto estaremos bien, sé que allí estaremos bien —aseguró el escritor a su padre.

—No puedo pedirle a Ketchum que mate a Cari, Daniel... No puedo —dijo el cocinero a su hijo.

—Lo sé; tampoco yo soy capaz —admitió Danny.

—Tienes editor en Canadá, ¿verdad, Daniel? —preguntó su padre. Por primera vez Danny percibió vejez, algo cercano ya a la senectud, en la voz de su padre. El cocinero iba ya para sesenta, pero lo que Danny había percibido en la voz de su padre reflejaba una edad mayor que ésa: había percibido algo más que desasosiego, algo rayano en la fragilidad—. Si tienes editor en Toronto —decía su padre—, seguro que nos ayuda a instalarnos allí, ¿no?

—Editora, en Canadá tengo editora —aclaró Danny a su padre—. Me consta que nos ayudará, pa; allí será fácil. Y buscaremos algo en Colorado donde podamos visitar a Joe, y Joe podrá visitarnos a nosotros. No debemos considerar este traslado como algo permanente por fuerza, o al menos no por un tiempo. Ya veremos si Canadá nos gusta, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —accedió el cocinero, pero seguía llorando.

«Podría marcharme de Vermont hoy», pensaba el escritor. Danny no sentía por su finca de Putney un apego ni remotamente aproximado al amor de su padre por el Avellino en Brattleboro, o por su vida allí. Después de la aparición de Dot y May en el restaurante —por no hablar ya de la visita de Roland Drake, o del perro muerto de Drake sobre la mesa del comedor—, Danny tenía la sensación de que podía marcharse de Vermont para siempre, y sin volver la vista atrás.

Cuando Cari se encontró por fin con aquellas comadres viejas y malas, Dot y May, ya era tarde para sorprenderlos en Vermont. Para entonces, con la ayuda de Armando y Mary DeSimone, Danny había vendido la finca de Putney; ya no existía el complejo de ningún escritor en Hickory Ridge Road. Y el Windham College,

donde el escritor Danny Ángel dio clases, había cambiado de nombre (y de objetivo); ahora era el Landmark College, una destacada institución para alumnos con discapacidad en el aprendizaje. Para cuando el vaquero se presentó en Brattleboro, el propio Avellino había desaparecido, y allí adonde se marchó Greg, el segundo jefe de cocina. Cari no lo encontraría. A instancias del cocinero, Celeste y su hija, Loretta (y el hijo de Loretta), abandonaron el pueblo. El vaquero volvería de vacío, una vez más, pero sin lugar a dudas Dot y May se habían despachado a gusto con él.

¿Era posible que Cari fuese tan imbécil como Ketchum, a veces, sostenía? ¿No poseía el vaquero más dotes detectivescas que las tan denostadas cagarrutas de mapache de Ketchum? ¿O se debía simplemente a que durante las investigaciones en Vermont del ayudante del sheriff retirado no había surgido en ningún momento el apellido «Ángel»? En Brattleboro, el vaquero no había hecho indagaciones sobre el cocinero y su hijo en The Book Cellar, obviamente.

—Sabías que el Coci estaba en Vermont, lo sabías desde el principio, ¿verdad que sí, Ketchum?

—¿El Coci? ¿Aún anda por ahí? —dijo Ketchum al vaquero—. Jamás habría imaginado que un fulano bajito y tan cojo como ése duraría tanto, ¿y tú, Cari?

—Sigue por ese camino, Ketchum; tú sigue por ese camino —dijo Cari.

—Sí, eso haré: seguiré por este camino, no lo dudes —respondió Ketchum al vaquero.

Pero Danny estaba impaciente por marcharse de Vermont; desde la noche en que Jimmy y él encontraron el perro muerto en la mesa del comedor, Danny Ángel deseó irse.

Aquella noche, en la carretera secundaria de Westminster West, no fue más allá del pie del largo y empinado camino de acceso de Barrett. Marcha atrás, había metido el coche en la finca de la amante de los animales. Danny sabía que Barrett se acostaba temprano, y que no se daría cuenta de que un coche había aparcado en su camino de acceso, tan lejos de su granja de caballos que ni siquiera los caballos se alteraron por su presencia. Además, Danny había apagado el motor y los faros. Se limitó a quedarse sentado en el coche, que se hallaba de cara a Westminster West con todas las ventanas abiertas.

Era una noche cálida y no soplaba el viento. Danny sabía que en una noche así oiría un disparo a cuatro o cinco kilómetros de distancia. Lo que en un primer momento no sabía era lo siguiente: ¿de verdad quería oírlo? ¿Y qué significaría exactamente oír o no oír la detonación del arma? El escritor estaba pendiente de algo que iba mucho más allá de la supervivencia o la muerte del perro de Roland Drake, cruce de husky y pastor alemán, proclive a morder por la espalda.

A los cuarenta y un años, Danny se sentía otra vez como un niño de doce; no ayudó la circunstancia de que empezase a llover. Recordó la noche brumosa en que su padre y él abandonaron Twisted River en el Pontiac Chieftain: cómo se había quedado esperando en la ranchera, aparcada cerca del apartamento de Pam la Seis

Jarras. Danny estaba pendiente de la descarga del Colt 45 de Cari, que significaría que su padre había muerto. Con el sonido de ese disparo, el niño habría corrido escalera arriba hasta el apartamento de la Seis Jarras; le habría suplicado que lo dejase entrar, y entonces Ketchum se habría ocupado de él. Ése era el plan, y Danny hizo su parte; se quedó en la ranchera, bajo la lluvia, esperando a oír la detonación que nunca se produjo, aunque había momentos en que Danny tenía la sensación de que aún estaba esperando a oírla.

En la carretera secundaria de Westminster West —al pie del camino de acceso de su antigua amante—, el escritor Danny Ángel escuchaba tan atento como podía. Confiaba en no oír ese disparo —la ensordecedora descarga del Colt 45 del vaquero—, pero con ese disparo en mente el escritor empezó a abandonarse al peligroso lado de su imaginación dominado por el «y si». ¿Y si el agente de la policía del estado no tenía que disparar contra el otro perro de Roland Drake? ¿Y si de algún modo Jimmy convencía al escritor carpintero y a su husky-pastor alemán de que, francamente, había que dejar las cosas en paz? ¿Podía significar eso el fin de la violencia, o de la amenaza de violencia?

Fue entonces cuando el escritor tomó conciencia de qué era aquello de lo estaba pendiente: nada. No esperaba oír nada.

Era la ausencia de un disparo lo que quizás implicase que su padre estaba a salvo, que el vaquero, como Paul Polcari, quizá nunca apretase el gatillo.

Danny procuraba no pensar en lo que Jimmy le había dicho referente al tubo de dentífrico y el cepillo de dientes en el coche de Joe. Posiblemente no los había puesto allí Roland Drake; tal vez el dentífrico y el cepillo no formaban parte de la pequeña fechoría de Drake.

«Lamento decírtelo, Danny, pero he pillado a muchos chicos que habían estado bebiendo en sus coches», le contó el agente. «A menudo los chicos tienen a mano dentífrico y un cepillo... para que, al llegar a casa, sus padres no huelan en su aliento lo que han bebido». Pero Danny prefería pensar que el dentífrico y el cepillo eran una más de las pueriles ocurrencias de Drake. Al escritor no le gustaba pensar en su hijo bebiendo y conduciendo.

¿Era supersticioso Danny? (La mayoría de los escritores que creen en la trama lo son). A Danny tampoco le gustaba pensar en lo que había dicho la Señora del Cielo a Joe. «Si alguna vez estás en apuros, volveré», había dicho al niño de dos años, y le dio un beso en la frente. Bueno, no en una noche tan oscura como ésta, pensó el escritor. En una noche tan oscura como ésta, ninguna paracaidista —ni siquiera la Señora del Cielo— vería dónde aterrizar.

La lluvia había difuminado la escasa luz de la luna; la lluvia entraba por las ventanas abiertas del coche de Danny, y el agua permanecía en forma de gotas en el parabrisas, con lo que la oscuridad era aún más impenetrable.

Sin duda el agente de la policía del estado había llegado ya a la chatarrería que Drake tenía por camino de acceso. ¿Y qué haría entonces Jimmy?, se preguntaba

Danny. ¿Quedarse sentado en el coche patrulla hasta que Drake advirtiera la presencia del vehículo y saliera a hablar con él? (¿Y saldría Roland solo o iría acompañado del perro proclive a morder por la espalda?). Aunque llovía, claro está; por consideración al *hippy* carpintero, y debido a la avanzada hora de la noche, quizás el agente se había apeado del coche y llamado a la puerta de Drake.

Al mismo tiempo que pensaba en eso alguien llamó a la puerta del acompañante del coche de Danny; una linterna iluminó la cara al escritor.

—¡Pero si eres tú! —oyó exclamar a Barrett. Su antigua amante, que empuñaba un rifle, abrió la puerta del coche y se sentó a su lado. Llevaba las botas de goma de establo, altas hasta las rodillas, y un poncho de hule. Se había echado atrás la capucha al entrar en el coche, y la melena blanca le caía suelta, como si se hubiera ido a dormir hacía horas y de pronto se hubiese despertado. Los muslos desnudos de Barrett asomaron por debajo del poncho; no llevaba nada más. (Danny sabía, claro está, que Barrett dormía desnuda.)—. ¿Me echabas de menos, Danny? —preguntó.

—Hoy trasnochas, ¿no? —dijo Danny.

—Hace más o menos una hora he tenido que sacrificar a un caballo; era demasiado tarde para llamar al condenado veterinario —le contó Barrett. Se sentaba como un hombre, con las rodillas muy separadas; la carabina, con el cañón apuntando hacia abajo, estaba apoyada entre sus bonitas piernas de bailarina. Era una Remington antigua con corredera: una Springfield. 30-06, le había explicado ella hacía unos años, al presentarse en su finca de Putney, donde estaba cazando ciervos. Barrett aún cazaba ciervos allí; había un manzanar abandonado en esos terrenos, y había abatido a más de un ciervo en ese sitio. (¿Cómo la había llamado el cocinero? Una amante de los animales «selectiva», ¿no? Danny conocía a más de uno como ella).

—Siento lo de tu caballo —comentó.

—Y yo lo siento por el arma; sé que no te gustan las armas —dijo ella—. Pero no he reconocido tu coche. Es nuevo, supongo, y una tiene que tomar sus precauciones cuando un desconocido aparca en su camino de acceso.

—Sí, te echaba de menos —mintió—. Me voy de Vermont. Tal vez intentaba grabarme esto en la memoria antes de irme.

Esto último era verdad. Además, el narrador no podía contar a una amante de los animales selectiva como ella la historia del perro muerto —aparte de que aún esperaba oír cuál era el destino del segundo perro—, no al menos en una noche tan lúgubre como la que habían creado Dot y May.

—¿Te marchas? —preguntó Barrett—. ¿Por qué? Pensaba que es to te gustaba. Tu padre adora ese restaurante suyo en Brattleboro, ¿no?

—Nos marchamos los dos. Nos sentimos... solos, supongo —contestó Danny.

—Cuéntamelo —instó Barrett; dejó la culata del arma apoyada en su muslo mientras le cogía una mano a Danny y se la guiaba bajo el poncho hasta su pecho. Era tan pequeña (tan menuda como Katie, tomó conciencia el escritor), y a la luz argéntea de la luna iluminada, en la casi absoluta oscuridad del interior del coche, el

pelo blanco de Barrett resplandecía como el cabello del fantasma de Katie.

—Puede que quisiera despedirme —afirmó Danny. Lo decía en serio; ahí no mentía. ¿No sería acaso un consuelo yacer entre los brazos cálidos de aquella mujer elástica y mayor que él, sin pensar en nada más?

—Eres muy tierno —dijo Barrett—. Eres demasiado triste para mi gusto, pero eres muy tierno.

Danny le besó los labios, y la blanquísima mata de pelo de Barrett proyectó un espectral resplandor sobre su rostro alargado, que había vuelto hacia él a la vez que cerraba los ojos de color gris pálido y mirada fría. Eso permitió a Danny mirar más allá de ella, por la ventanilla abierta; quería asegurarse de que veía el coche patrulla de Jimmy si pasaba por la carretera.

¿Cuánto se tardaba en entregar un perro muerto al dueño del animal y dar el sermón que Jimmy tenía pensado dar a aquel capullo de *hippy*?, se preguntaba Danny. Casi con toda seguridad, si el agente se hubiera visto obligado a disparar contra el otro perro de Drake, Danny habría oído ya la detonación; había permanecido atento, con los cinco sentidos, incluso durante la conversación con Barrett. (Era mejor besarla que hablar; los besos eran silenciosos. No dejaría de oír el disparo si se producía).

—Vamos a mi casa —musitó Barrett, interrumpiendo el beso—. Acabo de matar a mi caballo; quiero darme un baño.

—Claro —contestó Danny, pero no tendió la mano hacia la llave de contacto. El coche patrulla no había pasado ante el camino de acceso de Barrett, ni se había oído disparo alguno.

El escritor intentó imaginarlos: a Jimmy y al escritor carpintero. Tal vez el agente y Roland Drake, ese gilipollas que vivía de las rentas familiares, estaban sentados a la mesa de la cocina del *hippy*. Danny intentó representarse a Jimmy dando unas palmadas al perro cruce de husky y pastor alemán, o acaso rascándole las suaves orejas; a la mayoría de los perros les gustaba eso. Pero a Danny le costaba concebir la escena: por eso vaciló antes de poner el coche en marcha.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Barrett.

El disparo fue más sonoro de lo que Danny esperaba; pese a que el camino de acceso de Drake se hallaba a cuatro o cinco kilómetros, Danny había infravalorado el sonido del arma de Jimmy. (Creía que el agente llevaba un 38, pero —como no entendía de armas, y en particular de pistolas y revólveres— Danny no sabía que la preferida de Jimmy era una Wildey Magnum 475, conocida también como la Wildey del Superviviente). Se oyó un estampido amortiguado, aún mayor que el del Colt 45 del vaquero, advirtió Danny cuando Barrett dio un respingo entre sus brazos, desplazando los dedos hacia el gatillo de su Remington pero apenas rozándolo.

—Un condenado cazador furtivo; mañana por la mañana llamaré a Jimmy —dijo Barrett y volvió a relajarse entre sus brazos.

—¿Para qué vas a llamar a Jimmy? —preguntó Danny—. ¿Por qué no al

guardabosques?

—El guardabosques es un inútil; al muy cretino le dan miedo los cazadores furtivos —respondió Barrett—. Además, Jimmy conoce a todos los cazadores furtivos. Todos le tienen miedo.

—Ah —se limitó a decir Danny. Él no sabía nada de cazadores furtivos.

Danny puso el motor en marcha; encendió las luces y el limpiaparabrisas, y Barrett y él subieron los cristales de las ventanillas del coche. El escritor dio la vuelta en la carretera y ascendió por el largo camino de acceso hacia la granja de caballos, sin saber qué pieza del rompecabezas faltaba, ni estar muy seguro de qué parte de la historia no había terminado aún.

Una cosa sí estaba clara, mientras tenía allí a Barrett, sentada junto a él con la carabina ahora sobre el regazo, el corto cañón del arma ligera apuntado hacia la puerta del acompañante: las cosas nunca quedaban en paz; era imposible contener la violencia.

# **CUARTA PARTE**

**Toronto, 2000**

## 12. El Mustang azul

Entre su barrio, Rosedale, donde el cocinero compartía una casa de tres plantas y cuatro habitaciones con su hijo escritor, y el restaurante de Yonge Street no había una gran distancia. Pero a su edad —contaba ya setenta y seis años—, y con su cojera, que se había agravado considerablemente después de diecisiete años de aceras urbanas, Dominic Baciagalupo, que había recuperado su nombre, caminaba despacio.

El cocinero avanzaba cojeando por la acera resbaladiza; el invierno y él nunca habían sido buenos amigos. Y ese día Dominic estaba preocupado por los dos nuevos bloques de apartamentos en construcción, prácticamente en su jardín trasero. ¿Y si uno u otro tapaban la torre del reloj que se alzaba sobre la licorería de Summerhill y Danny ya no la veía desde su estudio?

«Cuando deje de ver la torre del reloj desde mi mesa, será hora de mudarse», había dicho Danny a su padre.

Hablara su hijo en serio o no, el cocinero era poco aficionado a los traslados; ya se había trasladado más que suficiente. A Dominic la vista desde la casa de Cluny Drive le traía sin cuidado. Hacía más de cincuenta y seis años que no probaba el alcohol; al cocinero tanto le daba que un par de bloques de apartamentos en obras le impidieran ver la licorería de Summerhill.

¿Acaso a Daniel le preocupaba dejar de ver la licorería porque había vuelto a beber?, se preguntaba Dominic. ¿Y durante cuánto tiempo le dañarían la vista aquellos solares en construcción?, se decía con inquietud el cocinero. (Dominic tenía una edad a la que le resultaba molesto todo aquello que causaba algún trastorno). Aun así, vivía muy a gusto en Rosedale, y le encantaba el restaurante donde trabajaba.

A Dominic Baciagalupo le encantaba también el sonido de las pelotas de tenis, que podía oír en los meses de buen tiempo cuando dejaban las ventanas abiertas en la casa de Cluny Drive, porque el cocinero y su hijo tenían a la vista, y al oído, las pistas del Club de Tenis de Toronto, y en verano les llegaban además las voces de los niños en la piscina. Incluso durante el invierno, con todas las ventanas cerradas, se dormían oyendo los trenes que serpenteaban lentamente por el centro de Toronto y cruzaban Yonge Street por el puente de caballetes, que, como ahora veía el cocinero, estaba decorado con luces navideñas, y animaba así la penumbra gris y mortecina de media tarde.

Era diciembre en la ciudad. Por todos lados se veían las luces festivas, los adornos, la gente que iba de tiendas. Mientras esperaba a que cambiase el semáforo en el cruce de Yonge Street, Dominic recordó de repente con cierto sobresalto que Ketchum iría a Toronto en Navidad; si bien ése no era un fenómeno reciente, el cocinero no conseguía acostumbrarse a la presencia poco natural del viejo maderero en la ciudad. Habían transcurrido catorce años desde la última vez que el escritor Danny Ángel y su padre pasaron las Navidades en Colorado con Joe. (Ketchum no había ido nunca. Por carretera, el viaje desde New Hampshire hasta Colorado era



demasiado largo, y Ketchum se negaba en redondo a subirse a un avión). Cuando Joe iba a la universidad en Boulder, Danny alquilaba durante el invierno una casa en Winter Park para ir a esquiar. La carretera que salía de Grand Lake y atravesaba el Parque Nacional de las Montañas Rocosas permanecía cerrada en invierno, así que en coche se tardaba unas dos horas desde Boulder —había que ir por la 1-70, y luego cruzar el puerto de Berthoud por la Federal 40—, pero a Joe le encantaba esquiar en Winter Park, y su padre lo tenía muy consentido. (O eso pensó el cocinero durante la interminable espera en el semáforo de Yonge Street). Aquellas navidades en Colorado eran fantásticas, pero la tentación de la casa en Winter Park era demasiado fuerte para Joe, y más durante el resto de la temporada de esquí, cuando el padre y el abuelo del joven universitario regresaban a Toronto. Por fuerza, el chico se saltaría algún que otro día de clase, aunque quizá no siempre que hubiera nieve reciente en la estación de esquí. El mero hecho de tener la posibilidad de esquiar cerca habría resultado tentador para cualquier estudiante de Boulder, pero disponer de una casa en Winter Park —a un paso de los telesillas— fue casi con toda certeza la perdición de Joe. («Ay, Daniel, ¿dónde tenías la cabeza?», pensó Dominic Baciagalupo). Por fin cambió el semáforo y el cocinero cruzó Yonge Street atento a los descerebrados conductores urbanos que buscaban con desesperación una plaza de aparcamiento delante de la licorería de Summerhill o de The Beer Store, la bodega cervecera. ¿Cómo había definido en cierta ocasión su hijo escritor el barrio?, intentó recordar el cocinero. Ah, sí, recordó Dominic. «Zona comercial para hedonistas», había dicho Daniel.

Allí había unas cuantas tiendas de alimentación de mucho postín —cierto que vendían una fruta y una verdura excelentes, pescado fresco, magníficas carnes y embutidos, pero en opinión del cocinero todo era absurdamente caro—, y en ese momento, durante las fiestas, Dominic tenía la impresión de que todos los malos conductores de la ciudad se concentraban allí para comprar bebidas alcohólicas. (No le reprochaba a su querido Daniel que volviera a beber; el cocinero comprendía los motivos de su hijo). El gélido viento azotaba la larga cuesta de Yonge Street desde el lago Ontario mientras Dominic, enguantado, acercaba torpemente la llave a la puerta del restaurante. Los camareros y la mayoría del personal de cocina entraban en la cocina por Crown's Lañe —el callejón paralelo a Yonge Street, detrás del restaurante—, pero el cocinero tenía su propia llave. Situándose de espaldas al viento, entró no sin esfuerzo por la puerta principal.

Los inviernos en Coos County eran más fríos —y también en Windham County, Vermont—, pero la gelidez de aquel viento húmedo y penetrante que soplaba desde el lago le recordaba a Dominic Baciagalupo el frío del North End de Boston.

Aunque entonces tenía a Carmella para darle calor, recordaba el cocinero. La echaba de menos —sólo a ella, únicamente a Carmella—, pero, por raro que fuese, Dominic no echaba de menos la presencia de una mujer en su vida, ya no, no a su edad.

¿Por qué no echaba de menos a Rosie?, pensaba el cocinero para su sorpresa. «De un tiempo a esta parte, Coci», había dicho Ketchum, «a veces descubro que no la echo de menos. ¿Te imaginas?». Sí, se lo imaginaba, debía reconocer Dominic. ¿O era la tensión entre los tres —o el severo juicio de Jane, o mantener el secreto ante Danny— lo que no echaban de menos Ketchum y el cocinero?

Dentro del restaurante, Dominic fue recibido por el olor de lo que Silvestro, el joven chef, llamaba «las salsas madre». Habían empezado a preparar la salsa de ternera —la madre de todas las salsas madre— durante el turno de la cena la noche anterior. Se le daba un primer y un segundo hervor antes de la reducción final. Las otras salsas madre eran la salsa de tomate y la bechamel. El cocinero, al colgar su abrigo y su bufanda —e intentar sin mucha convicción atusarse el pelo, alborotado como lo tenía a causa del gorro preferido de Joe—, olió, a saber cómo, todas las salsas madre de golpe.

«El viejo profesional», lo llamaban en la cocina, pese a que Dominic se conformaba con la función de segundo jefe de cocina, ayudando al magistral Silvestro, que era el saucier y se ocupaba de las carnes. Kristine y Joyce se encargaban de las sopas y el pescado —eran las primeras mujeres cocineras con las que Dominic había trabajado—, y Scott era el responsable del pan y los postres. Dominic, semijubilado, hacía un poco de todo en la cocina; iniciaba y terminaba guisos en cada sección, sustituyendo incluso a Silvestro con las salsas y las carnes. «El hombre orquesta», lo llamaban también en la cocina. Era, con diferencia, el mayor de todos, y no sólo mayor que Silvestro, su joven astro de la cocina, a quien Dominic veneraba. Silvestro era para él como un segundo hijo, pensaba el cocinero, aunque eso nunca se lo habría dicho a su querido Daniel.

Dominic también se había guardado muy mucho de mencionar a Ketchum el carácter paternal de sus sentimientos hacia el joven Silvestro, en parte porque el maderero se había convertido en un faxeador experto y temible. Los faxes de Ketchum al cocinero y a su hijo eran incesantes e indiscriminados. (¡A veces uno leía una página o más sin saber a quién iba dirigido el fax!). Y los faxes de Ketchum llegaban a todas horas del día y de la noche; para dormir en paz, Danny y su padre se habían visto obligados a colocar el fax en la cocina de su casa de Cluny Drive.

Es más, Ketchum tenía sus dudas respecto a Silvestro; el nombre del joven chef era demasiado italiano para el gusto del viejo maderero. No convenía que Ketchum supiera que su amigote el Coci consideraba a Silvestro «un segundo hijo»; no, Dominic no deseaba recibir una avalancha de faxes de Ketchum quejándose también de eso. Las quejas habituales de Ketchum ya eran más que suficientes.

CREÍA QUE ESO ERA UN RESTAURANTE FRANCÉS, DONDE TRABAJABAS A TU MANERA SEMIJUBILADA, COCI. NO ESTARÁS PENSANDO EN CAMBIAR EL NOMBRE DEL RESTAURANTE, ¿VERDAD QUE NO? ¡O AL MENOS NO PARA PONERLE UN NOMBRE ITALIANO, ESPERO! ESE FULANO NUEVO, EL JOVEN CHEF DEL QUE HABLAS... SE

LLAMA SILVESTRO, ¿VERDAD? ¡PUES A MÍ, SINCERAMENTE, NO ME SUENA MUY FRANCÉS! EL RESTAURANTE AÚN SE LLAMA PATRICE, ¿NO?

Sí y no, pensaba el cocinero; existía una razón por la que no había contestado al último fax de Ketchum.

El dueño y maitre del restaurante, Patrice Arnaud, tenía la edad de Daniel: cincuenta y ocho. Arnaud había nacido en Lyon, pero se había criado en Marsella; a los dieciséis fue a una academia de hostelería en Niza. En la cocina del Patrice colgaba una antigua fotografía en sepia de Arnaud, siendo adolescente, con uniforme de chef, pero el futuro de Arnaud se centraría en la gestión; había causado una excelente impresión entre los comensales de un club de playa en las Bermudas, donde conoció al propietario del venerable hotel Wembley de Toronto.

Cuando el cocinero llegó a Toronto en 1983, Patrice Arnaud dirigía el Maxim's, una concurrida cafetería y popular lugar de encuentro en la céntrica zona de las calles Bay y Bloor. Por aquel entonces, el Maxim's era la tercera transformación de un café-restaurante en el viejo y cansado Wembley Para Dominic Baciagalupo, que aún se estremecía por la seria advertencia de Ketchum —a saber, que debía mantenerse totalmente al margen del mundo de los restaurantes italianos—. Patrice Arnaud y el Maxim's eran a todas luces la opción ideal, y mejor todavía, no eran italianos. De hecho, Patrice había convencido a su hermano, Marcel, para que abandonase Marsella y fuese el chef del Maxim's, que era un establecimiento muy francés.

«Ah, pero el barco se está hundiendo, Dominic», había advertido Patrice al cocinero; se refería a que Toronto cambiaba muy deprisa. La futura clientela de los restaurantes desearía aventurarse más allá de los rancios restaurantes de los hoteles. (Cuando Arnaud y su hermano dejaron el Maxim's, el viejo hotel Wembley se convirtió en un aparcamiento). Durante la década siguiente, el cocinero trabajó con los hermanos Arnaud en el restaurante abierto por éstos en Queen Street West, un barrio en transición y un tanto sórdido durante la mayor parte de esa época, pero el restaurante, al que Patrice puso el nombre de Bastringue, prosperó. Daban servicio a cincuenta cubiertos en el almuerzo y en la cena; Marcel era el jefe de cocina, y Dominic aprendía de él muy gustosamente. Había foie-gras, había ostras frescas Fine de Claire llegadas de Francia. (Una vez más, el cocinero fue incapaz de instruirse en materia de postres; jamás dominó la tarta tatin con sabayón al calvados). El Bastringue —término del argot parisino para referirse a un salón de baile y bar popular donde se servían coñudas y vino— capearía incluso la recesión de 1990. Pusieron papel encerado sobre los manteles de hilo y convirtieron el restaurante en un bistró —patatas fritas, mejillones al vapor con vino blanco y puerros—, pero en 1995 venció el contrato de arrendamiento, cuando Queen Street West, en el plazo de una década, había pasado de ser una zona sórdida a ponerse de moda y acabar siendo un sitio normal y corriente. (El Bastringue se convirtió en una zapatería; Marcel volvió a Francia). El cocinero y Patrice Arnaud permanecieron juntos; trabajaron en el Avalon durante un año, pero Arnaud dijo a Dominic que «sólo estaban aguardando el

momento oportuno». Patrice quería volver a tener su propio establecimiento, y en 1997 compró un restaurante fallido en Yonge Street, en Summerhill. En cuanto a Silvestro, aunque llegado de Italia, era un calabrés que había trabajado en Londres y Milán; Arnaud daba mucha importancia al hecho de haber viajado. («Implica que eres capaz de aprender cosas nuevas», explicó Patrice a Dominic cuando se decidió por el joven Silvestro para el puesto de jefe de cocina). En cuanto al nuevo nombre del restaurante, «Patrice»... En fin, ¿qué otro nombre podía ponerle Arnaud? «Te lo has ganado», dijo Dominic a Patrice. «No te avergüences de tu propio nombre». Durante los primeros años. Patrice —el nombre y, en menor medida, el restaurante— cuajó. Arnaud y el cocinero enseñaron a Silvestro algunas de las especialidades de Marcel: la langosta con sabayón a la mostaza, la sopa de pescado de Bretaña, la tarrina de foie-gras de oca con una cucharada de gelatina de oporto, el halibut en papillote, la cote de boeuf para dos, el hígado de ternera enlardado a la parrilla con cebolletas y una demiglace balsámica. Naturalmente, Silvestro añadió sus propios platos a la carta: raviolis con caracoles y mantequilla a las finas hierbas con ajo, escalopa de ternera con salsa de limón, tagliatelle caseros con confit de pato y setas porcini, conejo con ñoquis de polenta. (Dominic también hizo algunas de sus habituales aportaciones a la carta). El restaurante del número 1158 de Yonge Street era nuevo, pero no era del todo francés, ni tuvo tanto éxito en el barrio como Arnaud esperaba.

—No es sólo el nombre, aunque también el nombre da pena —les dijo Patrice a Dominic y a Silvestro—. He malinterpretado Rosedale por completo; este barrio no necesita un restaurante francés caro. Esto tiene que ser informal, ¡y más barato! Queremos que nuestra clientela venga dos o tres veces por semana, no cada dos meses.

El Patrice solía cerrar por Navidad, ese año desde el 24 de diciembre hasta el 2 de enero, tiempo de sobra para llevar a cabo las reformas planeadas por Arnaud. Las banquetas de los reservados se pintarían de un color más vivo, una vez restauradas; las paredes de color amarillo limón volverían a enlucirse. Se colgarían pósters de la vieja Línea Marítima Francesa. «¡Le Havre, Southampton, Nueva York. Compagine Générale Transatlantique!», había anunciado Patrice, y había encontrado un par de reproducciones de Toulouse-Lautrec: la bailarina La Goulue y la cantante Jane Avril del Moulin Rouge. Se añadirían a la carta el pescado con patatas fritas y el steak tartar con patatas fritas; los precios por la comida y el vino bajarían un veinticinco por ciento. Sería otra vez un bistró —como en aquellos fabulosos días de la recesión en el Bastringue—, aunque Patrice ya no volvería a usar la palabra «bistró». («¡“Bistró” ya está muy visto, ha perdido su significado!», declaró Arnaud). La reinención era vital para un restaurante, como Arnaud bien sabía.

—Pero ¿y el nombre? —había preguntado Silvestro a su jefe. El calabrés tenía su propia propuesta, y Dominic lo sabía.

—Creo que «Patrice» es demasiado francés —había contestado Patrice—. Huele a vieja escuela, huele a abolengo. Tiene que desaparecer. —Arnaud era un hombre

elegante, de modales delicados; su estilo era informal pero distinguido. Dominic apreciaba y admiraba a aquel hombre, pero el cocinero temía ese aspecto del cambio, y todo por acomodarse a los peripuestos esnobs de Rosedale.

—Vosotros ya sabéis lo que pienso —dijo Silvestro con un gesto de despreocupación poco sincero; era un hombre apuesto y seguro de sí mismo, tal y como uno querría que fuese su hijo.

Al joven chef le había impresionado el efecto del cristal esmerilado en la mitad inferior del amplio ventanal del restaurante, que daba a Yonge Street. Los viandantes no veían a través del cristal opaco; los clientes, sentados a las mesas, no quedaban a la vista de la acera. Pero la mitad superior del enorme vidrio era transparente; los comensales veían la hoja roja del arce de la bandera canadiense encima de la licorería de Summerhill, en la otra acera de Yonge Street, y (con el tiempo) los dos grandes bloques de apartamentos en construcción en lo que se llamaría Scrivener Square. La parte inferior y esmerilada del vidrio hacía las veces de cortina: tal era el enrevesado razonamiento de Silvestro para el nuevo nombre del restaurante.

—La Tenda —dijo Silvestro, con pasión—. «La Cortina».

—A mí eso me suena amenazador —había dicho Dominic al joven chef—. Yo no querría comer en un sitio con ese nombre.

—Creo, Silvestro, que deberías reservar ese nombre para el primer restaurante tuyo, cuando seas propietario y chef, cosa que sin duda llegará algún día —adujo Arnaud.

—La Tenda —repitió Silvestro, con afecto, y se le empañaron los cálidos ojos castaños.

—Es demasiado italiano —explicó Dominic Baciagalupo al emotivo joven—. Puede que este restaurante no sea estrictamente francés, pero tampoco es italiano. —Si el antiguo Patrice pasaba a tener un nombre italiano, ¿qué diría Ketchum?, pensaba el cocinero, a la vez que veía lo absurdo que era su argumento, precisamente cuando su pastel de carne siciliano y sus plumas alia puttanesca se incorporarían, pasadas las navidades, a la carta más asequible.

El atónito Patrice y el estupefacto Silvestro miraron incrédulos al cocinero. Habían llegado a un punto muerto. Dominic pensó: «Debería pedirle a Daniel que proponga un nombre, ¡él es escritor!». Y entonces Silvestro rompió el silencio.

—¿Y qué tal tu apellido, Dominic? —sugirió el joven chef.

—¡Baciagalupo no! —exclamó el cocinero, alarmado. (Si no lo mataba el vaquero, lo mataría Ketchum, Dominic lo sabía).

—¡Hablando de nombres demasiado italianos! —comentó Arnaud con afecto.

—Me refiero a lo que significa tu apellido, Dominic —aclaró Silvestro. Patrice Arnaud no había adivinado el significado de «Baciagalupo», pese a que en francés las palabras se parecían—. «Beso de lobo» —tradujo Silvestro lentamente, poniendo el énfasis por igual en «beso» y en «lobo».

Arnaud se estremeció. Era un hombre bajo, de complexión robusta, con el pelo

canoso cortado a cepillo y una sonrisa mundana; llevaba un pantalón oscuro, con la raya muy marcada, y siempre una camisa elegante pero con el cuello desabrochado. Era un hombre que daba a toda ceremonia un aire de naturalidad; cortés y filosófico a la vez, Patrice era un restaurador que distinguía el valor de lo anticuado al tiempo que reconocía al instante la conveniencia del cambio.

—¡Vaya! ¡Beso de lobo! ¿Por qué no me lo habías dicho, Dominic? —preguntó pícaramente Arnaud a su leal amigo—. He ahí un nombre seductor y moderno a la vez, ¡pero además tiene garra!

Desde luego tenía garra, pensaba el cocinero, aunque no sería ésa la reacción más manifiesta de Ketchum ante el nuevo nombre del restaurante. Dominic no quería ni imaginar lo que diría el viejo maderero cuando lo oyese. «¡Montañas de mierda de alce!», puede que exclamase Ketchum, o algo peor.

¿Acaso no era ya suficiente riesgo que el cocinero hubiese recuperado su verdadero nombre? En un mundo dominado por Internet, ¿qué peligros entrañaría que hubiese otra vez en acción un Dominic Baciagalupo? (¡Al menos Ketchum sintió cierto alivio al enterarse de que, en el punto culminante de su sensibilidad fonética, Nunzi había escrito mal la palabra «Baciagalupo»!). Pero, siendo realistas, ¿cabía la posibilidad de que un ayudante de sheriff retirado de Coos County, New Hampshire, descubriese que el nombre de un restaurante de Toronto, Ontario, llamado Beso de Lobo era la traducción del nombre deformado fonéticamente de Baciagalupo? «Y no olvidemos», se dijo el cocinero para tranquilizarse, «que el vaquero es tan viejo como Ketchum, ¡que tiene ochenta y tres años!». «Si ahora no estoy a salvo, nunca lo estaré», pensaba Dominic al entrar en la estrecha y bulliciosa cocina del Patrice, que pronto se llamaría Beso de Lobo. En fin, éste es un mundo de accidentes, ¿o no? En un mundo así, no sólo los nombres cambiaban una y otra vez.

Danny Ángel deseaba con toda su alma no haber abandonado nunca el nombre de Daniel Baciagalupo, no porque quisiera ser el niño y el joven más inocente que había sido en otro tiempo —y tampoco porque Daniel Baciagalupo fuera su verdadero nombre, el único que le habían dado sus padres—, sino porque el escritor de cincuenta y ocho años consideraba que aquél era un nombre mejor para un escritor. Y conforme se acercaba a los sesenta, el novelista se sentía cada vez menos un Danny o un Ángel; el hijo veía cada vez más sentido a la insistencia de su padre en conservar el nombre de Daniel. (Y no es que siempre fuera fácil para un escritor que trabajaba en casa y que rara vez salía a la calle compartir, con casi sesenta años, la vivienda con su anciano padre de setenta y seis. Podían ser una pareja mal avenida). Debido a las disputadas elecciones presidenciales de Estados Unidos —«el fiasco de Florida», como llamaba Ketchum al «robo» mediante el que George Bush arrebató la presidencia a Al Gore, el resultado de cinco contra cuatro en la votación del Tribunal Supremo con arreglo a dictados partidistas—, los faxes de Ketchum a menudo eran incendiarios. Gore había ganado el voto popular. Tanto Danny como su padre creían que los republicanos habían dado pucherazo, pero el cocinero y su hijo no compartían

necesariamente los puntos de vista más radicales de Ketchum; a saber, que «salían mejor parados siendo canadienses» y que Estados Unidos, que Ketchum llamaba porfiadamente «país de capullos», se merecía su destino.

¿DÓNDE ESTÁN LOS ASESINOS CUANDO QUIERES UNO?

Eso había escrito Ketchum en un fax. No se refería a George W. Bush; Ketchum quería decir que alguien debería haber matado a Ralph Nader. (Gore habría derrotado a Bush en Florida si Nader no hubiese captado parte del voto demócrata). Ajuicio de Ketchum, había que atar y amordazar a Ralph Nader —«preferiblemente en una sillita de coche para niños defectuosa»— y hundirlo en el Androscoggin.

Durante el segundo debate presidencial de Bush y Gore, Bush criticó al presidente Clinton por haber usado tropas estadounidenses en Somalia y los Balcanes. «Creo que nuestras tropas no deberían ser para lo que ha dado en llamarse “construcción nacional”», afirmó el futuro presidente.

ESPERAD Y VERÉIS EL USO QUE DA A NUESTRAS TROPAS ESE EMBUSTERO DE MIERDA. ¿OS JUGÁIS ALGO A QUE LA «CONSTRUCCIÓN NACIONAL» NO FORMARÁ PARTE DE ELLO?

Eso había escrito Ketchum en un fax.

Pero Danny no le veía ninguna gracia a la inminente deshonra de Estados Unidos, y menos todavía desde la perspectiva canadiense. Su padre y él nunca habían deseado marcharse del país. En la medida en que era posible para un autor de éxito internacional no armar mucho revuelo con el cambio de nacionalidad, Danny Ángel había intentado quitar importancia a su postura política, aunque eso le resultaba más difícil desde la publicación de *Al este de Bangor* en 1984; su novela sobre el aborto sin duda era política.

El proceso de nacionalización de Danny y de su padre en Canadá fue lento. Danny hizo la solicitud como trabajador autónomo; el abogado de inmigración que lo representaba presentó al escritor como «alguien que participa en actividades culturales a nivel mundial». Danny ingresaba dinero suficiente para mantenerse ambos, su padre y él. Los dos habían superado el examen médico. Mientras vivían en Toronto con visados de visitantes, tenían que cruzar la frontera cada seis meses para sellar los visados; además se vieron obligados a pedir la nacionalidad canadiense en un consulado canadiense de Estados Unidos. (Buffalo era la ciudad estadounidense más cercana a Toronto). Un funcionario del Ministerio de Inmigración y Ciudadanía los había disuadido de solicitar el llamado procedimiento rápido. En su caso, ¿qué prisa había? El famoso escritor no tenía ninguna urgencia por cambiar de país, ¿verdad? (El abogado de inmigración había advertido a Danny que los canadienses recelaban un poco del éxito; tendían a castigarlo, no a premiarlo). De hecho, para eludir una atención excesiva, el cocinero y su hijo habían procedido lo más lentamente posible en su solicitud de la nacionalidad canadiense. El proceso se había prolongado durante cuatro años, casi cinco. Pero ahora, con el fiasco de Florida, en los medios canadienses se hablaba de la «defección» del escritor Danny Ángel;

«perdiendo la fe en Estados Unidos» en el momento en que lo hizo, más de una década atrás, el autor demostró «clarividencia», o eso había dicho el *Globe and Mail* de Toronto.

Que la adaptación cinematográfica de *Al este de Bangor* llegase a las pantallas en fecha reciente —en 1999— y la película ganase un par de premios de la Academia en 2000 no fue de gran ayuda. A principios de año, el 2001, se celebraría una sesión conjunta del Congreso para ratificar el resultado electoral en Estados Unidos; ahora que tendrían un presidente antiabortista, a Danny y a su padre no les sorprendía que la postura liberal del escritor ante el aborto volviera a ser noticia. Y la prensa canadiense prestaba más atención a los escritores que la de Estados Unidos, no sólo por lo que escribían, sino también por lo que decían y hacían.

A Danny todavía le afectaba lo que leía sobre él en los medios estadounidenses, donde con frecuencia lo tildaban de «antiamericano», tanto por su obra como por su expatriación a Toronto. En otras partes del mundo —y por descontado en Europa y Canadá—, el presunto antiamericanismo del autor se veía con buenos ojos. En los medios hubo quien afirmó que el novelista expatriado «denostaba» la forma de vida de Estados Unidos, es decir, la denostaba en sus libros. También se dijo que el autor de origen estadounidense se había trasladado a Toronto «a modo de declaración». (Pese a su éxito comercial, Danny Ángel había aceptado el hecho de pagar más impuestos en Canadá de los que antes pagaba en Estados Unidos). Pero, como novelista, Danny se sentía cada vez más incómodo cuando lo condenaban o lo elogiaban por lo que se percibía como una postura antiamericana. Por supuesto, no podía explicar —y menos a la prensa— la verdadera razón de su traslado a Canadá.

Lo que sí dijo Danny era que sólo dos de sus siete novelas publicadas podían calificarse en rigor de políticas; sabía que al declararlo parecía ponerse a la defensiva, pero era la pura verdad. El cuarto libro, *Los padres Kennedy*, trataba de Vietnam; prácticamente se consideraba una protesta contra esa guerra. El sexto, *Al este de Bangor*, era una novela didáctica; en opinión de algunos críticos, una defensa del derecho al aborto. Pero ¿qué tenían de políticos los otros cinco libros? Familias disfuncionales; experiencias sexuales lesivas; la pérdida de la inocencia de diversas maneras, todas ellas causa de arrepentimiento. Dichas historias eran nimias tragedias domésticas, no condenas a la sociedad o al gobierno. En las novelas de Danny Ángel, el villano —si lo había— era más a menudo la naturaleza humana que Estados Unidos. Danny nunca había sido un activista de ninguna índole.

«Todos los escritores se sienten forasteros», había dicho Danny Ángel en cierta ocasión. «Me trasladé a Toronto porque me gusta sentirme forastero». Pero nadie le creyó. Además, la versión de que el autor mundialmente famoso había rechazado a Estados Unidos era mejor.

En opinión de Danny, la prensa había presentado de manera sensacionalista su marcha a Canadá, y la presunta postura política oculta detrás de su decisión exclusivamente personal había adquirido una dimensión desproporcionada. Y sin



embargo lo que más molestaba al novelista era que sus novelas se habían trivializado. La obra de Danny Ángel había sido saqueada en busca de todo fragmento con apariencia autobiográfica; sus novelas habían sido diseccionadas y analizadas con minuciosidad a fin de desentrañar cualquier cosa que pudiera interpretarse como unas memorias escondidas en su interior. Pero ¿qué esperaba Danny?

Para los medios, la vida real era más importante que la ficción; los elementos de una novela basados en la experiencia personal tenían más interés para el gran público que las partes del proceso de construcción de la novela que «sencillamente» se inventaban. En cualquier obra narrativa, ¿acaso no era aquello que en verdad le había sucedido al escritor —o, quizás, a alguien muy cercano al escritor— más auténtico, más verificablemente cierto, que cualquier cosa que pudiera imaginar una persona? (Esto era una opinión generalizada, aunque el cometido de un novelista era imaginar, de una manera verosímil, toda una historia —como Danny decía de manera subversiva siempre que le daban la oportunidad de defender la ficción en las obras de ficción— porque las historias de la vida real nunca eran íntegras, nunca eran completas, del modo que podían serlo las novelas). Aun así, ¿qué público tenía Danny Ángel o cualquier novelista que defendía la ficción en las obras de ficción? ¿Los estudiantes de escritura creativa? ¿Las mujeres de cierta edad en los clubes de lectura? ¿Porque acaso los miembros de los clubes de lectura no eran normalmente mujeres de cierta edad? Aparte de éstos, ¿quién mostraba más interés en la ficción que en la supuesta vida real? No los entrevistadores de Danny Ángel, eso por descontado; lo primero que le preguntaban siempre tenía que ver con lo que era «real» en tal o cual novela. ¿Se basaba el personaje principal en una persona de carne y hueso? ¿El desenlace más memorable (queriendo decir más catastrófico, más devastador) le había sucedido realmente a alguien que el autor conocía o había conocido?

Pero, una vez más, ¿qué esperaba Danny? ¿No se lo había ganado a pulso? Bastaba con ver su último libro, *Bebé en la calle*; ¿cómo pensaba Danny que lo interpretarían los medios? Había empezado ese libro, su séptima novela, antes de marcharse de Vermont. Danny casi había terminado el manuscrito en marzo de 1987. Fue a finales de marzo de ese año cuando Joe murió. En Colorado, no era aún la temporada del barro. («Mierda, era casi la temporada del barro», decía Ketchum). Era el último curso de Joe en Boulder; acababa de cumplir los veintidós. La ironía era que *Bebé en la calle* siempre había tratado sobre la muerte de un hijo único y muy querido. Pero en la novela que Danny casi había terminado, el niño muere cuando aún va en pañales: un niño de dos años atropellado en la calle de un modo muy parecido a lo que le habría podido suceder al pequeño Joe aquel día en Iowa Avenue. La novela inacabada trataba de cómo la muerte de ese niño destruye lo que el cocinero y Ketchum sin duda habrían descrito como el personaje de Danny y el personaje de Katie, que se van cada uno por su lado, pero condenados tanto el uno como el otro al desastre.

Naturalmente, la novela cambiaría. Tras la muerte de su hijo, se pasó más de un año sin escribir. No era escribir lo que le costaba, como dijo Danny a su amigo Armando DeSimone; era imaginar. Cada vez que Danny intentaba imaginar algo, sólo veía cómo había muerto Joe; lo que el escritor también imaginaba sin cesar eran los pequeños detalles que habrían podido cambiarse, aquellos detalles infinitesimales que habrían permitido a su hijo seguir con vida. (Bastaba con que Joe hubiese hecho tal cosa, no tal otra... Si el cocinero y su hijo no hubiesen estado en Toronto en ese momento... Si Danny hubiese comprado o alquilado una casa en Boulder, no en Winter Park... Si Joe no hubiese aprendido a esquiar... Si, como Ketchum había aconsejado, nunca se hubiesen ido a vivir a Vermont... Si un alud hubiese obligado a cerrar el puerto de Berthoud... Si Joe hubiese estado demasiado borracho para conducir, en lugar de estar totalmente sobrio... Si el acompañante hubiese sido otro chico, no aquella chica... Si Danny no hubiese estado enamorado...). En fin, ¿había algo que un escritor no pudiese imaginar?

¿Qué no habría pensado Danny, aunque fuera sólo para torturarse? Danny no podía devolverle la vida a Joe; no podía cambiar lo que le había ocurrido a su hijo, del mismo modo que un escritor de narrativa revisaría una novela.

Cuando Danny Ángel, transcurrido ese año, pudo sobrellevar por fin la relectura de lo que había escrito en *Bebé en la calle*, tanto la muerte accidental de aquel niño de dos años en pañales, que en un principio dio inicio al libro, como el posterior tormento de los padres del pequeño muerto, se le antojaron casi intrascendentes. ¿No era peor que un hijo escapase a la muerte esa primera vez y creciese para acabar muriendo después, en la flor de la vida? Y al ofrecer una historia peor, en una novela—dicho de otro modo, al presentar lo que ocurre de una manera más conmovedora—... En fin, ¿no se ofrecía en realidad una historia mejor? Sin duda, Danny estaba convencido de ello. Había reescrito *Bebé en la calle* de principio a fin. Eso le había llevado otros cinco años, casi seis.

Como es lógico, el tema de la novela no cambió. ¿Cómo iba a cambiar? Danny había descubierto que la desolación de perder a un hijo seguía siendo en gran medida la misma; poco importaba que los detalles fueran distintos.

*Bebé en la calle* se publicó en 1995, once años después de salir a la luz *Al este de Bangor* y ocho años después de la muerte de Joe. En la versión revisada, el anterior niño de dos años, al crecer, se convierte en un joven con propensión al riesgo; muere a la misma edad que Joe, los veintidós años, siendo aún estudiante universitario. Según la versión oficial, la muerte había sido un accidente, si bien no podía descartarse el suicidio. A diferencia de Joe, el personaje de la séptima novela de Danny está ebrio en el momento de su muerte: además, ha ingerido barbitúricos por un tubo. Devuelve un sandwich de jamón y muere por asfixia en su propio vómito.

En la realidad, cuando Joe cursaba su último año en la universidad, parecía haber superado su comportamiento temerario. La bebida—cuando bebía, cosa que ocurría rara vez—la tenía bajo control. Esquiaba deprisa, pero no había sufrido lesiones. En

apariencia, era buen conductor; durante cuatro años condujo en Colorado y no le pusieron una sola multa por exceso de velocidad. Incluso se había tranquilizado un poco con las chicas, o esa impresión tenían su abuelo y su padre. Como es natural, el cocinero y su hijo nunca habían dejado de preocuparse por el chico; no obstante, la verdad era que, a lo largo de sus años universitarios, Joe había dado pocos motivos de preocupación. Incluso sus notas eran buenas, mejores de lo que habían sido en el Northfield Mount Hermon. (Al igual que muchos chicos que habían abandonado sus casas para ir a un internado independiente, Joe siempre afirmó que la universidad era más fácil). Como novelista, Danny Ángel había puesto todo su empeño en ofrecer un retrato del hipotético suicida de *Bebé en la calle* lo más distinto posible de Joe. El joven del libro es sensible, con tendencias artísticas. Tiene una salud delicada — desde el principio parece predestinado a la muerte— y no es deportista. La novela está ambientada en Vermont, no en Colorado. Revisada, la díscola madre del chico no es lo bastante díscola para ser el personaje de Katie, aunque, como su malhadado hijo, tiene problemas con la bebida. En la versión reescrita, el personaje de Danny, el afligido padre del chico, no abandona la bebida, pero no es alcohólico. (Nunca se pone en peligro ni queda incapacitado por lo que bebe; sólo está deprimido). Durante los primeros años después de la muerte de Joe, el cocinero intentaría de vez en cuando convencer a su hijo de que volviese a abandonar la bebida.

—Te sentirás mejor si no bebes, Daniel. A largo plazo, te arrepentirás de haber vuelto a beber.

—Lo hago con fines de investigación, pa —diría Danny a su padre, pero esa respuesta ya no servía, no después de haber reescrito *Bebé en la calle*, y el libro llevaba acabado más de cinco años. En la nueva novela que Danny estaba escribiendo, los personajes principales no eran bebedores; Danny no bebía con fines de investigación, ni lo había hecho nunca.

Pero el cocinero se daba cuenta de que Danny no bebía en exceso. Tomaba un par de cervezas antes de la cena —siempre le había gustado el sabor de la cerveza— y no más de una o dos copas de tinto con la comida. (Sin el vino, no dormía). Era obvio que el querido Daniel de Dominic no había vuelto a ser la clase de bebedor de antes.

Dominic también veía con sus propios ojos que la tristeza de su hijo había perdurado. Después de la muerte de Joe, Ketchum observó que la tristeza de Danny parecía de carácter permanente. Incluso los entrevistadores, o cualquiera que acabase de conocer al autor, reparaban en ello. Así pues, no era de extrañar que en muchas de las entrevistas que Danny había concedido a diversas publicaciones sobre *Bebé en la calle* las preguntas acerca del tema principal de la novela —la muerte de un hijo— tuvieran un carácter personal. En toda novela hay partes incómodamente cercanas al novelista; obviamente, éstos son aspectos de la historia emocional de los que el escritor preferiría no hablar.

¿No bastaba con que Danny se hubiese esforzado al máximo por distanciarse de lo personal? Había dado realce, exagerado, forzado la historia hasta los límites de lo

creíble: los personajes, imaginados de la manera más plena posible, se veían sometidos a las situaciones más espantosas. («Las supuestas personas reales nunca son tan plenas como los personajes íntegramente imaginados», había dicho el novelista repetidas veces). Aun así, los entrevistadores de Danny Ángel no le habían preguntado prácticamente nada acerca de la trama y los personajes de *Bebé en la calle*; en lugar de eso, habían preguntado a Danny cómo «sobrellevaba» la muerte de su hijo. ¿Su «tragedia en la vida real» había inducido al escritor a reconsiderar la importancia de la ficción, refiriéndose al peso, la gravedad, el valor relativo de lo que es «pura» invención?

Esa clase de pregunta sacaba de quicio a Danny Ángel, pero esperaba demasiado de los periodistas; la mayoría de ellos carecían de imaginación para pensar que cualquier cosa creíble en una novela había sido «totalmente imaginada». Y los antiguos periodistas que después se dedicaban a la narrativa suscribían la tediosa máxima de Hemingway sobre la conveniencia de escribir acerca de lo que uno conoce. ¿Qué estupidez era ésa? ¿Las novelas debían tratar sobre las personas que uno conoce? ¿Cuántas novelas aburridas pero soporíferamente realistas pueden atribuirse a este consejo pobre y falto de inspiración?

Pero ¿no podía aducirse que Danny debería haber previsto el carácter personal de las preguntas de sus entrevistadores en lo referente a *Bebé en la calle*? Incluso quienes no eran lectores se habían enterado del accidente que había costado la vida al hijo del famoso escritor. (Para alivio de Ketchum, la noticia no había llegado, por lo visto, a oídos del vaquero). Aparecieron también los previsibles artículos sobre las calamitosas vidas de hijos de celebridades; injusto en el caso de Joe, porque al parecer el accidente no había sido culpa suya, y él no había bebido. Pero Danny también tenía que haber previsto eso: antes de verificarse que el alcohol no había intervenido, hubo en los medios quienes se apresuraron a dar por sentado que ésa era la causa.

Al principio, después del accidente —y de nuevo cuando se publicó *Bebé en la calle*—, Dominic había hecho lo posible por proteger a su hijo del correo de sus admiradores. Danny permitía a su padre leer las cartas antes que él, comprendiendo que el cocinero decidiría qué cartas debía o no debía ver. Fue así como se perdió la carta de la Señora del Cielo.

—Tienes lectores muy raros —se había quejado el cocinero un día—. Y muchos de tus admiradores se dirigen a ti por tu nombre de pila, ¡como si fueran amigos tuyos! A mí eso me molestaría, eso de que tanta gente que no te conoce dé por supuesto que te conoce.

—Ponme un ejemplo, pa —pidió Danny.

—Pues... no sé —respondió Dominic—. Tiro a la papelera más cartas de las que te enseño, ya lo sabes. La semana pasada llegó una carta..., puede que fuera de una *stripper* o algo así. Al menos tenía nombre de *stripper*.

—¿Qué nombre? —preguntó Danny a su padre.

—Señora del Cielo —contestó el cocinero—. A mí eso me suena a *stripper*.

—Creo que su verdadero nombre es Amy —dijo Danny; intentó conservar la calma.

—¿La conoces?

—Sólo conozco a una Señora del Cielo.

—Lo siento, Daniel. Supuse que era una chiflada.

—¿Qué decía, pa? ¿Te acuerdas?

Como es lógico, el cocinero no recordaba todos los detalles, sino sólo que la admiradora se le antojó una mujer presuntuosa y trastornada. Había escrito una sarta de sandeces sobre proteger a Joe de los cerdos; decía que ya no volaba, como si en algún momento hubiese sido capaz de volar.

—¿Quería que yo le contestara? —preguntó Danny a su padre—. ¿De dónde venía la carta? ¿Te acuerdas?

—No sé... La carta traía remite, eso desde luego. ¡Todos quieren que les contestes! —exclamó el cocinero.

—No pasa nada, pa. No te lo echo en cara —dijo Danny—. Quizás esa mujer vuelva a escribir. —(En realidad lo dudaba mucho y le producía una profunda pena).

—No tenía la menor idea de que quisieras saber algo de una persona llamada Señora del Cielo, Daniel —dijo el cocinero.

A Amy debía de haberle sucedido algo; Danny se preguntó qué habría sido. Una no salta desnuda de un avión porque sí, pensó el escritor.

—Estaba convencido de que era una loca, Daniel. —Dicho esto, el cocinero hizo una pausa—. Decía que también ella había perdido a un hijo —explicó Dominic a Danny—. Pensé que podía ahorrarte las cartas como ésa. Había muchas por el estilo.

—Quizá deberías enseñármelas, papá —dijo Danny.

Después de descubrir que la Señora del Cielo le había escrito, Danny recibió unas cuantas cartas más de admiradores que habían perdido hijos, pero no había sido capaz de contestar a una sola. No había nada que decir a esas personas. Danny lo sabía, porque él era una de ellas. Se preguntaba cómo lo habría sobrellevado Amy; en su nueva vida, sin Joe, Danny pensaba que no sería tan difícil saltar desnudo de un avión.

En el estudio, en la segunda planta de la casa de Cluny Drive, había una claraboya además de la ventana con vistas a la torre del reloj por encima de la licorería de Summerhill. Aquella habitación había sido antes el dormitorio de Joe; ocupaba toda la segunda planta y tenía su propio cuarto de baño, con ducha pero sin bañera. La ducha bastaba para un universitario como Joe, pero el cocinero había cuestionado el tamaño desmedido de la habitación, por no hablar ya de la privilegiada vista. ¿No era eso un despilfarro para un joven que estudiaba en Estados Unidos? (Joe nunca pasaría mucho tiempo en Toronto). Pero Danny había aducido que quería que Joe tuviese la mejor habitación, porque quizás así su hijo estaría más dispuesto a visitar Canadá. El aislamiento de la habitación en la segunda planta también la convertía en el

dormitorio más privado de la casa, y como —por razones de seguridad— ninguna habitación en una segunda planta debía carecer de escalera de incendios, Danny había construido una. La habitación disponía, por consiguiente, de su propia entrada. Cuando Joe murió, Danny transformó el dormitorio del chico en un estudio y dejó los objetos personales de su hijo tal como estaban; sólo retiró la cama.

La ropa de Joe permaneció en el armario y la cómoda; incluso sus zapatos seguían allí. Y todos los cordones estaban desatados. Joe jamás se había quitado un par de zapatos desatándose antes los cordones. Se desprendía de los zapatos a patadas sin desatárselos, y siempre los llevaba bien atados, con un nudo doble, como si fuera aún un niño a quien se le desataban a menudo los zapatos. Danny había contraído hacía mucho la costumbre de coger los zapatos de su hijo con el nudo doble y desatarle los cordones. Habían pasado unos meses, o más, desde la muerte de Joe cuando Danny desató los últimos cordones de los zapatos de Joe.

Con aquel sinfín de fotografías en las paredes de Joe practicando la lucha y el esquí, lo que daban en llamar estudio era prácticamente un santuario del chico muerto. En opinión del cocinero, era un acto de masoquismo por parte de su hijo elegir ese sitio para escribir, pero una cojera como la de Dominic le impedía investigar el estudio de esa segunda planta con regularidad; Dominic rara vez se aventuraba a subir allí, ni siquiera cuando Daniel no estaba. Una vez retirada la cama, nadie más dormiría allí; por lo visto, ésa era la intención de Danny.

Las temporadas que Joe había pasado con ellos en Toronto, tanto el cocinero como su hijo oían al chico dejar caer los zapatos al suelo (como dos piedras) sobre sus cabezas, o los crujidos más sutiles de las tablas del suelo cuando se paseaba por allí (incluso descalzo, o con calcetines). También se oía la ducha de la segunda planta desde las tres habitaciones de la primera. Cada habitación de la primera planta tenía su propio baño, hallándose el dormitorio del cocinero y el de su querido Daniel en los extremos opuestos del largo pasillo, con la habitación de invitados entre ambos, por lo que padre e hijo disfrutaban de cierta intimidad.

Esa habitación de invitados con baño estaba recién arreglada —en espera de la prevista llegada de Ketchum, en lo que por entonces se había convertido en la visita anual por Navidad del leñador—, y como la puerta había quedado abierta, Danny y su padre no pudieron por menos de advertir que la mujer de la limpieza había colocado en lugar destacado, en el tocador de la habitación de invitados, un jarrón con flores recién cortadas. El ramo se reflejaba en el espejo del tocador, creando la impresión, desde el pasillo del primer piso, de que había dos jarrones con flores. (Aunque Ketchum no se habría fijado ni reconocido siquiera la presencia de una docena de jarrones con flores en su habitación, pensó el escritor). Danny sospechaba que la mujer de la limpieza se había encaprichado con Ketchum, aunque el cocinero sostenía que Lupita debía de sentir lástima por Ketchum debido a su edad. Las flores eran en previsión de lo cerca que estaba Ketchum de la muerte, dijo absurdamente Dominic, «tal como la gente pone flores en una tumba».

—Eso no lo piensas de verdad —dijo Danny a su padre.

Pero las flores y Lupita eran un misterio. La mujer de la limpieza mexicana nunca ponía un jarrón de flores en la habitación de invitados para ningún otro visitante de aquella residencia de Rosedale, y esa habitación de invitados de Cluny Drive se ocupaba con relativa frecuencia, no sólo en Navidad. Salman Rushdie, el autor sobre el que pesaba una amenaza de muerte, se alojaba a veces allí cuando visitaba Toronto; los otros amigos escritores de Danny Ángel, tanto europeos como estadounidenses, iban a menudo de visita. Armando y Mary DeSimone visitaban la ciudad al menos dos veces al año, y siempre se alojaban con Danny y su padre.

Muchos editores extranjeros de Danny habían dormido en esa habitación de invitados, lo que reflejaba el prestigio internacional del autor; la mayor parte de los libros en aquella habitación eran traducciones de las novelas de Danny Ángel. También colgaba en esa habitación de invitados un póster enmarcado de la edición francesa de *Bebé en la calle: Bébé dans la me*. (En el cuarto de baño contiguo había un póster de gran tamaño de la traducción alemana de esa misma novela: *Baby auf der Strasse*). Pero ajuicio de la mujer de la limpieza mexicana, sólo Ketchum merecía flores.

Lupita era un alma herida, y sin lugar a dudas reconocía el daño infligido a otros. Era incapaz de limpiar el estudio de Danny en la segunda planta sin llorar, pese a que no había conocido a Joe; durante los años que iba a Canadá desde Colorado, Joe nunca se quedaba mucho tiempo, y Danny y su padre no habían conocido aún a «la maravilla mexicana», como la llamaba el cocinero.

Lupita era un hallazgo relativamente reciente, pero la conmovían de manera perceptible aquellos dos caballeros tristes que habían perdido, respectivamente, a su hijo y su nieto. Le había comentado al cocinero que le preocupaba Danny, pero a Danny le decía simplemente: «Su hijo está en el cielo, en un lugar más alto que la segunda planta, señor Ángel».

—Acepto su palabra, Lupita —había contestado Danny.

—¿Enfermo? —preguntaba Lupita siempre, no al cocinero de setenta y seis años, sino a su deprimido hijo de cincuenta y ocho.

—No, no estoy enfermo, Lupita —contestaba Danny invariablemente—. Yo sólo soy un escritor. —(Como si eso explicara el aire de pesadumbre que ella debía de ver en él). Lupita también había perdido a un hijo; era incapaz de hablarle de ello a Danny, pero sí se lo contó al cocinero. No incluyó detalles, y apenas hizo mención al padre del niño, un canadiense. Si Lupita alguna vez había tenido un marido, lo había perdido también. Danny dudaba que hubiese muchos mexicanos en Toronto, pero probablemente pronto llegarían más.

Con su tersa piel morena y su larga melena negra, Lupita parecía no tener edad, aunque Danny y su padre le calculaban una edad intermedia entre las de ellos, alrededor de sesenta, y si bien no era alta, sí era robusta, visiblemente obesa, aunque no gorda en un sentido condenatorio.

Como Lupita tenía una cara agraciada, y acostumbraba dejar los zapatos en el suelo de la planta baja de la casa (se deslizaba por los pisos superiores descalza o con calcetines), Danny dijo una vez a su padre que Lupita le recordaba a Jane la Piel Roja. El cocinero no vio el parecido por ninguna parte; Dominic movió la cabeza en un severo gesto de negación ante la sola idea. O bien el padre de Danny se negaba a reconocer el evidente parecido entre Lupita y Jane, o a Danny le engañaba la memoria en cuanto a la imagen de la lavaplatos india, tal como a los novelistas los engaña la memoria con frecuencia.

A media tarde, mientras el cocinero se afanaba con los preparativos de la cena en el Patrice, Danny salía a menudo de su estudio en la segunda planta cuando los últimos rayos del sol, si es que lo había, penetraban débilmente por la claraboya. Esa tarde gris de diciembre no había el menor asomo de sol, con lo que al novelista le fue más fácil apartarse de su escritorio. La exigua luz de poniente apenas llegaba al pasillo del primer piso. Descalzo, Danny se encaminó con andar quedo hacia el dormitorio de su padre. En ausencia del cocinero, su hijo entraba en esa habitación para ver las instantáneas que Dominic había clavado en los cinco tableros colgados de las paredes.

En el dormitorio de su padre había un escritorio antiguo, con cajones, y Danny sabía que esos cajones contenían centenares de fotografías más. Con la ayuda de Lupita, Dominic reorganizaba incesantemente las instantáneas de los tableros; el cocinero jamás tiraba una foto: cada imagen que retiraba la devolvía a los cajones del escritorio. Así, fotos usadas dos veces (o usadas tres veces) volvían a parecer nuevas, expuestas una vez más en los tableros, siendo el único indicio de que se habían colgado con anterioridad el número excesivo de orificios casi invisibles.

En los tableros, las instantáneas se traslapaban intrincadamente conforme a una disposición confusa pero acaso temática, ya fuera por idea de Dominic o de Lupita, porque Danny sabía que sin la ayuda de la mujer de la limpieza mexicana su padre habría sido incapaz de desclavar y volver a clavar las fotografías con tan ostensible ardor y reiteración. Era un trabajo arduo, y debido al lugar que ocupaban en las paredes las instantáneas era necesario encaramarse al brazo del sofá o subirse a una silla a fin de llegar a las zonas más altas, labor que el cocinero, con su cojera, no podía llevar a cabo fácilmente. (Dado el peso de Lupita, y su edad estimada, Danny veía con preocupación que la mexicana ejecutase ese número de equilibrista en un sofá o una silla). Pese a su considerable imaginación, Danny Ángel no alcanzaba a desentrañar la lógica de su padre; las instantáneas traslapadas no admitían interpretación histórica o visual alguna. En una antigua fotografía en blanco y negro, Ketchum, sorprendentemente joven, parecía bailar con Jane la Piel Roja en lo que, como Danny recordaba con toda claridad, era la cocina del pabellón de Twisted River. El hecho de que esa vieja foto apareciese yuxtapuesta a otra (en color) de Danny con Joe (en su tierna infancia) en Iowa era inexplicable, salvo porque en esa fotografía, según recordaba Danny, salía también Katie, y el cocinero, hábilmente, la



había tapado por completo con una foto de Carmella junto a Paul Polcari, de pie ante el horno para *pizzas* del Vicino di Napoli; Tony Molinari o el viejo Giusé Polcari debían de haber tomado aquella foto.

De ese modo, Vermont se solapaba con Boston, y viceversa; el Avellino y el Mao's eran en apariencia intercambiables, y los rostros asiáticos del interludio en Iowa del propio cocinero aparecían al lado de otros más actuales de Toronto. Los primeros tiempos en el Maxim's, que dieron paso al Bastringue en Queen Street West, quedarían registrados con Ketchum en una u otra de sus furgonetas con caja descubierta, wanigans a todos los efectos, o en compañía de Joe durante su etapa universitaria en Colorado —a menudo con esquís, o en una carrera de mountain-bikes—, y había incluso una fotografía de Max, el amigo de Joe en Iowa City que (junto con Joe) casi resultó muerto en aquel callejón detrás de la casa de Court Street arrollado por el Mustang azul a toda velocidad. Para desconcierto de Danny, el retrato de los dos niños de ocho años estaba prendido al lado de uno del joven maestro culinario Silvestro, besado en ambas mejillas por las segundas jefas de cocina Joyce y Kristine.

¿Era posible, se preguntaba Danny, que Lupita hubiese clavado a los tableros la mayor parte de las fotografías no sólo con sus manos regordetas sino, también, con arreglo a sus ingenuos designios? Si los collages de instantáneas habían sido casi por entero obra de Lupita, si el cocinero no había intervenido apenas en la concepción general, eso explicaría la disposición en apariencia aleatoria. (Eso podría explicar asimismo, pensó el escritor, por qué ninguna fotografía de Ketchum había vuelto a los cajones del escritorio, no desde que Lupita había empezado a trabajar para Danny y su padre). ¿Cómo había conseguido el maderero de ochenta y tres años causar ese impacto romántico en la mujer de la limpieza mexicana de sesenta y tantos?, pensaba Danny. El cocinero parecía asqueado ante la sola idea; Lupita no podía haber coincidido con Ketchum más de dos o tres veces. «¡Debe de ser por el fervoroso catolicismo de Lupita!», había exclamado Dominic.

En opinión de su padre, como Danny sabía, sólo podían existir razones supersticiosas o absurdas para que una mujer en su sano juicio se sintiera atraída por Ketchum.

Ahora, en su propio dormitorio, Danny se puso la ropa de gimnasia. En el dormitorio de Danny no había fotografías de Joe; Danny Ángel tenía ya bastantes problemas de insomnio sin que hubiera retratos de su hijo muerto. Salvo por las noches —cuando salía a cenar o iba al cine—, Danny casi siempre estaba en casa, y la mayoría de las noches su padre trabajaba. La idea de semijubilación de Dominic consistía en que normalmente se marchaba del restaurante y volvía a casa a acostarse entre las diez y media y las once cada noche, incluso cuando el Patrice estaba de bote en bote; eso para él ya era jubilación suficiente.

Cuando Danny estaba de viaje por la promoción de un libro, o fuera de la ciudad por alguna otra razón, su padre entraba en el dormitorio de su hijo, sólo para recordar

cómo podrían haber sido las cosas si Joe no hubiese muerto. A Dominic Baciagalupo le entristecía que en el dormitorio de su querido Daniel sólo hubiese fotografías de la guionista Charlotte Turner, que tenía quince años menos que su hijo, y caray si se le notaban. Charlotte contaba sólo veintisiete años cuando conoció a Daniel, en 1984, y entonces él tenía cuarenta y dos. (Eso fue poco después de trasladarse a Canadá el cocinero y su hijo. *Al este de Bangor* acababa de publicarse, y Joe terminaba su primer curso en Colorado). Charlotte era sólo ocho años mayor que Joe, y los suyos eran unos veintisiete años muy bien llevados.

Ahora llevaba muy bien sus cuarenta y tres, reflexionó el cocinero. A Dominic le dolía ver los retratos de Charlotte, y detenerse a pensar en el afecto que sentía por la joven; a juicio del cocinero, Charlotte habría sido la esposa ideal para su solitario hijo.

Pero un trato es un trato. Charlotte quería hijos —«Un solo hijo, si es lo único que puedes asumir», había dicho a Danny—, y Danny le había prometido que la dejaría embarazada y le concedería un hijo. Sólo puso una condición. (Bueno, quizá «condición» no era la palabra exacta; acaso fuera más bien una «petición»). ¿Esperaría Charlotte a quedarse embarazada hasta que Joe terminase la carrera? Por aquel entonces a Joe le quedaban aún tres años en la Universidad de Colorado, pero Charlotte accedió a esperar; tendría sólo treinta cuando Joe obtuviese el título. Además, como el cocinero recordaba, ella y Daniel se querían mucho. Habían sido muy felices juntos; esos tres años no les parecieron un tiempo demasiado largo.

A los veintisiete años, Charlotte Turner se complacía en decir, teatralmente, que había vivido en Toronto «toda su vida». Y lo que es más, nunca había vivido con nadie, ni le había durado ningún novio más de seis meses. Cuando conoció a Danny, ella vivía en casa de su difunta abuela en Forest Hill; sus padres querían vender la casa, pero ella los convenció para que se la alquilaran. En vida de su abuela, la casa estaba llena de trastos y era un caos, pero Charlotte había subastado los muebles viejos y convertido la planta baja en su despacho, más una pequeña sala de proyección; en el piso de arriba, que contaba con un único cuarto de baño, había unido tres habitaciones muy pequeñas, casi inservibles, en un amplio dormitorio. Charlotte no sabía cocinar, y la casa no permitía recibir invitados; había dejado la anticuada cocina de su abuela tal como estaba, porque a ella le bastaba con eso. Ninguno de los novios de corta duración de Charlotte había pasado la noche en aquella casa —Danny sería el primero— y, en sentido estricto, Charlotte nunca llegó a instalarse en la casa de Cluny Drive.

El cocinero se había ofrecido a marcharse a vivir a otro sitio. Se veía como una potencial intromisión en la intimidad de su hijo, y Dominic deseaba a toda costa que la relación entre Daniel y Charlotte prosperase. Pero Charlotte no quiso ni oír hablar de «desahuciar» al padre de Danny, como ella lo planteó, o no hasta después de la boda, que se programó (con más de dos años de antelación) para junio de 1987, tras la licenciatura de Joe, que sería el padrino.

En su momento había parecido sensato esperar para la boda, y para el embarazo de Charlotte, y para tener un bebé en la casa. Era el deseo de Danny «encarrilar» a Joe —ésa era la palabra que el escritor empleaba— durante los años universitarios.

Pero había en Toronto quienes conocían el historial de Charlotte con los hombres; tal vez se habrían apostado cualquier cosa a que una boda a dos años vista tenía pocas probabilidades de celebrarse, o a que la joven guionista, en uno de sus numerosos viajes a Los Angeles, sencillamente no volvería. Durante los tres cortos años que habían pasado juntos, Charlotte apenas dejaba ropa en el armario del dormitorio de Danny. pese a que ella pasaba más noches en esa casa de Cluny Drive que Danny en la casa de ella en Forest Hill. Sí dejaba en cambio, en el cuarto de baño de Danny, sus no pocos artículos de tocador y un sinfín de cosméticos.

Tanto Charlotte como Danny eran madrugadores, y mientras Charlotte se dedicaba al cuidado de su pelo y de su piel —tenía una piel preciosa, recordó de pronto el cocinero—, Danny preparaba el desayuno. A continuación Charlotte cogía el metro en Yonge Street hasta St. Clair, desde donde iba a pie a su casa de Forest Hill; allí la esperaba una larga jornada de trabajo.

Incluso después de casada, decía siempre Charlotte, se proponía tener un despacho fuera de la casa de Cluny Drive. («Además, allí no hay espacio para toda mi ropa», dijo a Danny. «Incluso cuando tu padre se vaya, necesitaré al menos un despacho, si no una casa entera, para mi ropa»). Eso de la ropa podía llevar a engaño respecto a Charlotte, recordaba a menudo Dominic, sobre todo cuando veía retratos suyos. Sin embargo, al igual que Danny con sus novelas, Charlotte era con sus guiones una adicta al trabajo y no lo fue menos en el caso de la adaptación que propuso de *Al este de Bangor*, motivo del encuentro entre ella y Danny.

Charlotte conocía de sobra las innegociables condiciones de Danny Ángel en cuanto a la venta de los derechos cinematográficos de sus novelas; había leído las entrevistas en que Danny declaraba que alguien tendría que escribir una adaptación «medianamente aceptable» antes de que él se desprendiese de los derechos cinematográficos de tal o cual libro.

La guionista, una mujer alta de veintisiete años —aventajaba en una cabeza a Daniel, recordaría el cocinero, con lo que Charlotte se acercaba más en estatura y edad a Joe que a Danny o a su padre—, había accedido a escribir el borrador de un guión sobre *Al este de Bangor* «y a ver si había suerte». No habría intercambio de dinero, no se cederían derechos para el cine; si a Danny no le gustaba el guión, Charlotte tendría que aguantarse, así de simple.

—Seguro que ya has visto la manera de sacar una película de esta novela —había comentado Danny en su primera reunión. (No interrumpía la jornada a la hora del almuerzo. Quedarían a cenar en el Bastringue, adonde, por aquel entonces, Danny debía de ir tres o cuatro noches por semana).

—No, sencillamente quiero hacerlo, en cuanto a la manera... no tengo la menor idea —contestó Charlotte. Llevaba unas gafas de montura oscura y tenía todo el

aspecto de una chica aplicada, pero el suyo no era un cuerpo de ratón de biblioteca; además de su estatura, poseía una figura voluptuosa. (Debía de pesar unos cuantos kilos más que Daniel, según recordaba el cocinero). Era una chica corpulenta para llevar un vestido rosa, había pensado Danny esa primera noche, y lucía un carmín rosa a juego, pero Charlotte trabajaba mucho en Los Angeles; ya por 1984 parecía más de Los Angeles que de Toronto.

A Danny le complació sinceramente el primer borrador de su guión basado en *Al este de Bangor*; le complació lo suficiente para vender a Charlotte Turner los derechos cinematográficos de su novela por un dólar canadiense, que por aquel entonces equivalía a unos setenta y cinco centavos estadounidenses. Habían colaborado en posteriores borradores del guión, así que Danny había visto con sus propios ojos el ahínco que Charlotte ponía en su trabajo. Por esas fechas, Danny tenía el estudio en la planta baja de la casa de Cluny Drive, donde ahora estaba el gimnasio. Charlotte y él trabajaban allí, y en la casa de la abuela de ella en Forest Hill. La película tardaría quince años en realizarse, pero el guión de *Al este de Bangor* se fraguó en cuatro meses; para entonces, Charlotte Turner y Danny Ángel ya eran pareja.

En el dormitorio de Danny, dedicado a la memoria de Charlotte del mismo modo que el estudio de la segunda planta era un santuario en recuerdo de Joe, a menudo el cocinero se había maravillado por lo bien que Lupita quitaba el polvo y sacaba brillo a todos los marcos con las fotografías de la exitosa guionista. La mayoría de las fotos se habían tomado durante los tres años que Daniel y Charlotte estuvieron juntos; muchas eran de sus breves meses de verano en el lago Hurón. Al igual que otras familias de Toronto, los padres de Charlotte tenían una isla en la bahía de Georgia; según contaban, el abuelo de Charlotte ganó la isla en una partida de póquer, pero había quienes afirmaban que la había cambiado por un coche. Como el padre de Charlotte padecía una enfermedad terminal, y su madre (médica) pronto se jubilaría, Charlotte heredaría la isla, que se hallaba en la zona de Pointe au Baril Station. A Daniel le fascinaba esa isla, recordaría el cocinero. (Dominic había visitado la bahía de Georgia sólo una vez, y no le había gustado nada). Las únicas instantáneas de Charlotte que el cocinero seguía reciclando en el tablero de su dormitorio eran las de ella con Joe, porque Daniel no podía dormir con fotos del muchacho muerto en su dormitorio. El cocinero admiraba el afecto exento de celos que Charlotte sentía por Joe, quien pudo ver con sus propios ojos lo feliz que era su padre al lado de ella; Joe había simpatizado con Charlotte desde el primer momento.

Charlotte no era aficionada al esquí; aun así, toleraba aquellos fines de semana invernales y las vacaciones navideñas en Winter Park, donde el cocinero había preparado fabulosas cenas en la casa alquilada sobre la falda de la montaña. Los restaurantes de Winter Park no eran malos, o eran aceptables para Joe y sus amigos universitarios, pero no estaban a la altura de las exigencias del cocinero, y para Dominic Baciagalupo era un placer la oportunidad de cocinar para su nieto; el chico

no iba a Canadá con la debida frecuencia, no en opinión de Dominic. (Ni en opinión del escritor Danny Ángel). La poca luz que esa tarde de finales de diciembre todavía quedaba un rato antes se había extinguido ahora por completo; en las ventanas se veían la oscuridad y, en contraste, las luces de la ciudad mientras Danny hacía estiramientos en la colchoneta de su gimnasio. Como había sido su estudio antes de convertirse en gimnasio —y Danny a partir de cierta edad, había empezado a escribir sólo en horario diurno—, no tenía cortinas en las ventanas. En los meses de invierno, a menudo había oscurecido ya cuando comenzaba con sus ejercicios, pero a Danny le traía sin cuidado si alguien del barrio lo veía en las máquinas aeróbicas o con las pesas libres. Tanto cuando era su despacho como desde que se había convertido en gimnasio, lo habían fotografiado en esa habitación; también lo habían entrevistado allí, porque nunca permitía a ningún periodista entrar en su estudio de la segunda planta.

En cuanto se casasen, había dicho Charlotte, pondría cortinas o persianas en el gimnasio, pero como la boda se suspendió —junto con todo lo demás—, las ventanas de esa habitación seguían como antes. Era un gimnasio poco habitual, porque continuaba habiendo estanterías contra las paredes; aun después de instalarse a trabajar en el antiguo dormitorio de Joe en la segunda planta, Danny había dejado muchos de sus libros en ese cuarto de la planta baja.

Cuando Danny y su padre ofrecían una cena en la casa de Cluny Drive, todo el mundo dejaba los abrigos en el gimnasio; los colgaban en las barandillas de la cinta de andar, o sobre el simulador de escalera, o en la bicicleta estática, y los apilaban también en el banco de pesas. En esa sala había, además, un par de tablillas sujetapapeles y un paquete de papel de impresora en blanco, junto con muchos bolígrafos. A veces Danny tomaba notas mientras pedaleaba en la bicicleta estática a media tarde o cuando andaba en la cinta. Tenía las rodillas deshechas de tanto correr, pero aún podía caminar bastante deprisa en la cinta, y en la bicicleta estática o el simulador de escalera las rodillas no le molestaban.

Para un hombre de cincuenta y ocho años, Danny estaba en una forma física medio aceptable; conservaba aún una complexión más bien ligera, pese a que se había puesto unos kilos desde que bebía otra vez cerveza y vino tinto, aunque con moderación. Si Jane la Piel Roja viviese aún, le habría dicho a Danny que para alguien de su escaso peso, incluso un par de cervezas y una o dos copas de vino tinto eran excesivas. («En fin, la Piel Roja era muy severa con el tema del “agua de fuego”», había dicho siempre Ketchum, a quien la moderación no preocupaba mucho, ni siquiera a los ochenta y tres años). Era imposible saber cuándo llegaría Ketchum para pasar las navidades, pensaba Danny mientras alcanzaba un buen ritmo en el simulador de escalera; en Navidad, Ketchum sencillamente se presentaba. Para ser un fanático del fax, al que recurría una docena de veces por semana para comunicarse con Dominic o con Danny aparte de telefonarlos espontáneamente a cualquier hora del día y de la noche, Ketchum llevaba muy en secreto sus viajes por carretera, no

sólo sus viajes a Toronto por Navidad, sino sus salidas de caza a cualquier lugar de Canadá. (Cuando salía de caza —no a Québec, sino hacia el norte en Ontario— a veces también se dejaba caer por Toronto). Ketchum iniciaba sus cacerías en septiembre, al principio de la temporada del oso en Coos County. El viejo leñador sostenía que la población de osos negros en New Hampshire superaba los cinco mil animales, y la captura anual de osos era «sólo de unos quinientos o seiscientos bichos»; la mayoría de los osos se cobraban en las regiones del norte y el centro del estado, así como en las Montañas Blancas. A partir de la segunda semana de septiembre y hasta finales de octubre, estaba autorizado a llevar al perro cazador de osos, el antedicho «animal excelente» (a esas alturas ya nieto —¡o bisnieto!— de aquel primer animal excelente, cabía suponer).

El perro era un cruce, lo que Ketchum llamaba un walker bluetick. Era alto y flaco, como un walker foxhound, pero con el pelaje blanco del bluetick —con manchas y motas de un gris azulado—, y dotado de la superior viveza del bluetick. Ketchum conseguía sus walker blueticks en un criadero de Tennessee; siempre elegía un macho y lo llamaba *Héroe*. El perro nunca ladraba, pero gruñía cuando dormía —según Ketchum, el perro nunca dormía—, y soltaba un lastimero aullido siempre que daba caza a un oso.

En New Hampshire, el final de la temporada del oso coincidía parcialmente con la temporada de caza del ciervo con armas de avancarga, pero durante poco tiempo, sólo desde finales de octubre hasta la primera semana de noviembre. La temporada de caza del ciervo con armas estándar se prolongaba el resto del mes de noviembre hasta principios de diciembre, pero en cuanto Ketchum mataba un ciervo en Coos County (siempre abatía uno con su arma de avancarga) se marchaba al norte, a Canadá; allí la temporada con armas estándar terminaba antes.

El viejo maderero nunca había sido capaz de despertar el interés del cocinero en la caza del ciervo; a Dominic no le gustaban las armas, ni el sabor de la carne de venado, y con su cojera andar por el bosque no resultaba especialmente divertido. Pero cuando Danny y su padre se trasladaron a Canadá, y Danny conoció a Charlotte Turner, invitaron a Ketchum a ir a la isla de Charlotte en el lago Hurón; era el primer verano que Danny y ella pasaban en pareja, y también invitaron al cocinero a ir a la bahía de Georgia. Fue allí —en la isla de Turner— y entonces —en agosto de 1984— cuando Ketchum convenció a Danny para que probase la caza del ciervo.

Dominic Baciagalupo aborrecía la rusticidad impuesta por el veraneo en aquellas cabañas de las islas de la bahía de Georgia; en 1984, la familia de Charlotte aún usaba el retrete exterior. Y si bien disponían de lámparas de propano y nevera de propano, extraían del lago el agua que necesitaban (con el método del cubo).

Por otra parte, la familia de Charlotte parecía haber amueblado la casa principal y las dos cabañas dormitorio anexas con los sofás desechados, la vajilla desportillada y las camas mortalmente incómodas que habían sustituido en su casa de Toronto hacía mucho; peor aún, dedujo el cocinero, existía una tradición entre los veraneantes de las

islas de la bahía de Georgia a favor de ese comportamiento cicatero. Toda innovación —como por ejemplo, la electricidad, el agua caliente o el inodoro con cisterna— se consideraba deplorable por alguna razón.

Lo que el cocinero más detestaba era lo que comían. Las provisiones traídas de Pointe au Baril Station —en tierra firme—, en concreto la fruta y verdura y todo aquello que pasaba por «fresco», eran rudimentarias, y la gente chamuscaba en sus barbacoas al aire libre lo que asaba, ennegreciéndolo hasta dejarlo irreconocible.

En su primera y única visita a la isla de Turner, Dominic se mostró cortés y ayudó en la cocina —en la medida en que eso era tolerable—, pero el cocinero regresó a Toronto al final de un largo fin de semana aliviado por saber que nunca volvería a poner a prueba su cojera en aquellas escabrosas rocas, ni pisaría un muelle de Pointe au Baril Station.

«Aquí está demasiado presente Twisted River; no es sitio para el Coci», había explicado Ketchum a Charlotte y Danny cuando Dominic regresó a la ciudad. Si bien el maderero lo dijo para disculpar a su viejo amigo, Danny no tuvo al principio una reacción muy distinta de la de su padre ante la vida insular. La diferencia estribó en que Danny y Charlotte habían hablado de los cambios que introducirían en la isla, sin duda después (si no antes) de la muerte del padre de ella, y cuando su madre ya no pudiera subir y bajar sin peligro de un bote, o trepar por aquellas escarpadas rocas desde el embarcadero hasta la casa principal.

Danny aún usaba una máquina de escribir antigua; tenía media docena de Selectrics de IBM, que se averiaban continuamente. Quería electricidad para sus máquinas de escribir. Charlotte quería agua caliente —hacía tiempo que soñaba con lujos como una ducha exterior y una bañera enorme—, además de varios inodoros con cisterna. Tampoco estaría de más un poco de calefacción eléctrica, habían coincidido Danny y Charlotte, ya que por la noche refrescaba incluso en verano —aquello estaba muy al norte—, y al fin y al cabo pronto tendrían un bebé.

Danny también quería construir «una choza para escribir», como él la llamaba —sin duda recordaba el cobertizo de la granja de Vermont donde antiguamente escribía—, y Charlotte quería levantar una enorme veranda cerrada, algo de tamaño suficiente para unir la casa principal con las dos cabañas dormitorio, para que nadie tuviera que salir bajo la lluvia (ni exponerse a los mosquitos, que eran una plaga al anochecer).

En otras palabras, Danny y Charlotte tenían planes para aquel lugar, como es propio de las parejas enamoradas. Desde niña, Charlotte seguía acudiendo a su entrañable isla durante el verano; quizá lo que entusiasmaba a Danny eran las posibilidades mismas del lugar, la vida con Charlotte que había imaginado allí.

Ay, planes, planes, planes... ¡Cómo hacemos planes para el futuro como si el futuro fuera un hecho seguro! Al final, la pareja enamorada no esperó a que el padre de Charlotte muriera, ni a que su madre estuviera físicamente incapacitada para las asperezas de una isla en el lago Hurón. En los siguientes dos años, Danny y Charlotte

instalarían la electricidad, los inodoros con cisterna y el agua caliente, incluso la ducha al aire libre de Charlotte y también su bañera enorme, amén de la espaciosa veranda cerrada. Y se introdujeron otras «mejoras» sugeridas por Ketchum; el viejo leñador había empleado literalmente la palabra «mejoras» en su primerísima visita a la bahía de Georgia y la isla de Turner. En el verano de 1984, Ketchum era un dinámico hombre de sesenta y siete años, joven aún para tener sus propios planes.

Ese verano, Ketchum llevó al perro. El animal estuvo tan alerta como una ardilla desde el instante en que puso las patas en el embarcadero de la isla. «Debe de haber un oso por aquí; *Héro*e entiende de osos», dijo Ketchum. El cuello del sabueso se tensaba y, allí donde antes había piel suelta, ahora le sobresalía una cresta de pelo erizado; el perro permaneció tan cerca de Ketchum como la propia sombra del leñador. *Héro*e no era un perro al que uno acariciaría por iniciativa propia.

Ketchum no era amigo de veraneos; no pescaba ni tonteaba con barcas. El veterano gancho no sabía nadar. Lo que Ketchum vio en la bahía de Georgia, y en la isla de Turner, era cómo debía de ser aquel lugar a finales del otoño y durante el largo invierno, y cuando el hielo se rompía en primavera. «Juraría que por aquí hay muchos ciervos», comentó el viejo maderero; estaba aún en el embarcadero, poco después de su llegada y antes de descargar sus pertenencias. Parecía husmear el aire en busca del oso, como su perro.

«Tierra de pieles rojas», comentó con aprobación. «Bueno, al menos lo fue antes de que esos misioneros intentaran cristianizar el puto bosque». De niño había visto las fotografías en blanco y negro de una barrera flotante de troncos para papel en la bahía de Gore, en la isla de Manitoulin. El negocio maderero en la bahía de Georgia debía de estar en su apogeo alrededor de 1900, pero Ketchum había oído la historia y memorizado los ciclos anuales de la explotación forestal. (En los meses de otoño talaban los árboles, construían las pistas forestales y preparaban los ríos para el acarreo de maderadas en primavera, todo antes de la primera nevada. En invierno seguían talando y arrastraban los troncos por la nieve hasta los aguaderos del río. En primavera, conducían los troncos flotantes por las torrenteras y los ríos hasta la bahía). «Pero, en los años noventa, todos vuestros bosques bajaban en almadías hasta Estados Unidos, ¿no es así?», preguntó Ketchum a Charlotte. A ella la sorprendió la pregunta; no conocía la respuesta, pero Ketchum sí.

Al fin y al cabo, la explotación maderera era igual en todas partes. Los grandes bosques habían sido talados; los aserraderos habían sido desmantelados o desaparecido en incendios. «Los aserraderos se extinguieron por puro abandono», como le gustaba decir a Ketchum.

«Quizás el oso esté en una isla cercana», comentó Ketchum, echando una ojeada alrededor. «Si el oso estuviera en esta isla, *Héro*e se habría alterado más». (En opinión de Danny y Charlotte, aquel flaco sabueso parecía tan alterado como si hubiera un oso en el embarcadero). Resultó que ese verano un oso visitó la isla de Barclay. Un oso podía salvar a nado fácilmente la corta distancia entre las dos islas



—Danny y Ketchum habían descubierto que podían vadearla—, pero el oso no apareció en la isla de Turner, quizá porque había olido al perro de Ketchum.

«Quemad la grasa de la parrilla de la barbacoa después de usarla», les aconsejó Ketchum. «No dejéis fuera la basura y guardad la fruta en la nevera. Os dejaría a *Héroé*, pero lo necesito para que cuide de mí». Había una cabaña de madera desocupada, la primera construcción que se hizo en la isla de Turner, cerca del embarcadero de atrás. Charlotte se la enseñó a Ketchum. Las mosquiteras estaban un poco rotas, y la cama consistía en un par de literas arrancadas y unidas luego mediante clavos, una al lado de la otra, con un colchón de matrimonio que sobresalía de los bastidores. La manta estaba apolillada y el colchón enmohecido; nadie se había alojado allí desde que el abuelo de Charlotte dejó de ir a la isla.

Ésa había sido su cabaña, explicó Charlotte, y al morir el viejo, ningún otro miembro de la familia Turner se había acercado siquiera a la decrepita construcción que, según Charlotte, estaba encantada (o eso creía ella de niña).

Apartó una alfombra raída y sucia; quería enseñarle a Ketchum la trampilla oculta en el suelo. La cabaña se asentaba sobre unos pilones de cemento, no mucho más altos que bloques de hormigón —no tenía cimientos—, y bajo la trampilla no había nada aparte de tierra desnuda, a poco más o menos un metro por debajo del suelo de la cabaña. Rodeada de pinos, el viento había arrastrado la pinaza y la había acumulado bajo la cabaña, lo que confería a la tierra un aspecto engañosamente mullido y cómodo.

—No sabemos para qué usaba el abuelo la trampilla —explicó Charlotte a Ketchum—, pero como le gustaba el juego, sospechamos que escondía aquí su dinero.

*Héroé* olisqueaba la abertura en el suelo cuando Ketchum preguntó:

—¿Tu abuelo cazaba, Charlotte?

—Uy, sí —exclamó Charlotte—. Cuando murió, por fin tiramos sus armas. — (Ketchum hizo una mueca).

—Esto es un escondrijo para la carne —explicó Ketchum—. Seguro que tu abuelo venía aquí en invierno.

—¡Pues sí! —respondió Charlotte, impresionada.

—Probablemente después de la temporada del ciervo, cuando la bahía estaba congelada —dedujo Ketchum—. Supongo que cuando cazaba un ciervo..., la Policía Montada oía sin duda los disparos por lo silencioso que debe de estar esto en invierno, con toda la nieve... Y cuando venía la Policía Montada y le preguntaba a qué había disparado, imagino que tu abuelo les salía con cualquier cuento. Como que había disparado por encima de la cabeza de una ardilla roja porque la ardilla lo enloquecía con su parloteo, o que una manada de ciervos estaba comiéndose sus cedros preferidos, y él había disparado por encima de sus cabezas para que fueran a comerse todos los cedros en la isla de otro..., y mientras él hablaba, el ciervo, que tu abuelo habría destripado sobre esta abertura para no dejar manchas de sangre en la

nieve y conservar la carne en frío... En fin, ya me entiendes, ¿verdad que sí, Charlotte? —preguntó Ketchum—. ¡Esta abertura es el escondrijo para la carne de un cazador furtivo! Ya te lo he dicho, por aquí hay muchos ciervos, me juego lo que sea.

Ketchum y *Héroe* se habían alojado en esa cabaña de madera decrepita, encantada o no. («Diantres, casi siempre he vivido en casas encantadas», había comentado Ketchum). Las cabañas dormitorio, de construcción más reciente, no eran del agrado del viejo leñador; en cuanto a las mosquiteras rotas de la cabaña del abuelo, Ketchum dijo: «Si no te pican un par de mosquitos, no puede decirse que estás en el bosque». Y por lo visto al fondo de la bahía, detrás de la isla, se observaba mayor actividad entre los somorgujos, porque había menos embarcaciones; Ketchum también había deducido eso el primer día. Le gustaba el canto de los somorgujos. «Además, *Héroe* se tira unos pedos que no veas. ¡No te gustaría que apestara tus cabañas dormitorio, Charlotte!». Al final del día, Charlotte ya no se extrañaba que su abuelo hubiese sido cazador furtivo. Había muerto arruinado y alcohólico; las deudas de juego y el *whisky* habían podido con él. Ahora, al menos, la trampilla del suelo tenía una explicación, y eso pronto llevó a Ketchum a proponer sus mejoras. Al viejo gancharo ni se le pasó por la cabeza que a Charlotte jamás le hubiera interesado vivir en su querida isla en los gélidos meses invernales, cuando el viento imperante soplaba de tal modo que había inclinado de manera permanente los árboles, cuando las aguas de la bahía estaban heladas y se amontonaba la nieve y no había un alma alrededor salvo algún que otro hombre pescando a través del hielo y los chiflados que circulaban por el lago en motonieve.

—No sería muy complicado acondicionar la casa principal para vivir en invierno —empezó a decir Ketchum—. Cuando pongáis los inodoros con cisterna, aseguraos de instalar dos sistemas sépticos: el principal y otro más pequeño que nadie debe conocer. Olvidaos de usar las cabañas dormitorio; saldría demasiado caro calentarlas. Limitaos a la casa principal. Un poco de calefacción eléctrica bastará para evitar que se congelen las tuberías del retrete y el fregadero, y de esa bañera grande que tú quieres, Charlotte. Sólo tenéis que poner aislante térmico en las cañerías que bajan a la fosa séptica pequeña. Así podréis tirar de la cadena y desaguar el fregadero, y también la bañera. Es imposible bombear agua desde el lago, o calentar agua, al menos con un calentador de propano. Tendréis que abrir un agujero en el hielo y traer el agua con cubos; para los baños y para fregar los platos tendréis que calentar el agua en el fogón de gas. Dormiríais en la casa principal, claro, y la mayor parte del calor vendría de la estufa de leña. Tú también necesitarás una estufa de leña en la choza de escribir, Danny, pero nada más. El agua de detrás de la isla, la parte de la bahía que está más cerca de tierra firme, será la primera en congelarse; podéis traer la compra en un trineo tirado por una motonieve, y llevar la basura al pueblo de la misma manera. Diantres, desde aquí hasta tierra firme podríais ir esquiando o con raquetas —añadió Ketchum—. Basta con que no piséis el agua helada del principal canal de salida de Pointe au Baril Station. Sospecho que el hielo en ese canal no es

muy sólido.

—Pero ¿para qué vamos a venir aquí en invierno? —preguntó Danny al viejo leñador; Charlotte sencillamente mantenía la mirada fija en Ketchum con cara de incompreensión.

—¿Y si venimos aquí este invierno, Danny? —preguntó Ketchum al escritor—. Te enseñaré por qué podría gustarte.

Ketchum no se refería al «invierno», no exactamente. Se refería a la temporada del ciervo, que era en noviembre. La primera temporada del ciervo en que Danny se reunió con Ketchum en Pointe au Baril Station, el hielo no tenía grosor suficiente para cruzar la parte de la bahía que quedaba entre la isla de Turner y tierra firme; ni siquiera las raquetas o unos esquís de fondo habrían sido seguros, y la motonieve de Ketchum se habría hundido con toda seguridad. Además de la motonieve y un amplio surtido de equipo para el mal tiempo, Ketchum había llevado las armas, pero había dejado a *Héro*e en casa; en realidad, había dejado a ese animal excelente con Pam la Seis Jarras. La Seis Jarras tenía perros, y *Héro*e «toleraba» a sus perros, dijo Ketchum. (La caza del ciervo era «inapropiada» para perros, añadió Ketchum). De todos modos, no importaba si ese primer año no podían ir a la isla de Charlotte. El constructor no terminaría todas las mejoras antes del verano siguiente; el ingenioso acondicionamiento propuesto por Ketchum también tendría que esperar hasta entonces. El constructor, Andy Grant, era lo que Ketchum llamaba afectuosamente «un fulano del lugar». De hecho, Charlotte había crecido con él; eran amigos desde la infancia. Andy no sólo había reformado la casa principal para los padres de Charlotte hacía unos años, sino que, más recientemente, también había restaurado las dos cabañas dormitorio con arreglo a las instrucciones de Charlotte.

Andy Grant indicó a Ketchum y a Danny dónde encontrar ciervos en la zona de Bayfield, y Ketchum conocía ya a un fulano, un tal LaBlanc, que se presentaba como guía de caza; LaBlanc mostró a Ketchum y Danny una zona al norte de Pointe au Baril, en las inmediaciones de la ensenada de Byng y el río Still. Pero, en el caso de Ketchum, daba igual dónde cazaba; había ciervos por todas partes.

Al principio Danny se sintió un poco insultado por el arma que Ketchum había elegido para él; una Winchester Ranger, que se fabricó en New Haven, Connecticut, a mediados de los ochenta y luego dejó de producirse. Era una escopeta de repetición de calibre veinte, con acción de bombeo, lo que Ketchum llamaba una «corredera». Lo que al principio insultó a Danny fue que la escopeta era un modelo «juvenil».

—Ahora no se te vayan a cruzar los huevos por algo así —dijo Ketchum al escritor—. Es una buena arma para un principiante. Cuando empiezas a cazar, más vale ir a por lo sencillo. He visto a más de un fulano volarse los dedos de los pies.

Por el bien de los dedos de sus pies, supuso Danny, Ketchum indicó al principiante que mantuviera siempre tres cartuchos en la Winchester: uno en la recámara y dos más en el cargador tubular.

—Nunca olvides cuántos cartuchos llevas —dijo Ketchum.

Danny sabía que los dos primeros cartuchos eran perdigones; el tercero era una bala para ciervos, lo que Ketchum llamaba «tiro mortal». No tenía sentido cargar más de tres cartuchos, fuera cual fuese la capacidad de la escopeta.

—Si necesitas un cuarto o un quinto disparo, es que ya has fallado —indicó Ketchum a Danny—. El ciervo se ha ido hace rato.

Por la noche, a Danny le costó mantener a Ketchum alejado del bar que albergaba el motel Larry's Tavern, al sur de Pointe au Baril Station, en la Nacional 69. Las paredes del motel eran tan delgadas que se oía a quienquiera que estuviese echando un polvo en la habitación de al lado.

—Un capullo de camionero y una fulana —declaró Ketchum la primera noche.

—No creo que haya fulanas en Pointe au Baril —comentó Danny.

—Entonces es un ligue de una noche —contestó Ketchum—. Por lo que se oye, desde luego no parecen casados.

Otra noche se oyeron ciertos maullidos femeninos, interminables.

—Ésta no parece la misma de anoche, ni la de la noche anterior —dijo Ketchum.

Quienquiera que fuese la mujer, no paró.

—¡Me corro! ¡Me corro! —repitió una y otra vez.

—¿Lo estás cronometrando, Danny? Podría ser un récord —observó Ketchum, pero salió desnudo al pasillo y aporreó la puerta del orgasmo más largo del mundo—. Eh, tío —advirtió el viejo gancho—. Está claro que esa mujer miente.

Abrió la puerta un joven amenazador, con ánimo de pelea, pero la pelea —si podía llamarse así— se acabó enseguida. Ketchum sometió al individuo mediante una presa asfixiante antes de que el fulano consiguiera lanzar más de uno o dos puñetazos.

—Yo no mentía —protestó la mujer desde la habitación a oscuras, pero para entonces ni siquiera el joven la creía.

No era ésa la clase de incomodidades que Danny había previsto en sus acampadas con Ketchum mientras cazaban ciervos. En cuanto a los ciervos, el primer macho que Danny abatió en Bayfield requirió los tres cartuchos, incluido el tiro mortal.

—Bueno, los escritores deberían saber lo mucho que cuesta morir a veces, Danny —fue lo único que dijo Ketchum.

Ketchum consiguió su ciervo en la ensenada de Byng, con un solo disparo de su calibre doce. La siguiente temporada en Ontario cazaron otros dos ciervos —ambos en el río Still— y para entonces las llamadas mejoras en la isla de Charlotte habían terminado, incluido el acondicionamiento para el invierno. Ketchum y Danny volvieron a Pointe au Baril Station a primeros de febrero, cuando el hielo de la bahía entre la isla y tierra firme tenía más de medio metro de espesor. Siguieron el remolque de la motonieve desde Payne's Road, saliendo de Pointe au Baril, y atravesaron el hielo y la nieve suelta hasta el embarcadero de detrás y la cabaña del abuelo.

Había acabado la temporada del ciervo, pero Ketchum llevaba su calibre doce.

—Por si acaso —dijo a Danny.

—Por si acaso ¿qué? —preguntó Danny—. No vamos a dedicarnos a la caza furtiva de ciervos, Ketchum.

—Por si acaso hay algún otro bicho —contestó Ketchum.

Más tarde Danny vio a Ketchum asar un par de filetes de venado en la barbacoa, que Andy había conectado al propano en la nueva veranda cerrada de Charlotte; la veranda estaba tapiada en invierno para que no entrara la nieve, porque los muebles de verano exteriores y las dos canoas se guardaban allí. Aunque Danny no lo sabía, Ketchum había llevado asimismo su arco.

Danny no recordaba que Ketchum también cazaba con arco, y que la temporada de caza del ciervo con arco en New Hampshire duraba tres meses; Ketchum tenía mucha práctica.

—Eso es caza furtiva —dijo Danny al maderero.

—La Policía Montada no ha oído ningún disparo, ¿verdad que no? —preguntó Ketchum.

—Aun así, es caza furtiva, Ketchum.

—Si no oyes nada, viene a ser como si no fuera nada, Danny. Ya sé que al Coci no le entusiasma el venado, pero a mí me parece que así queda muy rico.

A Danny en realidad no le gustaba la caza del ciervo —o al menos lo relativo a matar—, pero se lo pasaba bien en compañía de Ketchum, y ese febrero de 1986, cuando estuvieron unas noches en la casa principal de la isla de Turner, Danny descubrió que el invierno en la bahía de Georgia era extraordinario.

Desde su nueva choza de escribir, Danny veía un pino al que el viento había moldeado; estaba doblado casi en ángulo recto respecto a sí mismo. Cuando caía nieve nueva y se daban condiciones próximas al *whiteout* o luminosidad blanca —de modo que se desdibujaba el límite entre las rocas de la costa y la bahía helada—, Danny tenía la impresión de que el pequeño árbol se aferraba de una manera tenaz y a la vez precaria a su propia supervivencia.

Danny, sentado sin moverse en su choza de escribir, contemplaba ese pino doblado por el viento; en realidad, imaginaba cómo sería pasar todo un invierno en la isla del lago Hurón. (Sabía naturalmente que Charlotte no lo habría tolerado durante más de un fin de semana). Ketchum había entrado en la choza de escribir; había subido agua del lago y la había puesto a hervir en ollas de pasta en el fogón de gas. Había ido para preguntar a Danny si quería darse el primer baño o el siguiente.

—¿Ves ese árbol, Ketchum? —preguntó Danny, señalando el pequeño pino.

—Te refieres a ese que el viento ha jodido, supongo —dijo Ketchum.

—Sí, ése —contestó Danny—. ¿A qué te recuerda?

—A tu padre —respondió Ketchum sin vacilar—. Ese árbol lleva la palabra Coci escrita por todas partes, pero seguirá adelante, Danny, como tu padre. El Coci saldrá adelante.

Ketchum y Danny fueron a cazar ciervos en los alrededores de Pointe au Baril en

noviembre de 1986 —su tercera y última temporada del ciervo juntos— y también fueron de «acampada», como lo llamaban ellos, a la isla de Turner a finales de enero del 87. Por insistencia de Danny, y para considerable consternación de Ketchum, no hubo más caza con arco fuera de temporada. En lugar del arco y las flechas de caza, Ketchum llevó a *Héroe*, junto con la calibre doce —«por si acaso»—, que nunca llegó a dispararse.

Danny sospechaba que la fama de pedorro del perro cazador de osos era una exageración; ese enero, Ketchum volvió a poner el perro como excusa para dormir en la cabaña de madera del abuelo, que no tenía calefacción. Con tanto acondicionamiento para el invierno, en la casa principal hacía demasiado calor (y era demasiado cómoda) para el viejo leñador, a quien, según decía, le gustaba ver su aliento por la noche, eso cuando veía algo. Danny no imaginaba qué podía ver Ketchum por la noche en la cabaña del abuelo, porque allí no había electricidad ni lámparas de propano. El maderero se llevaba una linterna cuando iba a acostarse, pero la empuñaba como una porra; Danny nunca lo vio encenderla.

Ketchum sólo había ido una vez a la isla de Charlotte en verano, la misma que el cocinero había ido y se había marchado. Charlotte no llegó a enterarse de que Ketchum llevaba también entonces la calibre doce, pero Danny sí lo supo. Había oído a Ketchum disparar a una serpiente de cascabel en el embarcadero de la parte de atrás. Charlotte se había ido en el bote a Pointe au Baril Station; no oyó el disparo.

—Las serpientes de cascabel son una especie protegida... y en peligro de extinción, creo —dijo Danny al gancho. Ketchum ya había despellejado la serpiente y cortado los anillos de la cola.

En verano, Charlotte llevaba el bote para su mantenimiento a Desmasdons, el varadero donde invernan los barcos. Ahora, mientras Danny observaba a Ketchum despellejar la serpiente, se acordó de un cartel en la nevera de helados del Desmasdons: mostraba las diversas serpientes de Ontario, entre ellas la cascabel massasauga del este. Esas cascabeles estaban muy protegidas, intentaba hacerle comprender Danny a Ketchum, pero el leñador lo atajó.

—*Héroe* tiene inteligencia suficiente para no dejarse picar por una puta serpiente, Danny; a él no necesito protegerlo —prorrumpió Ketchum—. Pero, en cuanto a Charlotte y a ti, no estoy tan seguro. Vais los dos de un lado al otro de esta isla... ¡Os he visto! Charlando y sin mirar por dónde pisáis. Los enamorados no andan atentos por si aparece una serpiente de cascabel, tampoco aguzan el oído por si las oyen. Y Charlotte y tú vais a tener un niño, ¿no es así? No son las serpientes de cascabel las que necesitan protección, Danny. —Dicho esto, Ketchum le cortó la cabeza a la serpiente con su navaja Browning. Vacío el veneno de los colmillos en una roca; luego lanzó la cabeza desde el embarcadero de atrás hacia la bahía—. Comida para peces —dijo—. Soy todo un ecologista, a veces. —Arrojó la piel de la serpiente al tejado de la cabaña del abuelo, donde el sol la secaría, dijo, y añadió:

—Si las gaviotas y los cuervos no la encuentran antes.

Las aves la encontraron, y armaron tal alboroto por la piel de serpiente a la mañana siguiente temprano que Ketchum estuvo tentado de volver a disparar su calibre doce, esta vez para ahuyentar a las gaviotas y los cuervos del tejado de la cabaña de madera. Pero se contuvo sabiendo que Charlotte oiría la detonación; Ketchum optó por salir y tirar piedras a las aves. Vio a una gaviota alejarse con los restos de la piel de serpiente. («No se ha desperdiciado nada», según describió el maderero más tarde el episodio a Danny). Ese día, se presentó la Policía Montada a bordo de su embarcación para indagar acerca del disparo del día anterior. ¿Alguien lo había oído? Una persona en la isla de Barclay dijo que le había parecido oír un disparo en la isla de Turner. «Yo también lo oí», tomó la palabra Ketchum y captó la atención de los dos jóvenes policías. Ketchum incluso recordaba la hora con impresionante precisión, pero dijo que sin duda el disparo procedía de tierra firme. «A mí me sonó a calibre doce», declaró el veterano leñador, «pero sobre el agua las detonaciones pueden amplificarse y distorsionarse». Los dos policías asintieron ante tan sabia apreciación; la hermosa pero incauta Charlotte asintió también.

Después murió Joe, y Danny perdió la poca afición que tenía por matar. Y cuando Danny perdió a Charlotte, Ketchum y él renunciaron a sus viajes en pleno invierno a la isla de Turner en la bahía de Georgia.

Algo de Pointe au Baril Station permaneció en Danny a pesar de que dejó de ir. De hecho, su ruptura con Charlotte fue tan civilizada que ella, incluso cuando ya no estaban juntos, le ofreció compartir su isla de veraneo. Tal vez Danny pudiera ir en julio, y ella iría en agosto, propuso. Al fin y al cabo, él también había puesto dinero en las mejoras. (El ofrecimiento de Charlotte era sincero, no sólo cuestión de dinero). Pero no era la bahía de Georgia en verano lo que había entusiasmado a Danny en el pasado. Él había disfrutado estando allí con ella; habría disfrutado en cualquier sitio estando con Charlotte, pero desde el momento en que ella salió de su vida siempre que Danny pensaba en el lago Hurón pensaba sobre todo en aquel pino torcido por el viento en invierno. ¿Cómo podía pedirle permiso a Charlotte para disponer de la vista invernal de ese pequeño árbol desde su choza de escribir: el pino maltratado por las inclemencias del tiempo que ahora sólo veía en la imaginación?

¿Y cómo habría podido Danny tener otro hijo después de perder a Joe? El día que murió Joe supo que también perdería a Charlotte, porque percibió casi de inmediato que su corazón no soportaría la pérdida de otro hijo; no resistiría la angustia, o ese terrible final, otra vez.

Charlotte lo supo también, incluso antes de que él reuniera el valor para comunicárselo.

—No te exigiré que cumplas tu promesa —dijo ella—, aunque eso signifique que yo tenga que seguir con mi vida.

—Deberías seguir con tu vida, Charlotte —le aconsejó él—. Me resulta imposible.

Ella se casaría con otro poco después. Un buen hombre: Danny lo había conocido

y le había caído bien. Era del mundo del cine, un director francés instalado en Los Angeles. Además tenía una edad más cercana a la de Charlotte. Charlotte ya tenía un bebé, una niña, y ahora esperaba su segundo hijo, uno más de lo que Danny le había prometido.

Charlotte había conservado su isla en la bahía de Georgia, pero se había marchado de Toronto y ahora vivía en Los Angeles. Regresaba a Toronto cada septiembre para el festival de cine, y esa época del año —principios del otoño— a Danny siempre le parecía un buen momento para irse de la ciudad. Aún hablaban por teléfono —siempre era Charlotte quien llamaba; Danny no la llamaba nunca—, pero tal vez fuera más fácil para los dos no verse.

Charlotte Turner estaba muy embarazada —a punto de tener su primer hijo— cuando ganó el Oscar al mejor guión adaptado por *Al este de Bangor* en marzo del año 2000. Danny y su padre vieron por televisión cómo Charlotte aceptaba la estatuilla. (El Patrice cerraba los domingos por la noche). En cierto modo, verla por televisión —desde Toronto, cuando Charlotte estaba en Los Angeles—... en fin, eso no era lo mismo que verla realmente, ¿no? Tanto el cocinero como Danny le desearon lo mejor.

Fue mala suerte. «Sucedió en el peor momento, ¿verdad?», había dicho Ketchum. (Si Joe hubiese muerto tres meses después, es probable que Danny ya hubiera dejado embarazada a Charlotte. Realmente había sido un mal momento). Joe y la chica habían coincidido en unas cuantas asignaturas en Boulder —ella también estaba en el último curso de la universidad—, y su viaje a Winter Park juntos quizá fuera un regalo de cumpleaños tardío que Joe decidió concederse. Según sus amigos comunes, Joe y la chica se acostaban desde hacía poco tiempo. Era la primera vez que la chica iba sola con Joe a la casa de Winter Park, si bien Danny y su padre se acordaban de que ella había pasado un par de noches en la casa durante las últimas vacaciones de Navidad, cuando un grupo de amigos universitarios de Joe —chicos y chicas, sin una relación perceptible entre ellos (al menos que vieran el cocinero y su hijo)— estaba también en la casa de Winter Park, de acampada.

Al fin y al cabo era una casa grande y —como había dicho Charlotte, que por edad estaba más cerca de Joe y sus amigos que de Danny y Dominic— era imposible saber quién dormía con quién. Eran muchos y parecían amigos de toda la vida. Esa última Navidad en Colorado los jóvenes habían sacado los colchones de todas las habitaciones de invitados y los habían amontonado en la sala de estar, donde los chicos y las chicas se habían acurrucado y dormido delante de la chimenea.

Así y todo, a pesar de aquel tumulto, y en medio del sinfín de turnos de ducha —a Danny y a su padre les había sorprendido que algunas de las chicas se ducharan juntas—, el cocinero y su hijo advirtieron algo especial en aquella chica. Charlotte no lo había visto. Fue sólo por un brevísimo instante, y quizá no significara nada, pero cuando Joe murió con la chica, el escritor y el cocinero no pudieron olvidar aquello.

Ella era bonita y menuda, casi etérea, y, como es natural, Joe puso especial interés



en contar a su padre y a su abuelo que había conocido a Meg en una clase de dibujo al natural, en la que ella posaba como modelo.

«Una mirada a la chica no es suficiente; no basta ni remotamente», diría el cocinero a Ketchum poco después esa Navidad.

No era sólo porque fuese una exhibicionista, aunque Meg lo era sin lugar a dudas; como ocurría con Katie, había comprobado Danny esa primera vez, sólo con posar la vista en Meg ya resultaba casi doloroso apartar la mirada. (En cuanto uno la veía, le era difícil mirar en otra dirección).

—Vaya una distracción es esa chica —comentó Danny a su padre.

—Ésa es de las que traen problemas —contestó el cocinero.

En cierto momento, los dos hombres de mayor edad iban por el pasillo de la primera planta de la casa de Winter Park. El ala donde estaban las habitaciones de invitados era un curioso anexo en forma de ele que salía de ese pasillo, tan extraño desde un punto de vista arquitectónico que uno no podía pasar por la confluencia sin echar al menos un vistazo al pasillo del ala de invitados, y por eso Danny y Dominic repararon en el ligero revuelo. Por otra parte, también es posible que volvieran la cabeza en esa dirección por los penetrantes chillidos y risas de las jóvenes: lo cual no era una circunstancia cotidiana en las vidas del cocinero y su hijo.

Meg y otra chica salían de una de las habitaciones de invitados, las dos envueltas en toallas. Tenían el pelo mojado —debían de acabar de salir de la ducha— y corrían torpemente, con sus toallas bien ceñidas, hacia la puerta de otra habitación de invitados; la otra chica desapareció en la habitación, y Meg se quedó sola en el pasillo del ala de invitados justo en el momento en que Joe doblaba el recodo de la ele. Todo ocurrió tan repentinamente que Joe no llegó a ver a su padre ni a su abuelo, y Meg tampoco los vio. Vio sólo a Joe, y sin duda él la vio a ella, y antes de escabullirse en la habitación de invitados y cerrar la puerta —en medio de más chillidos y risas procedentes del interior de la habitación—, Meg se abrió la toalla para mostrarse a Joe.

«¡Sacudió las tetas delante de él!», describiría el cocinero el episodio a Ketchum pasado un tiempo.

—Una distracción, sin duda —se limitó a decir Danny en ese momento.

Fue lo que Charlotte habría llamado una «frase prescindible» —alusión a cualquier diálogo superfluo en un guión—, pero después del accidente que costó la vida a Joe y a Meg, la palabra «distracción» perduró.

¿Por qué no llevaban el cinturón de seguridad, por ejemplo? ¿Había estado la chica haciéndole una mamada? Probablemente; Joe tenía la bragueta abierta y el pene le asomaba del pantalón cuando se descubrió el cadáver. Había salido despedido del coche y muerto en el acto. Meg tuvo menos suerte. La chica fue hallada con vida, pero tenía la cabeza y el cuello en un ángulo antinatural; quedó encajonada entre los pedales del freno y el acelerador. Murió en la ambulancia antes de llegar al hospital.

Al principio, lo que había llevado a Joe y a Meg a saltarse dos días de clase en

Boulder y viajar en coche a Winter Park parecía bastante obvio; sin embargo, los dos días de nieve nueva e ininterrumpida no fueron la razón dominante. Además, era la nieve propia de finales de marzo, húmeda y densa: el esquí debía de ser lento, la visibilidad en la montaña traicionera. Y a juzgar por el aspecto de la casa en Winter Park —es decir, antes de que la mujer de la limpieza entrara apresuradamente e intentara restablecer un poco de orden—, Joe y la chica habían pasado casi todo el tiempo dentro. No parecía que hubieran esquiado mucho. Es posible que aquello no tuviera más trascendencia que la mayoría de los experimentos juveniles, pero por lo visto la joven pareja, a modo de juego, había dormido en todas las camas de la casa.

Como es natural, quedarían algunas preguntas sin respuesta. Si no habían ido a Winter Park a esquiar, ¿por qué habían esperado hasta la noche del segundo día para regresar a Boulder? Joe sabía que pasadas las doce de la noche, y antes del amanecer, la patrulla de montaña tenía por costumbre cerrar el puerto de Berthoud en la Federal 40 siempre que existía peligro de aludes; con una nieve tan densa y húmeda, y dado que era la época de aludes, posiblemente Joe no quiso arriesgarse a salir antes del amanecer del día siguiente, cuando quizás aún estuvieran provocando aludes con dinamita por encima del puerto de Berthoud. Por supuesto, los dos amantes podían haber esperado hasta entrada la mañana, pero tal vez Joe y Meg pensaron que faltar dos días a clase ya era más que de sobra.

Cuando se marcharon, nevaba copiosamente en Winter Park, pero apenas había tráfico de esquiadores en la Federal 40 en dirección a la Interestatal 70, y ésta era una autovía muy transitada. (Bueno, era una noche de entre semana; para la mayoría de los colegios y facultades que tenían un descanso en marzo, las vacaciones habían terminado). Joe y Meg debieron de adelantar a la máquina quitanieves en lo alto del puerto de Berthoud; el operario de la quitanieves se acordaría del coche de Joe, aunque sólo había visto al conductor. Al parecer, el operario no había reparado en la acompañante: quizá la mamada ya se había iniciado. Pero Joe había saludado con la mano al operario, y el operario, según recordaba, le devolvió el saludo.

Sólo segundos después el operario avistó el otro coche; venía en dirección contraria, de la 1-70, y el operario supuso que era «un condenado conductor de Denver», porque el conductor iba demasiado deprisa para unas condiciones meteorológicas casi de ventisca. En opinión del operario. Joe conducía con prudencia, o al menos relativamente despacio, dada la tormenta y la resbaladiza calzada a causa de la nieve húmeda. Mientras que el coche de Denver —si el conductor realmente era de Denver— derrapaba sin control al pasar por el puerto. El operario le lanzó una advertencia con los faros, pero el otro coche no aminoró la marcha.

«Sólo era un borrón azul», dijo el operario en su declaración a la policía. («¿Qué clase de azul?», le preguntaron). «Con tanta nieve, no estoy muy seguro del color», reconoció el operario, pero Danny siempre imaginaría el otro coche de un tono poco habitual de azul: una pintura personalizada, como lo había llamado Max.

En cualquier caso, el coche misterioso desapareció sin más; el operario no llegó a ver al conductor.

La quitanieves se abrió paso después cuesta abajo, más allá del puerto —en dirección a la 1-70—, y fue entonces cuando el operario se encontró con el accidente en la Federal 40: el coche de Joe del revés. No habían pasado más automóviles por el puerto, o el operario los habría visto, así que la interpretación que hizo el operario de las marcas de neumáticos en el momento del derrape probablemente era correcta. El otro coche —girando las ruedas, resbalando hacia un lado la parte de atrás— había derrapado en el carril ascendente e invadido el carril de bajada, por el que circulaba Joe; a juzgar por las huellas en la nieve, el operario vio que Joe se había visto obligado a cambiar de carril para evitar la colisión de frente. Pero los dos coches no habían entrado en contacto; habían cambiado de carril sin tocarse.

En una carretera nevada y húmeda, como sabía el operario, un coche cuesta arriba puede enderezarse después de un derrape: basta con levantar el pie del acelerador y el coche reduce la velocidad y deja de derrapar. En el caso de Joe, claro está, el coche siguió adelante; chocó contra el enorme montículo de nieve que había enterrado la valla de seguridad en el lado escarpado de la Federal 40, allí donde los conductores que atraviesan el puerto de Berthoud prefieren no mirar abajo. En ese tramo de la carretera, la altura era considerable, pero el montículo de nieve de aspecto blando estaba densamente apisonado y muy duro; el coche rebotó en dicho montículo y volvió al carril ascendente de la Federal 40, donde dio una vuelta de campana. Por las marcas en la nieve, el operario supo que el coche de Joe se había deslizado hacia abajo sobre el techo por el tramo más empinado de la carretera. Tanto la puerta del conductor como la del acompañante se habían abierto.

¿Cómo había expresado la pregunta uno de los que entrevistaron a Danny Ángel?

—¿No le parece a usted, señor Ángel, considerando lo despacio que conducía su hijo, así como el hecho de que no chocó contra el otro vehículo, que, con toda probabilidad, su hijo y la chica habrían sobrevivido si hubiesen llevado puestos los cinturones de seguridad?

—Con toda probabilidad —había repetido Danny.

La policía dijo que era imposible imaginar que el conductor del otro coche no se diese cuenta del peligro en que se hallaban Joe y Meg; pese a todos sus derrapes, el supuesto conductor de Denver debió de haber visto lo que le ocurría al coche de Joe. Pero no se detuvo, quienquiera que fuese, hombre o mujer. Si acaso, según el operario, el otro coche aumentó la velocidad, como para alejarse del accidente.

Danny y su padre rara vez hablaban del accidente en sí, pero naturalmente el cocinero sabía qué pensaba su hijo escritor. Para cualquiera con imaginación, la pérdida de un hijo conlleva una maldición especial. Dominic comprendió que su querido Daniel perdía a su querido Joe una y otra vez, quizá de una manera distinta en cada ocasión. Danny se preguntaría asimismo si el otro coche tenía conductor, porque sin duda era el Mustang azul. Ese vehículo infractor había estado buscando a

Joe a lo largo de todos esos años. (En el momento del accidente en el puerto de Berthoud habían transcurrido casi catorce años desde el semiaccidente en el callejón detrás de la casa de Court Street en Iowa City, cuando Max —que había visto el Mustang azul más de una vez— y el propio Joe, a sus ocho años, juraron que no había conductor). Era un Mustang azul sin conductor, y tenía una misión. Tal como Danny se había representado en la imaginación a su hijo de dos años en pañales, asesinado en Iowa Avenue, así había encontrado el operario de Winter Park el cuerpo real de Joe: muerto en la carretera.

## 13. Besos de lobo

A las siete y media del sábado por la tarde —era el 23 de diciembre, la última noche antes de cerrar el restaurante para las vacaciones de Navidad—, el Patrice estaba lleno hasta los topes. Arnaud, exultante, saludaba a los clientes de mesa en mesa como si fueran de su familia. El entusiasmo del propietario era contagioso. Se informó a todos los comensales acerca de los inminentes cambios en el restaurante; a partir de Año Nuevo les esperaban un ambiente y un menú más informales. «¡Y precios más bajos!», decía Arnaud, estrechando manos, besando mejillas. Cuando volviera a abrir el restaurante, hasta el nombre sería distinto.

—Se acabó «Patrice» —anunciaba Arnaud, pasando de mesa en mesa—. El nuevo nombre no se olvida con facilidad. ¡Tiene cierta... garra!

—¿El nuevo restaurante se llamará Gana? —preguntó Ketchum con recelo al francés. El viejo maderero era cada vez más duro de oído, especialmente del oído derecho, y Arnaud hablaba desde el lado derecho del leñador. (Esa noche se había congregado allí una clientela muy bulliciosa, y el local estaba de bote en bote). Demasiadas detonaciones de armas, pensaba Danny Ángel. Ketchum padecía lo que él llamaba «oído de cazador», pero el escritor sabía que la sordera de Ketchum se debía a la moto-sierra y afectaba a los dos oídos. Probablemente habría dado igual a qué oído se dirigiese Patrice.

—No, no, el nombre no es Garra; ¡el nombre es Beso de Lobo! —exclamó Arnaud, levantando la voz lo suficiente para que Ketchum registrara el nuevo nombre.

Danny y el maderero ocupaban una mesa para dos junto a una ventana con vistas al tramo visible de Yonge Street, por encima del cristal esmerilado. Cuando el restaurador se alejó hacia la mesa contigua. Ketchum dirigió a Danny una mirada penetrante.

—He oído lo que ha dicho ese franchute —dijo el viejo gancho—. ¡Beso de puto lobo! ¡Joder, un nombre así sólo podía ocurrírsele a un escritor!

—No ha sido cosa mía —aseguró Danny—. Fue idea de Silvestro, y a Patrice le gustó. Mi padre tampoco ha tenido nada que ver.

—Y una montaña de mierda de alce —repuso Ketchum sin alterarse—. ¡Se diría que queréis que os encuentren!

—No nos van a encontrar por el nombre del restaurante —dijo Danny al maderero—. No digas tonterías, Ketchum. El vaquero no nos localizará por eso.

—Cari sigue buscándoos, Danny; yo sólo digo eso. No sé por qué queréis ayudar al vaquero a localizaros.

Danny calló; le parecía un disparate pensar que Cari podía establecer la conexión entre Beso de Lobo y el apellido Baciagalupo. ¡El ayudante del sheriff retirado no hablaba italiano!

—He visto lobos. También me he tropezado con los restos de sus presas —

explicó el viejo leñador a Danny—. Voy a explicarte cómo es el beso de un lobo. Un lobo te desgarrar la garganta. Si te persigue una manada, a ti o a otro bicho, te obliga a volverte de cara a ella, desde todas direcciones, pero siempre hay uno a punto para desgarrarte la garganta, eso es lo que buscan, la dentellada en la garganta. ¡Los besos de lobo no tienen ningún encanto!

—¿Qué te apetece comer? —preguntó Danny, sólo por cambiar de tema.

—Estoy dudando —respondió Ketchum. Llevaba gafas de lectura (¡nada menos que él!), pero no por ello tenía un aspecto más intelectual. La cicatriz de la sartén de hierro colado de veinte centímetros era demasiado pronunciada, la barba demasiado poblada. En la camisa a cuadros y el chaleco de borreguillo estaba demasiado presente Twisted River como para dar a Ketchum el menor aire urbano, y menos aún de cenas refinadas—. Estaba planteándome las chuletas de cordero asadas a la francesa o el hígado de ternera con patatas fritas yukon —dijo el leñador—. ¿Qué coño son las patatas fritas yukon? —preguntó a Danny.

—Unas patatas grandes —contestó Danny—. Patatas doradas de Yukon, cortadas a lo largo.

—También me ha llamado la atención la cote de boeuf —dijo el maderero.

—La cote de boeuf es para dos —señaló Danny.

—Por eso me he fijado —afirmó Ketchum. Había estado bebiendo Steam Whistle de barril, pero había pasado a Alexander Keith en botella; era una cerveza un poco más fuerte—. ¡Por los clavos oxidados de Cristo! —exclamó Ketchum de pronto—. ¡Hay un vino que cuesta ciento sesenta y ocho dólares!

Danny vio que era un Barolo Massolino, del Piamonte.

—Pidámoslo —propuso el escritor.

—Sólo si pagas tú —contestó Ketchum.

Como siempre, en la cocina reinaba el alboroto. El cocinero ayudaba a Scott con los profiteroles, que se servían acompañados de helado de caramelo y una crema de chocolate agridulce; Dominic preparaba también los picatostes y la rouilíe para la sopa de pescado de Joyce y Kristine. Antes, el cocinero se había encargado de los tagliatelle para los escallopini de ternera, y esa noche la pasta se serviría asimismo con el confit de pato de Silvestro. Pero Dominic había preparado los tagliatelle mucho antes de iniciarse el ajetreo en el restaurante (y en la cocina); además había empezado una reducción de vino tinto con romero.

Ese sábado por la noche había más bullicio que de costumbre en la cocina, porque Dorotea, la nueva lavaplatos, llevaba una escayola en la muñeca derecha y el pulgar y se le caían los cacharros una y otra vez. Todos hacían apuestas sobre lo que pediría Ketchum. Silvestro había propuesto el cassoulet especial, pero Dominic dijo que ningún leñador en su sano juicio comería alubias voluntariamente, no si tenía otra opción. El cocinero predijo que Ketchum pediría la cote de boeuf para dos; Joyce y Kristine dijeron que el viejo ganchero probablemente pediría las chuletas de cordero y además el hígado.

—O se partirá la cote de Boeuf con Daniel y tomará las chuletas de cordero o el hígado —especuló Dominic.

Al notar el cálido mango de la sartén donde se hacía la reducción de vino tinto algo lo distrajo, pero el cocinero no conseguía detectar el verdadero origen de su distracción. Últimamente venía notando que sus recuerdos lejanos eran más claros — más vívidos, quería decir— que sus recuerdos más recientes, si es que eso era en realidad posible. Por ejemplo, de pronto había recordado algo que le había dicho Rosie a Ketchum justo antes, o justo después, de salir al hielo juntos. Pero ¿acaso había dicho Ketchum antes «Dame la mano»? El cocinero creía que sí, pero no estaba seguro.

Rosie había dicho muy claramente: «Esa mano no, te equivocas de mano». Al instante puso cierta distancia entre ella y Ketchum, pero ¿eso había ocurrido antes o de algún modo durante el condenado dos-a-dos? Dominic lo recordaba y a la vez no lo recordaba, y eso se debía a que en aquel momento estaba más borracho que Rosie e incluso que Ketchum.

En cualquier caso, ¿qué era eso de la mano equivocada?, se preguntaba el cocinero; en realidad no quería interrogar a Ketchum al respecto. Además, pensaba Dominic, ¿qué iba a recordar el maderero de ochenta y tres años de aquella noche tan lejana? ¡Al fin y al cabo, Ketchum aún bebía!

Uno de los camareros más jóvenes aventuró la posibilidad de que el viejo gancharo no pidiera nada para cenar. Ya se había tomado tres Steam Whistles de barril y un par de Keiths; era imposible que al viejo maderero le quedara hueco para la cena. Pero el joven camarero no conocía a Ketchum.

Patrice asomó a la cocina.

—Ooh-lá-lá, Dominic —dijo Arnaud—. ¿Qué celebra tu hijo? ¡Danny ha pedido el Barolo Massolino!

—No me preocupa —respondió el cocinero—. Daniel puede permitírselo, y da por hecho que Ketchum se beberá casi todo el vino.

Era su última noche en la cocina antes de las largas vacaciones; todo el mundo trabajaba a pleno rendimiento, pero estaban de buen humor. En el caso de Dominic, sin embargo, perduraba el origen desconocido de su distracción; seguía percibiendo el cálido contacto del familiar mango de la sartén. «¿Qué es?», se preguntaba. «¿Qué pasa?». En el dormitorio del cocinero en la casa de Cluny Drive, los tableros con aquellas innumerables fotografías casi ocultaban a la vista (o a la mente) la sartén de hierro colado de veinte centímetros. Aun así, aquella sartén había cruzado estados y, más recientemente, una frontera internacional; el lugar de esa sartén era sin duda el dormitorio del cocinero, pese a que sus poderes de protección en otro tiempo legendarios probablemente habían dejado (como Carmella especuló en una ocasión) de ser reales para convertirse en simbólicos.

La sartén de hierro colado de veinte centímetros colgaba junto a la puerta en el dormitorio de Dominic, donde pasaba casi inadvertida. ¿Por qué el cocinero había

estado pensando en ella de una manera tan insistente, al menos desde que había llegado Ketchum (sin anunciarse, como era su costumbre) para la Navidad?

Dominic no sabía que últimamente Danny también había estado pensando en la vieja sartén. Ese utensilio poseía cierta inmutabilidad, seguía intacto. El condenado cacharro pendía allí en el dormitorio de su padre. Para el escritor era un recordatorio constante, pero un recordatorio ¿de qué?

Sí, de acuerdo, era la misma sartén que había utilizado para matar a Jane la Piel Roja; como tal, había dado pie a la huida de Danny y Dominic. Era la misma sartén que Dominic había empleado para sacudirle a un oso, o así había empezado el mito. En realidad, era la misma sartén de hierro colado de veinte centímetros con la que el padre de Danny había arreado a Ketchum, no a un oso. Pero Ketchum era demasiado duro de pelar para matarlo así. («Únicamente Ketchum puede matar a Ketchum», había dicho el cocinero). Danny y su padre también habían pensado en eso: incluso a los ochenta y tres años, únicamente Ketchum podía matar a Ketchum.

El joven camarero regresó en ese momento a la cocina. —¡El grandullón quiere la cote de boeuf para dos!— anunció, impresionado. Dominic esbozó a duras penas una sonrisa: volvería a sonreír cuando Patrice se asomase a la cocina al cabo de un rato, sólo para decirle que su hijo había pedido una segunda botella de Barolo Massolino. Ni siquiera una cote de boeuf para dos, e incontables botellas de Barolo, podían matar a Ketchum, como el cocinero sabía. Únicamente Ketchum, y exclusivamente Ketchum, podía hacerlo.

En la cocina hacía tal calor que habían abierto la puerta trasera que daba al callejón —sólo un resquicio—, pese a que era una noche muy fría y a que un viento de una intensidad anormal abría la puerta de par en par una y otra vez. Cuando arreciaba el frío, Crown's Lane, el callejón situado detrás del restaurante, era un lugar frecuentado por indigentes. El extractor del restaurante expulsaba el aire al callejón creando un espacio cálido, que además olía bien. De vez en cuando se presentaba ante la puerta de la cocina algún indigente con la esperanza de recibir un plato caliente.

El cocinero nunca se acordaba de si la fumadora era Joyce o Kristine, pero una vez un indigente famélico sobresaltó a una de las jóvenes cocineras mientras fumaba un cigarrillo en el callejón. Desde entonces, cuantos trabajaban en la cocina, y los camareros, eran conscientes de la presencia de indigentes que buscaban calor y acaso un bocado en las inmediaciones de la puerta de la cocina. (Ésa era también la puerta del Patrice destinada al reparto, aunque de noche nunca había reparto). En ese momento Dominic fue a cerrar una vez más la puerta, que el cortante viento había abierto nuevamente de par en par, y allí estaba Pedro el tuerto: el indigente más popular del Patrice, porque Pedro elogiaba sin falta al cocinero (o cocineros) por todo aquello que le daban. Su verdadero nombre era Ramsay Farnham, pero había sido repudiado por la familia Farnham, una rancia familia de Toronto, famosa mecenas de las artes. Ramsay, que ahora rondaba los cincuenta años, había abochornado



reiteradamente a los Farnham. La última vez fue cuando, en una rueda de prensa improvisada en un acto cultural por lo demás intrascendente, Ramsay anunció que donaba su herencia a un hospicio de enfermos de sida en Toronto. También afirmó que estaba acabando unas memorias donde contaba por qué se había cegado parcialmente a sí mismo. Dijo que había deseado con lujuria a su madre durante toda su vida adulta, y si bien nunca había tenido relaciones sexuales con ella —ni asesinado a su padre—, ganas no le habían faltado. Por eso se había cegado sólo de un ojo, el izquierdo, y había adoptado el nombre de Pedro, no Edipo.

Nadie sabía si el parche en el ojo de Pedro cubría una cuenca vacía o un ojo izquierdo totalmente sano, ni por qué había elegido el nuevo nombre de Pedro. Iba más limpio que la mayoría de los indigentes; si bien sus padres no querían saber nada de él, quizás había otros miembros de la familia Farnham más compasivos que permitían a Ramsay (ahora Pedro) darse un baño de vez en cuando y lavarse la ropa. Desde luego, estaba loco, pero había recibido una educación excelente y hablaba con una corrección exquisita. (En cuanto a las memorias, o bien era una obra en curso eterna, o no había escrito una sola palabra).

—Tenga usted una buena noche, Dominic —saludó Pedro el tuerto al cocinero mientras Dominic se las veía con la puerta de la cocina empujada por el viento.

—¿Cómo estás, Pedro? —preguntó el cocinero—. Un poco de comida caliente te sentará bien en una noche tan fría como ésta.

—Yo acariciaba pensamientos afines, Dominic —contestó Pedro—, y si bien soy consciente de que el extractor es en extremo impreciso, creo percibir algo especial esta noche, algo no incluido en la carta, y a menos que me engañe el olfato, Silvestro se ha superado a sí mismo, una vez más, con un cassoulet.

Dominic sabía que a Pedro nunca lo engañaba el olfato. El cocinero entregó al caballero sin hogar una generosa ración del cassoulet, y lo previno para que no se quemase con la fuente de barro de las alubias. A cambio, Pedro se ofreció a mantener abierta la puerta de la cocina —sólo un resquicio— con el pie.

—Es un honor olfatear directamente los aromas de la cocina del Patrice, no adulterados por el extractor —dijo Pedro a Dominic.

—No adulterados —repitió el cocinero en voz baja, para sí, pero a Pedro le dijo—: No sé si sabes que vamos a cambiar de nombre... después de Navidad.

—«Después de Navidad» es un nombre curioso para un restaurante, Dominic —comentó de manera pensativa el indigente—. No todo el mundo celebra la Navidad, ¿sabe? A propósito, el pato me sabe delicioso, ¡y la salchicha está para relamerse! —añadió Pedro.

—No, no. ¡No vamos a llamar al restaurante «Después de Navidad»! —exclamó el cocinero—. El nuevo nombre es «Beso de Lobo». —El indigente dejó de comer y miró fijamente al cocinero—. No lo he elegido yo —se apresuró a aclarar Dominic.

—Está usted de broma —dijo Pedro—. Eso es una famosa película porno, una de las peores que he visto en la vida, pero es famosa. Me consta que ése es el título.

—Debes de confundirte, Pedro —señaló Dominic—. Quizá suene mejor en italiano —añadió el cocinero por decir algo.

—¡No, es una película porno italiana! —exclamó el indigente. Le devolvió el cassoulet a medio comer a Dominic, y la fuente de las alubias resbaló sobre el plato con el pato y la salchicha. (El cocinero se quemó por un instante los pulgares con la fuente de barro).

—«Beso de lobo» no puede ser una película pornográfica —replicó Dominic, pero Pedro ya retrocedía por el callejón sacudiendo su descomunal mata de pelo, agitando su barba entrecana.

—Voy a vomitar —dijo Pedro—. Me es imposible olvidar esa película: ¡era repugnante! No trata de sexo con lobos, debe usted saber, Dominic...

—¡No quiero saber de qué trata! —exclamó el cocinero—. ¡Estoy seguro de que te equivocas de título! —dijo a gritos al indigente, que desaparecía por el callejón oscuro.

—¡Hay cosas que uno nunca olvida, Dominic! —contestó Pedro a voz en cuello cuando el cocinero ya no lo veía—. ¡Sueños de incesto, desear a la propia madre..., sexo oral nefasto! —vociferó el loco; sus palabras se las llevó el viento pero fueron audibles incluso por encima del zumbido grave del extractor.

—¿A Pedro no le ha gustado el cassoulet? —preguntó Silvestro cuando el cocinero volvió a entrar con el plato y la fuente de barro llenos.

—Le ha molestado un nombre —se limitó a decir Dominic, pero ese incidente se le antojó mal augurio para «Beso de Lobo», aun cuando Pedro se hubiera equivocado sobre el título de la espantosa película porno.

Al final, resultó que ni el cocinero ni su hijo escritor encontraron una película porno titulada Beso de lobo. Ni siquiera Ketchum había visto tal película, y Ketchum sostenía que lo había visto todo, o al menos todo el material pornográfico disponible en New Hampshire.

—Creo que habría recordado ese título, Coci —dijo el viejo maderero—. De hecho, seguro que te habría enviado la película. Pero ¿qué tiene de especial? —preguntó el leñador.

—No sé qué tiene, ¡ni quiero saberlo! —exclamó el cocinero—. Sólo quiero saber si existe.

—Bueno, ahora no se te vayan a cruzar los huevos por eso —dijo Ketchum.

—Por lo visto no existe, al menos de momento —dijo Danny a su padre—. Ya sabes que Pedro está chiflado, pa; lo sabes, ¿verdad?

—¡Claro que sé que está chiflado, Daniel! —exclamó el cocinero—. Pero es que el pobre Pedro estaba tan convencido que me ha parecido verosímil.

La noche de ese sábado anterior al descanso de Navidad, la última noche en que el Patrice sería el Patrice, Danny y Ketchum habían pedido tres botellas de Barolo Massolino. Como le había dicho el cocinero a Arnaud, Ketchum se bebió casi todo el vino, pero Ketchum también había estado llevando la cuenta.

—Por más que digas que has tomado un par de cervezas y una o dos copas de vino tinto con la cena, Danny, esta noche has tomado cuatro copas de vino. E incluso tres copas de vino, después de dos cervezas, es tirando a mucho para un fulano menudo como tú. —No se advertía nada de acusador en el tono de Ketchum, simplemente ponía las cosas en su lugar, pero Danny reaccionó a la defensiva.

—No sabía que llevaras la cuenta, Ketchum.

—No te lo tomes así, Danny —dijo el maderero—. Es mi misión cuidar de vosotros.

Ketchum se había quejado de la propensión de Danny a no cerrar con llave la casa de Cluny Drive cuando volvía a casa después de cenar. Pero casi todas las noches el cocinero llegaba más tarde que su hijo, y a Dominic no le gustaba tener que abrir a tientas con la llave. El cocinero prefería echar la llave después de llegar a casa y antes de acostarse.

—Pero el vino te da sueño, ¿verdad, Danny? —había preguntado el leñador—. La mayoría de las noches, supongo, te quedas profundamente dormido en una casa abierta, antes de que tu padre vuelva.

—Una montaña de mierda de alce, como tú dirías, Ketchum —había contestado Danny.

Así era como hacían ellos las cosas en Toronto, explicaron el cocinero y su hijo al veterano ganadero. Danny y su padre ya habían cerrado con llave más de una vez dejando al otro fuera; era un incordio. Ahora, cuando salían, dejaban abierta la casa de Cluny Drive; cuando volvían por la noche, el último en irse a dormir echaba la condenada llave.

—Es el vino tinto lo que me preocupa un poco, Danny —había dicho Ketchum al escritor—. Con el vino tinto te duermes como un tronco; no oyes nada.

—Si sólo bebo cerveza, no pego ojo en toda la noche —explicó Danny al maderero.

—Eso me parece mejor —se limitó a decir el leñador.

Pero en realidad el problema no era el vino tinto. Sí, a veces Danny bebía algo más de una o dos copas, y sí lo adormecía. No obstante, el vino no era más que un factor añadido, y el nuevo nombre del restaurante no tuvo nada que ver con lo que pasó. El problema fue que después de tantos esfuerzos para eludir al vaquero —y los dudosos cambios de nombre, que resultarían inútiles—, éste sencillamente había seguido a Ketchum.

El vaquero ya había seguido antes a Ketchum, pero Cari nunca había descubierto nada. El ayudante del sheriff retirado había ido tras los pasos del maderero en sus viajes de caza a Quebec; Cari incluso le había seguido el rastro a Ketchum hasta Pointe au Baril Station un invierno, y acabó suponiendo que el hombre de menor edad con quien el leñador acampaba era un patán de Ontario. El vaquero no tenía la menor idea de quién era Danny, ni a qué se dedicaba; Cari había llegado a la descabellada conclusión de que posiblemente Ketchum era «marica», y que el

hombre de menor edad era el amante del viejo maderero. Ningún tipo bajito y cojo había dado señales de vida en esas aventuras, y básicamente Cari había dejado de seguir a Ketchum.

Una palabra lo cambiaría todo: la palabra y el hecho de que Ketchum y el vaquero acudían al mismo taller de neumáticos de Milán. Los neumáticos, sobre todo los neumáticos de invierno, eran importantes en el norte de New Hampshire. Twitchell's era el nombre del taller que Ketchum y el vaquero frecuentaban, pese a que el ayudante de mecánico que llevaba la voz cantante era un joven franco-canadiense llamado Croteau.

—Eso parece la tartana de Ketchum —había dicho Cari al franco-canadiense; faltaba una semana o poco más para la Navidad, y el vaquero se había fijado en la furgoneta de Ketchum en el elevador del taller de Twitchell's. Croteau estaba cambiando los cuatro neumáticos.

—Lo es —corroboró Croteau. El ayudante del sheriff retirado observó que el franco-canadiense estaba quitando los neumáticos con clavos y sustituyéndolos por unos neumáticos para nieve sin clavos.

—¿Es que a Ketchum le han dado el soplo de que éste va a ser un invierno suave? —preguntó Cari a Croteau.

—Qué va —respondió Croteau—. Es sólo que no le gusta el ruido de los clavos en la interestatal, y entre Milán y Toronto casi todo son interestatales.

—Toronto —repitió el vaquero, pero ésa no fue la palabra que lo cambiaría todo.

—Ketchum pone otra vez los neumáticos de clavos cuando vuelve a casa después de Navidad —explicó Croteau al ayudante del sheriff—. Para conducir por autopista no se necesitan clavos; en las interestatales basta con neumáticos de nieve normales.

—¿Ketchum va a Toronto en Navidad? —preguntó Cari al franco-canadiense.

—Desde que tengo memoria —respondió Croteau, que no era mucho tiempo, no según los cálculos del vaquero. Croteau contaba veintipocos años; llevaba cambiando neumáticos sólo desde que acabó el instituto.

—¿Tiene Ketchum alguna amiga en Toronto? —preguntó Cari—. ¿O un novio, quizá?

—Qué va —respondió Croteau—. Ketchum me dijo que allí tiene familia.

Fue la palabra «familia» la que lo cambiaría todo. El ayudante del sheriff sabía que Ketchum no tenía familia, al menos no en Canadá. Y la familia que el viejo maderero pudiera haber tenido la había perdido; todo el mundo sabía que Ketchum se había distanciado de sus hijos. Éstos aún vivían en New Hampshire, como Cari sabía. Los hijos de Ketchum ya eran adultos, con sus propios hijos, pero nunca se habían marchado de Coos County; simplemente habían cortado sus lazos con Ketchum.

—Ketchum no puede tener familia en Toronto —dijo el vaquero al bobo del franco-canadiense.

—Pues eso dijo Ketchum, que tiene familia allí, en Toronto —insistió Croteau obstinadamente.

Más tarde, a Danny lo conmovió que el viejo maderero los considerase familia a él y a su padre; pero eso fue lo que los delató ante Cari. El vaquero no sabía de nadie por quien Ketchum hubiese demostrado el menor apego —o a quien hubiese estado mínimamente unido, a modo de familia—, salvo el cocinero. Tampoco le había sido difícil al expolicía seguir la furgoneta de Ketchum sin que éste se diera cuenta. La furgoneta aquélla quemaba mucha gasolina; una nube negra de gases de escape envolvía los vehículos que iban detrás, y Cari, sabiéndolo de antemano, había alquilado un todoterreno de aspecto anónimo con neumáticos de nieve. Ese diciembre, en las interestatales del nordeste de Estados Unidos —pasarían a Canadá por Buffalo, a través del Puente de la Paz—, el coche del vaquero no podía pasar más inadvertido. Al fin y al cabo, Cari había sido policía; sabía cómo seguir a la gente.

El vaquero también sabía cómo vigilar la casa de Cluny Drive. No tardó en familiarizarse con todas sus idas y venidas, incluidas las de Ketchum. Por supuesto, el vaquero sabía que Ketchum sólo estaba de visita. Si bien Cari debió de sentir la tentación de matarlos a los tres, el ayudante del sheriff probablemente no quería arriesgarse a vérselas con el viejo maderero; Cari sabía que Ketchum iba armado. La casa de Cluny Drive nunca estaba cerrada con llave de día, tampoco de noche, no hasta que el último de ellos, normalmente el cocinero, volvía a casa para irse a dormir.

El vaquero no había tenido mayor dificultad para entrar en la casa y echarle un buen vistazo; Cari supo así quién dormía en cada habitación. Pero había otras cosas que él no sabía.

La única arma en la casa era la que estaba en la habitación de invitados, donde, como Cari enseguida dedujo, dormía Ketchum. Al vaquero se le antojó un arma extraña, o al menos rudimentaria, para Ketchum: una Winchester de calibre veinte, un modelo juvenil. («Una puta escopeta de crío», pensaba Cari). ¿Cómo iba a saber el ayudante que la Winchester Ranger era el regalo de Navidad de Ketchum para Danny? El viejo maderero no creía en el papel de envoltorio, y la escopeta de calibre veinte, de corredera, estaba cargada y oculta debajo de la cama de Ketchum, exactamente donde el vaquero habría escondido un arma. A Cari ni se le pasó por la cabeza que la calibre veinte no volvería a New Hampshire con el veterano ganchero, cuandoquiera que Ketchum regresase por fin a Coos County. El vaquero sencillamente esperaba hasta que eso ocurriera, y entonces actuaría.

Cari pensaba que tenía varias opciones. Había descorrido el pestillo interno de la puerta que daba a la escalera de incendios en el estudio de la segunda planta: si el escritor no se daba cuenta de que el pestillo estaba descorrido, el vaquero podía entrar en la casa por ahí. Pero si Danny veía que el pestillo estaba descorrido y volvía a correrlo, Cari podía entrar en la casa por la puerta de la calle, siempre abierta, en cualquier momento de la noche, cuando el cocinero y su hijo no estaban.

El vaquero había observado que Danny ya no subía al estudio después de cenar. (Eso se debía a la cerveza y el vino tinto; cuando el escritor había bebido, no quería

siquiera estar en la misma habitación que su trabajo). Tanto si Cari entraba en la vivienda por la escalera de incendios de la segunda planta como por la puerta de la calle, podía esconderse sin peligro en esa habitación de la segunda planta; al vaquero le bastaba con no moverse demasiado, por lo menos hasta que el cocinero y su hijo estuviesen dormidos. El suelo crujía, había advertido Cari; también la escalera que bajaba al descansillo de la primera planta. Pero el vaquero se descalzaría. Primero mataría al cocinero, pensaba Cari; luego al hijo. Cari había visto la sartén de hierro colado de veinte centímetros colgada en la habitación del cocinero; por supuesto, el vaquero conocía el papel que había desempeñado esa sartén en la muerte de la Piel Roja, porque la Seis Jarras se lo había contado. Cari se había divertido con la idea de quedarse en el dormitorio del cocinero, después de pegarle un tiro al mamón, esperando a que el chico llegara para rescatar a su padre con la ridícula sartén. En fin, si la cosa acababa así, por lo que al vaquero se refería, ya estaba bien. Para Cari, lo importante era matarlos a los dos y cruzar la frontera estadounidense en su coche antes de que se descubrieran los cadáveres. (Con suerte, para entonces el vaquero podía estar ya de regreso en Coos County). Al viejo ayudante del sheriff le preocupaba un poco encontrarse con la mujer de la limpieza mexicana, cuyas idas y venidas no eran tan previsibles como las del cocinero, o los hábitos no menos perceptibles de su hijo escritor. En comparación con las repentinas apariciones de Lupita para poner una o dos lavadoras o atacar compulsivamente la cocina, incluso la rutina de Ketchum era relativamente sistemática. El maderero iba a un gimnasio de taekwondo en Yonge Street durante un par de horas al día. El gimnasio se llamaba Champion Centre, y Ketchum lo había encontrado por azar hacía unos años; el monitor jefe era un antiguo luchador iraní, ahora dedicado al boxeo y al kickboxing. Ketchum dijo que estaba ejercitando su «patada».

—Cielo santo —había protestado el cocinero—. ¿Qué interés puede tener un viejo de ochenta y tres años en aprender un arte marcial?

—Es más bien una mezcla de artes marciales, Coci —explicó Ketchum—. Es boxeo y kickboxing, y también técnicas de agarre. Sólo me interesa encontrar nuevas maneras de tumbar a un fulano. En cuanto consigo tumbarlo, ya sé qué hacer con él.

—Pero ¿por qué, Ketchum? —exclamó el cocinero—. ¿En cuántas peleas más planeas meterte?

—He allí la cuestión, Coci, nadie puede planear si va a meterse o no en una pelea. ¡Simplemente tienes que estar preparado!

—Cielo santo —repitió Dominic.

Danny tenía la impresión de que Ketchum siempre había estado preparándose para una guerra. El regalo de Navidad de Ketchum al escritor, la Winchester Ranger, con la que Danny había matado tres ciervos, parecía ponerlo de relieve.

—¿Para qué quiero yo una escopeta, Ketchum? —había preguntado Danny al viejo maderero.

—No eres un gran cazador de ciervos, Danny, eso lo reconozco, y es posible que

no vuelvas a cazar ciervos —respondió Ketchum—, pero en todas las casas tendría que haber una calibre veinte.

—En todas las casas —repitió Danny.

—Bueno, vale, quizá sobre todo en esta casa —corrigió Ketchum—. Has de tener a mano un arma de manejo ágil y acción rápida, algo con lo que no puedas fallar en una situación apurada.

—En una situación apurada —repitió el cocinero alzando las manos.

—No sé, Ketchum —contestó Danny.

—Tú quédate el arma, Danny —insistió el maderero—. Procura tenerla cargada en todo momento: escóndela debajo de la cama para mayor seguridad.

Los dos primeros cartuchos eran perdigones; el tercero era una bala para ciervos. En su día, había empuñado la Winchester gustosamente, no sólo para complacer a Ketchum, sino porque el escritor sabía que, aceptando la escopeta, exasperaría a su padre. Danny era experto en provocar riñas entre Ketchum y su padre.

—Cielo santo —volvió a la carga el cocinero—. No pegaré ojo sabiendo que hay un arma cargada en la casa.

—Eso me parece bien, Coci —respondió Ketchum—. A decir verdad, pienso que sería lo ideal... Me refiero a que no pegues ojo.

La Winchester Ranger tenía la caña y la culata de madera de abedul, con una cantonera de goma que el escritor se apoyaba ahora en el hombro. Danny había de reconocer que le encantaba escuchar las trifulcas entre su padre y Ketchum.

—Maldita sea, Ketchum —decía el cocinero—. Una noche me levantaré a mear y mi hijo me pegará un tiro pensando que soy el vaquero.

Danny se echó a reír.

—Venga, es Navidad, os lo digo a los dos. Procuremos tener una Navidad en paz —dijo el escritor.

Pero Ketchum estaba de buen humor.

—Danny no te pegará un tiro, Coci —dijo el maderero—. ¡Joder, sólo quiero que estéis preparados!

«In-uk-shuk», decía Danny en sueños. Charlotte le había enseñado a pronunciar esa palabra india; ¿o acaso en Canadá se suponía que había que decir palabra inuit en vez de «india»? (Una palabra inuk, había oído decir Danny también; no tenía ni idea de cuál era la expresión correcta). Danny había oído a Charlotte emplear la palabra inuksuk muchas veces.

Cuando se despertó la mañana después de Navidad, Danny se preguntó si debía retirar la fotografía de Charlotte de encima del cabezal de su cama, o tal vez sustituirla por un retrato distinto. En la foto en cuestión, Charlotte aparece de pie, mojada y goteando, en bañador, rodeándose el cuerpo con los brazos; sonríe pero parece aterida. A lo lejos se ve el embarcadero principal de la isla —Charlotte acababa de nadar allí—, pero más cerca de su esbelta figura, entre ella y el embarcadero, se alza el inescrutable inuksuk. Ese peculiar hito de piedra era un tanto

antropomorfo pero en realidad no era una forma humana. Desde el agua podría haberse confundido con una señal de navegación; algunos inuksuit (ésta era la forma plural) eran indicadores de navegación, pero no ése.

Dos grandes piedras, una encima de la otra, formaban cada una de las piernas de aspecto humano; una especie de repisa o tablero de mesa representaba posiblemente la cintura o la cadera de la figura. Cuatro piedras menores formaban el tronco barrigudo. La criatura, si la intención era conferirle rasgos humanos, tenía los brazos absurdamente truncados: eran muy cortos, desproporcionados, en igual medida que las piernas eran demasiado largas. La cabeza, si aquello pretendía ser una cabeza, sugería un pelo siempre agitado por el viento. El hito de piedra era tan contrahecho como los pinos azotados por las inclemencias del invierno en las islas de la bahía de Georgia. El hito sólo le llegaba a Charlotte a la cadera, y dada la perspectiva de la fotografía encima del cabezal de la cama de Danny —es decir, con Charlotte en primer plano del encuadre—, el inuksuk parecía aún más bajo de lo que era. Así y todo, también semejaba indestructible; quizá por eso tenía Danny aquella palabra en los labios al despertar.

En esas islas había innumerables inuksuit, y muchos más en la Nacional 69, entre Parry Sound y Pointe au Baril, donde Danny recordaba un letrero que rezaba primera nación, territorio OJIBWAY. No muy lejos de esas cabañas de veraneo en torno a Moonlight Bay donde Danny había ido en barca con Charlotte un día tórrido, había unos llamativos inuksuit cerca de la reserva india de Shawanaga Landing.

Pero ¿qué eran, exactamente?, se preguntaba ahora el escritor, tumbado en la cama la mañana después de Navidad. Ni siquiera Charlotte sabía quién había construido el inuksuk de su isla.

Un carpintero de la reserva india de Shawanaga Landing formaba parte de la cuadrilla de Andy Grant el verano en que se construyeron las dos cabañas dormitorio. Otro verano, recordó Danny, uno de los hombres que habían llevado los depósitos de propano tenía una barca llamada Primera Nación. Le había contado a Danny que era un ojibway de pura cepa, pero Charlotte dijo que era «poco probable»; Danny no le había preguntado el motivo de su escepticismo.

—Quizás el abuelo construyó tu inuksuk —dijo Danny a Charlotte. Tal vez, pensaba él, los diversos indios que habían trabajado en la isla de Turner a lo largo de los años habían reconstruido el hito cada vez que encontraban las piedras caídas.

—Las piedras no se caen —dijo Charlotte—. Mi abuelo no tuvo nada que ver con nuestro inuksuk. Lo construyó un nativo; nunca se caerá.

—Pero ¿qué significan exactamente? —preguntó Danny.

—Evocan orígenes, respeto, entereza —respondió Charlotte, pero eso era demasiado vago para satisfacer al escritor que Danny Ángel llevaba dentro; recordó su sorpresa al ver que Charlotte se daba por satisfecha con una descripción tan imprecisa.

En cuanto al significado de un inuksuk concreto: «Pues, joder», había dicho



Ketchum, «depende del piel roja a quien se lo preguntes, por lo que se ve». (En opinión de Ketchum, algunos inuksuit no eran más que piedras sin sentido). Danny echó una ojeada a la Winchester bajo la cama. Por órdenes de Ketchum, la escopeta cargada permanecía en una funda abierta; según Ketchum, la funda debía estar siempre abierta, «porque cualquier idiota que entre en la casa oirá la cremallera».

Era evidente, claro está, a qué idiota se refería Ketchum: ¡un ayudante de sheriff retirado de ochenta y tres años llegado del puto New Hampshire!

—¿Y el seguro? —había preguntado Danny a Ketchum—. ¿También lo quito?

Se oía un ruido, un leve chasquido, cuando se pulsaba el botón del seguro, situado un poco por delante del alojamiento del gatillo, pero Ketchum había aconsejado a Danny que dejara el seguro puesto.

El viejo maderero lo planteó así:

—Si el vaquero oye el chasquido del seguro, es que ya está demasiado cerca de ti.

Danny miró primero la fotografía de Charlotte con el inuksuk a sus espaldas, luego la escopeta de calibre veinte bajo la cama. Quizás el hito de piedra y la Winchester Ranger representaban ambos protección, la calibre veinte de un tipo más específico. No le desagradaba tener el arma, pensaba Danny, aunque le parecía que cada Navidad llegaba acompañada de una malsana preocupación, a veces iniciada por Ketchum (como por ejemplo la Winchester), pero en otras ocasiones inspirada por Danny o su padre. Esa Nochebuena, sin ir más lejos, podía atribuirse al cocinero la responsabilidad de iniciar una espiral descendente hacia el desánimo.

—Hay que ver —había dicho Dominic a su hijo y a Ketchum—, si Joe aún viviera, tendría ahora alrededor de treinta y cinco años, y probablemente un par de hijos.

—Joe sería mayor que Charlotte cuando la conocí —intervino Danny.

—De hecho, Daniel —dijo su padre—, Joe sólo tendría diez años menos de los que tenías tú entonces..., quiero decir, cuando Joe murió.

—¡Eh! ¡Dejaos de rollos! —exclamó Ketchum—. ¡Y si Jane la Piel Roja aún viviese, tendría ochenta y ocho tacos! Y dudo que nos dirigiese la palabra a ninguno de nosotros, a menos que consiguiéramos elevar el nivel de nuestra conversación.

Pero justo al día siguiente Ketchum había regalado a Danny la escopeta de calibre veinte —no precisamente una «elevación» respecto a su conversación predominante, o su obsesión primordial—, y el cocinero, al parecer sin venir a cuento, empezó a quejarse de la «pura morbosidad» de las dedicatorias de los libros de Daniel.

Lo cual era verdad, Bebé en la carretera (como cabría esperar) llevaba la siguiente dedicatoria: «A mi hijo, Joe, in memoriam». Era la segunda dedicatoria a Joe, y en total la tercera in memoriam. A Dominic eso le parecía deprimente.

—¿Qué quieres que le haga si la gente que conozco se muere, pa? —replicó Danny.

Mientras tanto Ketchum había seguido mostrando cómo funcionaba la corredera de la Winchester, haciendo volar por todas partes los cartuchos expulsados. Uno de

los cartuchos con carga —una bala para ciervos— se extraviaría durante un rato entre los envoltorios desechados de los otros regalos de Navidad, pese a lo cual Ketchum continuó cargando y descargando el arma como si liquidara a una horda de atacadores.

—Si tenemos una vida lo bastante larga, nos convertimos en caricaturas de nosotros mismos —dijo Danny para sí en voz alta, como si estuviera escribiéndolo, cosa que no hizo. El escritor seguía retorciéndose en la cama, abstraído en la foto de Charlotte con el misterioso inuksuk; es decir, cuando no se sentía atraído por la peligrosa pero emocionante presencia de la escopeta cargada debajo de su cama.

Era 26 de diciembre, día festivo en Canadá. Un escritor al que Danny conocía organizaba siempre una fiesta ese día. Todos los años por Navidad, el cocinero regalaba a Ketchum una prenda de abrigo —comprada en Eddie Bauer o en Roots— y Ketchum se la ponía para la fiesta del día 26. Invariablemente, Dominic ayudaba en la cocina; la cocina, la cocina de cualquiera, era siempre la casa del cocinero fuera de su casa. Danny se mezclaba con sus amigos presentes en la fiesta; procuraba no sentirse violento ante los exabruptos políticos de Ketchum. Pero Danny no tenía por qué sentirse violento, no en Canadá, donde las retahílas antiamericanas del viejo maderero gozaban de gran aceptación.

—Un fulano de la CBC quería sacarme en un programa de radio —les contó Ketchum a Danny y a su padre cuando el cocinero los llevaba a casa después de la fiesta del 26 de diciembre.

—Dios bendito —exclamó Dominic una vez más.

—Que estés sobrio no quiere decir que conduzcas bien, Coci; vale más que nos dejes la conversación a Danny y a mí mientras tú te concentras en el caos del tráfico.

El vaquero podría haberlos matado a todos esa noche, pero Cari era un cobarde; no estaba dispuesto a correr riesgos, no con Ketchum en la casa. El ayudante del sheriff no sabía que la calibre veinte, modelo juvenil, estaba bajo la cama de Danny, no bajo la de Ketchum, y Cari tampoco habría podido adivinar cuánto había bebido el viejo maderero en la fiesta. El vaquero habría podido entrar en la casa a tiros; es más que dudoso que Ketchum se hubiera despertado. Danny tampoco se habría despertado. Fue una de esas noches en que el supuesto par de copas de vino tinto con la cena se convertían en realidad en cuatro o cinco. Danny se despertó esa noche una vez pensando que debía mirar bajo la cama para asegurarse de que la escopeta seguía allí; al intentarlo se cayó de la cama, con un ruido sordo y reverberante que no oyeron ni su padre ni el maderero con sus ronquidos.

Ketchum nunca prolongaba su estancia en Toronto más allá de las navidades. Era una lástima que no hubiese llevado a *Héroe* consigo, y que no lo hubiese dejado luego —por la razón que fuera— en casa del cocinero y su hijo al cruzar otra vez la frontera. Cari no habría podido entrar en la casa de Cluny Drive, ni esconderse en el estudio del segundo piso, si *Héroe*, ese animal excelente, hubiese estado allí. Pero el perro se había quedado en Coos County, con Pam la Seis Jarras —aterrorizando a los

perros de ésta, como se vería—, y Ketchum partió temprano a la mañana siguiente camino de New Hampshire.

Cuando Danny se levantó (antes que su padre), encontró la nota que había dejado Ketchum en la mesa de la cocina. Para sorpresa de Danny, estaba perfectamente mecanografiada. Ketchum había subido al estudio del segundo piso y empleado la máquina de escribir, pero Danny no había oído los crujidos en el suelo encima de su dormitorio, como no había oído crujir la escalera. Tampoco los había despertado ni a él ni al cocinero el tecleo de la máquina de escribir; eso no era buena señal, podría haberles dicho el viejo maderero. Pero la nota de Ketchum no hacía la menor alusión al respecto.

¡YA OS HE VISTO DE SOBRA POR UNA TEMPORADA! ECHO DE MENOS A MI PERRO Y ME MARCHO A VERLO. CUANDO LLEGUE A CASA, TAMBIÉN OS ECHARÉ DE MENOS A VOSOTROS. NO TE PASES CON EL TINTO, DANNY. KETCHUM.

Cari se alegró al ver marcharse la furgoneta de Ketchum. El vaquero debía de haber empezado a impacientarse, pero esperó a que la mujer de la limpieza mexicana llegase y se fuese; con eso se disipaban todas las dudas del ayudante del sheriff. Con la habitación de invitados vacía —Lupita la había dejado como nueva—, Cari tuvo la certeza de que Ketchum no volvería. Aun así, el vaquero se vio obligado a esperar otra noche.

El cocinero y su hijo cenaron en casa la noche del 27 de diciembre. Dominic había encontrado una salchicha kielbasa en la carnicería, y tras dorarla en aceite de oliva primero, luego la había guisado con hinojo, cebolla y coliflor troceados en una salsa de tomate, y le había añadido semillas de hinojo machacadas. El cocinero sirvió el guiso con una hogaza de pan de romero y aceitunas recién hecho, aún caliente, y una ensalada verde.

—Esto le habría gustado a Ketchum, pa —comentó Danny.

—Sí, ya... Ketchum es un buen hombre —dijo Dominic, para asombro de su hijo.

Sin saber qué contestar, Danny intentó elogiar un poco más el guiso de kielbasa; sugirió que sería una incorporación idónea a la carta del Beso de Lobo, más estilo bistró o de precio económico.

—No, no —dijo el cocinero desechando la idea—, la kielbasa es demasiado rústica incluso para el Beso de Lobo.

—Es un buen plato, papá —se limitó a decir Danny—. Podría servirse a un rey, pienso yo.

—Tenía que habérsela hecho a Ketchum; a él nunca se la he hecho —fue lo único que dijo Dominic.

La última noche de su vida el cocinero cenó con su querido Daniel en un restaurante portugués cerca de Little Italy. Se llamaba Chiado; era uno de los establecimientos preferidos de Dominic en Toronto. Arnaud se lo había dado a conocer cuando los dos trabajaban en Queen Street West. La noche de ese jueves 28

de diciembre Danny y su padre pidieron conejo.

Durante la visita de Ketchum por Navidad había nevado y llovido, todo se había helado y deshelado, y luego todo volvió a helarse. Para cuando el cocinero y su hijo cogieron un taxi de regreso a casa desde el Chiado, había empezado a nevar una vez más. (A Dominic no le gustaba ir en coche al centro). Las pisadas del vaquero en la nieve vieja y crujiente de la escalera de incendios exterior eran leves y difíciles de ver a la luz del día; ahora que había oscurecido y nevaba, el rastro de Cari había quedado completamente cubierto. El exalguacil se había quitado la parka y las botas. Se había tendido en el sofá del estudio de Danny en la segunda planta con el revólver, el Colt 45, contra el pecho: en la escena que había imaginado, el viejo ayudante del sheriff no necesitaba pistola.

Las voces del cocinero y su hijo escritor le llegaron a Cari desde la cocina, aunque nunca sabremos si el vaquero comprendió su conversación.

—A tus cincuenta y ocho años deberías estar casado, Daniel. Deberías vivir con tu mujer, no con tu padre —decía el cocinero.

—¿Y tú qué, pa? ¿No te vendría bien una mujer? —preguntó Danny.

—Yo he tenido mis oportunidades, Daniel. A mis setenta y seis años, para mí sería bochornoso tener esposa. ¡Me pasaría la vida pidiéndole disculpas! —adujo Dominic.

—¿Por qué? —preguntó Danny a su padre.

—Incontinencia ocasional, tal vez. Los pedos, eso sin duda, y cómo no, hablar dormido —confió el cocinero a su hijo.

—Deberías buscar a una mujer dura de oído, como Ketchum —sugirió Danny. Los dos se echaron a reír; el vaquero por fuerza oyó sus risas.

—Lo decía en serio, Daniel; al menos deberías tener una novia estable, una auténtica compañera —decía Dominic mientras subían por la escalera hacia el descansillo de la primera planta. Incluso desde el segundo piso, Cari habría podido distinguir el característico sonido de la cojera del cocinero en la escalera.

—Tengo amigas —empezó a decir Danny.

—No hablo de fans, Daniel.

—No tengo fans, pa. Ya no.

—Jóvenes admiradoras, pues. Recuerda que leo el correo de tus admiradores...

—No contesto a esas cartas, papá.

—Jóvenes... ¿Cómo se llaman? ¿«Colaboradoras editoriales», quizá? Jóvenes libreras, también, Daniel... Te he visto con una o dos. ¡Todas esas jóvenes del mundo editorial!

—Es más fácil encontrar mujeres sin compromiso entre las jóvenes —señaló Danny a su padre—. La mayoría de las mujeres de mi edad están casadas o son viudas.

—¿Qué tienen de malo las viudas? —preguntó su padre. (Ante eso, los dos volvieron a reírse; esta vez fueron unas carcajadas más breves).

—No busco una relación estable —respondió Danny.

—Eso ya lo veo. Pero ¿por qué? —quiso saber Dominic. Se hallaban en extremos opuestos del pasillo de la primera planta, ante las puertas de sus respectivos dormitorios. Hablaban en voz más alta; sin duda el vaquero oía cada una de sus palabras.

—También yo he tenido mis oportunidades, pa —dijo Danny a su padre.

—Yo sólo quiero lo mejor para ti, Daniel —afirmó el cocinero.

—Has sido un buen padre, el mejor —declaró Danny.

—También tú fuiste un buen padre, Daniel...

—Podría haberlo hecho mejor —se apresuró a contestar Danny.

—Te quiero —dijo Dominic.

—Yo también te quiero, papá. Buenas noches —se despidió Danny; entró en su dormitorio y cerró la puerta con delicadeza.

—¡Buenas noches! —respondió el cocinero desde el pasillo. Fue una invocación muy sincera; casi es concebible que el vaquero sintiera la tentación de darles también él las buenas noches. Pero Cari permanecía inmóvil en el piso de arriba, sin emitir el menor sonido.

¿Esperó el ayudante del sheriff una hora larga después de oírles lavarse los dientes? Probablemente no. ¿Soñó Danny una vez más con el pino azotado por el viento de la isla de Charlotte en la bahía de Georgia, en concreto con la imagen de ese tenaz arbolito que se veía desde la que había sido su choza de escribir? Probablemente. ¿Pidió el cocinero, en sus plegarias, más tiempo? Probablemente no. Dadas las circunstancias, y conociendo a Dominic Baciagalupo, el cocinero no debió de pedir gran cosa..., y eso si rezó. Como mucho, Dominic pudo haber expresado la esperanza de que su solitario hijo «encontrase a alguien», sólo eso.

¿Crujieron las tablas del suelo sobre ellos bajo el peso de aquel vaquero gordo cuando Cari decidió por fin actuar? Si fue así, ellos no lo oyeron; o si Danny oyó algo, acaso imaginase felizmente (en su sueño) que Joe había vuelto de Colorado.

Como no sabía lo oscura que estaría la casa de noche, el vaquero había probado a bajar por esa escalera desde el estudio de la segunda planta con los ojos cerrados; también había contado en el pasillo de la primera planta el número de pasos hasta la puerta del dormitorio del cocinero. Y Cari sabía dónde estaba el interruptor: al lado de la puerta, nada más entrar, junto a la sartén de hierro colado de veinte centímetros de diámetro.

Resultó que Danny siempre dejaba una luz encendida en el tramo de escalera desde la cocina hasta el descansillo de la primera planta, así que había luz de sobra en el pasillo. El vaquero, caminando con sigilo, en calcetines, recorrió el pasillo hasta el dormitorio del cocinero y abrió la puerta.

—¡Sorpresa, Coci! —dijo Cari a la vez que encendía la luz—. Ha llegado la hora de tu muerte.

Puede que Danny lo oyera, puede que no. Pero su padre se incorporó en la cama

—parpadeando bajo la repentina luz blanca— y dijo, con voz muy alta:

—¿Cómo es que no has venido antes, tarado? Debes de ser más tonto que una cagada de perro, vaquero, como decía Jane. —(Eso Danny sin duda lo oyó).

—¡Vaya un mierdecilla estás tú hecho, Coci! —exclamó Cari. Danny también oyó eso; estaba ya de rodillas en el suelo, sacando la Winchester de la funda abierta debajo de la cama.

—¡Más tonto que una cagada de perro, vaquero! —vociferaba su padre.

—¡Tan tonto no soy, Coci! ¡Eres tú quien va a morir! —bramaba Cari; no oyó el chasquido del arma cuando Danny retiró el seguro, ni los pasos del escritor al correr descalzo por el pasillo. El vaquero apuntó con el Colt 45 y disparó al cocinero en el corazón. Dominic Baciagalupo salió lanzado contra el cabezal de la cama; murió al instante, sobre las almohadas. El ayudante del sheriff no tuvo tiempo de comprender la peculiar sonrisa del cocinero, que contraía la cicatriz blanca en su labio inferior, y sólo Danny entendió las palabras pronunciadas por su padre antes de recibir el disparo.

—Shé bu dé —consiguió decir Dominic, tal como le habían enseñado Ah Gou y Xiao Dee: el Shé bu dé que significa «No soporto desprenderme».

Naturalmente, esa expresión china carecía de sentido para Cari, quien, al volver la cara hacia el hombre desnudo en el umbral de la puerta, debió de comprender a medias por qué el cocinero había muerto con una sonrisa. Dominic no sólo sabía que todo ese vocerío salvaría a su hijo; el cocinero sabía asimismo que su amigo Ketchum había proporcionado a Daniel un arma mejor que la sartén de hierro colado de veinte centímetros. Y tal vez en el último momento asomó una mínima toma de conciencia a los ojos del vaquero al ver que Danny lo tenía ya encañonado con la Winchester de Ketchum, el tan vilipendiado modelo juvenil.

El largo cañón del Colt 45 de Cari seguía apuntando hacia el suelo cuando la primera descarga de perdigones de la calibre veinte le desgarró media garganta; el vaquero saltó hacia atrás contra la mesilla de noche, donde la bombilla de la lámpara estalló entre sus omóplatos. La segunda andanada de perdigones se llevó lo que quedaba de la garganta del vaquero. La bala para ciervos, el llamado «tiro mortal», no era realmente necesaria, pero Danny —ahora a quemarropa— disparó el tercer y último cartucho de la escopeta contra el cuello destrozado de Cari, como si la propia herida abierta fuese un imán.

Si había que dar crédito a Ketchum —es decir, si había hablado de manera literal cuando contó cómo mataban los lobos a su presa—, ¿no eran estos tres disparos de la Ranger calibre veinte tal como debían de ser los besos de lobo? Ciertamente, no tenían ningún encanto, ¿verdad que no?

Todavía desnudo, Danny bajó por la escalera. Avisó a la policía desde el teléfono de la cocina, y les dijo que dejaría abierta la puerta de la calle y que lo encontrarían en el primer piso con su padre. Después de retirar el cerrojo, regresó a su dormitorio y se puso un chándal viejo. Danny pensó en llamar a Ketchum, pero ya era tarde y no

había ninguna prisa. Cuando volvió a entrar en el dormitorio de su padre, le fue imposible pasar por alto los besos de lobo que habían desgarrado al vaquero —desparramándolo por doquier—, pero Danny sólo lamentó por un instante el estropicio que le dejaba a Lupita. La alfombra empapada de sangre, las paredes salpicadas de sangre, las fotografías ensangrentadas en el tablero por encima de la mesilla de noche hecha añicos... En fin, Danny no dudaba de que Lupita se las arreglaría. Sabía que a la mujer le había ocurrido algo peor: había perdido a un hijo.

Ketchum tenía razón con lo del vino tinto, pensaba el escritor cuando se sentó en la cama junto a su padre. Si sólo hubiese bebido cerveza, pensó Danny, tal vez habría oído al vaquero unos segundos antes; Danny podía haber abierto fuego con la escopeta antes de que Cari tuviese ocasión de apretar el gatillo.

—No te castigues con eso, Danny —diría más tarde Ketchum—. Es a mí a quien siguió el vaquero. Esto tendría que haberlo visto venir.

—No te castigues tú con eso, Ketchum —diría Danny al viejo maderero, pero Ketchum sí se castigaría, claro está.

Cuando llegó la policía, las casas del vecindario tenían todas las luces encendidas, y ladraban muchos perros; normalmente a esa hora de la noche Rosedale era un barrio muy apacible. La mayoría de quienes vivían cerca del lugar del tiroteo nunca habían oído detonaciones tan sonoras y aterradoras como aquéllas; algunos perros ladrarían hasta el alba. Pero cuando llegó la policía, encontraron a Danny acunando en silencio la cabeza de su padre sobre su regazo, ambos acurrucados en las almohadas ensangrentadas contra el cabezal de la cama. En su informe, el joven inspector de homicidios dejaría constancia de que el autor de éxito los esperaba en el primer piso de la casa —tal como había dicho— y de que el escritor parecía estar cantando, o quizá recitando un poema, a su padre asesinado.

«Shé bu dé», repetía Danny una y otra vez al oído de su padre. Ni el cocinero ni su hijo habían sabido nunca si la traducción del mandarín ofrecida por Ah Gou y Xiao Dee era en esencia correcta —es decir, si Shé bu dé significaba literalmente «no soporto desprenderme»—, pero, en realidad, ¿qué más daba? «No soporto desprenderme» era lo que el escritor creía estar diciendo a su padre, quien había mantenido a su querido hijo a salvo del vaquero durante casi cuarenta y siete años; ése era el tiempo transcurrido desde que se marcharon los dos de Twisted River.

Ahora, por fin —ahora que la policía estaba allí—. Danny se echó a llorar. Justo en ese momento empezó a desprenderse. Frente a la casa de Cluny Drive había aparcados una ambulancia y dos coches patrulla con las luces de emergencia encendidas. Los primeros policías que entraron en el dormitorio del cocinero estaban al corriente de la rudimentaria historia, tal como había sido comunicada por teléfono; se había producido un allanamiento de morada, y el intruso armado había disparado contra el padre del famoso escritor causándole la muerte; Danny a su vez había disparado contra el intruso causándole la muerte. Pero sin duda había algo más detrás de esa historia, pensaba el inspector de homicidios. El inspector sentía el mayor

respeto por el señor Ángel, y, dadas las circunstancias, deseaba conceder al escritor todo el tiempo que necesitase para serenarse. No obstante, los daños causados por esa escopeta —repetidamente, y a distancia tan corta— eran tan excesivos que el inspector debió de intuir que detrás de ese allanamiento de morada y ese asesinato, y de la represalia del escritor famoso, se escondía una larga historia.

—¿Señor Ángel? —preguntó el joven inspector de homicidios—. Si está usted en condiciones, quizá podría contarme cómo ha ocurrido esto.

Las lágrimas de Danny eran distintas porque lloraba como lloraría un niño de doce años, como si de algún modo Cari hubiese matado a su padre aquella última noche en Twisted River. Danny no pudo hablar, pero consiguió señalar algo; se hallaba cerca de la puerta del dormitorio de su padre.

El joven inspector lo entendió mal.

—Sí, ya lo sé, estaba usted allí en la puerta al disparar —dijo el policía de homicidios—. Al menos, en el primer disparo. Luego ha entrado en la habitación y se ha acercado, ¿no?

Danny movió la cabeza en un vehemente gesto de negación. Otro joven policía había reparado en la sartén de hierro colado de veinte centímetros junto a la puerta del dormitorio —un sitio insólito para una sartén— y tocó el fondo de la sartén con el dedo índice.

—¡Sí! —consiguió articular Danny entre sollozos.

—Trae aquí esa sartén —ordenó el inspector de homicidios.

Sin soltar a su padre —Danny seguía acunando la cabeza del cocinero en su regazo—, alargó la mano derecha hacia la sartén de hierro colado de veinte centímetros, y cuando cerró los dedos en torno al mango, remitió un poco su llanto. El joven inspector de homicidios aguardó; se daba cuenta de que esa historia no admitía prisas.

Danny levantó la pesada sartén con la mano derecha y luego la apoyó en la cama.

—Empezaré por la sartén de hierro colado de veinte centímetros —comenzó por fin el escritor, como si tuviese una larga historia que contar, una historia que conocía bien.



# QUINTA PARTE

**Coos County,  
New Hampshire, 2001**

## 14. La mano izquierda de Ketchum

Ketchum había estado cazando osos. Había viajado en coche hasta Wilson Mills, en Maine, y Héroe y él habían vuelto en el todoterreno Suzuki a New Hampshire, cruzando la frontera aproximadamente a la altura de Half Mile Falls en el río Dead Diamond, donde Ketchum cobró un gran oso negro macho. El arma elegida para los osos era el rifle ligero de cañón corto que Barrett, la amiga de Danny, había preferido (muchos años antes) para los ciervos: una Remington. 30-06 Springfield, una carabina, lo que Ketchum llamaba «mi viejo y fiable cacharro». (El modelo había dejado de fabricarse en 1940). Ketchum tuvo ciertas complicaciones para cruzar la frontera con el oso a pesar del todoterreno. «Dejémoslo en que Héroe tuvo que caminar un buen trecho», explicaría Ketchum a Danny. Cuando Ketchum dijo «caminar», seguramente se refería a que el perro tuvo que correr todo el camino. Pero era el primer fin de semana de la temporada del oso en que se permitía la caza con perros: ese animal excelente estaba tan excitado que no le importó correr detrás del todoterreno de Ketchum. En todo caso, entre Ketchum y el oso muerto no quedaba sitio para Héroe en el Suzuki.

—Es posible que el lunes ya sea de noche cuando Héroe y yo lleguemos a casa — le había advertido Ketchum a Danny. Resultaría imposible localizar al viejo maderero durante ese largo fin de semana; Danny ni siquiera lo intentó. Ketchum había aceptado gradualmente el teléfono y el fax, pero —a sus ochenta y cuatro años— el antiguo ganchero ya no tendría un móvil. (Tampoco es que hubiera muchos móviles en Great North Woods en 2001). Además, el vuelo de Danny desde Toronto se había retrasado; para cuando aterrizó en Boston y alquiló el coche, el relajado cale que había planeado tomar con Paul Polcari y Tony Molinari acabó siendo un almuerzo rápido. Hasta primera hora de la tarde Danny y Carmella del Popólo no se marcharon del North End. Desde luego las carreteras estaban en mejores condiciones que en 1954, cuando el cocinero y su hijo de doce años hicieron ese viaje en dirección contraria, pero el norte de New Hampshire se hallaba aún a «un buen trecho» (como diría Ketchum) del North End de Boston, y ya era media tarde cuando Danny y Carmella dejaron atrás el pantano de Pontook y siguieron por la Estatal 16 paralela al alto Androscoggin, hasta llegar a Errol.

Al pasar por el pantano, Danny reconoció la carretera del embalse Dummer —de cuando había sido una vía de saca—, pero sólo le dijo a Carmella:

—Mañana volveremos aquí con Ketchum.

Carmella asintió; no hacía más que contemplar el Androscoggin por la ventanilla del copiloto. Al cabo de unos quince kilómetros, dijo:

—Es un río que parece poderoso.

Danny se alegró de que no viese el río en marzo o abril; el Androscoggin bajaba torrencialmente en la temporada del barro.

Ketchum le había dicho a Danny que septiembre era la mejor época del año para

que ellos fueran, en especial Carmella. Había más posibilidades de buen tiempo, las noches refrescaban, ya no había bichos y era pronto para la nieve. Pero en una zona tan septentrional como Coos County, las hojas cambiaban de color a finales de agosto. El segundo lunes de septiembre ya parecía otoño, y refrescaba a última hora de la tarde.

A Ketchum le preocupaba la movilidad de Carmella en el bosque.

—Puedo llevaros en coche casi todo el camino, pero habrá que andar un poco para llegar al lugar exacto en la orilla del río —había dicho Ketchum.

En su imaginación, Danny veía el lugar al que se refería Ketchum: una elevación del terreno, con vistas del remanso por encima del recodo del río. Lo que no se imaginaba era lo distinto que estaría después de que hubiera desaparecido por completo el pabellón-cocina y de que Twisted River quedara arrasado por un incendio. Pero Dominic Baciagalupo no había querido que esparcieran sus cenizas allí donde se hallaba el pabellón-cocina, ni en ningún sitio cercano al pueblo; el cocinero había pedido que sus cenizas se hundieran en el río, en el remanso donde Rosie, la que en realidad no era su prima, había caído bajo el hielo quebrado. Era casi exactamente el mismo sitio donde había desaparecido bajo los troncos Angelú del Popólo. Naturalmente, ésa era en realidad la razón por la que había ido Carmella; después de tantísimos años (treinta y cuatro, si Danny calculaba bien), Ketchum había invitado a Carmella a Twisted River.

«Si algún día quiere usted ver el lugar donde falleció su hijo, sería un honor para mí enseñárselo», fueron las palabras que le dirigió Ketchum a ella. Carmella había sentido un gran deseo de ver el remanso del río donde se produjo el accidente, pero no los troncos; sabía que los troncos serían más de lo que podía aguantar. Sólo la orilla, donde su querido Gamba y el joven Dan habían estado y habían visto lo que ocurrió, y tal vez el lugar exacto en el remanso donde su único e insustituible Angelú no había salido a la superficie. Sí, puede que un día quisiera verlo, había pensado Carmella.

—Gracias, señor Ketchum —había dicho ese día, cuando el maderero y el cocinero se marchaban de Boston—. Si alguna vez quieres verme... —empezó a decir Carmella a Dominic.

—Lo sé —había atajado el cocinero, pero no la miró.

Ahora, con motivo del viaje de Danny con las cenizas de su padre a Twisted River, Ketchum había insistido en que el escritor llevara también a Carmella. Cuando Danny conoció a la madre de Ángel, el niño de doce años se fijó en sus pechos amplios, sus caderas amplias, su sonrisa amplia, sabiendo que sólo la sonrisa de Carmella era más amplia que la de Jane la Piel Roja. Ahora el escritor sabía que Carmella contaba al menos la misma edad que Ketchum, o un poco más; debía de rondar los ochenta y cinco años, calculó Danny. Tenía el pelo totalmente blanco, hasta las pestañas eran blancas, en marcado contraste con su tez aceitunada y su buena salud, en apariencia inquebrantable. Carmella era amplia toda ella, pero

todavía era más femenina de lo que había sido Jane jamás. Y por feliz que fuese con el nuevo hombre de su vida —Paul Polcari y Tony Molinari insistían aún en que lo era—, había conservado el apellido Del Popólo, quizá por respeto al hecho de que había perdido a su marido pescador ahogado y a su preciado y único hijo.

No obstante, durante el largo viaje hacia el norte no se lamentó por su querido Angelú, y sólo hizo un comentario sobre el fallecimiento del cocinero. «Yo perdí a mi querido Gamba hace años, Secondo; ¡ahora lo has perdido tú también!», dijo Carmella con lágrimas en los ojos. Pero se recuperó enseguida; durante el resto del viaje, Carmella no dio señales de pararse siquiera a pensar a dónde iban y por qué.

Carmella continuó refiriéndose a Dominic por su apodo, Gamba, del mismo modo que seguía llamando Secondo a Danny, como si Danny aún fuese (en su corazón) su hijo sustituto; aparentemente hacía mucho que lo había perdonado por espiarla en la bañera. Él no podía imaginarse a sí mismo haciéndolo ahora, pero no lo dijo; en lugar de eso, Danny pidió disculpas formalmente a Carmella por su comportamiento de tantos años atrás.

—Tonterías, Secondo. Supongo que me sentí halagada —le dijo Carmella en el coche, quitándole importancia al hecho con un gesto de su mano regordeta—. Lo único que me preocupaba era que verme tuviese algún efecto perjudicial en ti, que pudieses sentirte atraído permanentemente por mujeres gordas y mayores.

Danny intuyó que quizás eso fuera una invitación para que él declarase que no se sentía (ni se había sentido nunca) atraído por mujeres así, aunque en realidad —después de Katie, que era prodigiosamente menuda— muchas de las mujeres de su vida habían sido corpulentas. Según los modelos esqueléticos propuestos por la moda femenina contemporánea, Danny pensaba que incluso Charlotte —incuestionablemente el amor de su vida— podría considerarse obesa.

Al igual que su padre, Danny era de baja estatura, y si bien el escritor no respondió al comentario de Carmella, no pudo por menos de preguntarse si quizá se sentía más a gusto con mujeres que eran más grandes que él. (¡Por mucho que espiar a Carmella en la bañera o matar a Jane la Piel Roja con una sartén no tuviera nada que ver con eso!).

—Me pregunto si ahora sales con alguien, alguien especial, quiero decir —dijo Carmella, tras un silencio de un par de kilómetros o más.

—Con nadie en especial —contestó Danny.

—Si aún sé contar, tienes casi sesenta años —dijo Carmella. (Danny tenía cincuenta y nueve años.)—. Tu padre siempre quiso que estuvieras con una mujer adecuada para ti.

—Lo estuve, pero ella siguió su vida —explicó Danny.

Carmella suspiró. Se había traído consigo su melancolía en el coche; lo que había de melancólico en Carmella, junto con su vaga desaprobación hacia Danny, los había acompañado todo el camino desde Boston. Danny había detectado la presencia de esto último tan claramente como el agradable aroma de Carmella: ya fuera este

último un perfume suave e indeterminado o un olor que atraía de manera tan natural como el pan recién hecho.

—Además —prosiguió Danny—, mi padre no estuvo con nadie especial, no desde que llegó a mi edad. —Después de una pausa, mientras Carmella aguardaba, Danny añadió—: Y pa nunca estuvo con ninguna mujer tan adecuada para él como tú.

Carmella volvió a suspirar, como para señalar (ambiguamente) tanto su satisfacción como su insatisfacción: le desagradaba su incapacidad para dirigir la conversación hacia donde quería llevarla. Saltaba a la vista que le preocupaba lo que se había torcido en Danny. Danny esperó a que volviese a hablar: era sólo cuestión de tiempo, como él sabía, que Carmella sacara a colación el delicado tema de lo que se había torcido en sus libros.

Durante todo el viaje desde Boston, la conversación de Carmella le había resultado aburrida: aquel tono de autoridad suyo, basado en la edad, era deprimente. Carmella perdía el hilo mientras hablaba, y entonces echaba la culpa a Danny de su despiste; daba a entender que él no le prestaba suficiente atención, o que pretendía confundirla adrede. Su padre, cayó en la cuenta Danny, había conservado una gran lucidez en comparación. Pese a que Ketchum perdía el oído por momentos, y sus exabruptos eran cada vez más explosivos —y aunque el viejo maderero tenía casi la edad de Carmella—, Danny lo disculpaba instintivamente. Al fin y al cabo, Ketchum siempre había estado loco. ¿Acaso el veterano ganchero no estaba cargado de manías y tenía un comportamiento ilógico de joven?, se decía Danny.

Justo en ese momento, bajo la luz vespertina con sus marcados contrastes, pasaron ante un pequeño cartel donde se leía:

#### TAXIDERMIA ANDROSCOGGIN.

—Dios bendito, «Se venden cornamentas de alce» —exclamó Carmella, intentando leer otros detalles del letrero. (Llevaba diciendo «Dios bendito» cada minuto del viaje hacia el norte, pensó Danny con irritación).

—¿Quieres parar y comprar un animal disecado? —preguntó Danny.

—¡Mientras no se haga de noche! —contestó Carmella, y se echó a reír; dio unas palmadas a Danny en la rodilla afectuosamente, y Danny se avergonzó de sentirse molesto por su compañía. La había querido de niño y en su juventud, y no le cabía duda de que ella lo quería a él, y por descontado adoraba a su padre. Así y todo, Danny la encontraba ahora pesada, y ya desde el principio no quiso llevarla en ese viaje. Había sido idea de Ketchum enseñarle el lugar donde había muerto Ángel; Danny se daba cuenta de que deseaba estar con Ketchum a solas. Ver las cenizas de su padre hundirse en el Twisted River, según había deseado el cocinero, era para Danny más importante que el cumplimiento de la promesa de Ketchum, es decir, acompañar a Carmella al remanso por encima del recodo del río, donde se había perdido su Angelú. Danny se sintió poco generoso por ver a Carmella como una

carga y una distracción; se sintió poco bondadoso, pero creyó, por primera vez, que Paul Polcari y Tony Molinari hablaban en serio. Carmella realmente debía de ser feliz con su nuevo hombre y con la vida que llevaba. (¡Sólo la felicidad podía explicar que fuese tan aburrida!). Pero ¿acaso Carmella no había perdido a tres seres queridos, contando al cocinero y a su único e insustituible hijo entre ellos? ¿Cómo podía Danny que también había perdido a un hijo, no ver a Carmella como un alma compasiva? Naturalmente, ¡Carmella sí le parecía «compasiva»! Sólo que Danny no quería estar con ella, no en ese momento, cuando la doble misión de hundir las cenizas de su padre y estar con Ketchum le bastaba.

—¿Dónde están? —preguntó Carmella mientras entraban en Errol.

—¿Dónde está qué? —dijo Danny. (¡En ese momento estaban hablando de taxidermia! ¿Quería preguntar Carmella dónde se hallaban los animales disecados?).

—¿Dónde están los restos de Gamba..., sus cenizas? —preguntó Carmella.

—En un recipiente irrompible, un tarro... Es una especie de plástico, no cristal —contestó Danny un tanto evasivamente.

—¿En tu maleta, en el maletero del coche? —preguntó Carmella.

—Sí.

Danny no quiso hablarle más del recipiente en sí..., de cuál era antes el contenido del tarro y demás. Por otra parte, ya estaban entrando en el pueblo —si es que podía llamarse así— y, mientras aún hubiera luz, Danny quería situarse y echar un vistazo al lugar. Así sería más fácil localizar a Ketchum por la mañana.

—Te veré el martes bien temprano —había dicho el viejo maderero.

—¿Qué quiere decir «bien temprano»? —preguntó Danny.

—Antes de las siete, como mucho —respondió Ketchum.

—Antes de las ocho, con suerte —replicó Danny. Danny tenía sus dudas acerca de lo bien temprano que Carmella era capaz de levantarse y estar en pleno funcionamiento, aparte del hecho de que pasarían la noche a unos kilómetros del pueblo. En Errol no había ningún sitio como Dios manda donde alojarse, había asegurado Ketchum a Danny. El maderero recomendó un hotel turístico de Dixville Notch.

Por lo que vieron Danny y Carmella de Errol, Ketchum tenía razón. Tomaron la carretera hacia Umbagog dejando atrás un supermercado, que también vendía bebidas alcohólicas; un puente cruzaba el Androscoggin en el extremo oriental del pueblo, y en el lado oeste del puente había una estación de bomberos, donde Danny cambió de sentido. Cruzando de nuevo el pueblo en coche, pasaron ante la escuela primaria de Errol; la primera vez no se habían fijado en ella. También había un restaurante llamado Northern Exposure, pero el establecimiento de aspecto más próspero en Errol era una tienda de artículos deportivos: L. L. Cote.

—Vamos a ver qué hay dentro —propuso Danny a Carmella.

—¡Mientras no se haga de noche! —repitió ella. Carmella había sido uno de los primeros estímulos eróticos de su vida. ¿Cómo podía haberse convertido en una

mujer tan repetitiva?, pensaba Danny.

Los dos contemplaron el letrero en la puerta de la tienda de artículos deportivos con inquietud.

SE RUEGA NO ENTRAR CON ARMAS CARGADAS —Dios bendito— exclamó Carmella; vacilaron, aunque brevemente, ante la puerta.

L. L. Cote vendía motonieves y vehículos todoterreno; dentro había animales disecados, las especies autóctonas, suficientes para sugerir que el taxidermista local se mantenía ocupado. (Osos, ciervos, lince, zorros, martas pescadoras, alces, puercoespines, mofetas —un montón de «bichos», habría dicho Ketchum—, además de todos los patos y aves de presa). Había mayor cantidad de escopetas que de cualquier otro artículo; Carmella retrocedió ante semejante exhibición de arsenal letal. Una amplia selección de cuchillos Browning llevó a Danny a pensar que probablemente Ketchum había comprado allí el suyo. Había asimismo un extenso surtido de ropa para la eliminación del rastro, que Danny intentó explicar a Carmella.

—Para que los cazadores no huelan como las personas —dijo Danny.

—Dios bendito —exclamó Carmella.

—¿En qué puedo ayudarles? —preguntó un anciano con recelo.

No parecía un dependiente, con un cuchillo Browning al cinto y aspecto corpulento. Le colgaba la tripa por encima de la hebilla del cinturón, y su camisa de franela roja y negra recordaba la que solía llevar Ketchum pese al chaleco de camuflaje de borreguillo del dependiente. (Ketchum no habría empleado ropa de camuflaje ni muerto. «No es como una guerra», había dicho el leñador. «Los bichos no pueden devolverte el disparo»).

—Tal vez pueda darnos indicaciones —respondió Danny al dependiente—. Tenemos que encontrar el camino de la Nación Perdida, pero no hasta mañana por la mañana.

—Ya no se llama así, no desde hace mucho tiempo —dijo el dependiente, cada vez más receloso.

—Me han dicho que sale de la carretera que va al embalse de Akers... —empezó a decir Danny, pero el dependiente lo interrumpió.

—Así es, pero no se llama Nación Perdida; hoy día ya casi nadie lo llama así.

—¿Tiene otro nombre, pues, el camino? —preguntó Danny.

El dependiente observaba a Carmella con desagrado.

—No tiene nombre; sólo hay un cartel que dice algo sobre reparaciones de motores pequeños. Es lo primero que se ve al dejar la carretera del embalse de Akers. No tiene pérdida —dijo el viejo, pero no con tono muy alentador.

—Bien, seguro que la encontraremos —dijo Danny—. Gracias.

—¿A quién buscan? —preguntó el dependiente, mirando aún a Carmella.

—Al señor Ketchum —contestó Carmella.

—¡Ketchum sí la llamaría carretera de la Nación Perdida! —dijo el dependiente con énfasis, como si eso dejara zanjado el error del nombre—. ¿Ketchum los espera?

—preguntó el viejo a Danny.

—Pues sí, pero no hasta mañana —repitió Danny.

—Yo no iría a visitar a Ketchum si él no me esperase —dijo el dependiente—. No si estuviera en el lugar de ustedes.

—Gracias de nuevo —dijo Danny al viejo, y cogió a Carmella del brazo. Intentaban marcharse de L. L. Cote, pero el dependiente los detuvo.

—Sólo un piel roja la llamaría carretera de la Nación Perdida —dijo—. ¡Ésa es la prueba!

—Prueba ¿de qué? —preguntó Danny al dependiente—. Ketchum no es indio.

—¡Ja! —exclamó el dependiente en tono de mofa—. ¡Los mestizos son pieles rojas!

Danny percibía la creciente indignación de Carmella, casi tan físicamente como notaba su peso contra el brazo. Había conseguido conducirla hasta la puerta de la tienda de artículos deportivos cuando el dependiente dijo a voz en cuello:

—¡Ese tal Ketchum es él mismo una Nación Perdida! —A continuación, como si se lo hubiera pensado dos veces, y con cierto pánico la segunda vez, añadió:

—No le cuenten que he dicho eso.

—Supongo que Ketchum compra aquí de vez en cuando, ¿verdad? —preguntó Danny; disfrutaba del momento de pánico del dependiente viejo y gordo.

—Su dinero es tan bueno como el de cualquier otro, ¿no? —preguntó el dependiente con acritud.

—Ya se lo diré a Ketchum de su parte —anunció Danny, guiando a Carmella por la puerta hacia la calle.

—¿Es indio el señor Ketchum? —preguntó ella a Danny cuando ya estaban otra vez en el coche.

—No lo sé, quizás en parte —respondió Danny—. Nunca se lo he preguntado.

—Dios bendito. Nunca he visto un indio barbudo —comentó Carmella—. Al menos no en las películas.

Al salir del pueblo, se dirigieron hacia el oeste por la Federal 26. Había algo llamado el Errol Cream Bar reí & Chuck Wagón, y lo que parecía un *camping* y aparcamiento de caravanas impecablemente cuidado que se llamaba Saw Dust Alley. También dejaron atrás la Asociación de Motonieves de Umbagog. Allí parecía acabarse Errol. Danny no abandonó la carretera en el desvío al embalse de Akers; sencillamente se fijó dónde estaba. No le cabía duda de que sería fácil encontrar a Ketchum por la mañana, se llamara Nación Perdida o no.

Poco después, justo cuando empezaba a oscurecer, pasaron junto a un campo delimitado por una cerca alta. Por supuesto, Carmella leyó el letrero de la cerca en voz alta. «“Se ruega no acosar a los búfalos”; pero Dios bendito, ¿quién haría una cosa así?», dijo ella, tan indignada como de costumbre. Pero no vieron ningún búfalo, sólo la cerca y el letrero.

El hotel turístico de Dixville Notch se llamaba The Balsams; para excursionistas



y golfistas en los meses de buen tiempo, supuso Danny. (En invierno, sin duda para esquiadores). Era enorme y estaba desocupado en su mayor parte un lunes por la noche. Danny y Carmella se encontraban prácticamente solos en el comedor, donde Carmella dejó escapar un profundo suspiro después de pedir la cena. Tenía una copa de vino tinto. Danny, una cerveza. Había dejado de beber vino tinto después de la muerte de su padre, aunque Ketchum no paraba de darle la lata sobre su decisión de beber sólo cerveza.

—¡Ahora ya no tienes que privarte del vino tinto! —le había dicho a gritos Ketchum.

—No me importa si ya no puedo dormir —había replicado Danny al viejo maderero.

Ahora Carmella, después de suspirar, pareció contener la respiración antes de empezar a hablar.

—De más está decir, creo, que he leído todos tus libros... más de una vez —empezó.

—¿Ah, sí? —preguntó Danny, con fingida inocencia, como si no supiera adonde iría a parar esa conversación.

—¡Claro que sí! —exclamó Carmella. «Alguien que es tan feliz, ¿por qué se enfada conmigo?», se preguntaba Danny cuando Carmella dijo:

—Ay Secondo, tu padre estaba tan orgulloso de ti, porque eres un escritor famoso y todo lo demás.

Ahora le tocó suspirar a Danny; contuvo el aliento durante un segundo o dos.

—¿Y tú? —le preguntó, esta vez sin tanta inocencia.

—Lo que pasa es que tus historias, y a veces los propios personajes, son tan... ¿Cómo lo diría?... Desagradables —comenzó a decir Carmella, pero debió de ver algo en la cara de Danny que la detuvo.

—Ya —dijo él.

Puede que Danny la hubiera mirado como si ella fuera otro entrevistador, un periodista que no había hecho los deberes, y, fuese lo que fuese lo que pensara Carmella de sus novelas, de pronto le pareció que no valía la pena decírselo —no a su querido Secondo, su hijo sustituto—, pues, ¿acaso el mundo no le había hecho tanto daño como a ella?

—Háblame de lo que estás escribiendo, Secondo —prorrumpió de pronto Carmella con una afectuosa sonrisa—. Ha vuelto a pasar mucho tiempo entre libro y libro, ¿no? Dime con qué estás. ¡Me muero por saber qué viene a continuación!

No mucho después, cuando Carmella ya se había ido a dormir, unos hombres veían Monday Night Football, el programa deportivo del lunes por la noche, pero Danny ya se había ido a su habitación, donde dejó la televisión apagada. También dejó las cortinas descorridas, confiando en su sueño ligero: sabía que la luz del amanecer lo despertaría. Sólo le preocupaba un poco levantar a Carmella y ponerla en marcha por la mañana; aunque Danny sabía que Ketchum los esperaba si se

retrasaban. La lámpara de la mesilla de noche estaba encendida mientras Danny yacía en la cama, y allí en la mesilla se encontraba también el tarro con las cenizas de su padre. Ésa sería la última noche de Danny con las cenizas del cocinero, y se quedó mirándolas, como si de pronto fueran a hablar, o a darle alguna señal de la última voluntad de su padre.

—En fin, pa, ya sé que dijiste que era esto lo que querías, pero espero que no hayas cambiado de idea —declaró Danny en voz alta en la habitación del hotel.

En cuanto a las cenizas, se hallaban en lo que antes había sido un envase de especias para carne de Amos'New York —la lista de ingredientes en su día enumeraba sal marina, pimienta, hierbas aromáticas y especias— y el cocinero debió de comprarlo en el mercado de carne preferido de su barrio de Toronto, porque llevaba la etiqueta del precio de Olliffe.

Danny se había deshecho del contenido, pero no de todo; después de meter las cenizas de su padre, aún quedaba un hueco para volver a echar parte de las hierbas y especias, y eso es lo que había hecho. Si alguien lo hubiese interrogado sobre el envase en la aduana estadounidense —si hubiesen abierto el tarro y lo hubiesen olfateado—, habría seguido oliendo a especias para carne. (Quizás el policía de aduanas habría estornudado con la pimienta). Pero Danny había pasado las cenizas del cocinero por la aduana de Estados Unidos sin tener que responder a ninguna pregunta. De pronto se incorporó en la cama y, abriendo el tarro, olfateó con cuidado el contenido. Sabiendo qué guardaba el tarro, Danny no lo habría echado en un filete; de todos modos, aún olía a pimienta, hierbas y especias, no a cenizas humanas. ¡Qué apropiado para un cocinero que sus restos hubiesen acabado residiendo en un tarro de especias para carne Amos'New York!

«Dominic Baciagalupo», pensó su hijo escritor, «le habría visto la gracia a esto». Danny apagó la lámpara de la mesilla de noche y se quedó en la cama a oscuras.

—La última oportunidad, pa —susurró en la habitación en silencio—. Si no tienes nada más que decir, volvemos a Twisted River. —Pero las cenizas del cocinero, junto con las hierbas y las especias, callaron.

En una ocasión Danny Ángel dejó pasar once años entre una novela y otra: entre *Al este de Bangor* y *Bebé en la calle*. Una vez más, una muerte en la familia sería la causa del retraso, pese a que Carmella se había equivocado al afirmar que el escritor se estaba tomando otra vez «mucho tiempo entre libro y libro». Sólo habían pasado seis años desde la publicación de su novela más reciente.

Como había ocurrido con Joe, a Danny, después del asesinato del cocinero, la novela que estaba escribiendo de pronto le pareció intrascendente. Pero esta vez ni se había planteado revisar el libro; sencillamente lo había tirado entero. Y había empezado una novela nueva y totalmente distinta casi de inmediato. La elaboración del nuevo libro surgió de esos meses en que le fue arrebatado lo que le quedaba de intimidad; el hecho mismo de escribir era como un paisaje liberado repentina y nítidamente de una niebla.

«La publicidad fue espantosa», dijo Carmella sin más rodeos durante la cena. Pero esta vez Danny había previsto la publicidad. Al fin y al cabo, el padre de un escritor famoso había sido asesinado y el propio escritor había acabado con la vida del homicida; irrefutablemente, en defensa propia. Es más, Danny Ángel y su padre habían estado huyendo desde hacía casi cuarenta y siete años. El autor de éxito internacional había abandonado Estados Unidos para instalarse en Canadá, pero no por razones políticas, tal como Danny siempre había sostenido, sin revelar las verdaderas circunstancias. ¡Su padre y él huían de un exalguacil loco!

Naturalmente, en los medios de comunicación estadounidenses hubo quienes dirían que el cocinero y su hijo tenían que haber acudido a la policía en el primer momento. (¿Acaso se les escapaba el detalle de que Cari representaba la policía?). Por supuesto, la prensa canadiense expresó su indignación por el hecho de que la «violencia de Estados Unidos» hubiese seguido al autor y a su padre al otro lado de la frontera. En retrospectiva, esto era en realidad una alusión a las propias armas, tanto al absurdo Colt 45 del vaquero como al reglado de Navidad de Ketchum a Danny, la Winchester calibre veinte que había destrozado la garganta al ayudante del sheriff. Y en Canadá se habló mucho de la circunstancia de que Danny no tenía licencia para poseer la escopeta. Al final no se presentaron cargos contra él. La Ranger calibre veinte de Ketchum fue confiscada, sólo eso.

—¡Esa escopeta te salvó la vida! —había bramado Ketchum a Danny—. ¡Y era un regalo, por Dios! ¿Quién la ha confiscado? ¡Le volaré los huevos!

—Déjalo, Ketchum —contestó Danny—. No necesito una escopeta, ya no.

—Tienes admiradores, y comoquiera que se llame el polo opuesto, ¿o no? —señaló el viejo maderero—. Y juraría que más de un bicho raro hay entre ellos.

En cuanto a la pregunta que más le formularon a Danny, tanto los medios estadounidenses como canadienses, fue: «¿Va a escribir sobre esto?».

Había aprendido a contestar con frialdad a la pregunta tantas veces repetida. «No inmediatamente», decía siempre Danny.

«Pero ¿vas a escribir o no vas a escribir sobre ello?», le había preguntado Carmella una vez más durante la cena.

En lugar de responder, le habló del libro que estaba escribiendo. Iba bien. De hecho, escribía a toda vela: las palabras no dejaban de fluir. Ésta sería otra novela larga, pero Danny creía que no tardaría mucho en acabarla. No sabía por qué le salía tan fácilmente; desde la primera frase, la historia había avanzado con fluidez. Repitió la primera frase a Carmella. (Después Danny se dio cuenta de lo tonto que había sido: ¡cómo se le ocurría pensar que iba a impresionarla!). «En el restaurante cerrado, al final de la jornada, el lujo del difunto cocinero —el único miembro aún vivo de la familia del maestro— trabajaba en la cocina a oscuras». Y a partir de ese misterioso principio, Danny había extraído el título de la novela: En el restaurante, al final de la jornada.

En opinión del escritor, la reacción de Carmella fue tan previsible como su

conversación.

—¿Tiene que ver con Gamba? —preguntó ella.

No, intentó explicar Danny; la historia trataba de un hombre que había vivido a la sombra de su famoso padre, un magistral cocinero que había muerto recientemente, dejando a su único hijo (ya cumplidos los sesenta años), un alma extraviada y furtiva. Ajuicio del resto del mundo, el hijo parece un tanto retrasado. Ha vivido toda su vida con su padre; ha trabajado como segundo jefe de cocina de su padre en el restaurante al que el respetado cocinero dio fama. Ahora está solo, el hijo nunca antes ha pagado sus propias facturas; ni una sola vez se ha comprado su propia ropa. Si bien el restaurante lo mantiene en su puesto, quizá debido a un duelo residual por el difunto cocinero, el hijo es prácticamente inútil como segundo jefe de cocina sin la orientación de su padre. El restaurante pronto se verá obligado a despedirlo, o bien a degradarlo a lavaplatos.

Lo que el hijo descubre, no obstante, es que puede «establecer contacto» con el espíritu del cocinero muerto cocinando afanosamente en la cocina por la noche, pero sólo después de cerrar el restaurante. Allí, al final de la jornada, el hijo se deja la piel secretamente para aprender las recetas de su padre: todo aquello que el segundo jefe de cocina no aprendió de él cuando el gran cocinero aún vivía. Y cuando el antiguo segundo jefe de cocina logra dominar una receta a entera satisfacción de su padre, el espíritu del difunto cocinero aconseja a su hijo sobre cuestiones más prácticas: dónde comprar la ropa, qué facturas pagar primero, con qué frecuencia y a qué mecánico debe llevar el coche para su mantenimiento. (El fantasma de su padre, como descubre pronto el hijo, ha olvidado unas cuantas cosas, por ejemplo el hecho de que su hijo un tanto retrasado no sabe conducir).

—¿Gamba es un fantasma? —exclamó Carmella.

—Supongo que habría podido titular la novela El retrasado segundo jefe de cocina —comentó Danny con sarcasmo—, pero En el restaurante, al final de la jornada me pareció un título mejor.

—Secondo, alguien podría pensar que es un libro de cocina —previno Carmella.

En fin, ¿qué iba a decir? ¡Difícilmente alguien pensaría que una nueva novela de Danny Ángel era un libro de cocina! Danny dejó de hablar de la historia; para aplacar a Carmella, le dijo cuál sería la dedicatoria. «A mi padre, Dominic Baciagalupo, in memoriam». Sería la segunda dedicatoria a su padre, y el número de dedicatorias «in memoriam» ascendería a cuatro. Como era de prever, Carmella se echó a llorar. Había en sus lágrimas cierta seguridad, una forma de consuelo que le resultaba familiar; Carmella casi parecía feliz cuando lloraba, o al menos su aflicción mitigaba un poco su desaprobación hacia Danny.

Mientras yacía despierto en la cama, casi convencido de que no se dormiría, Danny se preguntó por qué se había esforzado tanto en hacer comprender a Carmella qué escribía. ¿Por qué se había tomado la molestia? Sí, de acuerdo, ella le había preguntado qué estaba escribiendo, ¡había llegado incluso a decir que se moría por

saber qué venía a continuación! Pero Danny siempre había sido un narrador: sabía cómo cambiar de tema.

Mientras lo vencía el sueño —aunque muy ligero—, Danny imaginó al hijo (el vacilante segundo jefe de cocina) en la cocina al final de la jornada, donde el fantasma de su padre le da indicaciones. Como Ketchum antes de aprender a leer, el hijo escribe listas de palabras que pugna por reconocer y recordar; esta noche el hijo está obsesionado con la pasta. «Orecchiette», escribe, «significa “orejitas”. Son pequeñas y en forma de disco». Poco a poco, el segundo jefe de cocina va camino de convertirse en cocinero; ¡si no es ya demasiado tarde, si el restaurante de su padre muerto le da más tiempo para aprender! «Farfalle», escribe el hijo un tanto retrasado, «significa “mariposas”, pero mi padre las llamaba también “lazos”». En su duermevela, Danny iba por el capítulo donde el fantasma del cocinero habla de manera muy personal a su hijo. «Yo había deseado tanto que te casaras, que tuvieras tus propios hijos. ¡Serías un padre fantástico! Pero te gusta esa clase de mujeres que es...». ¿Que es qué?, pensaba Danny. Una nueva camarera se ha incorporado al personal en el restaurante encantado; es precisamente «la clase de mujer» contra la que el fantasma del cocinero intenta prevenir a su hijo. Pero al final el escritor se duerme; sólo entonces se interrumpe la historia.

La labor policial en lo referente al tiroteo de Toronto había concluido; incluso los tarados más irredentos de los medios de comunicación se habían retirado. Al fin y al cabo, el baño de sangre se había producido hacía casi nueve meses, prácticamente la duración de un embarazo. El asunto se había prolongado sólo en la correspondencia: las cartas de condolencia, y comoquiera que se llamase a lo contrario.

Esa correspondencia acerca del asesinato del cocinero y la posterior muerte a tiros del homicida había persistido: pésames, en su mayor parte, aunque no todas las cartas eran amables. Danny las leyó palabra por palabra, pero aún no había recibido la carta que anhelaba, si bien no preveía realmente volver a tener noticias de la Señora del Cielo. No por eso dejó Danny de soñar con ella: aquella línea vertical de vello púbico rubio rojizo, la cicatriz blanca y brillante de la cesárea, las historias imaginadas de sus tatuajes no explicados. El pequeño Joe le había puesto el nombre de un superhéroe, pero ¿era la Señora del Cielo una auténtica guerrera, o lo había sido en una vida anterior? Danny sólo podía imaginar que la vida de Amy había sido distinta en otro tiempo. «¿Acaso no ha de ocurrirle algo a uno antes de saltar desnudo de un avión? Y después de saltar, ¿qué más puede pasarle a uno?», se preguntaba Danny.

El hecho de que Amy le hubiese escrito una vez, tras la muerte de Joe, y de que también ella hubiese perdido un hijo... En fin, ésa era una de las conexiones frustradas de la vida, ¿no? Como él no le había contestado, ¿por qué habría ella de escribirle otra vez? Pero Danny leyó su correspondencia, toda —sin contestar una sola carta—, con la esperanza menguante de tener noticias de Amy. Danny ni siquiera sabía por qué quería tener noticias de ella, pero era incapaz de olvidarla.

«Si alguna vez estás en apuros, volveré», había dicho la Señora del Cielo al

pequeño Joe, besando al niño de dos años en la frente. «Entretanto, cuida de tu padre». Está visto en qué quedan las promesas de los ángeles que caen desnudos del cielo, aunque —para ser justos— Amy les había dicho que sólo era un ángel «a veces». A decir verdad, y de manera muy persistente en los sueños de Danny, la Señora del Cielo no siempre estaba disponible como ángel, y obviamente no lo había estado aquella noche de nieve en que Joe y la chica desenfrenada de la mamada se cruzaron con el Mustang azul en el puerto de Berthoud.

—Me gustaría volver a verte, Amy —dijo Danny Ángel en voz alta en el frágil sueño del escritor, pero nadie lo oía en la oscuridad, excepto las mudas cenizas de su padre. Obviamente, en el drama representado aquella noche en esa habitación de hotel, las cenizas del cocinero, descansando en el tarro de especias para carne Amos'New York, habían tenido un papel sin diálogo.

Danny se despertó sobresaltado; la luz del amanecer parecía demasiado intensa. Pensó que ya llegaba tarde a su cita con Ketchum, pero no era así. Danny telefoneó a Carmella a su habitación del hotel. Le sorprendió lo despierta que parecía, como si esperase su llamada.

—La bañera es demasiado pequeña, Secondo, pero me las he arreglado —dijo Carmella. Ella lo esperaba en el comedor enorme y casi vacío cuando él bajó a desayunar.

Ketchum había tenido razón al proponer septiembre para su visita; iba a ser un día hermoso en el nordeste de Estados Unidos. Incluso cuando Danny y Carmella se marcharon del The Balsams a esa hora temprana, lucía el sol y el cielo presentaba un azul nítido y despejado. Unas pocas hojas de arce salpicaban de rojo y amarillo la carretera del embalse de Akers. Danny y Carmella habían anunciado en el hotel que se quedarían una segunda noche en Dixville Notch.

—Quizás hoy el señor Ketchum cene con nosotros —dijo Carmella a Danny en el coche.

—Quizá —contestó Danny; dudaba que el The Balsams fuese lugar para Ketchum. El hotel tenía un aspecto mastodóntico, un ambiente pensado posiblemente para congresos; Ketchum no era hombre de congresos.

Enseguida vieron el cartel que decía reparaciones de motores pequeños, con una flecha que apuntaba hacia un camino de tierra inocuo. «Estoy al final del camino», fue la única indicación que había dado Ketchum a Danny, pese a que no había ningún letrero que advirtiera que era un camino sin salida. Luego apareció el cartel (con la misma letra pulcra) donde se leía cuidado con el perro. Pero allí no había perro... ni casa, ni coches. Tal vez el cartel los prevenía de una eventualidad; a saber, si seguían adelante por el camino, casi con toda seguridad encontrarían un perro, pero entonces sería tarde para advertírselo.

—Me parece que conozco al perro —comentó Danny básicamente para tranquilizar a Carmella—. Se llama *Héroe*, y en realidad no es un mal perro, por lo que yo he visto.

El camino siguió adelante, cada vez más estrecho, hasta que era tan estrecho que ya no podía darse la vuelta. Naturalmente, quizás ése no era el camino, pensaba Danny. Tal vez existía aún un camino de la Nación Perdida, y el dependiente chiflado de la tienda de artículos deportivos les había dado mal las indicaciones intencionadamente; desde luego había manifestado hostilidad hacia Ketchum, pero el viejo maderero siempre había atraído la hostilidad incluso de las personas de apariencia más normal.

—Parece que el camino está cortado —dijo Carmella, y apoyó sus manos regordetas en el salpicadero, como para impedir una inminente colisión. Pero el camino terminaba en un claro que podía confundirse con un vertedero, o tal vez fuese un cementerio de furgonetas y remolques abandonados. Muchas de las furgonetas habían sido diseccionadas para extraer piezas. Había varias dependencias desperdigadas por el recinto; una choza decrepita por la acción de los elementos parecía un ahumadero, y por las rendijas entre los troncos de las paredes se filtraba tal cantidad de humo que toda la construcción parecía a punto de prender. Una columna de humo más pequeña y concentrada se elevaba del tubo de una estufa en un remolque: un antiguo wanigan, reconoció Danny. Probablemente el wanigan contenía una estufa de leña.

Danny apagó el motor y prestó atención por si se oía un perro. (Había olvidado que *Héroe* no ladraba). Carmella bajó la ventanilla.

—El señor Ketchum debe de estar guisando —dijo, olfateando el aire. Por la piel de oso tensada en un tendedero entre dos remolques, Danny supuso que el oso desollado estaba en el ahumadero, no «guisándose» precisamente.

«Un tipo que conozco me despieza los osos si le doy parte de la carne», había dicho Ketchum a Danny, «pero, sobre todo cuando hace buen tiempo, siempre ahumo el oso antes». Por el olor que flotaba en el aire, sin duda era un oso lo que estaba ahumándose, pensó Danny. Abrió con cautela la puerta del coche —pendiente de la aparición de *Héroe*, y suponiendo que el sabueso asumiría que debía vigilar el oso ahumado. Pero no salió ningún perro de las dependencias, ni de detrás de ninguna de las pilas de chatarra que daban cobijo.

—¡Ketchum! —llamó Danny.

—¿Quién pregunta? —oyeron exclamar a Ketchum antes de abrirse la puerta del wanigan con el tubo de estufa humeante.

Ketchum apartó de inmediato el rifle.

—¡Vaya, no habéis llegado tan tarde como pensabas! —los saludó con actitud cordial—. Encantado de volver a verla, Carmella —dijo, casi a modo de coqueteo.

—Encantada, señor Ketchum —respondió ella.

—Entren a tomar un café —invitó Ketchum—. Trae las cenizas del coci, Danny; quiero ver dónde las has metido.

También Carmella sentía curiosidad por ver el recipiente. Tuvieron que pasar al lado de la apestosa piel de oso del tendedero para entrar en el wanigan, y Carmella

desvió la mirada para no ver la cabeza seccionada del oso; seguía unida al pellejo, pero colgaba con el hocico hacia abajo, casi rozando el suelo, y una resplandeciente gota de sangre había burbujeado y se había coagulado. Donde antes había goteado sangre de la nariz del oso, ahora parecía haber un adorno navideño en el hocico del animal muerto.

—Especias para carne Amos'New York —leyó Ketchum en voz alta con orgullo, sosteniendo el tarro en una mano—. Vaya, una excelente elección. Si no te importa, Danny, voy a meter las cenizas en un tarro de cristal; ya verás por qué cuando lleguemos allí.

—No, no me importa —dijo Danny. De hecho, sintió alivio; había pensado que le gustaría conservar el envase de plástico de las especias para carne.

Ketchum había preparado el café como se hacía antes en los wanigans. Había echado cascara de huevo, agua y café molido en una fuente de horno y lo había puesto a hervir sobre la estufa de leña. Teóricamente, los cascarrones de huevo atraían los posos del café; podía verterse el café desde un ángulo de la fuente, y la mayor parte de los posos se quedaban en la fuente junto con los cascarrones. El cocinero se mofaba de ese método, pero Ketchum aún preparaba el café así. Era fuerte, y lo servía con azúcar, quisieras azúcar o no: fuerte y dulce, y un poco cenagoso, «como el café turco», comentó Carmella.

Ella procuraba con toda su alma no mirar alrededor en el wanigan, pero aquel asombroso batiburrillo (aunque bien organizado) resultaba demasiado tentador. Danny, como buen escritor, prefería imaginar dónde estaba el fax en lugar de verlo. Pero no pudo por menos de advertir que el interior del wanigan era en esencia una amplia cocina, en la que había una cama donde Ketchum (supuestamente) dormía rodeado de armas de fuego, arcos y flechas, y un despliegue de cuchillos. Danny supuso que además debía de haber un alijo de armas que no estaban a la vista, al menos una pistola o dos, ya que el wanigan había sido pertrechado como un arsenal, como si Ketchum viviese con la idea de que algún día sería atacado.

Casi perdido entre los rifles y las escopetas, donde el walker bluetick cazador de osos debía de haberse sentido más a gusto, había una cama de perro de lona rellena de astillas de cedro. Carmella ahogó una exclamación al ver a *Héroe* tendido en su cama, si bien las heridas del cazador de osos eran más llamativas que graves. En un costado, en el pelaje de color blanco y gris azulado moteado, tenía arañazos de las garras del oso. Ya no sangraba, y los cortes en la cadera estaban cubiertos de costras, pero el perro había sangrado en la cama durante la noche; se lo veía acartonado por el dolor.

—No me había dado cuenta de que *Héroe* había perdido media oreja —comentó Ketchum—. Ayer había tanta sangre que pensé que aún seguía allí la oreja entera. ¡Sólo cuando la oreja dejó de sangrar un poco vi que había volado la mitad!

—Dios bendito... —empezó a decir Carmella.

—¿No deberías llevarlo a un veterinario? —preguntó Danny.

—*Héroe* no hace buenas migas con el veterinario —contestó Ketchum—. Se lo



llevaremos a la Seis Jarras de camino al río. Pam tiene un potingue que hace maravillas con las heridas de garras, y yo tengo un antibiótico para la oreja; mientras cicatriza lo que queda de ella. ¿Te está bien merecido o no, *Héroe*? —preguntó Ketchum al perro—. Ya te lo dije: te adelantaste demasiado. —Volviéndose hacia Carmella, Ketchum explicó—: Este perro tonto alcanzó al oso cuando aún no lo tenía a tiro.

—Pobre animal —fue lo único que pudo decir ella.

—Ah, se pondrá bien; ¡acabo de darle un poco de carne del oso! —dijo Ketchum—. Pongámonos en marcha —propuso a Danny, y descolgó la Remington. 30-06 Springfield de dos estaquillas en la pared; se apoyó la carabina en el antebrazo y se dirigió hacia la puerta del wanigan—. Vamos, *Héroe* —llamó al sabueso, que se levantó de la cama con movimientos rígidos y lo siguió cojeando.

—¿Para qué es el arma? Por lo que se ve, ya tienes a tu oso —dijo Danny.

—Ya lo descubrirás —respondió Ketchum.

—No irá usted a dispararle a nada, ¿verdad que no, señor Ketchum? —preguntó Carmella.

—Sólo si aparece un bicho al que deba pegarle un tiro —contestó Ketchum. Luego, como para cambiar de tema, dijo a Danny:

—Supongo que nunca habrás visto un oso despellejado sin cabeza. En ese estado, un oso parece un hombre. Algo que usted no debe ver, creo —se apresuró a añadir el maderero, dirigiéndose a Carmella.

—¡Quieto! —ordenó de pronto Ketchum a *Héroe*, y el perro se quedó inmóvil junto a Carmella, que también se había detenido en seco.

En el ahumadero, el oso desollado se hallaba suspendido sobre el hoyo con brasas como un murciélago gigante. Sin cabeza, el oso parecía, en efecto, un hombre descomunal, si bien el escritor nunca había visto a un hombre despellejado.

—Casi se te corta la respiración, ¿verdad? —preguntó Ketchum a Danny, que se había quedado sin habla.

Salieron del ahumadero y vieron a Carmella y el perro cazador de osos inmóviles justo donde los habían dejado, como si sólo un violento cambio meteorológico hubiese inducido a la mujer y al perro a replantearse sus posiciones.

—Vamos, *Héroe* —dijo Ketchum, y Carmella siguió obedientemente al sabueso hasta la furgoneta, como si el viejo gancho le hubiese hablado también a ella. Ketchum levantó a *Héroe* en brazos y dejó al perro herido en la caja de la furgoneta.

—Tendrás que perdonar a la Seis Jarras, Danny —dijo mientras entraban en la cabina de la furgoneta, donde Carmella, en medio, ocupaba más espacio del que le correspondía—. Pam tiene una cosa que decirnos a los dos —prosiguió Ketchum—. La Seis Jarras no es mala persona, y sospecho que sencillamente quiere disculparse. La culpa fue mía por no saber leer, recuérdalo. Nunca le eché en cara a Pam que le contase a Cari lo que le sucedió de verdad a Jane la Piel Roja. Era la única arma que tenía la Seis Jarras contra el vaquero, y él debió de obligarla a emplearla.

—Tampoco yo se lo he echado en cara a la Seis Jarras —dijo Danny; trató de interpretar la expresión de Carmella, que parecía un tanto ofendida pero no decía nada. La cabina olía mal; tal vez era el olor lo que ofendía a Carmella.

—En cualquier caso, será sólo un momento: la Seis Jarras tendrá que atender a *Héroe* —dijo Ketchum—. *Héroe* apenas tolera a los perros de Pam cuando no está lleno de zarpazos. Esta mañana puede ser interesante. —Salieron del camino donde se leía el cartel de las reparaciones de motores pequeños, aunque por alguna razón Danny dudaba que ese letrero fuera de Ketchum, o que Ketchum se hubiera dedicado en algún momento al negocio de reparar los motores pequeños de otras personas; quizás el maderero sólo arreglaba los suyos, pero Danny no se lo preguntó. Aquel olor insoportable tenía que ser del oso, pero ¿por qué el oso había viajado en la cabina?

—Nos encontramos con un hombre que te conoce, un dependiente de L. L. Cote —comentó Danny a Ketchum.

—¿Ah, sí? —dijo el ganchero—. ¿Era un fulano simpático o debo suponer que habéis conocido al único capullo que trabaja allí?

—Creo que conocimos a ése, señor Ketchum —contestó Carmella. El espantoso olor los acompañaba; decididamente el oso había viajado en la cabina.

—Un fulano gordo, vestido siempre con ropa de camuflaje... ¿Era ése el capullo? —preguntó Ketchum.

—El mismo —respondió Danny; casi tenía arcadas por el olor a oso—. Por lo visto, piensa que eres medio indio.

—La verdad es que no sé lo que soy... O al menos cuál es la mitad de mí que falta —exclamó Ketchum atronadoramente—. Yo no tengo inconveniente en ser medio piel roja, o tres cuartos, si a eso vamos. Los pieles rojas son una nación perdida, cosa que ya me pega, además.

—Al parecer ese fulano pensaba que el camino que va hasta donde vives ya no se llama Camino de la Nación Perdida —explicó Danny al viejo leñador.

—¡Debería despellejar a ese fulano y ahumarlo junto con el oso! —vociferó Ketchum—. Pero ¿sabe qué le digo? —preguntó a Carmella en un tono más de coqueteo.

—¿Qué, señor Ketchum? —preguntó ella temerosamente.

—¡Ese fulano no sabría tan bien como un oso! —bramó Ketchum, y soltó una carcajada. Doblaron por la carretera del embalse de Akers y se encaminaron hacia la estatal. Danny llevaba bien sujeto en el regazo el nuevo tarro de cristal con las cenizas de su padre; el otro recipiente, ahora vacío, lo tenía inmovilizado entre los pies en el suelo de la cabina. El tarro de cristal era más grande; las cenizas del cocinero, junto con las hierbas y las especias, ocupaban sólo las dos terceras partes. Antes había sido un tarro de zumo de manzana, como vio Danny en la etiqueta.

Ketchum condujo hasta el *camping* de caravanas bien cuidado al pie de la Federal 26, en las afueras de Errol: el *camping* Saw Dust Alley, donde Pam la Seis Jarras

tenía una caravana. La casa de la Seis Jarras, que ya no era móvil —estaba sostenida sobre bloques de hormigón y medio rodeada de un huerto—, se componía en realidad de dos caravanas unidas. Un vallado impedía entrar a los perros en el huerto, y una gran puerta con bisagras, una especie de gatera, daba libre acceso a los perros de Pam entre el vallado y las caravanas.

—He intentado decirle a la Seis Jarras que un fulano adulto podría pasar por esa puta puerta para perros, aunque sospecho que por aquí ningún fulano se atrevería a hacerlo —dijo Ketchum. *Héro*e ofrecía un aspecto hostil cuando Ketchum lo tomó en brazos de la caja de la furgoneta—. Que no se te crucen las pelotas —advirtió Ketchum al sabueso.

Danny y Carmella no habían visto a la Seis Jarras, que estaba de rodillas en el huerto. En esa postura, era casi tan alta como Carmella de pie. Pam se levantó, con movimientos vacilantes y apoyándose en un rastrillo. Sólo entonces recordó Danny lo grande que era, no gorda, sino de grandes huesos, y casi tan alta como Ketchum.

—¿Cómo va esa cadera? —preguntó Ketchum—. Enderezarte cuando estás de rodillas no es lo que más te conviene, supongo.

—Mi cadera está mejor que tu pobre perro —respondió la Seis Jarras—. Ven aquí. *Héro*e —dijo al sabueso, que se acercó a ella—. ¿Mataste al oso tú solo, o este capullo de cazador consiguió darle un tiro por fin?

—Este capullo de perro cazador de osos se me adelantó demasiado. Cuando *Héro*e llegó hasta el oso, éste estaba fuera del alcance de la escopeta —protestó Ketchum otra vez.

—El viejo Ketchum ya no es tan rápido como antes, ¿verdad que no, *Héro*e? —dijo la Seis Jarras al perro.

—Maté al puñetero oso —afirmó Ketchum, irritado.

—No jodas... ¡Claro que lo mataste! —dijo Pam—. Si no hubieras matado al puñetero oso, tu pobre perro estaría muerto.

—Le estoy dando a *Héro*e un antibiótico para la oreja —comentó el maderero a la Seis Jarras—. He pensado que igual podrías ponerle un poco del mejunje ese que tienes para los zarpazos.

—No es un mejunje: es sulfamida —dijo la Seis Jarras.

El puñado de perros que se encontraba en el vallado tenía un aspecto de lo más ansioso, mestizos en su mayor parte, aunque había uno que parecía cercano a un pastor alemán de raza. Aun con la valla de por medio, *Héro*e no le quitaba el ojo de encima.

—Siento mucho lo que te trae por aquí, Danny —dijo Pam la Seis Jarras—. Lo lamento por la parte que me corresponde, aunque haya pasado mucho tiempo —añadió, esta vez mirando directamente a Carmella al hablar.

—Déjalo correr —dijo Danny a la Seis Jarras—. Era inevitable, supongo.

—Todo el mundo pierde a alguien —dijo Carmella.

—En su día medio me encapriché del Coci —admitió la Seis Jarras, ahora

mirando a Danny—. Pero él no quiso saber nada de mí. Supongo que en parte fue eso lo que me provocó.

—¿O sea que te iba el Coci? —preguntó Ketchum—. ¡A buenas horas me entero!

—No estoy diciéndotelo a ti; se lo digo a él —repuso la Seis Jarras, señalando a Danny—. Tampoco te estoy pidiendo disculpas —añadió Pam.

Ketchum pateó el suelo con la bota.

—En fin, joder, volveremos a por el perro dentro de un rato, esta misma mañana, o quizás ya por la tarde —dijo a la Seis Jarras.

—Da igual cuando vuelvas —repuso Pam—. *Héroe* estará bien conmigo; ¡yo no tengo intención de ir a cazar osos con él!

—Dentro de poco te traeré carne de oso —anunció Ketchum, con expresión hosca—. Si no te gusta, siempre puedes dársela a esos chuchos. —Ketchum señaló el vallado con un gesto brusco al pronunciar la palabra «chuchos» y los perros de la Seis Jarras empezaron a ladrarle.

—Muy propio de ti, Ketchum, crearme problemas con mis vecinos. —Pam se volvió hacia Carmella y Danny cuando agregó—: ¿Podéis creer que este capullo es el único capaz de sacar de quicio a mis perros?

—Lo creo —afirmó Danny, sonriente.

—¡Callaos todos! —gritó la Seis Jarras a sus perros; los animales dejaron de ladrar y se apartaron encogidos de la valla, todos excepto el pastor alemán, que mantuvo el hocico apretado contra la valla y la mirada fija en *Héroe*, que también lo miraba fijamente a él.

—Yo que tú mantendría separados a estos dos —aconsejó Ketchum a Pam, señalando a su cazador de osos y al pastor alemán.

—¡No hace falta que me lo digas! —replicó la Seis Jarras.

—Joder —dijo el maderero a Pam—. Estaré en la furgoneta —dijo Ketchum a Danny—. ¡Tú te quedas! —ordenó a *Héroe*, sin mirar en dirección al sabueso; una vez más, Ketchum consiguió que Carmella se quedara petrificada.

La vejez no había tratado bien a la Seis Jarras, que tenía los mismos años que Ketchum, y conservaba un rubio oxigenado que daba miedo. Tenía una cicatriz en el labio superior, que Danny no recordaba. Con toda probabilidad era obra del vaquero, pensó el escritor. (Sus problemas con la cadera quizá fueran también cosa del ayudante del sheriff). Cuando el leñador se encerró en la cabina de la furgoneta y encendió la radio, la Seis Jarras les dijo a Danny y Carmella:

—Todavía quiero a Ketchum, ¿sabéis?, aunque él no acaba de perdonarme... A la hora de juzgar a los demás por sus errores, o por lo que no has podido evitar de ti mismo, puede ser muy capullo.

Danny sólo pudo asentir, y Carmella se había quedado petrificada; Pam no continuó hasta después de un momentáneo silencio; —Habla con él, Danny. Dile que no haga ninguna estupidez... Que no se la haga en la mano izquierda, para empezar.

—¿Qué pasa con la mano izquierda de Ketchum? —preguntó Danny.

—Pregúntaselo a Ketchum —respondió la Seis Jarras—. No es mi tema preferido. ¡Esa mano izquierda no es con la que me tocaba! —exclamó de pronto.

El viejo maderero bajó la ventanilla del lado del conductor de la furgoneta.

—¡Cállate ya, Seis Jarras, y déjalos marcharse, por Dios! —dijo a voz en grito; los perros de Pam empezaron a ladrar de nuevo—. Ya te has disculpado, ¿no? —vociferó Ketchum.

—Vamos, *Héroe* —ordenó la Seis Jarras al cazador de osos. Pam dio media vuelta y entró en la caravana, seguida por *Héroe*, con andar renqueante y rígido.

Apenas pasaban de las siete de la mañana, y en cuanto Danny y Carmella se reunieron con Ketchum en la furgoneta, los perros de la Seis Jarras dejaron de ladrar. En la caja de la furgoneta había media cuerda de leña; la leña estaba cubierta con una lona de aspecto resistente, y Ketchum había dejado su rifle debajo de la lona. Si alguien seguía a la furgoneta, no vería la vieja Remington con corredera, oculta en la pila de leña. Sin embargo, era imposible esconder el olor a oso de la cabina.

En la radio sonaba una canción de Kris Kristofferson de los años setenta. A Danny siempre le había gustado esa canción, y el cantautor, pero ni siquiera Kris Kristofferson en una hermosa mañana pudo distraer al escritor del intenso hedor de oso en la furgoneta de Ketchum.

*Titus could be our íast good night together; We may never pass this way again.*

[Ésta podría ser nuestra última buena noche juntos; es posible que no volvamos a pasar por aquí.] Cuando Ketchum tomó la Estatal 16 en dirección sur, con el Androscoggin discurriendo ahora paralelo a ellos por el lado del conductor, Danny alargó el brazo por encima del regazo de Carmella y apagó la radio.

—¿Qué es eso que he oído de tu mano izquierda? —preguntó Danny al viejo maderero—. No seguirás pensando en cortártela, ¿verdad?

—Joder, Danny —respondió Ketchum—, no pasa un día sin que lo piense.

—Cielo santo, señor Ketchum —empezó a decir Carmella, pero Danny no le permitió seguir.

—¿Por qué la izquierda, Ketchum? —preguntó Danny al leñador—. Eres diestro, ¿no?

—Joder, Danny... ¡Prometí a tu padre que no te lo diría nunca! —dijo Ketchum—. Aunque sospecho que el Coci se olvidó por completo de eso.

Danny sostuvo las cenizas del cocinero entre las dos manos y las agitó.

—¿Tú qué dices, pa? —preguntó Danny a las cenizas mudas—. No oigo a mi padre poner ninguna objeción, Ketchum —dijo Danny al maderero.

—Joder... ¡Se lo prometí también a tu madre! —exclamó Ketchum.

Danny recordó lo que Jane la Piel Roja le había contado. La noche que su madre desapareció bajo el hielo, Ketchum cogió un cuchillo en el pabellón-cocina. Se había quedado inmóvil en la cocina con la mano izquierda en el tajo, empuñando el cuchillo con la derecha. «No lo hagas», había dicho Jane al gancho, pero Ketchum seguía mirándose la mano izquierda en el tajo, quizás imaginándose sin ella. Jane había

dejado allí a Ketchum; tenía que ocuparse de Danny y su padre. Después, cuando Jane regresó a la cocina, Ketchum había desaparecido. Jane había buscado la mano izquierda del maderero por todas partes; estaba segura de que la encontraría en algún sitio. «No quería que la encontrarais tu padre o tú», había dicho al pequeño Dan.

A veces, sobre todo cuando Ketchum estaba borracho, Danny había visto cómo el maderero se observaba la mano izquierda; era tal como el ganchero se había mirado la escayola de la muñeca derecha después de desaparecer Ángel bajo los troncos.

Ahora avanzaban junto al Androscoggin en silencio, hasta que por fin Danny dijo:

—Me da igual qué le prometiste a mi padre o a mi madre, Ketchum. Lo que me pregunto es: si te odiaras, si de verdad quisieras desquitarte o exigirte responsabilidades, ¿no decidirías cortarte la mano buena?

—¡Mi mano buena es la izquierda! —exclamó Ketchum.

Carmella se aclaró la garganta; tal vez por el atroz olor a oso. Sin volver la cabeza para mirar a ninguno de los dos, hablando al salpicadero de la furgoneta —o quizás a la radio en silencio—, Carmella dijo:

—Cuéntenos la historia, señor Ketchum, por favor.

## 15. El baile del alce

A Danny no le sorprendió que Ketchum no empezara a contar de inmediato la historia de su mano izquierda. Para cuando la furgoneta dejó atrás el pantano de Pontook —y Danny se fijó en los ya conocidos canales de riego de los campos mientras avanzaban por la carretera del embalse Dummer—, era obvio que Ketchum tenía sus propios planes. La historia que revelara la peculiar lógica que había inducido al viejo maderero a considerar su mano izquierda como la «buena» tendría que esperar. Danny también advirtió que Ketchum dejaba atrás la antigua vía de saca a Twisted River.

—¿Vamos a Paris por alguna razón? —preguntó el escritor.

—A West Dummer —corrigió Ketchum—, o lo que queda de él.

—¿Aún lo llama alguien West Dummer? —quiso saber Danny.

—Yo —respondió Ketchum.

Al cruzar el puente nuevo sobre el Phillips Brook, recorrieron el mismo camino que el pequeño Dan hacía cuando Jane la Piel Roja lo acompañaba en coche al colegio. Por aquel entonces, el camino desde Twisted River hasta Paris se le hacía interminable; ahora, el tiempo y la carretera parecieron desvanecerse en un instante, pero no el olor a oso.

—Que no se te vayan a cruzar ahora los huevos por esto, Danny, pero la escuela de la Compañía Manufacturera Paris, el edificio en sí, sigue en pie —advirtió Ketchum—. El lugar donde el futuro escritor pasó unos años de formación: recibiendo palizas, la mayor parte del tiempo —explicó el leñador a Carmena, que parecía pugnar por entender el concepto de «cruzar los huevos».

Probablemente Carmella no hacía más que contener las náuseas; la combinación de la superficie irregular del camino de tierra y la fetidez en la cabina de la furgoneta debía de haberla mareado. Danny que sin duda tenía náuseas, procuró pasar por alto los pelos de oso que el aire movía en torno a sus pies debido al viento que entraba por la ventanilla abierta del lado del conductor de la traqueteante furgoneta.

Incluso con un cambio de marchas de palanca, Ketchum conseguía conducir con la mano derecha. Sacaba el codo izquierdo por la ventanilla, y los dedos de su mano izquierda sólo entraban en contacto con el volante fortuitamente; Ketchum cerraba la mano derecha con fuerza en torno al volante. Cuando necesitaba cambiar de marcha, buscaba a tientas con la mano derecha el pomo, a la altura del ombligo, de la larga palanca acodada, junto a las rodillas de Carmella. Provisionalmente, sujetaba el volante con la mano izquierda, pero no más tiempo del par de segundos que mantenía la derecha en el cambio.

Ketchum conducía de un modo bastante fluido, en apariencia tan natural y espontáneo como la manera en que el viento que entraba por la ventanilla abierta de su lado le agitaba la barba. (De no haberla llevado abierta, pensó Danny, Carmella y él casi con toda seguridad habrían vomitado).

—¿Por qué no pusiste el oso en la caja de la furgoneta? —preguntó Danny a Ketchum. El escritor se preguntó si había sido algún ritual propio de cazadores la razón por la que el oso muerto había ido en la cabina de la furgoneta.

—Estaba en Maine, ¿recuerdas? —dijo Ketchum—. Maté al oso en New Hampshire, pero tuve que entrar y salir de Maine. Llevo matrícula de New Hampshire en la furgoneta. Si hubiese llevado el oso en la caja, algún guarda forestal o un agente de la policía del estado de Maine me habría parado. Tengo licencia de caza de New Hampshire —explicó Ketchum.

—¿Dónde iba *Héro*?

—*Héro* iba en la caja; estaba chorreando sangre por todas partes —dijo Ketchum—. Los bichos vivos sangran más que los muertos, porque el corazón todavía bombea —dijo el viejo maderero a Carmella, que parecía estar conteniendo un reflejo faríngeo—. Sencillamente le puse al oso el cinturón de seguridad en tu asiento, Danny, y le calé un gorro sobre las orejas. La cabeza de la bestia parecía hundida entre los hombros..., los osos apenas tienen cuello..., pero supongo que parecíamos dos fulanos barbudos de paseo en coche.

En la cabina, Ketchum debía de parecer más alto que el oso muerto, comprendió Danny. De lejos, la barba y el pelo largo del leñador eran tan negros como los de un oso negro; había que mirar de cerca a Ketchum para verle las canas. Desde un coche circulando en sentido contrario, sobre todo a cierta velocidad, probablemente Ketchum y el oso parecían a través del parabrisas de la furgoneta dos hombres jóvenes con pobladas barbas, o al menos más jóvenes de lo que Ketchum era en realidad.

—Diantres, limpié del asiento la sangre del oso —decía el gancharo mientras la furgoneta entraba en Paris—. Aunque me pregunto cuánto tiempo durará la peste a bicho. Los osos huelen que apestan, ¿verdad?

Ketchum bajó a primera rozando fugazmente las rodillas de Carmella con su áspera mano derecha.

—No pretendo meterle mano, Carmella —dijo el maderero—. ¡No tenía previsto que la palanca de cambios acabara entre sus piernas! La próxima vez pondremos a Danny en medio.

Danny buscaba alrededor la serrería a vapor, pero no la veía. En su día, las trozas de frondosas descendían por el Phillips Brook hasta Paris; la Compañía Manufacturera de Paris, Maine, fabricaba toboganes, recordó el escritor. Pero ¿dónde estaba la vieja serrería? ¿Qué había sido del aprisco para los caballos y los talleres mecanizados? Había un comedor y una pensión —un barracón con cabida para setenta y cinco hombres, según recordaba Danny— y, para el director de la serrería, lo que (por entonces) parecía una casa bastante elegante. Ahora, cuando Ketchum detuvo la furgoneta, Danny vio que sólo quedaba la escuela. El campamento maderero había desaparecido.

—¿Qué fue de Paris? —preguntó Danny mientras se apeaba de la furgoneta. Oía



el murmullo del Phillips Brook; sonaba igual que antes.

—¡West Dummer! —bramó Ketchum. Se dirigía apresuradamente hacia el montículo donde antes estaba el comedor.

—Por qué esperaron hasta el año noventa y seis para demolerlo es algo que no me explico: y menuda chapuza hicieron cuando por fin se decidieron a arrasarlo con los bulldozers —clamó el maderero. Agachándose, recogió una olla y una sartén herrumbrosas y las batió ruidosamente. Danny lo siguió, dejando a Carmella atrás.

—¿Vinieron con bulldozers? —preguntó el escritor. Veía afiladas esquirlas de metal, de la serrería, asomando de la tierra como huesos cercenados. El aprisco para los caballos se había desmoronado y formaba una pila; el barracón para setenta y cinco hombres o pensión había quedado hecho un revoltijo entre la tierra, con los infantiles restos de las literas desperdigados entre las matas bajas de enebro. Un viejo lavamanos se alzaba como un esqueleto exhumado; había un agujero circular vacío donde había estado la palangana. Incluso quedaba la mole oxidada de un tractor de arrastre a vapor Lombard, tumbado de lado, con la caldera abollada por la fuerza destructiva pero inútil de los bulldozers. El Lombard sobresalía en medio de un zarzal; parecía un cadáver profanado de dinosaurio, o alguna otra especie extinguida.

—Si uno quiere deshacerse de un sitio, tiene que quemarlo —despotricó Ketchum.

Carmella, muy rezagada detrás de ellos, se detuvo para retirar los restos de abrojo y el algodoncillo de su pantalón urbano.

—Quería que primero vieses este cagadero, Danny. Es una puta vergüenza que ni siquiera hayan sido capaces de eliminarlo como Dios manda. ¡En West Dummer siempre han sido más tontos que una cagada de perro! —bramó el viejo maderero.

—¿Por qué sigue en pie la escuela? —preguntó Danny. (Dado lo mucho que lo maltrataron aquellos niños de West Dummer, Danny habría deseado reducir a cenizas la escuela de la Compañía Manufacturera Paris).

—No lo sé —respondió Ketchum—. Esa puñetera escuela tiene un uso recreativo, supongo. Veo por aquí a esquiadores de fondo, de vez en cuando, y motonieves a todas horas, claro está. Sé por capullos obsesionados con la energía que en los montes altos van a poner esos putos molinos de viento por todas partes. Turbinas de cien metros de altura... ¡Tienen aspas de cincuenta metros! Los construirán y, para acceder a ellos, harán una carretera de servicios de diez metros de ancho con la superficie de grava, cosa que, como sabe cualquier tonto, significa que tendrán que despejar una franja de unos veinte metros de anchura sólo para el paso de la carretera. Esas torres harán un ruido de cagarse y lanzarán hielo a punta pala; tendrán que pararlas cuando haya demasiada nieve o aguanieve, o niebla helada. Y en cuanto haya pasado el tiempo de mierda, y pongan en marcha los molinos de viento otra vez, el hielo formado en las aspas saldrá despedido a doscientos cincuenta metros. El hielo saltará en láminas de más de un metro de largo pero de menos de un par de centímetros de grosor. Esas placas podrían traspasar a un fulano, o a todo un alce. Y,

naturalmente, están las luces rojas intermitentes para advertir a los aviones. Es una ironía que esos capullos obsesionados con la energía sean la misma panda de ecologistas descerebrados que decían que las maderadas hacían estragos en los ríos y los bosques, o son los capullos de los hijos de esos ecologistas.

De pronto, Ketchum dejó de vociferar, porque vio que Carmella lloraba. No había avanzado mucho desde la furgoneta; o las zarzas le habían obstruido el paso, o los escombros del campamento maderero arrasado por los bulldozers se lo impedían. Con el alboroto que había organizado Ketchum, Carmella no podía haber oído el murmullo del Phillips Brook, ni podía ver el agua. El tractor de arrastre Lombard volcado, que para ella era algo totalmente desconocido y, como tal, amenazadoramente extraño, al parecer la había asustado.

—Por favor, señor Ketchum —dijo Carmella—, ¿podríamos ver dónde perdió la vida mi Angelú?

—Claro que sí, Carmella. Sólo estaba enseñándole a Danny una parte de su historia —dijo el gancho con aspereza—. Los escritores tienen que conocer su historia, ¿o no, Danny? —Con un repentino espaviento, el leñador estalló de nuevo —: El comedor, la casa del director de la serrería... ¡Todo arrasado por los bulldozers! Y aquí, en algún sitio, había un pequeño cementerio. ¡Los bulldozers arrasaron incluso el cementerio!

—Veo que dejaron el manzanar —observó Danny, señalando los árboles raquíticos, desatendidos desde hacía años.

—Sin razón alguna —dijo Ketchum, sin molestarse siquiera en mirar el manzanar—. Sólo los ciervos se comen esas manzanas. Yo he matado un buen montón de ciervos aquí. —(Sin duda, en West Dummer incluso los ciervos eran más tontos que una cagada de perro, pensaba Danny. Seguramente esos ciervos tontos se quedaban allí plantados cogiendo manzanas en espera de que les pegaran un tiro). Regresaron a la furgoneta, y Ketchum cambió de sentido; esta vez Danny ocupó el asiento central de la cabina, a horcajadas en torno al cambio de marchas. Carmella bajó la ventanilla del acompañante, tragando a bocanadas el aire entrante. La furgoneta se había quedado al sol, inmóvil, y la temperatura, aquella mañana, iba en aumento; el hedor del oso muerto era tan opresivo como una manta fétida y pesada. Danny sostenía las cenizas de su padre en el regazo. (El escritor habría deseado oler las cenizas de su padre, a sabiendas de que olían a especias para carne —un posible antídoto contra el oso—, pero se contuvo). En la carretera entre Paris y Twisted River —en el promontorio de tierra donde el Phillips Brook doblaba hacia el sudoeste en dirección al Ammonoosuc y el Connecticut y donde el Twisted River doblaba hacia el sudeste en dirección al pantano de Pontook y el Adroscoggin—, Ketchum volvió a detener su pestilente furgoneta. El leñador señaló por la ventanilla, a lo lejos, hacia lo que parecía un campo alargado y uniforme. Quizás en primavera era una ciénaga, pero en septiembre era tierra seca, con hierba alta y unos cuantos pinos de Virginia, y chupones de arce arraigando en el suelo llano.

—Antes, cuando retenían las aguas del Phillips Brook con un azud —empezó a contar el gancharo—, esto era un embalse, pero hace años que no retienen las aguas del río. A pesar de que aquí no hay un embalse, y no lo ha habido desde hace mucho tiempo, esto se llama aún el embalse del Observatorio del Alce. Cuando había un embalse, los alces se reunían aquí; los leñadores venían a observarlos. Ahora los alces salen por la noche y bailan donde estaba el embalse. Y los que seguimos vivos, ya no muchos, venimos a ver bailar a los alces.

—¿Bailan? —preguntó Danny.

—Sí. Es una especie de danza. Los he visto —afirmó el viejo maderero—. Y esos alces, los que bailan, son demasiado jóvenes para recordar que aquí hubo un embalse. Sencillamente lo saben, por alguna razón. Da la impresión de que los alces pretenden que vuelva el embalse —les explicó Ketchum—. Yo vengo aquí algunas noches, sólo para verlos bailar. A veces convengo a la Seis Jarras para que me acompañe.

En ese momento no había alces —no una mañana clara y soleada de septiembre—, pero no había razón para dudar de la palabra de Ketchum, pensaba Danny.

—Tu madre bailaba bien, Danny, como me consta que ya sabes. Doy por hecho que te lo contó la Piel Roja —añadió Ketchum.

Cuando el viejo leñador siguió conduciendo, Carmella sólo dijo:

—¡Cielo santo! ¡Alces bailando!

—Si yo no hubiese visto nada más en toda mi vida..., sólo bailar a los alces... habría sido más feliz —les aseguró Ketchum. Danny lo miró; pronto las lágrimas del maderero se perdieron en su barba, pero Danny las había visto.

Ahora viene la historia de la mano izquierda, vaticinó el escritor. La sola mención de la madre de Danny. o su manera de bailar, había desencadenado algo dentro de Ketchum.

De cerca, la barba del viejo gancharo era más grisácea de lo que parecía de lejos; Danny no podía apartar la mirada de él. Pensó que Ketchum tendía la mano hacia la palanca del cambio de marchas cuando éste agarró la rodilla izquierda de Danny con su fuerte mano derecha y le dio un doloroso apretón.

—¿Qué miras? —le preguntó Ketchum con brusquedad—. No faltaría a una promesa hecha a tu madre o a tu padre, a no ser por el puto hecho de que algunas promesas que uno hace en su triste vida entran en contradicción con otras..., como, por ejemplo, mi otra promesa a Rosie: que te querría siempre y cuidaría de ti si algún día tu padre no podía hacerlo. ¡Promesas como ésa! —exclamó Ketchum; sujetó el volante con su remisa mano izquierda, con más fuerza y durante más tiempo de lo que se permitía coger el volante con la mano izquierda cuando sólo cambiaba de marcha.

Finalmente, su gran mano derecha se desprendió de la rodilla de Danny: Ketchum volvía a conducir con la mano derecha. El codo izquierdo del maderero señalaba hacia fuera por la ventanilla del lado del conductor, como si fuese un elemento permanente de la cabina de la furgoneta; Ketchum sólo rozó el volante en actitud

indiferente con los dedos ahora relajados de la mano izquierda cuando tomó la vieja vía de saca en dirección a Twisted River.

La superficie del camino empeoró de inmediato. El tráfico con destino a un pueblo fantasma era poco, y Twisted River no se encontraba de camino a ninguna otra parte; la vía de saca no había tenido ningún tipo de mantenimiento. Con el primer bache que encontró la furgoneta se abrió la guantera. Los invadió el tranquilizador olor del aceite para armas, aliviándolos momentáneamente del implacable hedor del oso. Cuando Danny alargó la mano para cerrar la guantera, vio el contenido: un frasco enorme de aspirinas y una pistola pequeña en una hombrera.

—Calmantes para el dolor, lo uno y lo otro —comentó Ketchum con despreocupación, mientras Danny cerraba la guantera—. Ni muerto iría a algún sitio sin aspirinas y un arma de cualquier tipo.

En la caja de la furgoneta, con la leña bajo la lona —en compañía de la Remington. 30-06 Springfield—, como Danny sabía, llevaba una motosierra y un hacha. Enfundado tras la visera para el sol de la furgoneta, en el lado del conductor, estaba el cuchillo Browning de treinta centímetros.

—¿Por qué va siempre armado, señor Ketchum? —preguntó Carmella al ganchero.

Quizá fue la palabra «armado» lo que pilló desprevenido a Ketchum, porque no había estado armado aquella lejana noche en que el maderero y el cocinero y la prima Rosie del cocinero salieron al hielo, ejecutando el dos-á-dos sobre el río helado. Allí mismo —en la furgoneta que apestaba a oso, ante los ojos enloquecidos del leñador— debió de aparecérselle a Ketchum una visión de Rosie. Danny advirtió que la feroz barba de Ketchum había vuelto a humedecerse de lágrimas.

—He cometido... errores —empezó a decir el ganchero; le fallaba la voz, como si se ahogara—. No sólo errores de juicio, o simplemente por decir algo que no podía sostener, sino verdaderos deslices.

—No tienes por qué contar la historia, Ketchum —dijo Danny, pero ya no había manera de detener al maderero.

—Una pareja enamorada se dice cosas... Tú ya lo sabes, Danny... Sólo para que cada uno se sienta a gusto con una situación, aunque esa situación no sea buena, o aunque no debieran sentirse a gusto con ella —dijo Ketchum—. Una pareja enamorada crea sus propias normas, como si esas normas inventadas fuesen tan fiables o contaran tanto como las normas conforme a las que intentan vivir los demás... No sé si me entiendes.

—La verdad es que no —contestó Danny. El escritor vio que la vía de saca hacia lo que había sido el municipio de Twisted River había sido invadida por el agua —por una inundación, hacía años— y ahora el liquen y el musgo cubrían la pedregosa pista. Sólo perduraba el desvío en el camino —una curva a la izquierda, hacia el pabellón-cocina—, y Ketchum dobló por allí.

—La mano izquierda es con la que tocaba a tu madre, Danny. Nunca la tocaba

con la derecha; la mano con la que había tocado, y tocaría, a otras mujeres —dijo Ketchum.

—¡Pare! —exclamó Carmella. (Al menos no había dicho «Cielo santo», pensó Danny; sabía que Ketchum no se detendría, ahora que había empezado.).

—Ésa fue nuestra primera norma: yo era su amante zurdo —explicó el maderero—. En la cabeza de ambos, mi mano izquierda le pertenecía a ella; era la mano de Rosie, y por eso mismo mi mano más importante, mi mano buena. Era mi mano más delicada, la mano que menos se parecía a mí —dijo Ketchum. Era la mano que había asestado menos golpes, pensaba Danny, y Ketchum nunca había apretado un gatillo con el índice de la mano izquierda.

—Entiendo —dijo Danny.

—Pare, por favor —suplicó Carmella. (¿Aquello suyo eran arcadas o llanto?, se preguntó el escritor. No se le había ocurrido a Danny que no era la historia lo que Carmella quería parar; era la furgoneta).

—Has dicho que hubo un lapsus. ¿Cuál fue el error? —preguntó Danny al viejo leñador.

Pero por entonces coronaban ya el promontorio donde había estado el pabellón-cocina. Sólo entonces —en la furgoneta traqueteante y vomitiva— apareció a la vista el remanso del río engañosamente sereno, y debajo del remanso se hallaba el recodo del río cuya corriente había arrastrado a Rosie y a Ángel. Carmella ahogó una exclamación al ver el agua. Lo que conmocionó a Danny fue no ver nada ahí —no quedaba ni una sola tabla del pabellón-cocina—; y en cuanto a la vista del pueblo desde donde había estado el pabellón-cocina: no había pueblo.

—¿El error? —clamó—. ¡Digamos que fue un lapsus! Estábamos todos borrachos y gritando cuando salimos al hielo, Danny. Eso ya lo sabes, ¿no?

—Sí, me lo contó Jane —respondió Danny.

—Y yo dije, o creí decir, a Rosie: «Dame la mano». Te juro que eso es lo que le dije —declaró Ketchum—. Pero, como estaba borracho, y soy diestro, instintivamente le tendí la mano derecha. Yo llevaba auestas a tu padre, pero él también quería deslizarse por el suelo, así que lo dejé. —Por fin, Ketchum detuvo la furgoneta.

Carmella abrió la puerta del lado del acompañante y vomitó en la hierba; la pobre mujer siguió con las arcadas mientras Danny examinaba la chimenea desmoronada del pabellón-cocina. Donde antes estuvo el horno para *pizzas* del cocinero sólo quedaban en pie unas hileras de ladrillos de poco más de medio metro.

—Pero tu madre conocía nuestras normas —prosiguió Ketchum—. Rosie dijo: «Esa mano no, te has equivocado de mano». Y, bailando, se alejó de mí: se resistió a darme la mano. Entonces tu padre resbaló y se cayó, y yo empecé a empujarlo por el hielo, como si el Coci fuera un trineo humano, pero no pude acortar la distancia entre tu madre y yo. No le cogí la mano, Danny, porque le tendí la derecha, la mala. ¿Lo entiendes?

—Entiendo —contestó Danny—, pero parece algo tan insignificante. —Y sin embargo el escritor lo visualizó, vividamente: lo insalvable que era la distancia entre su madre y Ketchum, sobre todo cuando los troncos se abrieron paso cauce abajo desde los embalses de Dummer y saltaron sobre el hielo del remanso del río, donde enseguida cobraron gran velocidad.

Carmella, de rodillas, parecía rezar; la vista que tenía del lugar donde su amado Angelú se había perdido era en realidad la mejor de Twisted River, razón por la que el cocinero había querido que se construyese allí el pabellón-cocina.

—No te cortes la mano izquierda, Ketchum —dijo Danny.

—No lo haga, por favor, señor Ketchum —suplicó Carmella al viejo leñador.

—Ya veremos —se limitó a decirles Ketchum—. Ya veremos.

A finales del otoño del mismo año en que había incendiado Twisted River, Ketchum volvió al solar del pabellón-cocina con una azada y semillas de hierba. No se molestó en sembrar nada en lo que había sido el municipio de Twisted River, pero en la zona del pabellón-cocina —y en toda la ladera por encima del remanso del río, donde las cenizas del incendio se habían posado en la tierra—, Ketchum removió las cenizas y la tierra con la azada y esparció las semillas de hierba. Había elegido un día que sabía que iba a llover; a la mañana siguiente, la lluvia se había convertido en aguanieve, y a lo largo de todo el invierno las semillas de hierba permanecieron bajo la nieve. En la primavera siguiente salió la hierba, y ahora se extendía una pradera allí donde había estado el pabellón-cocina. Nadie había segado la hierba, que ahora estaba alta y ondulada.

Ketchum agarró a Carmella del brazo y bajaron por la ladera entre la alta hierba donde estuvo el pueblo. Danny los siguió, llevando las cenizas de su padre y —por insistencia de Ketchum— la carabina Remington. No quedaba nada en pie del municipio de Twisted River, salvo el otrora solitario centinela que había montado guardia en el callejón embarrado junto a lo que había sido el salón de baile; es decir, el tractor de arrastre a vapor Lombard. El fuego debió de arder con tal intensidad que el Lombard había quedado ennegrecido para siempre, inmune a la herrumbre, pero no a las cagadas de pájaro y, sin embargo, absolutamente negro. Los robustos patines permanecían intactos, pero las orugas, semejantes a las de un bulldozer, habían desaparecido; quizás alguien se las había llevado de recuerdo o las había devorado el fuego. Donde antes se sentaba el conductor —en la parte delantera del Lombard, encaramado sobre los patines—, el volante, inactivo durante muchos años, parecía listo para usarse (si hubiese quedado vivo aún un conductor capaz de llevarlo). Como había pronosticado en su día el cocinero, el antiquísimo tractor de arrastre había sobrevivido al pueblo.

Ketchum acompañó a Carmella más cerca de la orilla del río, pero ni siquiera en aquella mañana seca y soleada de septiembre pudieron acercarse más allá de dos metros del agua; la orilla estaba peligrosamente resbaladiza, la tierra esponjosa bajo los pies. Ya no retenían las aguas de los embalses de Dummer, pero por encima del

remanso del río la corriente bajaba rápida —incluso en otoño— y a menudo el Twisted River se desbordaba. Más cerca del río, Danny sintió el viento en la cara; procedía del agua del remanso, como si soplara aguas abajo desde los embalses de Dummer.

—Tal como sospechaba —dijo Ketchum—. Si intentamos esparcir las cenizas del Coci por el río, no podremos acercarnos lo suficiente al agua. Las cenizas nos vendrán con el viento a la cara.

—¿Por eso el rifle? —preguntó Danny. El leñador asintió.

—Por eso también el tarro de cristal —explicó Ketchum; cogió la mano de Carmella y señaló con el dedo índice de ella—. No exactamente a medio camino de la otra orilla, pero casi en la mitad del remanso: allí es donde vi a su chico resbalar y caer bajo los troncos —dijo el ganchero—. Te lo juro, Danny no fue a más de un metro de donde tu madre se hundió en el hielo.

Los tres fijaron la mirada al otro lado del cauce. En la orilla opuesta del Twisted River, vieron a un coyote que los observaba.

—Dame la carabina, Danny —dijo Ketchum. El coyote bebió largamente y con ansiedad del río; el animal seguía observándolos, pero no furtivamente. Le pasaba algo.

—Señor Ketchum, no lo mate, por favor —dijo Carmella.

—Debe de estar enfermo si está a la vista en pleno día y no huye de nosotros —explicó el leñador. Danny le entregó la Remington. 30-06 Springfield. El coyote se sentó en la otra orilla, observándolos con creciente indiferencia. Era casi como si el animal hablase solo.

—Hoy no matemos nada, señor Ketchum —insistió Carmella. Bajando el arma, Ketchum alcanzó una piedra y la lanzó al río en dirección al coyote, pero el animal ni se inmutó. Parecía aturdido.

—Ese bicho está enfermo, de eso no hay duda —afirmó Ketchum. El coyote volvió a beber largamente del río; esta vez ni siquiera los miró—. Mirad la sed que tiene. Está muriéndose de algo —aseguró Ketchum.

—¿Es temporada de caza de coyotes? —preguntó Danny al viejo maderero.

—Para el coyote siempre es temporada de caza —dijo Ketchum—. Son peores que las marmotas: son alimañas. No sirven para nada. No hay un límite de piezas para el coyote. Se pueden cazar incluso de noche, desde el primero de enero hasta finales de marzo. Para que os hagáis una idea de hasta qué punto el estado quiere deshacerse de esos bichos.

Pero Carmella no se dejó convencer.

—Hoy no quiero presenciar ninguna muerte —dijo a Ketchum; éste la vio lanzar besos por encima del agua, o bien para bendecir el lugar donde había perecido su Angelú o para desearle larga vida al coyote.

—Ponte en paz con esas cenizas, Danny —dijo el leñador—. Ya sabes a qué parte del río debes tirar el tarro, ¿no?

—Ya estoy en paz —contestó el escritor. Besó las cenizas del cocinero y se despidió del tarro de zumo de manzana—. ¿Estás listo? —preguntó al tirador.

—Tú lánzalo —dijo Ketchum. Carmella se tapó los oídos con las manos, y Danny lanzó el tarro casi hasta la mitad del cauce en el remanso del río. Ketchum apuntó la carabina y esperó a que el tarro asomara a la superficie del agua; de un solo tiro de la Remington hizo añicos el tarro de zumo de naranja, dispersando eficazmente las cenizas de Dominic Baciagalupo en el Twisted River.

En la otra orilla, el coyote, al oír el disparo, se agazapó en la orilla, pero insensatamente permaneció donde estaba.

—Pobre desgraciado —dijo Ketchum al animal—. Si no sabes ni echarte a correr, seguro que estás muriéndote. Lo siento —dijo el viejo maderero; esto lo añadió como un aparte, para Carmella. Era un rifle de acción suave: el «puñetero chisme de corredera viejo y fiable». El leñador disparó al coyote en lo alto del cráneo, justo cuando el animal enfermo se agachaba para beber otra vez.

—Eso es lo que debería haber hecho con Cari —dijo Ketchum sin mirar a Carmella—. Habría podido hacerlo en cualquier momento. Tenía que haberle pegado un tiro al vaquero, como a cualquier alimaña. Me arrepiento de no haberlo hecho, Danny.

—Tranquilo, Ketchum —dijo Danny—. Siempre entendí por qué no podías matarlo sin más.

—¡Pero debería haberlo hecho! —vociferó el maderero, furioso—. ¡Sólo me lo impidió esa gilipollez de la moralidad!

—La moralidad no es una gilipollez —empezó a aleccionarlo Carmella, pero cuando miró el coyote muerto, se abstuvo de decir lo que iba a decir; el coyote quedó inmóvil en la orilla con la punta del morro en contacto con el agua en movimiento.

—Adiós, pa —dijo Danny a la corriente. Se volvió y contempló la colina cubierta de hierba donde había estado el pabellón-cocina, donde él había tomado por un oso a Jane la Piel Roja con consecuencias desastrosas, cuando desde el principio había sido la amante de su padre.

—¡Adiós, Coci! —exclamó Ketchum por encima del agua.

—Dormi pur —entonó Carmella, santiguándose; a continuación dio la espalda bruscamente al río, donde Ángel se había hundido bajo los troncos—. Al paso que voy, mejor que me ponga ya en marcha o me quedaré otra vez rezagada —dijo a Danny y Ketchum, e inició el lento ascenso cuesta arriba a través de la hierba alta, sin volver la vista atrás ni una sola vez.

—¿Qué cantaba? —preguntó el maderero al escritor.

Era una antigua grabación de Caruso, recordó Danny. Quartetto Notturmo, se titulaba: una nana de una ópera. Danny no recordaba qué ópera, pero la nana debía de ser lo que Carmella cantaba a Angelú cuando era pequeño y lo acostaba.

—Dormí pur —repitió Danny para Ketchum—. «Duerme limpio».

—¿Limpio? —preguntó Ketchum.



—Quiere decir «Duerme bien», supongo —aclaró Danny.

—Joder —se limitó a decir Ketchum, pateando el suelo—. Joder —repitió el leñador.

Los dos hombres observaron la trabajosa ascensión de Carmella por la cuesta. La hierba alta y ondulante le llegaba a la cintura de su cuerpo truncado, parecido al de un oso, y el viento soplaba a sus espaldas desde el río, agitándole el pelo a ambos lados de la cabeza inclinada. Cuando Carmella coronó el promontorio, allí donde antes estaba el pabellón-cocina, bajó la cabeza y apoyó las manos en las rodillas. Durante un segundo o dos —no más de lo que Carmella tardó en recobrar el aliento—, Danny vio en su cuerpo ancho y agachado un parecido fantasmal con Jane la Piel Roja. Era como si Jane hubiese regresado al lugar de su muerte para despedirse de las cenizas del cocinero.

Ketchum había levantado la cara hacia el sol. Tenía los ojos cerrados pero movía los pies: unos pasos mínimos, sin rumbo aparente, como si caminase sobre troncos en flotación.

—Repítelo, Danny —pidió el viejo gancho.

—Duerme bien —dijo Danny.

—No, no, ¡en italiano! —ordenó Ketchum. El gancho tenía aún los ojos cerrados y seguía moviendo los pies; Danny sabía que el veterano maderero intentaba mantenerse a flote.

—Dormí pur —dijo Danny.

—¡Joder. Ángel! —exclamó Ketchum—. Dije: «Mueve los pies, Ángel. ¡Tienes que mover los pies sin parar!». Joder.

Había sido una mañana de gran confusión para Pam la Seis Jarras, a quien le gustaba trabajar en el huerto a primera hora, incluso antes de dar de comer a los perros o prepararse un café, y mientras le aguantara la cadera. Primero se había presentado Ketchum y lo había alterado todo, a su manera inimitable, y ella le había aplicado la sulfamida en polvo a *Héroe* en las heridas, todo eso antes de dar de comer a sus queridos perros y preparar el café. Debido a ese trastorno en su rutina, causado intencionadamente por Ketchum, y a que estuvo curando al desdichado perro atacado por un oso, la Seis Jarras había encendido la televisión un poco más tarde que de costumbre, pero aun así la encendió a tiempo.

Pam pensaba que, en parte, la culpa la tenía ella: a fin de cuentas, ella había pedido ver a Danny y a esa mujer italiana que había sido amante del cocinero: la sustituta de Jane la Piel Roja, como la Seis Jarras veía a Carmella. Pam deseaba hacer las paces con ellos, pero ahora se sentía en conflicto. Fue una conmoción ver a Danny con casi treinta años más que su padre, es decir, con treinta años más que cuando la Seis Jarras vio por última vez al pequeño cocinero. Y sólo después de pedir disculpas a Danny y a Carmella, Pam cayó en la cuenta de que era el perdón de Ketchum el que deseaba; también eso la confundía. Por otra parte, tratarle las heridas a *Héroe* la había hecho llorar, como si fueran las heridas de Ketchum las que, contra todo pronóstico,

intentaba curar. Fue exactamente en ese momento desconcertante —en el punto culminante de su amarga decepción, o eso imaginó la Seis Jarras— cuando encendió la tele.

También el mundo estaba a punto de desbordarla, pero la Seis Jarras no lo sabía cuando vio los estragos ocasionados por el primer avión de pasajeros secuestrado; el vuelo 11 de American Airlines, procedente de Boston, se había estrellado contra la torre norte del World Trade Center, donde el aparato abrió un enorme agujero en el edificio y lo incendió. «Debía de ser una avioneta», dijo alguien en televisión, pero Pam la Seis Jarras lo dudaba.

—¿Eso te parece el agujero que haría una avioneta, *Héroe*? —preguntó la Seis Jarras al walker bluetick herido. El perro no quitaba ojo al pastor alemán macho de la Seis Jarras. Los dos perros estaban debajo de la mesa de la cocina. El estoico cazador de osos no respondió a la pregunta de Pam. (Gracias a la convivencia con Ketchum, *Héroe* estaba más que habituado a que le hablasen; con Ketchum, el perro sabía que no se esperaba respuesta de él). Pam siguió viendo las noticias sobre el accidente de aviación. Por la tele daba la impresión de que también en Nueva York hacía un día claro y soleado, no la clase de día en que un piloto tiene problemas de visibilidad, pensaba la Seis Jarras.

La Seis Jarras lamentaba haber dicho que en su día «medio me encapriché del Coci», ¿no fue así como lo dijo? Pam se habría dado cabezazos contra la pared por haber dicho eso en presencia de Ketchum pese a su creciente sordera. Cada vez que le parecía que la relación entre ellos mejoraba, aunque no volviera exactamente a su cauce anterior, la Seis Jarras tenía la impresión de que decía la peor inconveniencia, o bien de que la decía Ketchum.

Había dejado a muchos hombres, y otros la habían dejado a ella, pero la ruptura con Ketchum había sido el golpe más duro, incluso si la Seis Jarras se paraba a pensar que, al abandonar a Cari, el vaquero casi la había matado. El ayudante del sheriff la había violado una noche en un muelle, en la rampa de botadura del embalse Success. Después una pareja que lo había presenciado llevó a Pam al hospital del valle del Androscoggin en Berlin, donde ella había estado internada unos días recuperándose. Gracias a eso la Seis Jarras había encontrado un empleo en el hospital que le gustaba; trabajaba en el servicio de limpieza la mayoría de las noches, mientras sus perros dormían. Al hablar con algunos de los pacientes, Pam sentía menos lástima de sí misma. Estampada en pequeñas y nítidas letras de su uniforme del hospital llevaba la palabra SANITIZACIÓN. La Seis Jarras dudaba de que muchos pacientes la confundieran con una enfermera o auxiliar de enfermera, pero aun así creía que proporcionaba consuelo a algunos de ellos, como ellos se lo proporcionaban a ella.

Pam la Seis Jarras sabía que necesitaría un implante de cadera, y cada vez que le dolía la cadera pensaba en el vaquero tirándosela en el muelle —cómo le había aplastado la cara contra una cornamusa, motivo por el que tenía la cicatriz en el labio superior—, pero lo peor era que le había dicho a Ketchum que debía matar a Cari.

Eso era lo peor, porque la Seis Jarras no sabía en ese momento hasta qué punto Ketchum creía que debería haber matado al vaquero hacía ya años. (Y cuando el ayudante del sheriff mató al Coci, Ketchum ya nunca dejó de reprochárselo). Pam también lamentaba haberle contado a Ketchum lo que Cari había hecho después de un choque fatal en la Federal 110; fue en el tramo entre Berlín y Groveton, donde la carretera corría paralela al Dead River. Dos adolescentes sin los cinturones de seguridad habían chocado de frente contra un camión de pavos. Los pavos ya estaban muertos; habían sido «procesados», como decían en el sector avícola. El camionero sobrevivió, pero había sufrido una lesión en el cuello y perdido brevemente el conocimiento; cuando volvió en sí, el camionero se encontró ante los dos adolescentes muertos. Al chico, que iba al volante, lo había atravesado la columna de dirección, y la chica, que se hallaba inmovilizada en el asiento del acompañante, estaba decapitada. Cari fue el primero de las fuerzas del orden en presentarse en el lugar de los hechos, y —según el conductor del camión de pavos— el vaquero había acariciado a la chica muerta y decapitada.

Cari afirmó que el camionero había perdido el juicio; al fin y al cabo, se había lastimado el cuello y desmayado, y al volver en sí obviamente tuvo alucinaciones. Pero el vaquero le había contado a Pam la verdad. ¿Qué más daba si había jugueteado con las tetas de la chica sin cabeza? Estaba muerta, ¿no?

A lo que Ketchum había dicho, no por primera vez ni por última: «Debería matar a ese vaquero».

La Seis Jarras les dijo ahora a *Héroe* y al pastor alemán:

—Parad ya de miraros de esa manera.

Eran poco más de las nueve de la mañana —exactamente dieciocho minutos después de estrellarse el primer avión de pasajeros contra la torre norte— cuando el segundo aparato secuestrado, el vuelo 175 de United Airlines (procedente también de Boston) chocó contra la torre sur del World Trade Center y estalló. Los dos edificios estaban en llamas cuando la Seis Jarras dijo a los perros reunidos:

—Decidme que eso es otra avioneta y os preguntaré qué habéis bebido con vuestro pienso.

*Héroe* probó a lamerse un poco la sulfamida en polvo de los zarpazos, pero desistió al notar el sabor.

—¿Verdad que tiene un sabor especial? —preguntó Pam al cazador de osos—. Lámetelo, *Héroe*, tengo más.

En lo que pareció un *non sequitur* calculado, *Héroe* se abalanzó sobre el pastor alemán; los dos perros estaban enzarzados, bajo la mesa de la cocina, cuando la Seis Jarras consiguió separarlos con la pistola de agua. La tenía cargada de lavavajillas y zumo de limón, y lanzó chorros a los dos perros en los ojos: lo detestaban. Pero se había hecho daño en la cadera al agacharse y arrastrarse a cuatro patas bajo la mesa de la cocina tras los perros peleándose, y no estaba de humor para oír al presidente Bush, que salió por televisión a las 9:30, hablando desde Sarasota, Florida.

La Seis Jarras no despreciaba a George W. Bush en igual medida que Ketchum, pero opinaba que el presidente era un papanatas autosuficiente y un niño de papá atontado, y coincidía con Ketchum en que Bush sería tan inútil como una cagada húmeda incluso en la crisis más insignificante. Si estallaba una pelea entre dos perros pequeños, por ejemplo, Ketchum sostenía que Bush avisaría a los bomberos y les pediría que acudieran con una manguera; luego el presidente se situaría a una distancia prudencial de la pelea y esperaría a que apareciesen los bomberos. La parte que a Pam más le gustaba sobre esta valoración era que, según Ketchum, el presidente se daría importancia de inmediato, y simularía participar activamente... Es decir, después de llegar los bomberos y su manguera, y siempre y cuando en el ínterin quedara algo de los dos perros.

Fiel a este retrato, el presidente Bush declaró por televisión que el país había sufrido un «aparente atentado terrorista».

—¿Ah, sí? —preguntó la Seis Jarras al presidente en el televisor. Como era propio de las personas que vivían solas, excluyendo a sus perros, Pam hablaba con la gente que salía por la tele, como si, al igual que los perros, la gente de la televisión pudiera oírla realmente.

Para entonces la Administración de Aviación Federal había cerrado los aeropuertos de Nueva York, y la Autoridad Portuaria de Nueva York y Nueva Jersey había ordenado el cierre de todos los puentes y túneles del área de Nueva York.

—¿A qué esperan esos cretinos? —preguntó la Seis Jarras a los perros—. ¡Deberían cerrar todos los aeropuertos!

Al cabo de diez minutos la Administración de Aviación Federal interrumpió todos los vuelos en los aeropuertos de Estados Unidos; era la primera vez en la historia de Estados Unidos que el tráfico aéreo se interrumpía a nivel nacional.

—¿Lo veis? —preguntó la Seis Jarras a los perros—. Alguien debe de estar escuchándome. —(Aunque no Ketchum, y desde luego tampoco los perros). La Seis Jarras había empapado una esponja limpia en agua fría y limpiaba el lavavajillas y el zumo de limón de los ojos del pastor alemán.

—Luego vas tú, *Héroe* —dijo Pam al cazador de osos, que los miraba, a ella y al pastor alemán, impasible.

Al cabo de tres minutos, el vuelo 77 de American Airlines se estrelló contra el Pentágono y levantaba una columna de humo; dos minutos después, evacuaron la Casa Blanca.

—¡Hay que joderse! —dijo la Seis Jarras a los perros—. Esto se parece cada vez más a un aparente atentado terrorista, ¿no?

Sosteniendo la cabeza de *Héroe* en su regazo, estaba limpiándole el lavavajillas y el zumo de limón al cazador de osos herido cuando, a las 10:05, la torre sur del World Trade Center se derrumbó. Después de desplomarse la torre en las calles, una descomunal nube de polvo y escombros se elevó sobre el edificio; la gente corría entre las olas de polvo.

Pasados cinco minutos se vino abajo una parte del Pentágono; al mismo tiempo que el vuelo 93 de United Airlines, que también había sido secuestrado, cayó a tierra en Somerset County, Pennsylvania, al este de Pittsburgh.

—Me pregunto adonde iba ése, *Héro*e —dijo la Seis Jarras al perro.

El pastor alemán se había situado detrás de Pam, y *Héro*e estaba nervioso porque no lo veía; la inquietud del cazador de osos alertó a la Seis Jarras sobre la aviesa presencia del pastor alemán. Se apresuró a llevar una mano atrás y agarró un puñado de pelo y piel, apretando con todas sus fuerzas hasta que oyó al pastor alemán gañir y sintió que el perro se zafaba de ella.

—¡Ni se te ocurra intentar sorprenderme por la espalda! —dijo la Seis Jarras mientras el pastor alemán se escabullía por la gatera al vallado exterior.

A continuación anunciaron por la televisión que habían evacuado el edificio de las Naciones Unidas, y los departamentos de Estado y de Justicia, junto con el Banco Mundial.

—Veo que todos esos fulanos importantes se ponen a cubierto —dijo la Seis Jarras a *Héro*e.

El perro la observaba con cautela, como si se planteara su contradictoria conducta de la siguiente manera: primero me pone ese mejunje amarillo que sabe fatal en las heridas, después me echa en los ojos un chorro de ese líquido que escuece y por último intenta aliviarme; por otro lado, ¿dónde está ese mierda de pastor alemán que ataca a traición?

—Ahora no se te vayan a cruzar los huevos, *Héro*e; no voy a hacerte daño —dijo Pam al cazador de osos, pero *Héro*e la miró con desconfianza; el perro habría preferido arriesgarse con un oso.

A las 10:24 la Administración de Aviación Federal informó de que todo el tráfico aéreo transatlántico entrante en Estados Unidos había sido desviado a Canadá.

—¡Qué brillante! —dijo la Seis Jarras a la televisión—. ¡A mí se me habría ocurrido esa puta idea hace meses! ¡Os pensabais, supongo, que esos fulanos a bordo de los dos primeros aviones eran de Boston! —Pero el televisor no le prestó atención.

Al cabo de cuatro minutos, la torre norte del World Trade Center se desplomó; alguien dijo que la torre pareció pelarse, de arriba abajo, como si una mano hubiese aplicado un cuchillo a una larga hortaliza.

—Si esto no es el fin del mundo, desde luego es el principio de algo parecido —dijo la Seis Jarras a los perros. (*Héro*e buscaba aún a ese descerebrado pastor alemán). A las 10:54 Israel evacuó todas sus misiones diplomáticas. La Seis Jarras pensó que debía tomar nota de eso. Ketchum siempre decía que los israelíes eran los únicos que sabían lo que se tenían entre manos; el hecho de que los israelíes cerraran sus misiones diplomáticas implicaba que los extremistas musulmanes, esos activistas islámicos resueltos a borrar del mapa a los judíos, iniciaban su guerra religiosa borrando del mapa a Estados Unidos, porque sin Estados Unidos Israel habría dejado de existir hacía mucho tiempo. Nadie más en el cobarde mundo supuestamente

democrático tenía los huevos de salir en defensa de los israelíes, o eso decía también Ketchum, y la Seis Jarras prácticamente hacía suyas las opiniones políticas del viejo maderero libertario. (Ketchum admiraba a los israelíes, y casi a nadie más). La Seis Jarras a menudo se había preguntado si Ketchum era medio piel roja y medio judío, porque el ganchoero amenazaba periódicamente con trasladarse a Israel. Pam, más de una vez, había oído decir a Ketchum: «¡Habría sido un hombre de más provecho si hubiese matado a esos capullos de Hamás y Hezbolá en lugar de meterme con los pobres ciervos y osos!».

Poco después de las once de esa mañana, el alcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, instó a los neoyorquinos a quedarse en casa; el alcalde ordenó asimismo la evacuación de la zona de la ciudad al sur de Canal Street. Para entonces, Pam estaba irritada con Ketchum y los otros dos por haber pasado casi toda la mañana esparciendo las cenizas del pequeño cocinero. Pero, conociendo a Ketchum, la Seis Jarras supuso que el maderero habría insistido en enseñarle a Danny lo que el leñador llamaba el «vandalismo» perpetrado en Paris —o West Dummer, como Ketchum se obstinaba en llamarlo— y, de camino a Paris o de regreso, Ketchum se habría detenido para hacer una puta apología de los confusos y conmovedores alces que movían el flaco culo en su danza en el embalse del Observatorio del Alce.

Pam sintió una punzada de dolor por no haber aceptado muchas veces las periódicas invitaciones de Ketchum para acompañarlo durante sus escapadas en plena noche para ver la danza de los alces. (La Seis Jarras creía que los alces no hacían más que dar «vueltas y vueltas» sin norte). Con una punzada de dolor la Seis Jarras también lamentó no haber acompañado a Ketchum en muchas de las «acampadas» de una noche, como ella las llamaba, en el promontorio cubierto de hierba donde antes estaba el pabellón-cocina; sabía que eso era tierra sagrada para Ketchum, y que nada le gustaba más que pasar la noche allí. Ketchum simplemente levantaba una tienda y dormía en un saco de dormir, pero sus ronquidos la tenían despierta media noche, y a Pam le dolía la cadera en el suelo duro. Además, Ketchum prefería acampar en el emplazamiento del pabellón-cocina cuando más frío hacía; sobre todo en cuanto nevaba. Con el frío, a la Seis Jarras le palpitaba la cadera.

«Eres tú la que retrasa una y otra vez el implante de cadera», le contestaba por norma Ketchum; también la Seis Jarras se arrepentía de haber retrasado la intervención. ¿Y cómo podía pretender que el viejo ganchoero reanudara su antigua relación si ella no iba a acampar con él cuando se lo pedía?

Cuando ella, como plan alternativo, proponía ir al cine en Berlin, Ketchum alzaba la vista al cielo. La Seis Jarras conocía la opinión de Ketchum sobre el cine y Berlin. Se complacía en decir: «Para eso prefiero quedarme en casa y ver tirarse pedos a *Héroe*».

La Seis Jarras comprendió de pronto que quería que Ketchum se casara con ella, pero ¿cómo lograrlo?

Poco después de las doce, cuando Ketchum y los otros dos llevaban ya

desaparecidos toda la mañana —y Pam estaba en extremo sulfurada con ellos, y con el resto del mundo—, el Servicio de Inmigración y Nacionalización declaró que las fronteras de Estados Unidos con México y Canadá estaban en el nivel máximo de alerta, pero no se había tomado ninguna decisión relativa al cierre de las fronteras.

—¡Los fanáticos no son canadienses! —gritó la Seis Jarras absurdamente a los perros—. ¡Los terroristas no son mexicanos! —aulló. Se había contenido toda la mañana, pero la Seis Jarras empezaba a perder la paciencia. *Héroe* salió por la gatera al vallado exterior, pensando sin duda que tendría más opciones con el pastor alemán que con Pam.

Cuando por fin llegó Ketchum, con Danny y Carmella, y el maderero vio al sufrido *Héroe* («ese animal excelente») con los perros de Pam en el vallado exterior —entre ellos el pastor alemán poco digno de confianza—, no es de extrañar que llegara a la conclusión de que la Seis Jarras había descuidado al cazador de osos herido.

—Pam debe de estar matando el rato, de pedo en pedo, viendo cualquiera de esos programas abominables que dan a estas horas por televisión —fue como se expresó el leñador, siempre crítico, ante Danny y Carmella.

—Uy uy uy —dijo Danny a Carmella.

—Deberías ser amable con la Seis Jarras, Ketchum —aconsejó Danny al viejo maderero—. En realidad, creo que deberías casarte con ella, o al menos intentar vivir con ella otra vez.

—¡Por los clavos oxidados de Cristo! —exclamó Ketchum, y cerró la furgoneta de un portazo. Los perros de Pam empezaron a ladrar de inmediato, pero no así el estoico *Héroe*.

La Seis Jarras salió de la caravana por la puerta de la cocina.

—¡Están atacando el país! —anunció Pam a voz en cuello—. ¡Bush va de aquí para allá en el Air Forcé One! ¡El muy cobarde debe de estar escondiéndose! ¡Los israelíes han vuelto todos a casa para defenderse! ¡Es el principio del fin del mundo! —gritó la Seis Jarras a Ketchum—. ¡Y a ti no se te ocurre otra cosa, capullo cascarrabias, que provocar a mis perros!

—¿Casarme con ella? —dijo Ketchum a Danny—. ¿Para qué iba a querer vivir con ella? ¿Tú te imaginas volver a casa cada día y encontrarte con un estado mental así de deteriorado?

—¡Es verdad! —aulló la Seis Jarras—. Ven a verlo tú mismo, Ketchum. ¡Lo han dicho por televisión!

—¡Por televisión! —repitió Ketchum, y guiñó un ojo a Carmella, lo que sin duda sacó de sus casillas a la Seis Jarras—. Si sale por televisión, debe de ser más verdad que la mayoría de las cosas, digo yo.

Pero ni la Seis Jarras ni Ketchum se habían detenido a pensar mucho dónde estaban: en un aparcamiento de caravanas pacífico e impecablemente cuidado, en el *camping* Saw Dust Alley donde había muchas amas de casa con niños pequeños, y

unos cuantos ancianos jubilados o en paro (tanto hombres como mujeres), y varios adolescentes desatendidos que hacían novillos sin que sus padres trabajadores se enterasen.

Fue Ketchum quien a todas luces no se enteraba de cuánta gente los había oído a él y a Pam, y ni Ketchum ni la Seis Jarras estaban preparados para la variedad de opiniones que había entre los residentes del aparcamiento de caravanas, los cuales llevaban toda la mañana pegados a sus televisores. Como las paredes de las caravanas eran finas como el papel y muchos de ellos habían estado hablando mientras se desarrollaban los acontecimientos del día, habían expresado los más diversos puntos de vista —en relación con lo que algunos consideraban el primer episodio del Apocalipsis—, y ahora ese intruso, famoso beligerante, había irrumpido en su pequeña comunidad bramando, y Ketchum, conocido vocinglero (ya que el antiguo ganadero era, en efecto, muy conocido en Errol), parecía ignorar la noticia en curso.

—¿Es que no lo sabes, Ketchum? —preguntó un viejo. Estaba encorvado, casi doblado, vestía un pantalón de caza de lana rojo y negro en ese cálido día de septiembre, con los tirantes que le pasaban nacidamente por encima de sus huesudos hombros y los brazos desnudos y descarnados colgando de una camiseta blanca sin mangas.

—¿Eres tú, Henry? —preguntó el maderero al viejo. Ketchum no veía al aserrador desde que habían cerrado la serrería de Paris, años antes de que los bulldozers la hubiesen medio enterrado.

Henry levantó la mano izquierda sin pulgar ni índice.

—Claro que soy yo, Ketchum —contestó el aserrador—. Es la guerra en Oriente Medio, la guerra entre los musulmanes y los judíos... Ha empezado aquí, Ketchum —explicó Henry.

—Empezó hace mucho —dijo Ketchum al aserrador—. ¿Qué ha pasado? —preguntó el maderero a la Seis Jarras.

—¡Eso intentaba decirte! —vociferó la Seis Jarras.

Había una joven con un bebé en brazos.

—Ha sido un atentado terrorista... No hay ningún aeropuerto a salvo. Los han cerrado todos —explicó a Ketchum.

Dos adolescentes, unos hermanos que hacían novillos, iban descalzos, con vaqueros y sin camiseta bajo el sol del mediodía.

—Han muerto cientos de personas, puede que miles —dijo uno.

—¡Saltaban de los rascacielos! —añadió el otro muchacho.

—¡El presidente ha desaparecido! —dijo una mujer con dos niños pequeños.

—¡Vaya, eso es una buena noticia! —afirmó Ketchum.

—Bush no ha desaparecido. Sólo va de aquí para allá en avión, por seguridad. Ya te lo he dicho —dijo la Seis Jarras al maderero.

—Igual han sido los judíos, para que pensemos que han sido los árabes —aventuró un joven con muletas.



—Si es el cerebro lo que tienes tocado, no necesitas muletas —dictaminó el viejo leñador—. ¡Por los clavos oxidados de Cristo! Déjame ir a verlo por televisión —dijo Ketchum a la Seis Jarras. (El antiguo gancharo, ahora lector, era posiblemente el único vecino de Errol sin televisor). Entraron en tropel en la cocina de Pam, y no sólo Ketchum, con Danny llevando del brazo a Carmella, sino también Henry el viejo aserrador con muñones en lugar de dedos pulgar e índice, y dos de las mujeres con niños de corta edad.

El joven con muletas se había alejado renqueando. Fuera, se oía a los adolescentes junto al vallado. Después de cruzar los cumplidos de rigor con los perros, uno de los adolescentes dijo:

—Mira a ese hijo puta de cuidado, al que le queda una sola oreja. Ha tenido una pelea.

—Menuda pelea —comentó el segundo chico—. Habrá sido con un gato.

—¡Menudo gato! —dijo el primero con admiración.

En la tele de la cocina de Pam ponían una y otra vez el momento en que el vuelo 175 se estrellaba contra la torre sur del World Trade Center, y por supuesto los momentos en que primero la torre sur y luego la torre norte se venían abajo.

—¿Cuánta gente había en esas torre? ¿Cuántos policías y cuántos bomberos había debajo de esos edificios cuando se han derrumbado? —preguntó Ketchum, pero nadie le contestó. Aún era pronto para datos estadísticos.

A las 13:04, desde la base de las Fuerzas Aéreas en Barksdale, Louisiana, el presidente Bush anunció que se estaban tomando todas las medidas de seguridad necesarias, incluido el estado de máxima alerta para las tropas estadounidenses en todo el mundo.

—¡No te jode! ¡Seguro que ahora nos sentimos más seguros! —exclamó Ketchum.

«No lo duden», declaró Bush por televisión. «Los Estados Unidos perseguirán y castigarán a los responsables de estos actos cobardes».

—Vaya, vaya —comentó Ketchum—. ¡Yo diría que de eso es de lo que deberíamos tener miedo ahora!

—Pero nos han atacado —dijo la joven con el bebé en brazos—. ¿No debemos devolver el ataque?

—Son terroristas suicidas —afirmó Ketchum—. ¿Cómo vamos a devolverles el ataque?

A las 13:48, el presidente Bush partió de Barksdale a bordo del Air Forcé One y viajó a otra base en Nebraska.

—Más vueltas en avión —comentó la Seis Jarras.

—¿Cuántas guerras más, calculáis vosotros, va a empezar ese tonto del culo? —les preguntó Ketchum.

—Venga, Ketchum, es el presidente —dijo el aserrador.

Ketchum alargó el brazo y cogió la mano del viejo aserrador, la que ya no tenía ni

pulgar ni índice.

—¿Te has equivocado alguna vez, Henry? —preguntó el veterano ganchero.

—Un par de veces —respondió Henry; todo el mundo veía los dos muñones.

—Pues espera y verás, Henry —dijo Ketchum—. Ese gili de la Casa Blanca no es el más indicado para el puesto... Tú espera y verás cuántas veces se equivoca ese soplapollas. En el turno de guardia de ese mierdoso, vamos a ver un puto fárrago de equivocaciones.

—Un puto ¿qué? —preguntó la Seis Jarras; parecía asustada.

—¡Un fárrago! —repitió Ketchum a voz en grito.

—Una cantidad indefinidamente grande..., incontable —explicó Danny a la Seis Jarras.

La Seis Jarras tenía de pronto mala cara, como si hubiera perdido el aplomo de golpe.

—Igual esta noche te apetecería ir a ver bailar a los alces —propuso a Ketchum—. Igual tú y yo... y también Danny y Carmella... podríamos ir de acampada. Hoy hará buena noche allí donde el pabellón-cocina, y entre los dos, Ketchum, seguro que reunimos sacos de dormir de sobra, ¿no crees?

—Joder —dijo Ketchum—. ¡Hay en marcha una guerra no declarada y tú quieres ir a ver bailar a los alces! Seis Jarras, esta noche no —contestó Ketchum—. Además, Danny y yo tenemos asuntos importantes de que hablar. Imagino que en The Balsams, allá en Dixville Notch, tienen bar y tele, ¿no? —preguntó el maderero a Danny.

—Yo quiero marcharme a casa —dijo Carmella—. Quiero volver a Boston.

—Esta noche no —repitió Ketchum—. Los terroristas no van a poner ninguna bomba en Boston, Carmella. Dos de los aviones han salido de Boston. Si pretendieran atacar Boston, ya lo habrían hecho.

—Te llevaré a Boston mañana —dijo Danny a Carmella; no podía mirar a la Seis Jarras, que parecía desesperada.

—Déjame el perro, permíteme cuidar de *Héroe* —dijo Pam a Ketchum—. En The Balsams no admiten perros, y tendrás que pasar la noche allí, Ketchum, porque beberás.

—Mientras pagues tú —dijo Ketchum a Danny.

—Claro que pago yo —respondió Danny.

Todos los perros habían entrado por la gatera y se apiñaban en la cocina. No se había oído ya más griterío, no desde que Ketchum bramó «¡Un fárrago!», y los perros estaban inquietos viendo a tantos seres humanos de pie en la pequeña cocina de la Seis Jarras sin vociferar.

—No se te vayan a cruzar los huevos por eso, ¿de acuerdo, *Héroe*? Mañana volveré —dijo Ketchum al perro cazador de osos—. ¿Esta noche no trabajas en el hospital? —preguntó el antiguo ganchero a la Seis Jarras.

—Puedo arreglarlo —respondió ella como quien no quiere la cosa—. En el

hospital me aprecian.

—Joder, yo también te aprecio —contestó Ketchum, incómodo, pero la Seis Jarras calló; había visto cómo se le escapaba la oportunidad. Lo único que Pam pudo hacer fue situar su dolorido cuerpo entre los dos niños (hijos de una de las jóvenes) y aquel pastor alemán poco digno de confianza; ese perro sencillamente estaba mal de la azotea. La Seis Jarras sabía que tenía muchas más probabilidades de impedir que el pastor alemán mordiese a los niños que de convencer a Ketchum para que volviese a vivir con ella. Ketchum incluso se había ofrecido a pagarle el implante de cadera en aquel puto hospital de lujo cerca de Dartmouth, pero Pam, en sus especulaciones, pensaba que la generosidad de Ketchum hacia su cadera lesionada guardaba más relación con el infinito arrepentimiento del maderero por no haber matado al vaquero que con una prueba del impercedero afecto de Ketchum por ella.

—Todo el mundo afuera. Quiero recuperar mi cocina. Todo el mundo afuera, ya —dijo de pronto la Seis Jarras; no quería venirse abajo delante de un puñado de desconocidos. Todos menos uno de los chuchos de Pam. como Ketchum los llamaba, se marcharon furtivamente por la gatera antes de que la Seis Jarras pudiera decirles «Vosotros no». Pero los perros estaban acostumbrados a la orden «todo el mundo afuera», y se movían más deprisa que las dos mujeres con niños pequeños o el viejo Henry, el antiguo aserrador y víctima de una doble amputación digital.

Haciendo caso omiso a la orden de Pam. el pastor alemán grillado y *Héroe* permanecieron donde estaban; ambos perros mantenían un pulso de machos en rincones opuestos de la cocina.

—Vosotros dos, como me deis más problemas —dijo Pam—, os muelo a palos.

Pero ya se había echado a llorar, y su voz carecía de la habitual firmeza. Ninguno de los dos perros temía ya a la Seis Jarras; los perros percibían la derrota de una criatura afín.

Los tres viajaban otra vez en la furgoneta que apestaba a oso —Danny de nuevo en medio y Carmella tan cerca de la ventanilla del acompañante como le era posible — cuando Ketchum encendió la radio de la hedionda cabina. No eran aún las tres de la tarde, pero el alcalde Giuliani concedía una rueda de prensa. Alguien preguntó al alcalde el número de fallecidos, y Giuliani contestó: «No creo que convenga especular a ese respecto... Más de los que cualquiera de nosotros podemos tolerar».

—Eso parece un cálculo acertado —comentó Danny.

—Así pues, piensas trasladarte otra vez aquí, ¿no es así? —preguntó Ketchum a Danny de pronto—. ¿No te he oído decir que no tenías ninguna razón de peso para quedarte en Canadá, ya no, y que te interesaba volver a tu país? ¿No te quejabas últimamente en nuestras conversaciones de que en realidad no te sentías canadiense y a fin de cuentas naciste aquí, eres de hecho americano? ¿No es eso?

—Supongo —contestó Danny; el escritor sabía de sobra que debía andarse con pies de plomo ante el derrotero que tomaba el interrogatorio de Ketchum—. Nací aquí; soy americano. Obtener la nacionalidad canadiense no me ha convertido en

canadiense —afirmó Danny con más convicción.

—Vaya, pues eso te demuestra lo tonto que soy. Soy uno de esos fulanos sin dos dedos de frente que se tragan lo que leen —dijo arteramente el viejo gancharo—. Debes saber, Danny que quizá me llevase mucho tiempo aprender a leer, pero hoy día leo bastante bien... y mucho.

—¿Adónde quieres llegar, Ketchum? —preguntó Danny.

—Pensaba que eras escritor —dijo Ketchum—. Leí en algún sitio que, en tu opinión, el nacionalismo es «restrictivo». Según creo, decías algo así como que todos los escritores se sienten «forasteros», y que tú te veías como alguien situado fuera, alguien que miraba hacia dentro.

—Eso dije —reconoció Danny—. Era una entrevista, naturalmente; había un contexto...

—¡A la mierda el contexto! —exclamó Ketchum—. ¿A quién le importa si no te sientes canadiense? ¿A quién le importa si eres americano? Si eres escritor, deberías ser forastero: deberías situarte fuera, mirar hacia dentro.

—Un exiliado, quieres decir —precisó Danny.

—Tu país se va al garete..., está yéndose al garete desde hace tiempo —dijo Ketchum—. Lo verás mejor, y escribirás mejor sobre ello, si te quedas en Canadá, lo sé.

—Nos han atacado, señor Ketchum —adujo Carmella débilmente, pero no ponía el alma en la discusión—. ¿Nos estamos yendo al garete porque nos atacan?

—Es nuestra reacción al ataque lo que cuenta —dijo Ketchum—. ¿Cómo va a responder Bush? ¿No es eso lo que importa? —preguntó a Danny el viejo maderero, pero el escritor no estaba a la altura del pesimismo de Ketchum. Danny siempre había subestimado la capacidad del antiguo gancharo para desarrollar un razonamiento hasta la peor conclusión posible—. Quédate en Canadá —insistió Ketchum—. Si vives en un país extranjero, verás qué es verdad y qué no lo es en los viejos Estados Unidos... Es decir, lo verás con más claridad.

—Sé que eso es lo que piensas —dijo Danny.

—La pobre gente de esas torres... —empezó a decir Carmella, pero se interrumpió. Carmella estaba a la altura del pesimismo de Ketchum.

Se hallaban los tres en el bar de The Balsams, viendo la televisión a las cuatro de la tarde, cuando alguien de la CNN anunció que existían «buenos indicios» de que el activista saudí Osama bin Laden, sospechoso de haber coordinado los actos terroristas contra dos embajadas estadounidenses en 1998, estaba implicado en los atentados al World Trade Center y el Pentágono; esto se basaba en información «nueva y concreta», es decir, desde los atentados.

Al cabo de una hora y media, cuando Ketchum había consumido cuatro cervezas y tres *whiskies*, y mientras Danny bebía su tercera cerveza, la CNN comunicó que el avión caído en Pennsylvania podía llevar rumbo a tres posibles objetivos: Camp David, la Casa Blanca o el edificio del Capitolio.

Carmella, que estaba tomándose sólo su segunda copa de vino tinto, dijo:

—Seguro que era la Casa Blanca.

—¿De verdad crees que debería casarme con la Seis Jarras? —preguntó Ketchum a Danny.

—Tú intenta al menos vivir con ella —propuso Danny.

—Bueno, ya lo probé... hace tiempo —le recordó el viejo ganchero—. ¡Me cuesta creer que la Seis Jarras quisiera follarse al Coci! —exclamó Ketchum. Acto seguido, por consideración a Carmella, añadió—: Con perdón.

Los tres entraron en el comedor y tomaron una cena enorme. Danny siguió bebiendo cerveza, para indignación de Ketchum, pero éste y Carmella apuraron dos botellas de vino tinto, y Carmella se retiró temprano.

—Para mí ha sido un día difícil —les dijo—, pero quiero darle las gracias, señor Ketchum, por enseñarme el río... y por todo lo demás.

Carmella daba por sentado que no vería a Ketchum por la mañana, y no lo vio: aun bebiendo, Ketchum madrugaba cada vez más. Los dos caballeros se ofrecieron a acompañar a Carmella a su habitación del hotel, pero ella se negó; los dejó en el comedor, donde Ketchum pidió de inmediato otra botella de vino tinto.

—No voy a ayudarte a bebería —dijo Danny.

—No necesito tu ayuda, Danny —contestó Ketchum.

Para una persona de poco tamaño, como era el caso de Danny, el problema de beber sólo cerveza era que empezaba a sentirse lleno antes de sentirse ebrio, pero Danny tenía la firme determinación de no dejarse tentar por Ketchum con el vino tinto. Danny creía todavía que el vino tinto había desempeñado algún papel en el asesinato de su padre a manos del vaquero. El mismísimo día que esparcieron las cenizas del cocinero en el Twisted River, Danny no quería desvirtuar el recuerdo de esa horrenda noche en que Cari mató a su padre y él descargó los tres cartuchos de la calibre veinte en el vaquero.

—Tienes que dejarte llevar, Danny —decía Ketchum—. Ser más atrevido.

—Soy bebedor de cerveza, Ketchum; para mí, nada de vino tinto —dijo Danny.

—Como escritor, quiero decir, por Dios —aclaró Ketchum.

—¿Cómo escritor? —preguntó Danny.

—Sigues sorteando los temas más oscuros —dijo Ketchum—. Tienes una manera de escribir en la periferia de las cosas.

—¿Ah, sí? —preguntó Danny.

—Sí. Pareces esquivar el material más delicado —dijo Ketchum—. Tienes que hundir la nariz en lo peor e imaginarlo todo, Danny.

En su momento, a Danny le pareció que, más que un comentario en el espíritu de la crítica literaria, aquélla era una invitación directa a pasar la noche en la cabina de la furgoneta de Ketchum, o en el ahumadero con el oso desollado y humeante.

—¿Y el oso? —preguntó Danny de pronto al leñador—. ¿No se apagará el fuego del ahumadero?

—Ah, el oso ya estará ahumado más que suficiente por ahora. Puedo encender el fuego otra vez mañana —contestó Ketchum con impaciencia—. Hay otra cosa... Bueno, dos cosas. Primero, no se te ve una persona de ciudad, o eso me parece a mí. Creo que tu sitio es el campo... Es decir, como escritor —dijo Ketchum, bajando la voz—. En segundo lugar, aunque diría que ésta es más importante, ya no necesitas el puto nom de plume. Como me consta que la sola idea del seudónimo te afectó en su día negativamente, creo que ya es hora de que recuperes tu nombre. «Daniel» fue siempre el nombre elegido por tu padre para ti, y te he oído decir, Danny, que Daniel Baciagalupo es un buen nombre para un escritor. Para mí seguirás siendo Danny, claro está, pero..., repito, como escritor... deberías ser Daniel Baciagalupo.

—Imagino lo que dirán mis editores sobre esta idea —respondió Danny al maderero—. Me recordarán que Danny Ángel es un famoso autor de superventas. Van a decirme, Ketchum, que un escritor desconocido con el nombre de Daniel Baciagalupo no venderá muchos libros.

—Yo sólo te digo lo que más te conviene... como escritor —dijo Ketchum casi con aspereza.

—Veamos si te he entendido bien —dijo el escritor con cierta irritación—. Debería adoptar el nombre de Daniel Baciagalupo; debería vivir en el campo, en Canadá; debería dejarme llevar... O sea, ser más atrevido como escritor —recitó Danny aplicadamente.

—Veo que vas entendiendo —dijo el maderero.

—¿Tienes alguna otra recomendación? —preguntó Danny.

—Somos un imperio en declive desde que guardo memoria —afirmó Ketchum categóricamente; no hablaba en broma—. Somos una nación perdida, Danny. Deja de perder el tiempo.

Los dos hombres cruzaron una mirada, inmóviles ante sus bebidas, Danny obligándose tanto a seguir bebiendo como a continuar mirando a Ketchum. Danny quería mucho al viejo maderero, pero éste le había herido; eso era algo que se le daba bien a Ketchum.

—Bueno, esperaré con ilusión tu visita en Navidad —dijo Danny—. Ahora ya no falta mucho.

—Quizás este año no —respondió Ketchum.

El escritor sabía que se arriesgaba a recibir un golpe de la poderosa mano derecha de Ketchum, pero alargó el brazo hacia la mano izquierda del maderero y se la retuvo contra la mesa.

—No lo hagas, simplemente no lo hagas —dijo Danny, pero Ketchum apartó la mano fácilmente.

—Tú haz tu trabajo, Danny —dijo el viejo gancharo—. Tú haz tu trabajo, y yo haré el mío.

# **SEXTA PARTE**

**Pointe au Baril Station,  
Ontario, 2005**

## 16. La nación perdida

Desde hacía ya tres inviernos, el escritor Daniel Baciagalupo —que había rescatado el nombre que le habían puesto el cocinero y la Prima Rosie— pasaba los meses de enero y febrero, y las dos primeras semanas de marzo, en la isla de Turner, en la bahía de Georgia. La isla pertenecía aún a Charlotte, el antiguo amor de su vida, pero Charlotte y su familia no tenían el menor deseo de poner los pies en el lago helado, ni en aquellas rocas cubiertas de nieve con aspecto gélido, en pleno invierno, cuando vivían felizmente en Los Angeles.

Danny había mejorado el lugar, en efecto, y no sólo con arreglo a las pautas de Ketchum. Para calentar los conductos de desagüe durante el invierno, Andy Grant había tendido cables eléctricos a lo largo de ellos. Estas mismas tuberías las envolvieron además con un revestimiento aislante metálico y las cubrieron con membrana impermeabilizante. Danny habría podido disponer de agua caliente aplicando a la tubería entre la casa y la bahía los mismos métodos de aislamiento y calefacción, pero eso habría representado mucho más trabajo para Andy y, aparte, tener que entrar el calentador de agua en la casa principal para asegurarse de que esas tuberías no se helasen. Para Danny era más sencillo abrir un agujero en el hielo y acarrear el agua desde la bahía en cubos. Eso implicaba abrir muchos agujeros en el hielo y acarrear muchos cubos, pero —como habría dicho Ketchum—, ¿y qué?

No sólo era necesario abrir agujeros en el hielo; también había que cortar montones de leña (la motosierra de Ketchum era de gran ayuda). Durante las diez semanas que Danny pasaba allí, cortaba toda la leña que iba a necesitar para el invierno que se avecinaba, dejando un remanente que usarían Charlotte y su familia alguna noche de verano cuando refrescara tanto como para encender el fuego.

Además de la estufa de leña de la casa principal, había una chimenea de propano en el dormitorio y un radiador eléctrico en el cuarto de baño, y Andy Grant había instalado un aislante de fibra de vidrio en las juntas del suelo. Ahora la casa principal estaba preparada para las condiciones meteorológicas del invierno, y Danny disponía de una segunda estufa de leña en la choza de escribir, aunque allí no habían instalado aislante térmico; como era un espacio pequeño, no hacía falta, y Danny amontonaba nieve en torno a las paredes exteriores de la choza e impedía así el paso del viento por debajo para evitar el consiguiente enfriamiento del suelo.

Cada noche, Danny echaba leña en la estufa de la casa principal; cuando el escritor despertaba por la mañana, sólo necesitaba añadir más leña y abrir el tiro por completo. Luego salía y se dirigía resueltamente a la choza de escribir y allí también encendía la estufa de leña. Por la noche, la única concesión que le hacía a su máquina de escribir IBM era taparla con una manta eléctrica; de lo contrario se congelaba la grasa. Mientras se calentaba la choza de escribir, Danny abría un agujero en el hielo del lago y acarreaba un par de cubos de agua a la casa principal. Normalmente, bastaba con un cubo diario para desaguar el inodoro, y otro para cocinar y fregar los



platos. La enorme bañera de Charlotte tenía cabida suficiente para cuatro o cinco cubos, incluyendo los dos que debían calentarse (casi hasta hervir) en la estufa, pero Danny no se bañaba hasta el final del día.

Trabajaba cada mañana en su choza de escribir inspirado por la vista del pino que el viento había doblado, el arbolito en el que en otro tiempo tanto el escritor como Ketchum encontraron un parecido con el cocinero. Danny escribía diariamente hasta primera hora de la tarde; quería reservar las pocas horas restantes de luz para sus quehaceres. Siempre había más leña que cortar, y Danny iba al pueblo casi a diario. Si no había mucha basura que sacar de la isla y necesitaba pocos víveres, hacía el recorrido en esquís de fondo. Guardaba los esquís y los palos, y un pequeño trineo, en la cabaña del abuelo al lado del embarcadero de atrás. (Era la cabaña sin calefacción, posiblemente encantada, que Ketchum y *Héroe* preferían durante sus días y noches en la isla: la cabaña con la trampilla en el suelo, donde el abuelo de Charlotte, el astuto cazador furtivo, probablemente escondía sus ciervos abatidos ilegalmente). La distancia entre el embarcadero en la parte de atrás de la isla y tierra firme a través de la bahía de Shawanaga era corta; luego Danny seguía por South Shore Road hasta Pointe au Baril Station. Llevaba un arnés en torno al pecho y prendida a éste por detrás, entre los omóplatos, una argolla donde un mosquetón sujetaba la cuerda de arrastre del trineo. Naturalmente, si tenía que llevar mucha basura al pueblo, o si necesitaba hacer una compra mayor en Pointe au Baril, Danny utilizaba la motonieve o el hidrodreslizador Polar.

Andy Grant había advertido al escritor que necesitaría una motonieve además del hidrodreslizador. En los meses de invierno eran contados los días en que se daban condiciones de navegación desfavorables, cuando la temperatura subía por encima de cero; entonces la nieve a veces se adhería al casco, dificultando el deslizamiento de la embarcación por el hielo cubierto de nieve. En esos casos se necesitaba una motonieve. Pero a primeros de enero, cuando Danny llegaba a la isla de Charlotte, solía quedar agua abierta en el canal principal de Pointe au Baril Station y a menudo flotaban placas de hielo en las agitadas aguas del estrecho de Brignall Banks. A principios de enero el hidrodreslizador era imprescindible, y sólo en alguna que otra ocasión a mediados de marzo. (Algunos años, aunque rara vez, el hielo de la bahía empezaba a romperse en esas tempranas fechas). El hidrodreslizador podía navegar sin problemas sobre hielo, nieve y agua abierta, e incluso sobre trozos de hielo roto en flotación. Alcanzaba una velocidad máxima de 160 kilómetros por hora, aunque Danny nunca iba tan deprisa; el hidrodreslizador tenía un motor de avión y una sola hélice montada en la popa. También disponía de una cabina con calefacción, y había que ponerse orejeras para protegerse del ruido. El hidrodreslizador había sido el elemento más caro al convertir la isla de Turner en un espacio habitable para Danny durante esas diez semanas de los meses más fríos del invierno, pero Andy Grant había compartido el coste con el escritor. Andy empleaba la embarcación para su trabajo, no sólo en diciembre, cuando el hielo empezaba a formarse en la bahía, sino

desde mediados de marzo hasta que el hielo se fundía por completo, normalmente a finales de abril.

A Danny le gustaba marcharse de la bahía de Georgia antes de la temporada del barro; el momento en que se rompía el hielo en la bahía no tenía para él ningún interés. (En la bahía de Georgia, la temporada del barro no era nada del otro mundo; allí no había más que rocas. Pero, para Daniel Baciagalupo, la temporada del barro era un estado de ánimo en igual medida que una temporada reconocible en el norte de Nueva Inglaterra). Como la familia de Charlotte usaba muy poco el dormitorio de la casa principal, sólo como habitación de invitados, Danny dejaba allí guardada en el armario ropa de invierno durante todo el año: sólo las botas, la parka de más abrigo, los pantalones para la nieve y los gorros de esquiar. Naturalmente, la parafernalia veraniega de Charlotte y su familia estaba por todas partes —con nuevas fotografías en las paredes cada invierno—, pero Charlotte había dejado la choza de escribir de Danny tal como estaba. Había encontrado un par de fotografías de Ketchum con el cocinero, y dos o tres de Joe, que había colgado en la choza, quizá para que Danny se sintiese allí bien acogido, pese a que ya se había esforzado más que suficiente para que se sintiera sinceramente invitado a usar la casa.

El marido de Charlotte, el francés, era a todas luces el cocinero de la familia, porque le dejaba a Danny notas en la cocina acerca de cualquier nuevo aparato que allí hubiese. Danny a su vez le dejaba notas al francés, e intercambiaban regalos todos los años: artefactos para la cocina y cacharros diversos.

Se daba por sentado que las cabañas dormitorio, reformadas más recientemente —donde dormían Charlotte y su marido, y sus hijos, cada verano—, eran coto cerrado para Danny en invierno. Las cabañas permanecían bajo llave; la electricidad y el propano se cortaban, y se desaguaba el sistema de cañerías.

Pero, cada invierno, Danny escudriñaba al menos una vez por las ventanas; en una isla privada de la bahía de Shawanaga no eran necesarias las cortinas. El escritor sólo quería ver las fotografías nuevas en las paredes, y echar un vistazo a los juguetes y libros nuevos de los niños; en realidad eso no era una intrusión en la intimidad de Charlotte, ¿o sí lo era? Y aunque sólo fuera desde una perspectiva tan invernal y lejana, a Danny Baciagalupo la familia de Charlotte le parecía feliz. El intercambio de notas con el francés prácticamente había sustituido a las llamadas telefónicas de Charlotte desde la costa oeste, ahora muy infrecuentes, y Danny seguía ausentándose de Toronto en septiembre, cuando le constaba que Charlotte y su marido director visitaban la ciudad por el festival de cine.

Ketchum había aconsejado al escritor que viviese en el campo. En opinión del veterano gancho, Danny no era una persona urbana.

Bueno, el hecho de que el escritor pasara sólo diez semanas en la isla de Turner, en la bahía de Georgia, no equivalía exactamente a vivir en el campo; aunque por entonces Danny viajaba mucho, vivía en Toronto el resto del año. Así y todo, al menos desde primeros de enero hasta mediados de marzo, aquella isla solitaria de la

bahía de Shawanaga y el pueblo de Pointe au Baril Station eran lugares en extremo aislados. (Como decía Ketchum: «Te fijas más en los abedules cuando hay nieve»). En invierno no vivían más de doscientas personas en Pointe au Baril.

Kennedy's, que disponía de un buen surtido en materia de aumentación y ferretería, permanecía abierto casi todos los días de la semana en los meses de invierno. Estaba además el restaurante Haven en la Nacional 69, donde servían alcohol y había una mesa de billar. El Haven mostraba debilidad por las coronas navideñas y exhibía un gran número de Papá Noeles, incluida una lubina con un gorro de Papá Noel. Si bien el plato más popular entre los conductores de motonieve era las alitas de pollo con aros de cebolla y patatas fritas, Danny se mantenía fiel al bocadillo de beicon, tomate y lechuga y a la ensalada de col; eso cuando iba, cosa poco frecuente.

El Larry's Tavern estaba también al pie de la 69 —Danny se había alojado allí con Ketchum durante sus cacerías de ciervos en la zona de Bayfield y Pointe au Baril—, aunque ya corría el rumor de que iban a vender el Larry's para dejar espacio a la nueva autovía. Siempre estaban ensanchando la 69, pero de momento la gasolinera de Shell seguía abierta; supuestamente, la gasolinera de Shell era el único sitio de Pointe au Baril donde podían comprarse revistas pornográficas. (No muy buenas, si se podía dar crédito al criterio de Ketchum). Esa época del año podía ser triste, y no había mucho de que hablar, salvo la repetida observación de que el canal principal no se helaba del todo más que una o dos semanas. Y durante todo el invierno, tanto los chismorreos como las noticias locales proporcionaban detalles truculentos sobre los accidentes en la 69; había muchos accidentes en esa carretera. Ese invierno se había producido una colisión múltiple de cinco vehículos en el cruce con Go Home Lake Road, o cerca de Litde Go Home Bay, Danny siempre los confundía. (Los residentes locales que no sabían que Danny Baciagalupo era un autor famoso lo tomaban por otro inadaptado estadounidense). Como es natural, la licorería —en la 69, frente a la tienda de artículos de pesca— tenía siempre clientela, al igual que el dispensario de Pointe au Baril, donde el conductor de una ambulancia había detenido recientemente a Danny, que iba en la motonieve, y le había contado lo del hombre que se había hundido en el hielo con su motonieve en la bahía de Shawanaga.

—¿Se ha ahogado? —preguntó Danny al conductor.

—No lo han encontrado aún —contestó el conductor de la ambulancia.

Danny pensó que posiblemente no encontrarían al hombre hasta que se rompiese el hielo en algún momento a mediados de abril. Según el mismo conductor de ambulancia del dispensario, también hubo «un choque frontal del copón» en Honey Harbour, y un supuesto «choque por detrás de aupa» en las inmediaciones de Port Severn. La vida rural en los meses de invierno era áspera: desdibujada por la nieve y alimentada por el alcohol, violenta y rápida.

Esas diez semanas que Danny vivía en los alrededores de Pointe au Baril Station eran una fuerte dosis de vida rural; quizá no era vida en el campo suficiente para que

Ketchum se hubiese dado por satisfecho, pero a Danny le bastaban. El escritor cumplía así el requisito de vida en el campo, lo hubiera dado Ketchum por bueno o no.

En el restaurante, al final de la jornada, la octava y última novela de «Danny Ángel», se publicó en 2002, siete años después de *Bebé en la calle*. Lo que Danny pronosticó en su conversación con Ketchum se había cumplido en gran medida: los editores, en efecto, plantearon la queja de que un libro de un escritor desconocido llamado Daniel Baciagalupo no podía de ningún modo vender tantos ejemplares como una nueva novela de Danny Ángel.

Pero Danny dejó claro a sus editores que En el restaurante, al final de la jornada era categóricamente el último libro que publicaba con el nombre de Ángel. Y en todas las entrevistas se presentaba de forma repetida como Daniel Baciagalupo; una y otra vez contó las circunstancias que lo habían obligado a adoptar un nom de plume cuando era joven y empezaba a escribir. Nunca había sido un secreto que Danny Ángel era un seudónimo, ni que el verdadero nombre del escritor era Daniel Baciagalupo; el secreto era el porqué.

La muerte del hijo del autor de superventas en un accidente —además del violento asesinato del padre del escritor y la posterior eliminación del asesino del cocinero— había sido noticia de primera plana. Danny habría podido insistir en que En el restaurante, al final de la jornada fuera la primera novela de Daniel Baciagalupo; por mucho que se quejaran, y aunque a regañadientes, los editores de Danny habrían accedido. Pero Danny aceptó que la siguiente novela (sería la novena) fuera la primera de Daniel Baciagalupo.

En el restaurante, al final de la jornada recibió una calurosa acogida y en general buenas críticas; el autor fue muy elogiado por una «contención» poco común en estos tiempos. Quizá la palabra «contención», tan repetida, fue lo que molestó al escritor, pese a la intención halagüeña. Danny nunca conocería la opinión de Ketchum sobre En el restaurante, al final de la jornada, pero la «contención» nunca había ocupado un lugar destacado en el vocabulario del maderero; no se incluía al menos en la categoría de cualidades dignas de admiración. ¿Habría considerado el antiguo ganchero que Danny Ángel, en su última novela, se había «soltado», tal como él le había instado? Es decir, ¿habría sido más atrevido como escritor? (Por lo visto, Danny no lo creía). «Sigues sorteando los temas más oscuros», había dicho Ketchum. En el caso de En el restaurante, al final de la jornada, ¿constituirían los esfuerzos nocturnos del afable segundo jefe de cocina para aprender el oficio de su ilustre padre una muestra más de esa «manera de escribir en la periferia de las cosas», tal como Ketchum lo había expresado con severidad? (Danny debía de pensar que sí; de lo contrario, ¿por qué no enorgullecerse y firmar con el nombre de Daniel Baciagalupo la nueva novela?). «Su obra más sutil», había escrito un crítico con entusiasmo sobre En el restaurante, al final de la jornada. En el lenguaje poco sutil de Ketchum, la palabra «sutil» nunca se había pronunciado como elogio.

«Su empresa más simbólica», había comentado otro reservista.

A saber qué habría dicho Ketchum de la palabra «simbólica», se dijo Danny, pero el escritor no dudaba qué habría pensado el temerario ganchero: simbolismo y sutileza y contención equivalían a «esquivar el material más delicado», cosa que Ketchum ya le había criticado a Danny.

¿Y le habría gustado al viejo maderero cómo contestaba Danny a las reiteradas preguntas políticas que le hacían durante sus viajes de promoción para En el restaurante, al final de la jornada? (En 2005, el novelista seguía contestando a preguntas políticas, y tenía aún pendientes varios viajes para la publicación de las traducciones de En el restaurante, al final de la jornada). «Sí, es verdad, sigo viviendo en Canadá, y seguiré viviendo aquí», había dicho Danny, «aunque la razón de mi marcha de Estados Unidos, como un viejo amigo de mi familia dijo una vez, ha sido eliminada». (Había sido Ketchum, claro, quien había hecho uso de la palabra «eliminado» en alusión al difunto vaquero, y en más de una ocasión). «No, no es verdad que me “oponga políticamente”, como usted dice, a vivir en Estados Unidos», había dicho Danny, y no pocas veces, «y sólo porque viva en Canadá y sea ciudadano canadiense no pienso dejar de escribir sobre los estadounidenses, o sobre el comportamiento que relaciono con la circunstancia de ser estadounidense. Podría aducirse incluso que vivir en un país extranjero, especialmente en Canadá, justo al otro lado de la frontera, me permite ver Estados Unidos con mayor claridad, o al menos desde una perspectiva un poco menos estadounidense». (Sin duda Ketchum habría reconocido las fuentes del escritor en esta respuesta, aunque el combativo leñador no habría atribuido necesariamente gran valor al tacto con que Danny solía responder a las preguntas sobre su oposición política a su país de nacimiento). «Es demasiado pronto para saberlo», decía siempre el escritor en respuesta a cómo los atentados del 11 de septiembre, y las represalias del presidente Bush ante esos atentados, habían afectado a Estados Unidos; en respuesta a cuál sería el rumbo que tomarían las guerras de Afganistán e Irak; en respuesta a si Canadá se vería o no arrastrada a una recesión o una depresión. (Porque hacia eso, tanto a lo uno como a lo otro, avanzaba Estados Unidos a marchas forzadas, ¿o no? Cuando se trataba de periodistas canadienses, por lo general ésa era la insinuación). Hacía ya cuatro años que Ketchum había descrito Estados Unidos como «imperio en declive»; ¿cómo habría descrito el país ahora el viejo maderero? En Canadá, las preguntas que formulaban a Danny eran cada vez más políticas. Hacía muy poco, alguien del Toronto Star había lanzado a Danny una andanada de las preguntas habituales.

¿No era cierto que Estados Unidos estaba «irremediablemente desbordado desde el punto de vista militar»? ¿No estaba el Gobierno federal «estrangulado por una enorme deuda»? ¿Y le importaría al escritor hacer algún comentario sobre el «carácter hostil y belicista de Estados Unidos»? ¿No estaba el «antiguo país» del autor de superventas, como se complacía en llamar a Estados Unidos el periodista canadiense, «en decadencia»?

¿Durante cuánto tiempo más, se decía Danny, entrarían las respuestas a estas y otras preguntas insidiosas en la categoría de «es demasiado pronto para saberlo»? El escritor era consciente de que no podría escabullirse eternamente con esa respuesta. «Proceso despacio... como escritor, quiero decir», era el preámbulo preferido de Danny en sus comentarios, «y escribo ficción, con lo que quiero decir que nunca escribiré sobre los atentados del 11 de septiembre, aunque quizás utilice esos sucesos cuando no sean tan actuales, y sólo en el contexto de un relato concebido por mí». (La combinación de evasivas y vaguedades de este cauto manifiesto acaso hubiera arrancado en Ketchum el impropio «montañas de mierda de alce» o algún otro por el estilo de los que eran propios del leñador, siempre en pie de guerra). Al fin y al cabo, existía constancia de que Danny había declarado que las elecciones estadounidenses del año 2000 —las que Bush «robó» a Gore— fueron, de hecho, un «pucherazo». ¿Cómo podía el escritor no comentar la versión de 2004, cuando Bush derrotó a John Kerry con tácticas discutibles y por las peores razones? Desde el punto de vista de Danny, John Kerry había sido un héroe por partida doble: primero en la guerra de Vietnam, después en sus protestas contra ella. Aun así, Kerry chocó con la oposición de los patriotas valentones del país, todos ellos tan estúpidos u obcecados como para seguir defendiendo esa guerra descabellada.

Lo que Danny había declarado a los medios era que su antiguo país, como lo llamaban, a veces lo llevaba a recordar y valorar una frase de Samuel Johnson muy citada: «El patriotismo es el último refugio de los canallas». Por desgracia, eso no fue lo único que dijo Danny. En alguna ocasión, hablando casi como Ketchum, el escritor había llegado al punto de afirmar que en el caso de las elecciones estadounidenses de 2004, el «canalla» no fue sólo George W. Bush; lo fueron también ciertos votantes americanos, más tontos que una cagada de perro, convencidos de que John Kerry, por su «escaso» patriotismo, no daba la talla para ser presidente de Estados Unidos.

Estos comentarios se repetirían, sobre todo eso de los «patriotas valentones», subrayándose en particular lo de los votantes «más tontos que una cagada de perro». Era un hecho que el novelista Daniel Baciagalupo había escrito y publicado ocho novelas con el nom de plume de Danny Ángel, y que Danny y su padre habían huido de Estados Unidos a Canadá —una emigración forzada para escapar de un loco que quería matarlos, un expolicía chiflado que efectivamente acabó matando al padre de Danny—, pero la impresión que tenía la mayor parte del mundo era que Danny Baciagalupo había decidido quedarse en Canadá por razones políticas.

En cuanto a Danny, empezaba a cansarse de desmentirlo; además, hablar como Ketchum era más fácil. Danny, fingiendo ser Ketchum, había comentado un reciente sondeo de opinión según el cual sólo algunos norteamericanos habían manifestado una discreta inquietud en cuanto al desenlace de la guerra de Irak, mientras que el doble de esa cantidad había expresado un desmedido desprecio ante la perspectiva del matrimonio entre homosexuales. «La regresiva homofobia de Bush es execrable», había declarado el escritor. (Un comentario parecido había potenciado aún más la

fama política de Danny; hablar como Ketchum propiciaba muchas citas en la prensa). En el frigorífico de su cocina de Toronto, Danny había elaborado una lista de preguntas para Ketchum. Pero no parecían una lista; no las había reunido de una manera ordenada, sino pegando con celo un sinfín de trozos de papel a la nevera. Como Danny había fechado cada nota, la información registrada en la puerta del frigorífico semejaba una especie de calendario del desarrollo de la guerra en Irak. Pronto la nevera quedaría totalmente cubierta.

Incluso los más antiamericanos de los amigos canadienses del escritor consideraban su política del frigorífico un ejercicio inane y pueril. (Era además un derroche de celo). Y el mismo año de 2002, en que se publicó *En el restaurante*, al final de la jornada, Danny había contraído el hábito de escuchar una emisora de radio estadounidense, una de música *country* y marcado carácter patriótico. Danny localizaba la emisora sólo bien entrada la noche; sospechaba que la señal era más clara cuando soplabla viento del norte a través del lago Ontario.

¿Hacía esto Danny para enfurecerse con su antiguo país? No, nada de eso; era la respuesta de Ketchum a la inmundicia de la música *country* lo que Danny deseaba oír. El escritor anhelaba oír al viejo maderero afirmar: «Te diré qué tiene de malo ese patriotismo de mierda: ¡es ilusorio! Significa sólo que los americanos necesitan ganar». ¿No habría dicho Ketchum acaso algo así?

Y ahora, con la guerra de Irak en marcha desde hacía ya casi dos años, ¿no habría despotricado Ketchum porque la mayoría de los americanos estaban tan mal informados que no se daban cuenta de que esa guerra era una distracción de la llamada guerra contra el terrorismo, y no un apoyo a esa guerra declarada?

Danny no tenía nada contra la búsqueda y la aniquilación de al-Qaeda: «¡Ya puestos, buscad y aniquilad también a Hamás y Hezbolá, joder!», había atronado Ketchum, pero el Irak de Saddam era una tiranía secular. ¿Entendían la mayoría de los americanos esa distinción? Mientras nosotros no estuvimos allí no hubo al-Qaeda en Irak, ¿verdad que no? (Danny no tardó en desorientarse políticamente; no estaba tan seguro de sí mismo como Ketchum. Danny tampoco leía tanto). ¿Qué habría dicho el furibundo leñador de Coos Country cuando Estados Unidos declaró el final de las «principales operaciones de combate» en Irak en mayo de 2003, menos de dos años después de iniciarse la guerra? Era tentador preguntárselo.

Puede que las preguntas para Ketchum en el frigorífico de Danny fuesen un recordatorio sobre la locura de la guerra, pero el escritor debía preguntarse por qué se había molestado en mantener un registro tan extremadamente obvio; a Danny no le servía para nada más que para deprimirlo.

Ante las negativas independientes pero de contenido similar del secretario de Estado estadounidense Colín Powell y el primer ministro británico Tony Blair — quienes juraron en mayo de 2003 que la información secreta sobre las armas de destrucción masiva iraquíes no se había distorsionado ni exagerado con la intención de justificar el ataque a Irak—, Danny imaginaba a Ketchum diciendo: «¡Enseñadme

esas armas, tíos!».

A veces, Danny le recitaba al perro las preguntas para Ketchum. («¡Hasta el perro», habría comentado quizá Ketchum en broma, «tiene inteligencia suficiente para saber cuál sería el rumbo que tomaría esta guerra!»). Daniel Baciagalupo cumpliría sesenta y tres años en la inminente temporada del barro. Era un hombre que había perdido a su único hijo y a su padre, y vivía solo, eso además de ser escritor. No es raro que Danny hablara con el perro y le leyera en voz alta.

En cuanto a *Héroe*, no parecía sorprenderse por el comportamiento un tanto excéntrico de Danny. El antiguo cazador de osos estaba acostumbrado a que le hablasen; por lo general, era mejor que ser atacado por un oso.

El perro era de una edad indefinida. Ketchum no había sido muy preciso respecto a los años de ese *Héroe* en particular, en referencia al número de generaciones desde aquel primer «animal excelente» que el actual *Héroe* representaba. *Héroe* tenía más pelo gris en el hocico del que Danny recordaba, pero en el walker bluetick, con su pelaje gris azulado con motas blancas, no resultaba fácil distinguir los pelos grises de la vejez. Y la cojera de *Héroe* no sólo era indicio de la avanzada edad del perro; los zarpazos del oso se habían curado hacía mucho tiempo, si bien las cicatrices eran aún muy visibles, y la cadera, donde el oso había herido con sus zarpas a *Héroe*, presentaba una lesión articular. La oreja maltrecha y prácticamente desaparecida también se había curado, pero el tejido cicatricial era negro y no tenía pelo.

Lo más desconcertante para cualquiera que viese a *Héroe* por primera vez era que al veterano cazador de osos le faltaba un párpado en el feroz rostro, el del lado opuesto a la oreja maltrecha. El párpado lo perdió en su último enfrentamiento con el pastor alemán de la Seis Jarras, aunque —según Pam— *Héroe* había salido vencedor en aquella pelea, que tuvo lugar en el vallado. La Seis Jarras se vio obligada a sacrificar al pastor alemán. Con todo, nunca se lo echó en cara a *Héroe*; según la propia Pam, los dos perros siempre se habían odiado sinceramente.

Para el escritor, el cazador de osos herido en acto de servicio era una réplica viva de Coos County, donde en general se daba rienda suelta a los odios letales. (Como en todas partes, pensaba Danny, siempre que por alguna razón echaba un vistazo a las preguntas para Ketchum en la puerta del frigorífico). En enero de 2004 el número de soldados estadounidenses caídos en Irak desde el inicio de la guerra ascendía a quinientos. «Diantres, quinientos no es nada; esto no ha hecho más que empezar», imaginaba Danny que diría el viejo maderero. «Llegaremos a cinco mil en sólo unos años más, y algún capullo nos dirá que la paz y la estabilidad están justo a la vuelta de la esquina».

—¿Qué piensas de eso, *Héroe*? —había preguntado Danny al perro, que enderezó su única oreja ante la pregunta—. ¿No nos habría entretenido nuestro común amigo con sus comentarios sobre esta guerra?

Danny sabía cuándo el perro escuchaba de verdad, y cuándo en realidad dormía. El ojo sin párpado lo seguía a uno cuando *Héroe* sólo simulaba dormir, pero cuando



el perro estaba verdaderamente fuera del mundo, la pupila y el iris del ojo siempre abierto viajaba a algún lugar invisible; la órbita de color blanco nebuloso permanecía fija e inexpresiva.

El perro en otro tiempo cazador de osos dormía en la cocina de Toronto sobre una colchoneta con cremallera rellena de astillas de cedro. Al contrario de la antigua opinión de Danny, las afirmaciones de Ketchum sobre los pedos de *Héro*e no eran una exageración. En su cama, el juguete preferido de *Héro*e para mordisquear era la vieja funda del cuchillo Browning más grande de Ketchum: el de treinta centímetros que el gancharo acostumbraba guardar bajo la visera del lado del conductor de su furgoneta. La funda, que había absorbido el aceite usado por Ketchum en la muela al afilar el cuchillo, posiblemente olía aún al oso muerto que en su día viajó en la cabina de la furgoneta; a juzgar por el neurótico apego que *Héro*e mostraba a la mordisqueada funda, no era raro que Danny así lo creyese.

El propio cuchillo Browning de treinta centímetros resultó menos útil. Danny lo había llevado a una tienda de artículos de cocina, donde en vano habían intentado afilarlo; los repetidos esfuerzos de Danny para eliminar todo residuo del aceite de afilar de Ketchum, poniendo el cuchillo en el lavavajillas, habían empañado la hoja. Ahora el cuchillo estaba mate y aceitoso, y Danny lo había colgado en la parte más visible e inaccesible de su cocina en Toronto, donde parecía una espada ceremonial.

Las armas de fuego de Ketchum eran otro asunto. Danny no las quería, no en Toronto. Se las había dado a Andy Grant, con quien Danny iba a cazar ciervos todos los años en noviembre. Después de matar a Cari, a Danny le resultaba más fácil disparar a los ciervos, si bien se negaba a usar escopeta. («Nunca más», había dicho a Andy). En lugar de eso, Danny utilizaba la Remington. 30-06 Springfield de Ketchum. En una zona boscosa, incluso a una distancia razonablemente corta, era más difícil alcanzar a un ciervo con aquella preciada pieza de coleccionista, pero el retroceso de la carabina —o la resonancia de la descarga del arma de cañón corto en el oído— era muy distinto de lo que Danny recordaba de la calibre veinte.

Andy Grant se conocía la zona de Bayfield como la palma de la mano: había cazado allí de niño. Pero, por lo general, Andy llevaba a Danny de cacería a un terreno más conocido para el escritor: la zona al oeste del lago Lost Tower, entre Payne's Road y la bahía de Shawanaga. En las inmediaciones del paso usado por las motonieves en invierno, y a veces visible desde el embarcadero de la parte de atrás de la isla de Charlotte, discurría una pista natural, prácticamente un sendero abierto por los ciervos. Así, cada noviembre, Danny contemplaba por encima del agua gris su destino en invierno. Había lugares en tierra firme, con vistas a la bahía de Shawanaga, desde donde se veía el embarcadero de atrás de la isla de Turner, e incluso el tejado de la cabaña del abuelo, adonde Ketchum había lanzado una vez la piel de la serpiente de cascabel que acababa de matar.

Durante esas cacerías de noviembre. Danny se alojaba siempre en el Larry's Tavern. Fue en el bar del propio Larry's donde oyó el rumor de que algún día

venderían el local, en cuanto la nueva autovía llegara a esas latitudes del norte. ¿Quién era Danny para decir, como a menudo hacían los lugareños, que se debería respetar el Larry's? Para el escritor, ni la taberna ni el motel merecían salvarse, pero era innegable que las dos secciones de ese establecimiento de carretera habían tenido una función local (aunque en gran medida autodestructiva) durante mucho tiempo.

Y cada invierno, cuando Danny llegaba a la isla de Charlotte, Andy Grant le prestaba la Remington de Ketchum. («Por si aparece algún bicho», habría comentado Ketchum). Andy le dejaba asimismo al escritor un par de cargadores de reserva. *Héro*e invariablemente reconocía la carabina. Era una de las pocas ocasiones en que el cazador de osos movía la cola, ya que esa Remington. 30-06 Springfield con acción de bombeo había sido el arma preferida de Ketchum para los osos, y, sin duda, *Héro*e recordaba la emoción de la cacería... o a su antiguo dueño.

Danny había tardado dos años en enseñar a ladrar al perro. A *Héro*e, los gruñidos y los pedos, así como los ronquidos al dormir, le salían de manera natural —es decir, si el cazador de osos no había aprendido esas artes tan poco delicadas de Ketchum—, pero no había ladrado nunca. En sus anteriores esfuerzos por animar a *Héro*e a ladrar, Danny a veces se preguntaba si quizás el viejo maderero desaprobaba los ladridos.

Cerca de la residencia de Danny en Rosedale, y contiguo a los dos nuevos bloques de apartamentos en Scrivener Square que —quiso la suerte— no impedían al escritor ver desde su mesa la torre del reloj de la licorería de Summerhill, había un pequeño parque con terreno de juego, más o menos del tamaño de un campo de fútbol. Danny paseaba a *Héro*e por el parque tres o cuatro veces al día, casi siempre con correa, por temor a que hubiera en el parque un pastor alemán o cualquier otro perro macho que pudiera traerle a *Héro*e a la memoria al difunto pastor alemán de la Seis Jarras.

En el parque, Danny ladraba para *Héro*e; el escritor se esforzaba con toda su alma por emitir ladridos auténticos, pero *Héro*e no se dejaba impresionar. Después de un año así, Danny empezó a preguntarse si *Héro*e no pensaría por alguna razón que los ladridos eran una debilidad en un perro.

En el pequeño parque, otros dueños de perros se quedaban desconcertados ante el aspecto duro y correoso de *Héro*e, y por su actitud en extremo distante con los otros perros. A eso debían sumarse las cicatrices, el andar rígido de los cuartos traseros, por no hablar ya de la mirada torva y desigual. «Es sólo porque *Héro*e perdió un párpado; no es que esté echando el mal de ojo a su perro ni nada por el estilo», explicaba Danny a los inquietos dueños de los otros perros en un intento por tranquilizarlos.

—¿Qué le ha pasado en la oreja? —preguntó al escritor una joven con uno de esos spaniels descerebrados.

—Ah, fue un oso —admitió Danny—. ¡Un oso!

—¿Y esa cadera, esas cicatrices horribles que tiene el pobre? —había preguntado un hombre de aspecto nervioso con un schnauzer.

—El mismo oso —contestó Danny.

Fue durante su segundo invierno en la isla de Charlotte cuando empezaron los ladridos. Danny había aparcado el hidrodeshlizador Polar en el hielo frente al embarcadero donde *Héro*e lo esperaba mientras él descargaba. Danny intentó ladrar al perro una vez más; el escritor ya casi había desistido. Para sorpresa de Danny y del perro, el ladrido de Danny se repitió; llegó un eco de su ladrido desde la isla de Barclay. Cuando *Héro*e oyó el eco, ladró. Lógicamente, también se produjo un eco tras el ladrido de *Héro*e; el cazador de osos oyó en respuesta el ladrido de un perro misteriosamente parecido al suyo.

Así siguió durante más de una hora: *Héro*e ladrándose a sí mismo en el embarcadero. (Si Ketchum hubiese estado allí, pensó Danny, seguramente el antiguo ganadero le habría pegado un tiro al cazador de osos). «¿Qué he provocado?», se preguntó el escritor, pero al cabo de un rato *Héro*e paró.

Después de eso, el perro ladró ya con normalidad; ladró a las motonieves y al muy esporádico sonido de un lejano hidrodeshlizador en el canal principal. Ladró a los pitidos de los trenes, que llegaban de tierra firme, y, con menor frecuencia, al gemido de los neumáticos de los enormes tráilers en la 69. En cuanto a los intrusos... En fin, durante esos meses de invierno no los había; Danny recibía sólo alguna que otra visita de Andy Grant. (*Héro*e también le ladraba a Andy). Nunca pudo llegar a decirse que el cazador de osos de Ketchum fuese un perro normal —ni casi normal—, pero el ladrido contribuyó en gran medida a paliar el espeluznante aspecto de la cara de *Héro*e, con una sola oreja y el ojo siempre abierto. Ciertamente, los dueños de los otros perros en el pequeño parque cerca de Scrivener Square exteriorizaban menos su inquietud ante el cazador de osos, y ahora que el perro ladraba, gruñía menos. Fue una lástima que Danny no pudiese hacer nada con los silenciosos pedos o los colosales ronquidos de *Héro*e.

El escritor empezaba a tomar conciencia de que hasta entonces nunca había sabido qué era tener un perro. Cuanto más hablaba Danny con *Héro*e, menos predispuesto se sentía el escritor a pensar en lo que Ketchum habría dicho sobre Irak. ¿Acaso uno se despolitizaba al tener perro? (Y tampoco es que Danny estuviese antes verdaderamente politizado; él nunca había sido como Katie, ni como Ketchum). Danny tomaba partido en la política; tenía opiniones políticas. Pero Danny no era antiamericano; el escritor ni siquiera se sentía un expatriado. El mundo que había capturado a grandes rasgos en el frigorífico de Toronto empezó a parecerle cada día menos importante. Ese mundo ya no era en lo que Daniel Baciagalupo quería pensar, y menos aún «como escritor», habría dicho Ketchum.

Se había producido un accidente en la 69, cerca de Horseshoe Lake Road. Un mamón al volante de un Hummer había embestido por detrás a un camión de ganado, y había acabado con su propia vida y con la de un puñado de vacas. Sucedió el primer invierno que Danny pasó en la isla de Charlotte, y se enteró del accidente por la mujer de la limpieza. Ésta era miembro de la Primera Nación: una joven de pelo y ojos negros, rostro bonito y unas manos toscas de aspecto fuerte. Una vez por

semana, Danny iba en el hidrodesslizador a la reserva india de Shawanaga Landing; allí la recogía y volvía a dejarla al final de la jornada, pero ella, casi con toda seguridad, vivía en otro sitio. Shawanaga Landing estaba habitado sobre todo durante los meses de verano, como *camping* y como acceso a la bahía. La población de la reserva vivía en el pueblo de Shawanaga, aunque había unos cuantos miembros de la Primera Nación que vivían todo el año en Skerryvore, o eso había contado Andy Grant a Danny. (Las dos zonas eran accesibles por carretera durante los meses de invierno, al menos en motonieve). A la joven mujer de la limpieza parecía gustarle montar en el hidrodesslizador Polar. Danny siempre llevaba un segundo par de orejeras para ella, y cuando la joven conoció a *Héro*, preguntó por qué el cazador de osos no los acompañaba en el viaje. «El hidrodesslizador hace demasiado ruido para los oídos de un perro; bueno, mejor dicho, para su único oído», explicó Danny. «No sé si *Héro* oye bien con esa oreja maltrecha». Pero la mujer de la limpieza tenía mano con los perros. Indicó a Danny que pusiera las orejeras a *Héro* cuando iba a Shawanaga Landing a recogerla, y cuando volvía a la isla de Turner sin ella. (Sorprendentemente, el perro no se oponía a llevarlas). Y cuando la mujer de la limpieza iba en el hidrodesslizador con *Héro*, sostenía en su regazo al cazador de osos y le tapaba las orejas —incluida la que casi le había desaparecido— con sus manos grandes y fuertes. Danny nunca había visto a *Héro* sentado en el regazo de nadie. El walker bluetick pesaba treinta o treinta y cinco kilos.

El perro seguía fielmente a la joven por todas partes mientras ella realizaba sus quehaceres, del mismo modo que *Héro* se pegaba a Danny en sus idas y venidas por la isla cuando estaba solo. Si Danny usaba la motosierra, el cazador de osos mantenía una distancia prudencial. (El escritor tenía la certeza de que esto sí lo había aprendido de Ketchum). Existía un malentendido permanente respecto a dónde vivía la joven de la Primera Nación: Danny nunca vio a nadie esperándola en Shawanaga Landing, ni ningún vehículo que ella pudiera haber utilizado para su desplazamiento hasta el muelle. Danny se lo había preguntado sólo una vez, pero la respuesta de la joven mujer de la limpieza se le antojó soñadora o irónica —o las dos cosas a la vez— y él no le había pedido que se lo aclarase. «En territorio ojibway», había dicho ella.

Danny no entendió a qué se refería la mujer de la Primera Nación, quizás a nada en concreto. Podría haberle preguntado a Andy Grant de dónde era la joven realmente —había sido Andy quien, en un principio, lo había puesto en contacto con ella—, pero Danny lo dejó correr. A él «el territorio ojibway» le bastó como respuesta.

Y el escritor había olvidado al instante el nombre de la joven, si es que en realidad había llegado a oírlo. Una vez, a comienzos del primer invierno que trabajó para él, Danny le dijo con admiración:

—Eres incansable.

Se refería al sinfín de agujeros en el hielo que ella hacía, y a los innumerables cubos llenos de agua que acarreaba desde el lago y le dejaba en la casa principal. La chica había sonreído; le había gustado la palabra «incansable».

—Llámeme así, por favor, llámeme así —había dicho ella.

—¿Incansable?

—Ése es mi nombre —afirmó la mujer de la Primera Nación—. Esa soy yo, desde luego.

Una vez más, Danny habría podido preguntar a Andy Grant cómo se llamaba de verdad, pero a la mujer le gustaba el nombre de Incansable, y a Danny eso también le bastó.

A veces, desde su choza de escribir, veía a Incansable mostrar una actitud reverente ante el inuksuk. No se inclinaba de manera formal ante el hito de piedra, pero le quitaba la nieve con ademán respetuoso y, al hacerlo, manifestaba una especie de deferencia u homenaje. Incluso *Héroé*, que se quedaba misteriosamente alejado de Incansable en esas ocasiones solemnes, parecía reconocer el carácter sagrado del momento.

El día que Incansable iba a limpiar, Danny trabajaba en su choza de escribir igual que cuando estaba allí solo con *Héroé*; la mujer de la limpieza no lo distraía. Cuando Incansable terminaba con su trabajo en la casa principal —no importaba que los demás días Danny estuviera acostumbrado a la compañía de *Héroé*, que dormía (y se tiraba pedos y roncaba) en la choza de escribir mientras él trabajaba—, el escritor levantaba la vista de su trabajo y de pronto la veía de pie junto al pequeño pino doblado por el viento. Ella nunca tocaba el árbol tullido; sencillamente se quedaba junto a él, como un centinela, con *Héroé* de pie a su lado. Ni la mujer de la limpieza de la Primera Nación ni el perro cazador de osos miraban nunca a Danny a través de la ventana de su choza de escribir. Siempre que el escritor alzaba la vista y los veía al lado del pino maltratado por las inclemencias del tiempo, el perro y la joven estaban de espaldas a él; parecían otear la bahía helada.

Entonces Danny tamborileaba en la ventana, y los dos, Incansable y *Héroé*, entraban en la choza de escribir. Danny abandonaba la choza (y su trabajo) mientras Incansable la limpiaba, cosa que nunca le llevaba mucho tiempo; normalmente no más del que necesitaba Danny para prepararse un té en la casa principal.

Salvo Andy Grant —y los parroquianos de siempre con los que Danny coincidía de manera ocasional en el Larry's Tavern, o en el restaurante Haven, y en el supermercado—, la mujer de la limpieza de la Primera Nación era el único ser humano con quien Danny tenía trato social durante sus inviernos en la isla de la bahía de Georgia, y Danny y *Héroé* veían a Incansable sólo una vez por semana durante las diez semanas que el escritor pasaba allí. Una vez, cuando Danny estaba en el pueblo, se encontró con Andy Grant y le habló de lo bien que trabajaba la joven de la Primera Nación.

—*Héroé* y yo la adoramos —había dicho—. Es un placer tenerla en casa, no incomoda en absoluto.

—Parece que estés dispuesto a casarte con ella —comentó Andy al escritor. Andy lo decía en broma, claro, pero Danny, aunque fuera sólo por un minuto, o dos,

inevitablemente contempló la posibilidad en serio.

Más tarde, de nuevo en el hidrodeshlizador —pero antes de arrancar el motor o ponerle las orejeras al cazador de osos—, Danny preguntó al perro:

—¿Te parezco una persona solitaria, *Héroe*? Debo de ser un poco solitario, ¿no?

En la cocina de la casa de Danny en Cluny Drive —sobre todo conforme avanzaba el año 2004—, las observaciones políticas pegadas al frigorífico del escritor se habían vuelto cada vez más tediosas. Cabía pensar que la política siempre había sido aburrida y el escritor no se había dado cuenta hasta entonces; o al menos las preguntas dirigidas a Ketchum resultaban triviales y pueriles en comparación con la historia más personal y detallada que Danny desarrollaba en su novena novela.

Como siempre, empezó por el final de la historia. No sólo había escrito lo que, según creía, sería la última frase, sino que tenía una idea ya bastante elaborada de la trayectoria de la nueva novela, la primera firmada con el nombre de Daniel Baciagalupo. Danny se retrotraía lenta pero gradualmente en la narración hacia donde pensaba que debía empezar el libro. Siempre trabajaba así: construía la trama de atrás hacia delante; por tanto concebía el primer capítulo al final. Para cuando Danny llegaba a la primera frase —es decir, el momento real en que escribía la primera frase—, a menudo habían pasado dos o más años, pero para entonces conocía la historia entera. A partir de esa primera frase, el libro fluía hacia delante; o, en el caso de Danny, volvía al lugar por donde había empezado.

Como siempre, además, cuanto más inmerso estaba Danny en una novela, más se distanciaba de lo que pasaba por ser su pensamiento político. Si bien las opiniones políticas del escritor eran sinceras, Danny habría sido el primero en reconocer que desconfiaba de toda forma de política. ¿Acaso no era novelista, en parte, porque veía el mundo de una manera más subjetiva? Y escribir obras de ficción no sólo era lo que Daniel Baciagalupo sabía hacer mejor: en realidad, escribir novelas era lo único que hacía. Era un artesano, no un teórico; era un narrador, no un intelectual.

Así y todo, Danny se acordaba inevitablemente de aquellos dos últimos helicópteros que abandonaron Saigón, aquella pobre gente aferrada a los patines de los helicópteros, y los centenares de survietnamitas desesperados que se quedaron atrás en el patio de la embajada de Estados Unidos. Al escritor no le cabía duda de que veríamos eso (o algo parecido) en Irak. Reminiscencias de Vietnam, pensaba Danny, o así lo veía él, como cualquier persona de su generación, porque en realidad Irak no era exactamente otro Vietnam. (Daniel Baciagalupo era un fulano muy de los sesenta, como lo describía Ketchum; era imposible reformarlo). Con escasa convicción, Danny le habló al perro, cuya única respuesta fue un bostezo.

—Te apuesto una caja de galletas para perros, *Héroe*, a que todo irá muy a peor antes de mejorar un poco.

El cazador de osos ni siquiera reaccionó al ofrecimiento de las galletas para perros; a *Héroe* la política le aburría tanto como a Danny. El mundo seguiría igual que siempre, ¿o no? ¿Quién de ellos cambiaría algo en la dinámica del mundo? Un

escritor no, eso desde luego; *Héro*e tenía tantas posibilidades de cambiar el mundo como Danny. (Por suerte, Danny no se lo dijo a *Héro*e; no quería ofender al noble perro). Era una mañana de diciembre de 2004, Danny acababa de pegar la última pregunta (ya olvidada) para Ketchum en la puerta del frigorífico, cuando Lupita —la muy leal y sufrida mujer de la limpieza mexicana— encontró al escritor en la cocina, donde estaba nada menos que escribiendo. Eso alteró a Lupita, quien —en su necesaria compartimentación de la casa— tenía un enfoque totalitario en cuanto a la función de las distintas habitaciones en la casa de un escritor.

Lupita estaba acostumbrada, si bien lo desaprobaba, a las tablillas sujetapapeles y el paquete de folios para mecanografiar en el gimnasio, donde no había máquina de escribir; el sinfín de notas en *Post-It*, repartidas por toda la casa, también era motivo de irritación para ella, pero se contenía. En cuanto a las preguntas políticas dirigidas al señor Ketchum, y pegadas a la puerta de la nevera, Lupita las leía con menguante interés, si es que se molestaba siquiera en leerlas. Las trivialidades adheridas con celo eran un incordio para Lupita, porque le impedían limpiar la puerta del frigorífico, como ella habría deseado.

Para Lupita, cuidar de la casa de Danny en Cluny Drive, como ella hacía, había supuesto básicamente una sucesión de disgustos. El hecho de que el señor Ketchum ya no visitase Toronto en Navidad hacía llorar a la mujer de la limpieza mexicana, sobre todo en esa época del año, a finales de diciembre, y eso por no hablar del esfuerzo que le había representado poner en orden la habitación del difunto cocinero después del doble homicidio, que casi había acabado con ella. Por supuesto, se habían llevado la cama ensangrentada y habían cambiado el papel de la pared, pero Lupita había limpiado una a una todas las fotos salpicadas de sangre en el tablero de Dominic, y había restregado el suelo hasta que creyó que le sangrarían las rodillas y los pulpejos de las manos. También había convencido a Danny para que sustituyera las cortinas, o de lo contrario el olor a pólvora permanecería en el dormitorio donde se había producido el crimen.

Cabe observar que, en esta etapa de la vida de Danny, las dos mujeres con quienes mantenía un contacto más continuo eran ambas mujeres de la limpieza, aunque desde luego Lupita ejercía una mayor influencia en el escritor que Incansable. Fue por Lupita por lo que Danny se deshizo del sofá de su estudio en la segunda planta, y eso fue resultado exclusivamente de la insistencia de ella, quien sostenía que en ese sofá se veía (lo veía ella) la huella del cuerpo del despreciable ayudante del sheriff. «Todavía lo veo ahí tumbado, esperando a que usted y su padre se duerman», había dicho Lupita a Danny.

Naturalmente, Danny retiró el sofá; si bien Daniel Baciagalupo nunca había visto en el sofá la huella del cuerpo gordo del vaquero, pero una vez que la mujer de la limpieza mexicana afirmó que había visto la huella de Cari en el sofá, el escritor no tardó en imaginarla.

Lupita no se había conformado con eso. Poco después de la llegada de *Héro*e a la

casa, recordaba Danny, Lupita propuso un cambio más monumental. Aquellos tableros con la historia familiar reunida —los centenares de instantáneas traslapadas que el cocinero había conservado, y los otros centenares que había guardado en los cajones del escritorio de Danny—..., en fin, uno ya puede imaginar lo que pensó la mujer de la limpieza mexicana. No tenía sentido, había dicho Lupita, dejar expuestas esas fotos especiales en una habitación donde ahora nadie las veía. «Deberían estar en su dormitorio, Señor Escritor», había dicho Lupita a Danny. (Espontáneamente había empezado a llamarlo así, «Señor Escritor», Danny no recordaba cuándo). Y de ello se desprendería, claro está, que esas fotografías de Charlotte tendrían que quitarse. «Ya no son apropiadas», había dicho Lupita a Danny; quería decir que él no debía dormir con esas imágenes nostálgicas de Charlotte Turner, que era una mujer casada con su propia familia. (Sin la menor palabra de resistencia por parte del Señor Escritor, Lupita se ocupó personalmente). Ahora tenía sentido. La habitación del difunto cocinero pasó a emplearse como segundo cuarto de invitados; rara vez se usaba, pero era especialmente útil si una pareja con un niño (o niños) iba a visitar al escritor. La cama de matrimonio de Dominic había sido sustituida por dos individuales. El homenaje a Charlotte en esta alejada habitación de invitados —en el extremo opuesto del pasillo respecto al dormitorio de Danny— parecía más acorde con la relación que en esos momentos mantenían.

Tenía más sentido asimismo que Danny durmiese ahora con esas fotografías de la familia inmediata y amplia del cocinero, incluidas algunas instantáneas del hijo muerto del escritor, Joe. Danny debía agradecer a Lupita que esto fuese posible, pues ella era quien se encargaba de los tableros; elegía las fotografías nuevas y recicladas con las que quería que Danny durmiese. Una o dos veces por semana, Danny observaba con atención las imágenes en los tableros, sólo para ver cómo las había redistribuido Lupita.

De vez en cuando Charlotte asomaba brevemente entre las instantáneas, casi siempre eran imágenes de ella con Joe. (Por alguna razón, habían superado el insondable radar de la aprobación de Lupita). Y había montones de retratos de Ketchum, claro, incluso unos cuantos recién incorporados del leñador, y de la joven madre de Danny con su padre aún más joven. Estas instantáneas de la Prima Rosie guardadas desde hacía mucho tiempo habían pasado a manos de Danny junto con *Héroe*, y las armas de Ketchum, amén de la motosierra. Las viejas fotografías, guardadas entre las páginas de los amados libros de Rosie para que no se arrugaran, no habían estado expuestas a la luz, y los libros también habían llegado a manos de Danny, ahora que el viejo maderero ya no podía leerlos. ¡Menuda cantidad de libros había acumulado Ketchum!

Esa mañana de diciembre de 2004, cuando Lupita se encontró con Danny escribiendo en la cocina, él resolvía un par de escenas que, según imaginaba, podían caer cerca del principio de la novela, llegando incluso a redactar alguna frase. Sin duda se acercaba al principio del primer capítulo, pero el punto donde empezaría



exactamente —la primera frase, por ejemplo— se le resistía aún. Escribía en una sencilla libreta de espiral de papel blanco pautado; Lupita sabía que el escritor tenía una pila de libretas iguales en su estudio de la segunda planta, donde (pensaba con plena convicción) debería haber estado trabajando.

—Está usted escribiendo en la cocina —aseveró la mujer de la limpieza. Fue una frase enunciativa, directa, pero Danny advirtió cierto retintín; a juzgar por el tonillo crítico de las palabras de Lupita, era como si hubiese dicho: «Está usted fornicando en el camino de entrada». (A plena luz del día). Danny se quedó un poco desconcertado por el tácito reproche de la mujer de la limpieza mexicana.

—No estoy escribiendo exactamente, Lupita —se defendió Danny—. Estoy tomando unas cuantas notas para mí sobre lo que voy a escribir.

—Sea lo que sea, está haciéndolo en la cocina —insistió Lupita.

—Sí —contestó Danny con cautela.

—Supongo que puedo empezar por arriba, en la segunda planta, digamos, por su estudio, donde no está escribiendo —dijo la mujer de la limpieza.

—Me parece muy bien —contestó Danny.

Lupita suspiró, como si para ella el mundo fuera una fuente infinita de dolor; y lo había sido, como Danny sabía. Si bien podía ser una mujer complicada, Danny la toleraba, y en general aceptaba su presunta autoridad; el escritor sabía que uno debía aceptar mejor la autoridad de alguien que había perdido a un hijo, como era el caso de la mujer de la limpieza, y ser más tolerante con ella. Pero antes de marcharse Lupita de la cocina —para ocuparse de lo que a todas luces consideraba su primera tarea del día, en total desarreglo con lo que era habitual (si no del todo errónea)—, Danny le dijo:

—¿Le importaría limpiar hoy la nevera, Lupita? Tírelo todo, y listos.

La mexicana no se sorprendía fácilmente, pero Lupita se quedó inmóvil, como pasmada. Al recobrase, abrió la puerta de la nevera, que había limpiado hacía sólo unos días: estaba prácticamente vacía. (Casi siempre lo estaba, salvo cuando Danny tenía invitados a cenar).

—No, me refiero a la puerta —aclaró Danny—. Por favor, límpiela de arriba abajo. Tire todas las notas.

En ese momento, la desaprobación de Lupita se convirtió en inquietud.

—¿Enfermo? —preguntó de pronto a Danny. La mujer le tocó la frente al escritor con su mano morena y rechoncha; según su experto tacto, Danny no parecía tener fiebre.

—No, no estoy mal, Lupita —respondió Danny a la mujer de la limpieza—. Sencillamente estoy harto de las distracciones que me he buscado.

Era una época del año difícil para el escritor, quien no acababa de salir del cascarón precisamente, como Lupita sabía. La Navidad era el momento más difícil para las personas que habían perdido a la familia; a ese respecto, la mujer de la limpieza no tenía la menor duda. De inmediato hizo lo que Danny le había pedido.

(De hecho, agradeció la oportunidad de interrumpir el trabajo de él, puesto que estaba haciéndolo donde no debía). Lupita arrancó gustosamente los pequeños trozos de papel de la puerta de la nevera; el maldito celo le llevaría más tiempo, lo sabía: tendría que retirar los residuos con las uñas. Además rociaría la puerta con un líquido bactericida, pero eso lo haría más tarde.

Es poco probable que a la mujer de la limpieza se le pasara siquiera por la cabeza que estaba tirando a la basura lo que, a fin de cuentas, era la obsesión de Danny por la interpretación que acaso hiciera Ketchum acerca de la pifia de Bush en Irak; pero eso estaba haciendo. Tal vez Danny fuera consciente —muy en el fondo, en algún lugar de su pensamiento— de que en ese momento se desprendía al menos de una pequeña parte de la ira que sentía hacia su antiguo país.

Ketchum había descrito Estados Unidos como una nación perdida, pero Danny no sabía si afirmar algo así era justo, si la acusación aún tenía validez. A Danny Baciagalupo, como escritor, sólo le importaba que su antiguo país era para él una nación perdida. Desde la reelección de Bush, Danny había asumido que, para él, Estados Unidos se había perdido, y que él era —desde ese minuto en adelante— un forastero que vivía en Canadá, y que lo sería hasta el final de sus días.

Mientras Lupita trajinaba ante la puerta del frigorífico, Danny entró en el gimnasio y telefoneó al Beso de Lobo. Dejó un mensaje muy minucioso en el contestador automático; dijo que deseaba hacer una reserva en el restaurante para todas las noches que el Beso de Lobo estuviese abierto, es decir, hasta que Patrice y Silvestro cerrasen por Navidad. Lupita tenía razón: la Navidad era siempre una época difícil para Danny. Primero había perdido a Joe, y también aquellas navidades en Colorado; después había muerto su padre, asesinado de un tiro. Y cada Navidad desde aquella Navidad, también memorable, de 2001, el escritor recordaba cómo se enteró de lo que le había sucedido a Ketchum, a quien también había perdido.

Danny no era Ketchum; el escritor ni siquiera se parecía a Ketchum, aunque en algunos momentos había intentado parecerse al viejo maderero. ¡Dios, con qué empeño lo había intentado! Pero ése no era el trabajo de Danny, por emplear la palabra «trabajo» en el sentido que Ketchum le había dado. El trabajo de Danny era escribir, y Ketchum eso lo había comprendido mucho antes que Danny.

«Tienes que hundir la nariz en lo peor e imaginarlo todo, Danny», había dicho el veterano ganadero. Daniel Baciagalupo lo intentaba; si el escritor no podía ser Ketchum, al menos podía heroificar al maderero. Pero ¿acaso era muy difícil presentar a Ketchum como héroe?, pensaba el escritor.

«Bueno, los escritores deberían saber lo mucho que cuesta morir a veces, Danny», había dicho Ketchum cuando Danny necesitó tres tiros para abatir a su primer ciervo.

Joder, debería haber sabido entonces a qué se refería Ketchum, pensaba el escritor el día que Lupita limpiaba como una posesa alrededor de él. (Sí, debería haberlo sabido).

## 17. A excepción de Ketchum

Danny medio intuía lo que Ketchum se traía entre manos, y esto ocurrió en torno a la festividad estadounidense de Acción de Gracias, en noviembre de 2001. Una noche el escritor cenaba —naturalmente, en el Beso de Lobo—, y su acompañante era su propia médica. No tenía con ella una relación sexual, pero sí una sólida amistad; ella había sido la lectora especialista en medicina de varias de sus novelas. Tiempo atrás le había escrito una carta como admiradora y, a partir de ese momento, iniciaron una correspondencia, mucho antes de trasladarse él a Canadá. Ahora eran íntimos amigos.

La doctora se llamaba Erin Reilly. Era casi de la misma edad que Danny —con dos hijos adultos que tenían a su vez sus propios hijos— y no hacía mucho tiempo su marido la había abandonado por la recepcionista de ella. «Tendría que haberlo visto venir», había dicho Erin a Danny filosóficamente. «Los dos me preguntaban siempre, una y otra vez..., cientos de veces al día, quiero decir..., si estaba bien». Como amiga, Erin había tenido en la vida que Danny llevaba en Toronto el mismo papel que Armando DeSimone había desempeñado en Vermont. Danny se carteaba aún con Armando, pero Armando y Mary ya no iban nunca a Toronto; el viaje por carretera desde Vermont era demasiado largo, y el avión resultaba incómodo para personas de su edad y su talante. «Los matones del servicio de seguridad del aeropuerto se han quedado con todas mis navajas suizas», se había quejado Armando a Danny.

Erin Reilly era una auténtica lectora, y cuando Danny le formulaba una pregunta médica —ya fuera una preocupación relativa a sí mismo, o parte de su investigación para el personaje de una novela—, Danny agradecía las extensas y detalladas respuestas de la doctora. Erin disfrutaba asimismo leyendo novelas extensas y detalladas.

Aquella noche, en el Beso de Lobo, Danny le dijo a su médica:

—Un amigo mío tiene el deseo recurrente de cortarse la mano izquierda, pues esa mano izquierda en cuestión le falló una vez. Si lo hace, ¿morirá desangrado?

Mujer desgarbada, con cierto aire de garza, Erin tenía el pelo canoso, muy corto, y los ojos de color avellana y expresión imperturbable. Vivía absorta en su trabajo — y en la novela o novelas que estaba leyendo—, hasta el delirio, como Danny sabía, y tal vez ese punto de delirio era la razón por la que él la adoraba. Podía abstraerse del mundo que la rodeaba hasta niveles alarmantes..., del mismo modo que, con el tiempo, el cocinero había llegado a convencerse de que el vaquero en realidad no iba tras sus pasos. Erin podía comentar en broma que debería «haberlo visto venir» — refiriéndose a la aventura de su marido con la recepcionista—, pero el hecho de que los dos le preguntaran una y otra vez si estaba bien no era (en opinión de Danny) lo que tenía que haber llamado la atención a su querida amiga. Era ella quien extendía las recetas de Viagra a su marido; debería haber sabido cuánta tomaba. Pero eso era lo que a Danny le encantaba de Erin: su profunda inocencia, que le recordaba todo aquello que se había negado a ver su padre, una circunstancia que en otro tiempo

Danny también encontraba encantadora.

—Ése... amigo con el deseo recurrente de cortarse la mano izquierda —dijo la doctora Reilly lentamente—, ¿eres tú, Danny. o es un personaje sobre el que estás escribiendo?

—Ni lo uno ni lo otro. Es un viejo amigo —respondió Danny—. Te contaría la historia, Erin, pero es demasiado larga, incluso para ti.

Danny recordaba lo que Erin y él cenaron esa noche. Habían pedido las gambas con leche de coco y caldo de curry verde; de primero, los dos habían tomado ostras de Malpeque, con la salsa mignonette de chalota al champán de Silvestro.

—Cuéntamelo todo, Erin —había dicho él—. No escatimes detalles. —(Era lo que siempre le decía el escritor). Erin sonrió y tomó un pequeño sorbo de vino. Tenía por costumbre pedir una botella de vino blanco caro; nunca bebía más de una o dos copas, y donaba el resto de la botella a Patrice, que entonces la vendía por copas. En compensación, Patrice de vez en cuando pagaba el vino de Erin. Patrice Arnaud también era paciente de la doctora Reilly.

—En fin, Danny, allá va —había empezado a decir Erin esa noche de noviembre de 2001—. Probablemente tu amigo no moriría desangrado, no si se cortase la mano por la muñeca de un tajo y con una hoja afilada. —Danny no dudaba que el instrumento elegido por Ketchum, ya fuera el cuchillo Browning, un hacha o incluso la motosierra del viejo maderero, estaría bien afilado—. Pero tu amigo sangraría mucho. La sangre saldría a borbotones de las arterias radiales y ulnar, que son los dos principales vasos sanguíneos que seccionaría. Pero este desdichado amigo tuyo tendría unos cuantos problemas... Es decir, si su intención fuera matarse. —En este punto Erin guardó silencio por un momento; al principio Danny no supo por qué—. ¿Es ésa la intención de ese amigo tuyo, matarse? ¿O sólo quiere deshacerse de la mano? —preguntó la doctora.

—No lo sé —contestó Danny—. Siempre he pensado que era sólo un problema con la mano.

—Bueno, siendo así, puede que consiga su objetivo —dictaminó Erin—. Me explico: las arterias son muy elásticas. Después del corte, se retraerían hacia el interior del brazo, donde los tejidos circundantes las comprimirían, al menos en cierta medida. Los músculos de la pared arterial se contraerían de inmediato, estrechando el diámetro de las arterias y restañando en parte la pérdida de sangre. Nuestro cuerpo tiene muchos recursos para la supervivencia; en tu amigo intervendrían muchos mecanismos, aunándose todos en un esfuerzo para salvarlo de una hemorragia mortal. —Aquí Erin volvió a callar—. ¿Qué te pasa? —preguntó a Danny.

Daniel Baciagalupo seguía preguntándose si Ketchum quería matarse o no: durante todos esos años de incesantes conversaciones sobre la mano izquierda, al escritor no se le había ocurrido pensar que tal vez Ketchum albergase otras intenciones de mayor alcance.

—¿Estás mareado, te pasa algo? —preguntó la doctora Reilly a Danny.

—No, no es eso —respondió Danny—. O sea, que no se moriría desangrado. ¿Es eso lo que me estás diciendo?

—Lo salvarían las plaquetas —confirmó Erin—. Las plaquetas son diminutas partículas de sangre; no tienen siquiera el tamaño de una verdadera célula; en realidad, son escamas que se desprenden de las células y después circulan por el torrente sanguíneo. En circunstancias normales, las plaquetas son pequeñas motas de pared lisa, no adherentes. Pero cuando tu amigo se corte la mano, dejará al aire el endotelio, o la pared interior de las arterias, causando el derramamiento de la proteína llamada colágeno, la misma sustancia que emplean los cirujanos plásticos. Cuando las plaquetas se encuentran con el colágeno expuesto, experimentan una drástica transformación: una metamorfosis. Las plaquetas se convierten en partículas pegajosas, espiculadas. Se agrupan y adhieren entre sí; forman un tapón.

—¿Cómo un coágulo? —preguntó Danny; hablaba con un tono extraño. No podía comer porque no podía tragar. Por alguna razón ahora tenía la certeza de que Ketchum planeaba quitarse la vida; cortarse la mano izquierda era sólo la manera de conseguirlo, y, naturalmente, Ketchum consideraba a su mano izquierda responsable de perder a Rosie. Pero Rosie había desaparecido hacía muchos años. Danny era consciente de que Ketchum debía de exigirse cuentas por no haber matado a Cari. Por la muerte de su amigo Dominic, Ketchum se culpaba a sí mismo, es decir, a todo su ser. Ketchum no podía acusar a su mano izquierda de que el vaquero hubiera asesinado al cocinero.

—¿Demasiados detalles mientras estás comiendo, quizá? —preguntó Erin—. Lo dejo ya. Lo de los coágulos vendrá más tarde; en eso intervienen otro par de proteínas. Baste con decir que se forma un coágulo para taponar las arterias; eso contendría la hemorragia de tu amigo y le salvaría la vida. Cortándose la mano, no morirá.

Pero Danny sentía que se ahogaba; se hundía por momentos. («Bueno, los escritores deberían saber lo mucho que a veces cuesta morir, Danny», le había dicho el viejo maderero).

—De acuerdo, Erin —dijo Danny pero no era su voz; ni él ni Erin la reconocieron—. Digamos que mi amigo desea morir. Supongamos que de paso quiere cortarse la mano izquierda, pero lo que quiere realmente es morir. Entonces, ¿qué?

La médica comía vorazmente; tuvo que masticar y tragar durante unos segundos, y Danny esperó.

—Muy fácil —contestó Erin, después de otro sorbo de vino—. ¿Sabe tu amigo lo que es la aspirina? No tiene más que tomarse unas cuantas aspirinas.

—Aspirinas —repitió Danny, aturdido. Veía el contenido de la guantera de la furgoneta de Ketchum, como si la tapa estuviese aún abierta y nunca hubiese alargado el brazo para cerrarla: la pequeña pistola y el gran frasco de aspirinas.

«Calmantes para el dolor, lo uno y lo otro», los llamó Ketchum con despreocupación. «Ni muerto iría a algún sitio sin aspirinas y un arma de cualquier

tipo».

—La aspirina bloquea ciertas partes del proceso que activa las plaquetas — explicaba la doctora Reilly—. Si entramos en tecnicismos, podría decirse que la aspirina impide la coagulación de la sangre; basta con dos aspirinas en el organismo de tu amigo y muy posiblemente la coagulación no se produciría con la rapidez necesaria para salvarlo. Y si de verdad quisiera morir, podría tomarse las aspirinas con un poco de alcohol; por medio de un mecanismo totalmente distinto, el alcohol impide también la activación y agrupación de las plaquetas. Entre el alcohol y las aspirinas tendría lugar una auténtica sinergia y anularía la acción de las plaquetas..., no se adherirían entre sí. En otras palabras, no se formaría el coágulo. Tu amigo sin mano moriría.

Erin dejó de hablar por fin al ver que Danny tenía la mirada fija en el plato, sin comer. También era digno de mención que Danny Baciagalupo apenas había tocado la cerveza.

—¿Danny? —dijo la doctora—. No sabía que era un amigo real. Pensaba que se trataba de un personaje de una novela, que empleabas la palabra «amigo» de una manera vaga. Lo siento.

Esa noche de noviembre Danny volvió a casa a todo correr desde el Beso de Lobo. Quería telefonar a Ketchum de inmediato, pero en privado. Era una noche fría en Toronto. A esas alturas del otoño ya habría nevado unas cuantas veces en Coos County, New Hampshire.

Ketchum ya no enviaba muchos faxes. Tampoco telefoneaba a Danny muy a menudo, no tanto como Danny lo telefoneaba a él. Esa noche el teléfono había sonado y sonado; no había recibido respuesta. Danny habría llamado a la Seis Jarras, pero no tenía su número, y nunca había sabido su apellido, como desconocía también el nombre de pila de Ketchum, si es que el viejo maderero lo tenía.

Decidió enviar a Ketchum un fax con alguna estupidez de lo más transparente, algo así como que consideraba conveniente tener el número de teléfono de la Seis Jarras por si surgía alguna emergencia y él no podía localizar a Ketchum.

¡NO NECESITO QUE NADIE ME CONTROLE!

Había contestado Ketchum por fax antes de que Danny se despertara y bajara a la mañana siguiente. Pero después de unos cuantos faxes más y una incómoda conversación telefónica, Ketchum le facilitó a Danny el número de Pam.

Era diciembre de ese mismo año, el 2001, cuando por fin Danny se armó de valor para llamar a la Seis Jarras, que por teléfono no era una gran comunicadora. Sí, Ketchum y ella habían ido un par de veces ese otoño al embalse del Observatorio del Alce y habían visto bailar a los alces —o «dar vueltas y vueltas», como dijo la Seis Jarras—. Sí, también había ido «de acampada» con Ketchum, pero sólo una vez, en una ventisca, y no pegó ojo por culpa de la cadera, pero igualmente la habría tenido

en vela Ketchum con sus ronquidos.

Tampoco tuvo suerte Danny al intentar convencer a Ketchum de que fuera a Toronto a pasar las navidades ese año. «Puede que me presente, lo más probable es que no», fue la respuesta de Ketchum, tan independiente como, siempre.

En un abrir y cerrar de ojos se le había echado encima la época del año que Daniel Baciagalupo había aprendido a temer —faltaban sólo unos días para la Navidad de 2001 y se acercaba lo que sería el primer aniversario del asesinato de su padre—, y el escritor estaba cenando a solas en el Beso de Lobo. Tenía el pensamiento disperso, errante, cuando de pronto Patrice —esa presencia siempre refinada y cortés— se acercó a la mesa de Danny.

—Ha venido alguien a verte, Daniel —anunció Patrice con desacostumbrada solemnidad—. Pero, curiosamente, está en la puerta de la cocina.

—¿A verme a mí? ¿En la cocina? —preguntó Danny.

—Una persona alta, de aspecto fuerte —declamó Patrice, con cierto aire premonitorio—. No parece una gran lectora, podría no ser lo que llamarías una admiradora.

—Pero ¿por qué en la puerta de la cocina? —preguntó Danny.

—Ha dicho que no cree ir vestida como para entrar por la puerta del restaurante —contestó Patrice al escritor.

—¿Y es una mujer, dices? —preguntó Danny. ¡Cuánto deseaba que fuera la Señora del Cielo!

—He tenido que mirarla dos veces para asegurarme —dijo Patrice, encogiéndose de hombros—. Pero es, sin lugar a dudas, una mujer.

En el callejón de Crown's Lañe detrás del restaurante, Pedro el tuerto se había fijado en la mujer alta; gentilmente la había acompañado a la entrada de servicio de la cocina. El antiguo Ramsay Farnham había dicho a Pam la Seis Jarras:

—Aunque no esté en la carta, a menudo tienen cassoulet en esta época del año. Se lo recomiendo.

—No vengo a buscar limosna —contestó la Seis Jarras—. Busco a un fulano, un tal Danny, un escritor famoso.

—Danny no trabaja en la cocina; trabajaba su padre —respondió Pedro el tuerto.

—Lo sé; es sólo que soy una de esas personas que entran por la puerta de atrás —contestó Pam—. Esto parece un sitio de mucho lujo, joder.

El antiguo Ramsay Farnham reaccionó con un momentáneo desdén; debió de tener un flashback de su vida anterior.

—No es para tanto —comentó. Además del esnobismo que llevase en los genes, Ramsay seguía molesto por el cambio de nombre de su restaurante preferido; aunque nadie la había visto, Beso de lobo sería siempre para Pedro el tuerto una película pornográfica.

Había otros indigentes en el callejón; la Seis Jarras los veía, pero se mantenían a distancia de ella. Quizá convenga precisar que Pedro el tuerto sólo era indigente a

medias. Los demás en el callejón recelaban de Pam, quien, a pesar de su vestimenta rústica de los bosques del norte, no parecía una indigente.

Incluso Pedro el tuerto veía la diferencia. Pedro llamó a la puerta de servicio del Beso de Lobo, y abrió Joyce, segunda jefa de cocina. Antes de que Joyce pudiera saludarlo, Pedro obligó a la Seis Jarras a entrar en la cocina de un empujón.

—Busca a Danny —dijo Pedro el tuerto—. No se preocupe, no es una de nosotros.

—Conozco a Danny, y él me conoce a mí —se apresuró a decir la Seis Jarras a Joyce—. No soy una fan ni nada por el estilo. (En ese momento, Pam tenía ochenta y cuatro años. No es probable que Joyce la confundiera con una fan, ni siquiera la fan de un escritor). Kristine corrió a buscar a Patrice, mientras Joyce y Silvestro daban una cordial acogida a la Seis Jarras. Para cuando Patrice llevó a Danny a la cocina, Silvestro ya había convencido a Pam para que probara el dúo de foie-gras y confit de pato con una copa de champán. Cuando Danny vio a la Seis Jarras, se le cayó el alma a los pies; Pam la Seis Jarras no era una Señora del Cielo, y Danny dedujo que había pasado algo.

—¿Ha venido Ketchum contigo? —preguntó el escritor, pero Danny ya sabía que Ketchum habría entrado por la puerta de la calle, al margen de como fuese vestido.

—No me hagas hablar ya, Danny aquí no, y no antes de que coma y beba algo —respondió la Seis Jarras—. Joder, me he pasado todo el día conduciendo con el perro ese pedorro; sólo hemos parado a mear y llenar el depósito de la furgoneta. Ketchum me dijo que pidiera las costillas de cordero.

Eso comió la Seis Jarras. Cenaron juntos en la mesa habitual de Danny junto a la ventana. Prendiéndose la servilleta del cuello desabrochado de una camisa de franela de Ketchum, Pam comió las costillas de cordero con los dedos; cuando acabó, se limpió las manos en los vaqueros. La Seis Jarras bebió un par de Steam Whistles de barril y una botella de vino tinto; pidió el plato de quesos en lugar de postre.

Ketchum le había dado indicaciones muy precisas para ir a la casa de Danny, advirtiéndole de que si llegaba a la hora de la cena, probablemente encontraría a Danny en el Beso de Lobo. El maderero también había facilitado datos a la Seis Jarras para ir al restaurante, pero cuando Pam echó un vistazo al interior del Beso de Lobo —la Seis Jarras, con su estatura, podía mirar por encima de la franja del cristal esmerilado del amplio ventanal que daba a Yonge Street—, debieron de disuadirle de entrar algunos de los típicos elementos de la clientela de Rosedale, aquella gente peripuesta que frecuentaba el restaurante. En lugar de eso, fue a buscar un acceso trasero. (Aquella gente de Rosedale podía tener un aspecto muy estirado).

—He puesto la cama de *Héroe* en la cocina; está acostumbrado a dormir en cocinas —explicó Pam—. Ketchum me dijo que entrara sin llamar, porque tú nunca cierras con llave. Una casa bonita. He dejado mis cosas en la habitación más alejada de la tuya, donde están todas esas fotos de una mujer muy guapa. Así, si tengo una de mis pesadillas, no te despertaré.



—¿*Héroe* está aquí? —preguntó Danny.

—Ketchum dijo que tú debías tener un perro, pero no voy a darte uno de los míos —respondió la Seis Jarras—. Ese bicho, *Héroe*, no es lo que se dice muy amigo de los otros perros... Los míos no van a echarlo de menos, joder, eso te lo aseguro.

—¿Has venido hasta aquí sólo para traer a *Héroe*? —preguntó Danny. (Naturalmente, el escritor sabía que debía de haber algún otro motivo para la visita de Pam, aparte de llevarle al cazador de osos).

—Ketchum dijo que debía verte personalmente. Sin llamadas, ni cartas ni faxes: nada de mariconadas de ésas —dijo la Seis Jarras—. Ketchum debía de tenerlo muy claro, porque lo dejó todo por escrito. Quería dejarte también otros cachivaches: estaba todo en su furgoneta.

—¿Has traído la furgoneta de Ketchum? —preguntó Danny.

—La furgoneta no es para ti; pienso volver con ella —contestó Pam—. Tú no la querrías para ir por la ciudad, Danny; no la querrías en ningún caso, porque aún huele como si un oso se hubiera cagado dentro.

—¿Dónde está Ketchum? ¿Qué ha pasado? —preguntó el escritor.

—Tendríamos que sacar a pasear al perro, o algo —propuso la Seis Jarras.

—Ir a un sitio más privado, ¿quieres decir? —preguntó Danny.

—¡Por Dios, Danny, aquí hay gente con la nariz descoyuntada de tanto meterla donde no debe! —exclamó la Seis Jarras.

Esa noche el Beso de Lobo se hallaba abarrotado; desde el cambio de nombre, y la reforma de Patrice para volver al concepto de bistró, el restaurante se llenaba la mayoría de las noches. A veces Danny tenía la sensación de que las mesas estaban demasiado juntas. Cuando el escritor y Pam la Seis Jarras se disponían a marcharse, ella pareció doblarse a un lado a causa de la lesión de cadera, pero Danny enseguida se dio cuenta de que su intención era inclinarse sobre la mesa contigua, donde una pareja había estado mirándolos durante toda la cena. Como era famoso, Danny se había acostumbrado —casi hasta la indiferencia— a que la gente lo mirase, pero Pam (por lo visto) no se lo había tomado bien. Volcó las copas de vino y agua sobre la mesa de la pareja; como si recuperara de pronto el equilibrio, la Seis Jarras asestó un golpe con el antebrazo en plena cara al caballero allí sentado. Dirigiéndose a la sorprendida mujer de la mesa echada a perder, la Seis Jarras dijo:

—Eso es por no quitarme el ojo de encima, como si se me vieran las tetas o algo así.

Un camarero y un mozo de comedor corrieron hacia el estropicio de la mesa para repararlo; entretanto, Patrice se acercó a Danny como si flotase y lo abrazó en la puerta.

—Otra velada memorable, muy memorable. Daniel —susurró Patrice a Daniel al oído.

—Sólo soy una de esas personas que entran por la puerta de atrás —dijo la Seis Jarras modestamente al dueño y maître del Beso de Lobo.

Una vez en Yonge Street, y mientras esperaban a que cambiara el semáforo, Danny dijo a la Seis Jarras:

—¡Cuéntamelo, por amor de Dios! Cuéntamelo todo. No escatimes detalles.

—Vamos a ver cómo está *Héroe*, Danny —respondió la Seis Jarras—. Aún estoy ensayando qué tengo que decir. Como te imaginarás, Ketchum me ha dejado instrucciones a punta pala.

Como se vio, Ketchum metió en la guantera de su furgoneta un sobre con varias hojas llenas de «instrucciones». Había dejado abierta la portezuela de la guantera adrede, para que Pam no pasase por alto el sobre, que estaba debajo de la pistola de Ketchum. («A falta de un pisapapeles mejor», como dijo la Seis Jarras). Danny vio entonces que la furgoneta de Ketchum estaba aparcada en el camino de acceso de Cluny Drive, como si el antiguo ganchero hubiese decidido por fin ir en Navidad. Para proteger su cama de perro, *Héroe* les gruñó: un hosco saludo. Pam había dejado ya la funda del cuchillo Browning de Ketchum, el de treinta centímetros, en la cama del cazador de osos: quizá para que le hiciera las veces de chupete, pensó el escritor. Había visto el largo cuchillo Browning en la encimera de la cocina y apartado rápidamente la mirada de la enorme hoja. Los pedos del perro habían saturado el aire de la cocina, y posiblemente de toda la planta baja de la casa.

—¡Dios mío! ¿Qué le ha pasado a *Héroe* en el ojo? —preguntó Danny a Pam.

—No tiene párpado. Ya te lo contaré después. Tú procura no acoflearlo por eso —dijo la Seis Jarras.

Danny vio que Pam había dejado la motosierra preferida de Ketchum en el gimnasio.

—¿Para qué quiero yo una motosierra? —preguntó el escritor.

—Ketchum dijo que tenías que quedártela tú —contestó la Seis Jarras. Quizá por cambiar de tema, añadió—: Yo diría que *Héroe* necesita salir a cagar.

Llevaron a *Héroe* al parque. Las luces navideñas titilaban por todo el barrio. Volvieron a dejar al perro en la cocina, donde Danny y la Seis Jarras se sentaron a la mesa; el cazador de osos se colocó a lo que parecía una distancia calculada y se quedó mirándolos. Pam se había servido un chupito de *whisky*.

—Sé que sabes lo que voy a decirte, Danny: sólo que no sabes el cómo —empezó a contar—. Para mí que la historia empieza con tu madre, y todo porque Ketchum se la estaba tirando en vez de aprender a leer, ¿no es así? —dijo la Seis Jarras—. En fin, da igual; éste es el final.

Después, cuando descargaron juntos la furgoneta, Danny se alegró de que la Seis Jarras hubiese dejado la historia para más tarde. Así le había dado tiempo para prepararse, y mientras aguardaba a oír lo que le había pasado a Ketchum, Danny imaginó ya algunos detalles, como es propio de los escritores.

Danny sabía que Ketchum habría deseado ver la danza de los alces una última vez, y que esa vez el viejo leñador no habría invitado a la Seis Jarras a acompañarlo. Como ese día había nevado, aunque ya había cesado —se esperaba una noche

bastante fría, con temperaturas muy por debajo de cero—, Ketchum había dicho a la Seis Jarras que sabía que su cadera no estaba en condiciones para soportar una acampada en el promontorio del pabellón-cocina, pero que tal vez le apetecería reunirse con él allí para desayunar al aire libre a la mañana siguiente.

—Un sitio un tanto frío para desayunar, ¿no crees? —había preguntado ella.

Al fin y al cabo, pasaba ya de mediados de diciembre y se acercaba la noche más larga del año. El Twisted River rara vez se helaba antes de enero, pero ¿en qué estaba pensando Ketchum? Aun así (como Pam explicó a Danny), ya habían desayunado antes juntos en el promontorio del pabellón-cocina. A Ketchum siempre le había gustado encender una fogata. Apartaba unas cuantas brasas y preparaba el café a su gusto: en la sartén, usando nieve fundida para el agua y añadiendo unas cáscaras de huevo al café molido. Asaba un par de filetes de venado y escalfaba tres o cuatro huevos en la fogata. La Seis Jarras había accedido a reunirse allí con él para desayunar.

Pero algo no encajaba en el plan, y Pam lo supo. La Seis Jarras echó un vistazo a la furgoneta de Ketchum; allí no había tienda de campaña ni saco dormir. Si el veterano gancho iba a acampar, o bien tenía la intención de morirse de frío o bien pretendía dormir en la cabina de la furgoneta con el motor en marcha. Por otra parte, Ketchum había dejado a *Héroe* con Pam. «Creo que el frío también le afecta a la cadera», le había dicho.

—Era la primera noticia que yo tenía —dijo la Seis Jarras a Danny.

Y cuando a la mañana siguiente la Seis Jarras se presentó en el promontorio del pabellón-cocina, supo de inmediato que el plan de Ketchum no incluía un desayuno al aire libre. No había café a medio preparar, ni comida al fuego. No había siquiera fogata. Vio a Ketchum sentado, con la espalda apoyada en lo que quedaba de la chimenea de ladrillo, como si el maderero imaginase que el pabellón-cocina seguía en pie, como si de algún modo el edificio reducido a cenizas siguiera siendo un espacio cálido y acogedor en torno a él.

*Héroe* corrió hacia su dueño, pero se detuvo en seco a corta distancia de donde Ketchum estaba sentado en la nieve; Pam vio que el cazador de osos tenía el lomo erizado, y de pronto el perro, con las patas rígidas, circundó al viejo maderero. «¡Ketchum!», llamó la Seis Jarras, pero no hubo respuesta del leñador; sólo *Héroe* volvió la cabeza para mirarla.

—No pude acercarme a él, no durante mucho rato —dijo la Seis Jarras a Danny—. Joder, me di cuenta de que ya se había ido.

Dado que el día anterior había nevado y no había cesado hasta el anochecer, vio sin dificultad cómo lo había hecho. Quedaba un rastro de sangre en la nieve virgen. La Seis Jarras siguió la sangre pendiente abajo hasta la orilla del río; grandes tocones asomaban de la tierra junto a la orilla, y vio que Ketchum había retirado la nieve en uno de ellos. La sangre caliente se había filtrado en el tocón, y el hacha de Ketchum permanecía clavada tan firmemente en la madera que Pam fue incapaz de sacarla. No

se veía allí ninguna mano izquierda; obviamente, Ketchum la había lanzado al río.

Habiendo visto el punto en el remanso del río donde Ketchum disparó al tarro de zumo de manzana que contenía las cenizas del cocinero, Danny no tuvo la menor dificultad para imaginar el sitio exacto donde Ketchum había arrojado su mano izquierda. Pero debió de ser todo un esfuerzo para el viejo leñador volver a subir por la ladera hasta el lugar donde estuvo el pabellón-cocina; a juzgar por la sangre que Pam vio en la nieve, Ketchum debía de haber sangrado profusamente.

—Una vez, cuando aún acarreaban frondosas por el Phillips Brook —contó la Seis Jarras a Danny—, vi a Ketchum mientras robaba un poco de leña. Ya sabes, sólo cogía un poco de madera para pasta de papel de una pila; esos troncos de un metro veinte y poco diámetro no eran gran cosa. ¡Pero yo he visto a Ketchum convertir en yesca media cuerda de madera para papel en menos de media hora! Así nadie reconocería la madera si después alguien llegaba a ver la leña en su furgoneta. Ketchum empuñaba el hacha cerca de la hoja..., la cogía con una sola mano, ya sabes, como si fuera un hacha pequeña, y partía los troncos a lo largo, y luego volvía a partirlos, hasta que eran tan delgados que podía cortar los palos de metro veinte por la mitad, convirtiéndolos en astillas de poco más de medio metro, como si fuera puta yesca. Nunca lo vi levantar el hacha con las dos manos. Danny, era tan fuerte y tan preciso que agarraba el hacha con una sola mano, como si fuera un puto martillo. Aquellos payasos de la Compañía Manufacturera Paris nunca supieron por qué desaparecía su madera para papel. Ketchum decía que esos capullos estaban muy ocupados haciendo toboganes en Maine; se llevaban para allí casi toda la madera de frondosas. Esos imbéciles nunca supieron adonde iba a parar su madera de papel.

Sí, Ketchum podía cortar un tronco de frondosa de un metro veinte con una sola mano; Danny había visto al leñador empuñar el hacha, blandiéndola a veces como un hacha grande, a veces como una pequeña. Y después de cortarse la mano, el viejo gancho tuvo aún fuerzas para ascender por la ladera y, en lo alto, sentarse con la espalda apoyada contra lo que quedaba de la chimenea del pabellón-cocina. Tenía al lado una botella de *whisky*, dijo la Seis Jarras; contó a Danny que Ketchum había conseguido bebérsela casi toda.

—¿Había algo más? —preguntó Danny a la Seis Jarras—. Quiero decir, en el suelo, a su lado.

—Sí..., un frasco grande de aspirinas —contestó Pam al escritor—. Todavía quedaban muchas aspirinas en el frasco —añadió la Seis Jarras—. Ketchum no era muy aficionado a los calmantes, pero supongo que se tomó alguna que otra aspirina para el dolor; debió de tragárselas con el *whisky*.

Como Danny sabía, las aspirinas no habían sido «para el dolor»; conociendo a Ketchum, creía que el viejo gancho probablemente había disfrutado del dolor. El *whisky* tampoco era para el dolor. Las aspirinas y el *whisky*, como el escritor sabía, eran única y exclusivamente para propiciar la hemorragia; el maderero era poco comprensivo con quienes tenían un trabajo que hacer y hacían un trabajo de mierda.

(Sólo Ketchum podía matar a Ketchum, ¿o no?).

—Ketchum no pudo perdonarse el fracaso en la misión de mantener al Coci con vida —explicó la Seis Jarras al escritor—. Y antes de eso, después de morir tu hijo, Danny, Ketchum se sintió incapaz de protegerte a ti. Lo único que podía hacer era obsesionarse con tus libros.

—Igual que yo —dijo el escritor a la Seis Jarras—. Igual que yo.

La Seis Jarras no se quedó a pasar la Navidad. Después de llevar las armas de Ketchum al dormitorio de Danny en la primera planta —Pam insistió en guardar todas las armas debajo de la cama de Danny, porque ésa era la voluntad de Ketchum —, y una vez acarreadas las cajas de libros de Rosie al estudio de la segunda planta, la Seis Jarras advirtió al escritor que ella madrugaba.

—¿A qué hora te levantas? —preguntó él.

La furgoneta de Ketchum y Pam la Seis Jarras ya habían desaparecido cuando Danny se despertó por la mañana; le había preparado un café y dejado una carta, que había escrito a mano en varios folios del paquete de papel que Danny tenía en el gimnasio. La letra de la Seis Jarras le resultaba muy familiar, de aquellos años en que escribía las cartas de Ketchum en lugar del maderero, por entonces analfabeto. Pero Danny había olvidado lo bien que Pam escribía, mucho mejor de lo que hablaba. Ni siquiera cometía faltas de ortografía. (El escritor se preguntó si eso sería fruto de tanto leer en voz alta a Ketchum). Como es lógico, la carta de la Seis Jarras incluía instrucciones para cuidar de *Héroé*, pero la mayor parte del contenido era más personal de lo que Danny esperaba. Iba a someterse a la intervención para el implante de cadera en el hospital de Dartmouth-Hitchcock, como Ketchum le había recomendado. Había hecho algunas amistades nuevas en el *camping* de Saw Dust Alley, aquel aparcamiento de caravanas tan agradable al pie de la Federal 26; a raíz de los atentados del 11 de septiembre había entablado relación con muchos de sus vecinos. Henry, el viejo aserrador de West Dummer al que le faltaban los dedos pulgar e índice, cuidaría de los perros de Pam mientras ella se operaba. (Henry se había ofrecido voluntariamente a cuidar de los perros mientras la Seis Jarras iba y volvía de Toronto en la furgoneta de Ketchum). La Seis Jarras también había hecho ya hacía tiempo algunas amistades en el Hospital del Valle del Androscoggin de Berlin, donde aún trabajaba por las noches en el servicio de limpieza; había telefoneado a sus amigos del hospital al encontrar el cadáver de Ketchum en el promontorio del pabellón-cocina. La Seis Jarras deseaba que Danny supiese que se había quedado sentada con Ketchum buena parte de esa mañana, cogiéndole de la mano que le quedaba, la derecha, «la única con la que a mí me tocaba», como escribió la Seis Jarras en su carta.

Pam dijo a Danny que buscara algunas fotografías guardadas entre las hojas de los libros que en otro tiempo pertenecieron a la madre de Danny. A la Seis Jarras le había costado no quemar los retratos de Rosie, aunque no sólo tuvo que dejar de lado sus celos. La Seis Jarras reconoció que, según creía ahora, Ketchum había querido al

cocinero incluso más de lo que había querido en su día a Rosie. Eso la Seis Jarras podía sobrellevarlo, pese a toda esa historia de la mano izquierda. Además, añadía la Seis Jarras, era voluntad de Ketchum que Danny tuviese esas fotos de su madre.

«Sé que no es asunto mío», escribió también Pam a Danny, «pero yo que tú escribiría y dormiría en ese segundo piso. Allí arriba se está tranquilo, en mi opinión, y es la mejor habitación de la casa. Pero sospecho, Danny (y ahora no se te vayan a cruzar los huevos por esto), que en tu vida has tenido ya no pocos fantasmas. Supongo que una cosa es trabajar en una habitación con un fantasma y otra muy distinta dormir en esa misma habitación. Yo no puedo saberlo: no he tenido hijos, a propósito. Mi filosofía siempre ha sido prescindir de aquellas cosas que no me atrevía a perder... a excepción de Ketchum». Danny escribió las palabras «a excepción de Ketchum» en un trozo de folio y lo pegó con celo a una de sus anticuadas máquinas de escribir, otra Selectric II de IBM, la que usaba actualmente en la habitación de la segunda planta que compartía con el fantasma de Joe. Al escritor le gustó la frase «a excepción de Ketchum»: quizá pudiera usarla.

Todo eso había ocurrido hacía tres años, y el tiempo seguía pasando. La única razón por la que Danny no había tirado su reliquia de fax, todavía en la cocina de la casa de Cluny Drive, era que de vez en cuando la Seis Jarras le mandaba un fax y él se lo devolvía. Pam debía de tener ochenta y ocho u ochenta y nueve años —los mismos que tendría Ketchum si el viejo maderero aún viviese—, y sus mensajes por fax habían perdido la chispa literaria que en otro tiempo exhibió como corresponsal.

La Seis Jarras se había vuelto más lacónica con la edad. Cuando leía algo, o lo veía en los noticiarios de televisión —y siempre y cuando el asunto entrase en la categoría de estupidez humana, «más tonto que una cagada de perro»—, la Seis Jarras mandaba un fax a Danny. Pam expresaba resueltamente lo que habría comentado Ketchum acerca de tal o cual cosa, y Danny jamás vacilaba en devolver el fax con su versión de la jerga del gancho.

No era necesariamente lo que Ketchum acaso hubiera dicho sobre la guerra de Irak o el interminable caos en Oriente Medio lo que en concreto interesaba a Danny o a la Seis Jarras. Era lo que Ketchum habría dicho sobre cualquier cosa. Era la voz del viejo maderero lo que Danny y la Seis Jarras deseaban oír.

Así intentamos mantener vivos a nuestros héroes; de ahí que los recordemos.

La tormenta de mediados de febrero había soplado a través del lago Hurón desde el oeste de Canadá, pero cuando el viento y la nieve azotaron las islas de la bahía de Georgia, cambió la dirección del viento y siguió nevando; el viento soplaba ahora desde el sur, desde Parry Sound hasta la bahía de Shewanaga. Desde su choza de escribir, Danny ya no veía dónde terminaba la bahía y empezaba la tierra firme. Debido a las condiciones de whiteout creadas por la tormenta, los abetos de lo que Danny sabía que era tierra firme se mostraban como el espejismo de un bosque flotante, o como si los árboles crecieran en la bahía helada. El viento elevaba espirales de nieve hacia el cielo; estos remolinos semejaban pequeños tornados de

nieve. A veces, cuando el viento soplaba en dirección norte, a lo ancho de la bahía de Shawanaga, se producían tornados reales, no muy distintos de los que se ven en el Medio Oeste de Estados Unidos o en las praderas de Canadá, como Danny sabía. (Andy Grant había prevenido al escritor de que se cuidase de ellos). Incansable había telefonado a Danny al móvil. Ese día no le apetecía ser una mujer de la limpieza en una isla; no era buena idea salir a bordo del hidrodreslizador Polar, no con tan mala visibilidad. En una tormenta parecida, hacía sólo unos años, contó Incansable a Danny, un gañán descerebrado de Ohio había embarrancado con su hidrodreslizador en O'Connor Rocks, justo al oeste de Moonlight Bay. (Danny tenía que pasar por allí para recoger a Incansable en la reserva india de Shawanaga Landing).

—¿Qué le pasó a ese gañán descerebrado de Ohio? —preguntó Danny.

—A ese pobre tonto lo encontraron congelado, tieso como un palo —respondió Incansable—. Déle un beso a *Héro*e de mi parte —dijo ella.

—No doy muchos besos a *Héro*e —contestó Danny a Incansable—. O al menos no siento grandes deseos de hacerlo.

—Pues debería besarlo más —dijo la mujer de la Primera Nación—. Creo que *Héro*e sería más amable con usted si le besara mucho.

Durante toda la mañana, en la choza de escribir, *Héro*e había estado tirándose unos pedos que eran un horror, un horror casi comparable a la ventisca que contemplaba Danny por la ventana. Era una mañana en la que el escritor se sentía poco tentado de estrechar su relación con el cazador de osos. «¡Por Dios, *Héro*e!», había exclamado Danny varias veces en el transcurso de la hedionda mañana, pero el mal tiempo no permitía dejar fuera al walker bluetick. Y a pesar de la inexorable flatulencia del perro, el trabajo fluía bien; Danny se aproximaba decididamente al principio de su primer capítulo.

Ciertas frases acudían ahora a su cabeza completas, intactas; incluso la puntuación parecía ya fija. Cuando dos frases así nacían consecutivamente, una justo detrás de la otra, el escritor se abstraía aún más en la labor. Había escrito el primer par de la mañana en un folio y lo había clavado a la tosca pared de pino de la choza de escribir. Danny miraba aún las frases, releyéndolas.

«En cuanto al río, seguía su curso, como es propio de los ríos... como es propio de los ríos. Bajo los troncos, el cadáver del joven canadiense siguió el curso del río, que lo zarandó de aquí para allá..., de aquí para allá». A Danny le complacía la repetición. Sabía que ése era material para el primer capítulo, pero el pasaje correspondía al final del capítulo; no sonaba a principio, eso desde luego. Danny había trazado un círculo alrededor de «Bajo los troncos», frase que, según consideraba el escritor, no sería mal título para el capítulo. Aun así, el primer capítulo parecía centrarse sobre todo en el cocinero; no se centraba en el muchacho que había resbalado y caído bajo los troncos.

«En presencia del cocinero no podía mencionarse “el pasado” ni “el futuro” sin que él arrugara el entrecejo», escribió Daniel Baciagalupo. Había otras frases aisladas

sobre este joven cocinero; para Danny eran como mojones o postes indicadores que le ayudaban a orientarse mientras elaboraba la trama del primer capítulo. Otra frase era: «En opinión del cocinero, el Twisted River, el “Río Tortuoso”, no tenía recodos suficientes para justificar tal nombre». Habría mucho más sobre el cocinero, por supuesto; seguían saliendo cosas. «El cocinero pudo ver que el cuadrillero de la muñeca rota había llegado a la orilla empuñando su propio bichero con la mano ilesa», escribió Danny.

El cocinero sería un personaje central para expresar el punto de vista en el primer capítulo, imaginó el escritor, como asimismo imaginó que lo sería el hijo de doce años del cocinero. «El cocinero sabía de sobra que el joven canadiense era quien, en efecto, había caído bajo los troncos», escribió Daniel Baciagalupo. Y había una frase sobre el cocinero que el escritor dejó inacabada, al menos de momento. «En el cocinero se advertía un halo de aprensión contenida, como si por norma esperase los desastres más imprevistos...», en fin, ése era el límite al que Danny quería llegar con esa oración, que, como sabía, debería completar otro día. Por ahora, bastaba con mecanografiar todos esos pensamientos sobre el cocinero en un único folio y clavar el papel a la pared de la choza de escribir.

«En un pueblo como Twisted River, lo único que no cambiaba era la meteorología», había escrito también Danny; quizás ésa serviría como primera frase del capítulo, pero el escritor sabía que podía mejorarse. Aun así, la frase sobre la meteorología era digna de conservarse; Danny podía usarla en otro sitio. «Ahora había llegado otra vez la temporada del barro, la época del año en que el río bajaba crecido», escribió Daniel Baciagalupo, una frase inicial mejor, pero en realidad no era eso lo que el escritor buscaba.

Sobre el personaje de Ketchum, todo era más fragmentario. Sobre el personaje de Ketchum no acudió a Danny nada en forma de frase completa, todavía no. Tenía algo en la línea de «para Ketchum, una muñeca rota durante la conducción de una maderada era poca cosa en comparación con todo el daño que ya se había hecho a sí mismo»; a Danny le gustaba esa idea, pero no veía adonde iría la frase. En otro fragmento se aludía a que Ketchum no era «precisamente un neófito en cuanto al carácter traicionero de la maderada». Danny sabía que podía utilizar eso y lo utilizaría, pero no veía claro dónde; quizá cerca de una frase todavía dudosa sobre Ketchum tendido de espaldas en la orilla del río «como un oso embarrancado». No obstante, estos fragmentos acabaron también en la pared de la choza de escribir, donde quedaron clavados junto con los otros postes indicadores o mojones.

En este punto, el escritor veía el personaje de Ángel con mayor nitidez que el personaje de Ketchum, pese a que para Daniel Baciagalupo era evidente que el personaje de Ketchum tendría más protagonismo. (Tal vez era el que tendría más protagonismo de todos, pensaba Danny). En ese preciso momento —en medio de lo que vino a ser una andanada más tóxica de pedos procedentes del perro—, volvió a sonar el móvil de Danny.



—Buenos días, Señor Escritor —dijo Lupita.

—Buenos días, Lupita —contestó Danny.

La mujer de la limpieza mexicana no telefoneaba muy a menudo. Durante esas diez semanas del invierno que Danny pasaba en la isla de la bahía de Georgia, Lupita cuidaba la casa de Cluny Drive; abría y leía el correo del autor, escuchaba los mensajes del contestador, también estaba atenta al fax. Una vez por semana, Lupita confeccionaba una lista de lo que consideraba importante comunicarle a Danny; en esencia, lo que creía que no podía esperar hasta su regreso a Toronto. Le enviaba por fax la lista de mensajes prioritarios al despacho de Andy Grant en Pointe au Baril Station.

Danny siempre dejaba un par de talonarios con cheques en blanco firmados para Lupita, que pagaba las facturas mientras él estaba ausente. Saltaba a la vista que la mujer de la limpieza mexicana disfrutaba sobre todo leyendo el correo del escritor y decidiendo qué era importante y qué no. Esto alimentaba sin duda su orgullo, la sensación de que poseía una autoridad inconmensurable, un control casi gerencial sobre la vida doméstica del autor de superventas.

Danny sabía que Lupita habría aprovechado cualquier oportunidad que se presentara para hacerse cargo también de la triste vida personal del escritor. Si hubiese tenido hijas, se las habría presentado. Pero Lupita en cambio sí tenía sobrinas; dejaba descaradamente sus fotografías en la encimera de la cocina y llamaba (después de marcharse a casa) para decirle que había «perdido» unas fotos que le eran muy queridas. ¿Tal vez él las había visto por algún sitio?

—Lupita, las fotos están en la encimera de la cocina, donde se cae de su peso que las ha dejado usted —decía él.

—La belleza morena con la camiseta rosa sin mangas, la de la sonrisa maravillosa y la piel magnífica..., es de hecho mi preciosa sobrina. Señor Escritor.

—Lupita, parece una adolescente —señalaba Danny.

—No, es mayor..., un poco —contestaba Lupita.

En una ocasión Lupita le había dicho:

—Usted no se case con otra escritora. Lo único que conseguirían es deprimirse el uno al otro.

—No voy a casarme con nadie, nunca —contestó él.

—En vez de eso, ¿por qué no se da una puñalada en el corazón? —preguntó ella—. ¡Pronto estará tratando con prostitutas! Sé que le habla al perro... ¡Lo he oído!

Si Lupita lo llamaba a Pointe au Baril, es que estaba desconcertada por algo, Danny lo sabía.

—¿Qué pasa, Lupita? —preguntó él por el móvil—. ¿Nieva allí en Toronto? Aquí tenemos una buena ventisca. *Héroe* y yo estamos aislados.

—Por lo que se refiere a ese desdichado perro, no sé, pero creo que a usted desde luego le gusta estar aislado, Señor Escritor —dijo Lupita. Era evidente que no era el tiempo el motivo de su preocupación: no llamaba por eso.

A veces Lupita estaba convencida de que alguien vigilaba la casa de Cluny Drive; de vez en cuando, así era. Unos cuantos admiradores tímidos al año, lectores un tanto obsesionados con la esperanza de ver al autor. O granujas de los medios de comunicación, tal vez... con la esperanza de ver ¿qué? (Otro intercambio de disparos, quizá). Una sórdida revista canadiense había publicado un mapa indicando dónde vivían los famosos de Toronto; habían incluido la casa de Danny en Cluny Drive. No muy a menudo, pero sí una vez al mes o algo así, se presentaba ante la puerta un coleccionista de autógrafos; Lupita los ahuyentaba como si fueran mendigos. «¡Le pagan por escribir libros, no por firmarlos!», decía la mujer de la limpieza.

Un imbécil de la prensa incluso había llegado a escribir sobre Lupita: «La novia con la que convive el escritor propenso a la reclusión es una persona robusta de aspecto hispano, una mujer de cierta edad con una extrema tendencia a la protección». Lupita no le había visto la gracia a eso; tanto lo de «robusta» como lo de «cierta edad» la agraviaron profundamente. (En cuanto a la tendencia de Lupita, ahora era más protectora que nunca).

—Alguien lo busca. Señor Escritor —dijo Lupita por el móvil—. No me atrevería a decir que esa mujer lo acosa... Todavía no... Pero está decidida a encontrarlo, eso se lo aseguro.

—¿Muy decidida? —preguntó Danny.

—¡Yo no le permitiría entrar! —exclamó Lupita—. No le dije dónde está usted, por supuesto.

—Por supuesto —repitió Danny—. ¿Qué quería?

—No lo dije; es muy altiva. Te traspasa con la mirada... ¡Ay, si las miradas mataran, como suele decirse! Y tuvo la osadía de insinuar que sabía dónde está usted. Andaba a la caza de más información, creo, pero yo no mordí el anzuelo —contestó Lupita, muy orgullosa.

—Tuvo la osadía de insinuar, ¿cómo? —preguntó Danny.

—Tenía más información de la natural —contestó Lupita—. Preguntó si usted estaba en esa isla donde antes vivía con la guionista. Yo dije: «¿Qué isla?». Y, bueno..., ¡tendría que haber visto con qué cara me miró!

—¿Como si supiese que mentía? —preguntó Danny.

—¡Sí! —exclamó Lupita—. Puede que sea una bruja.

Pero todos los admiradores de Danny Ángel sabían que había vivido con Charlotte Turner, y que por entonces veraneaban en la bahía de Georgia; incluso se había publicado en algún sitio que el escritor supuestamente propenso a la reclusión pasaba los inviernos en una isla remota del lago Hurón. (Bueno, sí que era «remota» en invierno). Para un lector de Danny Ángel, aquello era básicamente una deducción lógica; de ahí no podía extraerse la conclusión de que la mujer que le buscaba tenía poderes de bruja.

—¿Cómo era esa mujer, Lupita? —preguntó Danny; estuvo tentado de preguntar a la mujer de la limpieza mexicana si había visto una escoba, o si la mujer con más

información de la natural iba acompañada de un olor a humo o el chisporroteo de una hoguera.

—¡La verdad es que daba miedo! —declaró Lupita—. Tenía los hombros grandes... ¡Cómo un hombre! ¡Era una mole!

—Una mole —repitió Danny y al hacerlo, se acordó de su padre. (Era a todas luces hijo del cocinero: llevaba la repetición en los genes).

—Daba la impresión de que viviese en un gimnasio —explicó Lupita—. Yo no buscaría pelea con ella, créame.

La palabra «culturista» acudió a los labios del escritor, pero no la articuló. La amalgama de impresiones de Lupita indujeron de pronto a Danny a invocar el espíritu de la Señora del Cielo, pues ¿acaso Amy no tenía el aspecto de quien vive en un gimnasio? ¿No era la Señora del Cielo capaz de traspasarte con la mirada? (¡Si las miradas matasen, desde luego!). ¿Y no era Amy una mole? Por alguna razón la palabra «altiva» no se correspondía con la Señora del Cielo, pero el escritor comprendió que eso podía ser una mala interpretación de Lupita.

—¿Tenía algún tatuaje? —preguntó Danny.

—¡Señor Escritor, estamos en febrero! —exclamó Lupita—. La obligué a quedarse fuera, en el frío. ¡Parecía una exploradora del Ártico!

—¿Vio de qué color tenía el pelo? —preguntó Danny. (Amy lo tenía entre rubio y rojizo, recordó: nunca la olvidaría).

—Llevaba una parka... ¡con capucha! —declaró Lupita—. ¡No le veía ni el color de las cejas!

—Pero era grande —insistió Danny—. No sólo ancha de hombros, sino también alta, ¿no?

—¡Cómo una torre! —exclamó Lupita—. ¡Es una gigante!

No tenía sentido preguntar a Lupita si había visto un paracaídas en algún sitio. Danny buscaba algo más que preguntar. Al principio la Señora del Cielo le pareció mayor que él, pero luego cambió de idea; tal vez se acercaba más a su edad de lo que él había pensado.

—¿Qué edad debía de tener, Lupita? —preguntó Danny—. ¿Calcula que era como yo, o un poco mayor, quizá?

—Más joven —contestó Lupita con convicción—. No mucho más joven, pero desde luego más joven que usted.

—Ah —dijo el escritor; sabía que su decepción era perceptible.

Danny sintió desesperación por haber imaginado que tal vez Amy había vuelto a caer del cielo. Los milagros no ocurren dos veces. La propia Señora del Cielo había dicho que era un ángel sólo «a veces». Pero Lupita había empleado la palabra «decidida» para referirse a la misteriosa visitante; la Señora del Cielo sin duda le había parecido decidida. (¡Y con qué adoración la había mirado el pequeño Joe!).

—Bueno, sea quien sea —dijo Danny a Lupita por el teléfono—, no se presentará aquí hoy, no con esta tormenta.

—Se presentará allí algún día, o volverá aquí... Lo sé —advirtió Lupita—. ¿Cree usted en las brujas, Señor Escritor?

—¿Cree usted en los ángeles? —preguntó Danny.

—Esa mujer tiene un aspecto demasiado peligroso para ser un ángel —respondió Lupita.

—Estaré atento por si aparece —aseguró Danny—. Le diré a *Héro*e que es un oso.

—Estaría más a salvo si se encontrara con un oso, Señor Escritor —afirmó Lupita.

En cuanto acabó su conversación telefónica, Danny no pudo evitar pensar que — pese al cariño que le tenía— Lupita era una vieja mexicana muy supersticiosa. ¿Creían los católicos en las brujas?, se preguntaba el escritor. (Danny no sabía en qué creían los católicos, y menos en qué creía Lupita concretamente). Estaba exasperado por la interrupción en su trabajo; además. Lupita se había olvidado de decirle cuándo había tenido lugar su enfrentamiento con la gigante en Toronto. ¿Esa mañana, quizás, o la semana anterior? Poco antes se sentía en vena, elaborando la trama de su primer capítulo. Por una llamada absurda, había descarrilado por completo; ahora incluso el mal tiempo era una distracción.

El inuksuk estaba enterrado bajo la nieve. («Eso nunca es buena señal», imaginó el escritor que diría Incansable). Y Danny no soportaba contemplar ese pequeño pino doblado por el viento. Aquel día el pino tullido se parecía demasiado a su padre. Daba la impresión de que estaba a punto de perecer, encogido, cargado de nieve, bajo la tormenta.

Si Danny miraba hacia el sudeste —en dirección a la isla de Pentecost, en la desembocadura del río Shawanaga—, veía sólo un vacío blanco. No había absolutamente nada más a la vista. Ninguna demarcación indicaba dónde terminaba el cielo blanco arremolinado y dónde empezaba la bahía nevada: no había horizonte. Cuando miraba al sudoeste, la isla de Burnt parecía invisible: como si hubiera desaparecido, se hubiera extraviado en la tormenta. Al este, Danny sólo distinguía las copas de los árboles más altos en tierra firme, pero no la propia tierra. Como ocurría con el horizonte perdido, no se veía el menor rastro de tierra. En la parte más estrecha de la bahía se hallaba la choza de un pescador; quizá la ventisca se la había llevado, o la choza del pescador sencillamente se había perdido de vista (como todo lo demás).

Danny pensó que más valía acarrear unos cuantos cubos de agua de más a la casa principal mientras aún se viese el lago. La nieve recién caída habría ocultado el último agujero abierto en el hielo; Danny y *Héro*e deberían andar con cuidado para no pisar la fina capa de hielo del agujero y caerse dentro. Era absurdo arriesgarse a ir al pueblo ese día; Danny podía sacar algo del congelador. Tampoco cortaría leña.

Fuera, la nieve arrastrada por el viento le escocía a *Héro*e en el ojo abierto, sin párpado. El perro se pasaba la pata por la cara una y otra vez.

—Sólo cuatro cubos. *Héro*e; sólo dos viajes a la bahía ida y vuelta —dijo Danny

al cazador de osos—. No pasaremos mucho rato fuera.

Pero de repente el viento cesó por completo, justo cuando Danny acarreaba el segundo par de cubos desde la bahía. Ahora la nieve caía recta en forma de copos más grandes y blandos. La visibilidad no era mejor, pero resultaba menos incómodo estar bajo la tormenta.

—Sin viento no hay dolor. *Héroe*, ¿qué te parece eso? —preguntó Danny al walker bluetick.

El ánimo del perro había mejorado considerablemente. Danny observó a *Héroe* correr detrás de una ardilla roja, y acarreó dos cubos más (un total de seis) desde la bahía. Ahora tenía agua de sobra en la casa principal para capear la tormenta, por más que nevase. ¿Y qué más daba hasta cuándo duraba? No había caminos que despejar.

Tenía mucha carne de venado en el congelador. Dos filetes se le antojaban demasiado, pero uno tal vez no bastara; Danny decidió descongelar dos. Tenía pimientos y cebollas en abundancia, y champiñones; podía rehogarlo todo junto, y hacerse además una pequeña ensalada de lechuga. Preparó una marinada para el venado: yogur y limón recién exprimido con comino, cúrcuma y chile. (Era una marinada que recordaba del Mao's). Danny avivó el fuego de la estufa de leña de la casa principal; si dejaba la carne marinada cerca de la estufa, los filetes se habrían descongelado a la hora de la cena. Sólo era media mañana.

Danny dio agua a *Héroe* y se preparó un almuerzo ligero. La ventisca lo había eximido de sus habituales quehaceres vespertinos; con un poco de suerte, podría volver a trabajar en la choza de escribir. Tenía la sensación de que ese primer capítulo lo aguardaba. Sólo los pedos del cazador de osos lo distraerían.

—Bajo los troncos —dijo el escritor en voz alta a *Héroe*, probando cómo sonaba la frase como título de capítulo. Era un buen título para un primer capítulo, pensó Danny—. Vamos, *Héroe* —dijo al perro, pero no habían salido aún de la casa principal cuando volvió a sonar el móvil de Danny: la tercera llamada del día. La mayor parte de los días, en la vida invernal del escritor en la isla de Charlotte, el teléfono no sonaba ni una sola vez.

—Es el oso, *Héroe* —dijo Danny al perro—. ¿Qué te juegas a que la osa enorme viene hacia aquí? Pero la llamada era de Andy Grant.

—Llamo para ver cómo estás —dijo el constructor—. ¿Cómo sobrevivís *Héroe* y tú a la tormenta?

—*Héroe* y yo sobrevivimos perfectamente; de hecho, estamos muy a gusto —respondió Danny—. Estoy descongelando la carne de un ciervo que cazamos tú y yo.

—No tienes previsto venir a hacer la compra, ¿verdad que no? —preguntó Andy.

—No tengo previsto ir a ningún sitio —contestó Danny.

—Me parece buena idea —convino Andy—. En esa zona tienes condiciones de whiteout, ¿verdad?

—Whiteout absoluto —confirmó Danny—. No veo la isla de Burnt; ni siquiera veo tierra firme.

—¿Ni desde el embarcadero de atrás? —preguntó Andy.

—Eso no lo sé —contestó Danny—. *Héroe* y yo estamos hoy muy perezosos. No nos hemos atrevido a ir ni al embarcadero de atrás. —Se produjo un largo silencio, tan largo que Danny echó un vistazo a la pantalla del móvil para asegurarse de que no se había cortado la comunicación.

—Quizá convenga que *Héroe* y tú vayáis a ver qué se ve desde el embarcadero de atrás, Danny —recomendó Andy Grant al escritor—. Yo que tú esperarías diez o quince minutos, y luego iría a echar un vistazo.

—¿Qué debo buscar, Andy? —preguntó el escritor.

—Una visita —respondió el constructor—. Alguien te busca, Danny, y parece muy decidida a encontrarte.

—Muy decidida —repitió Danny.

La mujer se había presentado en el dispensario de Pointe au Baril pidiendo indicaciones para ir a la isla de Turner. La enfermera la había remitido a Andy. En el pueblo, todo el mundo sabía que Andy Grant velaba por la intimidad del famoso novelista.

La mujer grande y de aspecto fuerte no tenía hidrodeslizador; tampoco tenía motonieve. Ni siquiera llevaba esquís, sólo palos de esquí. Su mochila era enorme y colgaban de ella unas raquetas de nieve. Si había viajado en coche, debía de ser de alquiler, y ya se había desprendido de él. Tal vez había pasado la noche en el Larry's Tavern, o en algún motel cercano a Parry Sound. No era posible que hubiese recorrido toda la distancia entre Toronto y Pointe au Baril Station por carretera, no esa mañana, no con esa ventisca. La nieve había tapado la bahía de Georgia, desde la isla de Manitoulin hasta Honey Harbour, y —según Andy— aún nevaría toda la noche.

—Dice que te conoce —explicó Andy al escritor—. Pero si resulta que es sólo una admiradora chiflada, o una coleccionista de autógrafos psicópata, en esa mochila hay espacio suficiente para tus ocho libros, tanto en tapa dura como en rústica. Por otra parte, en esa mochila cabría también una escopeta.

—Me conoce, ¿cómo? ¿Cuándo me conoció? ¿Y dónde? —preguntó Danny.

—Sólo ha dicho: «Lo nuestro viene de lejos». No estarás esperando la visita de una novia enfadada, ¿eh, Danny?

—No espero a nadie, Andy —contestó el escritor.

—Desde luego, se la ve una mujer poderosa, Danny —comentó el constructor.

—¿Es muy grande? —preguntó Daniel Baciagalupo.

—Entra en la categoría de gigante —respondió Andy—. Unas manos como zarpas; las botas más grandes que las mías. En su parka cabríamos tú y yo juntos; incluso habría espacio para *Héroe*.

—Debe de parecer una exploradora del Ártico, supongo —aventuró el escritor.

—Desde luego lleva la ropa adecuada para este tiempo —dijo Andy—. Los pantalones de nieve, los guantes de motonieve... y la parka va provista de una buena

capucha.

—No le habrás visto el color del pelo, ¿verdad? —dijo el escritor.

—¿Con esa capucha? ¡Qué va! Ni siquiera sabría decirte el color de sus ojos —respondió Andy.

—¿Y qué edad dirías que tiene? —preguntó Danny—. ¿Más o menos la mía, quizás, o un poco mayor?

—¡Qué va! —repitió el constructor—. Es más joven que tú de lejos, Danny. Al menos lo que he visto de ella. Está en muy buena forma.

—Si llevaba tanta ropa, ¿cómo sabes que estaba en forma? —preguntó el escritor.

—Ha entrado en mi despacho... sólo para consultar el mapa de la bahía —informó el constructor a Danny—. Mientras localizaba la isla de Turner en el mapa, he sopesado su mochila; sólo la he levantado del suelo y la he vuelto a dejar. Pesa unos treinta y cinco kilos, Danny; esa mochila pesa tanto como *Héro*e, y esa mujer ha salido de aquí cargando con ella como si fuera una almohada.

—Se parece a alguien que conocí una vez —dijo Danny—, pero la edad no se corresponde. Si es la mujer en la que pienso, no puede ser más joven que yo ni «de lejos», como tú has dicho.

—En eso podría equivocarme —admitió Andy—. La gente envejece de manera distinta, Danny. Algunas personas se quedan igual; otras, pasas un tiempo sin verlas y no las reconoces.

—Pues ha pasado mucho tiempo si es la que yo creo —dijo Danny—. ¡Casi cuarenta años! No puede ser ella —añadió el escritor; parecía impaciente consigo mismo. Danny no se atrevía a acariciar la esperanza de que fuese la Señora del Cielo. Cayó en la cuenta de que hacía ya mucho tiempo desde que no acariciaba ninguna esperanza. (En otro tiempo acarició la esperanza de que a su querido Joe no le ocurriese ninguna desgracia. También acarició la esperanza de que su padre sobreviviese largamente al vaquero, y de que Ketchum muriese de forma plácida, dormido, con las dos manos intactas. Daniel Baciagalupo no tenía un buen historial en cuestiones de esperanza).

—Danny, es una tontería pensar que puedes adivinar siquiera cómo será una persona al cabo de cuarenta años —señaló Andy—. Unos cambian más que otros, yo sólo digo eso. Oye —añadió el constructor—, ¿qué te parece si me paso por allí? Quizá la alcance con mi motonieve. Podría llevarla el resto del camino, y si no te gusta, o no es la persona que tú crees, la traigo otra vez a Pointe au Baril.

—No, *Héro*e y yo nos las arreglaremos —respondió Danny—. Siempre puedo llamarte si necesito ayuda para obligarla a marcharse, o algo así.

—Mejor que *Héro*e y tú os pongáis en camino hacia el muelle de atrás —aconsejó Andy—. Ha salido de aquí hace ya un rato, y tiene una zancada muy larga.

—De acuerdo, nos ponemos en marcha. Gracias, Andy —dijo Danny.

—¿Seguro que no quieres que me pase por ahí, o que haga algo por ti? —preguntó el constructor.

—He estado buscando la primera frase para mi primer capítulo —contestó el escritor—. Tú no tendrás una primera frase para mi, ¿verdad?

—En eso no puedo ayudarte —dijo Andy Grant—. Tú llámame si tienes algún problema con esa mujer.

—No habrá ningún problema —respondió Danny.

—Danny, coge la vieja Remington cuando vayas al embarcadero de atrás. Es buena idea que lleves un arma... y asegúrate de que la ve, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó el escritor.

*Héroe*, como siempre, se excitó al ver que salía a pasear con la carabina Springfield. 30-06 de Ketchum.

—No te hagas muchas ilusiones. *Héroe* —advirtió Danny al perro—. Lo más probable es que no sea un oso.

En el ancho camino desde la casa principal hasta la choza de escribir la nieve le llegaba hasta las rodillas, pero no era tan profunda en el estrecho sendero que llevaba a través del bosque desde el lugar de trabajo de Danny hasta el embarcadero de atrás.

Cuando pasó por delante de la choza de escribir, el escritor dijo en voz alta: «Volveré, primer capítulo. Pronto nos veremos, primera frase».

*Héroe* se había adelantado a todo correr. Había un bosquecillo de cedros, resguardado del viento, donde una pequeña manada de ciervos había pasado la noche. O bien *héroe* los había ahuyentado o habían seguido su camino al amainar el viento. *Héroe* olfateaba; probablemente había excrementos de ciervo bajo la nieve. La nieve en el bosquecillo de cedros estaba aplanada allí donde se habían acurrucado los ciervos.

—Se han ido, *Héroe*; se te han escapado —dijo Danny al cazador de osos—. A estas horas, esos ciervos se encuentran ya en la isla de Barclay o en tierra firme. —El perro se revolcaba en la nieve donde había dormido la manada—. Si te revuelcas sobre las cagadas de ciervo, *Héroe*, te daré un baño, con champú y todo.

*Héroe* aborrecía los baños; a Danny tampoco le entusiasmaba lavar a ese perro poco cooperador. En la casa de Cluny Drive, en Toronto, era Lupita quien bañaba al perro. Parecía gustarle reñir a *Héroe* mientras lo hacía. («¿Qué, señor Macho? ¿Qué le parece tener sólo un párpado? Pero eso es lo que uno consigue por meterse en peleas, señor Macho, ¿o no?»). Debía de haberse acumulado un metro de nieve sobre el tejado de la cabaña del abuelo, a la que ni el escritor ni el perro miraron más que de pasada. Si esa cabaña había estado encantada antes, ahora lo estaba aún más; ni Danny ni *Héroe* habrían agradecido un encuentro con el fantasma de Ketchum. Si el viejo maderero era un fantasma, Danny sabía que la cabaña del cazador furtivo era el sitio ideal para él.

En la puerta trasera, la nieve se había amontonado hasta la altura del muslo. Más allá de la bahía helada se veían partes de tierra firme en el whiteout, pero la orilla opuesta no se perfilaba con claridad; la tierra firme aparecía desdibujada. El contorno de la orilla asomaba fugazmente. A lo lejos, fragmentos del paisaje cobraban forma



por un momento para desaparecer al cabo de un instante. No había ninguna señal de identificación que permitiese a Danny ver exactamente el lugar donde desembocaba el paso de motonieves de Payne's Road en la bahía, pero desde la posición elevada del embarcadero el escritor distinguía la silueta de la choza del pescador. No se la había llevado la tormenta, y sin embargo la choza se veía tan borrosa bajo la constante nieve que Danny supo que, para cuando pudiera verla, la raquetista habría recorrido media bahía.

¿Qué había dicho el pequeño Joe aquel día en el asado de cerdo? «Avión. No es un pájaro». Y luego, mientras Danny observaba a Katie en lugar de la avioneta, había oído decir a Joe: «No vuela. ¡Cae!». Fue entonces cuando Danny la vio: la paracaidista descendía en caída libre, precipitándose a través del cielo, cuando el escritor la avistó por primera vez, sólo segundos antes de abrirse el paracaídas. Y la propia Amy se hizo más visible progresivamente. Primero quedó claro que era una mujer paracaidista; luego, de pronto, resultó que iba desnuda. Sólo cuando Danny estuvo junto a ella, en la porqueriza —entre el barro y la mierda de cerdo—, cayó en la cuenta de lo grande que era. ¡Era muy maciza!

Ahora el escritor escrutó la bahía con los ojos entornados, a través de la nieve que caía, como si esperase que otra avioneta surgiese del horizonte borrado, o que otro paracaídas rojo, blanco y azul se abriera de repente.

Quienquiera que fuese, esta vez no iría desnuda, eso el escritor lo sabía. Pero también sabía que, como la paracaidista, saldría de la nada, igual que un ángel cae a la tierra desde el cielo. La buscaba y la buscaba, pero Danny entendió que, en medio del whiteout de la ventisca, la mujer simplemente aparecería, como por arte de magia. No habría nada ante sus ojos y al cabo de un segundo ella habría recorrido ya media bahía y seguiría acercándose, una larga zancada tras otra.

Pero el escritor no había tenido en cuenta que *Héroe* era cazador; el cazador de osos conservaba el oído en una de sus orejas y tenía un olfato muy fino. El gruñido se inició en el pecho del perro, y el primer ladrido quedó amortiguado, medio ahogado en la garganta. No había nadie allí fuera, en la bahía helada, pero el cazador de osos sabía que la mujer iba hacia allí; el perro empezó a ladrar en serio sólo segundos antes de que Danny la viese.

—Calla, *Héroe*, no la asustes —ordenó Danny. (Por supuesto, el escritor era consciente de que si se trataba de la Señora del Cielo, nada podía asustarla). La raquetista avanzaba a toda marcha, casi corría, cuando Danny la vio. A ese paso, y con una mochila tan pesada, sudaba a mares. Se había bajado la cremallera de la parka para refrescarse; la capucha, que se había echado hacia atrás, descansaba en sus anchos hombros. Danny vio su cabello rubio rojizo; lo llevaba un poco más largo que antes, cuando era paracaidista. El escritor comprendió por qué a Lupita y Andy Grant les pareció más joven que Danny; Amy parecía más joven que el escritor, aunque no «de lejos». Cuando llegó al embarcadero, *Héroe* dejó de ladrar por fin.

—No irás a pegarme un tiro, ¿eh, Danny? —preguntó Amy. Pero el escritor, que

no había tenido mucha suerte con la esperanza, no pudo contestar. Danny había enmudecido y no podía apartar la vista de ella.

Como nevaba, las lágrimas en la cara de Danny se habían mezclado con la nieve; probablemente no sabía que lloraba, pero Amy le vio los ojos.

—Eh, aguanta, espera un poco, ya llego —dijo—. He venido lo antes posible, ¿sabes? —Desde abajo, lanzó la mochila al embarcadero junto con los palos de esquí, trepó por las rocas y, en cuanto pisó el embarcadero, se quitó las raquetas.

—Señora del Cielo —dijo Danny; no pudo decir nada más. Sintió que se deshacía.

—Sí, soy yo —dijo ella, y lo abrazó; atrajo la cara de Danny contra su pecho. Él se limitó a estremecerse—. Vaya, estás aún más hecho polvo de lo que pensaba —observó Amy—, pero ahora ya estoy aquí, y te tengo: te recuperarás.

—¿Dónde has estado? —consiguió preguntar él.

—Tenía otro proyecto: dos, de hecho —contestó ella—. Resultaron pérdidas de tiempo. Pero llevo pensando en ti... años y años.

A Danny no le importaba si ahora el proyecto de la Señora del Cielo era él; imaginaba que ella había tenido un sinnúmero de proyectos, más de dos. ¿Y qué?, pensó el escritor. Pronto cumpliría sesenta y tres años; Danny sabía que no era una bicoca.

—Habría podido venir antes, pedazo de cabrón, si hubieses contestado a mi carta —dijo Amy.

—No llegué a ver tu carta. La leyó mi padre y la tiró. Pensó que eras una *stripper* —contestó Danny.

—Eso fue hace mucho tiempo, antes del paracaidismo —explicó Amy—. ¿Estuvo tu padre alguna vez en Chicago? No he vuelto a hacer striptease desde Chicago.

Danny encontró la idea graciosa, pero antes de poder aclarar el malentendido, la Señora del Cielo miró más detenidamente a *Héroe*. El cazador de osos había estado olfateando con recelo las raquetas desechadas por Amy, como si estuviera a punto de mearse en ellas.

—Eh, tú —dijo Amy al perro—. Como te atrevas a levantar la pata sobre mis raquetas, puede que pierdas la otra oreja, o el pito. —*Héroe* sabía cuándo le hablaban a él; lanzó a Amy una mirada malévola, enloquecida, con su ojo sin párpado, pero se alejó de las raquetas. Algo en el tono de voz de Amy debió de recordarle a Pam la Seis Jarras. De hecho, en ese momento, la Señora del Cielo también le había recordado a Danny a la Seis Jarras, una Seis Jarras joven, una Seis Jarras de aquellos tiempos lejanos en que vivía con Ketchum.

—Caramba, cómo tiembles. Esa arma podría dispararse sola —comentó Amy al escritor.

—He estado esperándote —dijo Danny—. He estado haciéndome ilusiones.

Amy lo besó; tenía un chicle de menta en la boca, pero a él le dio igual. Despedía calor, y aún sudaba, pero no se había quedado sin aliento, ni siquiera después de la caminata con raquetas.

—¿Podemos entrar en algún sitio? —preguntó Amy. (A simple vista, era obvio que la cabaña del abuelo era inhabitable, a menos que uno fuese Ketchum o un fantasma. Desde el embarcadero en la parte de atrás de la isla era imposible ver las otras construcciones, incluso cuando no nevaba). Danny recogió las raquetas y los palos de esquí procurando mantener la carabina apuntada hacia el embarcadero, y Amy se echó a hombros la enorme mochila. *Héroe* se les adelantó corriendo, como antes.

Se detuvieron en la choza de escribir, para que Danny le enseñase dónde trabajaba. El reducido espacio aún olía a los deplorables pedos del perro, pero el fuego de la estufa de leña no se había apagado; el interior de la choza parecía una sauna. Amy se quitó la parka y un par de las varias capas de ropa que llevaba debajo, hasta quedarse en pantalones de nieve y camiseta. Danny le dijo que en otro tiempo creyó que ella era mayor que él —o quizá que eran de la misma edad—, pero ¿cómo era posible que ahora pareciese más joven? Danny no quería decir más joven que aquel día en la granja porcina, en Iowa. Quería decir que no había envejecido tanto como él, ¿y eso por qué podía ser?

Amy le contó que había perdido a su hijito cuando era mucho más joven; ya lo había perdido cuando la conoció Danny como paracaidista. El único hijo de Amy había muerto a los dos años, a la edad del pequeño Joe en el asado de cerdo. Esa muerte había envejecido a Amy cuando ocurrió, y durante los años inmediatamente posteriores a la muerte del niño. No era que Amy hubiese superado la muerte de su hijo; uno nunca superaba una pérdida así, como le constaba que Danny sabría ahora. Era sólo que la pérdida no se notaba en la misma medida, después de tantos años. Puede que la muerte de un hijo, con el tiempo, fuera menos visible para los demás. (Joe había muerto en fecha más reciente; para cuantos conocían a Danny, el escritor había envejecido perceptiblemente a causa de eso).

—Tenemos la misma edad, más o menos —dijo Amy al escritor—. Cumplí los sesenta hace un par de años, creo, o al menos eso digo a los que me preguntan.

—Aparentas cincuenta —observó Danny.

—¿Pretendes liarte conmigo o algo así? —preguntó Amy. Leyó las frases, y los fragmentos de frases, del primer capítulo, las que había clavado a la pared de pino de la choza de escribir. Preguntó—: ¿Qué son?

—Son frases, o partes de frases, que se me han adelantado; ahora esperan a que les dé alcance —explicó él—. Todas pertenecen al primer capítulo; pero no he encontrado aún la primera frase.

—A lo mejor yo puedo ayudarte a encontrarla —dijo Amy—. No voy a ir a ningún sitio por un tiempo. No tengo ningún otro proyecto.

Danny podría haberse echado a llorar otra vez, pero justo entonces volvió a sonar el jodido teléfono móvil..., ¡por cuarta vez aquel día! Era Andy Grant, claro, para ver cómo iban las cosas.

—¿Aún sigue ahí esa mujer? —preguntó Andy—. ¿Quién es?

—Es la que esperaba —contestó Danny—. Es un ángel.

—A veces —le recordó la Señora del Cielo cuando colgó—. O al menos esta vez.

¿Qué habría dicho el cocinero a su hijo si le hubiese dado tiempo de pronunciar unas últimas palabras como es debido antes de que el vaquero le disparase en el corazón? En el mejor de los casos, Dominic tal vez habría expresado la esperanza de que su solitario hijo «encontrase a alguien», nada más que eso. Pues bien, Danny la había encontrado; en realidad, ella lo había encontrado a él. Teniendo en cuenta a Charlotte, y ahora a Amy, el escritor era consciente de que —como mínimo en ese aspecto de su vida— había tenido suerte. Algunos no encuentran siquiera a una sola persona; Daniel Baciagalupo había encontrado a dos.

Había vivido en Minnesota durante los últimos años, le contó Amy. («Si crees que en Toronto hace frío, prueba Minneapolis», dijo). Amy había practicado el grappling en un club de lucha llamado Minnesota Storm. Había andado en compañía de «una panda de ex Gophers», el equipo universitario de lucha de la ciudad, una combinación que a Danny no le fue fácil asimilar.

Amy Martin —Martin había sido su apellido de soltera, y lo había recuperado «hacia años»— era canadiense. Había vivido mucho tiempo en Estados Unidos y ya tenía la nacionalidad, pero «en el fondo de su alma» era canadiense, afirmó Amy, y siempre había deseado regresar a Canadá.

¿Por qué se había marchado a Estados Unidos, pues?, preguntó Danny. «Por un tío que conocí», respondió Amy, encogiéndose de hombros. «Luego nació allí mi hijo, y pensé que debía quedarme». En cuanto a política, se definió como «ahora en esencia indiferente». Estaba harta de lo poco que los americanos sabían del resto del mundo, o lo poco que les interesaba saber. Después de dos mandatos, la política fallida de la presidencia de Bush seguramente dejaría al país (y al resto del mundo) en medio de un caos espantoso. Lo que Amy Martin quería decir con eso era que entonces sería el momento oportuno para que irrumpiese algún héroe a caballo, pero ¿qué iba a hacer un solo héroe a lomos de un solo caballo?

No cambiaría gran cosa, dijo la Señora del Cielo. Ella había aterrizado en un país que no creía en los ángeles; y sin embargo los meapilas habían aupado a uno de los dos principales partidos políticos. (Con los meapilas, poca cosa cambiaría nunca). Además, estaban aquéllos a quienes Amy llamaba «el contingente de chupapollas del país» —lo que Danny conocía como esos elementos «más tontos que una cagada de perro», aquellos «patriotas valentones»—, y éstos estaban tan anquilosados en sus hábitos y tan poco educados (o lo uno y lo otro) que no veían más allá de las baladronadas nacionalistas y el incesante flameo de banderas. «Los conservadores son una especie extinta», dijo la Señora del Cielo, «pero ellos aún no lo saben». Para cuando Danny había enseñado a Amy la casa principal —la bañera enorme, el dormitorio y los filetes de venado que había puesto a marinar para la cena—, ya se habían declarado afines, al menos políticamente. Si bien Amy sabía más sobre Danny de lo que él sabía sobre ella, eso era sólo porque Amy había leído hasta la última

palabra escrita por él. Había leído asimismo casi toda la «mierda» escrita sobre él. (La «mierda» era el término que empleaban ambos instintivamente para referirse a los medios de comunicación, de modo que en cuanto al tema de los medios, como descubrieron, también eran afines). Amy sabía, sobre todo, cuándo y cómo había perdido Danny al pequeño Joe, y también cuándo había muerto su padre, y cómo. Él tuvo que hablarle de Ketchum, de quien ella no sabía nada, y aunque le fue difícil — excepto con la Seis Jarras, Danny no hablaba de Ketchum—, el escritor descubrió, mientras describía a Ketchum, que el viejo maderero seguía vivo en la novela que Danny soñaba, y, por tanto, habló y habló sobre esa novela y su esquivo primer capítulo.

Con ollas para pasta calentaron agua del lago en el fogón de gas casi hasta hervir, y con sus dos cuerpos dentro de aquella enorme bañera, la bañera se llenó hasta el borde; Danny no había imaginado que fuera posible llenar esa bañera gigante, pero ni siquiera el novelista había imaginado jamás esa bañera con una gigante dentro.

Amy le contó la historia de sus incontables tatuajes, uno por uno. El cuándo y el dónde y el porqué de los tatuajes retuvo la atención de Danny durante casi una hora, o más, tanto en el agua templada de la bañera como en la cama de ese dormitorio con la chimenea de propano. Él no había mirado antes los tatuajes de Amy con detenimiento, no cuando estaba salpicada de barro y mierda de cerdo, ni después, cuando llevaba sólo una toalla. Danny consideró en su momento que habría sido indecoroso y fuera de lugar quedarse mirándola fijamente.

Ahora sí la miró fijamente, sin perderse detalle. Muchos de los tatuajes de Amy tenían por tema las artes marciales. Había probado el kickboxing en Bangkok; durante un par de años había vivido en Río de Janeiro, donde compitió en una fallida temporada de prueba de Ultimate Fighting para mujeres. (Algunas de esas brasileñas eran más brutales que las kickboxers tailandesas, dijo la Señora del Cielo). Los tatuajes tenían sus propias historias, y Danny las oyó todas. Pero, para Amy, el más importante era el nombre de Bradley; así se llamaba su hijo, y su padre. Ella llamaba al niño tanto Brad como Bradley, y cuando murió se hizo tatuar el nombre de su hijo de dos años en la cadera derecha, donde sobresalía, en el lugar exacto donde ella lo llevaba apoyado cuando el niño aún gateaba.

Al contar cómo había sobrellevado el peso de la muerte de su hijo, Amy señaló a Danny que sus caderas eran la parte más fuerte de su cuerpo. (Danny no lo dudó). Amy se alegró al descubrir que Danny sabía cocinar, porque ella no sabía. El venado estaba bueno, pero era poca cantidad para los dos. Danny había cortado unas patatas en rodajas muy finas y las había rehogado junto con las cebollas, los pimientos y los champiñones, para no quedarse con hambre. Danny sirvió una ensalada de lechuga después de la comida, porque el cocinero le había enseñado que ésa era la manera «civilizada» de servir una ensalada, aunque casi nunca se servía así en los restaurantes.

Al escritor le complació sobremanera que la Señora del Cielo fuese bebedora de

cerveza.

—Hace tiempo me di cuenta —explicó ella— de que me tomo cualquier bebida alcohólica tan deprisa como una cerveza, así que mejor no salirse de la cerveza, si no quiero matarme. Eso de matarme ya lo tengo bastante superado —añadió Amy.

El eso también lo tenía bastante superado, dijo Danny. Había aprendido a disfrutar de la compañía de *Héroe*, con pedos y todo, y el escritor contaba con los cuidados de dos mujeres de la limpieza; todos se sentirían defraudados con él si se mataba.

Amy había conocido a una de las mujeres de la limpieza, claro está, y —si el tiempo lo permitía— la Señora del Cielo, casi con toda probabilidad, conocería a Incansable al día siguiente o al otro. En cuanto a Lupita, Amy aseguró que la mujer de la limpieza mexicana era mejor perro guardián que *Héroe*; la Señora del Cielo tenía la convicción de que Lupita y ella acabarían siendo grandes amigas.

—No tengo derecho a la felicidad —dijo Danny a su ángel mientras se dormían el uno en brazos del otro esa primera noche.

—Todo el mundo tiene derecho a un poco de felicidad, capullo —contestó Amy.

A Ketchum le habría gustado cómo empleaba la palabra «capullo» la Señora del Cielo, pensaba el escritor. Era una de las palabras con las que el viejo maderero se identificaba, como Danny sabía, cosa que, mientras dormía lo llevó de nuevo a la novela con la que estaba soñando.

Amy Martin y Daniel Baciagalupo tenían un mes por delante en la isla de Charlotte Turner en la bahía de Georgia; fue su manera de ir conociéndose en la naturaleza antes de iniciar su vida juntos en Toronto. No siempre podemos elegir la manera de ir conociéndonos. A veces, la gente entra limpiamente en nuestras vidas — como caída del cielo, o como si hubiese un vuelo directo desde el firmamento hasta la tierra—, de la misma manera que perdemos a personas que, pensábamos, siempre formarían parte de nuestras vidas.

El pequeño Joe se había ido, pero no pasaba un solo día en la vida de Daniel Baciagalupo sin que Joe fuese querido o recordado. El cocinero había muerto asesinado en su cama, pero Dominic Baciagalupo había sido el último en reír, para desgracia del vaquero. La mano izquierda de Ketchum viviría eternamente en el Twisted River, y la Seis Jarras había sabido qué hacer con el resto de su viejo amigo.

Un día de mediados de febrero sopló una ventisca a través del lago Hurón desde el oeste de Canadá; una capa de nieve cubrió toda la bahía de Georgia. Cuando el escritor y la Señora del Cielo se despertaron, la tormenta había cesado. Hacía una mañana deslumbrante.

Danny dejó salir al perro y preparó el café; cuando el escritor le llevó una taza al dormitorio, vio que la Señora del Cielo se había dormido otra vez. Había hecho un largo viaje, y la vida que había llevado cansaría a cualquiera; Danny la dejó dormir. Dio de comer al perro y escribió una nota a Amy, sin decirle que estaba enamorándose de ella. Sólo le decía que ella ya sabía dónde encontrarlo: en su choza

de escribir. Danny pensó dejar el desayuno para más tarde, cuando la Señora del Cielo volviera a despertarse. Se llevaría el café a la choza de escribir y allí encendería el fuego en la estufa de leña: ya había avivado el fuego en la estufa de la casa principal.

—Vamos, *Héroe* —dijo el escritor, y salieron juntos a la nieve recién caída. Danny sintió alivio al ver que la réplica de su padre, aquel pino pequeño doblado por el viento, había sobrevivido a la tormenta.

No era el personaje de Ketchum quien debía dar inicio al primer capítulo, opinaba Daniel Baciagalupo. Mejor mantener escondido el personaje de Ketchum por un tiempo, para que el lector tuviera que esperar a conocerlo. A veces, esos personajes más importantes necesitan cierta ocultación. Sería mejor, pensaba Danny, si el primer capítulo —y la novela— empezaba con el chico perdido. El personaje de Ángel, que no era quien parecía, era un buen señuelo; en términos narrativos, Ángel era un «gancho». El joven canadiense (que no era canadiense) debía ser el punto de partida del escritor.

Ya no faltaba mucho, creía Daniel Baciagalupo. Y en cuanto encontrara esa primera frase, habría alguien en su vida a quien el escritor deseaba leérsela con toda su alma.

«Legal o ilegalmente, con o sin la documentación debida», escribió Danny, «Ángel Pope había cruzado la frontera canadiense y entrado en New Hampshire». «Esto está bien», pensó el escritor, «pero no es el principio; la errónea idea de que Ángel ha cruzado la frontera viene más adelante». «Aguas abajo, en Berlín, el Androscoggin alcanzaba un desnivel de setenta metros en un tramo de cinco kilómetros; dos fábricas de papel parecían dividir el río a la altura de los canales de clasificación de Berlín», escribió Danny. «No era inconcebible imaginar que el joven Ángel Pope, de Toronto, fuese de camino hacia ahí». «Sí, sí», pensó el escritor, ahora más impaciente. Pero estas dos últimas frases eran demasiado técnicas para un comienzo; clavó las frases en la pared junto con las anteriores, y luego añadió esta otra a la mezcla: «La alfombra de maderos en movimiento se había cerrado por completo sobre el joven canadiense, que ya no volvió a salir a la superficie; no asomó nada de él sobre aquella agua marrón, ni tan siquiera una mano o una bota».

«Casi», pensó Daniel Baciagalupo. Inmediatamente después surgió otra frase, como si el propio Twisted River permitiera que aquellas frases salieran a la superficie. «El reiterado golpeteo de los bicheros al hincarse en los troncos quedó brevemente interrumpido por las voces de los ganchoeros que habían localizado el bichero de Ángel a más de cincuenta metros de donde el muchacho había desaparecido». Bien, bien, pensó Danny, pero había demasiado ajetreo para una frase inicial; en esa frase confluían excesivas distracciones.

Quizá la idea misma de «distracciones» lo distraía. El pensamiento del escritor dio un salto adelante —demasiado adelante—, hasta Ketchum. La siguiente frase tenía inequívocamente algo de paréntesis. «(Sólo Ketchum puede matar a Ketchum)».

Sin duda valía la pena conservarla, pensó Danny. pero desde luego no era material para el primer capítulo.

Danny temblaba en su choza de escribir. El fuego de la estufa de leña tardaba lo suyo en calentar el pequeño espacio. Normalmente, Danny estaba abriendo un agujero en el hielo y acarreando un par de cubos de agua de la bahía mientras se calentaba la choza de escribir; esa mañana se había saltado el agujero y el acarreo. (Más tarde en ese magnífico día contaría con la ayuda de la Señora del Cielo en sus quehaceres). Justo entonces, sin esforzarse siquiera en pensar —de hecho, en ese momento Daniel Baciagalupo había alargado el brazo para frotar a *Héroe* detrás de la oreja sana—, se le ocurrió la primera frase. El escritor sintió que se elevaba ante sus ojos, como si saliese del agua; la frase quedó a la vista del mismo modo que el tarro de zumo de manzana con las cenizas de su padre había asomado a la superficie poco antes de alcanzarlo el disparo de Ketchum.

«El joven canadiense, que tendría a lo sumo quince años, había vacilado más de la cuenta». «Dios mío, allá vamos una vez más, ¡estoy empezando!», pensó el escritor.

Había perdido muchas cosas que le eran queridas, pero Danny sabía que toda historia era un prodigio, que sencillamente era imposible detenerla. Sintió que la gran aventura de su vida no había hecho más que empezar, lo mismo que debió de sentir su padre en las difíciles circunstancias y las avanzadas horas de su última noche en Twisted River.



## Fuentes

Barry. James, *Georgian Bay. The Sixth Great Lake*, Clarke, Irving & Co., Ltd., Toronto, 1968.

Chatto. James, «Host Story», *Toronto Life*, enero de 2006.

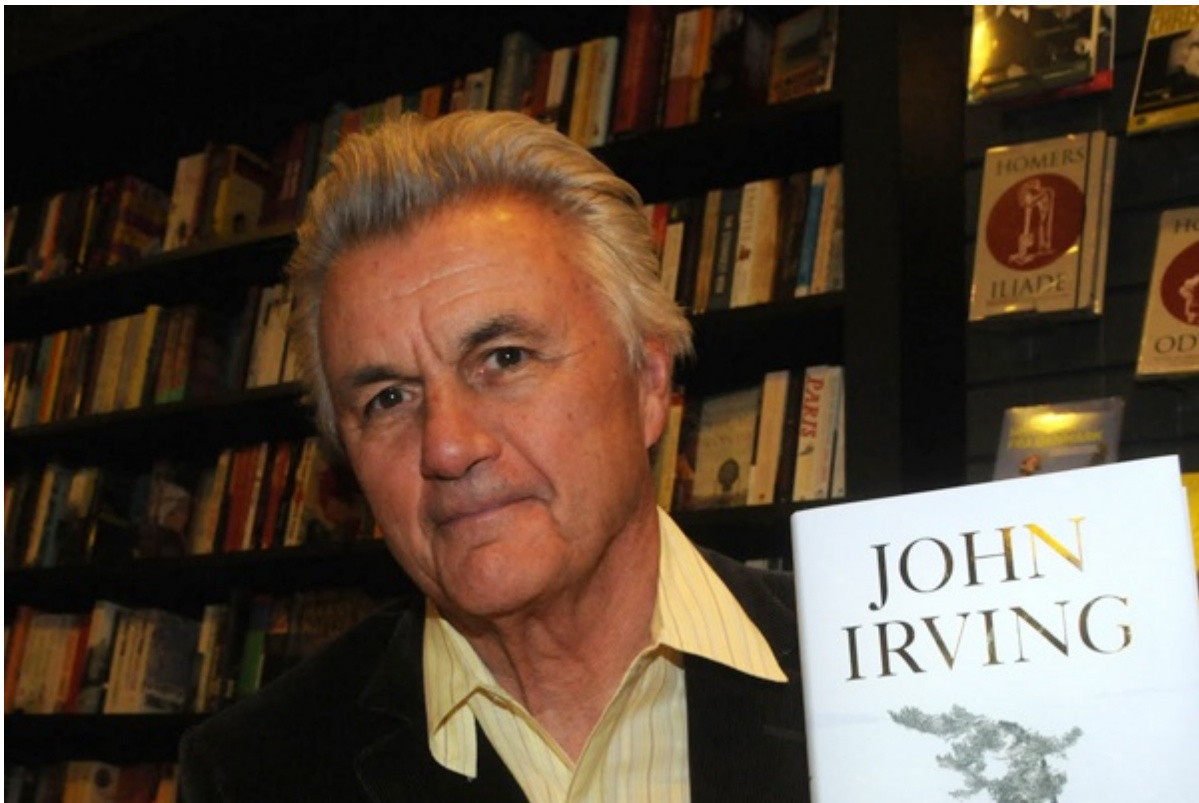
Gove, Bill, *Log Drives on the Connecticut River*, Bondcliff Books, Littleton, N. H., 2003.

*Logging Railroads Along the Pemigewasset River*, Bondcliff Books, Littleton, N. H., 2006.

Pinette, Richard E., *Northwoods Heritage: Authentic Short Accounts of the Northland in Another Era*, Liebl Printing Company, Colebrook, N. H., 1992.

Riccio, Anthony V, *Boston's North End: Images and Recollections of an Italian-American Neighborhood*, Globe Pequot Press, Guilford, Conn., 1998.

Stone Robert, *Prime Green: Remembering the Sixties*, Ecco/ HarperCollins, Nueva York, 2007.



JONH WINSLOW IRVING (nacido el 2 de marzo de 1942 como John Wallace Blunt, Jr.). Escritor de numerosos *bestsellers*. Estudió literatura inglesa en la Universidad de New Hampshire y en 1963 se trasladó a Viena, donde pasó dos años en el Instituto de Estudios Europeos. Entre 1965 y 1967 escribió su primera novela, *Libertad para los osos*, a la que seguiría *La epopeya del bebedor de agua*, pero con la aparición de *El mundo según Garp*, en 1976, consiguió por el fin el éxito y la fama tanto en Estados Unidos como en las múltiples lenguas a las que fue traducida. Desde entonces crítica y público han aclamado al unísono cada una de sus siguientes obras: *El Hotel New Hampshire*; *Príncipes de Maine*, *Reyes de Nueva Inglaterra*; *Oración por Owen*; *Un hijo del circo* y, en especial, *Una mujer difícil*. Irving ha recreado asimismo sus experiencias personales con la escritura y el cine en dos jugosos volúmenes, *La novia imaginaria* y *Mis líos con el cine*. Autor de *La cuarta mano* y *Doble pareja* (2002). Varios libros de Irving, así como muchas historias cortas que ha escrito han tenido como escenario a la Phillips Exeter Academy en Exeter, New Hampshire donde Irving creció como el hijo de un profesor de la Exeter, Colin F. N. Irving (1941), y sobrino de otro, H. Hamilton «Hammy». Bissell (1929). (Tanto Irving como Bissell, y otros miembros de la comunidad de Exeter, aparecen de manera algo disfrazada en varias de sus novelas). Irving estuvo en el programa de lucha de Exeter bajo el entrenador Ted Seabrooke. La lucha tiene un lugar prominente en muchos de sus libros. También ganó el Óscar en el año 2000 por «Mejor Guion Adaptado» por su guion de *The Cider House Rules* (*Príncipes de Maine, reyes de Nueva Inglaterra — Las normas de la casa de sidra*).